

# ESTUDIOS PUBLICOS

Nº 48

PRIMAVERA

1992

---

---

**Marcial Echenique**

*Ideas sobre el futuro de la ciudad de Santiago*

**Claudio Véliz**

*El Nuevo Mundo: Gesta menor del momento castellano*

**Michael Novak**

*El capitalismo correctamente entendido*

**Michael Oakeshott**

*El racionalismo en la política*

**Oswaldo Sunkel**

*La consolidación de la democracia y del desarrollo en Chile*

**Francisco Rosende**

*Política cambiaria y estabilidad económica*

**Carlos Miranda**

*El fin de la URSS: La glasnost y sus efectos*

**Rainer Geppert**

*El fracaso del comunismo en Europa Oriental y en la Unión Soviética: Impacto ideológico y vuelco político*

**Katherine Kersten**

*¿Qué quieren las mujeres? Un manifiesto feminista conservador*

**Bernice Martin**

*La sacralización del caos: El simbolismo en la música rock*

**Martín Hopenhayn**

*Largo viaje de un rockero ilustrado: La mezcla Morrison*

---

---

DOCUMENTOS

**Carlos Iturra**

*T.S. Eliot: Un revolucionario conservador*

**Miguel González**

*La historia reciente de Chile a través de "La Semana Política" (Tercera parte).*

## IDEAS SOBRE EL FUTURO DE LA CIUDAD DE SANTIAGO\*

**Marcial Echenique**

A partir de la comprensión de la ciudad como un sistema complejo donde el suelo y el transporte como mercados interrelacionados, el autor esboza un diagnóstico de Santiago y plantea algunas alternativas de políticas e instrumentos para orientar su desarrollo urbano.

Junto con trazar distintos escenarios que permitirían dar cauce a la actual tendencia de crecimiento y dispersión, al tiempo que proporcionar una mayor calidad ambiental, se subraya la importancia de que la vida en la ciudad refleje los costos reales. Por último, el autor se refiere a las posibilidades de inversión privada en infraestructura, destacando la vasta experiencia de las ciudades europeas en esta materia.

**P**ara mí es muy grato estar una vez más en Chile. Aunque he venido muchas veces, nunca lo había hecho con el propósito de discutir el problema de la ciudad de Santiago. Días atrás tuve la oportunidad de conversar con el Presidente Aylwin y con algunos ministros sobre el futuro de

---

MARCIAL ECHENIQUE. Estudió arquitectura en las Universidades Católica de Chile y Barcelona, España. Doctor en Urbanismo en España. Catedrático de Arquitectura y Urbanismo de la Universidad de Cambridge, Inglaterra. Presidente de la firma consultora Marcial Echenique & Partners Ltd. Y director del Banco Bilbao Vizcaya de España.

\* Transcripción editada de la conferencia pronunciada por el autor el 5 de septiembre de 1991 en el Centro de Estudios Públicos.

Santiago, lo que me ha permitido formarme una idea acerca de cuáles son los problemas que enfrenta la capital.

Recientemente hice un vuelo sobre Santiago y quedé muy impresionado por el desarrollo experimentado en las últimas tres décadas. Aun cuando no puedo decir si para bien o para mal, creo que Santiago tiene suficiente espacio a su alrededor como para continuar creciendo fácilmente por otros veinte años más. Esto significa, por tanto, que los problemas que tiene la capital hoy los va a afrontar de manera más intensa más adelante.

En relación al futuro de Santiago, puesto que no conozco los detalles de sus problemas específicos, me limitaré a formular algunas observaciones generales sobre cuatro puntos. Primero, desde una perspectiva casi teórica, quisiera plantear cómo puede entenderse la ciudad; segundo, a partir de allí, proponer un diagnóstico de la situación actual de Santiago y una prognosis, es decir, una predicción hacia el futuro; luego intentaré esbozar cuáles son las alternativas que presenta esta ciudad, dada su tendencia actual de crecimiento, y finalmente me referiré a inversiones privadas en infraestructuras.

### **La ciudad entendida como sistema**

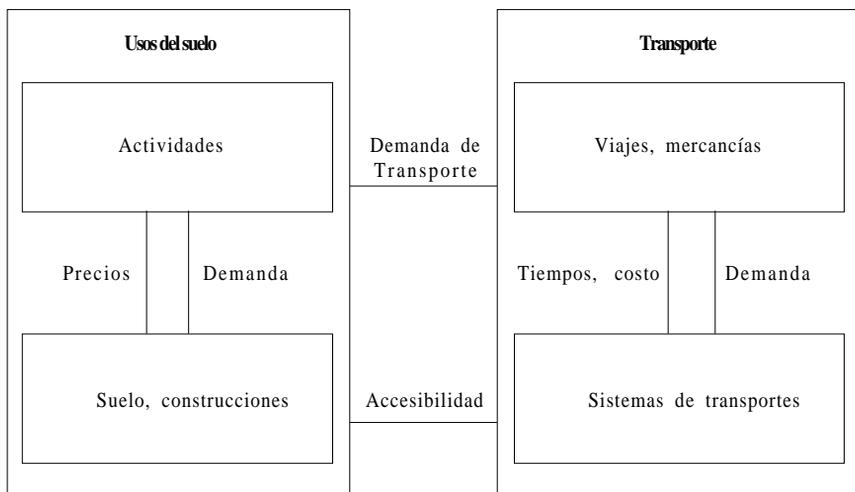
¿Qué es la ciudad en sí? Para mí, ella constituye un sistema muy intrincado, en el que todos los elementos están interrelacionados. No se puede discutir, por ejemplo, la instalación de una industria sin tener en cuenta las repercusiones que ello acarrea para su entorno. Naturalmente, está el problema de la posible incidencia en la contaminación de la atmósfera y en la congestión de tráfico. Pero, aparte de ello, en la medida que familias dependan del empleo en esa industria, surgirán también demandas por diversos bienes y servicios (entre ellas de vivienda, la que entrará a competir con otros usos y, por tanto, habrá tal vez alza en los valores del suelo), los que generarán a su vez nuevas demandas por transporte, y así sucesivamente.

Es lícito pensar, por consiguiente, que la actividad en el espacio urbano presenta una serie de efectos multiplicadores que inciden en la complejidad del sistema. De manera que para tener una visión más objetiva de la ciudad es preciso entenderla, a mi modo de ver, como un gran mercado en el cual interaccionan la demanda y la oferta del suelo con la demanda y oferta de transporte. En efecto, por una parte está el mercado del suelo, en el cual la demanda de edificaciones interacciona con la oferta del suelo, y, por otra, está el mercado del transporte, en el que la demanda por movilidad interac-

ciona con la oferta de transporte —la que proviene generalmente del sector público—, que suele ser muy limitada y sus precios muy elevados. (Desde luego, los precios no son única y exclusivamente los que uno paga de su bolsillo, por decirlo así; pero sí hay algunos bastante significativos, como los de la congestión, que se pagan con tiempo.)

En consecuencia, tanto el suelo como el transporte funcionan como mercados interrelacionados. Cualquier cambio en los usos del suelo suscitara una demanda en el sistema de transporte; sin embargo, lo importante es que un cambio en la oferta de transporte provocará una demanda en los usos del suelo. Esto último es lo que generalmente no se entiende: la oferta de transporte es la que determina en gran medida el crecimiento de la ciudad. Al conversar el tema con expertos del transporte en Santiago, me doy cuenta que algunos de ellos parten de una demanda dada del uso del suelo para desde allí plantear la oferta de transporte, pero muchas veces es esta misma oferta la que genera una demanda del suelo. No sé por qué razón suele ignorarse este segundo aspecto, cuando se le puede visualizar con facilidad. Obsérvese lo que ha sucedido con la línea del Metro: en su tendido han aparecido como callampas los edificios en altura de oficinas. Ello demuestra claramente que la oferta de transporte modifica los usos del suelo y la localización de las actividades. El Gráfico N° 1 ilustra este proceso.

GRAFICO N° 1 LA CIUDAD ENTENDIDA COMO SISTEMA DE MERCADOS INTERRELACIONADOS



La interacción entre la demanda y la oferta del suelo (la oferta realmente desarrollada, es decir, con edificaciones e instalaciones) determina los precios del suelo; por otra parte, la actividad que allí se desarrolla plantea demandas de transporte. Por ejemplo, si hay industrias, éstas demandan trabajadores; si hay comercio, éstos demandarán compradores. Luego está la demanda de transporte —de pasajeros y de carga— porque todas las relaciones económicas se traducen en carga. La compra de un producto para fabricar otro implica el traslado de una carga. Lo mismo sucede con los pasajeros: los traslados de la casa al lugar de trabajo, por ejemplo, entrañan ventas de trabajo. Entonces la demanda de transporte interactúa con la oferta de transporte, la que a nivel internacional, nacional o regional tiene caminos, ferrocarriles, puertos marítimos y aéreos, etc.; pero dentro de la ciudad se limita fundamentalmente a los medios públicos de transporte terrestre y a los automóviles privados. En síntesis, las interacciones entre oferta y demanda determinan los precios, incluido el tiempo, porque éste tiene un costo, por lo tanto, entra también en el precio.

Hay entonces, dos grandes mercados que tienden al equilibrio. Es interesante ver cómo se relacionan ambos, porque la localización de las actividades genera demanda de transporte, y esta relación fija la accesibilidad entre una zona y otra, lo que a su vez determina la localización de las actividades. Ahora, si nosotros alteramos el sistema de transporte estamos cambiando la accesibilidad; debido a ello habrá cambios en la localización de las actividades y, consecuentemente, los precios relativos entre una zona y otra serán distintos. Tal es el caso del Metro, el que mejoró la accesibilidad de algunos lugares y, por lo tanto, se localizó en ellos un mayor número de actividades. A su vez, esa mayor localización en la zona genera nuevas demandas de transporte, y así sucesivamente. Estos dos mercados, transporte y suelo, no necesariamente están en equilibrio en el tiempo, pero tienden a ello.

Una segunda observación: ¿cómo se puede planificar una ciudad? En primer lugar, deben incorporarse los distintos datos del territorio en un sistema computacional (la localización del empleo, de la población; los terrenos construidos y la cantidad de metros cuadrados, los flujos entre una zona y otra y las redes de transporte, etc.). Como he dicho, las actividades y el suelo determinan el mercado del suelo, y la relación entre la localización de las actividades y el flujo en las redes determinan el mercado de transporte. Por consiguiente, habría que elaborar un modelo de simulación para entender las interrelaciones y determinar los precios, y de esa manera proceder a una evaluación desde distintos ángulos: una evaluación desde el punto de vista de la eficiencia económica del sistema; una evaluación so-

cial, porque cualquier acción en el transporte o en el uso del suelo afecta los precios y, por tanto, genera beneficios o desventajas sociales en una zona, y, finalmente, una evaluación ambiental.

A continuación puede introducirse dentro del sistema de simulación una serie de políticas, fundamentalmente de cambios de oferta, de redes y de suelo; simular el efecto de los precios y, por último, evaluarlo. Una vez que se obtengan resultados, se puede hacer una evaluación de tipo costo-beneficio, lo que permitirá priorizar ciertas decisiones de política.

Actualmente sólo hay estudios parciales de la ciudad de Santiago. Por ejemplo, la evaluación del Metro se ha limitado a su efecto inmediato sobre las posibilidades de transporte de la población; pero no se han considerado sus efectos globales en la localización de las actividades. Lo que se requeriría es un estudio combinado, en el cual todas las políticas posibles puedan ser desarrolladas, evaluadas y determinadas en el tiempo.

El Gráfico N° 2 muestra el tipo de políticas que se puede utilizar y que normalmente se emplea en la planificación de una ciudad: i) reglamentación de usos de suelo y transporte, ii) políticas de tipo social y iii) políticas de inversión. Estas últimas generalmente son efectuadas por el sector público y suelen realizarse en carreteras, ferrocarriles, puertos, aeropuertos, agua, redes eléctricas, etc. A esto se refiere el Programa Nacional de Infraestructura que acaba de anunciar el Presidente Aylwin. También hay proyectos de inversión en vivienda, hospitales, industrias, plantas de energía, de depuración, etc. A la vez, puede haber políticas fiscales tales como —por ejemplo, en el uso del suelo— subsidios a la vivienda. Dichas políticas fiscales podrían extenderse a las inversiones anticontaminantes, así como se podrían establecer impuestos a las industrias contaminantes en ciertas zonas o a los carburantes.

En suma, hay una gran variedad de políticas que se pueden utilizar y probar. Naturalmente, puede haber reglamentación en los usos del suelo y del transporte. En este momento, por ejemplo, entiendo que en Santiago no existen limitaciones respecto de los terrenos urbanizables. En muchas partes del mundo hay un límite urbano, más allá del cual no se puede construir, y cuyo objeto es preservar zonas agrícolas, determinar localizaciones de industrias, etc. También puede haber reglamentación de horarios, a través de la fijación de horas de apertura y cierre, de modo que se puedan escalonar las horas punta. Y también existe en el sistema de transporte, por ejemplo, la reglamentación del uso de las calles en un sentido o en otro o en determinado horario (el caso de la avenida Andrés Bello en Santiago); pueden construirse carriles o pistas independientes para el transporte público; todas ellas son normas que se emplean en muchas partes del mundo.

Hay una gran variedad de instrumentos para guiar el desarrollo urbano; sin embargo, para poder entender cuál es el impacto de cada uno de éstos, hay que construir modelos de simulación y evaluar las alternativas. En Santiago se necesita un instrumento de esa naturaleza, de modo que se pueda diseñar e implementar políticas coherentes de inversión fiscal y reglamentaciones para guiar en alguna forma el desarrollo de la capital.

GRAFICO Nº 2 TIPO DE POLÍTICAS URBANAS

	REGLAMENTACIÓN	FISCAL	INVERSIÓN
USO DE TRANSPORTE	*Zonificación del suelo (residencias, etc.) *Gestión	*Impuestos al suelo *Contribuciones *Subsidios	*Vivienda *Servicios
USO DEL SUELO	*Zonificación del tráfico (calles peatonales, etc.) *Gestión de tráfico	*Impuestos a la bencina *Impuestos a los estacionamiento *Subsidios a las tarifas	*Caminos *Transporte público

### El caso de Santiago

En cuanto a Santiago, quisiera proponer un diagnóstico preliminar de la situación y luego plantear algunas alternativas para el futuro.

En primer lugar, la ciudad-capital tiene características importantes en lo que se refiere a la extensión del terreno urbano; y, en este sentido, pienso que Santiago puede seguir creciendo durante unos veinte años más en la misma forma en que lo ha hecho hasta ahora. De modo que la tendencia es la dispersión. (Y ello se debe, en parte, a que los costos de transporte no están siendo internalizados por los individuos, es decir, para ellos el transporte es barato; en la medida en que lo sea, permite, teóricamente, la extensión del perímetro urbano.) Ahora, dadas las tendencias de este tipo de desarrollo, y a medida que aumentan tanto la población como el número de vehículos, cada día será más difícil circular por las arterias principales de la ciudad. Pero, con todo, no me parece que la congestión en Santiago (véase Gráfico Nº 3 sea demasiado grande, si se la compara con otras urbes.

GRÁFICO N° 3

Diagnóstico del Santiago Metropolitano

Crecimiento fuerte

Centros  
Potenciales

(Congestión)

Centros  
Potenciales

(Congestión)

Centro

(Congestión)

Crecimiento

Centro  
Potenciales

Centros  
Potenciales

Centros  
Potenciales

Crecimiento

Crecimiento  
Fuerte

¿Cuáles son los bolsones de desarrollo? Desde un avión puede observarse que todo el sector oriente ha crecido muchísimo, y me parece que va a seguir expandiéndose. La Dehesa, por ejemplo, sólo está ocupada a la mitad, y perfectamente se puede desarrollar más, pues hay suficiente espacio; y también pueden desarrollarse todos esos faldeos de La Reina. Y si uno sigue hasta Pirque por el sur, se dispone de tanto espacio como el de Santiago, es decir, perfectamente se puede seguir creciendo hacia allá. Creo que la tendencia, en consecuencia, será la de extenderse hacia los faldeos cordilleranos, internándose cada vez más en esos bolsones de desarrollo. Pienso que dos aspectos han determinado esta evolución: uno es la oferta de infraestructura y el otro es la calidad ambiental hacia los faldeos de la cordillera.

Las zonas poniente y norte, sin embargo, presentan escaso crecimiento habitacional. En este sentido, en gran parte del sector norte y poniente se observa un cordón más bien industrial. También hay problemas geológicos, porque esta zona se anega y es de difícil desarrollo. Luego están los corredores de desarrollo hacia Talagante y, naturalmente, hacia el sur. Fundamentalmente, entonces, en Santiago se han desarrollado los grandes ejes de transporte.

Ahora, la diferencia de la metrópoli respecto de otras ciudades del mundo es que hay una segregación social-espacial.

¿Cuáles pueden ser los problemas en el futuro? Cada día la congestión en los accesos al centro va a ser mayor; pero creo que la congestión no es, repito, demasiado grande en este momento. Esa es mi impresión. Los enormes embotellamientos de tráfico en Sao Paulo, en Ciudad de México o en Caracas no se observan en Santiago; por lo menos yo no los he visto. Por ahora, el sistema es bastante eficiente y da para mucho tiempo más de expansión.

El problema de Santiago es que casi todos los lugares de trabajo están concentrados en el centro. Por ello, pienso que a medida que vaya siendo cada vez más difícil acceder al centro, se desarrollarán más los corredores radiales, y en el futuro, probablemente, van a aparecer grandes centros de empleos en los puntos de cruce entre los corredores radiales y circunvalaciones. Ya es bastante importante el crecimiento del empleo en el corredor de Vicuña Mackenna, y seguramente alrededor de Américo Vespucio se desarrollarán también otros grandes centros. El centro de la ciudad será cada vez menos accesible, por lo tanto la demanda por localizarse en ese lugar será menor.

Ahora, para evitar que la congestión llegue a tal punto que el centro se vuelva inaccesible, podría aplicarse, por ejemplo, un sistema de precios

más razonables que el actual. Puede establecer un sistema de tarificación del uso de la calle, porque en estos momentos los costos reales no se perciben. El ideal sería, si se quiere llegar rápidamente a este tipo de conclusión, pagar por el uso de la calle en función de la congestión, o sea, a mayor demanda mayor pago; claro que para ello es importante resolver el problema técnico que implica la tarificación continua. Se ha hablado de un peaje. A mi juicio, este es un mal sistema y puede crear distorsiones importante; no hay por qué establecer una barrera entre zonas de la ciudad.

### **Alternativas de crecimiento**

¿Qué otras opciones hay para ese futuro? Una posibilidad que se ha barajado como alternativa a la tendencia que prevalece actualmente es concentrar las actividades urbanas en un perímetro determinado, es decir, no permitir que la ciudad continúe expandiéndose. Eso significaría un aumento del precio del suelo y, por tanto, de los costos, porque los precios del suelo se manifiestan en los montos de los salarios y del comercio. Habrá una transferencia del sector productivo al sector inmobiliario, lo que redundará en costos mayores de la ciudad. Esta es una alternativa real.

Otra posibilidad es la dispersión, creando ciudades satélites más allá de un cordón verde. Por ejemplo, podría establecerse un centro importante en Talagante o Isla de Maipo, o en Curacaví o hacia La Calera. Es decir, un sistema de ciudades satélites como en Londres, donde se fundaron treinta y seis de ellas después de la guerra. Londres ha perdido un millón de habitantes cada diez años, o sea, ha disminuido en casi cuatro millones de habitantes desde el año 1946; hoy tiene seis millones; antes tenía diez. Ello se ha debido, en parte, a una serie de incentivos para trasladarse a las ciudades satélites. Por ejemplo, el aumento de los precios del suelo por la concentración en la ciudad de Londres hizo que la demanda de actividades aumentara en las ciudades satélites.

Otra alternativa que me parece viable para Santiago es la de concentrar el crecimiento en los corredores de alta accesibilidad y dejar entremedio una serie de bolsones verdes. Se trata de una posibilidad interesante, ya que la infraestructura de transporte está ya allí. Los corredores podrían estar conectados entre sí, por ejemplo Puente Alto con Buin, otro con Melipilla, dejando entre ellos espacios libres de recreo y agricultura. También podrían concentrarse los crecimientos en los corredores de inversión de transporte público (ferrocarriles, Metro). Estas son alternativas que permiten el crecimiento y a la vez una mayor calidad ambiental, en el sentido de

permitir lugares de esparcimiento y áreas verdes muy cerca de la ciudad. Pero lo más importante, aparte de las consideraciones ambientales, son los precios. En la ciudad éstos deben reflejar los costos reales, lo que en este momento en Santiago, me parece, no es así. En la capital no se está cobrando el costo real del crecimiento de la ciudad; la metrópoli seguirá creciendo, y se continuará invirtiendo en ella, porque, como los problemas son cada vez mayores, el Estado debe asignar cada vez más recursos al transporte, por ejemplo, al Metro. Desconozco qué porcentaje del presupuesto de obras públicas se destina al transporte en Santiago. Sin duda, ello representa un subsidio directo a la población de la capital, y de ahí que los precios dan señales equivocadas al sistema: y más y más personas desean vivir e instalarse en Santiago, en lugar de dispersarse en el resto del sistema urbano. La discusión acerca de cómo cobrar a las empresas y a las personas los precios reales que cuesta Santiago constituye para mí una gran incógnita.

### **Inversiones privadas en infraestructura**

Hay una vasta experiencia en este sentido. Gran parte de la infraestructura en las ciudades europeas fue desarrollada por el sector privado. Un ejemplo es la construcción del tren subterráneo de Madrid, el que financió la Corona española junto con el antiguo Banco Vizcaya. La manera en que lo hicieron constituye para mí el ejemplo más claro de la influencia del transporte sobre el uso de suelo. Crearon una compañía, la que adquirió los corredores por donde pasaría el tren, antes de construirlo. Así, entonces, financiaron el tren, y además ganaron la plusvalía que éste generó. Hoy por hoy, esta compañía, llamada Metrovacesa, y que pertenece al nuevo Banco Bilbao Vizcaya, es una de las mayores empresas inmobiliarias de España. El tren subterráneo en Londres también se desarrolló de una manera similar, con la plusvalía de los terrenos, ya que los inversionistas hace cincuenta o sesenta años sabían perfectamente la relación entre transporte y uso de suelo.

Luego ocurrió que estos transportes se nacionalizaron en un momento dado, y hoy se está intentando revertir esta situación. Es algo complejo; después de transcurridos cuarenta años desde la nacionalización es difícil volver atrás, pero creo que es posible. Incluso en Madrid se está licitando ahora el corredor de Madrid a Barajas, el que pasa por una zona nueva: los recintos feriales de Madrid, los que ya se han licitado al sector privado. Es muy difícil que el capital privado se interese en invertir en este tipo de infraestructura si no se le da la oportunidad de obtener ganancia en

la plusvalía de los suelos, es decir, en tanto no pueda disponer del paquete completo del uso de suelo y transporte.

Ahora bien, hay otras obras de infraestructura que puede desarrollar la inversión privada. En España, por ejemplo, casi todas las autopistas fueron financiadas por el sector privado. Nuestro banco es dueño de dos o tres autopistas importantes y las maneja perfectamente bien, sin ningún problema; el sistema de peaje cubre los costos de operación y permite reponer también el costo de capital. En ciertos corredores, por tanto, pienso que es perfectamente posible que el sector privado desarrolle obras viales, siempre que se le permita recuperar el dinero a través de algún sistema de peaje. □

## ENSAYO

### **EL NUEVO MUNDO: GESTA MENOR DEL MOMENTO CASTELLANO\***

**Claudio Veliz\*\***

¿Por qué las Indias no americanizaron a España? ¿Por qué el descubrimiento, conquista y colonización devinieron en un monólogo? Tres razones fundamentales —sostiene Claudio Veliz en el presente ensayo— permiten explicar la escasez de preguntas, y por tanto de respuestas, que suscita en el conquistador la empresa indiana. La primera de ellas es que Castilla y España, durante el proceso de gestación de la nueva sociedad en las Indias, estuvieron preferentemente ocupadas en lo que constituía la gesta mayor de esa etapa histórica: la Contrarreforma. La segunda atañe a las culturas precolombinas; al no estar éstas en condiciones de hacer preguntas que requiriesen contestación, no ofrecieron un desafío. La tercera es que España, absorta en su monólogo, tampoco hizo preguntas, abocándose entonces a "reconstruir en las Indias la única sociedad que le era familiar (...) y sobre cuya justeza no tenía dudas".

\* Este artículo está basado en una presentación hecha ante el simposio sobre "El descubrimiento de Occidente", realizado en Sevilla en abril de 1992, con auspicio de la Fundación San Telmo y la Universidad Complutense de Madrid.

\*\* Ph. D., London School of Economics. Profesor de Historia y Director de University Professors de la Universidad de Boston; Profesor Emérito de la Universidad de La Trobe. Ex director del Instituto de Estudios Internacionales de la Universidad de Chile. De sus numerosas publicaciones, cabe mencionar *Historia de la Marina Mercante de Chile* (Santiago, 1961) y *The Centralist Tradition of Latin America* (Princeton, 1980).

Desde la Hispanoamérica, y en 1992, es difícil no ver buena parte del horizonte de la grandeza de España ocupado por los afanes del descubrimiento, la conquista y la colonización de las Indias. No escasean en esta temporada de celebraciones, como no han escaseado en el pasado ni faltarán en el futuro, quienes piensen que prácticamente todo lo que aconteció en España luego de Colón, Cortés y Pizarro, incluso los logros del Siglo de Oro, fueron consecuencia, si no exclusivamente de un torrente de metales preciosos, entonces de la arrogante confirmación de una vocación triunfalista que alcanzó plenitud en las Indias, o de los muy particulares beneficios con que en este mundo son recompensados a veces el celo espiritual y el proselitismo piadoso y bien intencionado o, en general, del feliz rescate por las Indias de una idea imperial que ya había naufragado en Europa. Al mismo tiempo, no se vacila en explicar la decadencia de España como resultado de la negación de todos y cada uno de estos factores, categorizando, por consiguiente, tanto la prosperidad como la pujanza del momento imperial, como consecuencias marginales de la empresa ultramarina.

Concuera con esta apreciación una impaciencia apenas disimulada respecto de lo que pareciera a primera vista una especie de irresponsabilidad castellana frente a las culturas de los pueblos conquistados; irresponsabilidad, esto es, en cuanto ausencia de respuesta, o del deseo de responder.<sup>1</sup> Ya nos hemos acostumbrado a pensar, siguiendo a Toynbee, que los pueblos sobreviven, prosperan o se derrumban, según posean la capacidad de sobreponerse, es decir, de responder, a los desafíos que depara el devenir histórico, y que con tanta frecuencia asumen el carácter de interrogantes planteados por tal o cual circunstancia, encrucijada o coyuntura. Los vocablos "respuesta" y "responsabilidad" comparten la misma raíz etimológica, y no tiene nada de asombroso que se suponga que quien asume una responsabilidad, se compromete a responder; es responsable quien responde; quien enmudece y se queda sin respuesta, ya sea porque así lo desea, o por

<sup>1</sup> Desde luego, durante las etapas tempranas de la europeización del Nuevo Mundo, esta aparente "irresponsabilidad" fue más castellana que española. No está de más notar que desde el punto de vista administrativo y político, las Indias fueron originalmente un feudo de la corona de Castilla y no una provincia ultramarina de una entidad política española. Más aún, los descubridores, conquistadores y pobladores del Nuevo Mundo fueron en su inmensa mayoría oriundos de una Castilla cuya preponderancia contemporánea en la península era abrumadora. Si no se equivocó Nebrija al explicar que la lengua es hacedora de imperios, entonces el uso correcto debería ser "Imperio Inglés" en un caso, e "Imperio Castellano", en el otro.

cualquier otra razón, corre el riesgo de ser descrito como irresponsable, huérfano de respuesta, o carente de la voluntad de responder. Quien calla, otorga; pero además está el problema de aquellos que permanecen silenciosos porque nadie les pregunta nada.

Miradas las cosas de este modo, me parece ver abierto el camino para presentar una hipótesis de trabajo que explica, si no justifica, la ausencia de respuestas, como una consecuencia sensata de la falta de preguntas, tanto por parte de los conquistadores como de los conquistados. El notable evento histórico deja así de ser un diálogo, y pasa a transformarse en monólogo, heroico, magnífico, memorable, de gran momento, pero así y todo, monólogo. El problema a resolver, por consiguiente, no es el de la falta de respuestas, sino el de una ausencia de desafío o, dicho en otras palabras, el de la escasez de preguntas.

¿Por qué enmudecen Castilla y España en el Nuevo Mundo? ¿Cómo se explica el silencio, o la indiferencia, con que casi sin excepción reaccionaron quienes cruzaron a las Indias, frente a los monumentos de las culturas precolombinas, ante el paisaje tremendo y novedoso, la fauna hasta entonces desconocida, la misteriosa flora? La España del Siglo de Oro estuvo adornada por uno de los más nobles y decisivos momentos de la historia de las artes visuales de la modernidad europea, pero no hubo en aquel gran panorama de todo lo que importaba, lugar ni siquiera pequeño para lo de las Indias. No fueron reclutadas las acabadas técnicas pictóricas para representar las vastas fortalezas del litoral peruano, ni las pirámides del Yucatán, ni los paisajes diferentes y abrumadores de los reinos castellanos de ultramar.<sup>2</sup> Esas mismas técnicas, sin embargo, viajaron a los virreinos de Indias y ayudaron a generar tradiciones pictóricas que, siguiendo el patrón peninsular, se volcaron al retrato y a la pintura devocional culminando en la formación de escuelas tales como la quiteña y la cuzqueña, que hasta hoy día reclaman nuestra admiración. La más breve visita a una pinacoteca de arte colonial revela obras de esta clase, cuya riqueza y categoría técnicas asombran tanto como la ausencia de cualquiera referencia al paisaje y la arquitectura de los reinos de ultramar.

<sup>2</sup> Es justo anotar que, desde antes del Siglo de Oro hasta el ocaso de la Ilustración, el paisaje no tiene entrada en la pintura española. Sólo con la influencia abrumadora de los impresionistas franceses surgen modalidades paisajistas que, aun cuando derivadas de aquéllos, alcanzan algún brillo local. Antes de esto, quizás la única tela que pueda llamarse paisaje, no lo es, puesto que aquella vista de Toledo que ejecutara El Greco es harto más retrato de ciudad que paisaje de la naturaleza.

Es imposible ignorar el hecho fácilmente demostrable que un extranjero visitando la España de 1621, el año en que el joven Felipe IV ascendió al trono y cuando el régimen imperial de las Indias ya estaba firmemente consolidado e institucionalizado, se hubiera visto en apuros para encontrar en la arquitectura, la escultura, la ebanistería, el diseño de parques y jardines, o cualquiera de las artes decorativas, algo visible, siquiera un vestigio, aparte, por supuesto, de la moneda circulante, que sugiriera que aquel país era cabeza de un imperio bajo el cual estaban sujetos tanto el esplendor de las satrapías aztecas como las vastedades del Tahuantinsuyo y la magnificencia castrense de Chan-Chan, Nazca y Pachacamac.

Las poquísimas excepciones a esta afirmación general no sólo la contradicen, sino que afianzan su sentido esencial. Abundantemente conocidos son, por ejemplo, los muy batallosos lienzos con que el conde-duque de Olivares hizo cubrir los muros del palacio del Buen Retiro —hacia las medianías de la década de 1630— para celebrar victorias militares españolas contemporáneas por las cuales estaba muy dispuesto a aceptar responsabilidad. Los más de estos triunfos tuvieron lugar en Europa, entre otros, por ejemplo, la rendición de la plaza de Breda, en Flandes, inmortalizada por Velázquez, pero también había cuatro cuyo escenario fueron las Indias; a saber, la expulsión de los holandeses del puerto de Bahía, de Juan Bautista Maino; la retoma de la isla antillana de San Cristóbal (St. Kitts), de Félix Castelo; la expulsión de los holandeses de la isla de Puerto Rico, y la captura de la isla de San Martín, ambas ejecutadas por Eugenio Cajés.<sup>3</sup>

Estos cuatro triunfos indios justificaron la comisión de obras pictóricas de envergadura, no tanto por su dudosa importancia militar, sino porque la corona pasaba por severos aprietos y estaba muy necesitada de grandes victorias. Sabedor de que cuando escasean las grandes victorias, siempre es posible agrandar las pequeñas, el poderoso conde-duque procedió a crear un panteón de triunfos españoles inmortalizados por algunos de los más talentosos pinceles de la época. Las referencias a las Indias no fueron, por lo tanto, la consecuencia de una nueva y mejor apreciación política o cultural de lo que allí había estado ocurriendo, sino que de la imaginación y del ingenio propagandístico del favorito.

<sup>3</sup> Jonathan Brown y J. H. Elliott, *A Palace for a King, The Buen Retiro and the Court of Philip IV* (Yale University Press, 1980), pp. 164-166.

Desde luego, apenas hace falta indicar que ninguno de los artistas mencionados viajó al Nuevo Mundo para pintar el escenario topográfico de aquellas victorias que hoy sabemos fueron en realidad tan insignificantes como efímeras. Por ejemplo, los holandeses cuya expulsión de Bahía ilustró Maino en su conocido cuadro, ahora en el Museo del Prado, retornaron sin mayores dificultades, y hacia 1635, cuando la tela fue ceremoniosamente colgada en el Buen Retiro, ya llevaban cinco años en tranquila posesión del puerto brasileño. La importancia de la retoma del islote de San Martín es harto más tenue. El Consejo de Indias recibió inteligencia de que una treintena de holandeses se había instalado en aquel inhóspito lugar y aprovechando que el marqués de Cadereita cruzaba a las Antillas con una flota de diez galeones, le encargó la expulsión de los intrusos. Bien acompañado por mil seiscientos guerreros, el marqués atacó a los treinta holandeses, quienes se rindieron luego de resistir un asedio de ocho días.<sup>4</sup> La captura de St. Kitts fue algo por el estilo. No cabe ninguna duda de que don Fadrique de Toledo, personaje cuyo retrato domina el lienzo, también en el Museo del Prado, desalojó a una pequeña banda de aventureros ingleses y franceses en 1629, como tampoco la hay de que habiendo dejado la isla desguarnecida, estos malandrines retornaron al lugar poco después y, desde luego, muchos años antes que el pintor Félix Castelo pusiera manos a la obra para conmemorar el peregrino triunfo.

Tan decidora como la presencia de estos lienzos mendaces en los muros del Buen Retiro fue la de los escudos de armas de los virreinos del Perú y de Nueva España entre los veinticuatro que adornaron el "Salón de los Reinos" del nuevo palacio. Este gesto, de un simbolismo aparentemente amable e intrascendente, obedeció también a los propósitos del ministro, quien abogaba entonces por la adopción de una política de "Unión de las armas", basada en la racionalización y el aumento considerable de las contribuciones materiales y humanas de todos los reinos y regiones para cubrir los crecidos gastos ocasionados por la defensa del imperio. La inclusión de los virreinos apenas si pasó de ser otro ardid propagandístico que buscaba asociar la legendaria riqueza indiana con aquel intento de prorratar los gastos militares de la corona.<sup>5</sup>

Esta discrepancia enorme entre escaramuzas de escasa importancia y la grandilocuente conmemoración decretada por el poderoso cortesano, merece tanta atención como el hecho de que la presencia de los cuatro

<sup>4</sup>Brown y Elliott, *Palace for a King*, p. 166.

<sup>5</sup>Brown y Elliott, *Palace for a King*, pp. 169-170.

batallescos, así como la de los escudos virreinales, fueron ambas consecuencia de circunstancias políticas europeas enteramente ajenas a influencias de las Indias. En el espejo enorme de aquel Siglo de Oro en que el genio español descolló precisamente en las artes visuales, el único lugarcillo para el Nuevo Mundo hay que encontrarlo en las patéticas mentiras instrumentales del favorito.

En otros aspectos, Brasil es casi siempre la excepción, pero aquí concuerda con la modalidad castellana, puesto que luego de más de cien años de colonización que aparentemente no produjeron ninguna pintura, dibujo o bosquejo que sobreviva, de las grandes selvas y ríos, o de las extrañas formaciones geológicas de la costa, bastaron dos décadas de ocupación holandesa de Pernambuco para generar la casi totalidad de los paisajes que tenemos de las posesiones lusitanas en el Nuevo Mundo del siglo diecisiete. El caso de Portugal es asimismo excepcional, pero en sentido adverso, puesto que la existencia de ejemplos notables de arquitectura portuguesa que reflejan vivamente la influencia de motivos exóticos, realza el contraste con la de España, en que tales influencias no aparecen por ninguna parte.<sup>6</sup>

La comparación es decidora entre esto y lo que hubiera observado un visitante medianamente curioso en la Inglaterra imperial de 1837, el año de la coronación de la joven reina Victoria. Tal viajero no habría podido moverse por la isla sin encontrar atisbos culturales, algunos sutiles, otros abrumadoramente visibles, cuya existencia sólo podría ser explicada en función de la existencia del imperio ultramarino de los ingleses. Hubiera sido entonces virtualmente imposible no toparse con los muebles diseñados por Thomas Chippendale, o con isleños bebiendo "té inglés", o fumando "tabaco inglés", mientras otros se deleitaban contemplando *les jardins anglochinois*, o admirando la excéntrica arquitectura de Sezincote o la aún más extraordinaria hechura oriental del pabellón real que Jorge IV hiciera construir en el balneario de Brighton.

Las explicaciones fáciles y populares de tan claro contraste tienden a atribuir a los ingleses una sensibilidad que se les niega a los castellanos,

<sup>6</sup> Desde luego el estilo *Manoelino*, tan memorablemente ilustrado en la Torre de Belem y la iglesia de los Jerónimos, en Lisboa, no tiene contrapartida en España. Esto tiene singular importancia, puesto que los motivos decorativos de estos edificios son enfáticamente náuticos y exóticos, justificando ampliamente la impresión de que reflejan tanto la influencia de los grandes descubrimientos como la de las arquitecturas de las regiones visitadas por los navegantes lusitanos. Patrick Conner, *Oriental Architecture in the West* (Londres, 1979), pp. 11-14.

y a resucitar leyendas, algunas doradas y otras negras; las primeras acerca de paraísos de prosperidad y alegría comunitaria, artesanías pintorescas y entretenciones folclóricas amables; las otras, negrísimas, acerca de los siglos de represión, obscurantismo y penurias que acompañaron al supuestamente tiránico y melancólico imperio español en las Indias.

Aparte de exigir credulidades y sugerir animadversiones poco comunes, tales explicaciones están basadas sobre un supuesto inadmisibles, esto es, que la condición española definitiva, en cuanto define su destino histórico, es estar de espaldas a Europa. Sobre este error macizo debe necesariamente descansar la tesis que otorga categoría de proeza mayor a la empresa de las Indias, restándoles importancia a las que en realidad lo fueron, y sobre las cuales se fundan tanto la nacionalidad como la explicación de la proyección cultural española en el mundo moderno. Lo medular del problema, sin embargo, está en que para entregar el galardón de mayúscula proeza a la invención de América, antes hay que quitárselo a la reconquista y la contrarreforma, las dos gestas mayores de la nación española, cada una a su manera y en su circunstancia, ofreciendo una respuesta maciza y entroncada en el "deseo argumental" de ser europeo del único pueblo del continente que lo es por decisión y no por accidente de la geografía. Como lo indicara Julián Marías en su *España inteligible*, "donde los árabes pusieron la planta, allí se quedaron..." menos en España, y es por esto que es posible afirmar que España es más europea que ningún otro país. ¿Por qué? Pues porque los países europeos lo son porque no pueden ser otra cosa; porque tal es su condición. Holandeses, franceses, alemanes e italianos se verían en apuros tratando de encontrar una alternativa, pero España la tuvo y la rechazó. "España es europea porque lo ha querido". La reconquista es la primera gesta europeizadora de los españoles, y estuvo animada por la voluntad de ser cristianos, cosa que en aquellos siete siglos de lucha que desembocaban en Granada, quiere decir europeos y occidentales.

Si tal se puede afirmar de la reconquista, con cuanta mayor razón de la contrarreforma, puesto que si bien es muy difícil ignorar la magnífica conjunción que marca al *annus mirabilis* de Granada, Nebrija y Colón, no son pocos los que no han notado que Martín Lutero clavó sus tesis en Wittenberg dos años antes que Cortés desembarcara en México y catorce antes que Pizarro pusiera pie en el Perú. Así fue como, desde el comienzo de las grandes etapas de la empresa ultramarina, los asuntos europeos compitieron exitosamente con los de América por capturar y retener la atención de España, invitando comparaciones entre la facilidad con que algunas docenas de aventureros deshicieron cuanto imperio indiano en-

contraron en su paso, con el severo desafío luterano que aun cuando intelectual y religioso al comienzo, devino político y militar a no mucho andar y terminó por imponer una redefinición de las fronteras conceptuales del mundo moderno. Estos no son temas susceptibles de resoluciones cuantitativas; sin embargo, no carece de significado el que en 1643 las bajas sufridas por los tercios en el desastre de Rocroi, fueron más numerosas que la población española de las capitales virreinales.

Vista desde la España del emperador Carlos y del rey Felipe, la reforma luterana no sólo amenazaba la unidad de la cristiandad, sino que aparecía dirigida precisamente a dismantelar los cimientos de una nacionalidad forjada a través de siete siglos de afirmación religiosa y cruenta lucha contra los invasores musulmanes. Ni la personalidad de los monarcas ni las condiciones culturales del momento eran tales que hubieran tolerado una respuesta pasiva ante semejante desafío. No puede caber la menor duda que la participación española fue decisiva, tanto en el diseño del edificio conceptual de la contrarreforma, como en su realización; tanto en la concepción filosófica de la contestación católica, como en la militancia jesuita, el celo meticuloso del Santo Oficio, la sesuda deliberación de Trento y la enérgica incorporación de los nuevos regímenes educacionales, de las artes visuales, incluso del culto y su ritual, a los nuevos usos de la propaganda espiritual.

La reconquista es la experiencia formativa principal del medioevo castellano, y la contrarreforma, la creación cultural dominante de la España moderna. El vigoroso contraste entre estas vivencias definitivas de la nacionalidad española y la esterilidad cultural asociada con la experiencia indiana no puede ser ignorado. Para evidencia basta notar el sello inconfundible y persistente que España imprimió respectivamente sobre las precisiones y elegancias del mudéjar y las generosas simetrías del barroco católico, en ambos casos, más que arquitecturas o modos ornamentales, estilos de vida que buscaron, y encontraron, adecuada y brillante expresión artística en los modos arquitectónicos, políticos, religiosos y conceptuales que caracterizaron sus respectivos e inmensamente memorables apogeos. No es tarea fácil descubrir un aporte cultural comparable asociado con el momento español en las Indias. Desde luego, es virtualmente imposible señalar uno al que, con legitimidad exenta de providencialismos histriónicos, pueda asignarse una proyección comparable a la del barroco y el mudéjar en la formación cultural de los pueblos de habla hispana.

Se yerra gravemente al suponer que hacia las medianías del siglo dieciséis las Indias constituían la preocupación principal de los españoles y que la falta de respuesta a este desafío ofrece evidencia de ineptitud,

irresponsabilidad o sordera. La verdad es harto más sencilla, y mucho más acorde con la disposición de Sancho que con la del Quijote; la misma castiza experiencia que aconseja caridades por casa antes que por esas tierras sugiere asimismo que si de clasificar desafíos se trata, hay que ocuparse primero de los más cercanos. Esto es precisamente lo que los hechos de la historia de España exhiben de modo incontrastable. No podía haber vacilación por parte de la corona, ni la hubo, en asignar prioridad a la resolución de los problemas generados por el gran enfrentamiento en el corazón de Europa sobre aquellos otros, relativamente marginales y decididamente lejanos, que afloraban en las Indias de Castilla. Es también muy claro que los quehaceres de la contrarreforma tenían necesariamente que llevar a un adentramiento intelectual y político en lo europeo. Pretender encontrar soluciones en otras latitudes hubiera sido caer en un error tan mayúsculo como insensato; hubiera sido imaginar que la rebelión luterana podía ser ahogada en oro. Más aún, es incluso posible argüir que el flujo de metales preciosos, lejos de constituir un apoyo crucial, primero detuvo, y más adelante retardó irremisiblemente, el proceso de crecimiento económico de España.

La continuidad cultural que vertebra la historia de Castilla y de España procede a una reconquista europeizante y lleva a una contrarreforma que adentra a los españoles en Europa, armados de aplomo espiritual y autoridad política sin precedentes. Las circunstancias fueron excepcionales; no se trataba de convertir infieles ni rescatar santos lugares, sino de salvar la unidad e integridad de la Iglesia cristiana cuando Roma vacilaba y no había príncipes católicos inmensamente ansiosos o capaces de aceptar el liderazgo. En esta encrucijada definitiva, España asumió con vigor el papel protagónico de campeón de la cristiandad. Planteada esta cruzada, la gran aventura indiana constituyó una distracción llena de sorpresas, muchas de ellas agradables, en la secuencia que va de la reconquista a la contrarreforma, pero ninguna de tan extraordinario peso que hubiera podido disuadir a España o impedirle de invertir sus mejores esfuerzos y recursos en la defensa de la religión amenazada.

Entre las razones de peso que ayudan a explicar la ausencia de diálogo entre España y las Indias es imprescindible mencionar el que la metrópoli tenía la atención puesta en otra parte; pero es importante, además, notar el sobrio hecho que en las circunstancias del momento histórico el único desafío que las culturas indianas estaban en situación de plantear era de carácter militar, y éste resultó ser absolutamente ineficaz, salvo en el Flandes indiano de la Araucanía. En esa gran frontera de guerra se gestó el único diálogo plausible del proceso cultural de la conquista, y hay que

ser muy temerario para menospreciar la influencia de aquella larga y angustiosa guerra en la formación de la nación chilena. Tanto o más difícil es ignorar la relación entre aquel diálogo singular y el tema central de las pocas obras literarias contemporáneas de alguna importancia referentes a las Indias, ciertamente incluyendo *La Araucana*, de Alonso de Ercilla y Zúñiga; *Purén indómito*, de Fernando Álvarez de Toledo, y los dos *Arauco domado*, de Pedro de Oña, y de Félix Lope de Vega y Carpió. En ningún otro terreno, ni en lo espiritual y religioso, ni en lo filosófico o en lo político, menos aún en lo económico y científico, existió mayor posibilidad de plantear preguntas —desafíos— y esperar respuestas. Incluso con todas las limitaciones del caso, el único diálogo cultural con proyecciones surgió de las igualdades y equivalencias que prosperan en los campos de batalla y, así y todo, éste estuvo en todo momento severamente circunscrito a la región afligida por el choque armado. En el resto de las Indias, la voz de España se escuchó sin interrupción ni mengua durante todo el período imperial.

Lo que el Nuevo Mundo pareció presentar ante la monarquía moderna de los españoles fue virtualmente una *tabula rasa*, sobre la cual era posible diseñar reinos de Indias exentos de lastres feudales, disidencias religiosas e intereses distantes de aquellos que la corona estimaba del bien común. Con o sin causa suficiente, el trasplante cultural fue llevado adelante con energía y sin falsa modestia; España europeizó al Nuevo Mundo; las Indias no americanizaron a Europa.<sup>7</sup>

En suma, la ausencia de diálogo se debió en primer lugar a que la empresa indiana fue una gesta menor del momento castellano. Durante el proceso formativo de la nueva sociedad en las Indias, Castilla y España estuvieron ocupadas preferentemente con una contrarreforma que reclamaba atención en el corazón de Europa y que merece abundantemente ser considerada la proeza mayor de aquella etapa histórica. En segundo lugar, porque no hubo desafío americano; las culturas precolombinas no estaban en condiciones de articular preguntas que requirieran contestación; España y Castilla enmudecieron porque nadie les preguntó nada. En tercer lugar, porque España tampoco preguntó nada; ensimismada en su monólogo, se

<sup>7</sup> Hay quienes proponen que, por el contrario, la americanización de Europa se inició inmediatamente después del descubrimiento a través de la adopción en el Viejo Mundo de algunas plantas oriundas de las Indias. Pareciera, sin embargo, que una comparación entre la introducción en Europa de paltas, plátanos y tomates, con la de la rueda, la lengua castellana y el cristianismo, en las Indias, adolece de limitaciones importantes.

dedicó a reconstruir en las Indias la única sociedad que le era familiar y cuyos lineamientos rectores eran el resultado de cruentas luchas con una larga genealogía de victorias sobre cuya justeza no tenía dudas y, de haberlas tenido, difícilmente las hubiera llevado a los pueblos americanos para su resolución. □

**EL CAPITALISMO  
CORRECTAMENTE ENTENDIDO  
LA VISION DEL HUMANISMO CRISTIANO\***

**Michael Novak\*\***

El presente ensayo ofrece un análisis de los temas y preocupaciones centrales de *Centesimus annus*, teniendo como trasfondo la concepción del hombre contenida en la obra de Juan Pablo II *La persona actuante*, publicada en 1969, y sus anteriores encíclicas. A partir de la visión tripartita de la sociedad que se advierte en esta última encíclica (un sistema político libre, una economía libre y una cultura de la libertad), Michael Novak examina las exhortaciones del Papa en orden a armonizar la libertad personal (creativa y responsable) y el bien común y promover una cultura de la libertad.

---

\* Ensayo publicado originalmente en *Faith and Reason*, Vol. 17, Nº 4 (invierno 1991). Su traducción y reproducción cuentan con la debida autorización.

\*\* Teólogo. Director de Estudios Políticos y Sociales del American Enterprise Institute, en Washington, D. C. De su vasta obra pueden mencionarse los siguientes títulos: *The Spirit of Democratic Capitalism* (American Enterprise Institute, Simon & Schuster, 1982); *Free Persons and the Common Good* (Lanham: Madison Books, 1989) y su libro más reciente, *The Hemisphere of Liberty* (Washington D.C.: American Enterprise Institute, 1990). *Estudios Públicos* ha publicado varios ensayos suyos, entre ellos “Estructuras de verdad, estructuras de pecado”, “Las virtudes de la empresa: Reflexiones sobre la comunidad y la persona” y “Si Santo Tomás estuviera vivo hoy...”, en los números 31, 35 y 43 respectivamente.

Si en otros tiempos el factor decisivo de la producción era *la tierra* y luego lo fue *el capital*, entendido como conjunto masivo de maquinaria y de bienes instrumentales, hoy día el factor decisivo es cada vez más *el hombre* mismo, es decir, su capacidad de conocimiento, que se pone de manifiesto mediante el saber científico, y su capacidad de organización solidaria, así como la de intuir y satisfacer las necesidades de los demás.

*Centesimus annus*, N° 32

**C***entesimus annus* estalló en el cielo de Roma, como una explosión sónica, el 2 de mayo de 1991. Ya la primera ojeada a esta nueva encíclica llevó a los comentaristas en todo el mundo a predecir que ella elevaría los términos mundiales del debate a un nuevo nivel. Elogiada de inmediato tanto por la izquierda como por la derecha, para algunos parecía ser la encíclica más importante en la serie de la cual forma parte.<sup>1</sup> En respuesta a las interrogantes suscitadas a raíz de los acontecimientos de 1989, en materia de economía política e instituciones sociales libres, constituye un replanteamiento clásico de la antropología cristiana.

Como Karol Wojtila, el Papa Juan Pablo II había realizado ya un importante trabajo en fenomenología, especialmente en su libro *La persona actuante*.<sup>2</sup> El mismo título del libro nos proporciona una clave para comprender la aprobación matizada que da el Papa ahora al capitalismo correctamente entendido, un capitalismo que él recomienda para su Polonia natal, para naciones otrora socialistas y para el Tercer Mundo. Esta aprobación sorprendió a muchos comentaristas. El *Financial Times* de Londres, por ejemplo, había predicho un apoyo efusivo a un socialismo más avanzado que el de Neil Kinnock, Willy Brandt y Felipe González.<sup>3</sup> La antropología

---

<sup>1</sup> *Centesimus annus* conmemora el centésimo aniversario de la encíclica *Rerum novarum* del Papa León XIII (1891), considerada el inicio de la doctrina social católica moderna. A partir de entonces, los documentos esenciales han sido *Quadragesimo anno* (1931), de Pío XI (1931); *Mater et magistra* (1961) y *Pacem in terris* (1963), de Juan XXIII; *Octogesima andremius*, de Paulo V; *Laborem exercens* (1981) y *Sollicitudo rei socialis* (1987), del Papa Juan Pablo II.

<sup>2</sup> Karol Wojtila, *La persona actuante*, trad. por Andrzej Potocki (Boston: D. Reidel, 1979). Título original: *Osoba i Szin* (Dordrecht, 1969).

<sup>3</sup> John Wyles escribió lo siguiente: "Cuando todos los discursos se hayan pronunciado y todos los escritos se hayan publicado, es muy posible que la más prominente defensa de los valores democráticos socialistas en Europa no provendrá este año de las preferencias de Willy Brandt, Felipe González o incluso de Neil

cristiana del Papa Juan Pablo II, sumada a su aguda observación del modo en que funciona el mundo, lo llevó sin embargo a otras conclusiones.

El éxito de *Centesimus annus* se debe, en todo caso, a su profundidad filosófica. Aparece en un momento en que el mundo había aprendido mucho de la amarga experiencia de la guerra ideológica de este cruentísimo siglo. De las tres grandes ideologías que marcaron el siglo veinte, fracasó primero el nacional-socialismo y luego el socialismo comunista. Desde Europa oriental, desde el Tercer Mundo, muchos le preguntan al Papa: ¿Qué viene ahora?

Juan Pablo II ve ahora una estructura social tripartita, compuesta de un sistema político libre, una economía libre y una cultura de la libertad. Dice, en efecto, que el gran debate político de este siglo se ha decidido a favor de la democracia, y que el gran debate económico se ha decidido a favor del capitalismo correctamente entendido. Insiste en que nos espera una batalla formidable en lo que concierne a la *cultura* de la libertad. Si a grandes rasgos tenemos resuelto el problema de la economía y la política, ¿cómo deberíamos modelar nuestra cultura? En la práctica, ¿cómo viviremos? Estas son las preguntas centrales que plantea *Centesimus annus* para el próximo siglo.

### Perfil de *Centesimus annus*

Antes de adentrarnos demasiado en los detalles, sería conveniente tener en mente el perfil de los seis capítulos de *Centesimus annus*. Primero, Juan Pablo II emprende una “relectura” de *Rerum novarum* —cuyo centésimo aniversario celebra—, en virtud de la cual constituye una reinterpretación autorizada de *Rerum novarum*. Aunque León XIII había predicho la “futilidad” del socialismo —cuando él escribió no existía aún ningún Estado socialista—, su descripción de las consecuencias de las ideas socialistas se vio ampliamente confirmada por los sucesos de Europa oriental después de 1989.<sup>4</sup>

---

Kinnock, sino de Karol Wojtila, el Pontífice polaco cuyas concepciones, frecuentemente controvertidas, insinúan su silencioso rechazo a algunos aspectos del capitalismo liberal (...).

“El Vaticano se inquieta de verse etiquetado políticamente, pero Juan Pablo II ha sido por largo tiempo uno de los más connotados socialistas de Europa (...).

“La impresión que da el Papa es la de que encuentra muy poco más que alabar en el capitalismo liberal que en el comunismo marxista”. John Wyles, “Vatican Prepares Attack on Sins of Capitalism”, *Financial Times*, 9-10 de marzo de 1991: Sección II, p. 1.

<sup>4</sup> Véase Kevin Acker, “Poisoning of the Soul: New Leaders of Russia and Central Europe Talk about the Evil Empire”, *Policy Review*, N° 55 (invierno 1991), pp. 60-65.

En el capítulo segundo Juan Pablo II examina las “cosas nuevas” que han sucedido a partir de 1891, y que nos afectan todavía hoy. Analiza las insuficiencias de la antropología socialista y describe las reformas que han transformado el “capitalismo real” de los países desarrollados, en relación a lo que era en 1891.<sup>5</sup>

En el capítulo tercero Juan Pablo II se detiene a reflexionar sobre los grandes acontecimientos del “año 1989”, un año de cosechas memorables en la historia de la humanidad, una catarata. Analiza las causas del colapso del socialismo y las importantes lecciones de alcance mundial que pueden extraerse de allí para todas las naciones.

En el capítulo cuarto el Papa se refiere al clásico tema cristiano de “la propiedad privada y el destino universal de los bienes materiales”. Aquí se observa cierta afinidad entre esa tradición y la doctrina liberal de Locke sobre la propiedad privada.<sup>6</sup> En ésta, que constituye la parte más extensa de la encíclica, el Papa examina la compatibilidad de las econo-

---

<sup>5</sup> El Papa Juan Pablo II dice que *Rerum novarum* “y el Magisterio social, con ella relacionado, tuvieron una notable influencia entre los últimos años del siglo XIX y primeros del siglo XX. Este influjo quedó reflejado en numerosas reformas que se introdujeron en los ámbitos de la previsión social, las pensiones, los seguros de enfermedad y de accidentes; todo ello en el marco de un mayor respeto de los derechos de los trabajadores” (Nº 15).

“*Rerum novarum* señala la vía de las justas reformas, que devuelven al trabajo su dignidad de libre actividad del hombre. Son reformas que suponen, por parte de la sociedad y del Estado, asumirse las responsabilidades en orden a defender al trabajador contra el íncubo del desempleo. Históricamente esto se ha logrado por dos modos convergentes: con políticas económicas, dirigidas a asegurar el crecimiento equilibrado y la condición de pleno empleo; con seguros contra el desempleo obrero y con políticas de cualificación profesional, capaces de facilitar a los trabajadores el paso de sectores en crisis a otros en desarrollo”. (Nº 15).

<sup>6</sup> David Little da cuenta de esta similitud: “Dios (...) ha dado el mundo (...) a la Humanidad en común”. Locke señala, en consecuencia, que todos los seres humanos comparten exactamente el mismo derecho común de utilizar la tierra para preservar la vida. Cada individuo tiene derecho a usar lo que necesita en la medida en que se respeten los derechos iguales de todos: ‘La misma ley natural que (...) nos concede la Propiedad fija también límites a esa *propiedad*’. Los hombres deben respetar siempre la igualdad de derechos de los demás, no deben malgastar tomando más de lo que necesitan, y deben dejar ‘suficiente y de igual calidad (...) en común para los demás’”.

“La idea que se expresa aquí es la de que la propiedad pertenece originalmente a todos en común; cada hombre posee, desde su nacimiento, ciertos derechos anteriores y ‘generales’ a ella. Dicho de otro modo, todos poseen el derecho a exigir no ser excluidos del acceso a los medios de supervivencia y sustento— o lo que podría denominarse el justo título a una supervivencia razonable—. En conformi-

mías políticas existentes con la dignidad de la persona humana. Aquí desarrolla su nuevo enfoque respecto de la iniciativa, la empresa, la ganancia y el capitalismo en sí.

El capítulo quinto se dedica al Estado y la cultura. El Papa hace hincapié en el Estado limitado, los contrapesos y controles democráticos, los derechos humanos y las limitaciones del Estado en lo concerniente a los derechos al bienestar, criticando con bastante severidad los actuales excesos del Estado benefactor. También se refiere a los ámbitos de la moral y la cultura, que con demasiada frecuencia se ignoran. “[S]e olvida que la convivencia entre los hombres no tiene como fin ni el mercado ni el Estado” (Nº 49). También encontramos aquí los comentarios del Papa sobre la formación de una “cultura de la paz”.

El capítulo sexto, que culmina con una nota teológica, mira hacia el futuro. El Papa considera que estamos cada vez más conscientes “de que la solución de los graves problemas nacionales e internacionales no es sólo cuestión de producción económica o de organización jurídica o social”. La mayoría de los problemas de hoy exigen también “precisos valores ético-religiosos, así como un cambio de mentalidad, de comportamiento y de estructuras” (Nº 60). Ni las más perfectas estructuras funcionarán si los ciudadanos no tienen las actitudes, hábitos y conductas apropiados.

En suma, *Centesimus annus* clama por una seria reforma de las instituciones morales y culturales de las sociedades democráticas y capitalistas —incluyendo los medios de comunicación masiva, el cine, las universidades y la familia—, de manera que la democracia y el capitalismo puedan cumplir sus mejores promesas. Ni la preservación de los espacios de libertad política alcanzados por la democracia, ni la liberación de la pobreza opresiva que ha traído consigo el capitalismo son suficientes, juntas o por separado, para satisfacer el anhelo humano de verdad y justicia. Sólo puede hacerlo una vigorosa vida cultural, inspirada en su punto cúlmine por la gracia de Dios. Entretanto, unos dos mil millones de personas pobres en este planeta viven aún al margen de sociedades políticas libres y economías libres, y su condición no puede olvidarse. Es preciso introducir reformas prácticas en el orden económico internacional.

---

dad con ello, todos los seres humanos poseen un derecho natural y general a utilizar la propiedad para sobrevivir”. David Little, “A Christian Perspective on Human Rights”, *Human Rights in Africa: Cross-Cultural Perspectives* (Washington: Brookings Institution, Ediciones Abdullahi Ahmed An-Na'im y Francis M. Deng 1991), p. 74.

### Una antropología social cristiana

Teniendo en mente esta visión general, debería ser ahora más fácil captar la lógica interna de *Centesimus annus*. Esta lógica comienza con un examen concreto del ser humano:

No se trata del hombre abstracto, sino del hombre real, concreto e histórico: se trata de *cada hombre*. (...) [T]oda la riqueza doctrinal de la Iglesia tiene como horizonte al hombre en su realidad concreta de pecador y de justo. (Nº 53)

Ya en 1969, en su trabajo filosófico como Arzobispo de Cracovia, Wojtila había planteado su noción de “la persona actuante”, una noción de libertad, de responsabilidad, de “agencia”. Como fuente originaria de acción, la persona humana es capaz de concepciones novedosas y creativas, de inventiva, de iniciativa. La persona humana no es un mero objeto de la acción, moldeado desde el exterior, pasiva, condicionada, sino que es capaz de dar forma a su propia vida y de autodeterminarse. Posteriormente, en su primera encíclica social, *Laborem exercens* (1981), Juan Pablo II apeló a la antropología implícita en la historia de la creación según el Génesis, que es el mejor punto de partida para la indagación religiosa sobre la naturaleza y las causas de la creación de la riqueza.<sup>7</sup> Y este paso desde la persona actuante de la fenomenología a la persona creativa de la historia bíblica (o a la inversa) es un paso pequeño. El Creador nos hizo a Su imagen y semejanza, nosotros somos creadores. Somos personas actuantes, y pensar en nosotros mismos como creadores resulta fácil y natural.

Cuando el joven Wojtila, aún estudiante, lidiaba por primera vez con pensadores occidentales modernos, como Scheler y Heidegger, estaba completamente seguro de que su vida transcurriría hasta el final en una sociedad regida por la ideología del “socialismo real”, en la cual la persona humana contaba muy poco. En la práctica, el trabajo socialista estaba por completo orientado a la acumulación de objetos, de cosas, sin que se considerara verdaderamente la subjetividad del trabajador. Tras días de arduo trabajo en

---

<sup>7</sup> “En la Palabra de la divina Revelación está inscrita muy profundamente esta verdad fundamental, que el hombre, creado a imagen de Dios, participa mediante su trabajo en la obra del Creador, y según la medida de sus propias posibilidades, en cierto sentido, continúa desarrollándola y la completa, avanzando cada vez más en el descubrimiento de los recursos y de los valores encerrados en todo lo creado”. Juan Pablo II, *Laborem exercens*, Nº 25.

los mares helados y arriesgando sus vidas, los pescadores descubrían que la unidad de refrigeración de la bodega en que se había almacenado su producto era defectuosa y que todo el fruto de su trabajo se había podrido. Los trabajadores siderúrgicos veían que se apilaban enormes montones de barras de acero, oxidándose, porque los sistemas de distribución se habían interrumpido. En el régimen marxista nadie tenía el menor interés en que el itinerario completo de un producto, desde la idea hasta la ejecución y la entrega, fuese satisfactorio. Cada persona se sentía como una tuerca en el engranaje de otro. Se experimentaba un nuevo tipo de alienación. Juan Pablo II la describió en su segunda encíclica social, *Sollicitudo rei socialis*, en oposición, precisamente, al sentido de acción personal e iniciativa:

[El derecho a la iniciativa económica es] un derecho importante no sólo para el individuo en particular, sino además para el bien común. La experiencia nos demuestra que la negación de tal derecho o su limitación en nombre de una pretendida “igualdad” de todos en la sociedad, reduce o, sin más, destruye de hecho el espíritu de iniciativa, es decir, la *subjetividad creativa del ciudadano*. En consecuencia, surge, de este modo, no sólo una verdadera igualdad, sino una “nivelación descendente”. En lugar de la iniciativa creadora nace la pasividad, la dependencia y la sumisión al aparato burocrático que, como único órgano que “dispone” y “decide” —aunque no sea “poseedor”— de la totalidad de los bienes y medios de producción, pone a todos en una posición de dependencia casi absoluta, similar a la tradicional dependencia del obrero-proletario en el sistema capitalista. Esto provoca un sentido de frustración o desesperación y predispone a la despreocupación de la vida nacional, empujando a muchos a la emigración y favoreciendo, a la vez, una forma de emigración “psicológica”.<sup>8</sup>

En medio de tan amarga alienación, el énfasis de Wojtila en “la persona actuante” era absolutamente convincente. Su acento en la subjetividad creativa del trabajador desconcertó a los marxistas que habían sido designados para hacer campaña ideológica con él. El les dio vuelta la tortilla. Los obligó a discutir en terreno cristiano. Así, siendo Arzobispo de Cracovia, el Papa pudo percibir que la disputa entre el catolicismo y el marxismo o, más ampliamente, entre el humanismo y el socialismo, constituía una justa sobre el significado del hombre.

---

<sup>8</sup> Juan Pablo II, *Sollicitudo rei socialis*, N° 15.

[E]l error fundamental del socialismo es de carácter antropológico. Efectivamente, considera a todo hombre como un simple elemento y una molécula del organismo social, de manera que el bien del individuo se subordina al funcionamiento del mecanismo económico-social. Por otra parte, considera que este mismo bien puede ser alcanzado al margen de su opción autónoma, de su responsabilidad asumida, única y exclusiva, ante el bien o el mal. El hombre queda reducido así a una serie de relaciones sociales, desapareciendo el concepto de persona como sujeto autónomo de decisión moral, que es quien edifica el orden social, mediante tal decisión. (Nº 13)

Esta consideración acerca de la antropología errónea del socialismo lleva a Wojtila más allá del horizonte del individuo humano. Aquí se introduce el contexto más amplio de las relaciones sociales y los sistemas sociales: “especialmente hoy día, la doctrina social mira al hombre inserido en la compleja trama de relaciones de la sociedad moderna”. (Nº 54).

De esta manera, las líneas principales del *Centesimus annus* son netas y claras: el ser humano es una persona actuante, creativa, capaz de mostrar iniciativa y responsabilidad, que busca en las tres esferas principales de la vida (política, económica y cultural) instituciones que sean dignas de sus capacidades, instituciones que no ahoguen ni distorsionen su dinámica naturaleza.

No sólo no es lícito desatender desde el punto de vista ético la naturaleza del hombre que ha sido creado para la libertad, sino que esto ni siquiera es posible en la práctica. Donde la sociedad se organiza reduciendo de manera arbitraria o incluso eliminando el ámbito en que se ejercita legítimamente la libertad, el resultado es la desorganización y la decadencia progresiva de la vida social. (Nº 25).

Esta es la lección que el Papa extrae de la autodestrucción del socialismo.

Hay, además, una lección sobre la capacidad humana para el mal. Una buena broma calvinista expresa a grandes rasgos los conceptos de Juan Pablo II: “Cualquiera que diga que el hombre es totalmente depravado no puede ser totalmente malo”. Análogamente, dice el Papa: “El hombre tiende hacia el bien, pero es también capaz del mal; puede trascender su interés inmediato y, sin embargo, permanece vinculado a él.” (Nº 25).

Así, respetando el bien limitado pero genuino que hay en el hombre, el Papa nos llama a ver el bien común como una “armonía” entre el “interés

propio” y “los intereses de la sociedad en su conjunto”, cada vez que ello es posible: “El orden social será tanto más sólido cuanto más tenga en consideración este hecho y no oponga el interés personal al de la sociedad en su conjunto, sino que busque más bien los modos de su fructuosa coordinación.” (Nº 25).

Uno de los estribillos de James Madison y Alexander Hamilton, en *El Federalista*, es que lo perfecto no debería ser enemigo de lo bueno.<sup>9</sup> En el mismo espíritu, el Papa prosigue:

De hecho, donde el interés individual es suprimido violentamente, queda sustituido por un oneroso y opresivo sistema de control burocrático que esteriliza toda iniciativa y creatividad. Cuando los hombres se creen en posesión del secreto de una organización social perfecta que haga imposible el mal, piensan también que pueden usar todos los medios, incluso la violencia o la mentira, para realizarla. La política se convierte entonces en una “religión secular”, que cree ilusoriamente que puede construir el paraíso en este mundo. De ahí que cualquier sociedad política, que tiene su propia autonomía y sus propias leyes, nunca podrá confundirse con el Reino de Dios.” (Nº 25).

En esta forma directa, Juan Pablo II toma por las astas el problema contemporáneo de “las personas libres y el bien común”. Era relativamente fácil establecer qué era el bien común cuando una sola tribuna, como en tiempos antiguos, estaba encargada de señalarlo. Resulta mucho más difícil, en cambio, cuando se respeta la libertad de cada persona para discernir el bien común. Es más, el bien de una sociedad en su conjunto no se alcanza, en muchos aspectos, ni por consenso ni a través de una orientación única desde arriba; por el contrario, es el fruto de numerosas personas y grupos que cumplen con excelencia sus propias tareas en forma independiente. Por ejemplo, una vida familiar sólida no se logra en toda la sociedad mediante un *diktat* desde arriba, sino cuando cada pareja de padres, en forma independiente, hace lo mejor que puede. Y las pequeñas empresas individuales no

---

<sup>9</sup> “¿Acaso no hemos visto bastante de la falacia y la extravagancia de aquellas teorías ociosas que nos han entretenido con promesas de liberarnos de la imperfección, las debilidades y los males propios de la sociedad en cualquiera de sus formas? ¿No es acaso la hora de despertar del sueño engañoso de una edad de oro y adoptar como divisa práctica para orientar nuestra acción política el hecho de que nosotros, al igual que los demás habitantes del globo, estamos aún lejos del feliz imperio de la perfecta sabiduría y la perfecta virtud?”, *The Federalist Papers*, Ed. Clinton Rossiter (Nueva York: Mentor, 1961), Nº 6, p. 59.

se rigen por órdenes emanadas de comités de planificación, sino que alcanzan sus objetivos dentro de sus propios mercados, en sus propios nichos particulares y a su manera. Así pues, al declarar el principio de que la coincidencia entre los intereses privados y el bien público, como puede ocurrir con frecuencia, arroja resultados nada malos para la sociedad, el Papa muestra ser más que avezado en las cosas del mundo. No sólo está tomando en consideración el bien que existe en el hombre, con sus limitaciones, sino que está manifestando, a la vez, una visión más sutil del bien común de lo que era posible antes, en un pasado menos pluralista.<sup>10</sup>

La acción individual siempre encierra riesgos, yerros y la posibilidad del fracaso. Un universo en el que la libertad sea posible es un universo abierto. El Papa Juan Pablo II subraya aquellas cosas nuevas que tienen lugar en la historia: por ejemplo, las nuevas ideas que emergieron en la crisis a la que hubo de hacer frente *Rerum novarum*,<sup>11</sup> así como los cambios que han acontecido en el mundo entre 1891 y 1991.<sup>12</sup> Para él, la

---

<sup>10</sup> En esta coincidencia del interés propio y el interés público, véase el “acuerdo” alcanzado por Jacques Maritain, Yves R. Simon y Charles de Koninck, según se describe en “When Personal and Communal Good are One”, en Michael Novak, *Free Persons and the Common Good* (Lanham, Md.: Madison Books, 1989), pp. 30-35.

“Los estadounidenses se complacen en explicar casi todas las acciones de su vida en función del principio del interés propio correctamente entendido. Les resulta grato señalar cómo el egoísmo ilustrado los conduce permanentemente a ayudarse unos a otros y crea en ellos una disposición a dar libremente parte de su tiempo y su riqueza por el bien del Estado”. Tocqueville, *Democracy in America*, Trad. por George Lawrence, ed. J.P. Mayer (Nueva York: Anchor Books, 1969), p. 526.

<sup>11</sup> Juan Pablo II hace presente la gran cantidad de levantamientos sociales que tuvieron lugar en la época de León XIII: “La Iglesia se encontró ante un proceso histórico, presente ya desde hacía tiempo, que alcanzaba entonces su punto álgido. El factor determinante de este proceso era un conjunto de cambios radicales ocurridos en el ámbito político, económico y social, e incluso en el ámbito científico y técnico, aparte del múltiple influjo de las ideologías predominantes”.

“En el campo económico, donde confluían los descubrimientos científicos y sus aplicaciones, se había llegado progresivamente a nuevas estructuras en la producción de bienes de consumo. Había aparecido una nueva forma de propiedad: el capital, y una nueva forma de trabajo: el trabajo asalariado, caracterizado por gravosos ritmos de producción, sin la debida consideración para con el sexo, la edad o la situación familiar, y determinado únicamente por la eficiencia, con vistas al incremento de los beneficios”. (Nº 4).

“El Papa, y con él la Iglesia, lo mismo que la sociedad civil, se encontraban ante una sociedad dividida por un conflicto tanto más duro e inhumano en cuanto que no conocía reglas ni normas. Se trataba del conflicto entre el capital y el trabajo o, como lo llamaba la Encíclica, la cuestión obrera”. (Nº 5).

<sup>12</sup> “En algunos países y bajo ciertos aspectos, después de las destrucciones de la guerra, se asiste a un esfuerzo positivo por reconstruir una sociedad democrática

historia es un campo de ensayo y error, un conjunto de errores costosos y lecciones duramente aprendidas.<sup>13</sup> Más aún, el ser humano raras veces ha conocido sociedades que sean dignas de su capacidad para la libertad, el amor, la verdad, la justicia. Estos son los valores que la raza humana anhela.

Y en este punto, el Papa pasa del análisis de la acción personal al análisis de las estructuras sociales y, en particular, de los sistemas económicos.

### Capitalismo: Sí

Se dijo alguna vez que el pensamiento social del Papa estaba demasiado centrado en el individuo y carecía de sofisticación en las ciencias sociales. *Centesimus annus* procura expandir su aparato analítico de manera

---

inspirada en la justicia social, que priva al comunismo de su potencial revolucionario, constituido por muchedumbres explotadas y sometidas. Estas iniciativas tratan, en general, de mantener los mecanismos de libre mercado, asegurando, mediante la estabilidad monetaria y la seguridad de las relaciones sociales, las condiciones para un crecimiento económico estable y sano, dentro del cual los hombres, gracias a su trabajo, puedan construirse un futuro mejor para sí y para sus hijos. Al mismo tiempo, se trata de evitar que los mecanismos de mercado sean el único punto de referencia de la vida social y tiendan a someterlos a un control público que haga valer el principio del destino común de los bienes de la tierra. Una cierta abundancia de ofertas de trabajo, un sólido sistema de seguridad social y de capacitación profesional, la libertad de asociación y la acción incisiva del sindicato, la previsión social en caso de desempleo, los instrumentos de participación democrática en la vida social, dentro de este contexto deberían preservar el trabajo de la condición de ‘mercancía’ y garantizar la posibilidad de realizarlo dignamente”. *Centesimus annus*, N° 19.

<sup>13</sup> El Papa escribe acerca del “el trágico ciclo de las guerras que sacudieron Europa y el mundo entre 1914 y 1945. Fueron guerras originadas por el militarismo, por el nacionalismo exasperado, por las formas de totalitarismo relacionado con ellas, así como por guerras derivadas de la lucha de clases, de guerras civiles e ideológicas. Sin la terrible carga de odio y rencor, acumulada a causa de tantas injusticias, bien sea a nivel internacional bien sea dentro de cada Estado, no hubieran sido posibles guerras de tanta crueldad en las que se invirtieron las energías de grandes Naciones; en las que no se dudó ante la violación de los derechos humanos más sagrados; en las que fue planificado y llevado a cabo el exterminio de pueblos y grupos sociales enteros. Recordamos aquí singularmente al pueblo hebreo, cuyo terrible destino se ha convertido en símbolo de las aberraciones adonde puede llegar el hombre cuando se vuelve contra Dios”. (N° 17).

Luego el Papa se refiere a la Guerra Fría: “Los grupos extremistas (...) encuentran fácilmente apoyos políticos y militares, son armados y adiestrados para la guerra (...) Incluso la militarización de tantos Países del Tercer Mundo y las luchas fratricidas que los han atormentado, la difusión del terrorismo y de medios

de poder contrastar no sólo las ideologías, sino los sistemas reales de economía política, tales como el socialismo real y los ejemplos existentes de democracia y de economías capitalistas.<sup>14</sup>

Con cierta sofisticación, el Pontífice distingue la esfera de lo “social” de la del “Estado”, la sociedad civil del gobierno. Enfatiza la importancia de los sindicatos libres, de las iniciativas ciudadanas y de las asociaciones libres.<sup>15</sup> En un pasaje reminiscente de las preocupaciones de Tocqueville sobre el “nuevo despotismo suave” de las democracias, lanza una crítica

---

cada vez más crueles de lucha político-militar tienen una de sus causas principales en la precariedad de la paz que ha seguido a la segunda guerra mundial”. (Nº 18).

<sup>14</sup> Juan Pablo II explica que León XIII había predicho el “socialismo real” en *Rerum novarum*: “Algunos se podrían sorprender de que el Papa criticara las soluciones que se daban a la ‘cuestión obrera’, comenzando por el socialismo, cuando éste aún no se presentaba —como sucedió más tarde— bajo la forma de un Estado fuerte y poderoso, con todos los recursos a su disposición. Sin embargo, él supo valorar justamente el peligro que representaba para las masas ofrecerles el atractivo de una solución tan simple y radical de la cuestión obrera de entonces. Esto resulta más verdadero aún si lo comparamos con la terrible condición de injusticia en que versaban las masas proletarias de las Naciones recién industrializadas”. (Nº 12).

Al describir el mundo de hoy, el Papa se esmera en distinguir la realidad de las declaraciones ideológicas, señalando con frecuencia las diferencias concretas entre los sistemas en diversos lugares del mundo. Sobre América Latina, por ejemplo, véase Nº 20; sobre Asia, Nº 22; sobre los países capitalistas y democráticos avanzados, Nº 19.

<sup>15</sup> Juan Pablo II cita la enseñanza de León XIII en el sentido de que formar asociaciones privadas es un “derecho natural del hombre”, lo “cual significa ante todo el derecho a crear asociaciones profesionales de empresarios y obreros, o de obreros solamente. Esta es la razón por la cual la Iglesia defiende y aprueba la creación de los llamados sindicatos, no ciertamente por prejuicios ideológicos, ni tampoco por ceder a una mentalidad de clase, sino porque se trata precisamente de un ‘derecho natural’ del ser humano y, por consiguiente, anterior a su integración en la sociedad política”. (Nº 7).

“Además de la familia, desarrollan también funciones primarias y ponen en marcha estructuras específicas de solidaridad otras sociedades intermedias. Efectivamente, éstas maduran como verdaderas comunidades de personas y refuerzan el tejido social, impidiendo que caiga en el anonimato y en una masificación impersonal, bastante frecuente por desgracia en la sociedad moderna. En medio de esa múltiple interacción de las relaciones vive la persona y crece la ‘subjetividad de la sociedad’ ”. (Nº 49).

Véase también Nº 13: “La sociabilidad del hombre no se agota en el Estado, sino que se realiza en diversos grupos intermedios, comenzando por la familia y siguiendo por los grupos económicos, sociales, políticos y culturales, los cuales, como provienen de la misma naturaleza humana, tienen su propia autonomía, sin salirse del ámbito del bien común. Es a esto a lo que he llamado ‘subjetividad de la sociedad’, la cual, junto con la subjetividad del individuo, ha sido anulada por el socialismo real”.

sistémica al “Estado asistencial”, confrontando el trabajo local “vecinal” entre los pobres con la esterilidad de las relaciones burocráticas.<sup>16</sup> En tanto que por siglos la tradición católica ha sostenido una visión positiva respecto del papel del Estado en la vida social, Juan Pablo II es especialmente cuidadoso y minucioso al establecer límites para los Estados en exceso ambiciosos de fines del siglo veinte.<sup>17</sup>

En la mente de Juan Pablo II jamás ha habido la menor duda de que las instituciones democráticas, cualesquiera sean sus defectos, constituyen

---

<sup>16</sup> “Al intervenir directamente y quitar responsabilidad a la sociedad, el Estado asistencial provoca la pérdida de energías humanas y el aumento exagerado de los aparatos públicos, dominados por lógicas burocráticas más que por la preocupación de servir a los usuarios, con enorme crecimiento de los gastos. Efectivamente, parece que conoce mejor las necesidades y logra satisfacerlas de modo más adecuado quien está próximo a ellas o quien está cerca del necesitado”. (Nº 48).

Comparemos con Tocqueville: “Trato de imaginar bajo qué nuevas formas puede aparecer el despotismo en el mundo. En primer lugar, veo una innumerable multitud de hombres, semejantes e iguales, girando permanentemente en círculos, en busca de los mínimos y banales placeres con los que se hartan el alma. Cada uno de ellos, retirado al interior de sí mismo, está casi inconsciente de la suerte de los demás. La humanidad, para él, se compone de sus hijos y sus amigos personales. En cuanto al resto de sus conciudadanos, están bastante cerca, pero no nota su existencia. Los toca pero no siente nada. Vive dentro de sí y para sí; y aunque tenga una familia, al menos puede decirse que no tiene patria.

“Por sobre esta clase de hombres hay un poder inmenso, protector, que es el único responsable de asegurarles el goce y velar por su destino. Ese poder es absoluto, preocupado de los detalles, ordenado, previsor y gentil. Se asemejaría a la autoridad paterna si, como un padre, tratara de preparar al hombre para la vida, pero, por el contrario, sólo trata de mantenerlo en una perpetua infancia.

“Habiendo de este modo tomado a cada ciudadano en su poderoso puño, luego de darle forma a su antojo, el gobierno amplía su alcance para incluir a toda la sociedad. Invade toda la vida social con una red de reglas mínimas y complicadas que son al mismo tiempo nimias y uniformes, por obra de las cuales ni siquiera los hombres de mayor originalidad y de temperamento más vigoroso pueden asomar la cabeza por sobre la multitud. No quiebra la voluntad de los hombres, sino que la suaviza, la flexibiliza y la guía; raras veces impone acciones, pero con frecuencia las inhibe; no destruye nada, pero evita que nazcan muchas cosas; no es en absoluto tiránico, pero obstaculiza, restringe, debilita, ahoga e idiotiza tanto, que al final cada nación no es más que un rebaño de tímidos y esforzados animales con el gobierno como pastor”. Alexis de Tocqueville, *Democracy in America*, trad. por George Lawrence; Ed. J. P. Mayer (Nueva York. Anchor Books, 1969), pp. 690-92.

<sup>17</sup> Una de las incumbencias del Estado es “la de vigilar y encauzar el ejercicio de los derechos humanos en el sector económico; pero en este campo la primera responsabilidad no es del Estado, sino de cada persona y de los diversos grupos y asociaciones en que se articula la sociedad. El Estado no podría asegurar directamente el derecho a un puesto de trabajo para todos los ciudadanos, sin estructurar rígidamente toda la vida económica y sofocar la libre iniciativa de los individuos”. *Centesimus annus*, Nº 48.

la mejor salvaguarda de que disponemos para los derechos humanos. Ahora agrega que las virtudes e instituciones capitalistas, cualesquiera sean sus defectos, constituyen también la mejor protección de que disponemos para la democracia.

Con seguridad, el famoso “párrafo 42” fue el que más concitó la atención de la prensa mundial. Hasta ese momento, el Papa se había referido a los acontecimientos que han cambiado el mundo desde 1891, y en particular los sucesos de 1989, como preparación para ofrecer luego sus consejos prácticos. Así, en el párrafo 42 el Papa por fin está listo para regresar por tercera vez al problema subyacente cuya respuesta se le exige desde Polonia, Checoslovaquia, Hungría, el Tercer Mundo y muchas otras áreas: Después del colapso del socialismo, ¿qué curso de acción debemos seguir? Vale la pena reproducir su respuesta íntegra, puesto que la única respuesta razonable a esta pregunta requiere de cierta cautela en el uso del discutido término “capitalismo”.

Volviendo ahora a la pregunta inicial, ¿se puede decir quizá que, después del fracaso del comunismo, el sistema vencedor sea el capitalismo, y que hacia él estén dirigidos los esfuerzos de los Países que tratan de reconstruir su economía y su sociedad? ¿Es quizá éste el modelo que es necesario proponer a los Países del Tercer Mundo, que buscan la vía del verdadero progreso económico y civil? La respuesta obviamente es compleja. Si por “capitalismo” se entiende un sistema económico que reconoce el papel fundamental y positivo de la empresa, del mercado, de la propiedad privada y de la consiguiente responsabilidad para con los medios de producción, de la libre creatividad humana en el sector económico, la respuesta es ciertamente positiva, aunque quizá sería más apropiado hablar de una “economía de empresa”, “economía de mercado”, o simplemente de “economía libre”. Pero si por “capitalismo” se entiende un sistema en el cual la libertad, en el ámbito económico, no está encuadrada en un sólido contexto jurídico que la ponga al servicio de la libertad humana integral y la considere como una particular dimensión de la misma, cuyo centro es ético y religioso, entonces la respuesta es absolutamente negativa. (Nº 42).

Punto por punto, esta réplica refleja la experiencia de aquellas naciones que desde la Segunda Guerra Mundial han conocido tanto la libertad económica como la prosperidad económica. Por ejemplo, el totalitarismo nazi había introducido graves distorsiones para la personalidad humana y, después de la Segunda Guerra Mundial, Alemania debió sufrir una transformación mayor, no sólo en el ámbito económico sino también, necesaria-

mente, en términos político y moral.<sup>18</sup> En las naciones otrora comunistas, la situación actual es similar. Así también, las naciones angloamericanas han desarrollado a través de los siglos una estructura legal de la que lentamente emergerían las instituciones políticas, económicas y culturales que, juntas, forjarían la “sociedad libre”. Incluso pensadores neoliberales como Friedrich Hayek en *La Constitución de la Libertad* y Bruno Leoni en *Libertad y Derecho* subrayan estos factores no económicos.<sup>19</sup>

---

<sup>18</sup> En general, tales iniciativas procuran “mantener los mecanismos de libre mercado, asegurando, mediante la estabilidad monetaria y la seguridad de las relaciones sociales, las condiciones para un crecimiento económico estable y sano, dentro del cual los hombres, gracias a su trabajo, puedan construirse un futuro mejor para sí y para sus hijos. Al mismo tiempo, se trata de evitar que los mecanismos de mercado sean el único punto de referencia de la vida social y tienden a someterlos a un control público que haga valer el principio del destino común de los bienes de la tierra”. *Centesimus annus*, N° 19.

Alemania, después de la Segunda Guerra Mundial, debió reestructurar simultáneamente sus sistemas político, económico y moral. Con la finalidad de enfatizar tanto los “mercados” como sus restricciones político-morales, llamó a su nuevo sistema “economía social de mercado”. Véase la narración de sus éxitos y fracasos en Alan Peacock y Hans Willgerodt, *Germany's Social Market Economy: Origins and Evolution* (Nueva York: St. Martin's Press, 1989).

<sup>19</sup> Entre otras pruebas de Hayek, considérese la siguiente: “Probablemente nunca ha habido una fe genuina en la libertad, y, por cierto, ninguna iniciativa puede hacer funcionar una sociedad libre si no existe un verdadero respeto por las instituciones maduras, por las costumbres y hábitos y ‘todas aquellas garantías de la libertad que nacen de una reglamentación prescrita por largo tiempo y de antiguas modalidades’. Aunque parezca paradójico, probablemente sea cierto que una verdadera sociedad libre siempre será, en gran medida, una sociedad atada a las tradiciones”. Friedrich A. Hayek, *The Constitution of Liberty* (Chicago: University of Chicago, 1978), p. 66.

Bruno Leoni era fuertemente partidario de recurrir a la costumbre, el sentido común y el ensayo y error, antes que reformar la legislación. Manifestaba, por ejemplo: “La legislación parece ser hoy un remedio rápido, racional y de largo alcance contra toda clase de males o inconvenientes, en comparación, por ejemplo, con las sentencias judiciales, la solución de controversias a través del arbitraje privado, las convenciones, las costumbres y otras avenencias espontáneas similares por parte de los individuos (...).

“Tanto la historia romana como la inglesa nos enseñan (...) una lección totalmente distinta de la que predicaban los abogados de la abultada legislación de nuestra época (...) Tanto los romanos como los ingleses compartían la idea de que la ley es algo por *descubrir* más que algo por *estatuir*, y de que nadie es tan poderoso en la sociedad como para hallarse en condiciones de identificar su propia voluntad con la Ley de la Tierra. La tarea de ‘descubrir’ la ley se confiaba en esos países a los jurisconsultos y a los jueces, respectivamente”. Bruno Leoni, *Freedom and the Law* (Los Angeles: Nash Publishing, 1961), pp. 5, 10.

En *El espíritu del capitalismo democrático* (1982), llamé a la *Gestalt* resultante un “sistema tripartito”.

El capitalismo democrático no es únicamente un “sistema de libre empresa”. No puede separarse de la cultura moral que alimenta las virtudes y valores de las que depende su existencia. No puede apartarse de una política democrática empeñada, por una parte, en un gobierno limitado, y por la otra, en muchas actividades legítimas sin las cuales es imposible una economía próspera. La inorgánica sabiduría práctica implícita en el sistema político y en el sistema moral-cultural ha afectado profundamente el funcionamiento del sistema económico. Tanto las decisiones políticas como el clima moral alentaron este desarrollo. En diversos momentos de la historia de los Estados Unidos, tanto el sistema político como el sistema moral-cultural han intervenido en forma seria, positiva y negativamente, en el sistema económico. Cada uno de los tres sistemas ha modificado a los demás.<sup>20</sup>

En la segunda parte del párrafo 42, citado antes, el Papa Juan Pablo II describe cuidadosamente las funciones de los tres sistemas: económico, jurídico y moral.<sup>21</sup>

Como parte de la estructura tripartita, el capitalismo correctamente entendido fluye de la antropología del Papa Juan Pablo II. “En efecto, el principal recurso del hombre es, junto con la tierra, el hombre mismo. Es su inteligencia la que descubre las potencialidades productivas de la tierra y las múltiples modalidades con que se pueden satisfacer las necesidades humanas” (Nº 32). “El hombre —continúa— que descubre su capacidad de transformar y, en cierto sentido, de ‘crear’ el mundo con el propio trabajo (...) desempeña su papel de colaborador de Dios en la obra de la creación”. (Nº 37). Y, una vez más: “El hombre se realiza a sí mismo por medio de su inteligencia y su libertad y, obrando así, asume como objeto e instrumento las cosas del mundo, a la vez que se apropia de ellas. En este modo de actuar se encuentra el fundamento del derecho a la iniciativa y a la propiedad individual”. (Nº 43).

Todavía más, la expresión de la creatividad personal mediante el trabajo contiene una dimensión social. “Mediante su trabajo el hombre se

<sup>20</sup> Michael Novak, *The Spirit of Democratic Capitalism*, 2da edición (Lanham, Md.: Madison Books, 1990), pp. 56-57.

<sup>21</sup> Esta división tripartita aparece prefigurada en los tres capítulos en que se divide la Constitución sobre la Iglesia en el mundo moderno, *Gaudium et spes*.

compromete no sólo en favor suyo, sino también en favor de los demás y con los demás: cada uno colabora en el trabajo y en el bien de los otros. El hombre trabaja para cubrir las necesidades de su familia, de la comunidad de la que forma parte, de la Nación y, en definitiva, de toda la humanidad”. (Nº 43). En estos textos vemos la forma elemental de la lógica del Papa: desde la imagen del Creador presente en cada persona al trabajo que fluye de esa fuente. O, una vez más, desde la fecunda mente del Dios creador al ejercicio de la inteligencia y de la elección humana en la invención, la iniciativa y la empresa.

Ya en *Sollicitudo rei socialis*, el Papa había observado que “el derecho a la iniciativa económica personal” era un derecho humano fundamental, secundario únicamente del derecho a la libertad de culto.<sup>22</sup> Tal como la libertad religiosa, la iniciativa económica también nace de la “subjetividad creativa” de la persona humana.<sup>23</sup> Esta línea de pensamiento llevó al Papa a discernir el papel de la empresa en la actividad económica. Israel Kirzner define la empresa como un acto de descubrimiento, un acto de reconocer ya sea un nuevo producto o servicio a suministrar para utilidad de otros o una

---

<sup>22</sup> “*Los pueblos o las naciones* también tienen derecho a desarrollarse plenamente, lo cual, además de incluir (...) los aspectos económicos y sociales, debe incluir también la identidad cultural individual y la apertura hacia lo trascendente. Ni siquiera la necesidad de desarrollo puede usarse como excusa para imponer a otros nuestro propio modo de vida o nuestras propias creencias religiosas.” Nº 32.

“Cuando los individuos y las comunidades no ven rigurosamente respetadas las exigencias morales, culturales y espirituales basadas en la dignidad de la persona y la propia identidad de cada comunidad, comenzando por la familia y las sociedades religiosas, entonces todo lo demás — disponibilidad de bienes, abundancia de recursos técnicos aplicados a la vida diaria, un cierto nivel de bienestar material— resultará insatisfactorio y, a la larga, despreciable. Lo dice el Señor claramente en el Evangelio, cuando llama la atención de todos sobre la verdadera jerarquía de los valores: ‘¿De qué servirá al hombre ganar el mundo entero, si pierde su vida?’”

“En el orden interno de toda nación, es muy importante que sean respetados todos los derechos, especialmente el derecho a la vida en todas las fases de la existencia; los derechos de la familia, como comunidad social básica o ‘célula de la sociedad’; la justicia en las relaciones laborales; los derechos concernientes a la vida de la comunidad política en cuanto tal, así como los derechos basados en la vocación trascendente del ser humano, empezando por el derecho a la libertad de profesar y practicar el propio credo religioso”. *Sollicitudo rei socialis*, Nº 33.

Un análisis de la libertad económica como la segunda libertad aparece en Michael Novak, *The Second Liberty*, a publicarse próximamente.

<sup>23</sup> El Papa relaciona la iniciativa con la subjetividad creativa en *Sollicitudo rei socialis*, cuando dice que las estructuras políticas no deben disminuir ni destruir “el espíritu de iniciativa, es decir, la subjetividad creativa del ciudadano”. (Nº 15)

nueva manera de proveerlos.<sup>24</sup> El Papa ve la creatividad operando en dichos actos de descubrimiento y discernimiento. Incluso ve en ellos una nueva forma de “capital”.

Aunque los orígenes de la palabra “capital” se remontan a una etapa económica más primitiva, cuando *capita* designaba las cabezas de ganado, y la principal forma de capital económico correspondía a la propiedad de la tierra, la misma palabra sugiere también la expresión latina *caput* (cabeza), origen de esa misma creatividad, invención, iniciativa, que el Papa observa en la “subjetividad creativa”. De hecho, el propio Papa alude al vuelco crucial desde el significado primitivo de “capital” como tierra a su moderno significado como capital humano, según debemos examinarlo ahora.

El pensamiento del Papa en este punto es paralelo al de Abraham Lincoln. En *Laborem exercens*, Juan Pablo II había afirmado “el principio de la prioridad del trabajo sobre el capital” (donde “trabajo” significaba todo tipo de trabajo, incluso el trabajo intelectual, y “capital” designaba las cosas materiales).<sup>25</sup> De igual modo, en su Primer Mensaje Anual al Congreso, el 3 de diciembre de 1861, parafraseando algunas de las expresiones que había empleado en la Feria Estatal de Wisconsin en 1859, Lincoln manifestaba lo siguiente:

El trabajo es anterior al capital e independiente de él. El capital es sólo el fruto del trabajo, y no podría existir si no existiese primero el trabajo. El trabajo es superior al capital y merece la más elevada consideración. El capital tiene sus derechos, que son tan dignos de protección como cualquier otro derecho. Tampoco se niega que haya y que probablemente siempre habrá una relación entre trabajo y

---

<sup>24</sup> Kirzner describe su trabajo como una “tentativa de comprender el carácter sistemático del proceso capitalista en términos de descubrimiento empresarial”. Dice: “Para comprender las fuerzas que actúan sistemáticamente en los mercados, debemos introducir en nuestro análisis el elemento de *descubrimiento* involuntario pero motivado”.

“Una mala asignación de recursos ocurre porque, hasta ese momento, los participantes en el mercado no han notado la discrepancia de precios que se produce. Esta discrepancia de precios se presenta como una oportunidad a ser explotada por su descubridor. *La dimensión más impresionante del sistema de mercado es la tendencia a descubrir tales oportunidades.*” Israel Kirzner, *Discovery and the Market Process* (Chicago: University of Chicago Press, 1985), pp. 14; 30.

<sup>25</sup> “Este principio concierne directamente al proceso de producción: en este proceso, el trabajo es siempre una causa eficiente primaria, en tanto que el capital, el conjunto total de los medios de producción, sigue siendo un mero instrumento o causa instrumental”. Juan Pablo II, *Laborem exercens*, N° 12.

capital, que rinde mutuos beneficios. El error es suponer que todo el trabajo de la comunidad tiene lugar dentro de esa relación.<sup>26</sup>

Pero Lincoln veía también que la principal fuente de riqueza era la inteligencia humana, y su homenaje al papel que desempeña la invención en la extracción de la riqueza de las ocultas dávidas de la creación fue muy elocuente.<sup>27</sup> Análogamente, veía en la Cláusula de Patentes y Derechos de Autor de la Constitución de los EE. UU. un notable incentivo para los inventores y creadores, y, por consiguiente, uno de los más grandes aportes históricos a la libertad humana, ya que la perspectiva de la propiedad temporal de las ideas (de las ideas como propiedad) “añadía el combustible del *interés* al *fuego* del genio”.<sup>28</sup> El Papa dice:

[La tierra] por su misma fecundidad y capacidad de satisfacer las necesidades del hombre, es el primer don de Dios para el sustento de la vida humana. Ahora bien, la tierra no da sus frutos sin una peculiar respuesta humana al don de Dios, es decir, sin el trabajo. Es mediante el trabajo como el hombre, usando su inteligencia y su libertad, logra dominarla y hacer de ella su digna morada.

A lo largo de la historia, en los comienzos de toda sociedad humana, encontramos siempre estos dos factores, el trabajo y la tierra; en cambio, no siempre hay entre ellos la misma relación. En otros tiempos la *natural fecundidad de la tierra* aparecía, y era de hecho,

---

<sup>26</sup> Abraham Lincoln, *Mensaje Anual al Congreso*, 3 de diciembre de 1861, en *Lincoln: Speeches and Writings 1859-1865*, Don E. Fehrenbacher (ed.) (Nueva York: Library of America, 1989), p. 296.

<sup>27</sup> “No conozco nada tan grato para la mente como el descubrimiento de algo que es a la vez *nuevo* y *valioso*, nada que alivie y dulcifique tanto el esfuerzo como la búsqueda esperanzada de tal descubrimiento. Y qué vasto y variado campo para el descubrimiento es el de la agricultura. La mente, ya entrenada en el pensamiento, en la escuela rural o superior, no puede menos que hallar allí una fuente inagotable de goce útil. Cada brizna de pasto es un estudio; y producir dos allí donde sólo había uno es al mismo tiempo beneficio y placer”. Lincoln, “Address to the Wisconsin State Agricultural Society”, Milwaukee, Wisconsin, 30 de septiembre de 1859, en *Abraham Lincoln: Speeches and Writings 1859-1865*, *op. cit.*, p. 99.

<sup>28</sup> Sobre las leyes de patentes, Lincoln dice: “Estas comenzaron en Inglaterra en 1624; y en nuestro país, con la adopción de la constitución [sic]. Antes de ello, cualquier hombre podía utilizar de inmediato lo que otro hubiera inventado, de manera que el inventor no obtenía ventajas especiales de sus propios inventos. El sistema de patentes cambió esta situación: garantizó al inventor, por un tiempo limitado, el uso exclusivo de su invento, y de esta manera agregó el combustible del *interés* al *fuego* del genio en el descubrimiento y producción de cosas nuevas y útiles”. Abraham Lincoln, *op. cit.*, p. 11.

como el factor principal de riqueza, mientras que el trabajo servía de ayuda y favorecía a tal fecundidad (...) En nuestro tiempo es cada vez más importante *el papel del trabajo humano* en cuanto factor productivo de las riquezas inmateriales y materiales.

El trabajo es tanto más fecundo y productivo, cuanto el hombre se hace más capaz de conocer las potencialidades productivas de la tierra y ver en profundidad las necesidades de los otros hombres, para quienes se trabaja. (Nº 31).

Como Ludwig von Mises y Friedrich von Hayek, el Papa considera que el trabajo construye, por decirlo así, la trama tácita, experimental, evolutiva de una “Gran Sociedad”.<sup>29</sup> “[E]s evidente que el trabajo de un hombre se conecta naturalmente con el de otros hombres. Hoy más que nunca, trabajar es trabajar con otros y trabajar para otros: es hacer algo para alguien”. (Nº 31).

---

<sup>29</sup> En lo que Hayek llama la “Gran Sociedad”, los productos y servicios de cada cual benefician por lo general a personas que no conocemos. La mayor productividad de tal sociedad se apoya en una división del trabajo que va mucho más allá del rango que una sola persona puede abarcar. Esta extensión del proceso de intercambio, trascendiendo los grupos relativamente pequeños para incluir a grandes cantidades de personas que no se conocen entre sí, ha hecho posible conceder al extraño e incluso al extranjero las mismas reglas de protección de la justa conducta que se aplican a las relaciones entre los miembros conocidos de nuestro propio pequeño grupo (...).”

“La Gran Sociedad surgió del descubrimiento de que los hombres pueden vivir juntos en paz y beneficiándose mutuamente, sin tener que estar de acuerdo en los objetivos particulares que cada cual persigue por separado. El descubrimiento de que la sustitución de las reglas abstractas de comportamiento por fines concretos obligatorios hacía posible extender el orden de la paz más allá de pequeños grupos que persiguen objetivos afines, porque así cada individuo quedaba en condiciones de beneficiarse con los conocimientos y habilidades de otros a los que no necesitaba conocer y cuyos objetivos podían ser totalmente distintos de los suyos”. Hayek, *The Mirage of Social Justice*, pp. 88, 109.

Y bajo el encabezamiento “Gran Sociedad”, Mises dice: “La sociedad es la acción y la cooperación conjunta en la que cada participante ve el éxito de su socio como un medio para lograr el propio.

“El creciente influjo de la idea de que ni siquiera en la guerra cualquier acto es permisible, de que hay actos de guerra legítimos e ilícitos, de que hay leyes, es decir, relaciones societales que se encuentran por encima de todas las naciones, incluso de aquellas que momentáneamente se están batiendo, ha dado lugar, finalmente, a la Gran Sociedad que incluye a todos los hombres y a todas las naciones. Las diversas sociedades regionales se fundían en una sociedad ecuménica.

“La sociedad (...) siempre implica seres humanos que actúan en cooperación con otros hombres a fin de permitir que todos los participantes alcancen sus propios fines”. Ludwig von Mises, *Human Action* (New Haven: Yale University Press, 1949), pp.168- 169.

En una extraña forma, entonces, el capitalismo moderno centra cada vez más su atención en *caput*, en factores tales como el conocimiento, la comprensión, el descubrimiento, la empresa y la indagación. El “capital humano” pasa a ser la principal fuente de riquezas de las naciones, incluso más importante que los recursos naturales. Los casos de Japón y Brasil ilustran claramente este punto: uno de ellos carece de recursos naturales pero es muy rico; el otro posee grandes recursos naturales pero es muy pobre.<sup>30</sup>

De este modo dilucida el Papa el nuevo significado de “capital”:

---

<sup>30</sup> Véase Michael Novak, *This Hemisphere of Liberty* (Washington, D.C.: The AEI Press, 1990), p. 51: “Aquellos que desean liberar a los seres humanos de la pobreza dentro de sus naciones deberían dirigir su atención a la fuente primaria: las mentes y espíritus de los ciudadanos que se hallan *en el fondo* de la sociedad. La causa de la riqueza de las naciones radica en que esas personas puedan ejercer sus potencialidades. Procurar el desarrollo de las potencialidades de la población es el primer paso indispensable hacia un rápido desarrollo económico”.

Amplió este punto en otro lugar: “La esencia de la idea capitalista es comenzar *por el fondo*, dejando en libertad la creatividad económica de los pobres. Varias naciones del sudeste asiático (Hong Kong, Singapur, Taiwan y Corea del Sur) observaron las lecciones a ser extraídas del socialismo fabiano de la India y del socialismo comunista en China y Corea del Norte. También observaron el caso de Japón. Tal como Japón, habían sufrido en la guerra. Sus condiciones de vida eran sumamente insuficientes. Prácticamente carecían de recursos naturales. Su población, ya numerosa, crecía rápidamente. El ingreso per cápita en Taiwan era increíblemente bajo en 1945: US\$70. En 1980 había llegado a US\$2.280. El PNB real de Taiwan se duplicaba cada siete años, y en 1980 era *once* veces mayor que en 1952. La indigencia desapareció, y la distribución del ingreso en Taiwan es una de las más parejas del mundo. El caso de Corea del Sur es similar: no solamente padeció la dura represión japonesa durante la Segunda Guerra Mundial, sino que además soportó los horribles rigores de la prolongada guerra de Corea, de 1949 a 1953. En 1962, el ingreso per cápita era de US\$87. Veinte años después, era de US\$1.600. El aumento promedio de los salarios reales superó el siete por ciento anual durante los mismos veinte años”. Michael Novak, *Will It Liberate? Questions about Liberation Theology* (Mahwah, N.J.: Paulist Press, 1986), p. 90.

El Papa entrega una fundamentación similar en cuanto a la necesidad de dejar fluir el potencial creativo de los pobres: “He ahí la deseada cultura que hace aumentar la confianza en las potencialidades del pobre y, por tanto, en su capacidad de mejorar la propia condición mediante el trabajo y contribuir positivamente al bienestar económico. Sin embargo, para lograr esto, el pobre —individuo o Nación— necesita que se le ofrezcan condiciones realmente asequibles.” (*Centesimus annus*, N° 52). Y se refiere a los medios más importantes para crear riqueza: “En nuestra época, en particular, existe otra forma de propiedad que está llegando a ser no menos importante que la tierra: la posesión de conocimientos, tecnología y pericia. La riqueza de las naciones industrializadas se basa mucho más en este tipo de propiedad que en los recursos naturales”.

Existe otra forma de propiedad, concretamente en nuestro tiempo, que tiene una importancia no inferior a la de la tierra: es la propiedad del conocimiento, de la técnica y del saber. En este tipo de propiedad, mucho más que en los recursos naturales, se funda la riqueza de las Naciones industrializadas. (Nº 32).

El énfasis que pone el Papa en la “comunidad del trabajo” lo lleva también a apreciar la “capacidad empresarial”. No es tan fácil discernir con exactitud cómo conjugar las necesidades humanas con los recursos humanos en forma productiva y eficiente; en muchos países, el fracaso, y no el éxito económico, parece ser la regla actual. El Papa revela una clave para evitar el fracaso, en una especie de predicción:

Quien produce una cosa lo hace generalmente —aparte del uso personal que de ella pueda hacer— para que otros puedan disfrutar de la misma, después de haber pagado el justo precio, establecido de común acuerdo después de una libre negociación. Precisamente la capacidad de conocer oportunamente las necesidades de los demás hombres y el conjunto de los factores productivos más apropiados para satisfacerlas es otra fuente importante de riqueza en una sociedad moderna. (Nº 32).

Como Von Mises, el Papa subraya los aspectos sociales de la actividad empresarial. Un sistema económico libre no es más que un sistema social de intercambio, basado en el acuerdo voluntario. El Papa sigue de cerca esta lógica:

Por lo demás, muchos bienes no pueden ser producidos de manera adecuada por un solo individuo, sino que exigen la colaboración de muchos. Organizar ese esfuerzo productivo, programar su duración en el tiempo, procurar que corresponda de manera positiva a las necesidades que debe satisfacer, asumiendo los riesgos necesarios: todo esto es también una fuente de riqueza en la sociedad actual. Así se hace cada vez más evidente y determinante el papel del trabajo humano, disciplinado y creativo, y el de las capacidades de iniciativa y de espíritu emprendedor, como parte esencial del mismo trabajo. (Nº 32).

En este punto, todo lo que el Papa ha escrito hasta ahora acerca de la persona actuante, respecto de la subjetividad creativa y acerca del derecho fundamental a la iniciativa económica personal encaja en el lugar que le corresponde. Está ya en condiciones de entregar un juicio sistémico:

Dicho proceso, que pone concretamente de manifiesto una verdad sobre la persona, afirmada sin cesar por el cristianismo, debe ser mirado con atención y positivamente. En efecto, el principal recurso del hombre es, junto con la tierra, el hombre mismo. Es su inteligencia la que descubre las potencialidades productivas de la tierra y las múltiples modalidades con que se pueden satisfacer las necesidades humanas. Es su trabajo disciplinado, en solidaria colaboración, el que permite la creación de comunidades de trabajo cada vez más amplias y seguras para llevar a cabo la transformación del ambiente natural y la del mismo ambiente humano. (Nº 32).

Tampoco deja de lado las virtudes que se requieren para cumplir esta tarea:

En este proceso están comprometidas importantes virtudes, como son la diligencia, la laboriosidad, la prudencia en asumir los riesgos razonables, la fiabilidad y la lealtad en las relaciones interpersonales, la resolución de ánimo en la ejecución de decisiones difíciles y dolorosas, pero necesarias para el trabajo común de la empresa y para hacer frente a los eventuales reveses de fortuna. (Nº 32).

La base de “la economía de empresa moderna”, expresa el Papa, “es la libertad humana ejercida en el ámbito económico”. (Nº 32). Este es un reconocimiento muy importante. A la aprobación papal de la vida política en libertad de la democracia, agrega la aprobación de una vida económica libre, y en ambos casos la libertad implica responsabilidad.

Esta aprobación se necesita porque los sistemas económicos de hoy son diferentes de los de ayer:

Hay, además, diferencias específicas entre estas tendencias de la sociedad moderna y las del pasado incluso reciente. Si en otros tiempos el factor decisivo de la producción era la tierra y luego lo fue el capital, entendido como conjunto masivo de maquinaria y de bienes instrumentales de producción, hoy día el factor decisivo es cada vez más el hombre mismo, es decir, su capacidad de conocimiento, que se pone de manifiesto mediante el saber científico, y su capacidad de organización solidaria, así como la de intuir y satisfacer las necesidades de los demás. (Nº 32).

El Papa estima necesario incluso decir unas palabras en favor de la ganancia como “regulador de la vida de la empresa”: “La Iglesia reconoce la justa función de los beneficios, como índice de la buena marcha de la empresa. Cuando una empresa da beneficios significa que los factores

productivos se han empleado adecuadamente y que las correspondientes necesidades humanas han sido satisfechas debidamente” (Nº 35). Como muchos buenos textos contemporáneos sobre las empresas y los negocios, el Papa subraya asimismo que la ganancia “no es el único” regulador de la vida de una empresa; “junto con ellos hay que considerar otros factores humanos y morales que, a largo plazo, son por lo menos igualmente esenciales para la vida de la empresa” (Nº 35). Quienes escriben sobre las empresas subrayan el papel crucial que desempeñan en ellas las “relaciones humanas”; el Papa habla de la empresa como de “una comunidad de hombres (...) [que] constituyen un grupo particular al servicio de la sociedad entera” (Nº 35).

### Los límites del capitalismo

Sin embargo, Juan Pablo II no olvida los costos del nuevo capitalismo moderno basado en la creatividad humana, cuya otra cara es, necesariamente, lo que Joseph Schumpeter denominaba “la destrucción creativa”.<sup>31</sup> El Papa señala que “la incesante transformación de los modos de producción y de consumo devalúa ciertos conocimientos ya adquiridos y profesionalidades consolidadas, exigiendo un esfuerzo continuo de recalificación y puesta al día” (Nº 33). Se preocupa en especial de los mayores, de los jóvenes que no logran encontrar trabajo, y “en general, de los más débiles”. Se refiere a los más vulnerables dentro de las sociedades avanzadas como “el Cuarto Mundo”. Hace presente la meta aún inconclusa de *Rerum novarum*, “el salario suficiente para la vida de familia, los seguros sociales para la vejez y el desempleo, la adecuada tutela de las condiciones de trabajo”. (Nº 34).

El Papa se preocupa también de distinguir el capitalismo correctamente entendido del capitalismo “primitivo” o “temprano”, que *no* merece su aprobación. Hay tres situaciones que él *no* aprueba: (i) el capitalismo que significa el “predominio de las cosas sobre la gente”, (ii) aquellas donde

---

<sup>31</sup> “La apertura de nuevos mercados, extranjeros y nacionales, y el desarrollo organizacional, desde el taller artesanal y las manufacturas hasta conglomerados como la U.S. Steel, ilustran el mismo proceso de mutación industrial (...) que revoluciona incesantemente la estructura económica *desde dentro*, destruyendo de manera permanente la vieja estructura y creando sin cesar otra nueva. Este proceso de Destrucción Creativa es el hecho esencial del capitalismo”. Joseph Schumpeter, *Capitalism, Socialism and Democracy* (Nueva York: Harper & Row, 1950), p. 83.

están vigentes todavía “las reglas del capitalismo primitivo, junto con la despiadada situación que no tiene nada que envidiar a la de los momentos más oscuros de la primera fase de industrialización”, y (iii) aquellos casos en los que la tierra “sigue siendo el elemento principal del proceso económico, con lo cual quienes la cultivan, al ser excluidos de su propiedad, se ven reducidos a condiciones de semi-esclavitud” (Nº 33).

Juan Pablo II, en cambio, está *a favor* de “una sociedad basada en el trabajo libre, en la empresa y en la participación” (Nº 35), expresiones que evocan la alabanza de Lincoln a una sociedad de trabajo libre, en oposición al trabajo esclavo.<sup>32</sup> El Papa agrega:

---

<sup>32</sup> En un discurso en New Haven, Connecticut, en 1860, Lincoln señalaba: “Me alegro de ver que en Nueva Inglaterra prevalece un sistema laboral en el que los trabajadores *pueden* ir a la huelga cuando lo deseen, donde no están obligados a trabajar bajo cualquier circunstancia, ni están atados y obligados a trabajar, ya sea que ustedes les paguen o no. *Me gusta* este sistema que permite a un hombre irse cuando lo desee; ojalá prevaleciera en todas partes. Precisamente ésta es una de las razones por las que me opongo a la esclavitud. ¿Cuál es la verdadera condición del trabajador? Entiendo que es mejor para todos dejar a cada hombre en libertad de adquirir propiedad tan pronto como pueda hacerlo. Algunos se harán ricos. Yo no creo en una ley que prohíba al hombre enriquecerse: haría más daño que bien. De manera que, junto con no declarar guerra alguna al capital, deseamos ofrecer hasta al más humilde de los hombres una oportunidad igual de hacerse rico como cualquier otro. Cuando se comienza en la pobreza, como lo hace la mayoría en la carrera de la vida, la sociedad libre es tal que uno sabe que puede mejorar su condición; sabe que no tiene una condición de trabajo fija para toda su vida. No me avergüenza confesar que hace veinticinco años fui un trabajador asalariado, que aporreaba rieles a bordo de una barcaza, tal como podría hacerlo cualquier hijo de hombre pobre. Deseo que todo hombre tenga la oportunidad —y creo que el hombre negro tiene derecho a ella— de *poder* mejorar su condición y poder mirar hacia adelante con la esperanza de ser un trabajador asalariado este año y el siguiente, para luego trabajar por cuenta propia y, finalmente, contratar hombres que trabajen para él. Ese es el verdadero sistema”. Lincoln, “Discurso en New Haven, Connecticut”, en *Lincoln: Speeches and Writings 1859-1865, op cit.*, p. 144.

“Una vez más: como ya se ha dicho, no existe cosa tal de que el trabajador libre asalariado esté atado necesariamente de por vida a su condición. Muchos hombres independientes, en muchos lugares de estos Estados, fueron trabajadores asalariados hace unos cuantos años. En este mundo, el principiante prudente que comienza sin un centavo, trabaja por un salario durante un tiempo, ahorra un excedente con el cual comprar herramientas o tierras propias, luego trabaja por cuenta propia durante otro tiempo y, finalmente, contrata a otro principiante para que le ayude. Este es el sistema justo, generoso y próspero, que a todos abre caminos y da esperanzas, y en consecuencia proporciona energía, progreso y un mejoramiento de la condición de todos”. Lincoln, “Mensaje Anual al Congreso”, 3 de diciembre de 1861, en *Lincoln: Speeches and Writings 1859-1865, op. cit.* pp. 296-297.

Esta sociedad tampoco se opone al mercado, sino que exige que éste sea controlado oportunamente por las fuerzas sociales y por el Estado, de manera que se garantice la satisfacción de las exigencias fundamentales de toda la sociedad. (Nº 35).

Las palabras “controlado oportunamente” excluyen una versión pura de *laissez-faire*, mas son concordantes con el concepto de sociedad tripartita mencionada en el Nº 42. “Sociedad” se distingue de “Estado”, las instituciones morales y culturales de la sociedad civil se distinguen de los órganos políticos de gobierno. Tanto la sociedad como el Estado controlan, equilibran y regulan la economía. El Papa no se refiere a un método socialista de “control”, lo que se hace evidente en la oración anterior, en la que el Papa se expresa con claridad meridiana: “lo que se propone como alternativa no es el sistema socialista”.

En el mismo espíritu, el Papa ya ha dicho que es inaceptable “la afirmación de que la derrota del socialismo deje al capitalismo como único modelo de organización económica”. (Nº 35). Pero aquí, como en otros lugares del texto, su cura para el capitalismo defectuoso es un capitalismo de tipo más equilibrado, abierto y ordenado. En efecto, de inmediato propone un remedio:

Hay que romper las barreras y los monopolios que dejan a tantos Pueblos al margen del desarrollo, y asegurar a todos —individuos y Naciones— las condiciones básicas, que permitan participar en dicho desarrollo. Este objetivo exige esfuerzos programados y responsables por parte de toda la comunidad internacional. Es necesario que las Naciones más fuertes sepan ofrecer a las más débiles oportunidades de inserción en la vida internacional; que las más débiles sepan aceptar estas oportunidades, haciendo los esfuerzos y los sacrificios necesarios para ello, asegurando la estabilidad del marco político y económico, la certeza de perspectivas para el futuro, el desarrollo de las capacidades de los propios trabajadores, la formación de empresarios eficientes y conscientes de sus responsabilidades. (Nº 35).

Análogamente, en el Nº 42, después de presentar el capitalismo correctamente entendido, el Papa critica una vez más “una ideología radicalmente capitalista”.

Ingentes muchedumbres viven aún en condiciones de gran miseria material y moral. El fracaso del sistema comunista en tantos Países elimina ciertamente un obstáculo a la hora de afrontar de manera adecuada y realista estos problemas; pero eso no basta para resolver-

los. Es más, existe el riesgo de que se difunda una ideología radical de tipo capitalista, que rechaza incluso el tomarlos en consideración, porque *a priori* considera condenado al fracaso todo intento de afrentarlos y, de forma fideísta, confía su solución al libre desarrollo de las fuerzas de mercado. (Nº 42).

Por “ideología radicalmente capitalista” parece referirse a una confianza absoluta en los mecanismos del mercado y a un razonamiento exclusivamente económico. En los Estados Unidos, solemos llamar “Libertarismo” a esa postura. Es la posición de una ínfima minoría.

Curiosamente, sin embargo, Juan Pablo II prefiere llamar al capitalismo que él aprueba “*economía de empresa, economía de mercado*, o simplemente *economía libre*”. Ello se debe probablemente al uso europeo de la palabra “capitalismo”.<sup>33</sup> Personalmente prefiero hablar de “capitalismo democrático” más que de “economía de mercado” para evitar una impresión de libertarismo, es decir, de un enfoque concentrado exclusivamente en el sistema económico. Porque en las sociedades avanzadas, en realidad, las instituciones de orden político y jurídico, así como las instituciones de carácter cultural, intervienen, modifican y “controlan” enormemente el sistema económico. La expresión “capitalismo democrático” capta mejor esta complejidad.<sup>34</sup>

El Papa señala también tres límites al principio del libre mercado: (i) el mercado no satisface muchas de las necesidades humanas; (ii) algunos bienes “no pueden y no deben ser comprados ni vendidos”; y (iii) grupos enteros de personas carecen de los recursos para poder incorporarse al mercado, y necesitan asistencia desde fuera de éste.

Además de la responsabilidad cristiana y humana primaria de asegurar ayuda para los pobres, Juan Pablo II ve otros imperativos morales que

---

<sup>33</sup> Escribiendo desde Italia, por ejemplo, Rocco Buttiglione señala que mientras en Estados Unidos “el capitalismo es un mundo perfectamente positivo y respetable”, en Europa “por lo general, tenemos una percepción diferente del mismo mundo. Aquí, en cambio, por capitalismo se entiende la explotación de grandes masas por parte de una elite de magnates que disponen de los recursos naturales e históricos de la tierra y expropian y reducen a la pobreza a grandes masas de campesinos y artesanos”. Rocco Buttiglione, “Behind *Centesimus Annus*”, *Crisis*, vol. 9, Nº 7 (julio-agosto de 1991), p. 8.

<sup>34</sup> El “capitalismo democrático” tiene además otras tres ventajas. En el orden político, acentúa el ideal democrático; en el orden económico moderno subraya el papel de *caput* o “capital humano”, y constituye un paralelo cercano a la expresión clásica de “economía política”. (Esta expresión *no* significa que la economía sea “política”, y su paralelo *no* significa que el capitalismo sea internamente “democrático”).

rodean y permean las actividades económicas. Debe tenerse cuidado de no dañar al medio ambiente; el bien común de todos debe ser objeto de servicio y no de violaciones; los seres humanos deben ser tratados como fines, no como medios, respetándose su dignidad; deben ampliarse los esfuerzos para establecer un marco favorable a la creatividad, el pleno empleo, un salario familiar digno, un seguro social para diversas contingencias. Las metas a las que se debe abocar la buena sociedad son múltiples. Ningún sistema se halla en mejores condiciones para alcanzar estos objetivos que el sistema de mercado, pero para que éste pueda ser considerado totalmente bueno, debe alcanzarlos en la realidad.

Respecto del crecimiento de la población, la idea de Juan Pablo II de que el capital humano es el principal recurso de los países se encuentra ya lo suficientemente madura como para ulteriores desarrollos. Aquellos que dicen dogmáticamente que los países densamente poblados deben ser pobres, o que una población numerosa es causa de la pobreza, no han pensado seriamente en Japón, Hong Kong u Holanda. La especial importancia que el Papa asigna a la capacidad creadora de cada ser humano explica por qué esos países densamente poblados pueden ser ricos. Nos sugiere que cada persona puede crear más de lo que consume en el curso de su vida. Este es el verdadero principio del progreso económico. La causa de la pobreza no es la “sobrepoblación” sino, por el contrario, un sistema de economía política que reprime la creatividad económica que Dios ha puesto en cada mujer y en cada hombre. Los países no deben reprimir esa capacidad creadora.

### **La liberación de los pobres**

*Centesimus annus* contiene numerosas implicancias prácticas. Aunque muchas de ellas afectan principalmente a las instituciones políticas y moral/culturales, desearía concentrarme en aquellas que conciernen a la liberación de los pobres de su condición.

La Teología de la Liberación en América Latina merece reconocimiento por haber atraído las miradas del mundo hacia los pobres del mundo, especialmente en América Latina y Africa. Pero los teólogos de la liberación hicieron un análisis erróneo de la dinámica de la pobreza. En la mayoría de los casos, se apoyaron en categorías marxistas disfuncionales y pasadas de moda. Al llamar “socialismo” a su sueño de liberación, también calcularon mal, de modo que los acontecimientos de Europa oriental han enviado ondas de choque que atraviesan todo su sistema de análisis. Basa-

ban sus esperanzas en teorías económicas erróneas del siglo diecinueve relativas a la abolición de la propiedad privada, la lucha de clases, la teoría del valor y el juego de suma cero entre “opresores y oprimidos”. Es más, millones de europeos orientales se sublevaron contra la estrategia de satisfacer las “necesidades básicas” de la gente, una estrategia adecuada para animales enjaulados, pero intolerable para los seres humanos. Así, los teólogos de la liberación que alguna vez atribuyeron la pobreza de América Latina a la excesiva “dependencia” respecto de Europa y de América del Norte, ahora están preocupados de que la atención de Europa y de América del Norte se vuelque a las necesidades de Europa oriental, dejando a América Latina en una situación de excesiva “independencia”.<sup>35</sup>

Resumiendo, los teólogos de la liberación llamaron la atención sobre el problema, pero hicieron poco para resolverlo, y tal vez, incluso, retardaron su solución en una generación. Con todo, la amarga condición de los pobres queda aún por afrontarse.

Aproximadamente mil millones de personas viven bajo sistemas que reprimen sus capacidades creativas y las dejan desposeídas, esto es, en una pobreza tan cruel que se ven privadas de un consumo diario normal de calorías. La prolongación de tales regímenes represivos es un escándalo moral. Y puesto que es posible ponerle fin, es imperioso hacerlo. La clave para acabar con ello se encuentra descrita en *Centesimus annus*: deben eliminarse de raíz las leyes e instituciones que reprimen la capacidad creadora de los individuos. En gran parte del Tercer Mundo, por ejemplo, aunque la mayoría de los pobres no son ni proletarios ni campesinos sino empresarios, es virtualmente imposible que ellos, en las condiciones actuales, tengan asegurados su derechos de propiedad, ni pueden establecer tampoco sus propias empresas en forma económica y expedita, ni obtener créditos legales a bajas tasas de interés, ni completar la escuela elemental, ni recibir capacitación técnica básica u obtener asesoría y apoyo para hacer prosperar sus negocios.<sup>36</sup> En una palabra, la creatividad económica se encuentra casi tan asfixiada en los sistemas tradicionalistas del Tercer Mundo como en los otrora sistemas comunistas.

Análogamente, dentro de las sociedades avanzadas, el olvido de importantes factores humanos en el diseño del “Estado asistencial” tiene

---

<sup>35</sup> Véase Michael Novak, “Liberation Theology - What’s Left”, en *First Things*, 14 (junio/julio de 1979), pp. 10-12.

<sup>36</sup> La evaluación más completa de estos problemas aparece en el esclarecedor trabajo de Hernando de Soto, *The Other Path: The Invisible Revolution in the Third World*, trad. por June Abbott (Nueva York: Harper & Row, 1989).

efectos deshumanizantes sobre los “clientes” del bienestar. En toda sociedad habrá por necesidad una fracción importante de la ciudadanía que carecerá de ingresos suficientes, sea por razones de edad (demasiado viejos o demasiado jóvenes), incapacidad, enfermedad o mala suerte. Algunos se hallarán en tal estado en forma permanente, otros sólo en forma transitoria. Una buena sociedad debe asistir a estas personas. De preferencia, como observa el Papa, esto debe hacerse en conformidad con el principio de subsidiariedad, poniendo énfasis en la ayuda local y “vecinal”, a través de la familia, los amigos, los vecinos, las Iglesias, los sindicatos, las sociedades fraternas u otras agrupaciones.<sup>37</sup> Nos viene a la memoria la importancia que Edmund Burke otorgaba a “los pequeños grupos” de la sociedad.

Sin embargo, en sociedades grandes, continentales, de gran movilidad, como los Estados Unidos, y tal vez en todas las sociedades modernas, la ayuda local necesitará el apoyo de una red de seguridad nacional. Ello no está libre de riesgos de impersonalidad, costos exorbitantes y efectos no deseados sobre la conducta, a los que el Papa dedica su atención en el N° 48.<sup>38</sup> Las personas sanas de entre los dieciocho y sesenta y cuatro años de edad son capaces de notables iniciativas, autodesarrollo y creatividad; estas capa-

---

<sup>37</sup> Véase, por ejemplo, *Centesimus annus*, N° 13 y N° 49: “Además de la familia, desarrollan también funciones primarias y ponen en marcha estructuras específicas de solidaridad otras sociedades intermedias. Efectivamente, éstas maduran como verdaderas comunidades de personas y refuerzan el tejido social, impidiendo que caiga en el anonimato y en una masificación impersonal, bastante frecuente por desgracia en la sociedad moderna. En medio de esa múltiple interacción de las relaciones vive la persona y crece la ‘subjetividad’ de la sociedad” (N° 49).

<sup>38</sup> Una incumbencia del Estado es “la de vigilar y encauzar el ejercicio de los derechos humanos en el sector económico; pero en este campo la primera responsabilidad no es del Estado, sino de cada persona y de los diversos grupos y asociaciones en que se articula la sociedad. El Estado no podría asegurar directamente el derecho a un puesto de trabajo de todos los ciudadanos, sin estructurar rígidamente toda la vida económica y sofocar la libre iniciativa de los individuos”.

“[Las] deficiencias y abusos del [Estado asistencial] derivan de una comprensión inadecuada de los deberes propios del Estado. En este ámbito, también debe ser respetado el principio de subsidiariedad. Una estructura de orden superior no debe interferir en la vida interna de un grupo social de orden inferior, privándola de sus competencias”.

“Al intervenir directamente y quitar responsabilidades a la sociedad, el Estado asistencial provoca la pérdida de energías humanas y el aumento exagerado de los aparatos públicos, dominados por lógicas burocráticas más que por la preocupación de servir a los usuarios, con enorme crecimiento de los gastos. Efectivamente, parece que conoce mejor las necesidades y logra satisfacerlas de modo más adecuado quien está próximo a ellas o quien está cerca del necesitado”. (N° 48).

ciudades no deben cercenarse. Los seres humanos sanos no deben ser reducidos a una semipermanente dependencia .

Puesto que el problema de la cesantía va de la mano con el sistema de libre mercado, especialmente bajo las presiones de la competencia internacional y el raudo cambio tecnológico, es particularmente necesario prestar atención a las penurias de los temporalmente cesantes, en parte para asegurar que la cesantía sea temporal y lo menos perjudicial posible para las familias. Se precisa en la actualidad de mucha más previsión respecto de la obsolescencia tecnológica y de los cambios que en el pasado.

Tanto a nivel nacional como internacional, los problemas de la pobreza no desaparecerán en el capitalismo. Pero, ciertamente, la magnitud de ellos disminuirá más ostensiblemente que bajo las otras dos alternativas existentes: el socialismo y la sociedad tradicional del Tercer Mundo. La combinación de democracia y capitalismo no traerá consigo el paraíso terrenal, pero hará más por liberar a los pobres de la pobreza y la tiranía, y más por dar libre curso a su creatividad, que cualquiera otra alternativa conocida. En otras palabras, la combinación de democracia y capitalismo es un mal sistema. Pero los otros son peores. Esta no es precisamente una aprobación campaneante. Pero el mundo real no es una utopía, y las utopías han tenido una historia muy cruenta en nuestro siglo.

Incluso si se dice que *Centesimus annus* no representa “dos hurras por el capitalismo”, para un sistema realista, enraizado en la Biblia, que se encuentra a este lado del Final de los Tiempos, un hurra es suficiente.

Entretanto, hay mucho trabajo que realizar para que los miles de millones de pobres del Tercer Mundo puedan incorporarse al sistema de la libertad y de la creatividad. Y mucho que hacer también para ayudar a los pobres de los países avanzados. Sólo en este problema de la pobreza, sin entrar a considerar los asuntos de orden político y moral/cultural, estamos lejos de haber cumplido nuestro deber cristiano y humano. □

## EL RACIONALISMO EN LA POLÍTICA \*

Michael Oakeshott\*\*

En este ensayo se examinan críticamente los principales rasgos y antecedentes de la mentalidad “racionalista” que, desde el siglo XVII en adelante, ha penetrado progresivamente en las distintas áreas del quehacer humano, especialmente en aquella que parecería ser menos susceptible —a juicio del autor— a un tratamiento de esta suerte: la política.

En lo que constituye un escrito fundamental para entender el conservantismo contemporáneo, se sostiene que la concepción racionalista del conocimiento (que estima que no hay más conocimiento que el saber técnico y que la razón por sí sola puede dirigir y controlar completamente los asuntos humanos), junto a su afán de certeza subyacente, tienen un efecto corrosivo en la vida humana al socavar la autoridad de la realidad social y de la historia en su especificidad y concreción. Oakeshott considera que el carácter abierto de la experiencia humana escapa a todo esfuerzo de sistematización. Distingue así entre “racionalismo” y la guía valiosa de la razón en la conducción de los asuntos humanos y, en particular, de la política.

---

\* Publicado originalmente en *Cambridge Journal*, vol. 1, 1947, e incluido posteriormente en Michael Oakeshott, *Rationalism in Politics and Other Essays*, prologado por Timothy Fuller, edición ampliada (Liberty Press, Indianapolis, 1990 [Primera edición, Londres y Nueva York: Methuen & Co. Ltd., 1962]). Traducido y reproducido con la debida autorización.

\*\* Ensayista, ejerció las cátedras de Historia y Ciencia Política en Nuffield College, Oxford, y en el London School of Economics and Political Science. De lo que fuera su vasta obra pueden mencionarse, entre otros, los siguientes títulos: *Experience and Its Modes* (Cambridge University Press, reimpresso en 1966 y en 1986); *On Human Conduct* (Oxford: Clarendon Press, 1975); *On History and Other Essays* (Oxford: Basil Blackwell, 1983). En *Estudios Públicos* pueden encontrarse sus ensayos “¿Qué es ser conservador?” (invierno 1983); “La economía política de la libertad” (primavera 1984); “La voz de la poesía en la conversación universal” (primavera 1986) y “Educación política” (invierno 1989).

*Les grands hommes, en apprenant aux faibles à réfléchir, les ont  
mis sur la route de l'erreur.*

Marqués de Vauvenargues, *Maxims et Réflexions*, 221.

## I

El objeto de este ensayo es analizar el carácter y la genealogía de la moda intelectual más notable de la Europa posrenacentista. El racionalismo que me interesa es el racionalismo moderno. En su superficie, sin duda, hay destellos de racionalismos de un pasado más remoto, pero en sus profundidades existe una cualidad que le pertenece exclusivamente, y es ésa la que me propongo examinar ahora, principalmente en cuanto a su repercusión en la política europea. Lo que llamo racionalismo en la política no es, por supuesto, la única tendencia en el pensamiento político moderno de Europa (y tampoco, por cierto, la más fructífera). Pero constituye una forma de pensamiento fuerte y activa que, encontrando apoyo en su filiación con todo lo demás que hay de vigoroso en la configuración intelectual de la Europa contemporánea, ha llegado a influir en las ideas no sólo de una sino de todas las vertientes políticas, y a fluir en todas las líneas de acción partidarias. Por una u otra vía, ya sea por convicción, por su supuesta inevitabilidad, por su pretendido éxito, o incluso de manera bastante irreflexiva, casi toda la política se ha vuelto racionalista o cuasirracionalista.

A mi juicio, el carácter y la disposición generales del racionalista no son difíciles de identificar. En el fondo él aboga (siempre *aboga*) por la independencia de pensamiento en toda situación, por una conciencia libre de toda sujeción a una autoridad que no sea la de la “razón”. Sus circunstancias en el mundo moderno lo han transformado en un individuo contencioso: es *enemigo* de la autoridad, del prejuicio, de lo meramente tradicional, acostumbrado o habitual. Su actitud mental es a la vez escéptica y optimista: escéptica porque no existe opinión ni hábito ni creencia ni nada tan firmemente arraigado o sostenido en forma tan generalizada como para que no quepa cuestionarlos o juzgarlos según lo que él llama su “razón”; optimista porque nunca duda de la eficacia de su “razón” (cuando es aplicada correctamente) para determinar el valor de una cosa, la verdad de una opinión o la propiedad de una acción. Más aún, lo fortalece su fe en una “razón” común a toda la humanidad, una capacidad común de análisis racional, que es la base de sustentación e inspiración de la argumentación; sobre su puerta se encuentra el precepto de Parménides: juzgar mediante la argumentación racional. Pero además de lo anterior, que le da al racionalista un toque de

igualitarismo intelectual, tiene también algo de individualista, por lo que le resulta difícil creer que cualquier persona capaz de pensar honrada y claramente vaya a tener una opinión distinta a la suya.

Sin embargo, es un error atribuirle al racionalista un interés excesivo en la argumentación *a priori*. El no desprecia la experiencia, pero a menudo parece hacerlo porque insiste siempre en que se trata de su propia experiencia (deseando comenzar todo de nuevo), y porque reduce rápidamente la confusión y la diversidad de la experiencia a una serie de principios que luego atacará o defenderá basándose únicamente en argumentos racionales. No tiene la noción de acumulación de experiencia, sino sólo de su disponibilidad cuando ésta ya ha sido convertida en una fórmula: el pasado tiene significación para él sólo como un impedimento. No posee ni un ápice de *capacidad negativa* (de aquella que Keats atribuyó a Shakespeare), es decir, de esa capacidad de aceptar los misterios y la incertidumbre de la experiencia sin buscar en forma irritante orden y claridad, sino sólo capacidad de subyugar la experiencia; no tiene aptitud para esa apreciación cercana y detenida de aquello que se manifiesta por sí solo y que Lichtenberg llamó *entusiasmo negativo*, sino sólo competencia para reconocer el esquema que una teoría general impone a los acontecimientos. Su disposición mental es gnóstica, y la sagacidad de la norma de Ruhnken, *Oportet quaedam nescire* [“Es preciso ignorar ciertas cosas”], no logra asentarse en él. Existen ciertas mentes que nos dan la sensación de haber sido sometidas a un complejo proceso de educación, concebido para iniciarlas en las tradiciones y logros de su civilización; la impresión inmediata que nos comunican es la de cultura, de goce de un legado. Pero no ocurre lo mismo con la mente del racionalista, a la que percibimos, en el mejor de los casos, como un instrumento finamente temperado y neutral, como una mente bien adiestrada antes que educada. Desde el punto de vista intelectual, la ambición del racionalista no es tanto compartir la experiencia del género humano sino demostrar ser un hombre que triunfa por esfuerzo propio. Lo anterior le infunde a sus actividades intelectuales y prácticas una intencionalidad y conciencia de sí que raya en lo sobrenatural y las priva de cualquier elemento de pasividad, eliminando de ellas todo sentido de ritmo y de continuidad, disolviéndolas hasta transformarlas en una sucesión de crisis de crecimiento, cada una de las cuales debe ser superada mediante un *tour de raison*. Su mente carece de atmósfera, en ella no se producen cambios de estación ni de temperatura; sus procesos intelectuales son impermeables, en la medida de lo posible, a toda influencia externa y fluyen en el vacío. Habiéndose desligado del conocimiento tradicional de su sociedad y negado valor a

cualquier método de educación más amplio que el adiestramiento en una técnica de análisis, está pronto a atribuirle al género humano una necesaria inexperiencia en todos los momentos cruciales de la vida; si fuese algo más autocrítico podría comenzar a preguntarse cómo la humanidad ha llegado a sobrevivir. Exhibiendo una imaginación casi poética, se empeña en vivir cada día como si fuera el primero, y piensa que adquirir un hábito equivale a fracasar. Y si observamos debajo de la superficie —sin ánimo de hacer un análisis por ahora— tal vez distingamos en el temperamento del racionalista, si no en su carácter, una profunda desconfianza del tiempo, una impaciente ansia de eternidad y un irritante nerviosismo frente a todo lo que sea corriente y transitorio.

Ahora bien, de todos los mundos el de la política podría parecer el menos susceptible a un tratamiento racionalista —la política, siempre tan profundamente permeada de lo tradicional, lo circunstancial y lo transitorio—. Y, en efecto, algunos racionalistas declarados han admitido su derrota en este aspecto: Clemenceau, hijo intelectual de la tradición racionalista moderna (en su modo de abordar la moral y la religión, por ejemplo), fue cualquier cosa menos un racionalista en el ámbito político. Pero no todos han admitido este revés. Si exceptuamos la religión, las mayores victorias aparentes del racionalismo se han obtenido en la política: es improbable que un individuo preparado para extender su racionalismo a la conducción de la vida vaya a dudar en aplicarlo a los asuntos públicos.<sup>1</sup>

No obstante, lo que importa observar en esa persona (puesto que se trata de un rasgo característico) no son las decisiones y las acciones que le han sido inspiradas, sino la fuente de esa inspiración, su concepción (que en su caso será deliberada y consciente) de la actividad política. El cree, por supuesto, en la mente abierta, en la mente libre del prejuicio y de su vestigio: el hábito. Considera que la “razón” humana, de llegar a aplicarse alguna vez, libre de obstáculos, constituye una guía infalible en la actividad política. Cree además en la argumentación como técnica y aplicación de la “razón”. La verdad de una opinión y el fundamento “racional” (no la costumbre) de una institución es todo lo que le importa. Por consiguiente, gran parte de su actividad política consiste en hacer comparecer el legado social, político, legal e institucional de la sociedad ante el tribunal de su intelecto; el resto es administración racional, donde la “razón” ejerce una jurisdicción

---

<sup>1</sup> Una descripción fiel de la política del racionalismo (con todas sus confusiones y ambivalencias) puede encontrarse en H. J. Blackham, *Political Discipline in a Free Society*.

exenta de controles sobre las circunstancias del caso. Para el racionalista ninguna cosa tiene valor por el solo hecho de existir (y tampoco, ciertamente, por haber existido durante varias generaciones); la familiaridad no tiene valor alguno, y ningún aspecto ha de quedar sin ser analizado a cabalidad. Debido a su disposición mental le resulta más fácil comprender y emprender la destrucción y la creación que aceptar o reformar. Considera que la labor de componer, de reparar (es decir, todo aquello que requiera un conocimiento paciente del material) constituye una pérdida de tiempo; y siempre prefiere inventar un nuevo recurso a emplear un expediente conocido y probado. No reconoce el cambio, a menos que sea inducido en forma consciente, y por tanto tiende a incurrir en el error de identificar lo habitual y lo tradicional con lo inmutable. Ello queda claramente ilustrado en la actitud del racionalista frente a una tradición de ideas. Por cierto no hay posibilidad de conservar ni de perfeccionar esa tradición, pues ambas iniciativas suponen una actitud de sumisión; ésta debe ser destruida. En reemplazo suyo el racionalista pone algo que él mismo ha elaborado: una ideología, el compendio formalizado del supuesto substrato de la verdad racional contenida en la tradición.

Para el racionalista la conducción de los asuntos políticos consiste en resolver problemas, pero ningún hombre puede esperar tener éxito en esta tarea si su razón se ha vuelto inflexible por haber cedido a la costumbre o se encuentra nublada por el vaho de la tradición. El carácter que el racionalista reclama para sí en esta actividad es el del ingeniero, cuya mente (se supone) está controlada totalmente por la técnica apropiada, y cuyo primer paso consiste en alejar de su atención todo lo que no tenga directa relación con sus intenciones específicas. Esta asimilación de la política a la ingeniería es, ciertamente, lo que podría llamarse el mito de la política racionalista. Sin duda se trata de un tema recurrente en la literatura del racionalismo. La política que inspira podría denominarse política de la “necesidad experimentada”; para el racionalista la política siempre está preñada de las sensaciones del momento. El espera que las circunstancias le proporcionen sus problemas, pero rechaza su ayuda al momento de solucionarlos. El que se permita que cualquier cosa se interponga entre una sociedad y la satisfacción de las necesidades experimentadas en cada momento de su historia, debe de parecerle al racionalista una muestra de misticismo e insensatez. Y, de hecho, su actividad política consiste en la solución racional de aquellos acertijos prácticos que surgen constantemente en la vida de una sociedad a causa del reconocimiento de la soberanía de la necesidad experimentada. Así, pues, la vida política se transforma en una sucesión de crisis, cada una

de las cuales debe ser superada mediante la aplicación de la “razón”. Cada generación —para ser más precisos, cada administración— debería ver desplegada ante sí la hoja en blanco de las posibilidades infinitas. Y si por casualidad esta *tabula rasa* ha sido desdibujada por las incoherencias irracionales de aquellos antepasados que se han dejado llevar por la tradición, entonces la tarea principal del racionalista debe ser restregarla hasta dejarla limpia; como lo señaló Voltaire, la única manera de contar con leyes justas es quemar todas las existentes y comenzar de nuevo.<sup>2</sup>

Es posible observar otras dos características generales de la política racionalista. Se trata de la política de la perfección y la política de la uniformidad; cualquiera de ellas sin la otra denota un estilo de política distinto. La esencia del racionalismo es la combinación de ambas. El carácter evanescente de la imperfección, podría decirse, es el primer artículo del credo racionalista. El no carece de humildad; es capaz de imaginar un problema que pudiese resistir los embates de su propia razón. Pero lo que no puede concebir es una forma de hacer política que no consista en resolver problemas, o un problema político para el cual no exista solución “racional” alguna. Un problema de ese tipo debe de ser una falsificación. Y la solución “racional” de cualquier problema es, de por sí, la solución perfecta. No hay lugar en su esquema para “lo mejor en vista de las circunstancias” sino solamente para “lo mejor”, porque la función de la razón es precisamente superar las circunstancias. Por supuesto, él no siempre es un perfeccionista en general, pues su mente se rige en cada ocasión por una utopía global; pero invariablemente es un perfeccionista en los detalles. Y de su política de la perfección brota la política de la uniformidad; en un esquema en que no se admite la circunstancia no puede haber lugar para la variedad. “En la naturaleza de las cosas ha de haber una forma de gobierno óptima que todos los intelectos, suficientemente despiertos del sueño de la ignorancia salvaje, se verán irresistiblemente impulsados a aprobar”, escribe Godwin. Este osado racionalista sostiene, en términos generales, lo que un creyente más modesto habría preferido aseverar sólo en particular; pero el principio conserva su validez: quizás no exista un remedio universal para todos los males políticos, pero el remedio para cualquier mal político específico es tan universal en su aplicación como racional es su concepción. Si se ha determinado la solución racional para uno de los problemas de la sociedad, permitir

---

<sup>2</sup> Cf. Platón, *La república*, 501A. Es propio del racionalista, que considera que la ley no es más que algo escrito, pensar que podemos deshacernos de una ley lanzándola simplemente al fuego.

que cualquier sector relevante de la misma quede al margen de dicha solución equivale, *ex hypothesi*, a consentir la irracionalidad. No puede haber lugar para preferencias que no sean racionales, y todas las preferencias racionales necesariamente coinciden. Se considera, pues, que la actividad política consiste en imponer a la conducta humana una condición uniforme de perfección.

La historia moderna de Europa está sembrada de proyectos políticos racionalistas. El más sublime de ellos es, quizás, el de Robert Owen, en pos de “una convención mundial para emancipar al género humano de la ignorancia, la pobreza, la división, el pecado y la miseria”; tan sublime que incluso un racionalista podría considerarlo excéntrico (aunque sin mucha justificación). Pero no menos característico es la búsqueda diligente, por parte de la actual generación, de un poder inocuo, susceptible de ser convertido sin riesgo alguno en una fuerza tan grande que pueda controlar todos los demás poderes de la humanidad, así como la tendencia general a creer que la maquinaria política puede ocupar el lugar de la educación moral y política. La idea de fundar una sociedad, de individuos o de Estados, sobre la base de una Declaración de los Derechos del Hombre es una criatura del cerebro racionalista, al igual que cuando la autodeterminación “nacional” o racial son elevadas a la categoría de principios universales. El proyecto de la así llamada Reunificación de las Iglesias Cristianas, de la diplomacia abierta, del impuesto único, de una administración pública a cuyos miembros “no se les han de exigir más requisitos que sus aptitudes personales”, la sociedad planificada en forma consciente, el Informe Beveridge, el Acta de Educación de 1944, el federalismo, el nacionalismo, el voto femenino, la Ley de Salarios de Catering, la destrucción del Imperio Austro-Húngaro, el Estado mundial (de H. G. Wells o de cualquier otro) y el restablecimiento del gaélico como idioma oficial de Irlanda son igualmente progenie del racionalismo. La curiosa generación del racionalismo en la política, por poder soberano, está llena de romanticismo.

## II

El apacible lago del racionalismo yace ante nosotros en el carácter y la disposición del racionalista. Su superficie nos resulta familiar y no poco convincente; sus aguas son alimentadas por muchos ríos tributarios visibles. Pero en sus profundidades fluye un manantial oculto que, aun cuando no constituya la fuente originaria desde la cual brotó el lago, es tal vez la causa

preeminente de que aún perdure. Ese manantial es una doctrina del conocimiento humano. El que parte de dicha fuente esté en el corazón del racionalismo no sorprenderá ni siquiera a aquellos que sólo conocen su superficie; la superioridad del intelecto libre de obstáculos radicaba precisamente en el hecho de que podía alcanzar un conocimiento más detallado —y más cierto— del hombre y la sociedad que en cualquier otra forma; la superioridad de la ideología sobre la tradición estribaba en su mayor precisión y en su pretendida demostrabilidad. Con todo, no se trata, propiamente hablando, de una teoría filosófica del conocimiento, y puede ser explicada con amena informalidad.

Toda ciencia, todo arte, toda actividad práctica que requiera de una destreza de cualquier naturaleza, en rigor, toda actividad humana, trae aparejado el conocimiento. Universalmente éste es de dos tipos; ambos interviene siempre en cualquier actividad real. En mi opinión no es una exageración referirse a ellos como dos tipos de conocimiento, porque aun cuando de hecho no existen separadamente, se advierten ciertas diferencias importantes entre ellos. Al primer tipo de conocimiento lo denominaré conocimiento técnico o de la técnica. Cualquier arte y ciencia, así como toda actividad práctica, encierra una técnica. En muchas actividades este conocimiento es formulado mediante reglas que son, o pueden ser, deliberadamente aprendidas, recordadas o, como decimos nosotros, puestas en práctica. Pero independientemente de si es —o ha sido— expresado con precisión, su característica principal consiste en que es susceptible de formulaciones precisas, a pesar de que probablemente para ello se requiera poseer un talento y una perspicacia especiales.<sup>3</sup> La técnica (o parte de ella) que se necesita para conducir un automóvil en las carreteras inglesas puede encontrarse en el Código de Autopistas; las técnicas culinarias están contenidas en los libros de recetas de cocina, y la técnica de los descubrimientos en ciencias naturales o en historia se encuentra en las reglas de investigación, de observación y de verificación. El segundo tipo de conocimiento, que llamaré saber práctico porque existe sólo en el uso, no es reflexivo y (a diferencia del técnico) no puede ser formulado a través de reglas. Ello no significa, sin embargo, que se trate de una especie de conocimiento esotérico; sólo quiere decir que el método por medio del cual puede ser compartido y llegar a ser de dominio público no es el de la doctrina formulada. Y si lo consideramos desde ese punto de vista, creo que no estaría descaminado si, al referirme a él, hablara de un conocimiento tradicional. Este tipo de

---

<sup>3</sup> G. Polya, *How to solve it*.

conocimiento está presente también en cualquiera actividad; sin él es imposible llegar a dominar cualquier destreza o ejercer cualquier actividad.

En consecuencia, estos dos tipos de saber, distinguibles pero inseparables, son los componentes gemelos del conocimiento que interviene en toda actividad humana concreta. En un arte práctico, como el culinario, nadie supone que el conocimiento propio del buen cocinero se limita a lo que está o puede estar descrito en los libros de recetas; la técnica y lo que he llamado saber práctico se combinan para dar origen a la aptitud culinaria dondequiera que ella exista. Y lo mismo sucede con las bellas artes, la pintura, la música, la poesía; una cosa es el alto grado de conocimiento técnico, incluso donde es a la vez sutil y aplicable de inmediato, y otra es la capacidad de crear una obra de arte, de componer una pieza de verdadera calidad musical, de escribir un gran soneto, pues para ello se requiere, fuera de la técnica, de este otro tipo de conocimiento. Una vez más ambos tipos de conocimiento intervienen en cualquier actividad genuinamente científica.<sup>4</sup> El estudioso de las ciencias naturales indudablemente hará uso de las reglas de observación y verificación propias de su técnica, pero ellas continúan siendo sólo uno de los componentes de su conocimiento; el avance de las ciencias y los descubrimientos científicos no se han logrado nunca con sólo observar reglas.<sup>5</sup> La misma situación puede apreciarse también en la religión. Pienso que sería extremadamente generoso llamar cristiano a un hombre que ignorara por completo los aspectos técnicos del cristianismo, que no tuviera conocimiento alguno del credo o el ritual; pero sería aun más absurdo sostener que el conocimiento más inmediato del credo o el catecismo haya constituido jamás la totalidad del conocimiento propio de un cristiano. Y lo que es válido para el arte culinario, la pintura, las ciencias naturales y la religión, no es menos válido para la política: el conocimiento que interviene en la actividad política es técnico y práctico al mismo tiempo.<sup>6</sup> De hecho, tal como ocurre en todas las artes cuyo material de creación

---

<sup>4</sup> Algunas observaciones notables sobre esta materia pueden encontrarse en M. Polanyi, *Science, Faith and Society*.

<sup>5</sup> En la obra citada de Polya, no obstante versar sobre la heurística, se sugiere, por ejemplo, que las condiciones esenciales para lograr éxito en la investigación científica son: primero, “tener seso y buena suerte”, y segundo, “sentarnos erguidos y esperar a que se nos ocurra una idea brillante”, ninguna de las cuales constituye una regla técnica.

<sup>6</sup> Tucídides presenta una apreciación de esta verdad en boca de Pericles. Ser político y rechazar la guía que proporciona el conocimiento técnico es, para Pericles, un acto insensato. Sin embargo el tema principal de la Oración Fúnebre no es el valor de la técnica en la política, sino el valor del conocimiento práctico y tradicional, ii, 40.

es el hombre, por ejemplo la medicina, la administración industrial, la diplomacia y el mando militar, el conocimiento que interviene en la actividad política posee preeminentemente este carácter dual. Tampoco es correcto afirmar, al referirse a estas artes, que en tanto la técnica le aconsejará a un hombre (por ejemplo a un doctor) *qué* hacer, es la práctica la que le sugerirá *cómo* hacerlo —el trato atento y gentil al paciente, la valoración del individuo con que tiene que relacionarse—. Incluso en el *qué*, y sobre todo en el diagnóstico, se encuentra ya esta dualidad de técnica y práctica: no existe conocimiento alguno que no sea “práctico”. Es más, la distinción entre conocimiento técnico y práctico tampoco coincide con la distinción entre un conocimiento de los medios y un conocimiento de los fines, aunque en ocasiones así lo parezca. En breve, el conocimiento técnico nunca puede ser separado del conocimiento práctico, y menos aún en la actividad política, y nunca pueden ser considerados idénticos entre sí o capaces de substituirse mutuamente.<sup>7</sup>

Ahora bien, lo que nos interesa son las diferencias entre estos dos tipos de saber; y las diferencias importantes son aquellas que se manifiestan en las maneras divergentes en que ellos pueden expresarse, y en las maneras divergentes en que pueden ser aprendidos o adquiridos.

Como ya lo hemos visto, el conocimiento técnico es susceptible de ser expresado a través de reglas, principios, directrices y máximas; en términos generales, en proposiciones. El conocimiento técnico se puede expre-

---

<sup>7</sup> El Duque Huan de Ch'i leía un libro en el extremo superior del corredor; el carretero, en el extremo inferior, fabricaba una rueda. Dejando a un lado su mazo y su cincel llamó al Duque y le preguntó qué libro estaba leyendo. “Uno que registra las palabras de los Sabios”, respondió el Duque. “¿Están vivos esos Sabios?”, preguntó el carretero. “Oh, no”, dijo el Duque, “están muertos”. “En ese caso”, observó el carretero, “lo que usted está leyendo no puede ser más que el sedimento y los despojos de hombres de otra época”. “Cómo te atreves tú, un carretero, a criticar el libro que estoy leyendo. Si puedes explicar tu afirmación haré caso omiso de lo que has dicho; de lo contrario, morirás”. “Hablando como un carretero”, replicó, “veo el problema de la siguiente manera: cuando estoy fabricando una rueda, si mi golpe es demasiado lento, penetra profundamente pero no es firme; si mi golpe es demasiado rápido, entonces es firme, pero no penetra profundamente. El ritmo adecuado, ni lento ni rápido, no puede ser comunicado a la mano salvo que provenga del corazón. Es algo que no puede expresarse en palabras [reglas]; existe un arte que no puedo transmitir a mi hijo. Por eso me resulta imposible permitirle que se haga cargo de mi trabajo; y aquí estoy, a los setenta años, todavía fabricando ruedas. En mi opinión debe de haber ocurrido lo mismo con los hombres de antaño. Todo lo que valía la pena transmitir murió junto con ellos; el resto lo han incluido en sus libros. Por eso dije que lo que usted estaba leyendo era el sedimento y los despojos de hombres del pasado.” *Chuang Tzu*.

sar en un libro. En consecuencia, no nos sorprende que cuando un artista escribe sobre su arte se refiera sólo a la técnica del mismo. Ello no significa que desconozca aquello que podríamos llamar el elemento estético, o que piense que éste no tiene importancia, sino, antes bien, que lo que tiene que decir sobre *eso* ya lo ha dicho antes en sus cuadros (si es un pintor) y no conoce otra manera de decirlo. Lo mismo ocurre cuando un religioso escribe sobre su religión<sup>8</sup> o un cocinero sobre cocina. Cabe observar que esta característica de ser susceptible a formulaciones precisas le otorga al conocimiento técnico al menos una apariencia de certeza: al parecer es posible tener certeza de una técnica. Por otra parte, el conocimiento práctico se caracteriza por no ser susceptible a formulaciones de este tipo. Se expresa normalmente mediante una forma habitual o tradicional de hacer las cosas, o simplemente por medio de la práctica; ello le hace aparecer como algo impreciso y por tanto incierto, como una cuestión de opinión, de probabilidad y no de verdad. Es, en efecto, un conocimiento que se manifiesta en el gusto o la condición de “conocedor”, desprovisto de rigidez y presto a recibir la impronta de la mente del aprendiz.

El conocimiento técnico puede ser aprendido de un libro; puede ser aprendido en un curso por correspondencia. Es más, gran parte de él puede ser aprendido de memoria, repetido en forma automática y aplicado maquinalmente: la lógica del silogismo es una técnica de este tipo. En resumen, el conocimiento técnico puede ser enseñado y aprendido en el sentido más elemental de estas palabras. Por otro lado, el conocimiento práctico no puede ser enseñado ni aprendido, sino sólo impartido y adquirido. Existe sólo en la práctica, y la única manera de adquirirlo es siendo aprendiz de un maestro —no porque éste pueda enseñarlo (no puede hacerlo), sino porque sólo puede ser adquirido gracias al contacto continuo con alguien que lo practica permanentemente—. En las artes y en las ciencias naturales lo que ocurre normalmente es que el alumno al recibir enseñanzas y al aprender la técnica de su maestro, descubre que ha adquirido además otro tipo de conocimiento fuera del mero saber técnico, sin que jamás le haya sido impartido en forma precisa; por lo general es incapaz de describir con exactitud de qué se trata. Así, pues, un pianista adquiere, además de técnica, habilidad artística; un jugador de ajedrez adquiere estilo y compenetración con el juego, aparte de aprender a mover las piezas, y un científico adquiere (entre otras cosas) el tipo de criterio que le permite saber cuándo su técnica

---

<sup>8</sup> San Francisco de Sales fue un hombre devoto, pero cuando escribió lo hizo sobre la técnica de la piedad.

lo está conduciendo por un camino erróneo, así como adquiere la condición de conocedor que le permite distinguir las sendas provechosas de las infructuosas que pueden explorarse.

Ahora bien, a mi entender el racionalismo corresponde a la afirmación de que aquello que yo he llamado conocimiento práctico no es conocimiento en absoluto; la afirmación de que, propiamente hablando, no existe conocimiento que no sea técnico. El racionalista sostiene que el único elemento de *conocimiento* que interviene en toda actividad humana es el conocimiento técnico, y lo que yo he denominado conocimiento práctico constituye en realidad sólo una suerte de nesciencia que no tendría mayor significación si no fuera absolutamente perjudicial. Para el racionalista la soberanía de la razón significa soberanía de la técnica.

El fondo del asunto estriba en la preocupación del racionalista por la certeza. La técnica y la certeza están, según él, inseparablemente unidas, porque a su juicio no se obtiene certeza acerca del conocimiento cierto mirando más allá del mismo; esto es, se trata de un saber que no sólo termina en la certeza sino además comienza con ella y la conserva de principio a fin. Y eso es, precisamente, lo que el conocimiento técnico parece ser. Aparentemente es un tipo de conocimiento completo en sí mismo, pues parece fluctuar entre un punto inicial identificable (donde irrumpe sobre la ignorancia total) y un punto terminal identificable, donde está completo, como, por ejemplo, cuando se aprenden las reglas de un nuevo juego. Tiene el aspecto del saber que puede ser contenido en su totalidad entre las dos cubiertas de un libro, cuya aplicación es, en la medida de lo posible, puramente mecánica, y que no supone otro conocimiento que no esté incluido ya en la técnica. Por ejemplo, la superioridad de una ideología sobre una tradición de pensamiento radica en su aparente autonomía. Sus mejores pupilos son aquellos cuyas mentes están vacías; y si debe ser enseñada a alguien que ya tiene una opinión sobre algo, el primer paso del profesor debe ser administrar un purgante, para asegurarse de eliminar todos los prejuicios y las ideas preconcebidas y así sentar sus bases sobre la firme roca de la ignorancia absoluta. En pocas palabras, el conocimiento técnico parece ser el único tipo de conocimiento que satisface el modelo de certeza elegido por el racionalista.

Ahora bien, he sugerido que el conocimiento que interviene en toda actividad concreta nunca es sólo de carácter técnico. De ser cierto lo anterior podría pensarse que el error del racionalista es de naturaleza sencilla: confundir una parte por el todo, conferir a una parte las cualidades del todo. Pero la equivocación del racionalista no termina aquí. Así como su gran ilusión es la

soberanía de la técnica, también se deja engañar por la aparente certeza del conocimiento técnico. La superioridad de éste reside en que supuestamente brota de la ignorancia absoluta y finaliza en el conocimiento cierto y completo, en que supuestamente comienza y termina en certeza. Pero ello no es más que una ilusión. Al igual como en cualquier otro tipo de conocimiento, el aprendizaje de una técnica no consiste en librarse de la ignorancia absoluta, sino en reformar el conocimiento ya existente. Nada, ni siquiera la técnica más cercana a la autonomía (las reglas de un juego) puede en rigor ser impartida a una mente vacía; y aquello que es impartido se nutre de lo que ya existe. Por este motivo una persona que conoce las reglas de un juego aprenderá rápidamente las reglas de otro; y una persona que ignora por completo cualquier tipo de “regla” (si es posible imaginar una situación semejante) sería un alumno en extremo poco prometedor. Así como el hombre que ha triunfado por su propio esfuerzo nunca lo ha hecho, literalmente, por *su propio* esfuerzo sino que su éxito depende de cierto tipo de sociedad y de un vasto legado no reconocido, el conocimiento técnico nunca es, en realidad, autónomo, y es posible hacerlo aparecer como tal sólo si olvidamos las hipótesis con que se inicia. Si su autonomía es ilusoria, la certeza que se le atribuyó a causa de dicha autonomía también es una ilusión.

Sin embargo, mi objetivo no es refutar el racionalismo; sus errores son interesantes sólo en la medida en que revelan su carácter. No estamos considerando meramente la verdad de una doctrina, sino la significación de una moda intelectual en la historia europea posrenacentista. Las preguntas que debemos intentar responder son: ¿Cómo se generó esta creencia en la soberanía de la técnica? ¿Dé donde proviene esta suprema confianza en la “razón” humana, interpretada de ese modo? ¿Cuál es la procedencia y el contexto de este tipo intelectual? Y ¿en qué circunstancias y con qué efecto llegó a invadir la política Europea?

### III

La aparición de una nueva modalidad intelectual es como la aparición de un nuevo estilo arquitectónico; emerge de manera casi imperceptible bajo la presión de una gran variedad de influencias; erraríamos el blanco de la indagación si nos propusiéramos buscar sus orígenes. A decir verdad éstos no existen; lo único que puede discernirse son los cambios transmitidos gradualmente, las sucesivas mezclas, el flujo y reflujo de las mareas de la inspiración que dan lugar, finalmente, a una forma que es reconocidamente

nueva. La ambición del historiador es evitar esa burda abreviación del proceso que le otorga a la nueva forma una definición demasiado prematura o tardía y demasiado precisa, y evitar el falso énfasis que deriva de la gran impresión que se siente en el momento inequívoco del surgimiento. Sin embargo, es probable que dicho momento sea el más importante para aquellos cuyas ambiciones no apuntan tan alto. Yo me propongo condensar mi descripción de la aparición del racionalismo moderno, del carácter y de la disposición intelectual del racionalista, comenzando por el momento en que se manifiesta en forma inequívoca y considerando sólo un elemento en el contexto de su surgimiento. Dicho momento se sitúa a principios del siglo XVII, y está vinculado, entre otros, a la condición del conocimiento —del mundo natural y del mundo civilizado— en aquella época.

El estado del conocimiento en Europa al iniciarse el siglo XVII era peculiar. Se habían logrado ya notables avances, la indagación fluía con tanta fuerza como en cualquier otro período de nuestra historia, y la fecundidad de las presuposiciones que inspiraraban las indagaciones no mostraba signos de agotamiento. Pese a todo, a los observadores más agudos les parecía que faltaba algo de suprema importancia. “El estado del conocimiento”, escribió Bacon, “no es próspero ni exhibe grandes avances”.<sup>9</sup> Pero esta falta de prosperidad no era atribuible a la subsistencia de una disposición mental hostil al tipo de indagación que entonces estaba en curso; era vista, más bien, como una limitación que afectaba a las mentes emancipadas ya de las presuposiciones (aunque no, por cierto, de algunos de los pormenores) de la ciencia aristotélica. Lo que al parecer faltaba no era inspiración ni incluso hábitos de indagación, sino una técnica de investigación formulada conscientemente, un arte de interpretación, un método cuyas reglas estuviesen escritas. Aquel proyecto mediante el cual se intentó compensar esta carencia fue el que dio lugar al surgimiento inequívoco de la nueva moda intelectual que he denominado racionalista. Las figuras dominantes durante el período inicial de este proyecto son, por supuesto, Bacon y Descartes, y podemos encontrar en sus escritos indicios de lo que más tarde se convirtió en la modalidad racionalista.

La ambición de Bacon era proveer al intelecto de aquello que le parecía necesario para alcanzar un conocimiento cierto y demostrable del mundo en que vivimos. Dicho conocimiento no es posible para la “razón natural”, la que sólo es capaz de “conjeturas insignificantes y probables”, y

---

<sup>9</sup> Bacon, *Novum Organum* (Fowler), p. 157.

no de llegar a la certeza.<sup>10</sup> Esta imperfección se encuentra reflejada en la falta de prosperidad del estado del conocimiento. El *Novum Organum* comienza con un diagnóstico de la situación intelectual. Lo que falta es una percepción clara de la naturaleza de la certeza y un medio adecuado de alcanzarla. “Sólo queda”, señala Bacon, “una vía para recuperar una condición sana y saludable: a saber, que toda la labor de comprensión sea iniciada de nuevo, y que desde un comienzo no se permita que la mente emprenda un rumbo propio, sino que debe ser guiada en cada paso.”<sup>11</sup> Se requiere un “plan seguro”, una nueva “manera” de comprender, un “arte” o “método” de indagación, un “instrumento” que (como los instrumentos mecánicos que los hombres utilizan para aumentar la eficiencia de su fuerza natural) complementará la debilidad de la razón natural: en resumidas cuentas lo que se necesita es la formulación de una técnica de indagación.<sup>12</sup> El reconoce que esta técnica aparecerá como una especie de obstáculo a la razón natural, porque no le proporciona alas sino que le cuelga lastres para controlar su exuberancia;<sup>13</sup> pero será un obstáculo para los obstáculos que imposibilitan la certeza, porque es la falta de disciplina la que se interpone entre la razón natural y el conocimiento cierto del mundo. Bacon compara esta técnica de investigación con la técnica del silogismo; la primera es apropiada para descubrir la verdad de las cosas, en tanto que esta última es adecuada sólo para descubrir la verdad de las opiniones.<sup>14</sup>

El arte de la investigación que Bacon recomienda posee tres características principales. Primero, consiste en una serie de reglas; es una técnica verdadera por cuanto puede ser formulada como una serie precisa de instrucciones que a su vez pueden aprenderse de memoria.<sup>15</sup> En segundo lugar, constituye una serie de reglas cuya aplicación es puramente mecánica; se trata de una técnica verdadera porque su uso no requiere de un saber o inteligencia que no estén contenidos en la propia técnica. Bacon es explícito en este punto. La labor de interpretar la realidad “debe realizarse como un mecanismo”,<sup>16</sup> “el poder y la excelencia del ingenio (del indagador) tienen poco que ver con el problema”;<sup>17</sup> el nuevo método “sitúa todos los ingenios

---

<sup>10</sup> *Ibídem.*

<sup>11</sup> *Ibídem.*

<sup>12</sup> *Ibídem.*

<sup>13</sup> *Ibídem.*

<sup>14</sup> *Ibídem.*

<sup>15</sup> *Ibídem.*

<sup>16</sup> *Ibídem.*

<sup>17</sup> *Ibídem.*

y entendimientos casi en el mismo nivel”.<sup>18</sup> En tercer lugar, es una serie de reglas de aplicación universal; es una técnica verdadera por cuanto es un instrumento de indagación independientemente del tema de la indagación.

Ahora bien, lo significativo en este proyecto no es el carácter preciso de las reglas de indagación, tanto positivas como negativas, sino la idea de que una técnica de este tipo sea posible. Porque lo que en él se propone —reglas infalibles de descubrimiento— es algo muy notable, una suerte de piedra filosofal, una llave para abrir todas las puertas, una “ciencia maestra”. Bacon demuestra la suficiente humildad en cuanto a los detalles de este método, pues no cree que les haya dado una formulación definitiva; pero su fe en la posibilidad de que exista un “método” semejante en general es ilimitada.<sup>19</sup> Desde nuestro punto de vista, la primera de estas reglas es la más importante: el precepto de que debemos desechar las opiniones recibidas, de que debemos “empezar de nuevo desde los fundamentos mismos”.<sup>20</sup> El conocimiento auténtico tiene que comenzar con una purga de la mente, ya que debe iniciarse y finalizar en la certeza y ser completo en sí mismo. El conocimiento y la opinión se encuentran absolutamente separados; no es posible llegar a adquirir un conocimiento verdadero sobre la base de “las nociones infantiles en las que estamos inseridos al principio”. Esto es, cabe señalar, lo que distingue al racionalismo platónico y al escolástico del racionalismo moderno: Platón es un racionalista, pero la dialéctica no es una técnica, y el método del escolasticismo siempre tuvo ante sí un objetivo limitado.

La doctrina del *Novum Organum* puede ser resumida, a nuestro juicio, como la soberanía de la técnica. No sólo constituye una preocupación por la técnica, junto al reconocimiento de que el conocimiento técnico jamás representa la totalidad del conocimiento, sino, además, la afirmación de que lo único que tiene importancia es la técnica y el material sobre el cual puede obrar. Sin embargo, éste no constituye en sí el comienzo de la nueva moda intelectual sino sólo una temprana e inconfundible insinuación de ella: puede decirse que la moda propiamente tal surgió de la exageración de las esperanzas de Bacon y no del carácter de sus creencias.

Al igual que Bacon, Descartes se inspiró en lo que parecían ser los defectos de la indagación contemporánea; él también percibió la falta de una técnica de indagación expresada de manera consciente y precisa. El

---

<sup>18</sup> *Ibidem*.

<sup>19</sup> *Ibidem*.

<sup>20</sup> *Ibidem*.

método propuesto en *El Discurso del Método* y en las *Regulae* guarda una estrecha relación con el del *Novum Organum*. Para Descartes, no menos que para Bacon, el objetivo es la certeza. El conocimiento cierto sólo puede brotar en una mente que ha sido vaciada; la técnica de la investigación comienza con una purga intelectual. El primer principio de Descartes es *de ne recevoir jamais aucune chose pour vraie que je ne la connusse évidemment être telle, c'est-à-dire d'éviter soigneusement la précipitation et la prévention*", "*de bâtir dans un fonds qui est tout à moi*"; y se señala que el inquisidor es "*comme un homme qui marche seul et dans les ténèbres*".<sup>21</sup> Aún más, la técnica de la indagación es formulada a través de una serie de reglas que constituyen, idealmente, un método infalible, y cuya aplicación es mecánica y universal. Y, en tercer lugar, no existen grados en el conocimiento: lo que no es cierto es mera nesciencia. Pese a lo anterior, Descartes se diferencia de Bacon por la exhaustividad de su formación en la filosofía escolástica, y por la indeleble marca que dejó en su mente esa demostración geométrica; fruto de estas diferencias de educación e inspiración, su formulación de la técnica de indagación fue más precisa y en consecuencia más crítica. Su mente se orienta hacia el proyecto de un método de investigación infalible y universal; pero en vista de que el método propuesto por él se inspira en el modelo del método geométrico, su limitación, al ser aplicado no a las posibilidades sino a las cosas, se detecta con facilidad. Descartes, más minucioso que Bacon, se aplica a sí mismo ese escepticismo, y en definitiva reconoce que es un error suponer que el método pueda alguna vez ser el único medio de indagación.<sup>22</sup> La soberanía de la técnica resulta ser un sueño; no una realidad. Sin embargo, la lección que sus sucesores creyeron haber aprendido de Descartes fue la de la soberanía de la técnica y no las dudas de éste frente a la posibilidad de que exista un método infalible.

Por una excusable abreviación de la historia, el carácter racionalista emerge de la exageración de las esperanzas de Bacon y del desdén por el escepticismo de Descartes; el racionalismo moderno es lo que las mentes corrientes fueron capaces de extraer de la inspiración de hombres dotados de discernimiento y de genio. *Les grands hommes, en apprenant aux faibles à réfléchir, les ont mis sur la route de l'erreur*. Pero la historia del racionalismo no es sólo la historia de la forma en que este nuevo carácter intelectual ha ido surgiendo y definiéndose progresivamente; es también la historia de la invasión de cada esfera de la actividad intelectual por la

---

<sup>21</sup> *Discurso del método*, ii.

<sup>22</sup> *Ibíd.*, vi.

doctrina de la soberanía de la técnica. Descartes nunca se transformó en cartesiano; pero, como Boullier afirma al referirse al siglo XVII, *le cartésianisme a triomphé; il c'est emparé du grand siècle tout entier, il a pénétré de son esprit, non seulement la philosophie, mais les sciences et les lettres elles mêmes*.<sup>23</sup> Es de todos sabido que, en ese entonces, tanto en la poesía como en el drama, había una notable concentración en la técnica, en las reglas de composición, en la observancia de las *bienséances* de la literatura, la que no disminuiría por casi dos siglos. De las prensas fluyó una profusión de libros sobre el “arte de la poesía”, el “arte de vivir”, el “arte de pensar”. Ni la religión ni la ciencia natural ni la educación ni la conducción de la vida misma escaparon a la influencia del nuevo racionalismo; ninguna actividad permaneció inmune, y ninguna sociedad se mantuvo intacta.<sup>24</sup>

Aquellos cambios lentos y graduales a través de los cuales el racionalista del siglo XVII llegó a ser el racionalista que conocemos en la actualidad, son parte de una larga y complicada historia que no me propongo relatar ni siquiera en forma abreviada. Sólo cabe observar que, con cada paso que ha dado alejándose de sus verdaderas fuentes de inspiración, el carácter racionalista se ha tornado más tosco y más vulgar. Lo que en el siglo XVII constituía *l'art de penser* se ha transformado ahora en “Su mente y cómo emplearla; un plan diseñado por expertos de fama mundial para desarrollar una mente adiestrada al costo de una fracción del monto acostumbrado”. Lo que en aquella época era “el arte de vivir” se ha convertido en la “técnica del éxito”, y las primeras y más modestas incursiones de la soberanía de la técnica en la educación han florecido deviniendo en *pelmanismo*.

---

<sup>23</sup> *Histoire de la philosophie cartésienne*, i, 486.

<sup>24</sup> Un aspecto importante en la historia del surgimiento del racionalismo es la connotación variable de la palabra “razón”. La “razón” a la que apela el racionalismo no es, por ejemplo, la Razón de Hooker, que pertenece aún a la tradición del estoicismo y de Santo Tomás de Aquino. Es una facultad de cálculo mediante la cual los hombres concluyen una cosa de otra y descubren medios adecuados para alcanzar ciertos fines que no están sujetos a la crítica de la razón; una facultad mediante la cual podría descubrirse un mundo que supuestamente es una máquina. Gran parte de la admisibilidad del racionalismo reside en atribuirle tácitamente a la nueva “razón” las cualidades que pertenecen, propiamente, a la Razón de la tradición intelectual más antigua. Y esta ambigüedad, el surgimiento de la nueva tradición sobre la base de la antigua, puede ser observada en muchos de los autores de principios del siglo XVII —por ejemplo, en la poesía de Malherbe, quien fuera contemporáneo de Descartes, pero mayor que éste, y uno de los grandes precursores de la soberanía de la técnica en la literatura.

Las motivaciones más profundas que alentaron y promovieron esta moda intelectual son oscuras, lo cual es natural; ellas yacen ocultas en los rincones más íntimos de la sociedad europea. Pero, entre sus otras conexiones, dicha moda se encuentra, sin duda, estrechamente relacionada con una declinación de la fe en la Providencia: una técnica benéfica e infalible reemplazó a un Dios benéfico e infalible; y allí donde la Providencia no alcanzaba a corregir los errores de los hombres se hacía tanto más necesaria para prevenir dichos errores. Por cierto, ella también proviene de una sociedad o de una generación que considera que lo que ha descubierto por sí sola es más importante que lo que ha heredado,<sup>25</sup> una era impresionada en exceso por sus propios logros y propensa a aquellos delirios de grandeza intelectual que son la excentricidad característica de la Europa posterior al Renacimiento; una época que nunca estuvo mentalmente en paz consigo misma porque nunca se reconcilió con su pasado. La idea de una técnica que sitúa a todas las mentes en el mismo nivel proporcionó justamente el atajo que haría que los hombres se impacientacen en parecer educados, al tiempo que incapaces, sin embargo, de apreciar los detalles concretos del conjunto de su legado. Y, en parte por la influencia del propio racionalismo, la cantidad de esos hombres ha ido aumentando progresivamente desde el siglo XVII.<sup>26</sup> En verdad, es posible afirmar que todas o casi todas las

<sup>25</sup> Esto era así, ciertamente, en la época de Bacon. Y ahora el profesor Bernal nos dice que durante las tres décadas posteriores a 1915 se ha llegado a conocer mucho más sobre la naturaleza y el hombre, en términos generales y específicos, que en todo el resto de la historia.

<sup>26</sup> No hace mucho, supongo, los espectadores de las carreras de caballos eran en su mayoría hombres y mujeres con conocimientos de primera mano sobre caballos, y (en este aspecto) eran personas genuinamente educadas. Esto ya no ocurre, excepto tal vez en Irlanda. Así pues, el espectador ignorante, sin capacidad, inclinación ni oportunidades para educarse, y que busca un atajo para salir de su incómoda situación, requiere *un libro*. (La moda de los libros de recetas de cocina en el siglo XX deriva, sin duda, de una situación similar). Los autores de uno de esos libros, *A Guide to the Classics, or how to pick the Derby winner*, conscientes de la diferencia entre conocimiento técnico y conocimiento cabal, se preocuparon de señalar que existía un límite más allá del cual no había reglas precisas para escoger al ganador, y que era necesario contar con cierta inteligencia (no proporcionada por las reglas en sí). Sin embargo, algunos de sus codiciosos y racionalistas lectores, a la caza de un método infalible que (como el de Bacon) pusiera sus débiles intelectos a la altura de los hombres con genuina educación, pensaron que habrían sido estafados —lo que sólo viene a demostrar que podrían haber ocupado mucho mejor su tiempo si hubieran leído a San Agustín o a Hegel en lugar de Descartes: *je ne puis pardonner à Descartes*. [*A Guide to the Classics, or how to pick the Derby winner*, escrito por Michael Oakeshott y Guy Griffith, fue publicado por primera vez en 1936 por Faber & Faber, reimprimiéndose luego en una edición revisada en 1947 con el título de *A New Guide to the Derby: How to pick the winner*.]

influencias que en una época temprana favorecieron el surgimiento del carácter racionalista han llegado a tener, posteriormente, un ascendiente mayor en nuestra civilización.

Pero el racionalismo no se estableció fácilmente ni estuvo exento de oposición. En cuanto constituía una novedad suscitaba sospechas, y algunas esferas del quehacer humano —la literatura, por ejemplo— sobre las que al principio ejerció un fuerte influjo, más adelante se liberaron de su puño. A decir verdad, en todos los niveles y en todos los ámbitos se ha criticado continuamente la resistencia a las enseñanzas del racionalismo. Y la significación de la doctrina de la soberanía de la técnica se torna más clara cuando analizamos lo que uno de sus primeros y más profundos críticos tiene que decir sobre ella. Pascal es un juicioso crítico de Descartes; no se opone a él en todos los aspectos, pero sí en aquellos que son fundamentales.<sup>27</sup> El percibió, en primer lugar, que el anhelo cartesiano de alcanzar cierto conocimiento se basaba en un falso criterio de certeza. Descartes se proponía comenzar con algo tan seguro que no pudiese ser objeto de dudas, y ello lo llevó a sostener, en consecuencia, que todo conocimiento genuino es de carácter técnico. Pascal evitó esta conclusión al formular su doctrina de la probabilidad: el único conocimiento cierto lo es a causa de su parcialidad; la paradoja de que el conocimiento probable contiene una mayor parte de la verdad total que el conocimiento cierto. En segundo término, Pascal percibió que el *raisonnement* cartesiano nunca es en realidad la fuente total del conocimiento que interviene en una actividad concreta. El funcionamiento adecuado de la mente humana, afirma, no depende por completo de una técnica consciente y formulada; e incluso allí donde interviene una técnica la mente la observa *tacitement, naturellement et sans art*. La formulación precisa de reglas de indagación pone en riesgo el éxito de la misma al exagerar la importancia del método. A Pascal se sumaron otros, y en realidad gran parte de la historia de la filosofía moderna gira en torno a esta cuestión. No obstante, aun cuando los autores posteriores solieron formular críticas más complejas, pocos de ellos advirtieron con mayor seguridad que Pascal que la importancia del racionalismo no estriba en su aceptación del conocimiento técnico, sino en su incapacidad para aceptar cualquier otro; su error filosófico radica en la certeza que atribuye a la técnica y en su doctrina de la soberanía de la misma; su error práctico consiste en creer que sólo pueden obtenerse beneficios de una forma de conducta que ha llegado a adquirir conciencia de sí misma.

---

<sup>27</sup> *Pensées* (Brunswick), I, 76.

#### IV

Era improbable, por cierto, que la política llegara a librarse absolutamente de la impronta de un estilo intelectual tan poderoso y enérgico como el del nuevo racionalismo. Pero lo que a simple vista resulta notable es que la marejada haya inundado primero a la política antes que a cualquier otra actividad humana. El influjo del racionalismo en la mayoría de las esferas de la vida ha variado en cuanto a solidez durante los últimos cuatro siglos, pero en el ámbito político ha aumentado en forma continua y actualmente es más intenso que en cualquier otra época anterior. Ya hemos analizado la disposición intelectual general del racionalista cuando se vuelca a la política; lo que falta examinar son las circunstancias en que la política europea llegó a rendirse casi por completo ante el racionalista y los resultados de esa rendición.

El hecho de que toda la política contemporánea esté profundamente contagiada por el racionalismo será negado únicamente por aquellos que optan por darle otro nombre a la infección. No sólo nuestros vicios políticos son racionalistas, sino también nuestras virtudes políticas. Nuestros proyectos son por lo general racionalistas en cuanto a su propósito y su carácter; pero, más importante aún, toda nuestra actitud mental en política se encuentra determinada de una manera similar. Y aquellos elementos tradicionales, particularmente en la política inglesa, que supuestamente deberían continuar ofreciendo alguna resistencia a la presión del racionalismo, hoy día se han allanado casi totalmente al carácter intelectual predominante, e incluso sostienen que ello es un signo de vitalidad, de su capacidad de avanzar de acuerdo con los tiempos. El racionalismo ha dejado de ser sólo un estilo más dentro de la política para convertirse en el criterio estilístico de toda política respetable.

La profundidad con que la disposición mental racionalista ha invadido nuestra práctica y nuestro pensamiento en el ámbito político queda ilustrada por el grado en que las tradiciones de comportamiento han cedido el paso a las ideologías, por el grado en que la política de la destrucción y de la creación han sustituido a la política de la restauración; lo que ha sido planeado conscientemente y ejecutado deliberadamente se considera preferible (por ese motivo) a lo que ha madurado y se ha establecido sin conciencia de sí mismo a lo largo de un período. Esta conversión de los hábitos de comportamiento —que es adaptable y nunca del todo fija o definitiva— en sistemas comparativamente rígidos de ideas abstractas no es, por cierto, nueva; en lo que respecta a Inglaterra, ella comenzó en el siglo XVII, en los

albores de la política racionalista. Sin embargo, pese a que antes fue tácitamente resistida y retrasada por —entre otros factores— la informalidad de la política inglesa (que nos permitió escapar, durante largo tiempo, de asignar un valor demasiado alto a la acción política y de cifrar demasiadas esperanzas en los logros políticos; escapar, al menos en el ámbito político, de la ilusión del carácter evanescente de la imperfección), esa misma resistencia ha sido convertida ahora en una ideología.<sup>28</sup> Aquí reside, quizás, la principal significación de la obra de Hayek, *Camino de servidumbre*: no en la fuerza de su doctrina, sino en el hecho de que sea una doctrina. Un plan para resistir cualquier intento de planificación puede ser preferible a la alternativa contraria, pero pertenece al mismo estilo político. Sólo en una sociedad profundamente contagiada por el racionalismo la conversión de los recursos tradicionales de resistencia a la tiranía del racionalismo en una ideología consciente de sí misma podrá ser considerada un fortalecimiento de dichos recursos. Tal parece que si en la actualidad se desea participar en política y se pretende ser escuchado, es necesario contar con una doctrina, en el sentido estricto del término; carecer de ella parece una frivolidad e incluso un rompimiento. Y la santidad, que en algunas sociedades era propia de una política apegada piamente a las costumbres tradicionales, ahora se ha transformado en patrimonio exclusivo de la política racionalista.

Como ya lo he señalado, la política racionalista es la política de la “necesidad experimentada”, la cual no está sujeta a un conocimiento genuino y concreto de los intereses permanentes ni a la orientación de una sociedad, sino que es interpretada por la “razón” y se realiza conforme a la técnica de la ideología: se trata de la política de los libros. Ello es también característico de casi todo el quehacer político contemporáneo: no tener un libro es carecer de la única cosa necesaria, y no observar meticulosamente lo que está escrito en él equivale a ser un político rupturista. En realidad es tan necesario poseer un libro que los que hasta ahora han creído que es posible arreglárselas sin él se han visto obligados, tal vez demasiado tarde, a ponerse a escribir uno para su uso personal. Este es un síntoma del triunfo de la técnica, que como hemos visto yace en la raíz del racionalismo moderno; porque el libro sólo contiene aquello que es posible ser expresado en un libro: las reglas de una técnica. Así, libro en mano (pues, aunque una técnica puede ser memorizada, la lección no siempre se aprende), los políticos europeos vigilan la cocción a fuego lento del banquete que están prepa-

---

<sup>28</sup> Una conversión tentativa de este tipo y, por tanto, no perjudicial en lo esencial, fue la que trató de realizar el primer Lord Halifax.

rando para el futuro; pero, al igual que los camareros improvisados que reemplazan a un cocinero ausente, su conocimiento no se extiende más allá de la palabra escrita que leen en forma mecánica: éste genera ideas en su cabeza, pero no deja sabor alguno en su boca.

Entre los demás indicios del racionalismo en la política contemporánea podría considerarse la exigencia, comúnmente admitida, de que los “científicos” como tales (el químico, el físico, el economista o el sicólogo) deben ser escuchados en la esfera política; porque aun cuando el conocimiento que interviene en una ciencia siempre es más que el saber técnico, lo que tiene que ofrecer a la política nunca es más que una técnica. Bajo su influencia, entonces, el intelecto en la política deja de ser crítico del hábito político para convertirse en un sustituto de dicho hábito; la vida social pierde así su ritmo y su continuidad, transformándose en una sucesión de problemas y crisis. Puesto que el folclor no constituye una técnica, se le considera entonces nesciencia, y de este modo se pierde todo el sentido de lo que Burke llamó asociación entre presente y pasado.<sup>29</sup>

Con todo, no es necesario insistir en que lo más característico de la política contemporánea es su inspiración racionalista; la opinión predominante de que la política es sencilla constituye, por sí sola, un testimonio suficiente. Y si se requiere un ejemplo concreto no necesitamos buscar más allá de las propuestas que hemos recibido para controlar la producción y el uso de la energía atómica. La fe racionalista en la soberanía de la técnica presupone creer en que son posibles tanto un esquema general de control mecanizado como los detalles de todos los esquemas que han sido proyectados hasta ahora: se la concibe como un problema “administrativo”. Pero si en la actualidad el racionalismo reina casi sin oposición, la pregunta que nos interesa es: ¿cuáles son las circunstancias que propiciaron esta situación? Pues la importancia del triunfo no yace sólo en sí, sino en su contexto.

En pocas palabras, la respuesta a dicha pregunta es que la política del racionalismo es aquella de los políticamente inexpertos, y la característica sobresaliente de la política europea de los últimos cuatro siglos es haber sufrido la incursión de al menos tres tipos de inexperiencia política —la del nuevo gobernante, la de la nueva clase dirigente y la de la nueva sociedad política— sin mencionar la incursión de un nuevo sexo, auspiciado por el señor Shaw. No es necesario subrayar lo apropiada que resulta la política racionalista para el hombre que, no habiendo sido criado o educado para

---

<sup>29</sup> Una imagen poética de la política del racionalismo puede encontrarse en el libro de Rex Warner, *The Aerodrome*.

ejercerla, se encuentra en condiciones de ejercer iniciativa y autoridad políticos. Su necesidad de ella es tan grande que no tendrá motivo alguno para sentirse escéptico ante la posibilidad de una técnica política mágica que elimine la desventaja que significa su falta de educación política. La promesa de semejante técnica le parecerá a él la promesa de la salvación misma; que le digan que el conocimiento necesario puede encontrarse, en forma completa y autosuficiente, en un libro, y que dicho conocimiento es del tipo que puede ser memorizado rápidamente y aplicado en forma mecánica le parecerá, al igual que la salvación, algo casi demasiado bueno para ser cierto. Y sin embargo fue eso, o algo suficientemente cercano para haberlo confundido con eso, lo que le pareció que Bacon y Descartes le estaban ofreciendo. Pues si bien ninguno de dichos autores se arriesga a aplicar detalladamente ese método en la política, las insinuaciones de la política racionalista están presentes en ambos, temperadas sólo por un escepticismo que fácilmente puede ser ignorado. Tampoco tuvo que esperar a que llegaran Bacon y Descartes (esto es, esperar a que surgiera una doctrina general del racionalismo); con la aparición de Maquiavelo un siglo antes emergió el primero de estos solicitados aventureros que incursionaron en el ámbito de la política.

Se ha señalado que el proyecto de Maquiavelo era enunciar una *ciencia* de la política, pero, a mi juicio, en esta afirmación se omite lo más importante. Como ya lo hemos visto, una ciencia es conocimiento concreto, y por consiguiente ni sus conclusiones ni los medios por los que se llegaron a ellas podrán jamás ser descritos totalmente en un libro. Ni un arte ni una ciencia pueden ser impartidos mediante una serie de instrucciones; adquirir el dominio de cualquiera de ellos equivale a adquirir la calidad de “conocedor”. Pero lo que sí puede ser impartido de esta manera es una técnica, y es la técnica de la política lo que interesa a Maquiavelo como escritor. El reconoció que la técnica para gobernar una república era un tanto diferente de aquella adecuada para un principado; y a él le interesaban ambas. Sin embargo, al escribir sobre el gobierno de los principados él lo hacía para el *nuevo* príncipe de su época; ello, por dos razones, una de principio y otra personal. El gobernante que ejercía como tal en virtud de un derecho hereditario firmemente establecido, educado en una tradición y heredero de una larga experiencia familiar, parecía estar suficientemente dotado para el cargo que ocupaba; su política podía ser perfeccionada mediante un curso por correspondencia sobre técnica, pero en general sabía cómo comportarse. Pero muy distinto es el caso del nuevo gobernante que aportaba a esta tarea sólo las cualidades que le habían permitido adquirir poder político, y que

sólo tenía aptitudes para aprender los vicios de su función, el *caprice de prince*. En vista de su falta de educación (excepto en los hábitos de la ambición), necesitaba encontrar un atajo para adquirirla; le hacía falta un libro, pero uno de cierto tipo. Necesitaba una traducción adaptada: su inexperiencia le impedía abordar sin más los desconocidos asuntos de Estado. Ahora bien, lo que caracteriza a una traducción adaptada es que su autor debe tener un conocimiento del lenguaje propio de un hombre educado; que él debe prostituir su genio (si lo tiene) como traductor y que ella es incapaz de resguardar al lector ignorante de cualquier posibilidad de error. El proyecto de Maquiavelo consistía, entonces, en proporcionar a los políticos una traducción adaptada, un adiestramiento político a falta de una educación política, una técnica para el gobernante que carecía de tradición. El satisfizo una demanda de su época; y estaba interesado en satisfacerla, por razones personales y de temperamento, porque le hacía experimentar “la fascinación de lo difícil”. El nuevo gobernante despertaba mayor interés porque era mucho más probable que él, y no el gobernante hereditario y educado, se viera envuelto en una situación complicada y necesitara la ayuda de un consejo. Pero al igual que los grandes precursores del racionalismo en general (Bacon y Descartes), Maquiavelo estaba consciente de las limitaciones del conocimiento técnico; no era él quien creía en la soberanía de la técnica, ni quien creía que el gobierno no era más que “administración pública”, la que podía ser aprendida en un libro, sino sus seguidores. El no sólo le ofreció al nuevo príncipe un libro sino, además, algo que compensaría las inevitables deficiencias de un libro: su propia persona. El nunca dejó de percibir que la política, después de todo, es diplomacia; no la aplicación de una técnica.

Las nuevas y políticamente inexpertas clases sociales que durante los últimos cuatro siglos han llegado a ejercer la iniciativa y la autoridad políticas han estado sometidas a una tutela similar a la que ejerciera Maquiavelo sobre el nuevo príncipe en el siglo XVI. Ninguna de dichas clases tuvo tiempo de adquirir una educación política antes de alcanzar el poder; todas ellas necesitaron una traducción adaptada, una doctrina política que sustituyera a la costumbre. Algunos de estos escritos son legítimas obras de vulgarización política; no niegan completamente la existencia o el valor de la tradición en política (han sido redactados por hombres con una verdadera educación política), sino que son compendios de una tradición, explicaciones racionales con las que se pretende extraer la “verdad” de una tradición y exponerla en una serie de principios abstractos, de los cuales, sin embargo, se escapa inevitablemente la significación total de dicha tra-

dición. Lo anterior se aprecia preeminentemente en el *Segundo tratado del gobierno civil*, de Locke, que fue una traducción adaptada tan popular, perdurable y valiosa de la política como lo fuera de una religión, *Evidences of Christianity*, de Paley. Pero existen otros autores, como Bentham o Godwin, que, prosiguiendo con el proyecto común de compensar la inexperiencia política de las generaciones sucesivas, encubren todo rastro de tradición y hábitos políticos en su sociedad con una idea puramente especulativa: ellos pertenecen a la secta más estricta del racionalismo. Con todo, en lo que se refiere a la autoridad, nada puede compararse con el trabajo de Marx y Engels. Sin ellos la política europea se encontraría aún profundamente envuelta en el racionalismo, pero fuera de toda duda ellos son los autores del más estupendo de nuestros racionalismos políticos —lo cual es explicable, pues fue elaborado para la instrucción de una clase con menos educación política que cualquier otra que alguna vez haya abrigado la ilusión de ejercer el poder político—. Y es imposible hacer algún reparo a la forma mecánica en que ésta, la más grande de todas las traducciones adaptadas en el ámbito político, ha sido aprendida y aplicada por aquellos para quienes fue escrita. Ninguna otra técnica se ha impuesto con tanta fuerza en el mundo como si se tratase de un conocimiento concreto; ninguna ha creado un proletariado intelectual tan vasto, con nada que perder, salvo su técnica.<sup>30</sup>

Los primeros años en la historia de los Estados Unidos de América son un capítulo instructivo en la historia de la política del racionalismo. La situación de una sociedad llamada sin mayor aviso a ejercer una iniciativa política por su propia cuenta es similar a la de una persona o de una clase social que llega a ejercer el poder político sin estar completamente preparada; en general, las necesidades de dicha sociedad son similares a las de estas últimas. La semejanza es aún más estrecha cuando la independencia de la sociedad en cuestión comienza con una manifiesta ilegalidad, el rechazo específico y expreso a una tradición, lo que en consecuencia sólo puede ser defendido apelando a algo que no sea considerado dependiente de ésta. Tampoco, en el caso de los colonos estadounidenses, fue ésa la única

---

<sup>30</sup> Al formular su técnica en términos de una visión del curso de los acontecimientos (pasados, presentes y futuros) y no de la “naturaleza humana”, Marx pensó que había logrado escapar del racionalismo; sin embargo, puesto que había tomado la precaución de transformar primero el devenir de los acontecimientos en una doctrina, ese escape era una ilusión. A semejanza de Midas, el racionalista, desafortunadamente, no puede tocar algo sin transformarlo en una abstracción: jamás puede nutrirse de la experiencia.

presión ejercida para que su revolución consiguiese adaptarse al modelo del racionalismo. Los forjadores de la independencia estadounidense poseían una tradición de pensamiento europeo y experiencias y hábitos políticos autóctonos a los cuales recurrir. Pero sucedía que las dotes intelectuales con que Europa había obsequiado a América (tanto en la filosofía como en la religión) habían sido, desde el principio, predominantemente racionalistas: y el hábito político autóctono, fruto de las circunstancias de la colonización, fue lo que podría llamarse una suerte de racionalismo natural carente de refinamiento. Resulta difícil que un pueblo sencillo y sin pretensiones, no demasiado inclinado a reflexionar sobre los hábitos de comportamiento que de hecho había heredado, y que en las comunidades fronterizas había vivido constantemente la experiencia de instaurar la ley y el orden por su propia cuenta y de mutuo acuerdo, no considerara que sus instituciones fueren otra cosa que el producto de su propia y soberana iniciativa; parecían haber comenzado de la nada, y todo lo que habían llegado a poseer se debía a su propio esfuerzo. Una civilización de pioneros es, casi inevitablemente, una civilización de hombres conscientes de que su prosperidad depende de sus propios esfuerzos, de hombres racionalistas por las circunstancias y no por reflexión, que no necesitan ser persuadidos de que el conocimiento se inicia en una *tabula rasa* y que estiman que la mente libre, lejos de ser el fruto de una purga cartesiana artificial, constituye un don del Dios Todopoderoso, como dijo Jefferson.

Mucho antes de la revolución, por consiguiente, la disposición mental de los colonos estadounidenses, la fisonomía intelectual y la costumbre política eran predominantemente racionalistas. Lo anterior se ve claramente reflejado en los documentos constitucionales y en la historia de cada una de las colonias. Cuando éstas llegaron a “disolver los lazos políticos que las habían vinculado con otro país” y declararon su independencia, la única inspiración nueva que recibió del exterior esta costumbre política fue una que confirmó su carácter autóctono en todo respecto. Pues la inspiración de Jefferson y de los demás forjadores de la independencia estadounidense provenía de la ideología que Locke había destilado de la tradición política inglesa. Ellos estaban predispuestos a creer —y lo creían con una intensidad más profunda de lo que era posible para un habitante del Viejo Mundo— que la organización adecuada de una sociedad y la conducción de sus asuntos se basaban en principios abstractos y no en una tradición que, como señaló Hamilton, tenía que “ser buscada revolviendo entre viejos pergaminos y archivos mohosos”. Estos principios no eran producto de la civiliza-

ción, sino naturales, “inscritos en la naturaleza humana”.<sup>31</sup> Ellos debían ser descubiertos en la naturaleza por la razón humana, mediante una técnica de indagación a la cual tienen acceso todos los hombres por igual y para cuya aplicación no se requiere poseer una inteligencia extraordinaria. Es más, aquella época poseía una ventaja en relación a todas las anteriores, porque mediante la aplicación de esta técnica de indagación esos principios abstractos habían sido —por lo general recientemente— descubiertos y expresados en libros. Al hacer uso de estos libros una sociedad política recién creada no sólo no se encontraba en desventaja por carecer de una tradición, sino que presentaba, además, una superioridad absoluta sobre las sociedades más antiguas que aún no se habían emancipado totalmente de las cadenas de la costumbre. Lo que Descartes ya había percibido, *que souvent il n’y a pas tant de perfection dans les ouvrages composés de plusieurs pièces et faits de la main de divers maîtres qu’en ceux auxquels un seul a travaillé*, fue observado nuevamente por John Jay en 1777: “Los estadounidenses son el primer pueblo al que el Cielo ha favorecido con la oportunidad de deliberar y decidir sobre las formas de gobierno bajo las cuales debería vivir. Todas las demás constituciones han derivado de la violencia o de circunstancias accidentales, y por ende se encuentran probablemente más distantes de su perfección...”.<sup>32</sup> La Declaración de Independencia es un producto característico del *saeculum rationalisticum*. Ella representa la política de “la necesidad experimentada”, interpretada con la ayuda de una ideología. No causa sorpresa que se haya convertido en uno de los documentos sagrados de la política del racionalismo, el cual, junto con similares documentos de la Revolución Francesa, sirvieron de inspiración y modelo a muchas aventuras posteriores en la reconstrucción racionalista de la sociedad.

Lo que yo sostengo es que la política habitual diaria de las naciones europeas ha venido a quedar firmemente atada al vicio del racionalismo, de manera que gran parte de su fracaso (a menudo atribuido a otras causas más

---

<sup>31</sup> Carecemos aquí de espacio suficiente para dilucidar las conexiones extremadamente complejas entre la política de la “razón” y la política de la “naturaleza”. Pero cabe observar que, puesto que tanto la razón como la naturaleza se oponían a la civilización, comenzaron con una base común; el hombre “racional”, el hombre liberado de los ídolos y prejuicios de una tradición también podría ser llamado hombre “natural”. El racionalismo y el naturalismo modernos en la política, en la religión y en la educación, son del mismo modo expresiones de una presunción general contra cualquier logro de las generaciones precedentes.

<sup>32</sup> Por cierto, tanto la “violencia” como las “circunstancias accidentales” estaban allí, pero de una manera tan poco familiar que pasaron inadvertidas.

inmediatas)<sup>33</sup> se origina en realidad en los defectos de que adolece la mentalidad racionalista cuando asume el control de los asuntos; y que (por cuanto la disposición mental racionalista no es una moda que surgió recién ayer) no debemos esperar que saldremos rápidamente de la difícil situación en que nos encontramos. Siempre resulta desalentador para un paciente que le digan que su enfermedad es casi tan antigua como él y que, en consecuencia, no existe una pronta cura para ella, pero así ocurre con frecuencia (excepto cuando se trata de infecciones infantiles). Mientras se mantengan las circunstancias que propiciaron la aparición del racionalismo en la política es dable esperar que nuestra política tendrá un carácter racionalista.

No creo que alguno o todos los autores que he mencionado sean responsables por nuestra situación. Ellos son esclavos de las circunstancias que han contribuido a perpetuar (es posible observarlos de vez en cuando apretando las clavijas), pero que ellos no crearon. Y no debe suponerse que habrían aprobado siempre el uso que se les ha dado a sus libros. Tampoco, por otra parte, estoy interesado en los escritos genuinamente filosóficos sobre política. En la medida en que ellos han promovido o retardado la tendencia hacia el racionalismo en la política, siempre se ha debido a una interpretación errónea de su intención, la cual no es recomendar una conducta sino explicarla. Una cosa es explorar las relaciones entre la política y la eternidad; algo distinto, y menos desable, es que un político encuentre tan difícil de manejar la intrincada y contingente realidad de su tiempo que se sienta hechizado por la promesa de una evasión rápida en la falsa eternidad de una ideología. Por último, tampoco pienso que nuestra perniciosa situación se deba al lugar que las ciencias naturales y el modo de pensar asociado a ellas haya llegado a ocupar en nuestra civilización. Este diagnóstico simplista de la situación ha sido ampliamente difundido, pero a mi juicio es erróneo. Que la influencia del verdadero experto en ciencias naturales no está necesariamente de parte del racionalismo es una conclusión que se desprende de la opinión a que he llegado acerca de la naturaleza de cualquier tipo de conocimiento concreto. Sin duda hay científicos profundamente comprometidos con la actitud racionalista, pero se equivocan cuando piensan que los puntos de vista racionalista y científico coinciden necesaria-

---

<sup>33</sup> Por ejemplo, la guerra. La guerra es una enfermedad a la cual la sociedad racionalista opone poca resistencia; brota fácilmente del tipo de incompetencia que es inherente a la política racionalista. Pero ella ciertamente ha contribuido a aumentar el dominio de la disposición mental racionalista en la política, y uno de los desastres de la guerra ha sido que su vocabulario, esencialmente racionalista, comenzara a aplicarse en forma habitual en la política.

mente. El problema es que cuando el científico sale de su propio campo suele llevar consigo sólo su técnica, lo que de inmediato lo transforma en aliado de las fuerzas del racionalismo.<sup>34</sup> En suma, me parece que el gran prestigio de las ciencias naturales ha sido empleado, en verdad, para reforzar aún más nuestra actitud mental racionalista, pero ésa no es la labor del verdadero científico, propiamente tal, sino del científico que es racionalista a pesar de su ciencia.

## V

Es posible agregar algunas reflexiones a este breve esbozo del carácter y del contexto intelectual y social del advenimiento del racionalismo en la política. La generación de la política racionalista no tiene, por inexperiencia política, oportunidad política. Por lo general estas condiciones se han dado simultáneamente en las sociedades europeas; así sucedió en el mundo antiguo, el cual sufrió en ocasiones los efectos de esa combinación. Pero la cualidad particular del racionalismo en la política moderna deriva de la circunstancia de que el mundo moderno logró inventar un método tan convincente para encubrir la falta de educación política que incluso los afectados por esa carencia a menudo nunca se enteraron de que les faltase algo. Por supuesto que en ninguna sociedad esta inexperiencia ha sido nunca universal ni tampoco absoluta. Siempre ha habido hombres con una genuina educación política, inmunes al contagio del racionalismo (especialmente en el caso de Inglaterra, donde la difusión de cierta educación política, de algún tipo, ha sido mucho más vasta que en otras sociedades); y, ocasionalmente, una débil reminiscencia de las limitaciones de su técnica ha penetrado incluso en la mente del racionalista. Una política *puramente* racionalista es, en verdad, tan poco práctica que a menudo veremos al nuevo hombre, que últimamente ha llegado a asumir el poder, arrojando su libro y confiando en su experiencia general del mundo, tal como lo hace, por ejemplo, el hombre de negocios o el funcionario de un sindicato. Esta experiencia es ciertamente una guía más confiable que el libro —al menos se trata de un conocimiento real y no de una sombra—, aunque no es conocimiento de las

---

<sup>34</sup> Un célebre científico nos dice: “Estoy menos interesado en la política que el común de la gente porque tengo la convicción de que hoy todos los principios políticos son sustitutos provisionales que serán reemplazados, en definitiva, por principios derivados del conocimiento científico”.

tradiciones políticas de su sociedad, el cual, en el mejor de los casos, tarda dos o tres generaciones en ser adquirido.

Sin embargo, cuando no es arrogante ni beato, el carácter del racionalista puede no resultar antipático. El desea vehementemente tener la razón, pero por desgracia nunca conseguirá del todo su propósito. Comenzó demasiado tarde y con el pie equivocado; su conocimiento nunca será más que un conocimiento a medias, y en consecuencia él nunca tendrá más que la mitad de la razón.<sup>35</sup> Asimismo, un extranjero o un hombre que está fuera de su clase social se siente confundido ante una tradición y un hábito de comportamiento que sólo conoce superficialmente; un mayordomo o una sirvienta diligente le llevan ventaja. Y se forma una idea despectiva de aquello que no comprende; el hábito y la costumbre le parecen algo malo en sí, una suerte de comportamiento ignorante. Y por obra de un curioso engaño de sí mismo él atribuye a la tradición (que, por cierto, es preeminentemente fluida) el carácter rígido y estático que en realidad es propio de la política ideológica. Por tanto, la mentalidad racionalista resulta cara y peligrosa cuando ella ejerce el control de los asuntos políticos, y el mayor daño lo ocasiona no cuando es incapaz de manejar la situación (sus políticas, por cierto, siempre son formuladas en términos de dominar situaciones y superar crisis), sino cuando aparentemente ha logrado su objetivo; pues el precio que pagamos por cada uno de sus supuestos éxitos es la intensificación del dominio ejercido por la moda intelectual del racionalismo sobre la totalidad de la vida social.

Sin necesidad de alarmarnos con males imaginarios podría decirse, en mi opinión, que hay, en particular, dos características del racionalismo que lo transforman en algo excepcionalmente peligroso para una sociedad. Ningún hombre sensato se preocupará mayormente porque no pueda dar de inmediato con una cura para lo que a su juicio es una enfermedad que causa invalidez; pero si la considera como un mal que con el paso del tiempo se torna más y no menos grave, él tendrá motivos más fundados para sentir ansiedad. Y desgraciadamente este parece ser el caso de la enfermedad del racionalismo.

En primer lugar, el racionalismo en la política, según lo he interpretado, entraña un error identificable, a saber, una concepción errónea de la naturaleza del conocimiento humano, lo cual equivale a una corrupción de la

---

<sup>35</sup> Hay aquí una reminiscencia de un pasaje escrito por Henry James, cuyo estudio de la señora Headway, en *El sitio de Londres*, es el mejor que conozco de una persona en esa situación.

mente. No está en su poder, en consecuencia, corregir sus propios defectos; no tiene una cualidad homeopática; no es posible librarse de sus errores adoptando una postura más profunda o más sinceramente racionalista. Como puede observarse, esta es una de las desventajas de vivir en función del libro, pues no sólo induce a errores específicos, sino que además deseca la mente: una vida regida por preceptos genera, a largo plazo, falta de honradez intelectual. Por añadidura, el racionalista ha rechazado de antemano la única inspiración externa capaz de corregir su error; no sólo se limita a hacer caso omiso del tipo de conocimiento que podría salvarlo, sino que comienza por destruirlo. Primero apaga la luz y luego se queja de que no puede ver, de que es *comme un homme qui marche seul dans les ténèbres*. En suma, el racionalista es esencialmente ineducable; sólo podría ser educado *fuera* de su racionalismo en virtud de una inspiración que él considera el mayor enemigo de la humanidad. Todo lo que el racionalista es capaz de hacer cuando lo dejan actuar solo es reemplazar un proyecto racionalista en que ha fracasado por otro en el que espera tener éxito. En efecto, esto es en lo que rápidamente está degenerando la política contemporánea: la tradición y el hábito políticos, que no hace mucho en la política inglesa eran incluso el patrimonio común de adversarios extremos, han sido sustituidos por una mera disposición mental común de tipo racionalista.

Pero, en segundo lugar, una sociedad que ha abrazado un idioma político racionalista pronto se encontrará siendo conducida o derivando hacia una forma de educación exclusivamente racionalista. No me refiero al burdo propósito del nacionalsocialismo o del comunismo de no permitir educación alguna excepto una formación en la doctrina racionalista predominante, sino a un proyecto más convincente que consiste en no dar cabida a ninguna forma de educación cuyo carácter no sea en general racionalista.<sup>36</sup> Y cuando una forma de educación exclusivamente racionalista acaba por establecerse, la única esperanza de liberación se halla en la posibilidad de que algún pedante olvidado descubra, al “revolver entre viejos pergaminos y archivos mohosos”, cómo era el mundo antes de ser absorbido por esa utopía.

Desde sus primeros días el racionalismo ha desplegado un ominoso interés por la educación. Siente gran respeto por los “cerebros”, confía fuertemente en su adiestramiento y ha resuelto que la inteligencia debe ser estimulada y debe recibir su recompensa de poder. Pero, ¿cuál es esa educa-

---

<sup>36</sup> Algo por el estilo ocurrió en Francia después de la Revolución, pero poco después comenzó a irrumpir la sensatez.

ción en que cree el racionalista? Ciertamente no es una iniciación en los hábitos y logros intelectuales y morales de su sociedad, la incorporación a una asociación entre el pasado y el presente, un intercambio de conocimientos concretos; para el racionalista todo ello sería una educación en la nesecencia, inútil y dañina a la vez. Es un adiestramiento en la técnica, esto es, en la mitad del conocimiento que puede adquirirse en los libros cuando ellos son empleados como traducciones adaptadas. Y el afectado interés del racionalista por la educación escapa a la sospecha de ser un mero subterfugio para imponerse más firmemente en la sociedad, sólo porque resulta evidente que está tan encandilado como sus alumnos. El cree sinceramente que un adiestramiento en el saber técnico es la única educación que vale la pena, porque lo mueve la convicción de que no existe otro conocimiento, en un sentido estricto, fuera del saber técnico. En su opinión, el adiestramiento en la “administración pública” es la defensa más segura contra los halagos de un demagogo y las mentiras de un dictador.

Ahora bien, en una sociedad cuya inclinación es ya ampliamente racionalista una formación de este tipo tendrá una demanda asegurada. El conocimiento a medias (siempre que corresponda a la mitad técnica) tendrá un valor económico; habrá un mercado para la mente “adiestrada” que cuenta con los instrumentos más recientes. No cabe sino esperar que esta demanda se verá satisfecha; se escribirán y se venderán grandes cantidades de libros del género adecuado y surgirán instituciones que ofrecerán una formación de este tipo (de carácter general o con respecto a una actividad en particular).<sup>37</sup> Por lo que toca a nuestra sociedad, hace mucho que comenzó a explotarse en serio dicha demanda; ya a comienzos del siglo XIX era posible observarla. Pero no es muy importante que la gente aprenda a tocar el piano o a administrar una granja mediante un curso por correspondencia; en todo caso, ello es inevitable dadas las circunstancias. Lo que sí es importante, sin embargo, es que la inspiración racionalista últimamente ha invadido y ha empezado a corromper las genuinas directrices e instituciones educacionales de nuestra sociedad: algunos de los medios y arbitrios por los cuales se había impartido hasta ahora un auténtico conocimiento (a diferencia de un conocimiento meramente técnico) ya han desaparecido, otros están obsoletos, y otros también están siendo corrompidos desde el interior.

---

<sup>37</sup> Para algunos este es el resultado inevitable de la civilización industrial, pero pienso que han dado con el culpable equivocado. Lo que necesita la civilización industrial es una habilidad genuina; y en la medida en que nuestra civilización industrial haya decidido prescindir de la habilidad y arreglárselas con el mero conocimiento técnico será una civilización industrial en descomposición.

Toda la presión de las circunstancias de nuestra época está orientada en tal sentido. El método en virtud del cual el aprendiz trabaja junto con el maestro, quien al enseñar una técnica también imparte el tipo de conocimiento que no puede ser enseñado, aún no ha desaparecido, pero está obsoleto; su lugar está siendo ocupado por escuelas técnicas cuyo adiestramiento (porque sólo pueden proporcionar adiestramiento en la técnica) sigue siendo insoluble en tanto no haya sido sumergido en el ácido de la práctica. Asimismo, a la educación profesional se la ve cada vez más como la adquisición de una técnica,<sup>38</sup> como algo que se puede hacer por medio del correo. De tal manera que podemos esperar la llegada de la época en que las profesiones estarán guarnecidas de hombres inteligentes, pero se tratará de hombres de aptitudes limitadas que nunca habrán tenido la oportunidad real de aprender *los matices* que conforman la tradición y el modelo de conducta característicos de una profesión importante.<sup>39</sup> Una de las maneras en que este tipo de conocimiento ha sido preservado (porque constituye un gran logro humano, y si no se le conserva de una manera provechosa se perderá) y transmitido hasta ahora es la tradición familiar. Pero el racionalista no comprende que se requieren cerca de dos generaciones de práctica para aprender una profesión; en rigor, él hace todo lo posible para impedir que exista semejante tipo de educación, pues cree que es pernicioso. Al igual que el hombre cuya única lengua es el esperanto, él no tiene manera de saber que el mundo no comenzó en el siglo XX. Y el inestimable tesoro de las grandes tradiciones profesionales es destruido, no por negligencia sino deliberadamente, cuando se destruyen los así llamados intereses creados. Pero tal vez el ataque más grave del racionalismo contra la educación es el que afecta a las universidades. Hoy día la demanda de técnicos es tal que las actuales instituciones dedicadas a formarlos ya no son suficientes, por lo que se está procurando que sean las universidades las que pasen a satisfacer dicha demanda. La ominosa frase “hombres y mujeres entrenados en la Universidad” está ya consolidándose, y no sólo en el vocabulario del Ministerio de Educación.

---

<sup>38</sup> Cf. James Boswell, *The Artist's Dilemma*.

<sup>39</sup> En tiempo de guerra el ejército proporcionaba una oportunidad particularmente propicia para observar la diferencia entre un hombre adiestrado y uno educado: al civil inteligente no le resultaba muy difícil adquirir la técnica del liderazgo y el comando militar, pero (a pesar de las traducciones que se proporcionaban: *Consejos para los oficiales jóvenes*, etc.) él siempre permanecía en situación desventajosa frente al oficial regular, el hombre formado en los sentimientos y las emociones, así como en los aspectos prácticos de su profesión.

Para un opositor al racionalismo estas son derrotas locales, aunque no despreciables; y si se consideran por separado, la pérdida ocasionada por cada una de ellas tal vez no sea irreparable. Una institución como la Universidad goza al menos de efectivo poder para defenderse, si se decide a usarlo. Pero hay una victoria que el racionalista ya ha obtenido en otro frente, y de la cual será más difícil recuperarse porque en tanto él sabe que es una victoria, su oponente se resiste a admitir que se trata de una derrota. Me refiero a que la inclinación mental racionalista ha envuelto en sus redes y se ha apoderado completamente de toda la esfera de la moral y la educación moral. La moral del racionalista es la de la búsqueda consciente de ideales morales, y la forma apropiada de educación moral es por medio del precepto, la exposición y la explicación de principios morales. Esta se presenta como una moral superior (la moral del hombre libre: la grandilocuencia no tiene límites) a la del hábito, aquella búsqueda inconsciente de una tradición de comportamiento moral; pero de hecho no es más que moral reducida a una técnica, la cual debe ser adquirida a través del entrenamiento en una ideología y no mediante la educación en el comportamiento. En la moral, así como en todo lo demás, el racionalista aspira a comenzar por deshacerse de la nesciencia heredada, para luego llenar la vacuidad de una mente abierta con los conceptos de cierto conocimiento que él extrae de su experiencia personal y que a su juicio cuenta con la aprobación de la “razón” común de la humanidad.<sup>40</sup> Defenderá estos principios por medio de la argumentación, y ellos conformarán una doctrina coherente (aunque moralmente parsimoniosa). No obstante, la conducción de la vida es, para él, un asunto inevitablemente discontinuo, la solución de un flujo de problemas, la posibilidad de dominar una sucesión de crisis. A semejanza de la política del racionalista (de la cual, por cierto, es inseparable) la moral del racionalista es la del hombre y de la sociedad que han prosperado por esfuerzo propio: es lo que otros pueblos han reconocido como “idolatría”. Y no tiene importancia alguna el que la ideología moral que lo inspira en la actualidad (y que, si es político, predica) sea, de hecho, la reliquia desecada de lo que alguna vez fue la tradición moral inconsciente de una aristocracia que, ignorante de todo ideal, había adquirido un hábito de comportamiento en sus relaciones sociales y lo había transmitido por la vía de una verdadera educación moral. Para el racionalista lo único que importa realmente es que a la postre se haya logrado separar el mineral contenido en el ideal de la

---

<sup>40</sup> El propio Descartes no tuvo la culpa de este y de otros excesos del racionalismo. *Discours de la Methode*, iii.

escoria contenida en el comportamiento habitual; lo que nos preocupa a nosotros son las deplorables consecuencias de su éxito. Los ideales morales son un sedimento; tienen significación sólo en tanto estén suspendidos en una tradición religiosa o social, en tanto pertenezcan a una vida religiosa o social.<sup>41</sup> El drama de nuestra época es que los racionalistas han estado trabajando tanto tiempo en su proyecto de extraer el líquido en que nuestros ideales morales estaban suspendidos (y eliminándolo por considerarlo insertible) que nos hemos quedado únicamente con el seco y arenoso residuo que nos asfixia a medida que intentamos ingerirlo. Primero, hacemos todo lo posible por destruir la autoridad de los padres (debido a su presunto carácter abusivo), y luego deploramos sentimentalmente la escasez de “buenos hogares”, y acabamos por crear sustitutos que completen el trabajo de destrucción. Por este motivo, entre todo lo que hay de corrupto e insalubre, se alza ante nosotros el espectáculo de una serie de políticos racionalistas, beatos, que predicán una ideología de generosidad y servicio social a una población de la cual ellos y sus predecesores se han esforzado al máximo por destruir la única raíz eficaz de comportamiento moral; a la cual se opone, a su vez, otra serie de políticos que buscan nuestra conversión desde el racionalismo, inspirados en una nueva racionalización de nuestra tradición política. □

---

<sup>41</sup> Cuando Confucio visitó a Lao-Tse habló de la bondad y del deber. “La barba que se desprende de las aspas de la aventadora”, decía Lao-Tse, “puede nublar la visión hasta tal punto que no sabemos si estamos mirando hacia el Norte, el Sur, el Este o el Oeste; hacia el cielo o la tierra... Toda esta charla sobre la bondad y el deber, estos continuos alfilerazos amilanan e irritan al auditor; nada, en realidad, podría ser más destructivo para la tranquilidad interior”. *Chuang-Tsu*.

## CONFERENCIA

# LA CONSOLIDACIÓN DE LA DEMOCRACIA Y DEL DESARROLLO EN CHILE DESAFÍOS Y TAREAS\*

**Oswaldo Sunkel\*\***

El presente ensayo contiene las reflexiones centrales que suscita en el autor el proceso de reinstauración de la democracia en Chile en los ámbitos político, económico y social y, derivado de los anteriores, sobre el papel del Estado. En el plano político, a juicio del autor, si bien prevalecen los aspectos positivos y la transición puede considerarse consumada en gran medida, se advierten deficiencias que deben ser encaradas. Estas dicen relación, entre otras, con la

\* Discurso de incorporación como Miembro de Número de la Academia de Ciencias Sociales del Instituto de Chile, pronunciado el 6 de abril de 1992 en el Salón de Honor de la Universidad de Chile.

\*\* Ingeniero Comercial, Universidad de Chile. Realizó estudios de posgrado en la London School of Economics. En su vasta trayectoria académica ha sido profesor en la Universidad de Chile, Professorial Fellow en la Universidad de Sussex. Vinculado por largo tiempo a la CEPAL, ha sido director de la Oficina de CEPAL en Brasil, director del Programa de Investigaciones del Desarrollo de ILPES y Coordinador de la Unidad de Desarrollo y Medio Ambiente de CEPAL/PNUMA en Santiago. Actualmente se desempeña como Asesor Especial del Secretario Ejecutivo de CEPAL, director de *Pensamiento Iberoamericano: Revista de Economía Política* y presidente de la Corporación de Investigaciones para el Desarrollo (CINDE). Autor de numerosos artículos y varios libros, entre ellos cabe destacar *El subdesarrollo latinoamericano y la teoría del desarrollo*, en colaboración con Pedro Paz (México: Siglo XXI Editores, primera edición 1970); *La crisis de deuda y del desarrollo en América Latina: El fin de una ilusión*, en colaboración con Stephany Griffith-Jones (Oxford University Press y RIAL-Grupo Editor Latinoamericano, 1986) y *El desarrollo desde dentro: Un enfoque neoestructuralista para América Latina* (México, 1991).

mantención de procedimientos heredados de la institucionalidad del gobierno anterior y de las condiciones negociadas para facilitar la transición; el equilibrio de los poderes Ejecutivo y Legislativo en el actual régimen presidencial; las insuficiencias de los servicios judiciales; la participación y representación populares; la modernización de la administración pública. En materia económica, junto con destacar que durante el régimen militar se introdujeron las rectificaciones esenciales y que los principales cambios institucionales y en la orientación de las políticas ya se han realizado, se considera imprescindible impulsar nuevas iniciativas y esfuerzos para enfrentar los desafíos y problemas de mediano y largo plazo. En el ámbito social —en opinión del autor, sin duda, el más difícil— se subraya la necesidad de alcanzar "equilibrios macrosociales básicos", pues de lo contrario podrían ponerse en peligro los logros políticos y económicos de los últimos tiempos. Finalmente, se sostiene que la consolidación de los objetivos planteados precisa de la acción y la reforma del Estado en los planos político, económico y social, señalándose que para ello es necesario que la discusión de esta fundamental materia se vea despejada de la ideologización excesiva que la ha caracterizado.

**M**e siento muy honrado con la distinción que me ha conferido la Academia Chilena de Ciencias Sociales al elegirme uno de sus Miembros de Número.

Tan generosa acogida tiene para mí un doble sentido. Desde luego, por su significado intrínseco: que se me considere merecedor de integrar un selecto grupo de ciudadanos cuya obra intelectual, en esta esfera del conocimiento, se valora como una contribución a la cultura nacional. Representa, además, la inesperada concreción de un anhelo personal muy sentido: mi reincorporación a la vida académica del país.

Cuando a comienzos del decenio de 1950 cursaba los últimos años en esta Universidad, e iniciaba en ella mi carrera docente, tuve la fortuna y el privilegio de vincularme con la recién creada Comisión Económica para América Latina de las Naciones Unidas. La CEPAL, con la Facultad de Economía y el Instituto de Estudios Internacionales de la Universidad de Chile fueron las instituciones en cuyo seno inicié y luego desarrollé, durante las dos décadas siguientes, mis actividades de docencia e investigación.

Las personalidades excepcionales con quienes tuve la suerte de formarme y trabajar en ese período, y su compromiso pionero y visionario

con el desarrollo económico y social de Chile y de América Latina, me marcaron en forma indeleble. A quienes más debo, tanto en lo intelectual como en lo personal, es a Raúl Prebisch, a Jorge Ahumada y a Aníbal Pinto.

Durante la mayor parte de los años 70 trabajé en instituciones académicas norteamericanas y europeas, sobre todo en Inglaterra. Luego regresé a la CEPAL, volviendo al ámbito latinoamericano. Pero sólo ahora me reincorporo formalmente a las actividades académicas de mi país. Dado este distanciamiento de casi dos décadas, el gesto de la Academia, además de honrarme, compromete mi gratitud en forma muy especial.

Mi pasado estudiantil y docente me llevaron a solicitar a mi amigo, el Rector Jaime Lavados, que esta ceremonia de incorporación se realizara en mi antigua casa de estudios. Le agradezco su presencia y el privilegio de poder llevar a cabo este reencuentro académico con el país en el Salón de Honor de la Universidad de Chile. Gracias también a todos ustedes por acompañarme en esta ocasión tan especial.

Las referencias anteriores explican mi dedicación al estudio del subdesarrollo latinoamericano, en especial a su desgarradora injusticia social, y a las estrategias y políticas para su superación. Utilizo para ello el enfoque estructuralista de la Escuela Latinoamericana de pensamiento sobre el desarrollo, que se caracteriza por un método que es histórico, multidisciplinario y transnacional, en la tradición de la economía política clásica. Desde esta perspectiva he venido examinando múltiples aspectos y etapas del desarrollo de la región a lo largo de las últimas cuatro décadas.

La más reciente se ha caracterizado por una crisis económica y social muy severa y drásticas políticas de ajuste y reestructuración que generan serias tensiones políticas en nuestras democracias. Esto me ha llevado a concentrarme en el estudio de la problemática socioeconómica y política contemporánea y sus perspectivas, y en especial, en una revisión crítica del papel del Estado. Por ello he considerado oportuno en esta ocasión reflexionar sobre algunos de esos temas, que me parecen de especial relevancia en este momento de la transición a la democracia en Chile.

En contraste con otros países de la región que han pasado por procesos similares, a dos años de recuperarse las instituciones democráticas fundamentales predomina ampliamente en el país y entre los observadores internacionales la impresión de que la transición ha sido exitosa y que se encuentra en buenas condiciones para consolidarse en el futuro. Satisfechas las prioridades iniciales, las preocupaciones comienzan a desplazarse hacia planos más profundos, relacionados con el contenido socioeconómico, la naturaleza de la convivencia ciudadana y la institucionalidad política.

Crece entonces la conciencia de que la consolidación democrática en Chile presenta deficiencias y problemas propios de un proceso que recién está en sus comienzos y que tiene aún un largo trecho por recorrer.

En este período inicial se ha privilegiado la búsqueda de acuerdos para llevar a cabo las transformaciones que la mayoría de los chilenos consideraba indispensables y urgentes en una primera etapa. En virtud de ello se reconoció explícitamente la necesidad de aceptar ciertas restricciones y aun deformaciones del régimen democrático, que se establecieron como condiciones esenciales de la transición por poderosos sectores vinculados al régimen anterior, profundamente desconfiados de lo que pudiera significar para ellos y para el país la restauración democrática.

En estas circunstancias ha sido necesario que el nuevo Gobierno infundiera confianza en sectores claves de la economía y la política, tales como el empresariado nacional y extranjero, que ahora se constituye como un actor social predominante en la economía de mercado, y en el decisivo mundo de las finanzas internacionales, en los partidos de oposición y en las propias Fuerzas Armadas, recién desplazadas del Gobierno.

Ha tenido que alentar también la moderación, la comprensión y el apoyo de los sectores sociales y políticos mayoritarios de centro y de izquierda. Estos habían sido sistemáticamente ignorados o perseguidos durante largo tiempo, restringiéndose su acceso y participación en la convivencia cultural, social, económica y política del país, incluso por medio del exilio y la violación de los derechos humanos. Este fue especialmente el caso de los dirigentes y militantes de los partidos y movimientos de izquierda.

De esta manera, el espectro político del país, que antes del golpe militar extremaba las discrepancias y el conflicto, tiende ahora a converger hacia posiciones centristas. Las principales corrientes políticas se autodefinen como de centro-derecha o de centro-izquierda, y hay incluso quienes se califican de "centro-centro". Esto es consecuencia directa de nuestra convulsionada historia de las últimas dos décadas y media, pero también de los trascendentales cambios ocurridos en el contexto geopolítico, ideológico y económico internacional. Así, la disposición prevaleciente en las corrientes políticas y los actores sociales más significativos ha sido atenuar, moderar y reducir las controversias, a menudo evitando enfrentarlas y postergándolas para el futuro.

Esta situación relativamente confortable no debe ni puede ser motivo de pasividad y complacencia. Por el contrario, constituye la base para un ejercicio necesario e impostergable: levantar la vista de lo inmediato y de lo urgente para dirigirla al futuro de mediano y largo plazo. No quisiera

ser malentendido ni parecer injusto pues hay importantes iniciativas, en ese sentido, en variados ámbitos del quehacer nacional.

Sin embargo, tengo el arraigado convencimiento que se ha vuelto prioritario, como una gran tarea nacional, comenzar a preocuparse más explícita, sistemática y decididamente por la construcción de un Chile finisecular que entre al siglo XXI con una democracia institucionalmente normalizada, socialmente integrada y políticamente cohesionada; con una economía dinámica, flexible e innovadora, capaz de erradicar la pobreza y crear las condiciones para una mayor igualdad de oportunidades, generando a la vez nuevas capacidades para continuar conquistando posiciones en la economía mundial. Todo ello acompañado de una renovación cultural que logre conjugar las tendencias homogeneizantes internacionales con la variedad y el pluralismo, procurando construir una identidad nacional en base a los valores de una cultura auténticamente democrática, que combine lo propio y nuestro con lo universal, los valores humanos y espirituales con las exigencias concretas de la ciencia, la tecnología y la organización eficaz, y la tradición con la innovación y la modernidad.

En el limitado tiempo disponible, examinaré brevemente cuatro temas: uno de carácter político, otro económico, un tercero social y el último, derivado de los anteriores, sobre el papel del Estado. Considero esencial su esclarecimiento para que, adelantada la transición, se avance hacia la consolidación de la democracia y el desarrollo.

En el *plano político* el proceso ha sido complejo, predominando los aspectos positivos sobre algunas graves falencias. Pero, en definitiva, las autoridades de los Poderes Ejecutivo y Legislativo han sido elegidas en forma legítima, se han restablecido las libertades fundamentales de opinión, de reunión y de asociación, existen partidos políticos que desempeñan libremente sus funciones de apoyo u oposición al Gobierno, hay un Estado de Derecho que opera razonablemente, con la debida separación de los Poderes del Estado, y se han restablecido los derechos humanos y ciudadanos. Desde esta perspectiva, de los procedimientos y el modo de convivencia política inherentes a la democracia, podría incluso aceptarse que la transición se ha consumado en gran medida.

Pero es también evidente que algunos de estos procedimientos adolecen de serias deficiencias. Algunas de ellas son el producto de la institucionalidad heredada del Gobierno anterior y de las condiciones que se negociaron para facilitar la transición. Son bien conocidas. Para nuestros propósitos basta destacar que su efecto es crear situaciones de privilegio político, económico, institucional y judicial para quienes fueron actores sociales protagónicos del Gobierno militar.

En la medida en que la transición a la democracia progresa satisfactoriamente crece su aceptación entre los que desconfiaban de ella. Pero comienza a manifestarse la inquietud de otros sectores sociales que, satisfecho su anhelo de recuperar el régimen político democrático, aspiran a que se traduzca en mayores realizaciones en los planos económico, social, cultural y judicial. Así, la razón de ser de esas salvaguardias va desapareciendo para algunos, en tanto se agudiza en otros su percepción como anomalías cada vez menos justificables.

Ellas cumplieron un papel estabilizador en las fases iniciales de la transición. Pero comienzan a tener el efecto contrario porque introducen un sesgo sistemático en favor de las corrientes y actores políticos minoritarios que apoyaron al régimen militar, y porque suelen producir turbulencias internas e internacionales en las relaciones cívico-militares en circunstancias que no debieran provocar mayor intranquilidad si esas anomalías fueran despejadas. Constituyen así una persistente fuente de irritación, de frustración, de conflicto y de presiones para la normalización del régimen político y para reformar la Constitución y el Poder Judicial.

Hay otros problemas políticos, de naturaleza más genérica, que tienen que ver con el proceso permanente de perfeccionamiento de la democracia. Se trata, por ejemplo, de la posibilidad de reformar el régimen presidencial para darle mayor flexibilidad y mejorar el equilibrio entre los poderes Ejecutivo y Legislativo; de lograr una mayor participación y representación popular y de los diferentes agentes sociales al nivel nacional, de las regiones y del gobierno local; de una legislación más apropiada a las realidades y valores sociales en materias tales como la condición de la mujer y la juventud, así como respecto del aborto y el divorcio; de la necesidad urgente de revisar la legislación y la institucionalidad ambiental; de la modernización de la administración y gestión públicas en general, en particular en cuanto concierne a los sectores sociales. Entre ellos creo que requiere atención prioritaria la deplorable condición de los servicios judiciales, sobre todo su incapacidad congénita para atender las necesidades de los sectores populares.

Estos y otros temas similares se han venido haciendo presentes con creciente fuerza en el debate público y algunos han logrado ser incorporados en las agendas políticas y han sido, son o serán materia de legislación. De esta manera se van configurando las características institucionales más permanentes del Estado, en circunstancias que el sesgo político antes aludido significa objetivamente que el proceso parlamentario no tiene suficiente representatividad democrática. Ello podría tener una grave consecuencia:

que amplios sectores ciudadanos subrepresentados consideren que la institucionalidad emergente carece de legitimidad política.

A las limitaciones del Poder Legislativo, derivadas del peculiar sistema electoral y la institución de los senadores designados, se agregan las restricciones constitucionales y legales que cercenan importantes facultades del Poder Ejecutivo, especialmente en su relación con las Fuerzas Armadas. Aún más grave, en mi opinión, es el caso del Poder Judicial y, en especial, de la Corte Suprema de Justicia. Su reconocido anacronismo concita en la ciudadanía una actitud escéptica acerca de los atributos en que residen su autoridad, respetabilidad y eficacia. Esto debilita el Estado de Derecho, esencia de la democracia. Por ello pienso que si los Poderes del Estado mantienen las características señaladas se entorpecerá seriamente la consolidación de la democracia en la conciencia ciudadana.

La principal tarea política actual es superar esta situación anómala. Para ello es preciso persistir infatigablemente en las actitudes, disposiciones y procedimientos de diálogo y negociación que tanto éxito tuvieron en superar la crítica fase inicial de la transición. Es necesario, además, avanzar en su extensión y profundización social desde las élites políticas hacia el conjunto de los actores sociales y la ciudadanía en general. Hay que asumir en plenitud los valores de la cultura democrática y perfeccionar la representatividad y eficacia de las instituciones que regulan su funcionamiento. A los dirigentes sociales en general, y en especial a los partidos políticos, corresponde en esta tarea una responsabilidad histórica. Sobre todo cuando la controversia política se acentúa en vísperas de procesos electorarios o de debates sobre reformas de fondo.

En sus *aspectos económicos*, la transición chilena es aún más elogiada que en los políticos, pues el contraste con la mayoría de los países de la región es especialmente marcado. No cabe duda que durante el régimen militar se lograron rectificaciones fundamentales e impostergables en aspectos claves de la política económica. Pero quedan pendientes tareas muy decisivas. Sin desconocer las importantes iniciativas en marcha, me parece imprescindible llamar también la atención sobre la necesidad de acentuar y generalizar la preocupación y la reflexión por los problemas del mediano y largo plazo.

Chile es un país pequeño, alejado geográficamente de los grandes centros, pero cada vez más incorporado a los circuitos transnacionales de la cultura, el medio ambiente, la tecnología, la economía y la política. Este es un fenómeno inevitable e irreversible de la realidad contemporánea, que presenta ventajas e inconvenientes. Para minimizar las últimas y aprovechar las primeras, el país requiere realizar un esfuerzo mayúsculo con el

fin de responder al desafío irrenunciable de participar en una sociedad mundial que se globaliza aceleradamente. Como carecemos de una dimensión territorial o demográfica significativa, o de una localización geográfica estratégica, sólo podremos interactuar ventajosamente con el mundo sobre la base de la calidad, la creatividad, la eficacia, la seriedad y la competitividad en todas nuestras formas internacionales de expresión. Esto requiere un grado excepcional de cohesión, disciplina y cooperación social, lo que plantea exigencias sobre las que insistiré más adelante.

En materia de internacionalización no he podido resistir la tentación de mencionar una coincidencia que sólo percibí al escribir estas líneas, ya establecidos el lugar y la fecha de esta ceremonia. La única ocasión anterior en que tuve el honor de ocupar este estrado fue el 17 de noviembre de 1966, para dictar una de las conferencias inaugurales del Instituto de Estudios Internacionales, cuyos 25 años se celebraron hace poco en este mismo salón. Mi presentación se tituló "Política nacional de desarrollo y dependencia externa".<sup>1</sup> En ella señalaba que el ciclo expansivo de la industrialización por sustitución de importaciones se agotaba y se tornaba imprescindible un radical vuelco hacia una estrategia exportadora. De hecho, la sección correspondiente de mi trabajo se titulaba "Exportar o morir". Destacaba también el fenómeno emergente de la gran expansión de las corporaciones multinacionales y los peligros que entrañaban, así como las oportunidades que ofrecían. Para aprovechar las últimas en materia de transferencia de tecnología y de promoción de exportaciones proponía una fórmula de asociación que denominé "coproducción", lo que viene a ser la actual "joint-venture".

El éxito logrado en los últimos años por la economía chilena en los mercados internacionales se ha basado principalmente en el reconocimiento de la necesidad imprescindible de pasar de una estrategia de desarrollo hacia adentro a otra de inserción en una nueva realidad internacional, que ya se percibía claramente en esa época. Por otra parte, en establecer un marco apropiado de condiciones macroeconómicas, tener mayor confianza y ampliar el papel del mercado y los agentes económicos privados, y lograr un gran esfuerzo innovador empresarial. Llevar a cabo este impostergable cambio de orientación fue, a mi juicio, la función más importante que cumplió la política económica del Gobierno militar.

Es justo reconocer que se contaba para ello con un considerable acervo de potencial productivo heredado de las décadas anteriores en materia de recursos naturales evaluados, de infraestructura energética y de trans-

<sup>1</sup> *Estudios Internacionales*, Santiago de Chile, abril, 1967.

portes, de capacidad de producción industrial y silvoagropecuaria, de empresarios experimentados y de recursos humanos calificados. Se habían realizado además cambios estructurales e institucionales de mucha trascendencia que permitieron en definitiva su mejor aprovechamiento. En términos técnicos, existía un conjunto nuevo y más favorable de condiciones iniciales para el crecimiento.

Por otra parte, dicha reorientación económica significó también ingentes sacrificios sociales: un prolongado período de elevado desempleo y sustanciales reducciones de los salarios reales, junto a tasas de rentabilidad anormalmente elevadas, con el consiguiente deterioro en la distribución del ingreso y una fuerte concentración de la propiedad.

El aspecto más positivo de estas transformaciones fue un gran salto cualitativo y cuantitativo en la inserción internacional de la economía chilena. Pero tampoco en esta materia se puede ser complaciente. Nada garantiza que ese dinamismo sea perdurable, porque contiene tendencias contradictorias. Por un lado, un progresivo proceso de aprendizaje en la conquista de mercados externos y en el desarrollo de vinculaciones internacionales, que será preciso reforzar para que se convierta en acumulativo; por el otro, una probable desaceleración en la medida que se vayan agotando los impulsos derivados de los cambios en las condiciones iniciales. Después de una primera fase excepcional, muchos de éstos se encuentran, o pueden entrar, en la etapa de los rendimientos decrecientes.

Los principales cambios institucionales y en la orientación de las políticas económicas ya se realizaron. Las excepcionales tasas de rentabilidad tienden a nivelarse por la presión a la baja del tipo de cambio real y el aumento de la competencia interna y externa. Los salarios vuelven a elevarse con la disminución del desempleo abierto y la reorganización de la clase trabajadora. Los mercados externos más asequibles comienzan a saturarse y surgen nuevos competidores provenientes de países que han o están adoptando estrategias exportadoras similares. La capacidad instalada de infraestructura y producción llega a sus límites. Los recursos naturales renovables se resienten con la sobreexplotación y los no renovables tienden al agotamiento. El dinamismo empresarial y la capacidad innovadora, radicados sobre todo —aunque no en forma exclusiva— en la gran empresa, enfrentan el desafío de vincularse y extenderse a la mediana, pequeña e incluso a la microempresa.

Se requieren nuevas iniciativas y esfuerzos adicionales, tanto para contrarrestar estas restricciones como para apoyar las nuevas capacidades adquiridas. Porque no basta con el meritorio nivel alcanzado por las exportaciones, sino que es preciso mantener y aun incrementar su ritmo de

expansión. En un contexto dinámico, crecer como los demás significa quedarse en el mismo lugar; para ganar posiciones es preciso avanzar con mayor velocidad relativa. No es suficiente continuar por las vías ya establecidas, es necesario crear una dinámica de transformación estructural recurrente en materia de mercados, productos, procesos, organización, tecnología y recursos.

Esto significa moderar el consumo y aumentar el esfuerzo de inversión y ahorro; acentuar el proceso de innovación, incorporación, adaptación y aprovechamiento del conocimiento científico y tecnológico; penetrar nuevos mercados y profundizar los actuales; dinamizar y modernizar los sectores productivos internos y estratos empresariales rezagados mediante su vinculación con el sector exportador; incorporar el sector productivo informal a la modernidad; explotar en forma sustentable el potencial productivo de los recursos renovables mediante una gestión que preserve los ecosistemas de que depende su supervivencia, así como reemplazar los recursos no renovables que tiendan a agotarse, y transitar hacia la exportación de productos con mayor valor agregado y contenido tecnológico.

Un aspecto de particular importancia en las economías exportadoras exitosas han sido los cambios en la organización de las empresas, tanto al interior como entre ellas, así como en sus relaciones con el Estado y los trabajadores. Este último aspecto incluye la estabilidad, la dignificación y el perfeccionamiento profesional de los obreros y su participación y colaboración activa con un empresariado renovado en la gestión y el perfeccionamiento productivo, factores que elevan la productividad y contribuyen decisivamente a la flexibilidad, eficiencia, disciplina y cooperación.

En definitiva, se trata de impulsar un desarrollo exportador "industrializante", mediante políticas destinadas a aumentar la proporción de las exportaciones de mayor dinamismo en el comercio internacional, y a eslabonar otras ramas productivas y estratos empresariales internos a la expansión del sector exportador.<sup>2</sup>

Este conjunto de políticas de carácter estructural e institucional tienen actualmente especial importancia en virtud de que el margen de maniobra de las políticas económicas tradicionales es ahora, por razones internas e internacionales, sumamente estrecho.

En algunos de estos aspectos existen y se proponen iniciativas importantes, tanto privadas como públicas. Pero preocupa la falta de una

<sup>2</sup> Osvaldo Sunkel (ed.), *El desarrollo desde dentro; un enfoque neoestructuralista para la América Latina* (México: Fondo de Cultura Económica, Serie Lecturas, 1991).

conciencia nacional generalizada sobre la necesidad de un renovado esfuerzo colectivo de suficiente envergadura, persistencia y coherencia. Este debiera involucrar a los diferentes actores económicos y sociales en un proceso informado y sistemático de exploración prospectiva, de indagación sobre escenarios posibles y probables, de reflexión compartida sobre orientaciones matrices y acciones prioritarias con miras al mediano y el largo plazo. Se trata de concentrar los recursos limitados para encontrar y aprovechar en forma óptima los potenciales productivos y las oportunidades de un entorno internacional muy competitivo y difícil. También de comprender que no es posible responder a todas las demandas sociales en forma satisfactoria, simultánea e inmediata, por lo que es inescapable definir prioridades y buscar compensaciones intertemporales concretas entre lo que es factible en el presente y lo que sólo se podrá obtener gradualmente. Esto exige elaborar escenarios de futuro en que los diferentes sectores de la sociedad chilena, en especial los más desfavorecidos, reconozcan un lugar por el que valga la pena esforzarse.

Hemos aprendido que el mercado constituye un sistema de señales insustituible para ordenar el tráfico económico. Pero también que es insuficiente para resolver este tipo de cuestiones, que requieren grandes decisiones estratégicas. Estas debieran elaborarse colectivamente en una instancia de planificación anticipativa y articuladora, que estimule y concite la generación de propuestas e iniciativas complementarias a las que surjan del mercado. Ninguna organización, institución o empresa moderna carece de esa función y su correspondiente institucionalidad. Chile inventó en el pasado una institución de planificación ejemplar para cumplir una función que tuvo importancia histórica: la Corporación de Fomento de la Producción. Tendrá que inventar una nueva institucionalidad de acuerdo a las realidades y necesidades del presente y las que se anticipan para el futuro. También aquí, desde sus propias perspectivas, los actores sociales y el Estado, junto a los partidos políticos, tienen una contribución fundamental que hacer.

Paso ahora a la *cuestión social* que es, sin duda, la más difícil. El imprescindible esfuerzo de inserción internacional en que está empeñado el país no podrá ser exitoso ni sostenible si no es acompañado de un cambio profundo en las formas de organización y cooperación internas. Se ha prestado poca atención al hecho de que la dinámica de la integración transnacional genera con frecuencia condiciones de segregación social interna.<sup>3</sup> Esto se aprecia en los diferentes sectores de la actividad económica

<sup>3</sup> Osvaldo Sunkel, "Integración transnacional y desintegración nacional", *Estudios Internacionales*, Santiago de Chile, enero-marzo 1971.

en donde se establecen nuevas empresas y se reestructuran las de mayor capacidad innovadora para competir en los mercados internacionales y en el interno. Ello significa nuevos empleos bien remunerados de alta productividad para algunos, pero también el desempleo de los trabajadores desplazados de las empresas reestructuradas y de las que no resisten la competencia.

Se producen así tendencias divergentes entre los que ingresan al segmento moderno de elevada productividad en proceso de internacionalización y los que descienden al mundo del empleo en actividades de baja productividad, al subempleo o el empleo por cuenta propia, engrosando la economía informal y la pobreza. Por desgracia, entregados al juego espontáneo del mercado, los primeros tienden a ser menos que los segundos, dados el crecimiento de la población y la fuerza de trabajo, las severas exigencias de reestructuración derivadas de las políticas de liberalización, privatización y competencia internacional, la masiva incorporación de tecnología intensiva en capital, el insuficiente esfuerzo de inversión y la falta de calificaciones, educación y hábitos laborales de gran parte de la población activa.

De este modo se configura una nueva situación de heterogeneidad estructural con características diferentes a las del pasado. Discrimina en contra de las personas de mayor edad, los numerosos contingentes de jóvenes sin experiencia laboral, y las mujeres, sobre todo si son jefes de hogar y carecen de conocimientos adecuados. Favorece, en cambio, a los adultos urbanos con mejores calificaciones y conocimientos, mayor espíritu de iniciativa y capacidad de acceder a los mercados segmentados de trabajo.

Tenemos así, en diferentes sectores productivos, en las regiones, en las áreas urbanas y rurales y en los distintos estratos sociales, en proporciones muy desiguales, la coexistencia de modernidad y atraso en las actividades productivas, de riqueza y pobreza en los niveles de ingreso, y de agudos contrastes ambientales, que determinan tremendas diferencias de calidad de vida. Esta segmentación se caracteriza por diferencias culturales, institucionales, políticas y demográficas que tienden a su respectiva autorreproducción. De modo que las nuevas generaciones que viven en la pobreza tienen escasas posibilidades de superarla. El crecimiento económico, sin duda condición indispensable para enfrentar esta situación, no constituye, por sí mismo, la solución. En ausencia de cambios institucionales y eficaces políticas económicas y sociales, puede incluso acentuar las desigualdades y contribuir a la discriminación y el conflicto social, a los comportamientos delictivos, al enfrentamiento político y, en general, a la

insatisfacción, la inestabilidad y la violencia social. En definitiva, a amenazar lo que se ha logrado en los últimos años: una incipiente democracia, algunos consensos fundamentales y el indispensable crecimiento económico.

Sabemos que se han hecho y se están haciendo esfuerzos sustanciales en esta materia. Entre ellos merece recalcar el cambio de acento desde medidas básicamente asistenciales a políticas productivas, destinadas a crear las condiciones para la superación permanente de la marginalidad. Pero la tarea es de una envergadura abrumadora. No sólo se trata de los enormes déficit acumulados: la "vieja pobreza" heredada del modelo económico anterior, y la "nueva pobreza" generada por el cambio de modelo, la crisis, el ajuste y la reestructuración. Además, es preciso quebrar y revertir los mecanismos reproductores de la desigualdad que derivan de las condiciones diferenciales de acceso, calidad, eficacia y permanencia, tanto en las infraestructuras y los servicios asistenciales como en los que apoyan las actividades productivas.

Se requieren nuevas modalidades institucionales públicas y privadas. En especial esfuerzos imaginativos adicionales del sector privado en el campo de las relaciones laborales y de cooperación intra y entre empresas, que se han convertido en uno de los factores cruciales de superioridad y éxito empresarial. También un cambio de prioridades y mayor eficacia en el gasto y la gestión públicos, así como transferencias adicionales de activos y de ingresos entre sectores productivos, regiones y estratos sociales mediante una progresividad eficaz en los ingresos y en los gastos públicos.

Aparte de sus fundamentos éticos, la eliminación de la pobreza, la atenuación de las desigualdades, la búsqueda de la equidad y la apertura de un horizonte atractivo de oportunidades constituyen requisitos imperiosos para la consolidación de la democracia y el afianzamiento de una economía dinámica y moderna.

Permítaseme recalcar la necesidad de una preocupación preferente por la juventud, que constituye una gran proporción de la población. Es la más afectada por el desempleo y el desaliento, la que está más expuesta a todo tipo de riesgos y la que mayor necesidad tiene de oportunidades y, sobre todo, de aliento, comprensión y esperanza.

Pienso que la envergadura de la tarea social requiere de un profundo cambio conceptual e institucional. Adviértase, por ejemplo, que la política económica tiene objetivos prioritarios bien precisos de crecimiento, equilibrio macroeconómico y estabilidad de precios. Para ello existe una institucionalidad conformada por el Ministerio de Hacienda, el Banco Central, la Dirección de Presupuestos y otros organismos, y los correspon-

dientes procedimientos de control de actividades, programas y proyectos, de evaluación de resultados y de monitoreo de una información estadística amplia y oportuna. Hay incluso instituciones internacionales, públicas y privadas, que controlan, complementan y refuerzan las internas.

En materia social, que debiera ser en realidad el objetivo último de la política económica, se requiere algo equivalente. Así como todos aceptan la necesidad de tener equilibrios macroeconómicos básicos, es preciso lograr también "equilibrios macrosociales básicos". Esta noción está implícita en la acción política de más alto nivel y debiera reflejarse en una organización institucional que les diera la mayor eficacia y coherencia a las tareas del Gobierno en estas materias. No obstante los loables esfuerzos y logros para coordinarlas, las políticas y la acción social están de hecho organizadas sectorialmente, a través de múltiples programas en diversos ministerios. Además, son afectadas indirecta y la mayoría de las veces implícitamente, por la vía de las políticas económicas. Esta debilidad institucional resulta de haberse supuesto históricamente que el crecimiento y la estabilidad económicos derivarían inevitablemente en el mejoramiento social. Como ese supuesto no se cumplió en la práctica, se fueron ampliando con el tiempo los servicios sociales dando por resultado un conjunto de políticas sectoriales, complementadas con programas y proyectos especiales. En períodos más recientes, incluso mediante la privatización de parte de estos servicios para atender los grupos de mayores ingresos.

Es imprescindible establecer una institucionalidad de suficiente nivel político y capacidad operacional para integrar eficazmente las políticas sociales entre sí y con la política económica. Ello presupone una teorización y conceptualización que precise objetivos prioritarios, identifique y especifique sus contenidos y determinantes, y permita la formulación de las políticas correspondientes, incluyendo los sistemas de información, de gestión, de monitoreo y de evaluación. Se trata, a mi juicio, de una tarea indispensable para avanzar más decisivamente en la eliminación de la pobreza, la atenuación de las desigualdades e injusticias sociales y la apertura de un horizonte de oportunidades atractivo sobre todo para la juventud, sin lo cual difícilmente se lograrán la estabilidad y la cooperación social necesarias para consolidar la democracia y el desarrollo.

Y esto me lleva a la necesidad de reconsiderar crítica y desapasionadamente *el papel del Estado*. En primer lugar, como espero haberlo demostrado, la acción y la reforma del Estado en los planos político, económico y social son imprescindibles si han de consolidarse conjuntamente aquellos objetivos. En segundo lugar, al Estado le corresponde ser en buena parte la expresión institucional orgánica de la interrelación entre

dichos planos. Si estas condiciones se refuerzan mutuamente se potenciaría sinérgicamente la posibilidad de consolidación del desarrollo y la democracia. Si se falla en alguna de esas tareas se puede tener crecimiento sin democracia o democracia sin crecimiento, o incluso, en el peor de los casos, ni democracia ni crecimiento. En tercer lugar, es indispensable despejar la desmesurada ideologización que prevalece actualmente en esta materia, con el fin de poder debatir racionalmente las orientaciones generales que debiera tomar su reorganización en el futuro.

Para ello también es conveniente levantar la vista de los problemas y tareas del presente y examinar el cambiante papel del Estado desde una perspectiva histórica.<sup>4</sup>

Después de la Gran Depresión mundial de inicios de los años 30, el Estado pasó a jugar un papel protagónico en el desarrollo y transformación estructural de la economía y sociedad chilenas. Asumió nuevas funciones de intervención en los mercados de bienes y servicios, para reorientar la economía hacia la industrialización y la modernización; de financiamiento de proyectos y programas de inversión de largo plazo, para suplir la inexistencia de un mercado financiero que apoyara el desarrollo de la actividad privada en la industria y otros sectores; de redistribución de ingresos, creando y ampliando la infraestructura y los servicios sociales públicos de salud, educación y cultura, vivienda y urbanismo, seguridad y previsión social; de inversión estatal en infraestructura con el fin de integrar físicamente el mercado interno mediante la modernización y ampliación de los servicios nacionales de transportes, comunicaciones y energía; de creación de empresas públicas en industrias que no interesaban o no estaban al alcance de la iniciativa privada; de generación de oportunidades de empleo en las actividades señaladas, lo que contribuyó a la formación de recursos humanos calificados, de un importante sector asalariado organizado y de una amplia clase media de empresarios, empleados, técnicos y profesionales.

En esto Chile no hacía más que seguir tendencias mundiales. Después de la edad de oro del *laissez-faire* decimonónico sobrevino una profunda crisis del capitalismo que se prolongó desde la primera hasta la segunda guerra mundial, pasando por la turbulenta década de los años 20 y la Gran Depresión de los 30. Durante su vigencia tuvieron lugar grandes

<sup>4</sup> Osvaldo Sunkel, "Auge, crisis y renovación del Estado: una perspectiva de largo plazo", en Matías Tagle (ed.). *Los desafíos del Estado en los años 90* (Foro 90-CPU, 1991).

cambios económicos, sociales y políticos que buscaban enfrentar y revertir dicha crisis y sus consecuencias.

La primera fue la Revolución Socialista. Como es bien sabido, en la transformación económica de la Unión Soviética, y de los países en que se impuso su modelo, el Estado asumió el control total de la economía y mediante una planificación centralizada realizó profundas transformaciones estructurales e impuso procesos de crecimiento económico y mejoramiento social a marcha forzada.

Dentro del área capitalista también se recurrió a la acción del Estado para enfrentar sus dificultades. Es el caso de los regímenes corporativos fascistas que se establecieron en gran parte de Europa en los años 20 y 30. En los países escandinavos y anglosajones emergieron el Welfare State y el New Deal, que significaron una intervención sin precedentes del Estado en la economía para superar la crisis, redistribuir el ingreso y remediar la inestabilidad cíclica del capitalismo. En los países subdesarrollados de América Latina, África y Asia surgió el Estado desarrollista, para llevar a cabo transformaciones modernizadoras en estas atrasadas sociedades periféricas.

En contraste con la leyenda negra que se ha tejido en años recientes sobre este período, la evidencia empírica demuestra irrefutablemente que aquellas políticas fueron muy exitosas durante varias décadas. Desde fines de los años 40 hasta los 70 se registraron tasas de crecimiento económico y de mejoramiento del bienestar material sin precedentes históricos en la mayoría de los países capitalistas, tanto desarrollados como subdesarrollados. Aunque parezca paradójal, a la luz de su descalabro actual, fue también el caso de la mayoría de los países socialistas.

No obstante, junto a una necesaria revalorización del rol del Estado en ese período, se requiere igualmente su revisión crítica, puesto que dicho ciclo histórico entró en decadencia y llegó a su fin en el decenio de los años 70. En efecto, con el cúmulo de nuevas funciones que el Estado fue asumiendo se generaron tendencias contradictorias que se fueron agudizando con el tiempo.

En lo económico, una intervención cada vez mayor y menos justificada en los mercados, entorpeciendo y desvirtuando su indispensable función complementaria en la asignación de los recursos productivos, con crecientes efectos negativos sobre su utilización más adecuada, la eficiencia, la competitividad y el crecimiento. En lo financiero, una sed insaciable de captación de recursos frente a crecientes dificultades tributarias, acentuando presiones inflacionarias, demandas salariales y reducciones en

los márgenes de rentabilidad, con el consiguiente desaliento del sector privado. En lo institucional, una excesiva burocratización, interferencia y control administrativos en la vida económica y social, que generaron cada vez mayores rigideces y arbitrariedades, cuestionando la legitimidad política del Estado. En lo socioeconómico, una agudización del conflicto entre el abrumador aparato estatal y el fortalecimiento de las aspiraciones de mayor participación, de la descentralización, y de la libertad individual y de las organizaciones ciudadanas. En las relaciones internacionales, la acentuación del desajuste entre los procesos de transnacionalización de la economía, las finanzas, la sociedad y la cultura frente a los esfuerzos del Estado nacional por restringirlos, acotarlos y controlarlos. Estas y otras contradicciones terminaron por entorpecer la fase expansiva del intervencionismo estatal y dieron lugar a su crisis terminal.

Las contradicciones antes mencionadas estimularon algunas importantes reorientaciones de signo liberalizante y racionalizador durante la década de 1960. Pero con el advenimiento del Gobierno de la Unidad Popular las funciones del Estado se ampliaron desmesuradamente, incluyendo la sustitución del mercado mediante el control generalizado de precios y la estatización de la banca y de gran parte del aparato productivo, generándose un caos económico-financiero que resultó social y políticamente insostenible.

El Gobierno militar adoptó un programa radicalmente opuesto, caracterizado por un apoyo irrestricto e indiscriminado al mecanismo del mercado y a la empresa privada, mediante la liberalización, la desregulación, la apertura externa, la privatización de empresas y servicios públicos y la reducción del tamaño y las funciones del Estado. No sólo revirtió así las políticas del Gobierno socialista sino que desmanteló y reemplazó incluso las formas más moderadas de intervencionismo estatal de los decenios previos.

Este conjunto de políticas se llevó a cabo con un sesgo fuertemente regresivo, cargando todo el peso del drástico proceso de ajuste y reestructuración sobre las clases populares y los sectores medios. Se aumentaron considerablemente el desempleo, el subempleo y los sectores informales; se redujeron sus ingresos y salarios; se incrementó su carga tributaria; se restringieron, deterioraron y encarecieron los servicios públicos de educación, salud, vivienda y previsión social. Todo esto en agudo contraste con los sustanciales beneficios que recibieron los sectores minoritarios que disfrutaban de condiciones privilegiadas para acceder, participar y beneficiarse de los procesos de privatización, desregulación y apertura.

En definitiva, la eclosión de la crisis estructural del Estado en la última década tiene a mi parecer tres raíces principales. La primera, la más genérica y profunda, es la tendencia de largo plazo de auge y decadencia del ciclo estatista, que comenzó en los años interbélicos y finalizó en la década de 1970. La segunda fue el generalizado y fallido intento de estatización y socialización impulsado por el Gobierno de la Unidad Popular entre 1970 y 1973. La tercera se origina en las drásticas políticas neoliberales implementadas desde 1975 y reforzadas posteriormente con motivo de la crisis de la deuda y las políticas de ajuste y reestructuración.

Los agudos movimientos pendulares que ha experimentado el papel del Estado en Chile en su historia reciente ha tenido efectos heterogéneos y complejos sobre sus características estructurales, institucionales y de funcionamiento. No se dispone todavía de un diagnóstico realista, equilibrado y detallado de la verdadera naturaleza del aparato estatal que hemos heredado. Entre tanto, enfrentamos nuevas condiciones históricas y se presentan problemas y retos inéditos para el desarrollo nacional y para su eficaz interacción con el contexto mundial, entre ellos los que he señalado en las secciones anteriores. Ello me lleva finalmente a plantear la necesidad urgente de enfrentar en toda su amplitud y envergadura el tema de la Reforma del Estado.

Es preciso abrir un debate amplio, pluralista y bien informado sobre la naturaleza y características que debiera adquirir en el futuro para superar sus actuales deficiencias y responder en forma adecuada, entre otros, a los nuevos objetivos, realidades, desafíos y tareas que he destacado en esta presentación. Será preciso hacer un máximo esfuerzo colectivo para confrontar los intereses de los grupos de presión con el bien social común, para identificar y superar hasta donde sea posible los sesgos ideológicos que caracterizan a las diferentes escuelas de pensamiento sobre la materia y para apelar al mayor realismo posible, apoyándonos sobre todo en el examen crítico y desapasionado de nuestra propia experiencia así como en la de otros países. Contamos para ello, no obstante sus desvíos, vaivenes y detractores actuales, con una respetable y fructífera tradición de servicio público y de un "Estado en forma", como lo calificó tempranamente Alberto Edwards. La trayectoria del Estado en toda nuestra historia republicana merece un profundo respeto, que puede y debe recuperarse. De hecho, aun cuando haya perdido importantes funciones, representa, sin duda, si se me perdona una expresión "economicista", una de las más importantes ventajas comparativas de nuestro país.

La problemática del Estado, junto a las que he planteado en los planos político, económico y social, constituyen en mi opinión los princi-

pales desafíos, y su resolución las tareas más cruciales, para que la exitosa transición que hemos experimentado hasta ahora se convierta efectivamente, como casi todos deseamos, en un proceso de consolidación de la democracia y del desarrollo en Chile.□

## ESTUDIO

# **POLÍTICA CAMBIARÍA Y ESTABILIDADECONÓMICA**

## LA ALTERNATIVA DE LAS ZONAS DE INTERVENCIÓN\*

**Francisco Rosende\*\***

El objetivo del presente estudio es examinar la forma en que el establecimiento de un sistema de bandas de flotación del tipo de cambio podría contribuir a la armonización de los objetivos de estabilidad de precios y del tipo de cambio real. La conciliación de ambos objetivos es una tarea compleja para las autoridades de economías cuyas tasas de ahorro son demasiado bajas como para evitar que se produzca un ingreso masivo de capitales.

La existencia de tasas de interés internas más elevadas que las pre-valetientes en el resto del mundo promoverá, en general, un proceso de entrada de capitales que puede complicar seriamente el logro de los objetivos antes mencionados. Sin embargo, la naturaleza de los capitales que ingresen a la economía dependerá directamente del grado de certidumbre asociado a esta operación de arbitraje. Así, la percepción de que no se producirán incrementos del tipo de cambio real en un futuro próximo acentuará el atractivo del ingreso de capi-

\* Agradezco los valiosos comentarios de Juan Andrés Fontaine, Fernando Ossa, Patricio Rojas y Rodrigo Vergara, así como aquéllos recibidos en los seminarios de macroeconomía del Centro de Estudios Públicos y del Banco Central. Los errores que pudiesen existir son de mi responsabilidad.

Una versión preliminar de este trabajo fue publicada en el *Documento de Trabajo*\*\* 177 del Centro de Estudios Públicos.

Ingeniero Comercial, Universidad de Chile, Master en Economía, Universidad de Chicago. Profesor del Instituto de Economía de la Pontificia Universidad Católica de Chile. Investigador del Centro de Estudios Públicos.

tales de corto plazo. En tanto se incremente la varianza estimada de los movimientos del tipo de cambio, este incentivo decrecerá fuertemente.

Dado que el establecimiento de un sistema de flotación cambiaria puede ocasionar importantes costos reales, especialmente derivados de la incertidumbre que se promueve en torno al curso futuro del tipo de cambio real, parece apropiado que existan ciertas señales entregadas por las autoridades respecto de lo que se estima como el tipo de cambio real de mediano plazo. Para economías altamente dependientes de lo que ocurra con sus términos de intercambio, esta regla debe visualizarse como un compromiso de política de sus autoridades en orden a estimular un mayor ahorro en los ciclos expansivos.

Por otra parte, la existencia de un grado no despreciable de flotación del tipo de cambio otorgará una mayor independencia a la política monetaria para conquistar un cuadro de estabilidad de precios. Más aún, la existencia de un esquema de flotación restringida de los tipos de cambio puede visualizarse como un mecanismo de transición hacia un arreglo cambiario más "puro", como podría ser la fijación del tipo de cambio nominal. En el caso de las economías de la CEE, el sistema de bandas cambiarias ha jugado precisamente el rol de facilitar la armonización de los diferentes objetivos macroeconómicos de las autoridades, en la transición hacia un esquema de tipo de cambio fijo.

Aun cuando son diversos los elementos a considerar en el buen funcionamiento de este tipo de mecanismos, es importante subrayar la importancia de dos de ellos: la necesidad de un "ancla" para la política monetaria, que evite que se utilicen discrecionalmente los grados de libertad con que cuenta el Banco Central en este esquema y la importancia de que las intervenciones del instituto emisor en el mercado cambiario sean estabilizadoras, lo que debe reflejarse en una positiva evolución de los resultados operacionales de éste.

## 1. INTRODUCCIÓN

Desde el colapso del sistema de Bretton Woods la discusión relativa a los costos y beneficios asociados a los sistemas monetarios alternativos ha ocupado un lugar preponderante dentro de la agenda de los economistas. Así, luego de un período inicial de satisfacción y confianza con el funcionamiento de los sistemas de flotación cambiaria en las economías industrializadas, éstos han sido progresivamente sustituidos por esquemas

conducentes a atenuar el grado de variabilidad de los tipos de cambio. Más aún, la percepción de los académicos respecto del grado de eficiencia de los mercados cambiarios y del comportamiento descrito por los tipos de cambio ha sufrido importantes modificaciones durante la última década.

En el caso de numerosas economías en desarrollo, como lo es la chilena, el movimiento ha sido en la dirección opuesta durante este período, aun cuando ésta no ha estado exenta de agudos cambios. En efecto, luego que las traumáticas experiencias inflacionarias de comienzos de los setenta promovieron la adopción de esquemas de tipo de cambio nominal fijo, como herramienta para cautelar la estabilidad de la moneda. Sin embargo, la posterior irrupción de "la crisis de la deuda externa", con los consiguientes efectos depresivos que ello involucró sobre la actividad, consumo y empleo en estos países, dio origen a un fuerte cuestionamiento de la estrategia de fijación cambiaria seguida hasta entonces por las economías que resultaron más afectadas por ésta. Como resultado de los problemas de balanza de pagos que ocasionó el cambio adverso en la coyuntura externa ocurrido a comienzos de la década pasada, las autoridades económicas chilenas adoptaron una "política de tipo de cambio real" a partir de 1983, evidenciándose a través de esta política la priorización del objetivo de balanza de pagos por sobre el de estabilidad de precios.

La superación de las dificultades inherentes al problema de la deuda externa y la consecuente reinsertión de la economía chilena en los mercados financieros internacionales han dado nuevamente origen a un debate en torno a la compatibilidad de las estrategias cambiarias alternativas con el logro de los diferentes objetivos de la política económica. En particular, la economía chilena se ha visto expuesta durante los últimos años a una pérdida de autonomía de la política monetaria como resultado de la mayor integración a los mercados financieros externos, en un esquema de fijación de tipo de cambio nominal. De manera especial, las autoridades han debido hacer frente, de un modo creciente, al dilema entre la mantención de una regla cambiaria del tipo *crawling peg* y el logro de bajas tasas de inflación.

El propósito de este estudio es el de examinar la forma en que un sistema de flotación restringida de los tipos de cambio puede cooperar al logro de los objetivos de estabilidad de precios y fortaleza en las cuentas externas. La armonización de ambos objetivos ha constituido un problema complejo de resolver para numerosas economías que han dado pasos hacia una mayor integración al resto del mundo, en un contexto en el que existe escasez relativa de ahorro doméstico.

En particular, en este documento se analizan las propiedades básicas del esquema conocido como de *target zones* o "zonas cambiarias objetivo", el que ha despertado un importante interés en la profesión luego de su uso en varios países en los últimos años. Con este propósito, en las secciones iniciales del presente documento se procede a una revisión de la literatura reciente de determinación del tipo de cambio nominal, poniéndose especial énfasis en el grado de neutralidad del tipo de arreglo mediante el cual se determina el tipo de cambio nominal respecto del comportamiento del tipo de cambio real. Luego se analiza la forma en que un sistema de fijación del nivel o trayectoria del tipo de cambio nominal puede influir sobre los movimientos de capitales y la armonización de los diferentes objetivos de política económica. Finalmente, se describe el rol que le cabe a la flotación cambiaria —aun cuando ésta sea restringida como ocurre en un esquema de "zonas objetivo"— en la contención de los movimientos de capital de corto plazo y a través de ello en la defensa del tipo de cambio real.

## 2. TIPO DE CAMBIO REAL Y ASIGNACIÓN DE RECURSOS

El tipo de cambio real se define habitualmente como el precio relativo entre los bienes transables y no transables. El nivel y trayectoria de este precio relativo tienen enorme importancia en la asignación de recursos que observe una cierta economía. En particular, el nivel de esta variable tiene una apreciable influencia sobre la trayectoria que registren las cuentas externas, las remuneraciones reales y el endeudamiento externo, entre otras variables macroeconómicas.

La importancia que tiene el tipo de cambio real sobre el desempeño macroeconómico de un país sugiere que el mayor o menor impacto que provoquen sobre la marcha de la economía perturbaciones externas como, por ejemplo, variaciones en el nivel de los términos de intercambio o de las tasas de interés externas dependerá, en buena medida, de la evolución observada por el tipo de cambio real en el período previo a la aparición del *shock* exógeno adverso sobre el ingreso nacional. Así, por ejemplo, cuando el tipo de cambio real ha observado una trayectoria declinante en respuesta a una importante entrada de capitales desde el exterior, tiende a complicarse la capacidad de hacer frente a *shocks* externos adversos.

En este caso el aumento del déficit de la cuenta corriente de la balanza de pagos y, a través de ello, del *stock* de deuda externa que se

produce en el período previo a la aparición del *shock* sobre el ingreso nacional, tiende a acrecentar los efectos negativos del mismo. Ello, en la medida en que la magnitud del esfuerzo de ajuste requerido para mantener el equilibrio en las cuentas externas y el cumplimiento de los compromisos contraídos, es mayor en presencia de un *shock* exógeno adverso sobre el ingreso nacional. Este tipo de dificultades puede apreciarse con más claridad si se considera el caso en que el *shock* externo adverso toma la forma de un aumento de las tasas de interés internacionales, o bien que tuvo lugar un comovimiento con signo inverso de los términos de intercambio y las tasas de interés internacionales.

El establecimiento de mecanismos conducentes a estabilizar el comportamiento del tipo de cambio real puede constituir una estrategia adecuada para una economía frecuentemente expuesta a perturbaciones exógenas sobre su capacidad de gasto, especialmente cuando se comprueba la existencia de distorsiones que impiden que el sector privado desarrolle mecanismos de seguro eficientes frente a dichas perturbaciones.<sup>1</sup>

Alternativamente, una justificación para la puesta en marcha de políticas conducentes a estabilizar el tipo de cambio real es la existencia de una estrecha asociación entre las perturbaciones externas que enfrenta la economía y la evolución de los ingresos fiscales. Un ejemplo al respecto lo constituye la propia economía chilena, en la que el Fisco es el principal propietario de la gran minería del cobre, lo que lleva a que variaciones en el precio internacional de este producto repercutan directamente sobre la capacidad de gasto del sector mencionado. En este caso, la implementación de una política de tipo de cambio real actúa como una restricción sobre el manejo de las finanzas públicas, especialmente en los períodos de bonanza del precio del cobre. Ello, por cuanto la mantención de un tipo de cambio elevado en estas condiciones exige canalizar al ahorro una fracción significativa de los ingresos que obtenga el Fisco en períodos de bonanza del precio del cobre.<sup>2</sup>

<sup>1</sup> Un tipo de distorsión frecuentemente observado en las economías en desarrollo es la existencia de un sistema político que no garantiza de un modo estable los derechos de propiedad o las reglas básicas de política económica. De este modo, los agentes económicos tienen incentivos para gastar recursos en los períodos de crisis con el propósito de eludir los costos de la misma.

<sup>2</sup> En este sentido la creación de un mecanismo como el Fondo de Compensación del Cobre es una política coherente con la mantención de un tipo de

Dado el carácter "real" que tiene el concepto de tipo de cambio al que nos hemos referido, los determinantes del mismo deben buscarse en el sector real de la economía.<sup>3</sup> Específicamente, en atención a que éste relaciona el precio de los bienes transables con el de los no transables, el nivel de "equilibrio" de esta variable debe definirse como aquel que concilia las condiciones de oferta y demanda prevalecientes en ambos sectores. A nivel agregado, lo anterior implica que el nivel del tipo de cambio real dependerá de la relación que se observe entre el gasto global y el producto geográfico. Ello dada una cierta estructura de demanda, la que suele considerarse estable, lo que se traduce habitualmente en el uso de una función de utilidad homotética para el agente representativo. A pesar de ello, el patrón de gasto agregado puede modificarse en la medida en que tengan lugar transferencias de ingresos entre el sector privado y el gobierno. Luego, el nivel de equilibrio del tipo de cambio real se verá modificado en tanto ocurran variaciones en los impuestos sobre el consumo o producción de estos bienes,<sup>4</sup> como, por ejemplo, los ocasionados por variaciones en la tasa media de aranceles.

La implementación de una "política de tipo de cambio real" involucra un compromiso de las autoridades en orden a promover un comportamiento del gasto interno coherente con este objetivo. Así, en aquellos períodos en los que la economía se beneficia de cambios positivos —pero transitorios— en el ingreso nacional, las autoridades deberán promover una canalización al ahorro de una fracción sustantiva de éstos. En caso contrario, el incremento de la relación gasto/producto generará una presión al alza en el precio relativo de los bienes no transables —cuya oferta se encuentra limitada en el corto plazo por la disponibilidad de recursos productivos—, lo que equivale a una tendencia a la baja del tipo de cambio real. Naturalmente, la relevancia de las políticas de tipo de cambio real que adopten las autoridades dependerá fuertemente del tamaño relativo del gobierno en la economía, como también de la magnitud y extensión de las regulaciones que existan sobre el funcionamiento de los mercados internos. De este modo, en economías en las que tanto el tamaño del gobierno como la extensión de las regulaciones impuestas por éste son reducidas, la conduc-

cambio real elevado en los períodos en que se producen incrementos en el precio del cobre respecto de lo que se estima como su tendencia de largo plazo.

<sup>3</sup> Al respecto, véase, por ejemplo, Dornbusch (1982) y (1986 Cap. 6).

<sup>4</sup> En el largo plazo, la existencia de una tasa diferente de progreso tecnológico en la producción de estos bienes constituye una fuente de variaciones en el nivel de equilibrio del tipo de cambio real. Al respecto, véase Balassa (1964).

ta del tipo de cambio real dependerá esencialmente de los programas de gasto y esquemas de seguro que desarrolle el sector privado.

No obstante el carácter esencialmente "real" de los determinantes del mencionado precio relativo, es importante interrogarse acerca de la incidencia que tiene sobre la trayectoria del mismo el régimen cambiario prevaeciente. En otras palabras, para una política económica que tiene dentro de sus objetivos la estabilización del tipo de cambio real es importante establecer la forma en que el sistema de determinación del tipo de cambio nominal puede influir sobre los resultados que se obtengan en términos del objetivo planteado, dada una cierta trayectoria del gasto y del producto agregado.

### 3. ¿SON NEUTRALES LOS SISTEMAS CAMBIARIOS?

En una economía competitiva sin distorsiones es posible demostrar la absoluta neutralidad de los sistemas cambiarios sobre la asignación de recursos. Esto significa que en el nivel que observe una cierta variable nominal, como es el precio de la moneda extranjera en términos de la moneda nacional, es absolutamente irrelevante al desempeño que registre el sector real de la economía.<sup>5</sup> Luego, la adopción de un sistema de tipo de cambio nominal fijo o flotante sólo será relevante en lo que se refiere a las restricciones que se imponen en cada caso sobre el grado de discrecionalidad con que cuentan las autoridades monetarias para administrar la evolución de los medios de pago y a través de ello del nivel de precios.<sup>6</sup>

Sin embargo, la evidencia disponible ha tendido a rechazar la hipótesis de neutralidad de los regímenes cambiarios. Así, por ejemplo, Mussa (1987) encuentra que el comportamiento de los tipos de cambio real bajo distintos regímenes cambiarios es sustancialmente diferente. Ello se tradu-

<sup>5</sup> Helpman (1983).

<sup>6</sup> Ello, a menos que se restrinja, en el caso de un sistema de flotación, el grado de discrecionalidad de las autoridades monetarias a través de metas que limiten el crecimiento de los agregados monetarios. La comparación de estas dos alternativas —tipo de cambio fijado nominalmente *versus* flotación con metas sobre el crecimiento de los agregados monetarios— es analizada por Genberg (1990) para los casos de Austria y Suiza en el período posterior al quiebre del sistema monetario basado en el Acuerdo de Bretton Woods. Del estudio de Genberg se concluye que no deberían existir diferencias en el comportamiento de la inflación bajo ambas alternativas, en tanto éstas sean implementadas de un modo riguroso y creíble.

ce en que bajo esquemas de flotación cambiaria el tipo de cambio real sigue un proceso del tipo *random walk*, en tanto que bajo tipos de cambio fijados nominalmente éste observa un importante grado de correlación serial. Los resultados obtenidos por Mussa son consistentes con la hipótesis de un lento ajuste de los precios de los bienes en el corto plazo, ante cambios en las condiciones de oferta o demanda. Esta respuesta gradual de los precios de los bienes contrasta con la que registran los precios de los activos, la que se caracteriza por su alta velocidad. Esta evidencia fue utilizada por Dornbusch (1976) para plantear la teoría del sobreajuste (*overshooting*) de los tipos de cambio nominales en el corto plazo como mecanismo para equilibrar los mercados de activos, dado la relativamente lenta respuesta que se observaba en el nivel general de precios.

En una reciente revisión de la literatura realizada por Mc Donald y Taylor (1991) se encuentra un importante respaldo a la hipótesis del *overshooting*, lo que evidenciaría una lenta respuesta en el precio de los bienes frente a cambios en las condiciones de mercado, lo que a su vez debería traducirse en la correlación serial observada por el tipo de cambio real. Evidencia favorable a esta hipótesis también se reporta en Driskell (1981), Backus (1984), y en Hacche y Townend (1981).

De acuerdo a la evidencia encontrada por Mussa, bajo sistemas de tipo de cambio flotante se registraría una mayor variabilidad en el corto plazo, tanto del tipo de cambio nominal como del real. Además, se detecta una fuerte correlación entre los movimientos del tipo de cambio nominal y el real en el corto plazo. Ello, a pesar de que en períodos más largos se aprecia un movimiento de los tipos de cambio y de la razón entre los precios domésticos y los externos, que es coherente con la "ley de un solo precio" o paridad del poder de compra, al menos para países con tasas de inflación sustancialmente distintas.

A pesar de que el quiebre del sistema de tipo de cambio fijo, ocurrido a comienzos de la década del 70, y la posterior adopción de un sistema de tipos flotantes en las principales economías industrializadas contribuyó al diferente proceso estocástico seguido por los tipos de cambio reales, no puede desconocerse que el tipo de perturbaciones que enfrentaron estas economías bajo el nuevo esquema cambiario fue sustancialmente distinto al observado en el período previo. La sucesión de crisis petroleras, cambios en la regulación financiera de las principales economías industrializadas y la crisis de la deuda de las economías en desarrollo fueron episodios lo suficientemente importantes sobre el desempeño de la economía mundial, que ignorarlos, para entrar en una comparación directa de los resultados de diferentes sistemas cambiarios, no parece ser una estrategia adecuada.

Por otro lado, también es importante tener presente que las opciones de política cambiaria que enfrenta la autoridad representan en la práctica diferentes grados de libertad para el manejo de la política económica. Así, bajo un esquema de flotación las autoridades monetarias no enfrentan la disciplina que involucra la existencia de un tipo de cambio nominal fijo.<sup>7</sup> De hecho, es importante recordar que el abandono del sistema de paridades fijas y su reemplazo por uno de flotación tuvo lugar precisamente por el alejamiento de las autoridades monetarias, especialmente en los EE. UU., de las normas disciplinarias inherentes a un sistema de tipo de cambio fijo.

Al margen de la mayor o menor influencia que pueden haber tenido las perturbaciones mencionadas sobre el desempeño del sistema de tipos de cambio flotantes, no puede desconocerse que la ausencia de restricciones sobre la gestión de las autoridades monetarias marca una diferencia no despreciable entre un sistema y otro. De este modo, los resultados que se deriven de la evaluación de estos regímenes deben analizarse sobre la base de que el reemplazo de un sistema de fijación por uno de flotación involucra un cambio en el grado de discrecionalidad con que cuentan las autoridades monetarias. Luego, una comparación más razonable sería entre un sistema de tipos de cambio fijo con uno en el que la flotación es acompañada de ciertas reglas disciplinarias sobre la gestión de las autoridades monetarias.<sup>8</sup>

Desde luego, es difícil elaborar un análisis del comportamiento de los tipos de cambio real sobre la base de conjeturas acerca de lo que habría sido la evolución de éste bajo un régimen cambiario diferente al que prevaleció efectivamente. Sin embargo, este es un elemento importante de considerar como indicador de la magnitud de los *shocks* reales que

<sup>7</sup> No obstante que el grado de disciplina al que deben someterse las autoridades monetarias bajo un esquema de cambio nominal fijo es en general más estricto que bajo esquemas de flotación, por cuanto con un bajo tipo de cambio fijo el Banco Central no controla la cantidad de dinero; en ciertas condiciones de apertura de la cuenta de capitales y competencia de monedas es posible generar reglas disciplinarias similares sobre la gestión monetaria del Banco Central. Al respecto, véase Barandiarán (1974) y Wallace (1981).

<sup>8</sup> Tal como se indicó, el estudio de Genberg, *op. cit.*, en el que se comparan las experiencias de Austria y Suiza, encuentra importantes coincidencias en los resultados macroeconómicos alcanzados por un sistema de tipo de cambio fijo y uno de notación con regla monetaria. Aun cuando esta evidencia es de carácter preliminar, constituye un punto de partida importante para una evaluación más rigurosa de los efectos que tienen regímenes cambiarios alternativos.

debió acomodar cada sistema cambiario. De acuerdo a la evidencia encontrada por Mussa (*op. cit.*), los intentos realizados por correlacionar los movimientos de los tipos de cambio reales con ciertos *shocks* específicos no han sido satisfactorios en la práctica. Una explicación posible para estos resultados es la presencia de un importante grado de desinformación, tanto por parte de los agentes económicos como de las autoridades, respecto de la naturaleza de estas perturbaciones, lo que se traduce en un cierto "ruido" o sobre-reacción del sistema frente a estas innovaciones. En particular, considerando que en mercados financieros competitivos la velocidad de respuesta de los agentes económicos frente a cambios en las condiciones de mercado es una característica inherente al funcionamiento de éstos.

Cualesquiera sean las razones que han llevado al diferente comportamiento estocástico de los tipos de cambio real bajo regímenes cambiarios alternativos, la evidencia es elocuente en marcar estas diferencias. Más aún, la reiteración de este resultado que encuentra Mussa, para diferentes economías y momentos en el tiempo, tiende a apoyar la idea de que efectivamente existirían patrones de comportamiento distintos de los tipos de cambio reales, dependiendo del régimen cambiario existente.

Como se analiza en la sección siguiente, la respuesta gradual del tipo de cambio real frente a cambios en las condiciones de gasto e ingreso que se observa en las economías en las que prevalece un régimen de tipo de cambio fijo, no sólo tiene relevancia en lo que se refiere a la velocidad de ajuste de los mercados de bienes, sino también en la determinación de los movimientos de capitales. Por otra parte, la mayor volatilidad de los tipos de cambio nominales y reales que se observa bajo un régimen de flotación debe también ser calificada por el grado de restricciones que enfrentan las autoridades monetarias en este contexto. De este modo, una mayor inestabilidad de los tipos de cambio puede reflejar, tanto el carácter inestable de la demanda de dinero como también un manejo discrecional de la oferta.

#### 4. REGLAS MONETARIAS Y SISTEMAS CAMBIARIOS

Por largas décadas la existencia de tipos de cambio fijados nominalmente constituyó un rasgo sobresaliente dentro del sistema monetario prevaleciente en numerosas economías. Más aún, el propio Acuerdo de Bretton Woods estableció este tipo de organización como aspecto fundamental dentro del orden económico que se pretendía promover. El quiebre de este sistema, a fines de la década del sesenta, junto con el significativo aumento experimentado por la tasa de inflación en las economías industrializadas,

llevaron a intenso debate entre los economistas respecto del diseño de sistemas monetarios que cooperaran de un modo más eficaz al funcionamiento de economías descentralizadas.

La aparición del fenómeno de "estanflación", luego del primer *shock* petrolero ocurrido en 1973, lo que se tradujo en una "curva de Phillips" con pendiente positiva en algunas de las principales economías industrializadas, acentuó el interés de los economistas por establecer reglas que restringieran los grados de libertad con que contaba el Banco Central para el manejo de política monetaria.<sup>9</sup> Un breve experimento en tal sentido se llevó a cabo en los EE. UU. bajo la administración de la Reserva Federal por parte de Paul Volcker. Este procedimiento de manejo monetario fue seguido a partir de 1979 y hasta 1982 aproximadamente, con el propósito de reducir la tasa de crecimiento de los precios en esta economía. Como resultado de este experimento, se produjo una fuerte aumento en las tasas de interés prevalecientes en los EE.UU. y en las restantes economías industrializadas, una importante apreciación del dólar, junto con el logro de una caída de la inflación. Como consecuencia de esta política, se generó una importante recesión en la economía occidental, y muy especialmente en las economías en desarrollo, las que se vieron seriamente afectadas por la combinación de un aumento de las tasas de interés internacionales, junto con una caída en el precio de las materias primas. Ello en un contexto en que la deuda externa de estas economías había experimentado un fuerte aumento en el período previo a este cambio en el escenario externo.

El progresivo abandono de las metas cuantitativas sobre el crecimiento de los agregados monetarios en los EE.UU., al estimarse que la demanda por dinero registraba un comportamiento inestable como consecuencia de la verificación de importantes transformaciones estructurales en la economía norteamericana y, muy especialmente en el sector financiero, dio origen al uso de diversos indicadores y objetivos para la política monetaria seguida por el Fed, siendo la tasa de interés nominal y los tipos de cambio entre las principales monedas los objetivos preferentes de esta política, relegándose los agregados monetarios a planos secundarios.<sup>10</sup>

<sup>9</sup> Un aspecto fundamental dentro de este planteamiento fue el desarrollo de la Teoría de las Expectativas Racionales. De acuerdo con ésta, la implementación de políticas activas de demanda agregada por parte de las autoridades monetarias no tendría efectos duraderos sobre variables reales como el nivel de producto o la tasa de desempleo. Respecto de este enfoque, véase Lucas (1977).

<sup>10</sup> Al respecto, véase M. Johnson (1988), Goodhart (1989), Lindsay (1990), entre otros.

Un fenómeno de características similares tuvo lugar en Inglaterra durante el mismo período.<sup>11</sup> A partir de 1980 se establecieron metas cuantitativas sobre el crecimiento del dinero con el propósito de contener la inflación. Similarmente a lo observado en los EE.UU., la aplicación de una política monetaria restrictiva a través de un fuerte aumento de las tasas de interés domésticas llevó a una apreciable revaluación de la libra, junto con una recesión en el sector productor de bienes transables. No obstante que las metas monetarias fueron sobrepasadas en cinco de los seis años que siguieron a su introducción, la tasa de inflación observó una caída importante, en la que por cierto no estuvo ajena la influencia de la revaluación de la libra. Al igual que en el caso de los EE. UU., un factor repetidamente mencionado como causante de la aparente inestabilidad de la demanda de dinero fueron las desregulaciones introducidas sobre la actividad financiera. A partir de 1986, fueron abandonadas en U.K. las metas monetarias como "ancla" para la política del Banco Central, adoptándose la práctica de utilizar el nivel del tipo de cambio como objetivo de la política monetaria. Para los defensores de esta estrategia, en especial para el Ministro de Hacienda Nigel Lawson, esta estrategia tenía la virtud de superar las dificultades inherentes al uso de metas cuantitativas sobre el crecimiento de los agregados monetarios, al mismo tiempo que focalizaba la atención de las autoridades sobre uno de los principales mecanismos de transmisión de la política monetaria, como se estimaba era el tipo de cambio.

Esta reorientación de la política económica de corto plazo en Inglaterra se consolidó a través de la participación de este país en el "Acuerdo del Louvre" en 1987, en el que las principales economías industrializadas resolvieron llevar adelante una política de estabilización de sus tipos de cambio.

Paralelamente al surgimiento, en las economías industrializadas, de un clima intelectual favorable al establecimiento de restricciones sobre la gestión monetaria de los bancos centrales, en las economías en desarrollo tendió a generarse un clima similar a fines de la década del 70, aun cuando con diferencias de intensidad entre países. En particular, en las economías del "Cono Sur" de Latinoamérica se desarrolló un movimiento a favor de la reimplementación de tipos de cambio fijados nominalmente. Esta tendencia se sustentaba en el fuerte sentimiento de rechazo a la inflación que tuvo lugar en estas economías luego de la verificación de tasas de tres

<sup>11</sup> Al respecto, véase Miller y Sutherland (1990).

dígitos, las que en algunas ocasiones bordearon la hiperinflación, como fue el caso de países como Argentina y Chile. Además, la popularización del "Enfoque Monetario de la Balanza de Pagos" contribuyó fuertemente a la reimplementación de esquemas de tipo de cambio fijo en países como Argentina, Chile, México y Uruguay.

Contrariamente a los efectos estabilizadores que se esperaban de un régimen de tipo de cambio nominal fijo, las dificultades encontradas por las economías que optaron por este camino dieron origen a un fuerte cuestionamiento de este régimen cambiario algunos años después de su implementación, las que fueron acentuadas por la recesión por la que éstas atravesaron a comienzos de la década pasada. Aun cuando en algunos casos el fracaso de los regímenes de tipo de cambio fijo era esperable, en la medida en que las autoridades no se atuvieron a las reglas disciplinarias requeridas por éste como, por ejemplo, en el caso de la economía argentina, en otros, como el chileno, la responsabilidad que le correspondería a este sistema en la recesión de comienzos de la década pasada es más difícil de establecer. Ello, por cuanto las autoridades económicas de este país siguieron estrictamente las reglas disciplinarias asociadas a la implementación de un tipo de cambio nominal fijo. Sin embargo, la fijación del tipo de cambio nominal fue seguida por un fuerte incremento de la deuda externa y una significativa apreciación real del peso, la que afectó de un modo importante la competitividad de la producción nacional.

Aun cuando son diversos los canales a través de los cuales podría expresarse la no neutralidad de los regímenes cambiarios, la atención ha tendido a dirigirse preferentemente sobre la influencia que éstos tienen sobre los movimientos de capitales. Ello, por cuanto de la evidencia recogida del análisis de diversas economías que han establecido sistemas de cambio nominal fijo y que al mismo tiempo han seguido las reglas disciplinarias inherentes al mismo, se desprende la existencia de una relación directa entre las dificultades encontradas para mantener la competitividad de la producción doméstica y la presencia de una fuerte entrada de capitales.

## 5. MOVIMIENTOS DE CAPITALES Y REGÍMENES CAMBIARIOS

En términos sencillos, la relación entre el régimen cambiario y los movimientos de capitales puede expresarse haciendo uso de las condiciones de paridad de las tasas de interés. En la ecuación (1) se describe la condición de equilibrio en el arbitraje que realizan los movimientos de

capitales. La variable "i" indica la tasa de interés nominal interna, "i\*" indica la tasa de interés nominal externa, y " $E_t(d(X_{t+1}))$ " representa la expectativa, construida en el período "t", de devaluación del tipo de cambio nominal en el período siguiente.

$$(1) \quad i = i^* + E_t(d(X_{t+1}))$$

De acuerdo con la ecuación (1), a medida que se consolida entre los agentes económicos, residentes y no residentes, la expectativa de que se mantendrá la política cambiaria anunciada, lo que significa que no tendrán lugar devaluaciones superiores a las predeterminadas —eventualmente cero, en el caso de fijación del nivel del tipo de cambio—, sólo será relevante la diferencial de tasas de interés para efectos de determinar los movimientos de capitales.<sup>12</sup>

En la ecuación (2) se expresa la idea de que la entrada de capitales dependerá de la diferencial que exista entre las tasas de interés domésticas y las externas relevantes. En esta ecuación, "K" indica la entrada neta de capitales desde el exterior.

$$(2) \quad K = f(i - i^* - E_t(d(X_{t+1}))) \quad f' > 0$$

Para una economía que decide fijar el nivel, o trayectoria, del tipo de cambio nominal en un momento en que las tasas de interés domésticas observan una importante diferencial con las del resto del mundo como consecuencia de una escasez relativa de ahorro interno, la configuración de un cuadro de progresiva credibilidad en la mantención de la regla cambiaria estimulará una mayor afluencia de capitales hacia la economía. En este caso las presiones sobre el gasto interno que ocasionará la mayor entrada de capitales plantearán un serio dilema para las autoridades: dejar caer el tipo de cambio real —como consecuencia de los mayores costos de producción en que debe incurrir el sector productor de bienes no transables para enfrentar el crecimiento del gasto—, aceptando con ello una menor competitividad de la economía; o bien se intenta defender el valor del tipo de cambio real a través de, por ejemplo, una regla del tipo *crawling peg*, pero al costo de una mayor inflación. Ello, por cuanto la tendencia al alza en el precio relativo de los bienes no transables al ser

<sup>12</sup> En la ecuación (1) se supone que los agentes económicos son neutrales frente al riesgo. Este supuesto es analizado con mayor detalle más adelante.

contrarrestada con un incremento similar en el tipo de cambio nominal promueve una presión ascendente sobre el nivel general de precios.<sup>13</sup>

## 6. LA IMPORTANCIA DEL PROCESO ESTOCÁSTICO DEL TIPO DE CAMBIO

Las dificultades que enfrentan las autoridades económicas para mantener la competitividad de la economía ante una entrada masiva de capitales proveniente del exterior se acrecientan bajo un esquema de fijación nominal del tipo de cambio, precisamente por las características antes mencionadas del proceso escolástico que sigue el tipo de cambio real en este contexto. En efecto, el hecho de que el tipo de cambio real observe un alto grado de correlación serial hace razonable esperar que sus movimientos no serán bruscos, sino más bien suaves y sistemáticos. Luego, la misma tendencia a la baja del tipo de cambio real que tiene lugar frente a una entrada de capitales inducida por el diferencial de intereses, promueve una intensificación de estos movimientos. Ello, por cuanto la percepción de que el tipo de cambio real continuará cayendo —y en consecuencia que no subirá sorpresivamente— estimulará a los residentes a hacer un mayor uso del endeudamiento externo. Además, en este caso se incentiva la canalización de estos recursos al financiamiento de proyectos en el sector no transable, cuyo precio relativo se estima continuará creciente.<sup>14</sup>

La importancia del proceso escolástico que siga el tipo de cambio real queda expuesta claramente al reescribir la ecuación (3) en términos reales.

$$(3) \quad r = r^* + aEt(de(t+1))$$

Como se puede apreciar en la ecuación (3) —en la que "r" indica la tasa real de interés y "e" el tipo de cambio real—, la expectativa de una caída en el tipo de cambio real dentro del horizonte de planeación relevante llevará a un abaratamiento del crédito externo. La incidencia que tienen

<sup>13</sup> Sobre este dilema, véase Rosende (1985).

<sup>14</sup> Este proceso fue rigurosamente preciso en el caso de la economía chilena durante el período de fijación del nivel nominal del tipo de cambio. En el caso de España en los últimos años también se ha observado una fuerte expansión del sector no transable y en el valor de los activos domésticos, ocurriendo algo similar en Inglaterra a partir de mediados de la década pasada.

las variaciones esperadas del tipo de cambio real sobre la tasa de interés real doméstica se relaciona directamente con el "peso" que tiene el consumo de bienes no transables en la función de utilidad, el que se representa a través de la variable "a" en la mencionada ecuación.

Si bien es cierto que la fijación del tipo de cambio nominal, o su ritmo de crecimiento, constituye una forma de "regla" sobre la gestión del Banco Central, no es menos cierto que en la medida en que se promueva un ciclo de expansión de la oferta monetaria y el crédito —elementos protagónicos dentro de la teoría clásica del ciclo—<sup>15</sup> a través de un uso más intenso del financiamiento externo, se estará conspirando contra el logro de un cuadro de estabilidad macroeconómica. Ello, aun cuando el manejo del crédito doméstico del Banco Central sea realizado en forma prudente, de modo de hacerlo compatible con la estabilidad de precios y un cuadro de fortaleza en las cuentas externas. En particular, el aumento del endeudamiento externo tiende a incrementar la vulnerabilidad de la economía frente a *shocks* adversos que pudieran golpearla, como podría ser una caída en el nivel de los términos de intercambio.

Los conflictos que aparecen entre la estabilidad de precios y el nivel del tipo de cambio real, cuando se opta por un esquema de fijación del tipo de cambio nominal, han ocupado un lugar destacado dentro del debate económico reciente en numerosas economías. Un ejemplo al respecto se refiere a la polémica originada por la posición de Inglaterra respecto del acuerdo en materias monetarias de la CEE. Como se recordará, la Primera Ministra, señora Margaret Thatcher, se opuso tenazmente a la participación de este país en el acuerdo señalado.

Para Alan Walters, asesor de la señora Thatcher hasta mediados de los ochenta, la adopción de un régimen de tipo de cambio fijo, como lo supone la participación en la Comunidad, lleva a que los capitales fluyan hacia aquellas economías que ofrecen las tasas de interés más altas. Ello, a menos que se introdujeran restricciones a la entrada de capitales desde el exterior, como lo habían hecho Italia y Francia, con los consecuentes costos de eficiencia que involucra la imposición de este tipo de controles. Para contener esta entrada de capitales, y con ello el proceso de apreciación de la moneda doméstica, era necesario reducir las tasas de interés domésticas, lo que finalmente se traducía en un aumento de la inflación.<sup>16</sup>

<sup>15</sup> Al respecto véanse, por ejemplo, Hayek (1936) y Simons (1946).

<sup>16</sup> Sobre la polémica reciente que ha provocado en Inglaterra la incorporación de ésta a la CEE, véase *The Economist* del 5 de octubre de 1991 y del 12 de octubre de 1991. Al respecto, véase también Goodhart (1989).

Por el contrario, el entonces Ministro de Hacienda británico, Nigel Lawson, sostuvo la posición de que al ser inestable la demanda por dinero la atención de la política monetaria debía dirigirse sobre el tipo de cambio, como se señaló anteriormente. Además, la estabilización de los tipos de cambio dentro de ciertas bandas de flotación era visualizada por el mencionado ministro como una eficiente herramienta para el logro de estabilidad de precios. Por otro lado, para Lawson el uso del endeudamiento externo no era necesariamente perverso ni explosivo (Miller y Sutherland, (1990), *op. cit.*), por cuanto en la medida en que estos recursos fuesen canalizados a la inversión se estaría haciendo un buen uso de los mismos, lo que impediría que se generaran problemas de balanza de pagos por este motivo. En el caso en que el crédito externo fuese canalizado a financiar un mayor nivel de consumo, éste se restringiría automáticamente a través de mecanismos de mercado.

Es interesante señalar que pese a la oposición de la señora Thatcher al ingreso de Gran Bretaña al sistema monetario de la CEE, a insinuación del ministro Lawson se adoptó, a partir de 1986, una política monetaria apuntada a seguir los movimientos del marco alemán dentro de una banda no publicitada, cuyo rango de variación se estima era de 10%.<sup>17</sup>

Otro ejemplo interesante al respecto se refiere al antes mencionado caso español de fines de la década del ochenta y comienzos del noventa, en que la fuerte apreciación experimentada por la peseta, desde la incorporación de este país a la CEE, ha reducido apreciablemente la competitividad de dicha economía, al mismo tiempo que las autoridades monetarias han debido promover sucesivos recortes en las tasas de interés domésticas de forma de desalentar la entrada de capitales. Como consecuencia de este proceso, la tasa de inflación prevaleciente en España es más alta que la que registran los otros países de este acuerdo. De este modo, la experiencia española de fines de los 80 y comienzos de los 90 es un vivo ejemplo de la validez de "la crítica de Walters" al establecimiento de tipos de cambio fijos, o con una flexibilidad restringida (*The Economist*, octubre 12, 1991). Como se señaló, para Walters, en este caso se producirá una "política monetaria perversa", la llevará a optar entre una pérdida de competitividad de la producción nacional o una mayor inflación.

Dificultades similares se han observado recientemente en las economías del sudeste asiático conocidas como los NICs (New Industrialized Countries). En estos países las autoridades económicas han debido optar

<sup>17</sup> Miller y Sutherland, *op. cit.* Al respecto, véase también Goodhart (1989).

entre permitir un aumento de la inflación o una caída en el tipo de cambio real, de manera de conciliar un cuadro de mayor holgura en la balanza de pagos con una creciente escasez de recursos no transables, especialmente de mano de obra. Con el propósito de armonizar el objetivo de estabilidad de precios con la mantención de un alto nivel de competitividad de la producción doméstica, estas economías han aceptado un cierto incremento de la inflación —la que alcanzó en 1991 a alrededor de un 12% anual en Hong Kong, 9% en Corea del Sur y 5% en Taiwán y Singapur— y una apreciación de sus monedas frente al dólar. Como era previsible, aquellas economías que han permitido mayores caídas en el tipo de cambio real son las que observan tasas de inflación más bajas.

Finalmente, cabe mencionar el caso de la economía chilena en los años 1989, 1990 y 1991. Durante dichos años las autoridades se han visto abocadas a la compleja tarea de conciliar un fortalecimiento en la balanza de pagos con la mantención de un tipo de cambio real estable. Como consecuencia de las dificultades que ha ocasionado la armonización de ambos objetivos, la tasa de inflación se ha mostrado renuente a caer, a pesar de la existencia de equilibrio en las cuentas fiscales, al mismo tiempo que el Banco Central ha debido hacer frente a importantes pérdidas de caja como resultado del proceso de compra de divisas inherente a la defensa de la regla preestablecida de movimiento del tipo de cambio. Así, el tipo de cambio real cayó cerca de 10% entre 1990 y 1991, al mismo tiempo que las autoridades han intentado alcanzar el equilibrio macroeconómico a través de una serie de medidas como la imposición de un encaje sobre la entrada de capitales,<sup>18</sup> el establecimiento de un impuesto sobre los créditos externos, la reducción en la tasa de aranceles, la introducción de cambios irregulares y sorpresivos de la regla cambiaria y a través de la baja de las tasas de interés domésticas. Finalmente, las dificultades encontradas por las autoridades monetarias para armonizar la mantención del tipo de cambio real con un programa monetario coherente con tasas de inflación moderadas llevaron a la adopción de nuevas medidas a comienzos de 1992, las que consistieron en una revaluación de 5% del peso y a la ampliación del rango de flotación del tipo de cambio desde un  $\pm 5\%$  fijado por el Banco Central de acuerdo a una regla de tipo de cambio real, a un  $\pm 10\%$ .<sup>19</sup>

<sup>18</sup> Similar a lo acontecido en España frente a la imposición de la misma medida, ésta ha sido incapaz de contener la entrada de capitales y contribuir a la estabilización del tipo de cambio real.

<sup>19</sup> Con relación a los aspectos específicos que han influido sobre el comportamiento del tipo de cambio real en Chile, véase Rosende (1990), (1991) y (1992).

Como se mencionó inicialmente, el carácter "real" del precio relativo entre los bienes transables y no transables debe llevar el análisis de sus determinantes al sector real de la economía, más específicamente al proceso de ahorro e inversión. Sin embargo, dada la no neutralidad de los regímenes cambiarios sobre el proceso de ajuste del mencionado precio relativo y, en consecuencia, sobre el patrón de gasto que observe la economía, es importante explorar fórmulas que permitan conciliar el logro de un clima de estabilidad monetaria propia de los sistemas de tipo de cambio nominal fijo, con los desincentivos a la entrada de capitales de corto plazo que implica la existencia de un sistema de flotación cambiaria, en la que el proceso estocástico de esta variable como también el del tipo de cambio real pueden describirse como del tipo *random walk* en el corto plazo.

#### 7. LAS ALTERNATIVAS CAMBIARIAS "PURAS": FLOTACIÓN *VERSUS* FIJACIÓN

El establecimiento de un cierto régimen cambiario para la moneda nacional respecto de la externa implica definir el grado de autonomía de la política monetaria y junto con ello también los mecanismos de ajuste del tipo de cambio real frente a cambios en las condiciones de mercado. Bajo un esquema de tipo de cambio nominal fijo la variable a la que le corresponde una mayor responsabilidad dentro del proceso de ajuste del tipo de cambio real es el nivel doméstico de precios. En el plano de las herramientas de política es a la política fiscal a la que le corresponde actuar sobre las condiciones de ahorro de la economía, de manera de facilitar los movimientos del tipo de cambio real.

Una de las virtudes más sobresalientes de un sistema de tipo de cambio fijo, tal como se señaló anteriormente, es que establece un "ancla" nominal en la economía, semejante a lo que ocurre en un sistema de dinero mercancía.<sup>20</sup> Sin embargo, la tarea del ajuste del tipo de cambio puede ser altamente compleja para economías que, por tener un largo

<sup>20</sup> En este caso la correspondencia no es exacta por cuanto los pasivos líquidos del sistema bancario no se encuentran respaldados en un 100% por activos internacionales, como ocurre con la base monetaria. Este es un aspecto importante de considerar, por cuanto en el pasado constituyó un serio impedimento para la mantención de este esquema cambiario en economías que se vieron enfrentadas a *shocks* externos adversos, como fue el caso de la economía chilena a comienzos de la década pasada.

historial inflacionario, mantienen sistemas de contratación sobre la base de la inflación pasada, los que restan flexibilidad al movimiento de los precios frente a eventos imprevistos, especialmente ante perturbaciones de tipo real.

La capacidad que observe un régimen de tipo de cambio fijo en cooperar al buen funcionamiento de una economía de mercado se encuentra directamente relacionada, no sólo con la eficacia con que se promueve un manejo macroeconómico prudente, sino muy especialmente con el grado de flexibilidad que se observe en los contratos de precios que se suscriban en la economía. En particular, en el caso de economías frecuentemente expuestas a *shocks* reales, no siempre es posible enfrentarlos a través de una política de reservas internacionales, debido a la magnitud o frecuencia de los mismos, como parece ser el caso de la economía chilena. Así, bajo condiciones de flexibilidad de precios y salarios, los ajustes requeridos en el tipo de cambio real frente a alteraciones en la capacidad de gasto de la economía podrán materializarse de un modo más rápido y, en consecuencia, menos costoso.

La existencia de una respuesta gradual de los precios ante alteraciones en las condiciones de mercado plantea una fuente de dificultades para la política económica, debido a los incentivos al endeudamiento externo que se generan como consecuencia de la fijación del tipo de cambio. En particular, la constatación por parte de los agentes económicos de que las autoridades están realmente siguiendo las políticas necesarias como para sostener el compromiso cambiario contraído, promoverá una afluencia de financiamiento externo hacia la economía, en tanto se perciba como efectivo el "techo" existente sobre los movimientos del tipo de cambio. Como se señaló anteriormente, la misma tendencia a la baja en el tipo de cambio real que se origina como consecuencia de un aumento del gasto agregado tiende a reforzar el atractivo del endeudamiento externo, lo que acentúa la expansión del gasto interno y el crecimiento del sector productor de bienes no transables.

Este ciclo de gasto y endeudamiento —el cual conserva un estrecho paralelo con el enfoque clásico del ciclo económico, especialmente con los planteamientos de Hayek y Simons, como se señaló— puede, en teoría, ser desincentivado a través de la fórmula propuesta por Simons (1946) para evitar este tipo de episodios: incorporar algún grado de riesgo sobre la rentabilidad de los pasivos —tanto internos como externos— del sistema financiero. Esta solución —la que en alguna medida se incorpora en las reformas que se introdujeron a mediados de la década pasada en la Ley General de Bancos chilena— constituye un complemento necesario del

establecimiento de una regla de tipo de cambio fijo. En este contexto, las tasas de interés domésticas *ex ante*, deben ser evaluadas a la luz de los eventuales *shocks* que podrían golpear el equilibrio macroeconómico interno y en especial la rentabilidad de la cartera de colocaciones de los bancos. Luego, las tasas de interés domésticas podrán conservar niveles diferentes a las externas en un estado de equilibrio. En particular, la ausencia de un seguro estatal sobre los pasivos del sistema financiero contribuirá a contener el ingreso de capitales y través de ello se atenúa, y eventualmente elimina, el conflicto entre la estabilidad de precios y la de los pagos externos antes mencionado.

El principal cuestionamiento a esta forma de enfrentar los incentivos al endeudamiento externo que se producen en los períodos de expansión de la economía, bajo un sistema de tipo de cambio fijo, se refiere a la capacidad efectiva que tienen los gobiernos de economías pequeñas para hacer incurrir en pérdidas a los acreedores del sistema bancario nacional y, muy especialmente, a los acreedores externos de éste. En otras palabras, si los agentes económicos, tanto internos como externos, no creen en la aplicabilidad de estas normas, entonces estas no serán efectivas para resolver el problema que plantea la percepción de que existiría un seguro implícito sobre la actividad de intermediación que realizan los bancos, y muy especialmente sobre la utilización del crédito externo.

Sin pretender llevar a cabo un análisis exhaustivo de los costos y beneficios que tiene el establecimiento de un sistema de tipo de cambio nominal fijo, es necesario hacer presente que el proceso estocástico que sigue el tipo de cambio real bajo este esquema es un factor que conspira contra la adopción de esta alternativa. Al menos hasta que se hayan desarrollado los incentivos al ahorro requeridos como para producir un grado de convergencia importante entre las tasas de interés internas y externas. Además, la adopción de un sistema de tipo de cambio fijo requiere de un importante grado de confianza entre los agentes económicos en cuanto a que se alcanzará un cuadro de estabilidad de precios dentro de un plazo razonable. Ello, de modo de estimular el abandono de las cláusulas de indexación en los contratos y de acrecentar la flexibilidad de los precios domésticos, tanto en términos absolutos como relativos.<sup>21</sup>

<sup>21</sup> Es interesante hacer presente que la incorporación de las economías europeas al proceso de integración que se encuentra implementando la CEE involucra el cumplimiento de una serie de requisitos de índole macroeconómica. Estos se justifican, entre otras razones, como mecanismo para facilitar el establecimiento de un régimen de tipo de cambio fijo entre estas economías, en una primera etapa, y de una moneda común más tarde.

Dadas las dificultades que ocasiona el establecimiento de un sistema de tipo de cambio nominal fijo sobre la estabilidad del proceso de crecimiento de economías en desarrollo, parece razonable explorar los efectos que tendría la adopción del camino alternativo, el de la flotación del tipo de cambio.

Aun cuando en teoría este sistema cambiario contiene los elementos necesarios para alcanzar una mayor independencia de la política económica interna respecto de los movimientos internacionales de capital, también es importante reconocer que existe una serie de inconvenientes vinculados al mismo, los que corresponde analizar. Por un lado, cabe evaluar hasta qué punto la volatilidad del tipo de cambio real no será excesiva en términos de la eficiencia con que se realiza el proceso de asignación de recursos. Además, es necesario examinar la forma en que se compatibiliza la mayor flexibilidad cambiaria con la existencia de alguna regla disciplinaria que restrinja los grados de libertad y, en consecuencia, la discrecionalidad del manejo de la política monetaria del Banco Central.

Para una economía pequeña, con mercados de seguros poco desarrollados, la inestabilidad asociada a un sistema de tipo de cambio flotante puede ser excesiva; en particular, para economías que observan un importante grado de concentración en su comercio exterior como es el caso de la chilena. De hecho, la evidencia disponible para las propias economías industrializadas sugiere la presencia de un alto grado de inestabilidad en esta variable.<sup>22</sup> La réplica a esta aprehensión ha sido que es preferible concentrar las perturbaciones en un mercado como el de activos, el que estaría en mejores condiciones de hacer frente a las mismas, que otros, como el laboral.<sup>23</sup>

De acuerdo a la teoría que enfatiza el carácter de precio de activo que tendría el tipo de cambio nominal, su nivel contemporáneo dependerá no sólo de las condiciones actualmente imperantes en el mercado del dinero y demás activos domésticos del sector privado, sino que también de lo que se estima como las condiciones futuras que prevalecerán en estos mercados. En la ecuación (4) se expresa el nivel del tipo de cambio ( $X_t$ ) como una función del nivel esperado a futuro y del nivel contemporáneo de sus determinantes básicos ( $Z_t$ ).

<sup>22</sup> Por ejemplo, véanse Frenkel (1983), Frenkel y Mussa (1980) y Mussa (1979), entre otros.

<sup>23</sup> Frenkel (1983).

$$(4) \quad X_t = \left( \frac{1}{1+b} \right) \sum_{i=0}^{\infty} \left( \frac{b}{1+b} \right)^i E_t(Z_{t+i})$$

Esta ecuación, en la que "X" indica el logaritmo del tipo de cambio *spot*, proviene de una condición de equilibrio en el mercado cambiario, la que vincula el nivel presente del tipo de cambio nominal con el nivel esperado a futuro de esta misma variable. Dicha relación se plantea en (5).

$$(5) \quad X_t = Z_t + b(E_t(X_{t+1}) - X_t)$$

En la medida que la demanda de dinero sea una función estable, el principal determinante de los cambios de "Z" será el comportamiento de la oferta monetaria. En este caso, la elevada inestabilidad exhibida por los tipos de cambio podría interpretarse como el reflejo de la implementación de una política monetaria altamente discrecional por parte de los bancos centrales y, en consecuencia, de difícil predicción respecto de lo que serán sus movimientos futuros. Por ende, más que la existencia de factores estructurales inherentes a los mercados cambiarios, la explicación para la alta inestabilidad del tipo de cambio sería la carencia de "anclas" nominales dentro del sistema que faciliten la predicción de los movimientos futuros de la política monetaria.<sup>24</sup> Luego, arreglos tales como el establecimiento de metas cuantitativas sobre el crecimiento del dinero o de un Banco Central independiente, son soluciones posibles para lograr un comportamiento más estable de los tipos de cambio nominales y reales.<sup>25</sup>

<sup>24</sup> Como se mencionó, en el caso de Suiza se ha implementado una política de metas cuantitativas sobre el crecimiento de los agregados monetarios, conjuntamente con un tipo de cambio flotante. De acuerdo a la evidencia reportada por Genberg, *op. cit.*, el comportamiento del tipo de cambio nominal y real de esta economía no ha sido sustancialmente distinto al que se ha observado en la economía austríaca, la que ha mantenido una política de fijación del tipo de cambio respecto del marco alemán.

<sup>25</sup> El establecimiento de bancos centrales autónomos ha adquirido una creciente popularidad en la profesión como fórmula destinada a promover el establecimiento de un cuadro de estabilidad económica, sin que ello se traduzca en una pérdida absoluta de flexibilidad por parte de las autoridades monetarias, la que puede ser más difícil de sostener para un Banco Central sometido a presiones políticas. Sin embargo, es necesario hacer presente que el establecimiento de bancos centrales autónomos no garantiza un manejo eficiente de las herramientas con que éste cuenta. Además, muchas veces tampoco se observa una capacidad efectiva del instituto emisor de defender su autonomía, como se señala en Pierce

Una interpretación alternativa para la evidencia de inestabilidad que han observado los mercados cambiarios es que la demanda de dinero tendría efectivamente un comportamiento inestable, siendo una explicación posible de este fenómeno el carácter irracional de la conducta de los participantes en dicho mercado. Así, economistas como Dornbusch (1982) han postulado la presencia de "burbujas especulativas" en los mercados cambiarios, siendo una expresión importante de esta hipótesis la existencia de una respuesta excesiva de los agentes económicos frente a información irrelevante, lo que explicaría el alto grado de variabilidad exhibido por los tipos de cambio en las economías industrializadas. Por otra parte, Krugman (1985) ha señalado que alguna forma de "burbuja especulativa irracional" es necesario introducir en el análisis para poder explicar el comportamiento observado por los tipos de cambio entre las monedas de las principales economías industrializadas a partir de mediados de los '70. Contrariamente, Mussa (1987) ha señalado que una explicación importante del comportamiento exhibido por los tipos de cambio bajo un esquema de flotación radica en la ausencia de las restricciones sobre el manejo de la política monetaria que enfrentan las autoridades económicas bajo un esquema de tipo de cambio fijo.

Aun cuando la evaluación del comportamiento de la demanda de dinero debe realizarse con relación a cierto entorno institucional, el que condiciona el proceso de formación de expectativas de los agentes económicos, es importante señalar que pese a los cuestionamientos que ha suscitado la hipótesis de estabilidad de la demanda por dinero, la evidencia existente no permite desestimar la validez de ésta para períodos superiores a un trimestre. Para períodos inferiores a éste efectivamente no se encuentra, en general, evidencia de una correlación importante entre los movimientos del dinero y los del ingreso nominal. En todo caso, no debe descuidarse el hecho de que en numerosos casos los movimientos que registran los agregados monetarios en el corto plazo se encuentran estrechamente vinculados a las reacciones discrecionales de las autoridades monetarias frente a cambios en los estados de la naturaleza.<sup>26</sup>

(1978). Por este motivo, el establecimiento de algún tipo de regla disciplinaria sobre la gestión del instituto emisor es un complemento importante de su autonomía.

<sup>26</sup> Respecto del debate empírico acerca de la estabilidad de la demanda por dinero, véanse, por ejemplo, Lucas (1988) y Poole (1988), entre otros. Con relación al caso chileno, la evidencia también tiende a apoyar esta hipótesis. Por ejemplo, véanse Matte y Rojas (1986) y Herrera y Vergara (1991).

Independientemente de cuál se estime es la causa última de los movimientos del tipo de cambio nominal, para permitir una mayor generalidad de opciones dentro del análisis puede definirse la variable "Z" como "M+V", donde "M" es el logaritmo del *stock* nominal de moneda doméstica y "V" es el logaritmo de la velocidad de circulación.

A pesar del fuerte apoyo que recibieron a comienzos de la década pasada los modelos de determinación del tipo de cambio asociados a la teoría que asimila este al precio de un activo,<sup>27</sup> estudios posteriores han puesto en duda la capacidad explicativa que tiene este tipo de modelos. Así, por ejemplo, Meese y Rogoff (1983) y (1984) encuentran que la mayoría de los modelos de determinación del tipo de cambio como el precio de un activo no consiguen superar en cuanto a poder explicativo en el corto plazo a un simple modelo del tipo *random walk*. Igualmente, Salemi (1984) encuentra que en el corto plazo el tipo de cambio nominal tiende a comportarse como un proceso estocástico del tipo *random walk*, aun cuando para períodos largos su comportamiento conserva una relación más estrecha con las variables económicas que, de acuerdo con la teoría, son las relevantes a su determinación.

De acuerdo con la revisión de la literatura que realizan Mc Donald y Taylor (1991), durante la mayor parte de la década de los setenta los modelos de determinación del tipo de cambio nominal como el precio de un activo lograron una explicación adecuada del comportamiento efectivamente observado por esta variable. Sin embargo, hacia fines de esta década se observa un fracaso generalizado en la capacidad explicativa de los mismos para datos de corto plazo. Estos economistas han planteado que una explicación posible para el fenómeno señalado es la existencia de una conducta adversa frente al riesgo, y no neutral, por parte de los agentes económicos. Para enfrentar el mencionado problema incorporan en la estimación de las ecuaciones (1) y (4) un coeficiente variable de aversión al riesgo en el análisis. Para estos economistas, los rechazos encontrados en investigaciones recientes para la hipótesis de que el mercado cambiario sería eficiente se deben, en lo esencial, a que en estos estudios se desconoce el hecho de que las estimaciones del comportamiento de los tipos de cambio constituyen una hipótesis conjunta de dos hipótesis. Por un lado, se estaría averiguando el grado de racionalidad de los agentes que partici-

<sup>27</sup> Frenkel (1983), Dornbusch (1976), Frenkel y Mussa (1980) y Hodrick (1978), entre otros.

pan en el mercado cambiario, al mismo tiempo que se estaría evaluando la actitud de éstos frente al riesgo.

A pesar de que un análisis riguroso de la interpretación de la teoría y la evidencia que realizan Mc Donald y Taylor excede los objetivos del presente estudio, parece pertinente señalar que la interpretación por ellos propuesta para explicar los problemas encontrados por las teorías de determinación del tipo de cambio tiene todavía un carácter preliminar. En particular, se encuentra pendiente la explicitación de los factores que habrían llevado a la verificación de cambios de relevancia en la conducta frente al riesgo de los agentes económicos. Por otra parte, no debe desconocerse que a partir de fines de la década del setenta tuvieron lugar una serie de perturbaciones de índole real sobre el equilibrio de las economías industrializadas, las que en mayor o menor medida pueden haber influido sobre los movimientos observados en los mercados financieros y cambiarios. En particular, considerando que algunos de estos *shocks* representaban innovaciones respecto de la actitud o estrategia de las autoridades económicas frente a ciertos fenómenos, como por ejemplo la inflación. Así, cabe recordar que fue precisamente a partir de fines de la mencionada década, más específicamente en 1979, cuando se implementaron importantes cambios en la orientación y también procedimientos de la política monetaria seguida por las economías industrializadas, especialmente en los EE. UU., los que volvieron a repetirse antes de mediados de la década siguiente, cuando el Fed abandonó el uso de metas cuantitativas como criterio para la conducción de la política monetaria. Además, en este período se materializaron importantes modificaciones en la legislación financiera de las economías industrializadas, en especial de los EE. UU., lo que se manifestó en un profundo programa de desregulaciones de este sector. Como consecuencia de ambos factores era razonable esperar que se produjera un proceso de ajuste en el portafolio de los agentes económicos, dentro de un marco de relativa incertidumbre, dado el aprendizaje que requería el cambio ocurrido en el entorno monetario-financiero. Por último, no debe ignorarse el impacto del "*shock* petrolero" de comienzos de los ochenta, y la posterior irrupción de la crisis de la deuda externa en las economías en desarrollo, como resultado del conjunto de elementos expuestos.

Luego, es muy probable que la combinación de los cambios financieros y reales que tuvieron lugar entre fines de la década de los setenta y mediados de los ochenta hayan promovido un cambio en las funciones de demanda por dinero de las principales economías y a través de ello en los tipos de cambio, el que sólo podría ser capturado por los modelos econométricos, en tanto éstos incorporen los cambios estructurales ocurri-

dos, en lo que puede considerarse como una ejemplificación más de la validez de la "crítica de Lucas". No obstante las dificultades que han encontrado las variantes del enfoque monetario de los tipos de cambio para explicar el comportamiento de esta variable en el corto plazo, es importante destacar que para períodos superiores éstas siguen proveyendo de un marco de análisis y capacidad explicativa adecuados. El problema para la teoría se plantea esencialmente en el análisis de corto plazo, en el que la influencia de las innovaciones —de mercado y de la política económica— junto con las señales y predicciones que entregan los "gurúes", basadas a menudo en métodos que tienen un escaso sustento científico, tienen a dominar los movimientos de los tipos de cambio.

A pesar de que la evaluación de la experiencia de tipos de cambio flexibles es aún una tarea pendiente, la historia reciente de la política económica seguida en las principales economías industrializadas muestra una tendencia gradual al abandono del escenario de flotación, al menos en sus expresiones más "puras". Una de las causas de este abandono es precisamente el convencimiento de las autoridades de estas economías en cuanto a que es conveniente restringir el grado de variabilidad de los tipos de cambio reales, de manera de facilitar el intercambio y la toma de decisiones productivas.

Así, luego de un período de flotación amplia de los tipos de cambio de las principales monedas, se ha producido una progresiva evolución hacia esquemas de mayor monitoreo de los movimientos cambiarios por parte de los bancos centrales. De este modo, en tanto las economías de la CEE han establecido un esquema de flotación restringida entre las monedas de sus miembros, como una etapa en el camino hacia el establecimiento de un tipo de cambio nominal fijo entre estas monedas —proceso que debe completarse con la creación de una moneda común—, entre las principales economías industrializadas se ha configurado un esquema de flotación controlada de sus monedas. Este arreglo, cuyo inicio se vincula con el "Acuerdo del Plaza" en 1985, supone la existencia de ciertas zonas de intervención (*target zones*) por parte de las autoridades, las que no son explicitadas al mercado. De este modo se pretende armonizar el uso del mercado en la determinación del tipo de cambio, con intervenciones de la autoridad que reduzcan el grado de volatilidad de éste. En particular, dadas las negativas consecuencias que tiene sobre el sector real la existencia de comportamiento inestable del tipo de cambio real.

## 8. LA ALTERNATIVA DE LAS ZONAS OBJETIVO (*TARGET ZONES*)

Como se señaló en la sección precedente, desde el "Acuerdo del Plaza", a mediados de la década pasada, ha prevalecido un sistema de flotación restringida, o "monitoreada", entre las principales monedas (dólar, yen y marco alemán). Así, las autoridades monetarias de las economías industrializadas han intervenido regularmente en los mercados cambiarios, de manera de mantener las paridades de sus monedas dentro de ciertos rangos, los que no han sido anunciados públicamente.

A diferencia de lo que ocurre en un sistema de tipo de cambio fijo, la intervención de las autoridades monetarias en el mercado cambiario no requiere ser continua, restringiéndose su obligación de intervenir sólo a los límites de la zona, o ciertos umbrales de la misma. Por otro lado, y a diferencia del sistema de flotación pura, en el esquema de "zonas objetivo" las autoridades se plantean como una meta de política alcanzar una menor variabilidad de los tipos de cambio. En este caso los agentes económicos deberán estimar cuáles son las zonas objetivo de las autoridades a partir de la conducta seguida por éstas frente a las variaciones que pudiera experimentar el tipo de cambio.

La posibilidad de que se produzcan ajustes en los rangos de intervención de los bancos centrales puede actuar como elemento correctivo de este sistema, en tanto deja abierta la posibilidad de que el equilibrio se alcance a través de cambios en las paridades. En la medida en que los agentes económicos no tengan confianza en la estabilidad de las zonas cambiarias o en la capacidad de defensa de las mismas por parte de las autoridades, entonces se realizarán transacciones fuera de este rango, tendiendo a aproximarse el proceso de determinación del tipo de cambio al inherente a un régimen de flotación pura.

La existencia de zonas cambiarias constituye una opción intermedia entre el establecimiento de tipos de cambio fijo y los tipos de cambio flotantes. De acuerdo con este esquema, las autoridades intervienen en los mercados cambiarios intentando estabilizar los movimientos del tipo de cambio a través de reducir su rango de variación. Otro efecto de la adopción de este esquema cambiario consiste en que las autoridades, a través del mismo, entregan, directa o indirectamente, señales acerca de lo que son sus prioridades de corto plazo, al mismo tiempo que tiende a configurarse un conjunto de antecedentes que permiten conocer cuál es el nivel del tipo de cambio real que éstas estiman como de equilibrio de mediano plazo. Como se mencionó, el simple hecho de establecer un nivel o trayectoria del tipo de cambio tiene escaso valor si no es acompañado por un

compromiso de política que haga sostenible esta estrategia. Luego, así como el establecimiento de un tipo de cambio nominal fijo involucra un compromiso de política para el Banco Central, el que se relaja, pero no desaparece, cuando se implementa una banda de flotación en torno a este nivel: en el caso en que la banda se define sobre la base de una política de tipo de cambio real, ello involucra un compromiso monetario y fiscal con este objetivo. En particular, las autoridades deben configurar un conjunto de incentivos, tanto en el plano monetario como fiscal, que promuevan una tendencia de crecimiento del gasto que sea coherente con la mantención de una cierta trayectoria del tipo de cambio real.

Un caso que puede considerarse de política cambiaria del tipo "zonas objetivo" o bandas de flotación es el que ha prevalecido en Chile desde 1984. En éste el Banco Central establece la trayectoria del tipo de cambio nominal de acuerdo con un cierto criterio, el que en este caso ha sido la mantención de un tipo de cambio real estable. Adicionalmente, se determina un rango de flotación del tipo de cambio en torno a este nivel, el que inicialmente fue de 0,5%, siendo gradualmente incrementado hasta alcanzar recientemente un 10%, lo que configura un escenario en el que la influencia del sector privado en la determinación de los movimientos del tipo de cambio es apreciable.

A diferencia de lo que ocurre en el caso de las "zonas objetivo" (*target zones*) que se establecen entre las monedas de las economías industrializadas, en el caso chileno los límites que determinan el compromiso de intervención del instituto emisor son públicos. De este modo, una vez que el tipo de cambio alcanza alguno de estos márgenes el sistema pasa a comportarse en forma similar a un régimen de tipo de cambio fijado. Eventualmente, la mantención del tipo de cambio en los límites por un período prolongado puede ocasionar problemas a las autoridades en materia de control monetario, lo que a su vez promoverá una expectativa de realineamiento de la trayectoria central del tipo de cambio. Este ha sido un problema recurrente que han debido enfrentar las autoridades económicas chilenas entre 1990 y 1991.

A diferencia del esquema cambiario prevaleciente en Chile durante los últimos años, la existencia de zonas cambiarias no informadas por parte de las autoridades mantiene la incertidumbre en los agentes económicos en torno a cuáles serán los rangos de intervención de las autoridades. De este modo, frente a una tendencia a la baja del tipo de cambio, las autoridades se reservan la opción de intervenir, como también de establecer la magnitud de la intervención, siendo en consecuencia más amplio el conjunto de acciones posibles de las autoridades. En este caso los agentes

económicos deberán estimar cuáles son las "zonas objetivos" de las autoridades a partir de la conducta seguida por éstas frente a las variaciones del tipo de cambio.

A pesar de la existencia de un cierto grado de compromiso por parte de las autoridades económicas en cuanto a la trayectoria de mediano plazo del tipo de cambio —el que actúa básicamente como una restricción sobre el manejo de la política fiscal—, la incertidumbre en torno a los movimientos del tipo de cambio dentro de la "zona" constituye un factor de desincentivo para las especulaciones financieras de corto plazo frente a una diferencial de tasas de interés, lo que no ocurre en un esquema de tipo de cambio fijado. Ello en el entendido que el tamaño de la zona deja espacio para un rango significativo de variación del tipo de cambio.

La incertidumbre inherente a los movimientos del tipo de cambio bajo un esquema de flotación no debe interpretarse sino como un costo inherente a este sistema. Sin embargo, una evaluación más rigurosa de la naturaleza de ésta y sus efectos requiere tomar en consideración el hecho de que economías pequeñas como la chilena, en las que existe un nivel de ahorro relativamente bajo, se encuentran expuestas a frecuentes cambios en su capacidad de gasto como resultado de los movimientos de los mercados externos e internos. Frente a este escenario, una opción es que se fije el tipo de cambio y el Banco Central garantice la estabilidad de la regla cambiaria. A través de este expediente el instituto emisor otorga un seguro al sector privado, que le permitirá eludir las perturbaciones reales de origen transitorio o atenuar los *shocks* permanentes sobre el nivel de gasto interno al distribuirse, de un modo gradual en el tiempo, el proceso de ajuste requerido por las alteraciones que pudiera experimentar el ingreso nacional. Para una economía frecuentemente expuesta a *shocks* reales y en la que existe un mercado de seguros relativamente reducido en relación a estos *shocks* la mantención de un tipo de cambio fijo permitirá reducir los costos reales de dichas perturbaciones. Sin embargo, dado que esta forma de seguro tiene el carácter de un bien público, se estimula un consumo excesivo del mismo, lo que provoca una distorsión conocida como *moral hazard*. En particular, ello se traduce en un mayor incentivo para los movimientos financieros de corto plazo, los que ven acrecentada su rentabilidad gracias al seguro provisto por el Banco Central.

La existencia de bandas de flotación puede visualizarse como un esquema en el que la provisión de seguros por parte del Banco Central es parcial, y se canaliza preferentemente hacia aquellas actividades, esencialmente de tipo real, que requieren de señales estables de mediano plazo. Por el contrario, en este sistema se mantiene un cierto grado de riesgo para

las actividades de corto plazo, el que se vincula directamente con la magnitud de la banda de flotación preanunciada.

Una implicancia de la implementación de un sistema de zonas objetivos no preanunciadas es que deja a la economía sin un "ancla" de política monetaria o fiscal. En consecuencia, la evolución futura de estas variables queda sujeta a las decisiones discrecionales de las autoridades, lo que puede constituir un obstáculo de importancia para la toma de decisiones productiva por parte del sector privado. En el caso de las economías industrializadas antes mencionadas, los rangos de variación de los tipos de cambio entre sus monedas son establecidos a partir de una estrategia que prioriza la estabilidad de precios. De hecho, este es un criterio importante para la admisión de los diferentes países europeos a las etapas más avanzadas de integración monetaria entre los miembros de la CEE. Una fórmula para resolver este inconveniente consiste en predeterminar la evolución del tipo de cambio nominal, usado como referencia de la banda de flotación de acuerdo con las metas inflacionarias. Esta estrategia implica que la política de crédito doméstico del Banco Central deberá ser enfocada al cumplimiento de las metas de inflación que se hubiesen propuesto, en tanto la política fiscal deberá apoyar el logro del esfuerzo de ahorro necesario para mantener el tipo de cambio real a niveles acordes con la mantención de una sólida posición de balanza de pagos en el mediano plazo.

La literatura especializada de "zonas objetivo" se vincula con los trabajos realizados por Williamson (1985), Flood y Garber (1983), Miller y Williamson (1987), y muy especialmente Krugman (1991).<sup>28</sup> Aun cuando la presentación formal de la teoría de las zonas de intervención (*target zones*) es altamente compleja,<sup>29</sup> es posible ilustrar los aspectos esenciales de la misma a través del conjunto de ecuaciones antes expuestas. A continuación se reescriben las ecuaciones (1), (4) y (5), las que sirven de base para el análisis posterior.

$$(1) \quad i = i^* + E_t(dX_{t+1})$$

<sup>28</sup> Una primera versión de este estudio (Krugman, 1991) se presentó en 1988. Trabajos recientes, en los que se desarrollan diferentes aspectos de este sistema, son los realizados por Bertola y Caballero (1990), Svensson (1989), Frankel y Phillips (1991), Klein y Lewis (1991), Pessach y Razin (1991) y Pesenti (1990), entre otros.

<sup>29</sup> Por ejemplo, véase Pesenti (1990).

$$(4) X_t = (1/(1 + b)) \sum_{i=0}^{\infty} (b/(1 + b))^i E_t(Z_{t+i})$$

$$(5) X_t = Z_t + b(E_t(X_{t+1}) - X_t)$$

Como se señaló, la ecuación (1) indica la condición de equilibrio en el arbitraje para el caso de individuos neutrales al riesgo. La ecuación (4) plantea que el nivel contemporáneo del tipo de cambio depende no sólo del nivel corriente de sus determinantes, "Z's", a los que en la literatura de "zonas objetivo" se les denomina "fundamentos", o "determinantes últimos", sino también del nivel de estas variables que los individuos proyectan a futuro. La ecuación (5) es la expresión a partir de la cual se deriva (4).

Como se puede apreciar en la ecuación (4) existe una relación directa entre el nivel de los Z's y el del tipo de cambio. Ello, no obstante que dicha relación atraviesa por las expectativas de los agentes económicos, quienes usarán eficientemente la información disponible respecto del comportamiento de los Z's con el propósito de proyectar la conducta de esta variable a futuro. Este ejercicio es particularmente claro y simple en el caso en que la demanda por dinero es estable y la fuente de inestabilidad en el comportamiento de los Z's proviene de la política monetaria. En este caso, por la vía de implementar una regla de crecimiento del dinero, por ejemplo de  $k\%$  "a la Simons-Friedman", podría conseguirse un comportamiento estable del tipo de cambio y las tasas de interés. Un caso más complejo es aquel en el que la fuente de inestabilidad proviene de la demanda por dinero. En este caso, les corresponderá a las autoridades monetarias establecer algún tipo de política monetaria reactiva, de modo de reducir la inestabilidad macroeconómica.

El planteamiento básico de la teoría de las "zonas objetivo" es que la existencia de una probabilidad de intervención de las autoridades en el mercado cambiario afectará el comportamiento del tipo de cambio. De este modo, al desarrollarse la expectativa por parte de los agentes económicos de que el Banco Central intervendrá para evitar que el nivel del tipo de cambio supere cierto nivel de desviación en torno a un determinado valor considerado como objetivo o de tendencia, entonces, la lectura que realizarán los agentes económicos de la evolución contemporánea de los Z's será diferente al caso en que no se espera que el instituto emisor intervenga en el mercado cambiario de acuerdo a un cierto patrón de

comportamiento, por ejemplo el que se describe en la ecuación (6), a continuación.

$$(6) \quad h_t = g (X_t - X_t^*)^2 \quad g' > 0$$

En la ecuación (6) la variable "h" indica las intervenciones que realiza la autoridad para modificar la trayectoria de los Z's, en tanto que "g" es un parámetro que relaciona éstas con las desviaciones que registra el nivel contemporáneo del tipo de cambio respecto del objetivo de las autoridades, o valor medio de la banda. Dada la expresión (6), es razonable esperar que la magnitud de las intervenciones de las autoridades se acreciente a medida que lo hace la desviación que registra el tipo de cambio respecto de su nivel objetivo. Así planteada, la gestión de las autoridades en el mercado cambiario no es muy diferente a los ejercicios tradicionales de control óptimo que involucra la existencia de una función de pérdida que desean minimizar las autoridades haciendo uso de ciertos instrumentos.

Como se indicó, una ilustración sencilla de la idea mencionada es el caso en que la demanda por dinero es una función estable y el comportamiento de los Z's puede asimilarse con el del dinero nominal. En este caso, suponiendo que las autoridades monetarias no siguen otra regla de retroalimentación que no sea sobre el tipo de cambio, la ecuación de la oferta monetaria puede escribirse como sigue;

$$(7) \quad Z_t = qZ_{t-1} + h_t$$

Dado que la variable "Z" indica en este caso el logaritmo de la cantidad nominal de dinero, si existe una flotación plenamente libre y el Banco Central establece una regla de crecimiento sobre el dinero, se tiene que "h" = 0, y el valor de "q" indica el ritmo de crecimiento efectivo de los agregados monetarios. Si la intervención de las autoridades monetarias en el mercado cambiario sólo tiene por finalidad neutralizar ciertas perturbaciones aleatorias sobre el tipo de cambio, entonces  $h_t$  será una variable aleatoria con media cero.

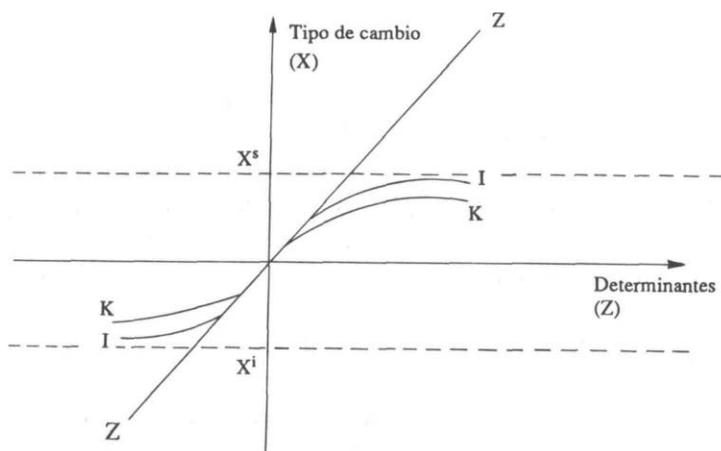
Naturalmente, en el largo plazo el Banco Central no puede sostener un nivel del tipo de cambio diferente al de equilibrio, dado un cierto patrón de comportamiento de la oferta y la demanda por dinero. Por este motivo, la mantención de ciertas trayectorias objetivo del tipo de cambio requiere que el valor promedio de las intervenciones sea cero y que el

Banco Central desempeñe eficientemente su rol de especulador estabilizador, lo que debe traducirse en ganancias —o al menos no en pérdidas— como consecuencia de esta intervención.<sup>30</sup> En caso contrario se verá vulnerada la restricción presupuestaria del Banco Central, haciéndose necesaria una realineación de la trayectoria del tipo de cambio o de la zona. Desde luego, el período durante el cual el Banco Central pueda mantener operaciones en el mercado cambiario con un cierto signo dependerá críticamente de la fortaleza de la situación patrimonial de éste.

Para los agentes participantes del mercado cambiario la tarea consistirá en estimar las zonas de intervención de las autoridades a través de la propia conducta pasada de ésta. Así, frente a una cierta evolución del tipo de cambio los individuos intentarán calificar el significado de la misma en términos de lo que se estima es el nivel objetivo de esta variable para las autoridades. De este modo, la relación entre el nivel contemporáneo del tipo de cambio y sus determinantes ( $Z$ 's) que se expresa en la ecuación (4) debe ser modificada por una que incluya la regla monetaria expuesta en (7).

En el Gráfico N° 1 se describe la forma en que se ve modificada la relación entre el tipo de cambio y sus determinantes en presencia de ciertos objetivos cambiarios por parte de las autoridades.

GRAFICON°1



<sup>30</sup> M. Friedman (1953).

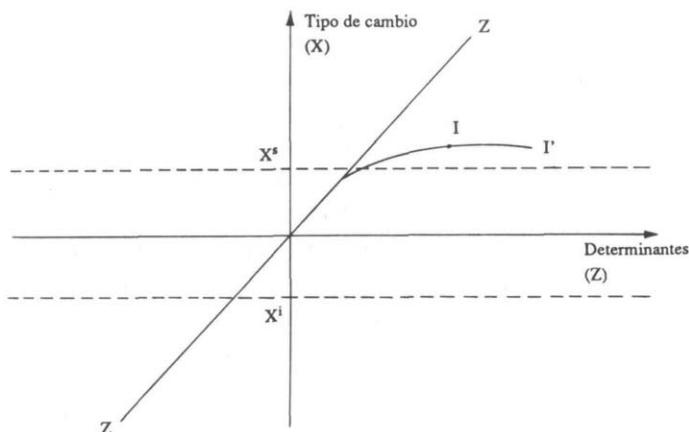
La línea ZZ describe la relación existente ente el tipo de cambio y sus determinantes bajo condiciones de "flotación pura" o, al menos, sin la presencia de reglas sistemáticas de intervención por parte de las autoridades en el mercado cambiario. Por otro lado, la curva II señala la forma en que se relacionan ambas variables en presencia de la expectativa de intervención de las autoridades. En el caso en que la intervención de las autoridades sólo se realiza en los límites de la zona —los que en este caso se definen como  $X^s$  y  $X^i$ — tiende a producirse un gradual acercamiento del tipo de cambio a éstos, en la medida en que los "determinantes últimos" o "fundamentales" observan una trayectoria sostenida al alza o a la baja. Ello, aun en el caso en que no han sido anunciados estos límites, como resultado de la convergencia de las expectativas de los participantes en el mercado, respecto de cuáles son los puntos de intervención de las autoridades.

En el caso en que las autoridades intervienen no sólo en los márgenes de la zona, sino también al interior de ésta, por ejemplo, de acuerdo con la regla expresada en (6) la relación entre los "fundamentos" del tipo de cambio y el nivel contemporáneo de éste se expresa a través de la curva KK en el Gráfico N° 1. De este modo es posible definir una familia de curvas para describir el equilibrio del mercado cambiario, dependiendo de la frecuencia y magnitud de las intervenciones que realizan las autoridades para sostener sus objetivos cambiarios. Así, en la medida en que se incrementa la magnitud o frecuencia de las intervenciones intramarginales de la autoridad monetaria en el mercado cambiario, la curva que relaciona el nivel del tipo de cambio con sus determinantes tiende a "aplanarse", describiendo la evolución desde un sistema cambiario plenamente libre hacia uno más dependiente de las decisiones de las autoridades.

Como se mencionó, la relación expresada en II sólo puede sostenerse en tanto las autoridades sigan las políticas necesarias para validar la "zona objetivo". De no ser así, es posible que no se produzca una coincidencia de juicios entre los agentes respecto de cuáles son los límites de intervención de las autoridades, produciéndose transacciones fuera de éstos, las que se acrecentarán en la medida en que se estime se producirá una modificación en los límites de la banda utilizada por las autoridades para definir sus intervenciones en el mercado cambiario. Esta situación se plantea en el punto 1 del Gráfico N° 2.

El hecho de que existan zonas de intervención de las autoridades en el mercado cambiario implica que en la medida que se sigan las políticas coherentes con este objetivo se logrará reducir la variabilidad efectiva, y también la esperada, de los tipos de cambio. Este planteamiento, que se

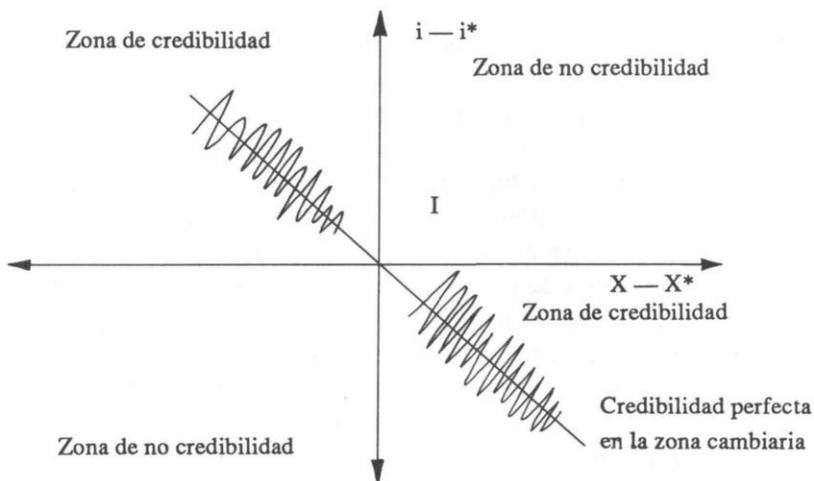
GRAFICO N° 2



ilustra en el Gráfico N° 1, tiene también importantes implicancias sobre el comportamiento de las tasas de interés domésticas. En efecto, como puede desprenderse de la ecuación (1), la variabilidad esperada de los tipos de cambio tiene importantes consecuencias sobre el nivel que registren las tasas de interés. Así, bajo un esquema de tipo de cambio fijo férreamente defendido, debe producirse una convergencia entre las tasas de interés domésticas y las externas, a menos que exista alguna restricción efectiva sobre los movimientos de capital. Por el contrario, en un sistema de tipos de cambio flotantes es posible sostener diferenciales importantes, y sistemáticas, entre las tasas de interés internas y externas, sin que ello involucre un obstáculo para el manejo de la política monetaria.

En el caso en que se adopta la alternativa de una zona de movimientos del tipo de cambio, la relación de equilibrio entre la diferencial de tasas de interés entre la economía en referencia y el resto del mundo dependerá críticamente de la ubicación que registre el tipo de cambio dentro de la "zona objetivo" y del grado de credibilidad que tengan los agentes económicos en cuanto a la permanencia de ésta. El caso de plena credibilidad, asumiendo también agentes neutrales al riesgo, se ilustra en el Gráfico N° 3, en la que las expectativas de variación del tipo de cambio son consistentes con la mantención de la banda cambiaria y se reflejan en la diferencial de tasas con el exterior. Desde luego, una manera de evaluar el grado de credibilidad que tienen los agentes económicos en la permanencia de la banda cambiaria existente consiste en contrastar la forma en que evoluciona la diferencial de intereses con el resto del mundo en dis-

GRAFICO N° 3



tintas posiciones dentro de la banda. Por ejemplo, el punto 1 en el Gráfico N° 3 describe una situación en la que la diferencial de intereses es incompatible con la expectativa de que se mantendrá, sin realineaciones, la banda cambiaria vigente. De hecho, el mencionado punto supone que los agentes anticipan una devaluación de la moneda doméstica, lo que involucra que se espera una modificación ascendente de los límites de la banda.

#### 9. ALGUNOS ALCANCES ACERCA DE LAS *TARGET ZONES*

El estudio de las características de un esquema de flotación restringida del tipo "zonas objetivo" ha cobrado creciente interés en la profesión, luego de su uso por parte de las principales economías industrializadas tras el Acuerdo del Plaza en 1985. En dicha oportunidad, las bandas de flotación de las monedas de los países partícipes de este acuerdo (EE.UU., Japón y Alemania) no fueron definidas en forma explícita a la opinión pública. Esta característica marca una diferencia no trivial respecto de los sistemas en los que los límites de la banda son preanunciados, como ha sido el caso de Chile desde mediados de los '80 y de Israel desde fines de esa década. En particular, en el caso en que las autoridades no anuncian cuáles son sus límites de intervención, las realineaciones de la paridad cambiaria central son más fáciles de implementar y menos costosas en términos de la credibilidad. Sin embargo, la ausencia de un compromiso explícito de las autoridades monetarias respecto de la trayectoria del tipo

de cambio otorga a éstas un grado significativo de discrecionalidad para el manejo de la demanda agregada, el que puede traducirse en importantes costos reales, en la medida en que se desalienta la toma de decisiones productivas.

En el caso de las economías industrializadas mencionadas, estudios disponibles sugieren que el tamaño de la banda implícita en las intervenciones de las autoridades fue variable a lo largo del tiempo. Así, por ejemplo, Klein y Lewis (1991) encuentran que la banda de flotación implícita, estimada a partir del cálculo de la probabilidad de intervención de las autoridades monetarias de los EE. UU. en el mercado cambiario, en el caso del tipo de cambio entre el dólar y el marco experimentó modificaciones que iban desde un rango de 7% a más de un 20% en pocos días.

Es importante señalar que, no obstante la dispersión que pudiera existir entre los agentes económicos respecto de las zonas de intervención de los bancos centrales estimadas por éstos, el acuerdo contraído entre las principales economías incorporaba un mecanismo de consulta cuando se produjera una desviación superior al 5% respecto de las paridades usadas como referencia en la política de intervención de los bancos centrales.

Otra experiencia reciente de utilización de bandas de flotación cambiaria lo constituye el caso de Israel a partir de 1989. La justificación del establecimiento de este esquema cambiario en el caso israelí fue que la mantención de un control efectivo de la política monetaria era incompatible con un sistema de tipo de cambio fijo, dado un contexto de creciente integración a los mercados financieros externos, la que se estimaba importante preservar.<sup>31</sup> Similarmente a lo observado en el caso chileno, en Israel se acrecentaron las dificultades para mantener el tipo de cambio real a medida que la economía se acercaba a una posición cercana al pleno empleo. Ello por cuanto en economías en las que la producción de bienes no transables es intensiva en mano de obra, la elasticidad de la oferta de este recurso conserva una estrecha relación con la elasticidad de la oferta de bienes no transables, la que tiende a reducirse en condiciones cercanas al pleno empleo.

En el caso israelí, la banda fue inicialmente establecida en  $\pm 3\%$  de fluctuación en torno a la paridad establecida por el Banco Central, ampliándose posteriormente a  $\pm 5\%$ . Como puede apreciarse, este esquema cambiario es similar al que ha prevalecido en Chile desde mediados de la década pasada. Tal vez la diferencia más importante entre ambas expe-

<sup>31</sup> Helpman y Leiderman (1991).

riendas sea la forma de determinación del tipo de cambio nominal. En el caso chileno ésta se ha establecido de acuerdo con una "política de tipo de cambio real", en tanto que en el caso israelí se fija el nivel —no la trayectoria del tipo de cambio— con relación a una canasta de monedas, introduciéndose cambios frecuentes y discretos en el nivel de estas paridades, de acuerdo a la evaluación que realicen las autoridades respecto de la marcha de la economía y el nivel de competitividad de la misma.

Un aspecto importante para el éxito de un esquema de zonas cambiarias, semejante a lo que ocurre con cualquier sistema en el que se fija el nivel o trayectoria del tipo de cambio, es que esta regla debe ser creíble para los agentes económicos. De otro modo, la actividad productiva se verá perjudicada por los desincentivos que ocasiona la expectativa de cambios en la política vigente, lo que estimula la especulación financiera. Tanto en el caso de Israel como también el de Francia, a partir de fines de los '70 y hasta mediados de los '80, la evidencia disponible tiende a cuestionar la hipótesis de que el nivel en el que se encontraba situada la zona cambiaria implícita en la gestión de las autoridades fuese visualizada como sostenible por parte de los agentes económicos.<sup>32</sup> En el caso de Israel, la evidencia indica que a medida que el tipo de cambio se acercaba al límite superior de la banda las tasas de interés domésticas tendían a elevarse, reflejando una expectativa de cambio en la paridad más que una convicción en cuanto a que la zona sería efectivamente sostenida por las autoridades. Una situación similar se observa en el caso de Francia entre 1979 y 1983.<sup>33</sup>

La configuración de un cuadro que acreciente la creencia por parte de los agentes económicos en cuanto a que la zona cambiaria es sostenible es un requisito importante para el buen funcionamiento de este sistema. Además, el éxito de un arreglo cambiario del tipo señalado requiere de la existencia de restricciones efectivas sobre el grado de libertad con que cuentan las autoridades para mover la demanda agregada, de modo que resulte creíble para los agentes económicos la mantención del mismo. En particular, en la medida en que el comportamiento del tipo de cambio real sea un determinante de la expectativa de los agentes respecto de posibles realineaciones de la paridad, entonces será necesario promover un manejo de las herramientas de política monetaria y fiscal coherente con este objetivo. La falta de credibilidad de los agentes en la mantención de la zona

<sup>32</sup> Al respecto, véanse Helpman y Leiderman, *op. cit.* (1991).

<sup>33</sup> Helpman y Leiderman (1991), *op. cit.*

cambiaría contribuirá a acrecentar el grado de volatilidad de las tasas de interés, con los consecuentes costos que ello implica en términos de asignación de recursos. En todo caso, la existencia de un comportamiento inestable de las tasas de interés que encuentran Helpman y Leiderman en el análisis de algunas experiencias en que se implementaron zonas cambiarias no debe interpretarse como un rasgo inherente a este tipo de organización, sino que como el reflejo de una conducción de la política económica visualizada por los agentes económicos como incompatible con la estabilización del tipo de cambio o de su rango de variación.

Para una economía pequeña y abierta, la implementación de un esquema cambiario del tipo "zonas objetivo" puede constituir una herramienta eficaz para armonizar los propósitos de estabilización del tipo de cambio real y del nivel de precios. Ello, en la medida en que su variabilidad restringida actúa como un impuesto sobre los movimientos de capital de corto plazo, sin que éste constituya un factor de desincentivo a la inversión extranjera ni al desarrollo de proyectos productivos. Por otra parte, el uso de este esquema cambiario como herramienta para contener los movimientos de capitales de corto plazo tiene la ventaja de la impersonalidad del mercado, la que por sus características es menos costosa, y a menudo más predecible que la evolución de los controles administrativos que se suelen elaborar con el mismo propósito.

A pesar de los beneficios que ofrece este sistema como herramienta para armonizar un manejo de la demanda agregada compatible con la estabilidad económica, con el establecimiento de señales de mediano plazo en torno a la trayectoria del tipo de cambio real, su implementación no resuelve el problema que plantea la ausencia de "ancla" para los precios en la economía. Por otro lado, no puede pedírsele a este sistema que garantice, por sí solo, un cierto nivel o trayectoria del tipo de cambio real. Como se indicó, ésta es una variable real y, en consecuencia, su evolución de mediano plazo depende de elementos reales, a pesar de la influencia que tiene el régimen cambiario sobre la dinámica de éste.

Tampoco es apropiado esperar que a través de la implementación de un sistema cambiario de este tipo se alcance un cuadro duradero de estabilidad de precios. La implementación de un sistema cambiario del tipo *target zones* puede constituir un mecanismo eficaz dentro de la armonización de los objetivos antes mencionados de la política económica; sin embargo es necesario complementarlo con un "ancla" para los precios.

La mantención de una "zona objetivo" de variación del tipo de cambio requiere establecer ciertas metas de crecimiento del dinero o del

crédito doméstico del Banco Central, las que sólo pueden fluctuar dentro de un cierto rango. Desde luego, este rango de variación debe ser parametrizado a los eventos reales que pudieran producirse y que afectan la capacidad de gasto de la economía. Este procedimiento no es ajeno a lo que ha sido históricamente la técnica utilizada por el FMI en el diseño del programa monetario. De acuerdo con ésta, las posibilidades de expansión del crédito doméstico del Banco Central se definen condicionales a la evolución de las Reservas Internacionales Netas. De este modo, frente a mejoramientos en la capacidad de gasto de la economía, debido, por ejemplo, a un aumento del precio del cobre en el caso de la economía chilena, el crecimiento del crédito doméstico permitido por las metas del programa se incrementaban.

Similarmente, es necesario establecer mecanismos automáticos de ahorro frente a los incrementos de carácter cíclico que pudieran tener lugar en los ingresos públicos. Como se señaló inicialmente, este tipo de procedimientos es particularmente importante dentro de la tarea de estabilización del tipo de cambio en economías en las que el principal recurso exportable se encuentra bajo propiedad estatal, y el precio internacional del mismo observa periódicas fluctuaciones.

## 10. ESTRATEGIAS ALTERNATIVAS

Como ya se dijo al comienzo, la armonización de un cuadro de estabilidad de precios y del tipo de cambio real es una tarea compleja para una economía pequeña, cuyas tasas de interés reales son más elevadas que las que prevalecen en los principales centros financieros. En particular, este conflicto de política económica parece ser especialmente relevante para economías que han superado los obstáculos que impedían su integración financiera al exterior, como fue el caso de las economías latinoamericanas en la década de los '80 luego de la irrupción de la crisis de la deuda externa. Así, la progresiva desaparición de las restricciones al acceso del crédito externo ocasionadas por la existencia de un alto nivel de endeudamiento externo del país tiende a acrecentar el interés de los inversionistas extranjeros por comprometer recursos en el territorio, lo que a su vez implica que se reduce el grado de autonomía de la política monetaria bajo un esquema de tipo de cambio fijado.

El logro de un clima de estabilidad macroeconómica, apoyado por un manejo monetario y fiscal coherente con este objetivo, ha sido habitualmente considerado por la literatura especializada en desarrollo econó-

mico como un determinante de importancia del comportamiento de la inversión productiva, especialmente en las economías con bajo capital *per cápita* y una relativa abundancia de otros factores productivos.<sup>34</sup> Sin embargo, la misma escasez relativa de capital y ahorro en estas economías ha conspirado contra la mantención de señales estables que estimulen el aumento de la inversión productiva, en particular en lo que se refiere a la estabilización del tipo de cambio real, cuando sus condiciones macroeconómicas internas estimulan una fuerte afluencia de capitales de corto plazo.

Frente a la coyuntura mencionada algunos economistas han planteado la posibilidad de establecer restricciones al ingreso de capitales de corto plazo. Una expresión concreta de este tipo de políticas es la imposición de encajes sobre estos capitales, fórmula usada en países como España y Chile con dudoso éxito. Alternativamente, economistas como Rudiger Dornbusch (1986) y (1988) han promovido el establecimiento de tipos de cambio duales. A través de esta fórmula se apunta a separar las transacciones financieras de las que involucran el intercambio de bienes, servicios y proyectos de inversión. De este modo, se establece un tipo de cambio fijo para las transacciones comerciales y uno flexible para las financieras, de manera que la misma variabilidad del "tipo de cambio financiero" acomode las variaciones que pudieran exhibir los movimientos financieros, sin que ello involucre un elemento de incertidumbre sobre la trayectoria del tipo de cambio real y la asignación de recursos.

Contrariamente a lo señalado por Dornbusch (1988), a pesar de los avances que pudieran existir en los sistemas de registro y auditoría de las transacciones financieras, en la práctica es altamente complejo lograr una implementación efectiva de controles cambiarios del tipo mencionado. Más aún, los avances obtenidos en el desarrollo de la tecnología de transacciones financieras hacen altamente vulnerables los sistemas de control de cambios que pudieran diseñarse. Ello a menos que éstos se sustenten en un nivel de coerción tan alto que, al costo de una importante pérdida de eficiencia de la economía, se logren separar los mercados internos y externos.

La evidencia disponible acerca del funcionamiento de los sistemas de tipo de cambio dual indica que en presencia de restricciones sobre los movimientos de capitales tiende a acentuarse el rol de los flujos de crédito

<sup>34</sup> Un estudio reciente acerca de los determinantes de la inversión productiva en las economías en desarrollo es el realizado por Larraín y Vergara (1991).

comercial como determinante básico de dichos sistemas. Luego, en la medida en que el crédito comercial se encuentre canalizado a través del tipo de cambio comercial, que sería lo razonable, el grado de efectividad de este tipo de regulación se reduce fuertemente.<sup>35</sup>

## 11. CONSIDERACIONES FINALES

El diseño de un sistema monetario que contribuya al logro de un cuadro de estabilidad macroeconómica es un objetivo prioritario de la política económica. Para una economía pequeña e integrada al comercio internacional es altamente probable que esta organización conlleve la fijación del tipo de cambio nominal como herramienta para garantizar el logro de un cuadro de estabilidad de precios y disciplina monetaria. Sin embargo, dadas las dificultades que tiene el establecimiento de un esquema cambiario de esta naturaleza en presencia de tasas de ahorro internas relativamente bajas respecto de las externas, lo que se manifiesta en una diferencial positiva de intereses respecto del resto del mundo, parece apropiado avanzar gradualmente hacia este sistema mediante el uso de un cierto grado de flexibilidad cambiaria como mecanismo desincentivador a la entrada de capitales de corto plazo. En este esquema el establecimiento de "zonas cambiarias" objetivo puede ser una herramienta apropiada.<sup>36</sup>

En el caso en que se visualiza la organización monetaria óptima como una de flotación del tipo de cambio junto con algún tipo de regla sobre el crecimiento del dinero, el esquema de flotación restringida también puede desempeñar un papel importante en la transición. Esto, en la medida en que permite que se realicen los ajustes reales necesarios para impedir que la variabilidad del tipo de cambio real sea excesiva como consecuencia de los movimientos de capitales.

El establecimiento de las mencionadas zonas objetivo no es sencillo, en la medida en que requiere de una intervención eficiente del instituto emisor con el propósito de atenuar las fluctuaciones del tipo de cambio, lo

<sup>35</sup> Al respecto, véanse Lanyi (1975) y Marión (1991).

<sup>36</sup> Cabe mencionar que este tipo de estrategia es plenamente coherente con la que se ha utilizado en la CEE para avanzar en el proceso de integración a este acuerdo. Así, la forma y tipo de incorporación de los diferentes miembros de este acuerdo a los aspectos macroeconómicos del mismo dependen de la evolución de sus diferentes indicadores macro, debiendo concluir este proceso en la introducción de una moneda común.

que involucra que este organismo debe desempeñar de un modo efectivo el rol de "especulador estabilizador" en el mercado cambiario. Al igual que en otras formas de intervención estabilizadora que realice el Banco Central en mercados de activos, un criterio de eficiencia es que su situación patrimonial no se vea resentida como resultado de la misma.

Paralelamente, es importante la introducción de algún criterio de reglas sobre el comportamiento del dinero o el tipo de cambio nominal, de modo de acotar el grado de discrecionalidad de las autoridades monetarias. Por último, es necesario mencionar que aun cuando la organización del sistema monetario es una variable importante en la dinámica del tipo de cambio real y de los flujos financieros con el exterior, la tendencia de estas variables depende críticamente del patrón de ahorro y gasto de la economía. Luego, frente a una elevada frecuencia de *shocks* sobre el ingreso nacional y con ello sobre la capacidad de gasto de la economía, la política fiscal deberá diseñar los mecanismos para una respuesta rápida del gasto interno, de manera de cautelar por la estabilidad del tipo de cambio real y la situación de las cuentas externas. En estas condiciones, una tarea pendiente es la definición de un manejo de las finanzas públicas acorde con los objetivos mencionados.

### Referencias bibliográficas

- Backus, D. "Empirical Models of the Exchange Rate: Separating the Wheat from the Chaff". *Canadian Journal of Economics*, 17 (1984).
- Barandiarán, E. "La Oferta Competitiva de Dinero Bancario". *Cuadernos de Economía* N° 40, 1976.
- Dornbusch, R. "Expectations and the Exchange Rate Dynamics". *Journal of Political Economy*, 84 (1976).
- \_\_\_\_\_. "Special Exchange Rates for Capital Account Transactions". *The World Bank Economic Review*, septiembre 1976.
- \_\_\_\_\_. "Exchange Rate Economics: Where Do We Stand?". *Brookings Papers of Economic Activity*, 1 (1980).
- \_\_\_\_\_. *Open Economy Macroeconomics*. 1986.
- \_\_\_\_\_. "The European Monetary System: The Dollar and the Yen". En Francesco Giavazzi, Stefano Micossi, Marcus Miller (eds.), *The European Monetary System*. Centre For Economic Policy Research, 1988.
- \_\_\_\_\_. "Real Interest Rates, Home Goods and Optimal External Borrowings". *Journal of Political Economy*, febrero 1983.
- Driskell, R. A. "Exchange rates dynamics: an empirical investigation". *Journal of Political Economy*, 89 (1981).
- Frankel, J. y S. Phillips. "The European Monetary System: Credible at Last?". *Working Paper* N° 3819, NBER, 1991.

- Frenkel, J. "Flexible Exchange Rates, Prices, and the Role of 'News': Lessons from the 1970s". En J. S. Bhandari y B. H. Putnam (eds.), *Economic Interdependence and Flexible Exchange Rates*. The MIT Press, 1983.
- \_\_\_\_\_. y M. Mussa. "The Efficiency of Foreign Exchange Markets and Measures of Turbulence". *American Economic Review*, mayo 1980.
- Friedman, M. "The Case for Flexible Exchange Rates". En M. Friedman, *Essays in Positive Economics*. Chicago: University of Chicago Press, 1953.
- Genberg, H. "In the Shadow of the Mark: Exchange Rate and Monetary Policy in Austria and Switzerland". En V. Argy y P. de Grauwe (eds.) *Choosing an Exchange Rate Regime: The Challenge for Smaller Industrial Countries*. IMF, Katholieke Universiteit Leuven, Macquarie University, 1990.
- Goodhart, Ch. "The Conduct of Monetary Policy". *The Economic Journal*, junio 1989.
- \_\_\_\_\_. "Monetary Targets: European Experience". Seminar on Monetary Policy Instruments for Developing Countries. Banco Mundial, mayo 1990.
- Haeche, G., y J. Townend. "Exchange Rates and Monetary Policy: Modelling Sterling's Effective Exchange Rate, 1972-1980". En W. A. Eltis y P. J. N. Sinclair (eds.), *The Money Supply and the Exchange Rate*. Oxford University Press, 1981.
- Hayek, F. Von. *Monetary Theory and Trade Cycle*. Sentry Press, 1933.
- Helpman E. y L. Leiderman. "Israel's Exchange Rate Band", *mimeo*, Tel Aviv University, diciembre 1991.
- Hodrick, R. J. "An Empirical Analysis of the Monetary Approach to the Determination of the Exchange Rate". En J. A. Frenkel y H. G. Johnson (eds.), *The Economic of Exchange Rates*. 1978.
- Herrera, L. O. y R. Vergara. "Estabilidad de la demanda de dinero, cointegración y política monetaria". *Cuadernos de Economía*, abril 1992.
- Johnson M. "Current Perspectives on Monetary Policy". Cato Conference on Dollars, Déficit and Trade, febrero 1988.
- Klein, M. y K. Lewis. "Learning About Intervention Target Zones". *Working Paper* N° 3.674 NBER, 1991.
- Krugman, P.R. "Purchasing Power Parity and Exchange Rates: Another Look at the Evidence". *Journal of International Economics*, 8 (1978).
- \_\_\_\_\_. "Target Zones and Exchange Rate Dynamics". *Quarterly Journal of Economics*, agosto, 1991.
- Lanyi, A. "Separate Exchange Markets for Capital and Current Transactions". *IMF Staff Papers*, 1975.
- Larraín, F. y R. Vergara. "Investment and Macroeconomic Adjustment: the Case of East Asia", *mimeo*, mayo 1991.
- Lindsey, D. "Monetary Targets: The U. S. Experience", Banco Mundial, Seminar on Monetary Policy Instruments for Developing Countries, mayo 1990.
- Lucas, R. "Understanding Business Cycles". En K. Brunner y A. H. Meltzer (eds.), *Carnegie Rochester Conference Series on Public Policy*. Amsterdam: North Holland.
- \_\_\_\_\_. "Money Demand in the United States: A Quantitative Review", *mimeo*, 1988.
- Mac Donald R. y M. P. Taylor. "Exchange Rate Economics: A Survey". *IMF Working Paper*, junio 1991.

- Marión N. "Empirical Evidence on European Dual Exchange Rates and its Relevance for Latin American". *Working Paper* N 3.809, NBER, 1991.
- Matte, R. y P. Rojas. "Evolución reciente del mercado monetario y una estimación de la demanda de dinero en Chile". *Cuadernos de Economía*, agosto 1989.
- Méese, R. A. y K. Rogoff. "Empirical Exchange Rate Models of the Seventies: Do They Fit Out of Sample?". *Journal of International Economics*, 14 (1983).
- Miller, M y A. Sutherland. "Monetary and Exchange Rate Targets, and After: A Stochastic 'Hard Landing' for Sterling?". En Victor Argy y Paul de Grauwe (eds.), *Choosing an Exchange Rate Regime: The Challenge for Smaller Industrial Countries*. IMF, Katholieke Universiteit Leuven, Macquarie University, 1990.
- Miller, M. y J. Williamson. "Target Zones and Policy Coordination", Institute for International Economics, Washington D. C., 1987.
- Mussa, M. "Empirical Regularities in the Behaviour of Exchange Rates and Theories of the Foreign Exchange Market". En K. Brunner y A. H. Meltzer (eds.), *Policies for Employment, Prices, and Exchange Rates*, Vol. 11. Carnegie Rochester Conference Series on Public Policy, suplemento del *Journal of Monetary Economics*, 1979.
- \_\_\_\_\_. "Nominal Exchange Rates Regimes and the Behaviour of Real Exchange Rates, Evidence and Implications". En K. Brunner y A. Meltzer (eds.), *Carnegie Rochester Series on Public Policy*, Vol. 25, 1987.
- Pesenti, P. "Exchange Rate Stochastic Dynamics and Target Zones: an Introductory Survey". *Temi di Ricerca* 9, 1990, Ente per gli Studi Monetari, Bancari e Finanziari, Roma.
- Pessach S. y A. Razin. "Targeting the Exchange Rate: An Empirical Investigation". *Working Paper* N° 3.662, NBER, 1991.
- Pierce, J. L. "The Myth of Congressional Supervisión of Monetary Policy". *Journal of Monetary Economics*, abril 1978.
- Poole, W. "Monetary Lessons of the Recent Inflation and Disinflation". *Journal of Economic Perspectives*, verano 1988.
- Rosende, F. "Análisis de la situación económica. El ajuste: orígenes, políticas y resultados". *Serie Documentos de Trabajo* 138, septiembre 1990, Centro de Estudios Públicos.
- \_\_\_\_\_. "Después del ajuste: la economía chilena en el primer semestre de 1991". *Serie Documentos de Trabajo* 160, agosto 1991, Centro de Estudios Públicos.
- \_\_\_\_\_. "Tipo de cambio real y salarios reales: consideraciones sobre la experiencia chilena". *Cuadernos de Economía*, agosto 1985.
- Salemi, M. K. "Comment". En J. A. Frenkel (ed.), *Exchange Rates and International Macroeconomics*. Chicago: NBER, 1984.
- Simons, H. "Rules versus Authorities in Monetary Policy". *Journal of Political Economy*, febrero, 1936.
- Svensson, L. E. "Target Zones and Interest Rate Variability". NBER, *Working Paper* N° 3.218, 1989.
- Williams, J. *The Exchange Rate System*. Washington D. C.: Institute for International Economics, 1985. □

## ENSAYO

### **EL FIN DE LA URSS** LA *GLASNOST* Y SUS EFECTOS

**Carlos Miranda\***

El autor examina la función desempeñada por la *glasnost* en el proceso que concluyó con la desintegración de la URSS. De acuerdo a este análisis, los objetivos originales de la *glasnost*, es decir, servir de apoyo y complemento a la *perestroika* (haciendo posible el conocimiento público de profundas fallas, graves deficiencias e ineficiencias administrativas y corrupción), pronto se vieron excedidos. No sólo se puso en evidencia que los problemas eran mucho mayores en extensión y en profundidad de lo que se había previsto, sino que existía una interrelación entre ellos que tendía a retroalimentarlos recíprocamente. Esta peligrosa imbricación era la consecuencia de la ideología en todas las esferas de la sociedad. Así, el horizonte de las críticas se amplió rápidamente hasta llegar a plantear serias dudas respecto de los fundamentos de la legitimidad del régimen. Finalmente, el resurgimiento del largamente silenciado problema de las nacionalidades constituiría el último anuncio de la inevitabilidad del desmantelamiento final del imperio.

La *perestroika*, por consiguiente, no podía sino fracasar, pues el propósito de Gorbachov de reformar el sistema sin salirse de él era inviable y contradictorio. A través de la *glasnost*, se concluye, había quedado de manifiesto que el sistema no era reformable; sólo cabía cambiarlo.

\* Licenciado en Filosofía y Magister en Estudios Internacionales, Universidad de Chile; M. A. en Ciencia Política, Georgetown University. Profesor e investigador de la Facultad de Ciencias Económicas y Administrativas de la Universidad de Chile.

La serie de profundos y acelerados cambios que en el curso de unos breves años se ha desarrollado en el interior de la Unión Soviética, y que finalmente ha conducido a su disolución como Estado, ha tenido significativas y multifacéticas repercusiones en el mundo entero; de hecho, ha afectado no sólo el escenario político y estratégico internacional, sino también las vidas particulares de millones de hombres, dentro y fuera de sus fronteras.

Carecemos, por el momento, de una suficiente perspectiva histórica, y de herramientas teóricas adecuadas para analizar en toda su amplitud las transformaciones ocurridas, las que por lo demás de ninguna manera podría considerarse que han concluido. Su misma importancia, sin embargo, hace necesario el esfuerzo —no exento de riesgos interpretativos— de tratar de dilucidar las causas que desataron un proceso de tantas y a la vez trascendentes e imprevisibles consecuencias.

Por cierto, las causas de la serie de acontecimientos que culminaron en 1989 en el colapso del bloque imperial soviético establecido tras la Segunda Guerra Mundial en Europa Central y Oriental, y en 1991 en la desintegración del Estado soviético —él mismo también un imperio— son múltiples. Sucesivas crisis se suscitaron en todos los planos, ya que, como comenta Robert Tucker, "casi toda patología concebible que pueden sufrir una sociedad y un imperio ha hecho su aparición en la Unión Soviética".<sup>1</sup> Aunque en este estudio me referiré a varias de estas "patologías", mi análisis se centrará en el rol desempeñado en todo este proceso por la *glasnost*.

A mi juicio, la *glasnost* fue un elemento clave porque a través de ella pudieron revelarse públicamente los errores y los horrores del sistema. Ningún aspecto de éste pudo escapar de las críticas posibilitadas por la *glasnost*, la cual una vez iniciada adquirió una fuerza incontrolable, semejante a la de una especie de virus letal que al afectar al sistema en su totalidad, carcomió sus fundamentos ideológicos y morales, con lo que terminó erosionando las bases de su legitimidad. De acuerdo a la "lógica" de los acontecimientos, la consecuencia final de este proceso no podía ser otra que el derrumbe del régimen comunista imperante en la Unión Soviética. Pero lo que pocos soviólogos fueron capaces de prever fue que la caída del régimen traería consigo la desintegración de la Unión. Intentaré mostrar en este trabajo que el colapso del sistema implicaba necesariamente la disolución del Estado imperial soviético.

<sup>1</sup> Robert W. Tucker, "1989 and All That", *Foreign Affairs*, Vol. 69, N° 4, otoño 1990, p. 96.

## El fin de la URSS

La Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas nació oficialmente el 30 de diciembre de 1922. La fecha exacta de su disolución es algo menos precisa, aunque podría considerarse que ella se produjo, de hecho, el 8 de diciembre de 1991, cuando Rusia, Ucrania y Bielorrusia declararon en Minsk, capital de esta última república, que la Unión Soviética había dejado de existir "como sujeto de leyes internacionales y realidad geopolítica", y acordaron formar una Comunidad de Estados Independientes, contraviniendo con ello la expresa voluntad del todavía Presidente de la Unión, Mijaíl Gorbachov, quien persistió hasta el final en su idea de preservar la integridad del Estado soviético. En el curso de las dos siguientes semanas, otras ocho repúblicas se incorporaron a la nueva Comunidad, y sólo Georgia permaneció al margen de ella.

Gorbachov, no obstante, siguió ostentando el título de Presidente de la Unión Soviética hasta el 26 de diciembre de 1991, fecha en la que finalmente dimitió, en la última reunión del Soviet Supremo, de un cargo que a esas alturas ya no tenía más que un valor puramente nominal, porque de hecho el Estado que él había gobernado durante casi siete años ya no existía. Su acto de renuncia fue, pues, algo casi superfluo, pero revestido, sin embargo, de una dosis de patética ironía y, sobre todo, de un alto contenido simbólico. Fue el último acto oficial celebrado en la Unión Soviética, y también constituyó la ratificación legal de otro acontecimiento de fuerte simbolismo acaecido el día inmediatamente anterior, cuando fue arriada del Kremlin la bandera roja con la hoz y el martillo que representaba a la Unión Soviética y en su lugar fue izada la vieja bandera tricolor de la Rusia imperial.

Estos dos actos finales, por sí mismos importantes y dramáticos, no solamente representaron la caída de uno de los líderes más influyentes en la política mundial del período de la postguerra y el reconocimiento de la extinción de la Unión Soviética en cuanto Estado, sino también expresaron el término definitivo de una serie de otras importantes realidades de este siglo. La desaparición del Estado imperial que había sido una de las superpotencias dominantes en el escenario internacional durante más de cuatro décadas reflejaba el fracaso de la ideología en la que se había sustentado, la cual, a pesar de estar basada en una utopía imposible y de los enormes costos materiales e incontables sacrificios de vidas humanas que había implicado su implementación, había sido capaz, no obstante, de concitar la adhesión de millones de hombres en el mundo entero. Adicionalmente, los mencionados eventos también significaron la confir-

mación definitiva de la disolución de la estructura bipolar del sistema internacional de la postguerra y el final de la guerra fría, que fue la consecuencia inevitable de dicha estructura configurada en torno a dos grandes polos hegemónicos inconciliables entre sí. El sorprendente proceso de cambios radicales que en el curso de unos pocos meses en 1989 había desintegrado al bloque que parecía más homogéneo y cohesionado culminaba así con la propia desintegración del poder central que lo había dominado.

Por cierto, la historia registra la caída de muchos grandes imperios y revela que las veleidades del poder constituyen quizás la característica más constante de la política. Ello es así porque la política, y especialmente la política internacional, ha consistido a lo largo del tiempo esencialmente en una lucha por el poder. Por esta razón, todos los cambios significativos en la distribución internacional del poder han sido en el pasado el resultado de guerras, es decir, del empleo de la violencia. En la presente situación, sin embargo, los cambios se produjeron de manera casi completamente pacífica. Al respecto, la pregunta pertinente es: ¿cómo y por qué pudo producirse un hecho tan anómalo, tan sin precedentes en la historia?

A mi entender, para intentar rastrear una respuesta a esta interrogante es preciso remontarse por lo menos a los inicios de lo que Zbigniew Brzezinski llamó la "crisis terminal del comunismo"<sup>2</sup> que se hizo patente a mediados de la década pasada. La crisis fue multifacética, ya que se manifestó en las esferas económica, social, política, cultural, étnica, moral, con el agravante de que las dificultades en un área mostraron una tendencia perversa a repercutir en las demás, retroalimentándose y profundizándose. Y es que además, y quizás principalmente, fue una crisis ideológica, que en cuanto tal, y por tratarse de una ideología totalitaria (en el sentido de involucrar todos los ámbitos de la sociedad), afectó los cimientos del sistema, de modo que cuando éstos comenzaron a ser carcomidos por la pérdida colectiva de fe en el modelo que la ideología proponía, todo el edificio tambaleó y terminó desplomándose. Irónicamente, la misma característica totalizante de la ideología que durante decenios había mostrado su eficacia para integrar todos los aspectos de la sociedad bajo su omnímodo dominio, en el momento de su quiebre provocaba la completa desintegración del sistema.

<sup>2</sup> Zbigniew Brzezinski, *El gran fracaso: Nacimiento y muerte del comunismo en el siglo veinte* (Buenos Aires: Javier Vergara Ed., 1989).

### El diagnóstico de 1985

En marzo de 1985, la Reunión Plenaria del Comité Central del PCUS eligió como Secretario General del Partido a Mijaíl Gorbachov. Su elección de ninguna manera puede ser considerada un hecho fortuito, ya que si bien él representaba una nueva mentalidad, ésta era concordante con la percepción crecientemente extendida —aunque todavía permaneciera en gran medida públicamente silenciada— de los problemas de diversa índole que aquejaban a la Unión Soviética. En otros términos, parecía inevitable que en ese momento el poder pasase a manos de un reformista. En cierto modo, la necesidad de un cambio ya se había vislumbrado en el breve gobierno de Yuri Andropov, quien sucedió a Brezhnev en 1982 y planteó los primeros ataques contra la corrupción y el estancamiento del sistema. Pero la repentina muerte de Andropov en 1984 paralizó momentáneamente el incipiente impulso innovador, al asumir el poder Konstantin Chernenko, un anciano representante de la vieja guardia conservadora. Sin embargo, su período de gobierno fue aún más breve que el de su antecesor y ciertamente no logró contrarrestar las presiones reformistas ya desatadas en estratos cada vez más amplios de la sociedad soviética, incluyendo entre ellos a importantes sectores del Partido Comunista. Esta situación explica la llegada al poder de Mijaíl Gorbachov, un hombre de una nueva generación y con una nueva mentalidad.

Cuando Gorbachov emerge como figura dominante existía, pues, una percepción generalizada del anquilosamiento del sistema soviético, de su incapacidad para cumplir sus propias promesas y así satisfacer las apremiantes demandas sociales de mayor bienestar. Los reiterados fracasos económicos y el retraso tecnológico eran cada vez más evidentes e indesmentibles, lo que era grave no sólo desde el punto de vista puramente económico sino también desde una perspectiva psicológica y moral: la ideología sustentadora de todo el sistema, basada en un supuesto conocimiento científico de las leyes de la historia y de la economía, estaba mostrando sus insuficiencias prácticas y su inferioridad respecto del vituperado capitalismo. Era claro que la competencia en el desarrollo científico y técnico, a la que se había ostentadamente desafiado a Occidente veinte años antes, se estaba perdiendo. Por consiguiente, el problema prioritario que había que resolver era cómo recuperar el dinamismo de la economía, cómo elevar y mejorar la productividad. Por cierto, encontrar una solución adecuada a este tipo de problemas es difícil en cualquier lugar del mundo, pero en una sociedad como la soviética lo era aún mucho más, debido a la penetración del factor ideológico en todos los ámbitos.

La ideología había generado una interconexión entre todos ellos en una especie de red global que resultó fatal cuando se desató la crisis.

Parece poco discutible que el detonante de la crisis fue la situación de la economía. Pero, de acuerdo al diagnóstico de los nuevos líderes, el estancamiento económico era sólo la manifestación externa de un fenómeno de raíces más profundas, consistente en la gradual erosión de los valores ideológicos y morales de la población.<sup>3</sup> O como lo expresa Alexander Zinoviev, la crisis no era en realidad económica, sino que se trataba de "una crisis social en la economía".<sup>4</sup> Factores de la más diversa índole aparecían imbricados y entrometidos en el campo propio de la economía.

Esta anómala situación era, en no desdeñable medida, una consecuencia indeseada de la persistente actitud de los dirigentes de mantener el fervor ideológico de la población mediante la presentación de una visión exitista de la realidad, ocultando las dificultades o renovando una y otra vez la promesa de solucionarlas. Pero si bien esa táctica pudo ser útil durante muchos años, terminó provocando una irreparable pérdida de credibilidad en la palabra oficial. La brecha entre la ideología y la realidad, entre las proclamas y los hechos, fue haciéndose progresivamente ostensible, lo que tuvo como consecuencia que la ideología fuera perdiendo gradualmente su influjo sobre la sociedad y terminara convirtiéndose en objeto de ironía y mofa generalizadas, allanando así el camino al descrédito de la historia y del estilo de vida soviéticos, y a la erosión de los dogmas y valores del marxismo-leninismo.<sup>5</sup> Y si bien es posible sostener que lo más probable es que la mayor parte de la población jamás creyó de verdad en los principios de la ideología hegemónica, el hecho es que, por necesidad o conveniencia, el ciudadano común supo adaptarse a ellos y se habituó a conformar su vida de acuerdo con sus normas.

Un acertado y lúcido diagnóstico de esta situación es el que plantea Dimitri Simes, quien escribe:

La ideología marxista-leninista, el último pilar del viejo régimen, está irreparablemente dañada. Es cierto que durante la cínica era de Leonid Brezhnev la ideología no fue tomada muy en serio. No obstante, ella proporcionó a la extremadamente conformista población soviética doctrinas y normas útiles para su vida cotidiana. Ellos (los

<sup>3</sup> Mijaíl Gorbachov, *Perestroika: Nuevas ideas para nuestro país y el mundo* (Buenos Aires: Emecé, 1987).

<sup>4</sup> Alexander Zinoviev, "La crisis del comunismo: Un giro en 360 grados", *El Mercurio*, 24 marzo 1991, p. E 19.

<sup>5</sup> Zinoviev, *loc. cit.*

miembros de la población) sabían que pertenecían a una entidad nueva, histórica, llamada Unión Soviética. Esa entidad era dirigida por el Partido Comunista que, para bien o para mal, estaba ahí para quedarse. Puesto que se presumía que el Partido debía tanto dirigir como proteger a las masas, los individuos (la mayoría de los cuales no experimentaba ninguna incomodidad al describirse a sí mismos como 'gente pequeña') no sentían necesidad de pensar por sí mismos acerca de nada que no les concerniera directamente. Una creencia casi religiosa en un mañana mejor anunciaba que tarde o temprano el Partido estaría preparado para conducir a sus leales subditos al paraíso. Si las cosas no funcionaban demasiado bien en casa, los éxitos externos daban una apariencia de legitimidad a las proclamas del Partido, según las cuales la Unión Soviética estaba dirigiendo la marea de la historia y que eventualmente llegarían las recompensas.<sup>6</sup>

Simes atribuye a Gorbachov el papel de destructor de todas estas pretensiones. A mi juicio, la destrucción había comenzado bastante antes; pero, durante la época de Brezhnev, ella operó y avanzó subterráneamente, y lo que al respecto hizo Gorbachov fue permitir que saliera a la superficie.

El cuadro presentado por Simes, no obstante, refleja adecuadamente el conformismo, la pasividad del pueblo soviético, producto no sólo del régimen de opresión impuesto por el Partido Comunista, sino también herencia de siglos de sumisión bajo el autoritarismo zarista. Lo que en todo caso importa subrayar es que el pueblo supo adaptarse a vivir en las condiciones descritas. A esa adaptación contribuyó, sin duda, la ideología, "último pilar" del régimen, como la califica Simes. Esta misma razón explica lo aseverado antes: la crisis de la ideología fue un ingrediente esencial en el colapso del sistema. Examinemos con mayor detención este punto.

Según Arturo Fontaine, "el proyecto socialista fue fundamentalmente una retórica (. . .) que unificaba al imperio, era la justificación del imperio".<sup>7</sup> El término "retórica" aplicado al sistema soviético expresa adecuadamente los componentes de ficción, de apariencias, y también de persuasión colectiva que lo caracterizaron. Pero lo que ahora me interesa destacar es la función integradora que Fontaine asigna a lo que él llama "retórica", y que yo identifico como ideología.

<sup>6</sup> Dimitri Simes, "Gorbachov's Time of Troubles", *Foreign Policy*, N° 82, primavera 1991, p. 100.

<sup>7</sup> Arturo Fontaine Talavera y David Gallagher, "Impresiones sobre la Unión Soviética", *Estudios Públicos*, 41, verano 1991, p. 24.

En efecto, en la sociedad soviética la ideología cumplió con singular eficacia práctica el rol integrador, cohesionante de grupos humanos que le atribuyen teóricos de este fenómeno como Leszek Kolakowski, por ejemplo.<sup>8</sup> Esa función integradora fue deliberadamente reforzada por la ya aludida penetración de la ideología en todos los sectores de la sociedad. Desde esta perspectiva se comprende que la mantención de la adhesión, o por lo menos el respeto —aunque éste sólo fuera formal— a la ideología era esencial. He insinuado que la adhesión masiva verdadera a ella tal vez nunca existió; pero el problema crucial, patente ya en la década de 1970, fue la gradual y siempre creciente pérdida de respeto hacia los dogmas de la ideología. Este fue un hecho clave porque de él se derivaron otros que fueron configurando una fatídica cadena hacia la descomposición y final desintegración del sistema.

El ya citado filósofo polaco Leszek Kolakowski sostiene que una de las funciones sociales que cumple la ideología es la de organizar los valores de una clase o grupo humano.<sup>9</sup> La ideología no opera en el ámbito de la racionalidad o de la ciencia sino que lo hace preferentemente en el plano de las emociones y creencias. Y si bien los valores pueden estar sustentados en sólidas bases racionales, su efectividad práctica depende de la adhesión emocional, de la fe colectiva que ellos logren suscitar. Por esta razón, la organización ideológica de los valores que un determinado grupo comparte es necesaria para mantener la cohesión interna entre sus miembros, ya que alimenta en ellos su sentido psicológico de pertenencia, su sociabilidad. El quiebre de la ideología implica, entonces, el rompimiento de lazos sociales fundamentales para la pervivencia del grupo. Pero además implica despojar a éste de su suelo de creencias, como diría Ortega y Gasset.<sup>10</sup> Y cuando la fe se pierde se despierta el espíritu crítico, y entonces nacen las dudas y recelos.

El proceso de desintegración de la sociedad soviética constituye una comprobación empírica de este enfoque teórico. A lo que he llamado "pérdida de respeto hacia la ideología" siguieron las actitudes colectivas de escepticismo y desconfianza respecto del sistema y sus autoridades, la pérdida de credibilidad en la palabra oficial, el hábito de la "doble lectura" de las declaraciones, ejercicio inevitable una vez que se ha tomado con-

<sup>8</sup> Leszek Kolakowski, *El hombre sin alternativa* (Madrid: Alianza, 1970), pp. 25-45.

<sup>9</sup> Kolakowski, *op. cit.*, p. 25.

<sup>10</sup> José Ortega y Gasset, *Ideas y creencias* (Madrid: El Arquero [diversas ediciones]).

ciencia de la brecha que separa lo que las autoridades dicen y la realidad a la que supuestamente aluden.

En tanto el sistema se mantuvo cerrado, la percepción de la referida brecha careció de la posibilidad expresarse externamente y, por lo tanto, no ocasionó mayores dificultades políticas; pero fue inevitable que, como ya lo indicamos, se extendiese subterráneamente, lo que tuvo un efecto corrosivo en la moralidad ciudadana, ya que el pueblo se habituó a lo que Thomas Remington ha descrito con la expresión "bilingüismo conductual",<sup>11</sup> esto es, la actitud de fingir que se cree en los dogmas y verdades oficiales mientras internamente se piensa de muy diferente manera. Casi todos los miembros de la sociedad participaban en este juego de desdoblamiento y sabían que los demás también lo hacían. La prolongada práctica de este tipo de conducta en todas las esferas sociales condujo a la situación comentada por David Gallagher, quien sostiene que en la sociedad soviética realmente no había "ninguna noción de la verdad".<sup>12</sup>

Efectivamente, la bifurcación entre lo que se dice y lo que se piensa implica la introducción dentro de la sociedad de la mentira y, junto con ella, como ya lo advirtió en el siglo XVII el filósofo Baruch de Spinoza,<sup>13</sup> del germen de la corrupción, que soterradamente irá socavando las bases de la comunidad. Estas nefastas consecuencias son, de acuerdo al análisis de Spinoza, el inevitable producto de las restricciones que el poder político puede imponer a la libertad de expresión. La libertad de pensamiento es absolutamente inalienable y ni aun el más poderoso soberano puede controlarla. Lo que un soberano sí puede hacer es controlar la expresión pública del pensamiento de sus súbditos. Pero cuando procede de esta manera, lo que en realidad está haciendo es obligando a sus súbditos a callar lo que piensan o a decir cosas diferentes a las que piensan, es decir, los está forzando a mentir.<sup>14</sup> Pero la mentira inducida originalmente para impedir la divulgación de ideas tiende a expandirse a otros ámbitos de la sociedad y concluye envenenándolos a todos. La mentira es la semilla de la corrupción.

Los recientes acontecimientos acaecidos en lo que fue la Unión Soviética constituyen una elocuente comprobación empírica de la teoría

<sup>11</sup> Thomas Remington, *The Truth of Authority* (Pittsburgh: University of Pittsburgh Press, 1988).

<sup>12</sup> Arturo Fontaine Talavera y David Gallagher, "Impresiones sobre la Unión Soviética", *Estudios Públicos*, 41, verano 1991, p. 15.

<sup>13</sup> B. de Spinoza, *Tratado Teológico-Político*, cap. XX.

<sup>14</sup> Carlos E. Miranda, "Libertad de expresión: El argumento de Spinoza", *Estudios Públicos*, 29, verano 1988, pp. 231-257.

spinoziana. La mentira generalizada, el disimulo, el fingimiento colectivo, provocaron la aparición de variados males en la sociedad soviética. Tales males han sido sintetizados por Zinoviev en su concepto del "homo sovieticus", con el que designa al resignado, indiferente, sumiso y reglamentado ciudadano soviético, quien ha sido despojado de toda iniciativa personal, que espera poco del sistema, pero que recíprocamente tampoco está dispuesto ni capacitado para entregar mucho. El "homo sovieticus" sería, en suma, el producto de un programa de ingeniería social construido mediante la opresión y el terror. Pero ese producto, proyectado ante todo para ser funcional al sistema, se ha convertido en un elemento fatal para el mismo sistema en el momento de la crisis. De la pasividad y la sumisión inducidas durante largos años no cabía esperar el surgimiento de las fuerzas revitalizadoras que ahora se requerían. Como al respecto comenta Jan Feldman: "Es irónico, pero las raíces de la crisis soviética actual pueden localizarse precisamente en el 'éxito' de aquel experimento humano".<sup>15</sup>

La cruda caracterización del "homo sovieticus", el producto real de setenta años de dictadura comunista, revela la magnitud del fracaso —o la mentira, como derechamente la califica Di Palma<sup>16</sup>— del proyecto ideológico que efectivamente pretendió crear un "hombre nuevo", un ciudadano y productor imbuido en los principios y valores socialistas. En lugar de ello, como resultado de la pretensión constructivista, nos encontramos con el desencantado "homo sovieticus".

En resumen, como consecuencia de la percepción de que el modelo económico y social impuesto no funcionaba, se debilitó el último resto de adhesión ideológica, emergió la desconfianza en los dirigentes y en el Partido, y se suscitó un conjunto de comportamientos morales perjudiciales para la recuperación de la eficiencia productiva y administrativa. Ante la falta de estímulos y de expectativas, empezó a reinar una actitud de generalizada apatía, de pérdida de interés en el trabajo, de pasividad pública, de falta de compromiso social, con secuelas tales como el cinismo y la hipocresía, y también el alcoholismo y la drogadicción. Esta serie de reacciones negativas en el plano moral, consecuencia directa del fracaso de la economía, se convirtió de este modo en la principal causa de nuevos deterioros en dicho sector.

<sup>15</sup> Jan Feldman, "Propagación e impacto de la ideología en la URSS", *Problemas Internacionales*, 38: 5, septiembre-octubre 1989, p. 95.

<sup>16</sup> Giuseppe di Palma, "Legitimation from the Top to Civil Society. Political Cultural Change in Eastern Europe", *World Politics*, 44: 1, 1991, p. 76.

Los nuevos dirigentes advirtieron, con bastante lucidez, que la insatisfacción de las aspiraciones materiales estaba conduciendo a una progresiva descomposición moral, la que, a su vez, repercutía negativamente en la eficiencia de todo el sistema. En otros términos, se había establecido una perniciosa interconexión entre el ámbito económico y el ámbito moral, de tal manera que los problemas en uno de ellos tenían efectos en el otro, los cuales retroalimentaban las fallas del primero, y así sucesivamente. Las implicancias políticas y sociales de este corrosivo proceso eran obvias. Con el fin de detenerlo y revertirlo, era preciso actuar en varios frentes a la vez. Para alcanzar este crucial objetivo, eminentemente pragmático, Gorbachov diseñó sus dos célebres campañas: la *glasnost* y la *perestroika*.

Estas dos palabras rusas alcanzaron rápida divulgación en el mundo entero. Con ellas se designó a dos procesos concebidos como recíprocamente complementarios. En la práctica, sin embargo, éstos corrieron destinos diferentes. Podríamos decir que el primero alcanzó un "éxito" muy superior al previsto originalmente, y en este sentido resultó contraproducente desde el punto de vista sistémico; y el segundo fracasó debido a la confusión tanto en sus planteamientos como en el alcance de sus objetivos.

### **La *glasnost* y sus objetivos**

*Glasnost* significa literalmente "transparencia informativa". En términos prácticos, ella significó una apertura a la libertad de expresión. De acuerdo con sus planteamientos iniciales, la finalidad específica de la *glasnost* era de carácter moral: lo que se pretendía era cambiar el estilo de vida soviético a través de un proceso de democratización tendiente en último término a revitalizar el socialismo. En palabras de Gorbachov:

*Glasnost*, crítica y autocrítica, no son solamente una nueva campaña. Han sido proclamadas y deben convertirse en una norma en el estilo de vida soviético. Ningún cambio radical es posible sin esto. No hay democracia, ni puede haberla, sin la *glasnost*. Y no hay, y no podría haber, un socialismo actual sin democracia.<sup>17</sup>

Frases como las recién citadas dieron lugar en Occidente a largos debates acerca de cuál era la real valoración de la democracia por parte de Gorbachov, es decir, si la veía como complementaria del socialismo o más

<sup>17</sup> Gorbachov, *Perestroika*, p. 89.

bien como un medio para el fortalecimiento de este último. Hoy, por cierto, el asunto carece de relevancia, porque la *glasnost* adquirió un dinamismo y una dirección muy diferentes a los previstos. Lo que en cualquier caso resulta incuestionable es que a través de esta campaña se produjo efectivamente un cambio significativo en el estilo de vida del pueblo soviético.

Según escribe Gorbachov, mediante la *glasnost* se pretendía poner en movimiento el "potencial moral" de la sociedad para "ganar terreno sobre la pasividad e indiferencia que erosionaban nuestros corazones"<sup>18</sup>, esto es, se trataba de activar el "factor humano", para emplear otra expresión del mismo Gorbachov<sup>19</sup>, es decir, que cada trabajador llegara a considerarse a sí mismo como un ciudadano activo y respetado, con derechos y deberes, responsable del logro de las metas de la sociedad y comprometido con ellas. Se esperaba que al abrir cauces de participación civil, a través de los cuales el ciudadano corriente pudiera sentirse reconocido como tal al manifestar libremente sus opiniones, críticas y aspiraciones, se revitalizaría la moralidad pública y con ello la eficiencia laboral y administrativa. De este modo, sería posible revertir la tendencia al anquilosamiento económico y tecnológico.<sup>20</sup>

El ejercicio de esta nueva libertad, sin precedentes en la historia soviética, se volcó en su primera etapa hacia la crítica pública de la burocracia, y los principales blancos fueron la ineficiencia, la corrupción, los abusos de poder. Estas críticas se extendieron rápidamente porque no encontraron resistencia. Ni aun los miembros de la *nomenklatura* se atrevieron a defender o justificar sus prerrogativas. Por otra parte, las nuevas autoridades estaban interesadas en fomentar estas manifestaciones de malestar focalizadas hacia el período de Brezhnev, ya que creían que de este modo se facilitaría la *perestroika*, el proceso paralelo de reformas tendientes a la extirpación de lo que en ese momento todavía se consideraba como meras "desviaciones" del socialismo. Desde esta perspectiva, la *glasnost* parecía ser el instrumento más adecuado para recuperar la pureza ideológica y revitalizar la moralidad pública con ciudadanos que se sentirían partícipes activos y comprometidos en los procesos de toma de decisiones políticas. Finalmente, la economía se fortalecería gracias a los

<sup>18</sup> Gorbachov, *op. cit.*, p. 84.

<sup>19</sup> Gorbachov, *op. cit.*, p. 29.

<sup>20</sup> Zbigniew Brzezinski, "La crisis del comunismo: La paradoja de la participación política", *Estudios Públicos*, 30, otoño 1988, pp. 5-17.

nuevos incentivos concedidos a los trabajadores, cuya voz sería ahora reconocida y escuchada.

Este ambicioso programa pareció entonces viable ya que fue diseñado teniendo a la vista el diagnóstico de la situación de la sociedad soviética antes reseñado. Dicho diagnóstico posibilitó la detección de una serie de problemas cuya gravedad demandaba urgentes soluciones; pero, como pronto pudo apreciarse, resultó incompleto, porque no logró captar la extensión ni la profundidad del deterioro. Este fue un error fatal, ya que impidió que Gorbachov pudiera prever la fuerza arrolladora que adquiriría la *glasnost*, proceso concebido como uno de los remedios necesarios para contrarrestar los males detectados, pero cuya acción resultó finalmente letal.

### La *glasnost* y sus efectos

Sin duda, Gorbachov desconocía lo que Tocqueville consideraba una de las reglas más invariables que han regido la historia de las sociedades: Las fuerzas de la democracia crecen tras cada nueva concesión, y sus exigencias se incrementan con su nuevo poder.<sup>21</sup> La *glasnost* permitió comprobar empíricamente el estricto cumplimiento de esta "regla".

Ciertamente, la *glasnost* abrió el cauce para la participación democrática, a través de un proceso inducido "desde arriba" por parte de las nuevas autoridades, de crítica y autocrítica del sistema vigente, con el propósito expreso de reformarlo, lo que se proyectaba lograr mediante el proceso paralelo de la *perestroika*.

En su primera fase, la *glasnost* satisfizo a cabalidad los objetivos esperados. Las denuncias públicas contra las fallas de la burocracia hacían justificables las medidas para renovarla. Sin embargo, la multiplicación de acusaciones acerca de la corrupción, los abusos y la variada gama de deficiencias de la burocracia, provocó otros efectos psicológicos imprevistos y contrarios a los que se pretendía alcanzar. En efecto, las revelaciones desatadas en el marco de la *glasnost*, en vez de elevar la moral pública, tendieron más bien a intensificar el escepticismo y los oscuros presagios de la población.<sup>22</sup> Y con esta actitud se allanó el camino para el paso

<sup>21</sup> Alexis de Tocqueville, *Democracy in America*, Ed. Philips Bradley (Nueva York: Vintage Books, 1954), I, iv.

<sup>22</sup> Aurel Braun y Richard B. Day, "Contradicciones de Gorbachov", *Problemas Internacionales*, 39: 3, 1990, p. 39.

hacia otras etapas en el proceso de apertura: el cuestionamiento del sistema que había permitido y hecho posibles los males denunciados.<sup>23</sup>

El paso de la *glasnost* a una segunda fase significó exceder el marco previsto por sus impulsores. El horizonte de la crítica se amplió y las denuncias dejaron de circunscribirse a la situación inmediata y a la era de Brezhnev, y se extendieron hasta abarcar también el período de Stalin. El proceso de apertura adquirió entonces una nueva dimensión, cualitativamente diferente. Las acusaciones ya no se referían a errores, abusos, corrupción, y otras variadas deficiencias administrativas, sino directamente a crímenes injustificables. Un número significativo de imputaciones apuntaron a revelar atrocidades perpetradas contra las minorías étnicas del imperio.<sup>24</sup>

Esto hizo emerger a la superficie el tema de las nacionalidades, que Stalin parecía haber cerrado para siempre. Sin embargo, el repudio del estalinismo, como comenta Brzezinski, "reveló que el tema continuaba siendo, potencialmente, el más inquietante de todos los dilemas políticos internos".<sup>25</sup> La represión de las aspiraciones y los antagonismos nacionales no los había hecho desaparecer, y los acontecimientos pronto desmintieron la tantas veces reiterada afirmación de que las viejas nacionalidades habían quedado subsumidas en el concepto más amplio de "nacionalismo soviético".<sup>26</sup>

Pero lo más grave en relación a este asunto, debido a sus ulteriores consecuencias, es que Gorbachov nunca entendió el problema de las nacionalidades. Michael Kirkwood ha llegado a sugerir que si él hubiera medido la importancia que adquiriría la "cuestión de las nacionalidades", difícilmente habría permitido que la *glasnost* llegase tan lejos.<sup>27</sup> Gorbachov pareció creer verdaderamente en la propaganda ideológica acerca de un armonioso Estado soviético multinacional.<sup>28</sup> Su ingenua aceptación de este mito lo condujo a subestimar los alcances destructivos que potencialmente podía tener el despertar de los sentimientos nacionalistas en un imperio que albergaba 126 etnias diferentes.

<sup>23</sup> Di Palma, *op. cit.* (nota 16), p. 73.

<sup>24</sup> Martha Brill Olcott, "The Soviet (Dis)union", *Foreign Policy*, N° 82, primavera 1991, p. 21.

<sup>25</sup> Brzezinski, *El gran fracaso*, pp. 112-113.

<sup>26</sup> Brzezinski, *op. cit.*, p. 113.

<sup>27</sup> Michael Kirkwood, "*Glasnost*: The National Question and Soviet Language Policy", *Soviet Studies*, 43: 1, 1991, p. 61.

<sup>28</sup> Robert G. Kaiser, "Gorbachov: Triumph and Failure", *Foreign Affairs*, 70: 2, primavera 1991, p. 169.

La ceguera o ignorancia de Gorbachov respecto de este tema le impidió percibir que la libertad de expresión posibilitada dentro del marco de la *glasnost* tarde o temprano tocaría este asunto, y desde ese momento, como dice Robert Kaiser, "los días de la vieja unión estaban contados". Y agrega este autor: "La lógica de la *glasnost* y la democratización llevaban inexorablemente al fortalecimiento de los sentimientos nacionalistas, y de ahí al separatismo".<sup>29</sup> La única manera de evitar la desintegración del imperio, cuando el proceso de apertura había alcanzado ya ese nivel, habría sido el retorno al autoritarismo centralizado<sup>30</sup>, pero Gorbachov no quiso o no pudo dar ese paso.

### La última etapa de la *glasnost*

Finalmente, hasta Lenin, fundador del Estado soviético, cayó, literalmente, de su casi sagrado pedestal. Según relata Zbigniew Brzezinski, en cierto momento de la *glasnost*, en 1987, cuando arrembaban las críticas al período estalinista, surgió la pregunta: "¿Fue Stalin quien creó su sistema, o fue el sistema el que creó a Stalin?" La respuesta pareció inclinarse por la segunda opción: Stalin era un producto del sistema. Pero entonces había que plantear la pregunta siguiente: ¿Quién creó el sistema? Y ahora la mira comenzó a apuntar hacia Lenin, líder de la revolución triunfante, fundador del Estado soviético, y organizador del sistema que había engendrado a Stalin y hecho posibles sus crímenes. Brzezinski concluye: "En esencia, el legado permanente del leninismo fue el estalinismo, y esa la más fuerte acusación de la historia respecto del papel de Lenin en la construcción del socialismo dentro de Rusia".<sup>31</sup>

La interpretación de Brzezinski acerca de las responsabilidades de Lenin es hoy ampliamente compartida. Pero las impugnaciones al fundador fueron resistidas hasta el final por la élite del Partido. La aceptación del repudio a la era de Stalin ya comprometía buena parte del pasado del soviétismo. Aceptar ahora la desmitificación de Lenin significaba renegar de la totalidad de la historia del comunismo soviético.<sup>32</sup> Más aún, la figura de Lenin constituía la fuente última de legitimidad del sistema. Su

<sup>29</sup> Kaiser, *op. cit.*, p. 169.

<sup>30</sup> Dominic Lieven, "The Soviet Crisis", *Conflict Studies*, 241, mayo 1991, p. 4.

<sup>31</sup> Brzezinski, *El gran fracaso*, p. 36.

<sup>32</sup> Brzezinski, *op. cit.*, p. 67.

caída, consecuentemente, despojaría a las autoridades del Partido y del gobierno de los restos de legitimidad que aún ostentaban.

Gorbachov percibió las potencialmente peligrosas implicancias políticas de los cuestionamientos a Lenin tan pronto como éstos comenzaron a manifestarse. En su libro *Perestroika*, publicado en 1987, Gorbachov ofrece una ardorosa defensa de Lenin, aduciendo que en sus obras se hallaba la "fuente ideológica de la *perestroika*",<sup>33</sup> y que ésta procuraba "resucitar el espíritu vivo del leninismo".<sup>34</sup>

Pero el esfuerzo de Gorbachov fue inútil. Ya no era posible revertir el nivel de descomposición a que se había llegado. Las críticas desatadas por el proceso de la *glasnost* habían revelado el amplio convencimiento popular de que los errores y vicios del presente y del pasado no habían sido fruto de circunstancias coyunturales, sino que eran inherentes al sistema imperante, inspirado en una ideología engañosa que no conducía a la liberación humana, como prometía, sino a una permanente opresión. Desde esta perspectiva, se comprende que la *perestroika*, tal como fue originalmente concebida, era un proyecto imposible.

### El fracaso de la *perestroika*

*Perestroika* es un término que involucra las ideas de reestructuración y reforma. Gorbachov planteó por primera vez esta estrategia en la reunión plenaria del Comité Central del PCUS celebrada en abril de 1985. Gorbachov concibió la *perestroika* como un proceso necesario e inevitable y de alcances revolucionarios.<sup>35</sup> Su objetivo era reformar el sistema dentro del sistema, dentro del socialismo, con el propósito de reforzar el socialismo y desplegar sus potencialidades.<sup>36</sup> La *perestroika* debía nutrirse de las revelaciones proporcionadas por la *glasnost*. Pero desde el momento en que ésta excedió los límites prefijados, la *perestroika* comenzó a desdibujarse y sus proclamados objetivos se volvieron crecientemente difusos.

En realidad, la *perestroika* era un proyecto imposible, porque en su planteamiento había una contradicción básica. El diagnóstico de 1985, confirmado y reforzado por la *glasnost*, puso en evidencia la necesidad de

<sup>33</sup> Gorbachov, *op. cit.*, p. 25.

<sup>34</sup> Gorbachov, *op. cit.*, p. 73.

<sup>35</sup> Gorbachov, *op. cit.*, pp. 17 y 54-55.

<sup>36</sup> Gorbachov, *op. cit.*, pp. 38 ss.

reformar *todos* los ámbitos del sistema, debido a que ninguno de ellos funcionaba adecuadamente, y a la ya comentada retroalimentación recíproca de las dificultades de cada esfera en las demás. La acertada percepción de la magnitud y amplitud de las reformas requeridas impulsó a Gorbachov a proponer la *perestroika*, la reestructuración revolucionaria de todos los campos de la sociedad. Pero Gorbachov impuso una condición que hacía inviable su propio programa: las transformaciones debían efectuarse dentro del sistema. Al parecer, Gorbachov nunca comprendió la inconsistencia de este propósito. ¿Cómo reformar la totalidad de las partes del sistema y pretender, sin embargo, mantener el sistema? Gorbachov quedó atrapado en esta contradicción que jamás logró resolver, y que explica el fracaso de la *perestroika* y su propia caída. ¿Qué justificación podía esgrimirse para preservar un sistema que evidenciaba sus deficiencias en todos los campos?

La incoherencia lógica del proyecto reformista de Gorbachov tal vez pueda atribuirse a su fidelidad al Partido, la cual le impidió percibir la completa falta de atractivo que la doctrina comunista tenía para amplios sectores de la población.<sup>37</sup> ¿Qué interés podían tener éstos en prestar su colaboración para salvar una ideología en la que nadie creía que había inspirado un sistema fracasado, como lo revelaba día a día la *glasnost*? Por esto la *perestroika* chocó en todo momento con la inercia infranqueable del pueblo soviético, la cual imposibilitó cualquier avance significativo del programa de reestructuración.

El frustrado golpe de Estado de los sectores conservadores del Partido, en agosto de 1991, puso término abruptamente a la *perestroika*<sup>38</sup> Ese acontecimiento puso la lápida al proyecto de Gorbachov, porque constituyó la demostración definitiva de su inviabilidad. El sistema soviético no era reformable, era necesario cambiar su naturaleza misma.<sup>39</sup> O más precisamente, sustituirlo por otro diferente. Era evidente que carecía por completo de sentido persistir en un camino no sólo fallido sino también peligroso, como ahora se comprobaba.

Después del intento de golpe de agosto pasado, se ha desarrollado a un ritmo vertiginoso una serie de acontecimientos que han implicado transformaciones profundas y sorprendentes. Boris Yeltsin ha tratado de

<sup>37</sup> Kaiser, *op. cit.*, p. 164.

<sup>38</sup> Melor Sturua, "The Real Coup", *Foreign Policy*, 85, invierno 1991-92, p. 69.

<sup>39</sup> Aurel Braun y Richard B. Day, "Contradicciones de Gorbachov", *Problemas Internacionales*, 39: 3, 1990, p. 49.

desmantelar las estructuras y bases de poder de la vieja sociedad. Su medida más audaz e impactante fue la proscripción legal del Partido Comunista y la confiscación de sus bienes. La Unión Soviética ha dejado de existir, y las quince repúblicas que la integraron son ahora Estados independientes. Once de ellos han conformado una "Comunidad", sobre cuya evolución no parece prudente pronunciarse por el momento, pues persiste un sinnúmero de viejos y nuevos problemas no resueltos de índole política, social, económica, militar, diplomática, etc.

El panorama es extremadamente incierto. El proceso de cambios continúa y nadie sabe dónde ni cuándo terminará. Se ha abandonado la ideología orientadora y cohesionante, la cual no ha sido sustituida por un nuevo proyecto de sociedad. Este vacío ha sido llenado por el resurgimiento del nacionalismo, cuya irrupción en varias de las antiguas repúblicas plantea amenazas de interminables y violentos conflictos.

### Conclusión

El imperio soviético se ha disuelto. Las causas de su fin fueron los propios errores y fracasos del régimen que lo gobernó. El proceso de descomposición del sistema se hizo patente a partir de la llegada al poder de Mijaíl Gorbachov en 1985, pero el verdadero origen de los problemas es muy anterior a esa fecha. Por esto, sería enormemente injusto culparlo a él de la destrucción del Estado soviético. Gorbachov detectó el mal funcionamiento del sistema en todas sus áreas, no obstante lo cual pretendió salvarlo. Con este objetivo diseñó sus programas de *glasnost* y *perestroika*.

He centrado mi análisis en la *glasnost*, debido a que, a mi entender, su rol fue determinante en el desarrollo del proceso que ha terminado con la desintegración de uno de los Estados más poderosos del mundo hasta hace unos pocos años. Pero no fue la *glasnost* la que hizo estallar la crisis. Ella sólo permitió la manifestación pública de una crisis global, cuyos múltiples factores causales yacían ocultos, silenciados por la represión oficial, pero que durante muchos años habían estado corroyendo internamente la sociedad.

La libertad de expresión ha demostrado su enorme poder al contribuir decisivamente a derrotar a una de las dictaduras más opresivas que registra la historia. □

## CONFERENCIA

# **EL FRACASO DEL COMUNISMO EN EUROPA ORIENTAL Y EN LA UNIÓN SOVIÉTICA**

## **IMPACTO IDEOLÓGICO Y VUELCO POLÍTICO\***

**Rainer Geppert\*\***

Tras reseñar los principales sucesos políticos, económicos e ideológicos que desencadenaron el derrumbe de la URSS, así como aquellos que precipitaron los procesos de democratización acaecidos previamente en las naciones de Europa Oriental, el autor analiza las implicancias nacionales, regionales y globales de la caída del Imperio soviético. En el plano nacional se subraya la magnitud de las tareas que hay por delante en términos de reestructuración política, social y económica, y la importancia de la ayuda, adecuadamente canalizada, que puedan proporcionar Europa Occidental y Estados Unidos tanto a Rusia como a los países de Europa Oriental. A nivel regional, por su parte, se advierte el inusitado impulso en que se ha traducido el desmantelamiento del Imperio soviético para la unidad europea y las iniciativas tendentes a la reinserción mundial de los países de Europa Oriental —a través de acuerdos de asociación con la Comunidad Europea—, al acercamiento de los ex Estados de la URSS a la Comunidad Europea y su integración al sistema europeo de seguridad. Finalmente, en el plano internacional, el autor se refiere al desafío que entrañan la promoción y preservación de los valores de la libertad y la justicia en el actual período de transición.

\* Texto traducido de la conferencia pronunciada en seminario "El mundo en la era postsocialista", organizado por el Instituto Libertad en Santiago de Chile los días 24 y 25 de abril de 1992.

\*\* Licenciado en Ciencias Políticas, Historia y Filosofía. Doctor en Ciencias Políticas en la Universidad de Salzburgo, Austria. Fundador y director del Instituto de Encuentros y Cooperación Internacionales (IBZ) de la Fundación Hanns-Seidel.

La reunificación alemana (y perdónenme por nombrar en primer lugar este suceso tan increíble para nosotros los alemanes) resultaba hace tres años tan impensable como la disolución de las estructuras comunistas en Hungría (marzo de 1989), las primeras elecciones libres en Polonia (4 y 18 de junio de 1989), la revolución en Checoslovaquia (17 de noviembre de 1989) y las revoluciones en Bulgaria (noviembre de 1989) y Rumania (16 de diciembre de 1989).

Sin embargo, en diciembre de 1989 ya se preveía que la ex Unión Soviética, y con ella también Gorbachov, no sería capaz de resistir la tensión política existente al interior de ella entre opositores y partidarios de la economía planificada y la economía de mercado, y de un sistema unipartidario y una democracia multipartidaria.

En ese entonces se trataba simplemente de evitar o posponer el colapso mientras se pudiera, hasta que el proceso de democratización fuese irreversible en todos los Estados de Europa del Este; Polonia, Hungría y Checoslovaquia se encontrasen más ligados a la Comunidad Europea; la reunificación de Alemania se hubiese completado; el mercado interno europeo fuese un hecho, y existiese un sistema de seguridad efectivo en Europa que garantizara que ésta no se dejaría arrastrar por las turbulencias rusas.

Con todo, nadie se atrevía a predecir que la Unión Soviética se desmoronaría definitivamente tan pronto, en Alma-Ata el 21 de diciembre de 1991, con la creación de la "Comunidad de Estados Independientes" y la renuncia oficial de Gorbachov como Presidente de la Unión Soviética el 25 de diciembre de 1991, a las 18:00 (hora de Europa Central). Debe destacarse que para Gorbachov, sin embargo, la conservación de la Unión Soviética, del Imperio, fue hasta el final una meta política: "Yo soy el centro, así es y así seguirá siendo. No participaré en la destrucción de la Unión Soviética".

## 1. El derrumbe de la URSS

¿Qué provocó esta inesperada evolución de los acontecimientos en la ex Unión Soviética? La recuperación moral y militar de Estados Unidos y el comienzo de los años ochenta con Ronald Reagan en la presidencia (la superación del síndrome de Vietnam y la carrera armamentista); la decadencia paralela de la Unión Soviética, caracterizada por el rápido cambio de un gerontócrata a otro, desde Brezhnev a Andropov (1982) y desde el fallecimiento de este último a Chernenko; la manifiesta declina-

ción de la segunda superpotencia durante una fase decisiva en la política mundial, la que no logró ser detenida cuando, después de la muerte de Chernenko en 1985, Mijaíl Gorbachov (54 años en ese entonces), representante de una generación más joven de dirigentes, fue elegido como nuevo Secretario General de la Unión Soviética.

Bajo la dirección de Gorbachov emergió en la Unión Soviética una coalición gobernante de fuerzas "progresivas", formada por el Partido, las Fuerzas Armadas, el KGB y sectores de la economía. Esta coalición trabajó sobre la base de una declaración ideológica de principios formulada por Gorbachov en diciembre de 1984, la que propiciaba una "reforma revolucionaria" de la Unión Soviética según los siguientes principios: el regreso a Lenin, la mantención de la "idea socialista", la conservación del poder a través del partido y una revolución desde arriba, que no modificase el sistema imperante sino que sólo lo mejorase y lo hiciera más eficiente.

Una razón decisiva para la *perestroika* fue el reconocimiento de que el capitalismo no se había dirigido hacia la siempre esperada y profetizada crisis final, sino que, por el contrario, producto de su revolución tecnológica, y de la resultante sociedad de información, aventajaba cada vez más al socialismo. La sublime meta del triunfo final del socialismo degeneró en lo contrario. Si recordamos la trascendente frase que pronunciara Lenin en 1920, podría decirse que aquél fue alcanzado por la realidad de los años noventa: "El sistema social que sea capaz de generar una mayor productividad será el que triunfe finalmente sobre el otro. Y no cabe duda de que será el socialismo".

Gorbachov vislumbró el peligro de que la Unión Soviética pudiese dejar de ejercer rápidamente su papel como superpotencia militar, económica y política. Se dio cuenta de que el lema de Brezhnev pronto perdería validez: "Ningún asunto en el mundo puede solucionarse sin nuestra participación, sin que se considere nuestro poderío económico o militar".

Gorbachov, a raíz de ello, introdujo un "nuevo pensamiento" en la política exterior, el que contribuyó al término de la confrontación, de la "guerra fría" y al desarme; redujo la intervención mundial de la Unión Soviética (Angola, Mozambique, Nicaragua, Etiopía y, especialmente, Afganistán); puso fin gradualmente a la ayuda militar (Vietnam, Corea del Norte, Cuba); intentó reducir los insostenibles gastos militares a través de tratados de desarme y terminó con la doctrina Brezhnev, lo cual devolvió a los Estados de Europa del Este su independencia y a la Unión Soviética le otorgó un respiro que le permitiese obtener ayuda financiera extranjera para su agotada economía.

El nuevo estilo de Gorbachov despertó esperanzas que, sin embargo, no se vieron cumplidas porque todas las instituciones del país —el Partido, el Ejército, el KGB y la economía— se encontraban obsoletas, y porque las personas activas en su coalición, defensoras de la *perestroika* y la *glasnost*, incluso él mismo, no pudieron, o no quisieron, liberarse de la antigua estructura mental comunista. Gorbachov y su coalición no adoptaron las reformas necesarias de manera que la *perestroika* y la *glasnost* perdieron su significado para las fuerzas gobernantes, pero sí surtieron efecto en las viejas instituciones como el Partido, las fuerzas de seguridad, los servicios secretos, la economía y las Fuerzas Armadas. La creciente apertura de la prensa dejó en claro la participación de dichas instituciones tanto en actos de terror, asesinato y represión como también en la crisis económica. Su reputación descendió rápidamente.

Gorbachov aceleró voluntaria o forzosamente este proceso de destrucción a través del fortalecimiento de su poder y posición personales en lugar de frenarlo por la vía de reformas internas.

En el ámbito estatal, que hasta entonces sólo había servido de fachada para el dominio partidista, Gorbachov creó nuevas estructuras de poder, quizás con alguna intención política e ideológica. Asumió el cargo de Presidente de Estado con amplias atribuciones. En 1989 convocó a la elección de un nuevo parlamento, el Congreso de los Diputados del Pueblo. Paralelamente al Politburó constituyó un Consejo Presidencial y, finalmente, asumió como cabeza de un nuevo gobierno presidencial. Sin embargo, las leyes y decretos de este nuevo aparato de poder quedaron sin efecto. Los nuevos movimientos políticos y nacionalistas les causaron cada vez más problemas a las nuevas y antiguas estructuras de poder y obtuvieron una mayoría en las elecciones parlamentarias de la Unión y de las repúblicas. No sólo cuestionaron el monopolio del poder del Partido, sino que obligaron al Partido Comunista de la Unión Soviética a prescindir de él. Pero ni los proyectos de reforma de los "demócratas" ni las maniobras de Gorbachov pudieron impedir el colapso de la economía, del cual se culpaba cada vez más a la *perestroika*.

En mayo de 1989 Andrei Sajarov diseñó un programa alternativo a la *perestroika* de Gorbachov. Sajarov abogaba por:

- la distribución del poder y el control democrático de éste;
- la introducción del mercado;
- la libertad de expresión, y
- la autodeterminación de las naciones.

La "revolución desde arriba" comenzó a transformarse en una verdadera "revolución desde abajo". La lucha entre comunistas y demócratas

se agudizó. Durante la primavera de 1990 se disolvió la coalición que había formado Gorbachov en 1985 con los funcionarios claves del Partido, del Gobierno, las Fuerzas Armadas, el KGB y los sectores económicos. Estos compañeros, dispuestos a participar en pequeñas innovaciones, se sintieron amenazados por el destino de sus compañeros de Europa del Este que habían perdido el poder; por los movimientos opositores que deseaban limitar sus privilegios y posiciones; por el anunciado vuelco hacia el mercado y por las exigencias de independencia de las repúblicas. Todo esto hacía peligrar demasiado el sistema de poder de setenta años, el que hasta entonces sólo era privilegio de la *nomenklatura*.

En julio de 1990, el último día en la historia del Partido Comunista de la Unión Soviética, no fue posible contener las fuerzas contrarias ni adecuar al abatido Partido a los requisitos de un naciente sistema multipartidista. Los reformistas, Yeltsin a la cabeza, se retiraron del Partido. En pocos meses éste perdió a más de 5 millones de militantes.

Teniendo en vista el Imperio, Gorbachov realizó un disimulado—sólo superficialmente advertido— nuevo vuelco hacia las fuerzas estalinistas en el Partido, las Fuerzas Armadas, el KGB y los sectores económicos, a pesar de que no los tenía totalmente bajo control. Con la ayuda de ellos intentaba frenar las fuerzas opositoras y mantener a raya a las repúblicas, especialmente las bálticas, y superar la crisis económica. Aparte de un movimiento exagerado y de un mar de decretos, no hubo resultados positivos.

En abril de 1991 Gorbachov sorprendió con una nueva coalición. Volvió a unirse a Yeltsin, a quien una vez despojara de cargo y honores por ser demasiado amigo de las reformas. Mientras tanto, Yeltsin había sido elegido, contra la voluntad de Gorbachov, Presidente de la República Rusa. Se redactó un nuevo Tratado de la Unión, que reconocía la soberanía de las repúblicas, suprimía las nuevas estructuras presidenciales soviéticas de reciente creación, y anunciaba la disolución de la nación de la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas. Esto fue, de hecho, la anticipación de lo sucedido en Alma-Ata, sólo las circunstancias serían diferentes.

Una vez que el Partido hubo perdido su monopolio, los funcionarios estalinistas vieron caer su último bastión, los organismos centrales del poder, e intentaron poner fin a todo mediante un golpe. El fallido intento de golpe del 19 de agosto de 1991 no produjo, sin embargo, la restauración de las viejas estructuras, sino que asestó a la enmohecida fachada del socialismo el último golpe y la Unión Soviética se desmoronó como un castillo de naipes ante la mirada de un mundo irritado.

A pesar de todo, aún nos sigue sorprendiendo cuán rápida y silenciosamente desapareció de la faz de la Tierra un régimen tan poderoso, tan temido y amenazante; con cuánta facilidad se ejecutó la sentencia de prohibición y de expropiación en contra del otrora omnipotente Partido del Estado; cómo fue cercenado el KGB y cómo el temido Ejército Rojo se entregó aparentemente al control democrático, y con cuánta facilidad se cambió la denominación de "Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas" por "Unión de Repúblicas Socialistas Soberanas".

Y aquí se cierra el círculo y volvemos a Alma-Ata donde, el 21 de diciembre de 1991, once de las quince ex repúblicas soviéticas formaron un nuevo Estado, la Mancomunidad de Estados Independientes (MEI).

## 2. La evolución política de Europa Oriental

Los seis Estados integrantes del Pacto de Varsovia, fundado en 1955, que Stalin no incorporó después de 1945 a la Unión Soviética (como había hecho antes con los países bálticos y Besarabia), formaron durante más de 40 años la zona tope y a la vez la línea de avance de la Unión Soviética frente a Occidente. Estas eran la República Democrática Alemana (RDA), Polonia, Hungría, Checoslovaquia, Rumania y Bulgaria. Junto con la Unión Soviética formaban el núcleo del denominado sistema mundial socialista.

Gorbachov recibió de sus antecesores una comunidad europea socialista cuya situación política y económica resultaba menos que satisfactoria, y que significaba un lastre para la Unión Soviética. No obstante, hasta comienzos de 1987 —al inicio de la *perestroika* política— no había señales de una estrategia diferente hacia los Estados de la comunidad socialista, el Pacto de Varsovia o el Consejo de Ayuda Económica Mutua (CAEM). La doctrina Brezhnev seguía siendo válida. Pero cuanto más se comprendía y analizaba la profunda crisis del socialismo, más obligado se veía Gorbachov, en Praga (abril de 1987) y Bucarest (mayo de 1987), a presentar la *perestroika* soviética como ejemplo para los otros Estados socialistas. El llamado a superar el letargo y a modificar la sociedad socialista de acuerdo a las propuestas reformistas soviéticas alarmó a los ortodoxos que dominaban en la RDA, Bulgaria, Checoslovaquia y Rumania. Estos se unieron en un frente opositor a la *perestroika*.

El análisis de los costos políticos y económicos de la mantención del "Imperio exterior", las crecientes interacciones positivas con los Estados occidentales y la conducta dogmática de las élites ortodoxas en los

Estados satélites impulsaron un cambio adicional de paradigmas en la política exterior o, si se quiere, en la política interna, que se manifestó en una nueva filosofía respecto de los Estados socialistas del "Imperio exterior". Todo demuestra que Gorbachov creyó hasta el final en el poder de autocuración del socialismo. Gorbachov renunció definitivamente a la supremacía de Moscú sobre los Estados satélites del "Imperio exterior" durante la decimonovena conferencia del Partido Comunista de la Unión Soviética efectuada en junio y julio de 1988. En su exposición acerca de la "Libertad de los pueblos y Estados" mediante la elección de sus sistemas sociales formuló una nueva política que modificaba las relaciones paternalistas existentes hasta esa fecha. Esta liberaba a los partidos de los países satélites de la dependencia directa del Partido Comunista soviético, a través de una división de coordinación especial en el Comité Central de dicho partido, y colocaba las relaciones soviéticas con esos países bajo la tuición del Ministerio de Relaciones Exteriores. Una orden emanada del Consejo de Defensa de la Unión Soviética, en agosto de 1989, exigía que todas las tropas soviéticas en Europa del Este debían mantenerse fuera de los conflictos internos, lo que otorgó validez general a la postura denominada "doctrina Sinatra". Una declaración conjunta del Comité de Ministros de Relaciones Exteriores de los Estados miembros del Pacto de Varsovia, de fecha 26 de octubre de 1989, volvió a subrayar el derecho "de todos los pueblos a la autodeterminación y a la libertad para escoger su camino de desarrollo social, político y económico sin intromisión externa".

A pesar de que Gorbachov seguía creyendo en la permanencia de la comunidad de Estados socialistas, estaban dados todos los requisitos que no existían en Berlín oriental en 1953, en Hungría en 1956, en Checoslovaquia en 1968 y en Polonia en 1980: la no intervención del "oso ruso" en los asuntos internos de los "hermanos de Europa del Este". Si la doctrina Sinatra hubiese sido válida en 1953, Alemania se habría reunificado en ese entonces, Hungría se habría liberado en 1956, Checoslovaquia se habría convertido en un país libre en 1968 y Polonia en 1980. Con esto se confirma aquella teoría política que dice que los cambios en la periferia presuponen cambios en la base. Este hecho pone de manifiesto el lema político-estratégico de que es preferible el trabajo de modificación de la conciencia en la base que en la periferia.

Durante el proceso de reorientación de su política exterior, Moscú renunció también a la intromisión directa en los asuntos de la ex comunidad socialista. Sin embargo, esto no quiere decir que la Unión Soviética haya abandonado el propósito de influir en el reordenamiento político y económico de Europa Oriental con el fin de lograr la revitalización del

socialismo. Entre 1986 y julio de 1990 Gorbachov sostuvo 103 reuniones con dirigentes políticos de Europa del Este. Además, se efectuaron 147 encuentros entre colaboradores del Comité Central del Partido Comunista soviético con funcionarios de Europa Oriental.

El cambio y finalmente la transformación del sistema se realizaron, exceptuando los Estados balcánicos, mediante una revolución pacífica desde abajo, resultado de una largamente preparada implosión del socialismo real en Europa Oriental. Los requisitos decisivos para ello, no obstante, los proporcionó la *perestroika*, de origen soviético, al prescindir de los instrumentos militares de intervención.

Revisemos rápidamente los hechos más relevantes en cada uno de los países de Europa del Este. La revolución evolutiva en Hungría fue apoyada por Gorbachov al aprobar éste, de hecho, la introducción de un sistema pluripartidista en una reunión sostenida con el entonces Ministro-Presidente comunista Nemeth el 3 de marzo de 1989. El desarrollo posterior de los acontecimientos en Hungría es bien conocido.

En febrero de 1989 el gobierno soviético había expresado su esperanza de que las reformas irreversibles que se veían venir en Polonia se pudiesen mantener aun dentro de las fronteras del sistema socialista. Después de la derrota del comunismo polaco del 4 y 18 de junio de 1989, quedaba aún por establecer si Moscú se encontraba en condiciones de aceptar que la "libertad de elección" proclamada en 1988 fuese también libertad para expresarse contra el "socialismo real existente". El 22 de agosto de 1989 Gorbachov aconsejó a Rakowski, jefe del Partido Comunista polaco, comprometerse constructivamente en un gobierno de coalición con la oposición burguesa. El jefe del KGB, Krjutschkow, confirmó que solidarizaba con el nuevo Primer Ministro, integrante de la oposición, Tadeus Mazowieki.

Igualmente importante fue la decisión adoptada el 10 de septiembre de 1989 por el gobierno húngaro de abrir la frontera austríaca a miles de fugitivos de la RDA. A principios de octubre de 1989, con ocasión de los festejos de los "40 años de la RDA y del Partido Socialista Unitario", Gorbachov anunció reformas al Secretario General Honecker y pronunció aquella inolvidable frase: "El que llega tarde es castigado por la historia". Poco después Honecker fue destituido. Bajo Krenz y Schabowski se produjo la caída del Muro de Berlín el 9 de noviembre de 1989. La unificación de Alemania se concretó el 3 de octubre de 1990. Moscú aceptó esta decisión a pesar de sus intereses económicos y estratégicos. La caída de Honecker y la revolución en la RDA actuaron, con un efecto temporal acumulativo, como catalizadores de los bruscos quiebres en Bulgaria, Che-

coslovaquia y Rumania. Respecto del vuelco de Bulgaria se dice que Mladenov, el sucesor de Schiwkov, el 9 de septiembre de 1989 se aseguró el apoyo de Gorbachov. Tampoco se descarta algún grado de participación soviética en los sucesos acaecidos en Checoslovaquia. Así, el 16 de noviembre de 1989 en Moscú, en la víspera de la "revolución terciopelo", se le había informado a Fojtik, jefe ideológico en Praga, que el Kremlin muy pronto se distanciaría públicamente de la intervención del año 1968. Al mismo tiempo se le recomendó al gobierno de Praga abstenerse de cualquier tipo de violencia en contra de la población.

También en el caso de Rumania se afirma que el golpe de la fracción anti-Ceausescu, originalmente planificado para febrero de 1990, debió ser adelantado para los días entre el 16 y el 22 de diciembre de 1989, debido a la poderosa rebelión del pueblo rumano y a que ésta se llevó a cabo dentro de un marco de seguridad creado por la política exterior soviética.

La disolución del Consejo de Ayuda Económica Mutua y del Pacto de Varsovia, apoyos e instrumentos esenciales de la supremacía soviética durante 45 años, constituían bajo estas circunstancias sólo hechos formales. El CAEM se disolvió sin más el 5 de enero de 1991. Menos aún llamó la atención el término del Pacto de Varsovia. El 25 de febrero de 1991 la junta de deliberación política del Pacto de Varsovia decidió, en Budapest, que su disolución militar se efectuaría a más tardar el 31 de marzo de 1991, y la de sus organismos políticos a más tardar hacia la primavera de 1992. Nuevamente se cierra el círculo y volvemos a la época anterior al golpe de agosto de 1991, en el cual un grupo de comunistas ortodoxos intentó detener, o más bien revertir, el curso de la historia. En vano, gracias a Dios.

Pero formulemos la pregunta clave que siempre vuelve a surgir: ¿hubiera Gorbachov permitido en forma tan pacífica todo lo ocurrido en los Estados bálticos, Georgia y Ucrania, como también en las otras repúblicas soviéticas, incluidos los países de Europa Oriental, si hubiese tenido el suficiente poder ideológico, político, militar y económico? ¿Estoy seguro que no!

### **3. El impacto ideológico de la caída del Imperio soviético, del socialismo y del comunismo**

Ninguno de los grandes imperios de la historia fundados en sangre y hierro ha caído en forma tan poco sangrienta; ninguna de las grandes

religiones seculares, o más bien utopías, ha fracasado en forma tan lastimosa.

Todos los otros reinos (el de Alejandro Magno, el Imperio Romano, Bizancio, Francia bajo Napoleón, los imperios chino, ruso, austro-húngaro y alemán) cayeron también por causas internas, pero en todos los casos estuvo presente una guerra o un enemigo externo.

El único enemigo del Imperio soviético había desaparecido transformándose casi en su amigo, y no había guerra alguna cuando en diciembre de 1991 llegó su muerte.

¿A qué se debió el fracaso del Imperio soviético?

Se debió a la ideología o religión que no era ya capaz de resistir reformas y en la cual ya nadie creía, puesto que sólo servía como medio de poder para unos pocos, en tanto dejaba a la mayoría sumida en la desesperanza y la indiferencia. A la falta de un enemigo externo y, aunque parezca paradójico, a los intentos de Gorbachov por "reflotarlo". Porque la *glasnost* y la *perestroika*, por lo menos en parte, debían ayudar a convertir en realidad, aunque sólo fuese un poco, la idea socialista original de una vida mejor sin sufrimientos, sin explotación, sin pobreza ni represión. Pero quedó de manifiesto que las personas estaban hartas de la idea del socialismo y de la realidad de éste, y que los revolucionarios de profesión, por los que los comunistas siempre se hacían pasar, ya no estaban en condiciones de crear esa ágil relación entre utilización de poderes y legitimidad aparente como Lenin lo había logrado.

La ideología comunista ha sido, sin duda, un fiasco total. ¿Por qué? Porque la filosofía de Marx y Engels, así como también la formulación de ésta por Lenin, conformaba un sistema cerrado en sí mismo en el cual todo, de principio a fin, se encuentra ecológicamente determinado, incluso el hombre o especialmente éste. Según ésta, todos los males básicos de la humanidad nacen lisa y llanamente de las contradicciones en las relaciones de producción. Y ya que todo se desarrolla de acuerdo a leyes (materialismo dialéctico), el capitalismo representa, en el proceso de la historia (materialismo histórico), la última etapa previa a la liberación definitiva del hombre a través del socialismo, hasta su libertad absoluta gracias al socialismo. La revolución y la consiguiente eliminación de la explotación capitalista constituyen, por tanto, la eterna meta del socialismo, ya que sólo a través de ella se pueden eliminar los males fundamentales de la humanidad como la alienación, el trabajo retribuido, la explotación, la propiedad privada. La eliminación del Estado, considerado como instrumento represivo de la clase dirigente, es el objetivo de la revolución. Porque bajo el socialismo no habrá clases ni propiedad privada y, por

tanto, tampoco explotación. El Estado se vuelve superfluo. En vez del Estado surge como ordenador la sociedad socialista que ejerce el poder bajo la dirección de un partido de "nuevo tipo". Esta sociedad se prepara mediante la "dictadura del proletariado", en la cual el Estado se convierte en un organismo ejecutor subordinado a la sociedad.

Porque la libertad en el socialismo significa el reconocimiento por parte de todos de la necesidad legal del comunismo, el que además se encuentra históricamente determinado. Pues, de acuerdo al socialismo, la posibilidad de elegir, como característica esencial de nuestro concepto de libertad, es reaccionaria, formalista y se basa en una falsa conciencia. La verdad y la conciencia única y correcta se encuentran, según Lenin, sólo en el Partido Comunista. Por ello, el individuo debe subordinarse, a través de la colectivización, a esta conciencia; de lo contrario se le considerará un enemigo de clase. El hombre como individuo ya no existe. Vive solamente por y con otros.

En manos de los bolcheviques rusos la filosofía totalitaria de Marx se convirtió en una práctica totalitaria y en la base de un experimento criminal en el cual fueron muertas más de 50 millones de personas. Una religión o utopía, sin embargo, que anunciaba para todos el paraíso sobre la Tierra. Un mensaje de libertad que incluso cien años más tarde prometía a los verdaderos y supuestos reprimidos, humillados y desfavorecidos en las poblaciones marginales de Sudamérica, de las chozas del Sahel y de las riberas del Mekong, de las universidades francesas, alemanas y norteamericanas, por lo menos suficiente pan y arroz. Muchos creyeron que otros seres humanos se liberarían así de la subordinación del hombre por el hombre, en un mundo sin riquezas ni violencia, sin diferencias de clases ni necesidades materiales. Sinceros proletarios y convencidos académicos dedicaron su vida a este ideal. Muchos murieron por él. Todos fueron engañados porque creyeron en un experimento que convirtió al país más grande del mundo en un laboratorio y utilizó en forma negativa a pueblos enteros.

El socialismo y el comunismo debían fracasar por las siguientes razones: constituían una religión que aseguraba a las personas la gloria en la Tierra; representaron una forma de orden político que, amparada en el determinismo dialéctico, obligaba al hombre a ingresar a una sociedad absoluta y no reformable; representaron y proyectaron un productor unilateral de conciencia sobre la base del monismo materialista, que impedía al hombre escoger una opción alternativa; pusieron de manifiesto la corporeidad de la coerción colectiva, en la que el socialismo ordenaba a cada cual según el desarrollo inalterable de condiciones sociales previa-

mente estipuladas por la ideología y el Partido; encarnaron la negación de la conciencia propia del hombre al reducir la existencia humana a una base meramente económica; ilustraron la explotación del hombre por una sociedad socialista al impedirle al individuo recibir la protección del Estado y la sociedad, con lo cual negaban el fuerte principio de la propiedad enraizado en el ámbito de la conciencia; no cimentaron la libertad, sino la no-libertad, al restringir el desarrollo espiritual de cada individuo, de manera que las actividades del hombre se degradaron a meras funciones colectivas, en las que cada acción humana individual dependía y era evaluada desde la perspectiva de su contribución al socialismo; fueron inhumanos en la medida en que negaron el desarrollo del hombre en lo político y social y plantearon la ideología del socialismo como objetivo final para el mundo entero; intentaron imponer su ideología a toda la humanidad; fueron sistemáticamente intransigentes en su intento por representar la verdad absoluta como fin y medio; fueron pequeños burgueses en su función y grandes burgueses en su exigencia ideológica de poder.

Para resumir, podemos decir que el socialismo real y vigente, bajo la forma del Imperio soviético, fracasó después de 74 años de experimentos, luchas de poder, cambios de dirección, represión, asesinatos masivos, intentos de reforma y expansión universal. El sistema del marxismo-leninismo se derrumbó debido a la inevitable contradicción entre las metas comunistas utópicas y el manejo de los medios para su realización. Sus males congénitos, el poder incontrolado y arbitrario de una élite privilegiada, sometimiento colectivo del hombre, la incapacidad para encarar los problemas de la industria y la agricultura y la represión de los nacionalismos pueden considerarse como causas del fin del sistema comunista en diciembre de 1991.

#### **4. Los vuelcos políticos a partir de la desintegración del Imperio soviético**

Los vuelcos políticos resultantes del desplome del Imperio soviético presentan aspectos locales, regionales (continentales) y globales que, considerados en conjunto, tienen importantes efectos.

##### **1. Aspectos locales**

Aunque la caída del Imperio socialista devolvió la libertad a todos los países de Europa del Este y a la ex Unión Soviética, hizo que brotaran

innumerables nuevos problemas: el surgimiento del nacionalismo reprimido, con sus terribles consecuencias en Yugoslavia, Armenia, Azerbaijón y Moldavia; las luchas ideológicas y políticas motivadas en parte por el deseo de mantener el sistema antiguo, y las meras luchas de poder entre diversos grupos bajo lemasseudocráticos (Rumania, Georgia, Rusia); la superación de la enorme carga de tipo político, económico y social del pasado; la reestructuración de la totalidad de la vida política, económica y social según el ejemplo de las democracias y sistemas económicos occidentales, sin disponer de recursos humanos suficientemente preparados; la lucha contra la creciente criminalidad; la toma de conciencia de que la democracia no significa libertad ilimitada y de que la economía de mercado y el bienestar se encuentran en estrecha relación con el trabajo; la preparación para una vida en libertad y responsabilidad tras decenios de aislamiento y adoctrinamiento.

Otros aspectos que han resultado difíciles de afrontar son los siguientes: la privatización de empresas estatales y la desmonopolización de éstas; la convertibilidad de las monedas y la convertibilidad "interna" del rublo; las posibles e indispensables reformas del Estado (jurídicas, legislativas y ejecutivas) y de la economía; los conflictos entre las repúblicas, que deben ser evitados, y el mejoramiento del medio ambiente (deshacerse de los desechos militares y económicos y de las plantas nucleares).

Hungría y Checoslovaquia, como también Polonia, han avanzado bastante en la superación de los problemas mencionados, de modo que existen esperanzas justificadas de un mayor crecimiento estable. Bulgaria va por buen camino, aunque aún se encuentra lejos del grado de desarrollo de los primeros. Rumania todavía lucha por su identidad política y su orientación futura. Cualquier desarrollo es posible, incluso el de una nueva dictadura. Rusia sigue batallando por su identidad política y económica, y por su futuro. Aunque Yeltsin es diferente de Gorbachov, sus logros en el ámbito político y en el económico están aún por verse.

Por razones nacionalistas, las decisiones políticas, económicas y militares necesarias dentro de la MEI simplemente no se adoptan. En la propia Rusia se discute sobre el camino a seguir en el futuro (en los ámbitos político y económico) y se cavila más de lo que en realidad se hace. En algunas repúblicas se observa un cuadro similar o peor. Todo sucede en el ambiente de un nacionalismo que parece ser el móvil de la acción política.

A pesar de todo, no debemos ser tan pesimistas y tampoco debemos olvidar lo que está sucediendo en la ex Unión Soviética. Se están llevando a cabo dos revoluciones simultáneas de increíbles consecuencias: la caída

del sistema comunista luego de 74 años y del Imperio ruso después de 300 años. Ambas revoluciones se encuentran relacionadas directamente en múltiples formas, aunque no son de modo alguno idénticas. Porque no todo anticomunista es también un demócrata y no cualquier demócrata es un antiimperialista. Los presidentes de los Estados sucesores a la Unión Soviética, también Yeltsin, provienen todos del antiguo cuadro comunista, con excepción del Presidente bielorruso Suskevitch. Fueron elegidos, lo cual ya es un gran paso en la dirección correcta, pero son representantes de un sistema político peculiar en el cual todavía no existen partidos establecidos, parlamentos efectivos o constituciones políticas. Considerar "democrático" este aparataje gubernamental formado por decreto es más una expresión de esperanza que una realidad. Pero incluso nuevos vuelcos políticos no aportarían cambios cualitativos. El yeltsinismo seguramente no volverá a ser cambiado por una planificación centralizada ni por una política exterior aventurera.

El desarrollo de la ex Unión Soviética no mejorará ni se hará más democrático de la noche a la mañana. Los países occidentales, como los del Este, deben ser pacientes. La ayuda debe llevarse a cabo, por tanto, en un marco de conceptos realistas y precisos; no debe ser contraria a los intereses de Occidente ni debe limitarse tan solo a la República de Rusia, sino que debe considerar también al resto de las repúblicas. La asistencia económica debería concentrarse en las áreas de mayor rendimiento (los sectores energético, de transporte y agrícola). La asistencia referida a la infraestructura debería orientarse especialmente a la elaboración de una Constitución, a la recuperación de los actuales poderes Legislativo, Ejecutivo y Judicial, a la reforma administrativa y a los intentos de descentralización. La ayuda a los países de Europa del Este debe tener prioridad absoluta.

## 2. Aspectos regionales

La desaparición de la RDA y la posterior reunificación de Alemania significan ciertamente un vuelco con aspectos regionales. Están incluidas en la unificación europea, aunque es indudable que desde la reunificación de Alemania su peso e influencia han aumentado tanto en el ámbito internacional como en el europeo. Alemania asumirá esa responsabilidad y la hará valer también en el marco de la Comunidad Europea.

La caída del Imperio soviético ha acelerado de manera curiosa la unidad europea. Se han producido cambios que nadie jamás imaginó: la

creación de un mercado interno común, la creación de una moneda europea única, la voluntad de lograr la unión política de Europa.

Paralelamente a la unificación europea se ha seguido trabajando en el sistema de seguridad europea a través de la Conferencia de Seguridad y Cooperación en Europa (CSCE). Se han planificado y se están discutiendo nuevas reformas para aumentar la efectividad de la CSCE como, por ejemplo, la creación de un Consejo de Seguridad permanente de la CSCE que tome todas las decisiones de acuerdo al principio de la mayoría; la expansión de la CSCE hasta formar una Organización de las Naciones Unidas Europeas (ONUE) como organización regional de las Naciones Unidas, la que estaría facultada para resolver conflictos según el principio de subsidiariedad, es decir, Naciones Unidas participaría activamente sólo en caso que el conflicto regional no sea resuelto, y de solicitárselo la organización regional. También se contempla la utilización de fuerzas de paz de la ONUE y acciones militares en sectores en conflicto. Esto presupone el fortalecimiento de los aliados europeos dentro de la OTAN como también la orientación más política de la OTAN. Esto último se encuentra bien encaminado y se realiza con el acuerdo de nuestro aliado norteamericano.

El objetivo de estas transformaciones regionales es ligar a los Estados de Europa Oriental a través de acuerdos de asociación a la Comunidad Europea, de modo que la inserción mundial de éstos sea irreversible (ya se ha logrado en el caso de Polonia, Hungría y Checoslovaquia y están a punto de materializarse en los casos de Bulgaria y Ucrania); integrar a los ex Estados de la Unión Soviética al sistema europeo de seguridad, de modo que en caso necesario también puedan recibir sanciones; acercar a los ex Estados de la Unión Soviética a la Comunidad Europea de manera que su desarrollo interno pueda ser observado e influido por la Comunidad Europea sin estar asociados.

Considero recomendable, en general, que se adopten acuerdos regionales similares en América Latina, sobre una base política, económica y militar. Ellos podrían constituir una solución para las constantes crisis y una forma a elevar la autoestima de ese continente.

### 3. Aspectos globales

Las políticas exteriores de Gorbachov y de Reagan, respectivamente, introdujeron un nuevo estilo en la política exterior, el que condujo al término de la confrontación y la guerra fría y dio origen a la distensión y al desarme.

La disolución de la Unión Soviética ha contribuido a eliminar la posibilidad futura de algunos conflictos armados (Angola, Mozambique, Nicaragua y Etiopía). También implica el término de guerras como las de Vietnam y Afganistán. La desaparición de la Unión Soviética significa el final de la era de un mundo bipolar en el cual dos superpotencias trataban de mantener el equilibrio o, más bien, superarse mutuamente. Significa, asimismo, que la ayuda para el desarrollo, liberada de las necesidades políticas, puede ser de importancia para el desarrollo político. Los países del Tercer Mundo se encuentran ahora compitiendo con las naciones de Europa del Este y con la ex Unión Soviética por esa ayuda. Nadie quedará excluido; sin embargo, en el futuro se deberán analizar las condiciones políticas y económicas generales de los países que requieren de ayuda, a la luz de los elementos que fomentan el desarrollo.

Al no encontrarse ya Estados Unidos en una situación de permanente lucha, la solución internacional de los conflictos se ha ido traspasando más y más a las Naciones Unidas; aunque el poderío norteamericano (Irak y Libia) no deja de advertirse. Sin embargo, no cabe duda que la ONU está transformándose cada vez más en una suerte de gobierno mundial.

Pero el mundo no se encuentra más seguro o más tranquilo por el colapso de la Unión Soviética, por el contrario. El repentino término del comunismo tampoco significa automáticamente que la democracia y la economía de mercado son sistemas mejores, sino, simplemente, que son más eficientes. Ahora, sin competencia alguna, nuestro sistema debe primero superar sus problemas de conservación en Oriente y Occidente. Al respecto me gustaría decir: la "izquierda" de todo el mundo, que enmudece debido al fracaso de esta única utopía, debe consolarse. Porque nadie dice que la humanidad, liderada por los Estados Unidos, Japón, Alemania y China no fracase también.

Finalmente, me gustaría subrayar que vivimos en una época en la cual mucho ha sucedido y seguirá sucediendo. No sólo en Europa. Estamos presenciando el fin de una época histórica, los tiempos modernos, y acercándonos a una nueva era a la que denominaré "futuro". Los centros de poder se desmoronan y nacen nuevos. Requieren de tiempo para crecer. Las épocas de transición generalmente han sido períodos agitados, inciertos e intranquilos de nuestra historia. ¿Por qué habría de ser diferente ahora? Nuestro futuro debe estar libre de fanatismos y dogmatismos religiosos y políticos, pero no libre de aquellos valores que determinan nuestra vida y nuestra sociedad en todas partes del mundo: la libertad para todos aquellos que la valorizan, la libertad para todos aquellos que la

respetan en los demás, justicia para todos, pues es indivisible, seguridad social para todos, pues sólo ella nos garantiza libertad, paz e igualdad.

Si trabajamos en conjunto y nos respetamos en el espíritu de estos principios, sobre la base de nuestras culturas, tradiciones y religiones, la nueva era puede traer a todas las personas mejores condiciones materiales y espirituales para su desarrollo. Sin embargo, la otra cara de la moneda puede ser también un fundamentalismo estatalmente organizado, junto a un poder suprarregional de *gangsters* políticamente asegurados y "democráticamente" legitimados.

El futuro, creo, ¡está en nuestras manos! □

## ¿QUE QUIEREN LAS MUJERES? UN MANIFIESTO FEMINISTA CONSERVADOR\*

**Katherine Kersten\*\***

En el presente artículo la autora se propone trazar los elementos centrales de un ideario feminista “conservador”, inspirado en los principios de justicia, igualdad y libertad de la civilización occidental y en los del feminismo clásico, en respuesta a planteamientos y actitudes que tienden hoy a prevalecer en una parte importante de las organizaciones feministas en los EE. UU.

A partir de postulados tales como que el principio rector de la vida social lo constituye la opresión de las mujeres por parte de los hombres, muchas líderes feministas —señala la autora— aparecen propiciando conductas, actitudes y políticas que acarrearán males aún peores que aquellos que se busca remediar, confinan a la mujer a una condición de permanente víctima y desvían la atención sobre los problemas que afligen verdaderamente a las mujeres. Frente a los excesos y desviaciones que se observan en diversos movimientos feministas, Katherine Kersten ofrece un testimonio personal y una proposición feminista alternativa. Sobre la base de la promoción de valores fundamentales de la cultura occidental, se busca dar cuenta de las preocupaciones de las mujeres en las esferas pública y privada y abordar sus problemas más urgentes de manera informada y decidida.

---

\* Traducido y reproducido con la debida autorización del número de primavera (1991) de *Policy Review*, publicación insignia de la Fundación Heritage, 214 Massachusetts Ave., N.E., Washington DC 20002.

\*\* M. A. en Ciencias Administrativas, Universidad de Yale. J. D., Escuela de Derecho de la Universidad de Minnesota. Abogada. Miembro del Directorio del Institute on Religion and Democracy (Washington, D. C.) y Tesorera del Center of the American Experiment en Minneapolis.

¿Soy feminista? Al igual que muchas mujeres norteamericanas, por años no he sabido bien cómo contestar. Lo dicho puede parecer extraño, pues, como profesional, guardo una deuda incalculable para con aquellos que batallaron por abrir a las mujeres las urnas electorales, las universidades y las salas de directorio. Estimo que hombres y mujeres son recíprocamente iguales y que ambos sexos deben tener libertad para desarrollar su potencial, sin limitaciones derivadas de ideas preconcebidas acerca de sus capacidades. Por experiencia personal, sé, además, que para alcanzar el éxito en muchas de sus actividades, las mujeres enfrentan mayores obstáculos que los hombres.

Con todo, a pesar de estas convicciones, veo que tengo muy poco en común con la mayoría de las mujeres que conozco que se autodenominan feministas. Reducido a lo esencial, su feminismo más parece resentimiento disfrazado de filosofía; un pretexto para culpar a los demás de los fracasos propios; el convencimiento errado de que la ira constituye la reacción correcta ante una sociedad que, por muchos esfuerzos que haga, parece incapaz de disponer las cosas de modo que a todos “les toque algo”. Algunas veces siento una abierta antipatía hacia aquellas organizaciones femeninas que alegan tener un conocimiento íntimo de mis “intereses” y “perspectivas”, y que dicen hablar por mí en la arena pública. Estas organizaciones, al parecer, están mal preparadas para promover la felicidad de las mujeres, porque con demasiada frecuencia sus dirigentes no parecen comprender ni respetar a la mayoría de las mujeres norteamericanas.

### **La deuda con Occidente**

Lo que me aparta de la mayoría de las feministas contemporáneas es que más que ira ante las injusticias que se cometieron con las mujeres en el pasado, siento gratitud hacia el sistema social y político que ha hecho posible introducir reformas extremadamente necesarias. Creo que las mujeres norteamericanas van a pagar un alto precio si permiten que las feministas que no sienten esa gratitud se arroguen la autoridad moral del patrimonio feminista y se apropien del derecho a fijar el programa femenino.

En consecuencia, propongo una alternativa al feminismo de los departamentos de estudios femeninos y de los grupos de presión de “interés público”. Yo visualizo un feminismo conscientemente “conservador”, inspirado en lo mejor de nuestra tradición, capaz de abordar las preocupaciones

de las mujeres tanto en la esfera pública como en la privada. Este feminismo se basa en tres premisas: primera, que debe haber normas uniformes de igualdad y justicia, válidas por igual para ambos sexos; segunda, que las mujeres han sufrido históricamente injusticias y siguen padeciéndolas hoy; y tercera, que los problemas que afectan a las mujeres se pueden abordar mejor a partir de los ideales e instituciones de la cultura occidental, y no repudiándolos.

La experiencia de una vida entera —mis estudios, mis choques con la discriminación y el asedio sexual, mi trabajo como banquera y abogada, y mi carrera como esposa y madre— me ha convencido de que las mujeres necesitan un marco filosófico que les ayude a elegir juiciosamente en su búsqueda de la felicidad. Pienso que una síntesis de principios conservadores y feministas es lo que puede sostener e inspirar con mayor eficacia a las mujeres de la era *superwoman*.

### Hija de Platón

De niña recibí mensajes contradictorios respecto de lo que debía esperar de la vida como mujer. Mi madre y mi abuela fueron mujeres fuertes, confiadas en sí mismas, valientes. Me estimularon a fijarme las metas más altas y a sentir infinitas posibilidades.

Sin embargo, ya en la infancia pude advertir que ciertos cargos escolares como, por ejemplo, en sexta preparatoria, la prestigiosa función de guarda del cruce de calzadas frente al colegio, me estaban vedados simplemente por mi sexo. Descubrí que con frecuencia a las profesoras se les pagaba menos que a los profesores y me devanaba pensando por qué a mi abuela, tan sabia y dotada, se le consideró incompetente para votar cuando cumplió la mayoría de edad en 1915. Acaso las diferencias fisiológicas de hombres y mujeres, me preguntaba yo, justificaban un trato político, económico y social marcadamente distinto. ¿Acaso la justicia y la igualdad debían significar cosas diferentes para hombres y mujeres?

La primera vez que tuve ocasión de investigar estas cuestiones fue como estudiante en la Universidad de Notre Dame, donde ingresé el primer año que se admitió a mujeres. Durante tres años estudié allí a los “grandes autores” y comencé a adquirir las herramientas necesarias para pensar seriamente acerca de la justicia y la buena vida. Las obras de Sófocles, Platón, Dante, Shakespeare, Galileo, Locke, Mill, Kant y Tolstoi inspiraron en mí una honda estimación por la tradición intelectual y cultural de Occidente, y

por la lenta marcha hacia la democracia constitucional, que es su logro máspreciado.

Por cierto, leí y disfruté las obras de escritoras como Jane Austen, George Eliot y Virginia Woolf, pero sus escritos no me parecieron ni más accesibles ni más relevantes que los de los grandes pensadores varones con quienes me estaba familiarizando simultáneamente. Del mismo modo, si bien disfrutaba con mis compañeras y profesoras, no sentía con ellas mayor afinidad ni una comunicación más fácil que con sus contrapartes varones, tanto más numerosos. De hecho, me parecía evidente que a los seres humanos, fueran filósofos o estudiantes de primer año, había que juzgarlos por sus méritos individuales y no encasillarlos de acuerdo con características externas superficiales.

### **Dios y las mujeres en Yale**

En Yale, sin embargo, donde obtuve un grado de master, descubrí que la comunión intelectual con mujeres podía ser particularmente fascinante. De ello me percaté en una fiesta que las estudiantes de uno de los internados de Yale dieron en honor de las profesoras de la universidad. Muchas de las reuniones de mujeres a las que había asistido hasta entonces habían sido tertulias para tomar café o despedidas de soltera, donde la conversación solía ser más bien prosaica. Pero ese día, en Yale, me encontré rodeada de mujeres biólogas, politólogas y lingüistas, todas intercambiando animadamente información acerca de sus respectivas disciplinas. La experiencia fue regocijante, no porque mis compañeras manifestaran perspectivas singularmente “femeninas”, sino porque expresaban, de una manera que me enorgulleció, el conjunto de realizaciones que las mujeres pueden alcanzar cuando tienen libertad para desarrollar sus talentos.

En mi calidad de miembro de la primera generación de mujeres “liberadas”, estaba deseosa de trepar la escalera profesional después de mi graduación. Cifrabas grandes esperanzas en mi carrera: desafío intelectual, emoción y la sensación de poder y de logros alcanzados. La realidad resultó muy diferente. Trabajé primero en un gran banco de Chicago, después en una universidad de las Diez Grandes. En ambos puestos me sentí desilusionada, no por un trato injusto sino por actividades que pronto me parecieron rutinarias y faltas de interés. Ahora gozaba de dinero y de categoría, pero no podía deshacerme de la sospecha persistente de que, en cierta forma, no estaba consiguiendo lo que era realmente importante en mi vida. Con el

transcurso del tiempo comencé a anhelar un marido y una familia, pero descubrí que no podía hablar con nadie —hombres o mujeres— ni de matrimonio ni de hijos, y pretender que se me siguiera tomando en serio como profesional.

### **Orgullo y prejuicio**

Si bien como estudiante y como profesional me sentía en general igual a mis contrapartes varones, en varias ocasiones tuve dificultades debido a mi sexo. Durante mis años de universidad, por ejemplo, un profesor a quien fui a consultar por un trabajo escrito me encerró con llave en su oficina y sin ambages me propuso una visita a su dormitorio. Cuando me negué, desconcertada, insinuó que yo era frígida y me advirtió que si reprimía mis deseos ahora me encontraría trabajando en la calle más adelante. Este profesor era muy influyente en mi carrera académica; por fortuna no optó por castigarme a causa de mi rechazo.

Aun más traumático fue un incidente que tuvo lugar después que dejé mi segundo puesto para matricularme en la escuela de derecho. Terminado el primer año, trabajé durante el verano en una gran firma de abogados. El primer día, el abogado que iba a ser mi mentor me sugirió que no trabajara con uno de los socios, a quien no le gustaban las mujeres más altas que él. Si tenía que tratar con ese hombre, me aconsejó mi mentor, debía sentarme siempre que estuviera en su presencia.

Obtuve excelentes evaluaciones en la firma, aunque debí trabajar con el socio sobre quien me habían advertido. Al término del verano mi mentor me aseguró que podría ingresar a la firma como miembro asociado, tiempo completo. Poco después me llamó el socio de la firma encargado de las contrataciones y me comunicó que después de todo no iban a ofrecerme un puesto permanente. Mi desempeño había sido más que satisfactorio, me aseguró en confianza. Lamentablemente, algunos socios me habían encontrado demasiado segura de mí misma y avasalladora. El rechazo me dejó anonadada y por un momento pensé en una demanda judicial, pero me pareció que esto ocuparía demasiado tiempo y sería agotador. Resuelta a no dejar que este traspíe destruyera mi felicidad, seguí buscando hasta encontrar trabajo en otra firma, donde se estimaba que las mujeres “seguras de sí mismas” eran una ventaja.

Mi curiosidad sobre el feminismo, que comenzó en Yale, aumentó durante mis años de ejercicio profesional. Luego del final desalentador de

mi trabajo de verano, decidí asistir a una jornada feminista que se anunciaba con el título de “Espíritu de mujer.” Aunque esperé ganar discernimiento y compañerismo, sentí una gran desilusión. El ánimo de la reunión era impresionantemente antiintelectual y me vi obligada a elegir entre una plétora de talleres sobre temas como “escuchar la voz interior” y “encarar la ira.” Nuestra ineludible “hermandad” biológica se presentaba a las participantes como el hecho más importante de nuestra vida, y la jornada terminó con un poema rabioso de una mujer que nos instaba a “encender hogueras de tampones usados” frente a diversos bastiones de poder masculino.

Al acercarse el término de mis estudios de derecho, me sentía próxima a la realización en mi vida tanto personal como profesional. En mi segundo año conocí al hombre que habría de ser mi marido y después de la graduación nos preparamos con entusiasmo para conjugar las responsabilidades familiares con las profesionales. Cuando di a luz nuestro primer hijo, encontramos una persona que lo cuidara en su casa durante el día y yo volví a trabajar confiada en que nuestro hijo no perdería nada de importancia por estar principalmente al cuidado de ella y no mío.

Me desengañé muy pronto. Mi marido y yo descubrimos, por una casualidad, que nuestra cuidadora tenía un trabajo nocturno de tiempo completo; que con frecuencia encerraba a los niños en sus cunas mientras ella dormía durante el día, y que los dejaba jugar sin vigilancia mientras atendía sus quehaceres fuera del departamento. A pesar de una búsqueda frenética, no logré encontrar otras cuidadoras que me satisficieran. Las salas-cunas que visité me dejaron apesadumbrada al ver las hileras de cunas asépticas y el personal indiferente. Con otro niño por nacer dentro de un mes y con sentimientos encontrados, dejé la firma de abogados y me convertí en mamá de tiempo completo.

### **La labor de una madre**

El cuidado de nuestros hijos (tuvimos cuatro en cinco años) me ha parecido la tarea más exigente y estimulante de mi vida. Con todo, he sentido también la frustración y el aislamiento que con frecuencia rodean al padre o madre de tiempo completo. Me costó mucho abandonar mi identidad profesional y convencerme de que era socia igualitaria de la familia, aun cuando ya no hacía una contribución financiera. El día que resolví renunciar a mi trabajo, llegó a mi casa una encuestadora. Cuando me preguntó mi ocupación, titubeé. Esta es la prueba verdadera, pensé. No pude

pronunciar las palabras “dueña de casa” y me derrumbé. “Soy abogada”, dije bruscamente.

Hoy siento que he conseguido en mi vida un equilibrio difícil de conseguir, fruto de ensayos y errores, con partidas y detenciones bruscas. Mi mayor satisfacción se deriva de criar a mis hijos, vocación que me parece que se subestima enormemente, tanto en términos del desafío intelectual que supone y la vastedad de sus exigencias.

Me siguen asombrando la paciencia, la imaginación, la empatía, la capacidad para enseñar e inspirar, y el fino sentido moral que se necesitan para formar el carácter de seres humanos jóvenes y vulnerables. Pongo mucho empeño cada día en inculcar en mis hijos los valores y el sentido comunitario que de niña le dio sentido a mi vida, y estoy convencida de que aun cuando se pueden encontrar buenas cuidadoras, muy pocas de ellas, y desde luego ninguna sala-cuna, puede comenzar siquiera a reproducir el cariño, la atención y la orientación moral que puede entregar un padre o una madre.

### **Horizontes sin límites**

Fuente de satisfacción, casi tan importante como la que son mis hijos, es el papel que mi condición de madre de tiempo completo me ha permitido desempeñar en la vida pública. Paradójicamente, hoy participo en una gama mucho más amplia de actividades que cuando era una profesional soltera que llevaba una existencia “liberada” y sin trabas. En esos años mi vida estaba dedicada, en buena parte, a esfuerzos egocéntricos por ganarme la vida, divertirme, hacer amistades y encontrar un compañero. Sólo cuando nacieron mis hijos me percaté de la importancia vital que tiene servir a la comunidad que ellos han de heredar y conservarla.

Sé que si mi marido y yo ejerciéramos como abogados de día y lucháramos por mantener un hogar de noche, nos quedaría tiempo para muy poco más. En realidad, al asumir papeles diferentes, pero sobrepuestos, he podido participar intensamente en una diversidad de proyectos importantes y desafiantes. Me he sumergido en materias educacionales y hago de todo, desde leer en el colegio de mis hijos, a participar en comités sobre currículo con el propósito de tratar de influir en las tendencias educacionales a nivel estadual y nacional. He dedicado esfuerzos importantes a asuntos de orden público, escribiendo, dictando conferencias, participando en debates y organizando grupos comunitarios interesados en asuntos de

política interna y externa. He leído libros que incitan a pensar, he recolectado para la Marcha de los Centavos, he llevado a los niños a conciertos y clases de natación, he escrito editoriales para el periódico local y, en general, he disfrutado de una existencia mucho más estimulante y realizada que en ninguna otra época de mi vida.

No “lo tengo todo” hoy y sé que nunca lo tendré. Tal vez nunca llegue a ser presidente del colegio de abogados de mi estado ni socia de una firma de abogados, con altos ingresos. Pero soy feliz y espero con entusiasmo el futuro. Estoy conforme con las concesiones realizadas y las compensaciones obtenidas, y acepto el hecho de que los deseos humanos, por naturaleza ilimitados, nunca pueden quedar enteramente satisfechos en un mundo imperfecto. Nadie lo tiene todo, según lo veo hoy, y sin embargo muchos encuentran la felicidad.

La tradición conservadora contiene una visión de la naturaleza humana, y de la justicia y la igualdad, que ofrece un punto de partida útil para las mujeres que buscan la realización en un mundo de limitaciones. La tradición del feminismo clásico da un paso más allá y enseña a las mujeres que sus horizontes deben ser tan ilimitados como los de los hombres.

### **Los principios fundantes del feminismo**

En la raíz de la fundación estadounidense está el concepto de una naturaleza humana universal, que hace que las personas, en todas partes, sean más iguales que diferentes. Esta humanidad común confiere a todos los seres humanos ciertos derechos naturales e inalienables. Además, permite que personas de lugares y épocas muy distintos hablen de manera inteligible entre sí sobre cuestiones de justicia y virtud, del bien y el mal, y enriquezcan su entendimiento mutuamente, pese a los miles de millas o los miles de años que los separan.

No obstante, la naturaleza humana, tan noble en ciertos sentidos, es limitada en su potencial, como nos lo recuerdan pensadores desde James Madison a Thomas Sowell. La limitan la pasión y el propio interés, su capacidad finita de reunir y procesar información, y su incapacidad de alcanzar sus metas más elevadas sin provocar una multitud de consecuencias impensadas. A causa de dichas limitaciones y de la acción humana sobre un mundo natural en el que reinan la enfermedad, las catástrofes y la escasez de recursos, el sufrimiento y la falta de equidad son endémicos de la condición humana.

La justicia y la igualdad perfectas están, pues, fuera del alcance de toda sociedad humana, presente o futura. No obstante, la justicia y la igualdad, en cuanto “principios morales”, deben animar siempre las normas, instituciones y políticas de una sociedad que aspire a ser buena. Como lo ha señalado el filósofo político Charles Kesler, los conservadores se distinguen de los ideólogos, tanto de izquierda como de derecha, por asignar a la “prudencia” un papel central a la hora de juzgar la mejor manera de asegurar y honrar estos principios en la práctica.

A medida que se han desarrollado las ideas occidentales, y específicamente las conservadoras, acerca de la justicia y la igualdad, ha surgido como corolario una línea de pensamiento. Se trata de la tradición del feminismo clásico, que deriva su inspiración de la creencia occidental en una naturaleza humana universal que confiere derechos inalienables a todos los que la comparten. El feminismo clásico sostiene que, como hombres y mujeres participan igualmente de esta naturaleza, la aplicación de normas iguales de justicia e igualdad para ambos sexos es un imperativo moral.

### **“Que todo camino quede abierto”**

Los norteamericanos contemporáneos tienden a olvidar los obstáculos formidables con que tropezaron los primeros intentos de reforma del feminismo clásico, y el costo que tuvieron sus triunfos, que hoy se dan por sentados. Porque históricamente la tradición occidental, si bien más benéfica respecto de las mujeres que otras tradiciones culturales importantes, ha restringido severamente las funciones sociales, intelectuales y políticas abiertas a las mujeres. Todavía en el siglo XIX, a las mujeres estadounidenses no se les permitía tener títulos de propiedad, instalar negocios, actuar de jurados, atestiguar ante un tribunal, ni desafiar la autoridad del marido.

A lo largo de la historia, por cierto, el ascenso de las mujeres ha tropezado con numerosas barreras naturales. Hasta el advenimiento de la Revolución Industrial y del capitalismo democrático, en todas partes hombres y mujeres vivían existencias duras, restringidas, de trabajos pesados y penurias. Las oportunidades de las mujeres se han visto limitadas, además, por el carácter absorbente de su papel reproductor, sobre el cual, hasta ahora último, han tenido escaso control.

No obstante, durante siglos una multitud de barreras artificiales —legales, religiosas y educacionales— han colaborado a que las mujeres estuviesen imposibilitadas de realizar su potencial humano en formas que estaban

abiertas a sus contrapartes varones. En Occidente y en otros lugares se han justificado a menudo estas restricciones con el argumento de que la “naturaleza femenina” hace que las mujeres sean emotivas, volubles, ilógicas y limitadas en sus intereses y aptitudes.

La misión del feminismo clásico ha sido la de revelar y desacreditar la idea de que la biología es el sino de las mujeres. Las pensadoras feministas clásicas han reconocido, en general, que los hombres y las mujeres son distintos en varios aspectos y que estas diferencias, además de constituir una fuente de placer, han demostrado contribuir a la supervivencia de nuestra especie. Pero las feministas clásicas han insistido en que las diferencias biológicas no tienen importancia alguna en la mayoría de las actividades. La feminista Margaret Fuller lo expresó con elocuencia en 1844 cuando escribió:

“Lo que la mujer necesita es como naturaleza crecer, como intelecto discernir y como alma vivir libremente. Queremos que todo camino esté abierto para la Mujer así como para el Hombre”.

### **Excesos del feminismo contemporáneo**

El feminismo clásico representa, en palabras de Cynthia Ozick, una visión de “la aspiración y la justicia convertidas en universales, de la especie humana ampliada a humanidad”. Hoy, sin embargo, muchas dirigentes feministas repudian el concepto de una naturaleza humana universal. De hecho, como observa la filósofa Christina Sommers, en su mayoría las intelectuales feministas contemporáneas ven en la naturaleza humana “un mito inventado por los hombres para oprimir a las mujeres”.

A las feministas contemporáneas casi no les queda otra alternativa que rechazar el concepto de naturaleza humana, pues éste plantea una amenaza fatal para los anhelos utópicos que yacen en el corazón de “su” visión feminista. Si bien ésta adquiere distintas formas, tiende a descansar en dos premisas: primera, que la opresión de las mujeres por los hombres constituye el principio rector de la vida social humana; y segunda, que las instituciones sociales patriarcales son todo lo que separa a las mujeres de un mundo auténticamente justo e igualitario.

Las feministas que repudian la noción tradicional de la naturaleza humana han procurado reemplazarla con uno u otro de dos conceptos mutuamente discordantes, con lo que han sumido al feminismo en la esquizofrenia intelectual que lo invade en la actualidad. Un bando, el de las

“mujeres chauvinistas”, insiste en que hombres y mujeres tienen naturalezas radicalmente “diferentes”, derivadas de su sexo. Estas feministas tienden a pensar que los hombres son por naturaleza analíticos, “logocéntricos” y obsesionados por el poder y la dominación, en tanto que las mujeres son por naturaleza intuitivas, concretas, pacíficas y “afirmadoras de la vida”. Las chauvinistas femeninas, por supuesto, estiman que la naturaleza femenina es superior a la masculina. Piensan que dado que los dos sexos carecen de una naturaleza común, tienen maneras fundamentalmente diferentes de experimentar el mundo y que les resulta difícil, cuando no imposible, entender recíprocamente sus perspectivas.

En cambio, las feministas de la escuela “unisex” insisten en que hombres y mujeres son en esencia “idénticos”. Esto no quiere decir que comparten una naturaleza común; por el contrario, significa que no tienen naturaleza alguna discernible, pues son seres infinitamente plásticos y maleables. Las feministas unisex tienden a atribuir todas las diferencias de comportamiento, preferencias y papel social entre hombres y mujeres, a discriminación de parte de los varones patriarcales o bien a una falsa conciencia de parte de mujeres ilusas. Insistiendo, como el politólogo Richard Rorty, que la “socialización comienza a temprana edad”, estas feministas sostienen que si bien los hombres son opresores hoy, a través de la reeducación se podrá conseguir finalmente que ambos sexos lleguen a querer las mismas cosas y a comportarse de la misma manera.

### **El cultivo de la ira y la autocompasión**

Al rechazar la naturaleza humana, las feministas contemporáneas se libran de la molesta noción de que los seres humanos son inherentemente imperfectos y, por tanto, incapaces de crear una sociedad auténticamente justa e igualitaria. Una vez que se retiran de la ecuación los defectos humanos, la primera responsabilidad del fracaso en la evolución de una sociedad cabalmente justa aparece recayendo en las instituciones sociales injustas. Muchas intelectuales feministas abogan incluso por la completa reestructuración de las instituciones centrales de nuestra vida diaria. Estiman que los hombres crearon estas instituciones para oprimir y explotar a las mujeres y a otros grupos de víctimas como, por ejemplo, la “gente de color”.

Las instituciones sociales que reciben el peso de la ira feminista son las de la cultura occidental. Aquella cultura, a los ojos de muchas feministas, es el producto, irremisiblemente corrompido, de varones heterosexuales,

blancos, muertos y, en tal calidad, es el motor principal del sexismo en el mundo de hoy. Los ataques feministas a la cultura occidental van desde el intento de cambiar la orientación tradicional de las universidades, centradas en “estudios para hombres blancos” —de los que se dice que contienen escaso interés o pertinencia para las mujeres— a iniciativas para reemplazar la familia nuclear y el matrimonio heterosexual como piedras angulares de la organización social. Lo irónico es que las feministas tienden a olvidar que Occidente, y sólo Occidente, ha desarrollado las normas de justicia, igualdad y autonomía individual según las cuales ellas miden su propia sociedad y dicen encontrarla totalmente defectuosa.

Está claro que en la visión del mundo de muchas intelectuales feministas queda poco espacio para la virtud de la prudencia. Para ellas, la justicia y la igualdad, en cuanto principios morales, aparecen como una farsa, salvo que también constituyan prácticas universales. Las mujeres deben cultivar la rabia y la autocompasión, según estas feministas, para llegar a una conciencia liberadora y “habilitante” de la verdadera magnitud de su propia degradación. Sabiendo esto, pueden comenzar a dejar caer las cargas que el patriarcado les impone.

En la medida en que el feminismo contemporáneo abandona su verdadera misión para concentrarse en la opresión y el ensimismamiento, va creando males sociales más destructivos que aquellos que busca remediar. Al dar origen a expectativas que nunca se podrán cumplir, condena a las mujeres a la desesperación y las confina a una permanente calidad de víctimas. El feminismo de esta índole nubla el criterio de las mujeres. Las deja incapacitadas para distinguir entre necesidades y deseos, entre injusticias reales e irritaciones benignas. Engañadas, creen que son dueñas de un conocimiento nuevo y profundo, porque, al contrario de sus hermanas menos ilustradas, ahora ven, en los incidentes más triviales de la vida cotidiana, un motivo para enfurecerse. Lo más triste de todo es que este feminismo priva a las mujeres de la felicidad que tienen a su alcance, porque oscurece sus verdaderos orígenes.

Las mujeres norteamericanas necesitan el conservantismo, con su sentido de las limitaciones fundamentales de la naturaleza humana y del valor de la tradición occidental, para atemperar los serios excesos que amenazan al feminismo contemporáneo. Pero necesitan el feminismo, en su forma clásica, para extraer del conservantismo lo mejor. Puesto que parte de la premisa de que el mundo es imperfecto, el conservantismo corre el riesgo de concluir erróneamente que no podemos o no necesitamos luchar por hacer del mundo un lugar más justo.

El conservantismo, cuando vacila en su compromiso activo con las ideas de justicia e igualdad, cae con demasiada facilidad en una defensa irreflexiva del *statu quo* y en una comprensión estrecha e interesada de los dictados de la prudencia. El feminismo ofrece un contrapeso al afirmar que cuando la justicia y la equidad peligran debemos procurar reformas, con audacia además de prudencia. En la esfera pública, el feminismo conservador pretende ayudar a que las mujeres juzguen “cuándo” es conveniente el cambio y “cuál” cambio conviene, y reconozcan las condiciones en las que es probable que el cambio produzca, sin quererlo, consecuencias que empeoran las cosas en lugar de mejorarlas. A nivel personal, el feminismo conservador procura ayudar a las mujeres a elegir aquello que hará que sus vidas sean más fructíferas y realizadas.

### **Nuestros deberes, nuestras personas**

El feminismo conservador sostiene que hay dos componentes esenciales de la felicidad, tanto para mujeres como para hombres. Los seres humanos encuentran la felicidad en el cumplimiento de obligaciones para con la familia, los conciudadanos y aquella empresa humana más extensa que llamamos civilización. Pero también tienen una necesidad profunda de ampliar esos horizontes personales mediante la aplicación de sus energías en cualquier sentido que sus intereses, talentos y sed de aventura les señalen.

A diferencia de numerosas feministas contemporáneas, la feminista conservadora no estima que las obligaciones para con los demás sean cargas, sino “deberes” cuyo cumplimiento la convierte en un ser moral. Su concentración en los deberes no significa que esté engañada o esclavizada, ni que niegue sus propias necesidades e intereses por complacer a los demás, como lo han hecho por fuerza las mujeres en el pasado. Al contrario, la feminista conservadora sabe que es imposible forjarse una identidad fuera del contexto social. Entiende que la red de conexiones con los demás es la que produce un sentido de propósito y un espacio de acción moral, al crear un rol significativo en una empresa que es mayor que su propia existencia finita.

En su vida personal, la feminista conservadora se guía por el precepto de que los seres humanos siempre deben ser tratados como fines, y no como medios. Ve el sexo como algo realizador cuando va acompañado de amor y entrega mutuos. En consecuencia, su ideal es el compromiso de por vida con un hombre en un matrimonio de iguales, y considera que la

promesa de fidelidad a su cónyuge es liberadora y no limitante. En tal sentido, encuentra inspiración en aquella máxima de G.K. Chesterton de que “la libertad por la cual uno debe preocuparse más es la libertad para comprometerse”.

Si la feminista conservadora se convierte en madre, acepta la necesidad de hacer una multitud de sacrificios, personales, profesionales y financieros, por el bien de sus hijos. Espera que su cónyuge se sacrifique también y decide, junto con él, en qué forma cada uno de ellos puede contribuir mejor al bienestar familiar. Piensa que los papeles familiares son flexibles; los hombres, por ejemplo, pueden ocuparse de los niños mientras las mujeres pueden ejercer una profesión de tiempo completo. Pero cuando ella y su marido toman sus decisiones relativas a las responsabilidades familiares, hay algo que dan por sentado: que su primer deber es asegurar el bienestar físico y emocional de los hijos, promover su desarrollo intelectual y formar su carácter moral.

La feminista conservadora ve en el papel tanto más ampliado de la paternidad uno de los legados más valiosos del feminismo clásico, pero no se extraña de que las mujeres opten por dedicarse a sus hijos con más frecuencia que los hombres. Intuye que muchas mujeres “prefieren” pasar tiempo en casa con los niños, especialmente cuando éstos son muy pequeños. Comparte esta opinión una feminista de la talla de Simone de Beauvoir, quien se oponía a permitir que las mujeres se quedaran en casa a criar a sus hijos, porque “si existe la opción, demasiadas mujeres optarán por ello”. Pero la feminista conservadora, al contrario de la Beauvoir, ve en el vínculo especial de la maternidad no una prueba de opresión sino un motivo de acción de gracias.

### **Hombría virtuosa**

La feminista conservadora piensa que las mujeres deben ser fuertes, sabias y autosuficientes, y así enseña a sus hijas; pero estima que estas cualidades tienen la misma importancia para los hombres, aunque teme que muchos hombres, ante el papel ampliado de la mujer en la sociedad, han reaccionado retirándose a la irresponsabilidad y al hedonismo. En su opinión, los hombres que quedan marginados y que son animados a comportarse con egoísmo plantean un peligro enorme para la sociedad, en tanto que los hombres que se dedican al bien común constituyen un recurso público

invaluable. Por esta razón, y porque desea que sus hijos alcancen lo mejor de sí, ella pone ante sus hijos un ideal de hombría.

El ideal de la hombría que tiene la feminista conservadora tiene poco en común con el machismo ciego que invade hoy la cultura popular. Ella no tiene tiempo para Rambo con sus compatriotas fríos, cínicos y jactanciosos. En cambio, les enseña a sus hijos que si bien la fuerza es buena, los fuertes tienen una responsabilidad especial de ayudar y proteger a los débiles y menos afortunados. Les explica la importancia de conducirse con honor en toda circunstancia, alcanzar el dominio de sí mismos, y cultivar la moderación.

La feminista conservadora no desea que sus hijos crezcan creyendo que, porque son hombres, son culpables de la opresión de las mujeres. Tampoco quiere que finjan ser más “preocupados” que los demás, en un intento vergonzoso de impresionar a las mujeres que los condenan por el hecho de ser hombres. La verdadera hombría, les advierte ella, significa aceptar su responsabilidad por los demás y considerar que el bienestar de los otros debe ser una preocupación central de sus vidas. Significa desarrollar la capacidad de juicio, el valor, la honestidad, la generosidad, la determinación, el espíritu público y la abnegación en pro de un bien mayor.

La feminista conservadora sabe que sus hijos no van a encontrar en *Miami Vice* héroes que representen estas cualidades. Por eso se preocupa de darles a conocer las grandes figuras de la literatura y de la historia, las que tradicionalmente han servido de modelo para la formación del carácter. Personajes literarios como el rey David, Eneas, el rey Arturo, Rolando, Enrique V, de Shakespeare; Ivanhoe y los protagonistas de Robert Louis Stevenson, junto con figuras históricas como George Washington, Abraham Lincoln, Frederick Douglass, Winston Churchill, y los protagonistas de *Profiles in Courage*, de John F. Kennedy, representan un ideal muy necesario de hombría virtuosa para jóvenes que, de otro modo, tendrían que conformarse con Harry el Sucio.

### **Deberes para con la comunidad y la tradición**

La feminista conservadora sabe que su propio bien y el de su familia son inseparables del bien de la comunidad más extensa. Piensa que tiene el deber de impulsar el bien público fortaleciendo las instituciones que pro-

mueven los valores comunes y dando forma a la idea que su comunidad tiene de la justicia y la igualdad.

La feminista conservadora se empeña en darse tiempo para las organizaciones de voluntariado —como la Iglesia o la Sinagoga, los centros de padres y apoderados, los clubes de servicio— que proporcionan el adhesivo social de su comunidad y mejoran su calidad de vida. Si hay limitaciones relacionadas con el trabajo que le impidan contribuir directamente a la construcción de la comunidad, dedica un esfuerzo especial a reconocer y apoyar a quienes sí entregan generosamente su tiempo. A sus ojos, los hombres y mujeres que trabajan voluntariamente para promover el bien común merecen el mismo respeto, por lo menos, que los hombres y mujeres que reciben una remuneración en dinero por su trabajo.

Además, la feminista conservadora procura desarrollar una comprensión prudente de las formas en que la justicia y la igualdad, en cuanto principios morales, se pueden realizar mejor dentro de su propia sociedad. En busca de orientación, se dirige a la tradición cultural occidental, con su legado de instituciones democráticas y derechos civiles. Igual como el filósofo Alasdair MacIntyre, ve la tradición occidental como “un ‘argumento’ extendido en la historia e incorporado en la sociedad”, acerca del bien y el mal, y sobre la naturaleza de la buena vida. Piensa que antes de poder contribuir a esta argumentación debe estudiar las grandes ideas y fuerzas sociales que han dando forma al patrimonio occidental. Al aprender de las lecciones que brinda la historia, espera desarrollar una capacidad de juicio que esclarezca, como lo diría MacIntyre, “las posibilidades futuras que el pasado occidental ha puesto a disposición del presente occidental”.

### **En pos de la felicidad**

Durante siglos las mujeres han cumplido deberes para con la familia y la comunidad, y han encontrado en ello satisfacción. Pero en la búsqueda de la felicidad hay algo más que el cumplimiento de deberes. Excluidas históricamente de campos enteros de actividad humana, las mujeres han visto limitadas enormemente las dimensiones en las cuales han podido buscar y encontrar su realización personal en la vida. Hasta hace poco las mujeres no podían educarse con amplitud, expresarse en términos políticos ni artísticos, ni vivir independientes de la autoridad del padre o del marido, ni ejercer la mayoría de las vocaciones que se practicaban fuera del hogar.

La feminista conservadora se regocija con los logros de las mujeres más dotadas de su época: Jackie Joyner-Kersey, Barbara Tuchman, Sally Ride, Leontyne Price, Margaret Thatcher, la ganadora del Premio Nobel de Ciencias Barbara McClintock, la novelista y académica Margaret Drabble. Procura asegurar que las mujeres tengan la oportunidad de participar en “todos” los aspectos de la empresa humana, puedan desarrollar sus talentos, perseguir sus intereses hasta su conclusión natural, buscar la aventura, plantear y responder las grandes preguntas y elegir entre una multitud de funciones sociales.

### **Derechos iguales, males comparables**

Tal como otras feministas, la feminista conservadora ve la promoción de la justicia y la igualdad como una meta principal de orden público. Sin embargo, entiende estos principios de manera muy distinta a la mayoría de las feministas contemporáneas. En particular, la feminista conservadora tiende a considerar que los “individuos” tienen derechos a la justicia y a la igualdad, en tanto que otras feministas tienden a percibir que son “grupos” los que tienen dichos derechos.

La feminista conservadora entiende la justicia en términos universales: estima que su esencia radica en el trato equitativo para “todos” los ciudadanos. La justicia exige que las mujeres tengan igualdad de acceso al empleo, a la educación, a la vivienda y al crédito, y ahora, gracias a las leyes sobre derechos civiles de los años sesenta y setenta, tales derechos están asegurados. Pero la feminista conservadora piensa que es manifiestamente injusto promulgar leyes que crean para las mujeres un estado de privilegio o que pretenden remediar los males que sufrieron las mujeres en el pasado perjudicando o imponiendo desventajas a los hombres.

### **Camino de la tiranía**

La feminista conservadora también comprende la igualdad en términos universales. Mientras hombres y mujeres se rijan por las mismas reglas y se les juzgue según las mismas normas, está satisfecha de que exista la igualdad de sexos. Al contrario de la mayoría de las feministas contemporáneas, no se precipita a concluir que la igualdad exige que los resultados de todo proceso social sean idénticos para hombres y mujeres, vistos en forma

colectiva. De hecho, piensa que las tentativas de imponer ciertos resultados de grupo (por ejemplo, exigir que cierto porcentaje de los contratistas del gobierno o de los profesores de un colegio sean mujeres) ponen, inevitablemente, grandes limitaciones a la libertad personal de acción. Es más, la feminista conservadora sostiene, como Friedrich von Hayek, que las iniciativas tendientes a igualar los resultados “económicos” suelen producir, en términos de poder “político”, desigualdades más grandes y más peligrosas entre los grupos contendores. Ella sospecha, como Hayek, que la meta de combinar la libertad individual con la igualdad de resultado grupal es inalcanzable y representa un riesgoso primer paso en el camino a la tiranía.

En resumen, en tanto buena parte de las feministas contemporáneas propician políticas que maximizan la equivalencia de condiciones entre grupos, la feminista conservadora defiende políticas que maximizan la libertad individual: la libertad de cada ciudadano, hombre o mujer, para luchar por la excelencia personal y recibir una recompensa por ello. Su compromiso con la libertad individual determina su posición frente a muchas de las políticas públicas más caras al corazón de las feministas contemporáneas, entre ellas la Acción Afirmativa, así como aquellas relativas al “valor comparable” y a la discriminación y asedio sexual.

No es de extrañar que la feminista conservadora se oponga a la Acción Afirmativa y a las cuotas de grupo como vehículo para remediar la discriminación pasada e imponer la igualdad de condiciones. Apoya los programas de “ayuda especial”, por ejemplo, aquellos que preparan a las mujeres para carreras tradicionalmente masculinas, como la ingeniería y las ciencias exactas. No obstante, insiste en que los puestos y cargos se asignen únicamente por méritos. No tiene tiempo para aquellos que tratan de blanquear las cuotas apelando a la “inclusividad” o la “diversidad.” Si bien la auténtica diversidad, la de intereses, de temperamento, experiencia, orientación política y antecedentes sociales, muchas veces puede ser una ventaja, la feminista conservadora encuentra escaso valor en la mera diversidad de sexo.

### **El mercado liberador**

La feminista conservadora piensa que las mujeres se encuentran mucho mejor con nuestro sistema actual de pago regulado por el mercado que con un sistema basado en la idea del “valor comparable.” En nuestro sistema actual, los salarios fluctúan según las fuerzas de la demanda y

oferta en el mercado. En un sistema regido por el “valor comparable”, sin embargo, los salarios los fija una burocracia que pretende trazar paralelos entre ocupaciones tradicionalmente masculinas y tradicionalmente femeninas, con el fin de cerciorarse de que los salarios que se paguen en cada grupo sean en esencia iguales.

Desde el punto de vista de la feminista conservadora, abandonar las ventajas del mercado y acercarse a una economía planificada sería un serio error para las mujeres. La feminista conservadora sabe que el capitalismo y el mercado, con su dinamismo, flexibilidad y apetito por la innovación, se cuentan entre las herramientas más poderosas que tienen las mujeres en su búsqueda de la autonomía y la prosperidad. El capitalismo, al fin y al cabo, sacó a las mujeres de la granja y de la casa. Produjo las máquinas de escribir y los telares, con lo cual los servicios de las mujeres se hicieron indispensables para el crecimiento económico. Al crear una verdadera explosión de nuevas técnicas y oportunidades, el sistema capitalista lanzó los primeros pasos tentativos de las mujeres hacia la igualdad social y la independencia económica.

Como lo pueden atestiguar los norteamericanos tradicionalmente marginados, como los judíos y asiáticos, la “destrucción creativa” del capitalismo es uno de los grandes niveladores de la historia. Al recompensar “lo que funciona” y no “como se ha hecho siempre”, el capitalismo va minando los antiguos prejuicios y estereotipos restrictivos. Las mujeres del Tercer Mundo, privadas de los beneficios del mercado, han encontrado escasos medios para escapar del papel rígido que las ha limitado durante milenios, y si bien es cierto que las economías planificadas del bloque oriental nacieron, como el valor comparable, por razones igualitarias, no han logrado traer verdadera igualdad ni prosperidad a nadie, menos aún a las mujeres.

### **Necesidad de las demandas de acción-de-clase**

La feminista conservadora cree que las mujeres que han sido víctimas de la discriminación sexual —las que se han visto privadas de ciertas responsabilidades en el trabajo, por ejemplo, o postergadas en el ascenso— deben tener acceso a los tribunales para alcanzar justicia. Pero mira con escepticismo las demandas de acción-de-clase que fundan sus reclamos de discriminación solamente en disparidades estadísticas respecto de la cantidad de hombres y mujeres que desempeñan ciertos cargos o perciben ciertos ingresos.

Las demandas por discriminación de acción-de-clase preocupan a la feminista conservadora porque ella desconfía de las premisas subyacentes. Estas demandas suponen que la “paridad” sexual o representación equivalente de los sexos en todas las ocupaciones y niveles de ingreso es un elemento fundamental de la justicia social. Suponen, además, que las diferencias estadísticas entre hombres y mujeres en relación a cargos e ingresos pueden tener un solo origen: la discriminación del empleador. Y suponen que los hombres y mujeres que conforman la fuerza laboral son, en cierto sentido, autómatas intercambiables, y no individuos que toman decisiones y cuyas opciones vocacionales reflejan el deseo de maximizar su propia felicidad.

La feminista conservadora sabe que, en general, las “disparidades” en el trabajo tienen explicaciones complejas. Muchas proceden, no de la discriminación, sino de las decisiones que adoptan hombres y mujeres de acuerdo con sus preferencias personales. Por ejemplo, muchas mujeres optan por sacrificar el ingreso, postergar el desarrollo profesional o trabajar tiempo parcial para dedicar más tiempo a su familia. Esto no le quita el sueño a la feminista conservadora, tampoco se desvela de noche porque las mujeres que trabajan en cuidar niños son más numerosas que las que trabajan en la construcción o conducen camiones. Su regla cardinal es que las mujeres deben ser libres de elegir la ocupación que les parezca; pero no insiste en que sus opciones se adecuen a una noción estadística de “paridad.”

### **Insensibilidad endurecida**

La feminista conservadora cree que las mujeres que experimentan el asedio sexual, en cuanto a reiteradas e indeseadas proposiciones sexuales en el trabajo, deben disponer de recursos legales. Pero condena con energía el movimiento actual —presente especialmente en las universidades— que busca ampliar la definición de asedio sexual como parte de una campaña por imponer ideas “políticas correctas”. En muchas universidades, los comentarios que una mujer podría interpretar como “ofensivos”, “hostiles” o tan sólo “insensibles” para su sexo, hoy se prohíben y castigan. Por ejemplo, en la Universidad de Minnesota, donde yo asistí a la escuela de derecho, el manual relativo al asedio prohíbe la “insensibilidad endurecida ante la experiencia de las mujeres”, y advierte que “el asedio sexual puede ser tan descarado como la violación o tan sutil como una mirada”. No es de extra-

ñar que se recurra a políticas como éstas en circunstancias que no tienen ningún matiz sexual, sino que constituyen simplemente incidentes irritantes o molestos para las mujeres.

La tendencia de las feministas contemporáneas a usar con ligereza el concepto de asedio sexual preocupa a la feminista conservadora por varios motivos. Alienta a las mujeres a abandonar la responsabilidad que tienen de defender sus ideas y actos, y las exhorta a culpar de todo desafío intelectual, de todo desengaño, de todo momento difícil, a la opresión o mala voluntad de los hombres. Institucionaliza la visión de la mujer como víctima eterna, como creatura inerte, infeliz, incapaz de resistir los avatares de la vida en sociedad si no cuenta con una coraza legal especial que proteja sus sentimientos. Esto contamina la vida universitaria con un clima generalizado de sospecha y hostilidad de grupo. E, irónicamente, trivializa el sufrimiento de aquellas mujeres que enfrentan un auténtico asedio sexual.

### **El programa de la feminista conservadora**

El programa político y social de la feminista conservadora difiere notablemente del de la mayoría de las feministas contemporáneas. No es de extrañar que piense que hay amenazas mucho más urgentes para el bienestar de la mujer promedio que el “techo de vidrio”, la composición predominantemente masculina de las compañías de bomberos, o la posibilidad de que los congresos estatales y no la Corte Suprema puedan algún día resolver asuntos relativos al aborto.

La mayor preocupación de la feminista conservadora son las condiciones sociales contemporáneas que ocasionan sufrimientos y padecimientos desproporcionados a las mujeres y que amenazan su capacidad de aprovechar oportunidades nuevas. Otras feministas también lamentan estas condiciones, y algunas incluso le roban tiempo, por decirlo así, a la recolección de fondos para la Liga de Acción por los Derechos Nacionales del Aborto. Lamentablemente, muchas feministas se ven impedidas de dedicarse con eficacia a las amenazas más fundamentales para el bienestar de las mujeres, debido a la hostilidad que sienten hacia los valores “burgueses” y hacia aquellas instituciones sociales que tienen significado para las mujeres comunes y corrientes.

Cuatro asuntos urgentes encabezan el programa de la feminista conservadora:

## El crimen

La violación sexual y la violencia contra las mujeres constituyen, naturalmente, una preocupación principal del feminismo contemporáneo. Lo que la mayoría de las feministas pasa por alto es el efecto desproporcionado que otros crímenes tienen sobre las mujeres.

La movilidad de las mujeres y su sentido de seguridad se ven menoscabados más que los de los hombres por las elevadas tasas de criminalidad. Cuando yo vivía en Chicago, por ejemplo, solía salir pronto de la Opera Lírica, abriéndome paso a lo largo de filas de parejas indignadas. Parecía que los taxistas preferían como pasajeros a los hombres bien vestidos y yo temía que, a menos que saliera antes, me quedaría sola en la oscuridad: un excelente blanco para un asaltante o algo peor. Aun ahora, cuando mi marido está fuera de casa, reviso una y otra vez las cerraduras de puertas y ventanas de una manera que él nunca lo hace cuando yo paso el fin de semana afuera. No es sólo el temor a la violación lo que hace que las mujeres tomen esas precauciones. Es la impresión de que son más vulnerables a la agresión que los hombres y que los criminales con frecuencia atacan a quienes lo son más.

La frecuencia con que se cometen toda clase de crímenes debe ser un asunto de alta prioridad para las feministas contemporáneas. Sin embargo, muchas feministas son ambivalentes respecto del crimen y de los criminales. La tendencia a percibir la raíz de todos los males en las instituciones sociales, y no en las limitaciones humanas, las induce a ver a los criminales como "víctimas de la sociedad". Como ellas a su vez son víctimas, les parece difícil juzgar a otras víctimas o a tenerlas por responsables de sus actos. Además, la adhesión de las feministas contemporáneas a un relativismo moral torcido, que identifica en el sexismo y el racismo los archipecados de la historia del hombre, les hace difícil enfurecerse moralmente ante crímenes pedestres como los atentados contra la propiedad.

## Degradación cultural

La cultura popular modela cada vez más los horizontes morales y culturales de los norteamericanos. Lo lamentable es que degrada rutinariamente a las mujeres y abusa de ellas en formas que hubieran suscitado airadas protestas en días menos liberados.

Por cierto que el cine y la televisión retratan la violencia contra los hombres con una regularidad espeluznante. Pero, como lo señaló últimamente Lorrie Moore, en el *New York Times*, ésta tiende a ser “la violencia de un soldado contra otro, la que normalmente se ejecuta con el rápido disparo de un fusil”. La violencia contra las mujeres, nota Moore, es “estética, festivamente prolongada, erotizada”. Como ilustración, se refiere a la popular serie *Twin Peaks*, que muestra “el asesinato y desmembramiento de mujeres como una especie de vandalismo caprichoso, como si asesinar a una mujer fuera equivalente a destrozar un Buick”.

Desde las letras que cantan grupos como 2 Live Crew hasta los desatinos de libros como *American Psycho*, el tema del sadismo erotizado, dirigido contra mujeres, se ha convertido en un rasgo extendido de la cultura norteamericana. Algunas organizaciones feministas han levantado la voz con valentía contra esta tendencia, pero muchas otras han guardado silencio, al menos en público. Pareciera que las paraliza el miedo a acusaciones de “censura”. Además, parecen resistirse a hacer causa común con fuerzas políticas que se les antojan antipáticas, como los cristianos “pro familia”. Confundidas por lealtades contradictorias, renuncian al liderazgo en un asunto que debería galvanizar a los norteamericanos a lo largo de todo el espectro político.

## Sexo y destino

### Relaciones sexuales sin compromiso

Un postulado fundamental del feminismo contemporáneo es el de que las mujeres deben transformarse en los “iguales sexuales” de los hombres, si es que han de ser sus iguales políticas y sociales. Las relaciones sexuales, insisten muchas feministas, no son más que un componente de un estilo de vida sano, autoafirmativo y, en tal calidad, para disfrutar de ellas no es preciso que haya un compromiso serio por parte de los participantes. Las feministas muchas veces explican las limitaciones tradicionales de la libertad sexual de las mujeres en términos unidimensionales, atribuyéndolas a los intentos masculinos por arrebatarles a las mujeres el control de las funciones reproductivas.

Está claro que las mujeres se han beneficiado notablemente con su autonomía sexual de nuevo cuño y con el reconocimiento, por parte de la sociedad, de que las mujeres, como los hombres, son seres sexuales. Pocas

querrían volver a los tiempos de Hester Prynne o de Tess, de D'Urbervilles. Pero las feministas se equivocan al afirmar que las relaciones sexuales sin compromiso no son más peligrosas para las mujeres que para los hombres. Sabemos hoy que las relaciones de este tipo han llevado a una epidemia de abortos, enfermedades venéreas e infertilidad femenina; a una multitud de niños indeseados y a un triste legado de educaciones y carreras de mujeres, no de hombres, truncadas.

Las más vulnerables a los peligros de las relaciones sexuales sin compromiso son las mujeres jóvenes y de clase baja. Son las menos capaces de percibir y proteger sus propios intereses cuando se "liberan" para acostarse con hombres que sólo quieren explotarlas. Pero las mujeres dueñas de sí y bien educadas también corren riesgo. Con frecuencia me asombra la cantidad de mujeres en esta situación que no saben decir "no", ni tomar precauciones, porque tienen miedo de enfurecer al hombre. Parece que estas mujeres fueran incapaces de formular normas que les permitan tener relaciones sexuales según sus propias condiciones y no las de su compañero.

A muchas feministas contemporáneas les cuesta reconocer y encarar el lado oscuro de la liberación sexual. Como un movimiento reflejo, tienden a rechazar todo lo que huele al antiguo "doble estándar". Con demasiada frecuencia, las feministas tienen poco que decirles a las jóvenes que buscan lo que la periodista Stephanie Guttman ha llamado "formas de decir no que sean socialmente aceptables". En vez de eso, claman por condones gratuitos, clínicas gratuitas y aborto a pedido, o promueven la "capacitación en sensibilidad a la cita-violación", que anima a las mujeres a ceder a los hombres la responsabilidad de decir no. Las medidas de esta índole no van a ayudar a las mujeres que intuyen que la relación sexual puede ser mucho más significativa que lo insinuado por los estrenos cinematográficos, pero que todavía no han aprendido que el amor y el compromiso constituyen los ingredientes esenciales.

### La feminización de la pobreza

La ilegitimidad y el divorcio, y la pobreza que originan, arruinan la vida de las mujeres norteamericanas y sus hijos en una medida mucho más alarmante. Hoy un veinticinco por ciento de los niños estadounidenses nacen fuera del matrimonio y, como consecuencia, en su mayoría deben sufrir una vida de privaciones. El resultado de las investigaciones de la socióloga Lenore Weitzman respecto de los efectos económicos del divorcio ha pasado

a formar parte del folclor norteamericano: en el año siguiente al divorcio, los hombres experimentan, en promedio, un alza de un 42 por ciento en su nivel de vida, mientras las mujeres divorciadas y sus hijos sufren una merma de un 73 por ciento. Además, los niños cuyo padre está ausente del hogar tienen mayores probabilidades que los demás de caer en las drogas, exhibir un comportamiento violento y un desempeño educacional pobre. Con frecuencia las madres deben encarar solas la difícil lucha contra estos males.

Las feministas contemporáneas deploran la feminización de la pobreza, pero tienden a ver la respuesta únicamente en el aumento del gasto público, y no en estimular el comportamiento que podría estabilizar y fortalecer la familia tradicional. Al fin y al cabo, reconocer que el matrimonio es la mejor defensa de una mujer contra la pobreza y la desesperanza, o que las familias con ambos padres suelen ser mejores para los hijos que aquellas con uno solo de los padres, equivale a reconocer que las mujeres necesitan a los hombres más que los peces necesitan bicicletas. No obstante, a pesar de la renuencia de muchas feministas a hacerse cargo de este hecho, parece que 25 años de programas estatales fracasados son una prueba inequívoca para la mayoría de los observadores de que el Tío Sam no puede ocupar los zapatos de papá.

### **Soluciones privadas**

La feminista conservadora sostiene que las mujeres han ganado en gran medida su batalla por la igualdad ante la ley. Esto no quiere decir que la discriminación y el asedio vayan a desaparecer pronto. Significa sí que las mujeres disponen ahora de las herramientas que necesitan para combatir estos tipos de injusticias y que quienes buscan en el gobierno soluciones más amplias corren el riesgo de crear otros problemas de mayor alcance. Es indispensable, no obstante, reformar las leyes que afectan la vida familiar. En especial, deben modificarse las leyes de divorcio y mantención de los hijos si las mujeres y sus hijos han de gozar de igualdad frente a los hombres.

Pero la feminista conservadora cuida de no cometer el error de buscar exclusivamente soluciones políticas a problemas de naturaleza esencialmente social y cultural. Ella considera que los cambios en la conducta individual son claves para reducir los males que confinan a una cantidad cada vez mayor de mujeres a una ciudadanía de segunda clase. Sabe, por supuesto, que aprobar leyes puede ser fácil, en tanto que influir en la

conducta es notoriamente difícil. Por ello, cuando comienza en casa y dentro de su comunidad inmediata, es eso precisamente lo que trata de hacer.

La feminista conservadora, al dirigirse a la juventud, procura definir la conducta responsable y formular argumentos de peso en su favor. Insta a las instituciones sociales: colegios, Iglesias y dirigentes comunitarios a unirse a esta iniciativa y a subrayar en todas sus actividades que el bienestar público depende de la virtud privada. Estima que el movimiento ambiental, que ha tenido un influjo enorme en los jóvenes, ofrece un modelo útil a este respecto. Porque ese movimiento comparte muchas de las premisas que la feminista conservadora desea promover: que la calidad de ciudadano implica responsabilidades, que los actos de cada persona afectan el bien del conjunto, que es mejor hacer lo que está bien que lo que es más cómodo, y que los actos descuidados de hoy pueden tener imprevistas consecuencias perniciosas más adelante.

La feminista conservadora también pretende influir, o al menos suavizar, los efectos nocivos de la cultura popular. Trata de que los padres tomen conciencia del hecho —advertido por filósofos desde Platón hasta Jane Addams— que la imaginación y las actitudes morales de la juventud son modeladas por las historias e imágenes de la cultura circundante, tanto como por las lecciones formales que se enseñan en los colegios. Los niños que pasan horas después de la escuela mirando cómo las estrellas de rock de MTC denigran a mujeres ligeras de ropa, están recibiendo, en cierto sentido, una “educación” sobre las expectativas de la sociedad respecto de las mujeres. La feminista conservadora hace saber a los ejecutivos del canal y a los avisadores lo que piensa de sus productos y da su apoyo a la acción concertada para convencerlos de que dichos productos no compensan.

La feminista conservadora procura incentivar el escrutinio público de las consecuencias que tienen las políticas feministas para la mujer norteamericana promedio. Deja en claro que las dirigentes feministas hacen daño cada vez que se burlan de la familia tradicional como el legado torpe de Ozzie y Harriet, así como cuando exigen la adopción de reglamentos sobre el asedio sexual al estilo de la Universidad de Beijing, o recargan el sistema judicial con otra demanda de acción-de-clase, mal concebida y costosa. Su propósito es convencer a las fundaciones privadas y organismos públicos de que es preciso reconsiderar los recursos que destinan al “*establishment*” femenino y cuestionar, asimismo, la retórica y las visiones del mundo en que se basa.

Si bien procura romper su cuasi monopolio en materia de políticas públicas, la feminista conservadora alienta a las organizaciones feministas a usar sus recursos e influencia política de manera que realmente beneficien a la mayoría de las mujeres. Si estas organizaciones se dedicaran a revertir la degradación de la mujer en la cultura popular, por ejemplo, podrían hacer mucho bien. Y si las demandas del público o de los estudiantes fueran lo bastante estridentes, los programas de estudios femeninos que hoy están firmemente en manos de feministas académicas podrían verse obligados a ampliar sus “estudios de la opresión” e incluir investigaciones útiles sobre asuntos relacionados con el sexo en el “mundo real”, como las causas y las consecuencias del divorcio y las realidades de equilibrar una familia y una profesión.

### **Arquitecto de su propia felicidad**

Mientras realiza las tareas que se ha fijado, la feminista conservadora cultiva una visión intelectual muy distinta de la que tiene la mayoría de las feministas contemporáneas. La palabra “víctima” no sale fácilmente de su boca. Ve en la adversidad un componente inevitable de la vida humana, y no una aberración que la aflige a ella y a su sexo principalmente. Cuando los tiempos son duros, se empeña en hacerles frente con coraje, dignidad y buen humor, cualidades que a menudo escasean en el bando feminista. Y cuando sus propios defectos conducen al fracaso, resiste la tentación de echarle la culpa a un “sistema” hostil.

La feminista conservadora es arquitecto de su propia felicidad. Encuentra la felicidad en esforzarse por cumplir sus responsabilidades, cultivar la sabiduría, desarrollar sus talentos y perseguir la excelencia en todas sus actividades. Como el mundo es como es, ella sabe que a veces la excelencia encierra su propia recompensa. Pero por muy justo o muy frustrante que sea el comportamiento de los demás, ella se niega a buscar consuelo en una vida de ira y autocompasión, pues, como ella sabe, tales son los sellos de las débiles, no de las fuertes.

En el centro de la visión feminista conservadora está el concepto de una naturaleza humana universal. Como piensa que hombres y mujeres comparten esta naturaleza por igual, rechaza la visión que tiene de la vida la feminista contemporánea, en el sentido de que constituye una lucha por el poder en la que “grupos de interés” se disputan la delantera sin contemplaciones. La feminista conservadora sabe que es posible identificar intereses

“humanos” trascendentes capaces de mediar entre las reclamaciones contrapuestas de los sexos y, así, iluminar un bien auténtico.

En todo lo que hace, la palabra clave de la feminista conservadora es “equilibrio”. En su vida privada trata de lograr un equilibrio entre sus obligaciones para con los demás y la búsqueda de la realización personal. En su vida pública, intenta promover la justicia y la igualdad, pero también salvaguardar la libertad individual. Su resuelta posición a favor de la reforma es temperado por su respeto a los valores e instituciones fundamentales de la sociedad, los cuales representan la sabiduría colectiva de generaciones que persiguieron la buena vida con tanto ahínco como ella. Prudente en sus expectativas, infatigable en su búsqueda del conocimiento, procura explorar —y promover— las condiciones necesarias para la felicidad humana. □

## LA SACRALIZACION DEL CAOS: EL SIMBOLISMO EN LA MUSICA ROCK\*

Bernice Martin \*\*

Toda cultura refuerza el orden vigente y, simultáneamente, brinda enfoques alternativos. Toda forma de comunicación simbólica es ambigua por naturaleza. La subcultura juvenil es un reducto particular de “lo sagrado” en la sociedad contemporánea. Atendiendo a lo que postula Víctor Turner, la autora sostiene que la juventud es un estadio “liminoide” del ciclo vital, definido por el empleo de símbolos “contrarios a las estructuras”, mediante los cuales se expresa una forma de solidaridad social específica de la edad: una *communitas*. La música rock contiene ambas facetas de esta paradoja. La indumentaria y los gestos a que da lugar, las técnicas musicales y las letras de las canciones despliegan significados anárquicos que rompen con los tabúes o son ambiguos desde el punto de vista expresivo: es lo “antiestructural”. La *communitas* se perfila en símbolos ritualizados que dan cuenta de la identidad grupal y se manifiestan, sobre todo, en el compás machacón de la música, en la moda compartida y en el ídolo de turno, el cual funciona como un “totem” de carácter sagrado. Los jóvenes de estratos inferiores hacen hincapié en los elementos rituales; los de estratos superiores desarrollan, en cambio, los símbolos “contrarios a las estructuras”, en una dirección en extremo individualista. La relación entre lo “antiestructural” y la *communitas* es, en ocasiones, simbiótica y otras veces contradictoria, en especial cuando expresa una tensión entre los diversos sectores sociales.

---

\* Traducido y reproducido con la debida autorización de *Sociological Analysis* 40, 2 (1979).

\*\* Socióloga. Ha sido profesora de sociología en el London School of Economics y en Bedford College, University of London. Autora de numerosas publicaciones, entre las que cabe mencionar *A Sociology of Contemporary Change* (Oxford: Basil Blackwell, 1981).

De “**Simetrías y asimetrías**”

*Para sí mismo el “hecho a secas”  
para otros (en ocasiones)  
una metáfora de provecho*

...  
*Asqueado Narciso del Eco  
se tragó sus propios mocos  
y se meó en su charca*

...  
*El orgullo desprecia al placer,  
deja la gula y la lascivia  
para los de abajo:  
Buscó la dicha y la encontró,  
arrebataando la vida, destruyendo cosas,  
yendo siempre a alta velocidad.*

W. H. Auden (1976: 549-554)

“**Mi generación**”

*La gente quiere borrarnos del mapa  
sólo de vernos loqueando por ahí.  
Lo que hacen me parece horriblemente frío,  
espero morirme antes de llegar a viejo.  
Es mi generación, muñeca.  
¿Por qué no d-d-d-desaparecen todos de mi vista?*

Pete Townshend (1965)

De “**Dejadme morir como se muere un joven**”

*Dejadme morir como se muere un joven,  
ninguna de esas muertes asépticas y  
entre las sábanas, con el agua bendita a mano,  
nada de últimas palabras altisonantes  
y apacibles suspiros al final.  
Quizás cuando llegue a los 73  
y, siempre de buen “tumor”,  
resulte abatido al amanecer  
por un convertible rojo y deslumbrante  
yendo de vuelta a casa  
tras una fiesta de esas que duran toda la noche.  
O cuando tenga ya 91  
y las sienas plateadas  
y acodado un día en la barbería  
vea irrumpir a varios gangsters rivales  
con las ametralladoras a punto  
para darme una buena rociada.*

*O cuando llegue a los 104  
y expulsado de la “Caverna”  
se le ocurra a mi querida,  
al sorprenderme en la cama con su hija,  
y temerosa de su hijo,  
cortarme en pedacitos  
y arrojarlos, todos excepto uno, al tacho.*

Roger McGough (1967: 91)

**“Elvis Presley”**

*Por dos minutos afloran  
en cualquier bar  
de la gramola en el rincón, sus  
conocidos suspiros, su estampa larguirucha  
y sus patillas dislocadas, blandiendo una guitarra.*

*Las limitaciones que lo llevaron al éxito  
son el terreno en que jadeando  
se despliega a su vez con promiscuidad,  
en cada una de sus notas.  
Nuestra idiosincrasia y nuestro vivo retrato.  
Seguimos contactados entre nosotros  
con apenas unos centavos:  
distorsionando palabras trilladas  
en trilladas canciones.  
El hace de la revuelta un estilo, prolonga  
el impulso hasta convertirlo en un hábito actual.  
Si finge o es real, a nadie  
le importa: lo que finge es una postura  
que, engrendo del mismo azar contra  
el cual lucha, puede ser una actitud de combate.*

Thom Gunn (1957: 31)

**E**ste artículo alude a uno de los temas fundamentales de la sociología: las relaciones entre el orden y el caos al interior de la sociedad y la cultura. El eje en torno al cual el tema se entreteje es la evolución del pop —o, para emplear el término habitual, de la música rock— en las tres décadas o poco más que configuran hasta aquí su historia. La premisa central de estas páginas es la idea que la música rock, en tanto constituye el “medio” cultural específico del joven de posguerra, ha constituido un vehículo importantísimo de transmisión de “lo sagrado” para los iniciados en el área. El rock ha sido un auténtico campo de batalla dentro de lo cultural, en el que los principios del

orden y el caos se han batido entre sí, reagrupándose, estableciendo frágiles alianzas, camuflándose y comportándose, por lo general, de manera confusa y ambigua, pero en ningún caso aleatoria. La batalla consiste, ante todo, en una búsqueda de identidad por parte de los jóvenes: de su identidad individual, sexual, de clase, étnica, regional y como sujetos pertenecientes a un mismo grupo de edad. Las acciones se desarrollan principalmente en el terreno de los símbolos y del comportamiento simbólico, y, por ello, sería absurdo restringir el problema a la cuestión tan manoseada y unilateral de cuán “revolucionarias” son “verdaderamente” la juventud y su música; tan impropio como insistir en la pregunta de si el cristianismo es una doctrina “verdaderamente” revolucionaria o conservadora. Los sistemas simbólicos, ya sean los de naturaleza explícitamente religiosa o los secularizados, son raras veces encasillables en tales opciones y la música rock no es la excepción a esta regla. En la base de la actividad simbólica hay una cualidad proteica. Estas páginas apuntan, precisamente, a desentrañar, en parte, esa dimensión de ambigüedad y el poderío consustanciales al sistema simbólico de la música rock.

El contexto de nuestra argumentación viene dado por una tesis que por ahora enunciaremos en términos muy generales: es la idea de que la división del trabajo y la heterogeneidad funcional de la sociedad industrial desarrollada, particularmente en el occidente capitalista, han originado sistemas sociales de cierta complejidad, ricos pero fragmentados desde el punto de vista social, cuya característica es el desempeño de roles cada vez más difusos y múltiples y la creciente “privatización” de la vida social. Un patrón que supone la amenaza constante de la anomia —la sensación de ajenidad y confusión respecto de las normas sociales— pero también la posibilidad de un aumento e intensificación de los procesos de individuación y autorrealización. La esfera de la cultura refleja ambas facetas de esta paradoja y, al promediar el siglo XX, los principales “medios” de comunicación culturales han experimentado lo que podemos designar, en términos de Parsons (1975), como una “revolución de la expresividad”. La denominada contracultura de fines de los sesenta jugó un papel estratégico en todo este proceso, funcionando como una suerte de amplificador del fenómeno (la metáfora que parece más apropiada a todo ello es la de un megáfono). Por la vía de la exageración dramática, por no decir melodramática, consiguió desplegar y atraer la atención sobre un conglomerado de valores sociales que estaban a un paso de convertirse en una posibilidad para la sociedad en su conjunto. Dichos valores suponen, sobre todo, el fomento de la expresividad personal y de una mayor riqueza experiencial, de un

modo que en el pasado había sido, quizás, privilegio exclusivo de las elites minoritarias.

Varias de las principales estrategias culturales que promueven la ampliación de las posibilidades expresivas están ya presentes en el movimiento romántico en la esfera de las artes, el cual rompió abiertamente con las formas, estilos y estructuras limitantes del pasado, dando paso a nuevas y más libres modalidades de expresión y experiencias. El simbolismo del caos, asociado a la transgresión de los límites y la ruptura con los moldes vigentes, se transforma en un mecanismo capaz de develar las potencialidades ocultas. Así, la arremetida de Wagner contra las formas heredadas de la tradición musical europea habría de favorecer la ambigüedad expresiva a partir de la cual se desarrolló una modalidad nueva del quehacer musical; los arrebatos del impresionismo, del expresionismo, del dadá, el surrealismo y otras opciones suscitaron nuevas formas artísticas y así sucesivamente. La música rock es un factor relevante, aunque posterior, en este proceso. En no escasa medida su importancia radica en el hecho evidente de que constituye un medio masivo de comunicación y no de una elite: ya a principios de los años sesenta había permeado a la totalidad del espectro social. En virtud de ello el rock ha jugado un rol preponderante, y muy publicitado, en la sacralización del simbolismo asociado al caos, al que este estilo musical recurre frecuente y profusamente, como una estrategia para propender a una mayor riqueza expresiva. Ello, a la vez que engloba en su seno el principio contrario de la solidaridad grupal referido, como ya hicimos notar, no tan sólo a la solidaridad intrageneracional sino también racial, sexual, de clase y regional. La música rock asume, de este modo, la función clásica que Durkheim (1975) atribuía a “lo sagrado”: la de ensalzar y reforzar la integración grupal, y lo consigue, aunque suene paradójico, mediante una búsqueda *compartida* del simbolismo asociado al caos y la ambigüedad. Este artículo analiza, en un período de treinta y cinco años, las idas y venidas, las vueltas y recovecos de esos dos ejes simétricos que configuran esta paradoja.

Previo a adentrarnos en el universo de la música rock propiamente tal, es preciso examinar algunas de las premisas teóricas en las que se apoya nuestro análisis. En particular, cabe referirnos a la naturaleza de los símbolos y al concepto específico de “lo sagrado”.

### **Los símbolos y la noción de lo sagrado**

Siguiendo a Berger (1969, 1970; Berger y Luckmann, 1967), Luckmann (Luckmann, 1967), Geertz (1973) y Burke (1966; 1970), entre

otros, la cultura representa, a mi entender, una estrategia colectiva de la humanidad para otorgarle sentido a un universo que, de otro modo, nos resultaría arbitrario, caótico y amenazante por su carácter azaroso.<sup>1</sup> El flujo vivencial adquiere pleno sentido con el empleo de símbolos y, más que todo, del lenguaje. Clifford Geertz (1973: 140-141) resume esta postura en los siguientes términos:

La tendencia a conferirle un sentido a nuestra experiencia, a darle coherencia y organizarla, es evidentemente tan real y tan acuciante como las necesidades biológicas con las que estamos algo más familiarizados. Siendo esto así, parece obvio que las actividades simbólicas —la religión, la ideología del arte— son sólo una manifestación apenas encubierta de algo distinto a lo que parecen: los intentos que, para orientarse, desarrolla un organismo incapaz de vivir en un mundo que le resulte incomprensible.

El comportamiento simbólico es, a la vez, un proceso mental de “comprensión” del mundo y un arsenal que implica ciertos modos de “sentir” y “actuar”, y también de “conocer”. De hecho, los símbolos son, en algún sentido, una exhortación a algo y una demostración, al tiempo que una explicación del mundo. Y lo que es más importante, son entidades multidimensionales y, por tanto, muy difíciles de aprehender. Aun en el caso de los símbolos verbales es casi imposible reducirlos a un lenguaje cognitivamente adecuado sin dejar “algo fuera”. Esto es así porque todos llevan implícitos ciertos elementos cruciales pertenecientes a un dominio alternativo al puramente cognitivo. Aparte de ello, el elemento cognitivo propiamente tal se manifiesta de manera elíptica: se le evoca más que enunciárselo, y aparece como parte de un empaque global en el que están incluidos los sentimientos, los recuerdos, los contextos pretéritos, actuales y potenciales y, por sobre todo, los significados y resonancias *implícitos*, compartidos pero no analizados. La fuerza y ambigüedad de los símbolos descansan en esta mezcla de varias propiedades simultáneas.

En determinado nivel, el símbolo es siempre una manifestación y una concreción de la experiencia. Como bien lo señaló W. H. Auden (1976: 630), “lo que no llegamos a denominar, o a encasillar en un símbolo, escapa a nuestra percepción”.

---

<sup>1</sup> Esto no constituye un argumento de carácter irracional que niegue la existencia de leyes científicas, sino tan sólo la presunción de que esas leyes no son evidentes de inmediato.

Tan sólo cuando la cultura reclama para sí cualquier elemento, éste abandona lo que Peter Berger (1969: 24) denomina la “jungla” de las “irrealidades indefinibles” y se incorpora al universo del significado. Así ocurre con el símbolo, porque es la herramienta fundamental de la humanidad en la edificación del *nomos*: es un instrumento de orden. Con todo, su naturaleza cognitiva a un tiempo imprecisa e implícita, definida por el contexto e imperfecta, lo convierte a la vez en un instrumento natural del caos, o cuando menos de la ambigüedad. El símbolo habita en lo que Weber (1965) denominó “el ámbito de lo que es vagamente presentado”. En virtud de ello, los símbolos son intrínsecamente traicioneros: están siempre con un pie en ambos dominios: el del orden y el caos.

La noción de “lo sagrado” plantea, en lo esencial, problemas análogos a los descritos. Para Durkheim lo sagrado era la esencia de lo social: representaba las “cuestiones dejadas de lado y prohibidas” en torno a las cuales giran ritos y prácticas en los que se manifiesta la solidaridad grupal, reforzándola. Estas “cuestiones” sagradas pueden ser objetos concretos, como la churinga de los grupos aborígenes, o creencias, como aquella que postula la santidad del nombre de Yahvé. También principios, como el del individualismo, que Durkheim (1975b) consideraba “la religión” de la intelectualidad. En todos los casos se trata de símbolos que participan inevitablemente de la dualidad consustancial a los símbolos. El símbolo de carácter sagrado encarna su propia expresión estática y simultáneamente la trasciende; es una concreción y a la vez una encarnación, una forma y una estructura que, por su naturaleza intrínseca, sugiere la trascendencia de la forma y la estructura per se.

Pero en la concepción que Durkheim propone de lo sagrado la ambigüedad va un punto más allá. Para él la naturaleza propia de lo sagrado se expresaba con mayor claridad en un sistema social lo más simple posible, en el cual la identidad grupal y la solidaridad social eran inequívocas, tanto como fuera posible imaginar. Ahora bien, una vez que Durkheim atribuía a un valor determinado —como el “individualismo” de la religión protestante, o su variante secularizada dentro de la intelectualidad— las cualidades de lo sagrado, como un “totem”, en efecto, se enfrentaba necesariamente a la posibilidad de que, siendo una manifestación del principio de *identidad* grupal, dicho valor sagrado podía tener a la vez ciertas consecuencias naturales que sólo apuntaban a subvertir la *cohesión* del grupo. Una forma de abordar el problema fue su conocida distinción entre la solidaridad orgánica, dada por la interdependencia, y la solidaridad mecánica, basada en la homogeneidad. Aun así, sus escritos referidos a la

sociedad contemporánea están impregnados de un cierto pesimismo y la sospecha evidente de que la heterogeneidad, en especial cuando iba aparejada a la deificación del principio del individualismo, podía acabar erosionando la solidaridad globalmente considerada y dejar en pie tan sólo la anomia. La división del trabajo, la fragmentación y la complejidad crecientes volverían anacrónica la solidaridad mecánica, en virtud de la cual se percibe más claramente a lo sagrado como una manifestación concreta de la cohesión social. Puede que la solidaridad orgánica descansa, a su vez, en ciertos principios sagrados —la especialización, el individualismo, la autodeter-minación, etcétera—, pero no es fácil percibir tales principios como fuentes de cohesión e integración social; más bien parecen reflejar, y hasta puede que exacerben, la naturaleza fragmentaria de la estructura social e intensifiquen la tendencia a la privacidad.

El carácter sagrado del individualismo y de la propia expresividad es un rasgo persistente de la sociedad contemporánea y una fuente de la que mana el simbolismo asociado al caos expresivo en la cultura actual... y, en no menor grado, en la música rock. En un sentido bastante literal, amplifica la anomia. Pero al mismo tiempo, como ya hicimos notar, el hecho de que tales principios y los símbolos asociados al caos expresivo sean compartidos por el grupo de pares los convierte en un factor primordial de afinidad, un instrumento de cohesión social para el joven, por contraste, sobre todo, con el carácter fragmentario e insolidario del universo adulto. La música rock contribuye a sacralizar, de este modo, el simbolismo asociado al caos, en beneficio de la solidaridad mecánica entre los jóvenes.

### **Algunas proposiciones respecto a los símbolos**

Las premisas teóricas en las que descansa la argumentación de este artículo pueden englobarse en varias de las siguientes proposiciones.

La primera de ellas (siguiendo a Durkheim, 1975; Berger y Luckmann, 1967; Burke, 1966; Geertz, 1973; Martin, 1965, 1978) es la de que no es posible entender al hombre sino como un animal simbólico. Mediante la actividad simbólica genera un sentido y un orden dentro de su universo, empleando palabras, objetos, imágenes, gestos, etcétera —todo el vasto repertorio de lo simbólico—, para aprehender algo y trascender de ello. Se utiliza lo específico, finito y profano para invocar lo que es general, infinito y de carácter sagrado. Puede que en la instancia profana se manifieste la abstracción de carácter sagrado: una mujer en particular pue-

de sugerirnos la naturaleza de “lo femenino”; una tragedia cualquiera puede dar cuenta de, y a la vez trastocar, las nociones universales del dolor y la pérdida. Esta gran empresa que es la cultura es, en rigor, la condición indispensable de lo humano.

La segunda proposición es la de que la experiencia humana es ineludiblemente precaria y ambigua: nos enfrentamos a muy pocas cosas que resulten inequívocamente positivas o negativas. La mayoría de los sectores sociales más desfavorecidos encuentra algún beneficio en sus condiciones de vida, y muy pocos de los sectores mejor situados son ajenos a alguna forma de frustración y envidia. Pero la forma decisiva y más universal de la ambigüedad es, con todo, la de la sociedad en sí. El grupo, el colectivo social, son (como Durkheim nos lo ha enseñado) el *fons et origo* de todo lo que es propiamente humano, aun cuando sean al mismo tiempo (como Freud, entre otros, lo ha destacado) una suerte de prisión, un sistema de control, un mecanismo para abolir todo aquello que no encaje con los patrones locales y transitorios. Dicha contradicción explica, con seguridad, la razón por la que Durkheim diferencia dos aspectos en su definición de lo sagrado: por una parte, lo sagrado es la manifestación simbólica del principio de solidaridad grupal, de carácter positivo y ensalzatorio, y por la otra es las “cuestiones dejadas de lado y prohibidas”, de carácter negativo y controlador.

Las contradicciones de la vida social se fundan, por tanto, en algo más profundo que la universalidad aparente de las jerarquías y, por tanto, de la exclusión y la desigualdad (Kenneth Burke) o las injusticias específicas del capitalismo (escuelas de Frankfurt y neomarxista). La contradicción y la ambigüedad son inherentes a la naturaleza específicamente transitoria y finita de la existencia y la experiencia humanas. Aun el más afortunado y pleno de los individuos paga el precio de su plenitud con todas las experiencias alternativas que deja de lado, en beneficio de esa plenitud conseguida a base de un rol específico en un tiempo determinado, esto es, la condición de su finitud: cada logro y placer se corresponden con una oportunidad perdida. Por tanto, puede considerarse a cada ser humano una entidad “carente en términos relativos”, debido en buena medida a que los sistemas comunicacionales humanos nos dan a conocer muchas cosas que no somos, junto con las que efectivamente somos. Auden (1976: 663) consigue una vez más resumir el punto con elegancia y gran economía de medios:

Locuaz y ansioso / el hombre va perfilando lo ausente / y lo que no existe.

La tercera proposición señala que la comunicación simbólica refleja y a la vez amplifica esta radical ambigüedad. El hombre procura crear un orden y una certidumbre con herramientas culturales que están, en sí mismas, impregnadas de ambigüedad. Hemos señalado ya la naturaleza conceptual imperfecta de los símbolos, su “efecto de halo”, su capacidad de evocar “el ámbito de lo que es vagamente sentido”, sus con frecuencia imprecisas e implícitas alusiones a la emoción y la motivación, al recuerdo y la reformulación cognitiva. Con todo, la ambigüedad no implica una carencia de significado y los símbolos no funcionarían como instancias de comunicación y elementos forjadores de un orden (aún precario) si no fueran, en algún sentido, un “código” que los integrantes de una cultura determinada pueden descifrar y presuponer “legible” para otros. Así pues, en un determinado nivel debe tratárseles como tales códigos, que se ciñen a ciertas reglas y se apoyan en un conocimiento, en buena medida implícito, de la praxis compartida de clasificación social y conceptual (empleo aquí el término “praxis” en lugar de “principios”, pues, como ya lo señaló Sperber, la tendencia a poner sistemáticamente en evidencia los principios implícitos está, muy raras veces, institucionalizada en términos culturales: los principios quedan por lo general subsumidos en la práctica). Desde una perspectiva semiológica suficientemente amplia y no estricta, los símbolos forman códigos cuyas reglas y definiciones están sujetas a constantes transformaciones por el uso.

Puesto que son códigos, los sistemas simbólicos operan, en lo esencial, en un lenguaje a base de dualidades: una “dialéctica” para cierta escuela de pensamiento, una modalidad de “oposiciones binarias” para otra. Por el sólo hecho de existir, cada símbolo implica su opuesto. O, para ser más precisos, sus opuestos, dado que virtualmente todos los símbolos son de naturaleza polisémica. La noción de “armonía” lleva implícita la de “disonancia”..., aun cuando la combinación específica de notas a incluir en cada una de estas categorías varía radicalmente a través de las épocas. A causa de su naturaleza polisémica, este fenómeno de las polaridades implícitas es a la vez fundamental y dista mucho de ser simple, en el caso del simbolismo verbal.

Las polaridades simbólicas son auténtica legión y su elucidación (y empleo) requiere, precisamente, de lo que Geertz (1973) denomina una “descripción gruesa”, con el fin de rastrear los matices. Teniendo en cuenta la segunda de las propuestas antes mencionadas, hemos de considerar atentamente un conjunto de polaridades que habrán de figurar *in extenso* en el grueso del análisis subsiguiente. Ellas son: sociedad/individuo; externo/

interno; estructura/condición amorfa; orden/caos; control/libertad; límites/ausencia de límites; jerarquía/igualdad. Ahora bien, es muy importante no perder de vista la naturaleza parasitaria de cada elemento en relación con su par: cada uno depende de su opuesto para su significado. La “libertad” como símbolo y concepto sólo tiene sentido por contraste con la noción de “control” o “falta de libertad”; para aprehender la noción de “igualdad” hemos de asimilar previamente la idea de la “desigualdad”. Y así sucesivamente. Por su misma naturaleza la clasificación determina una relación simbiótica entre las oposiciones binarias, en virtud de lo cual en dicha simbiosis late una ambigüedad inexcusable de los sistemas simbólicos.

Si la sociedad, o un determinado grupo social, emplea los símbolos para ensalzar y reforzar, por ejemplo, el principio de jerarquía o de orden, no puede dejar de atraer la atención sobre la igualdad y el caos. Buena parte de la actividad simbólica aspira a neutralizar el potencial seductor de la mitad obliterada dentro de una polaridad, revistiéndola de una carga en extremo negativa, pero no es una técnica infalible: considérese el efecto resultante en *El paraíso perdido*, de Milton, donde, para la mayoría de los lectores contemporáneos, Lucifer aparece como una entidad bastante más real y convincente que el propio Dios. Los sistemas simbólicos son, por su propia naturaleza, de doble filo y eso es ineludible.

Pero no es ésta la última de las ambigüedades a tener en cuenta. Vayamos un punto más lejos en nuestro razonamiento. Una de las funciones principales de los sistemas simbólicos, en todas las sociedades y grupos sociales, es la de legitimar, reforzar y ensalzar el statu quo: tanto la existencia del colectivo social en sí como la peculiar disposición de roles, valores, identidades, privilegios y demás variables actuantes en esa época y lugar. Pero, como ya lo he dicho antes, la sociedad es siempre, y en cualquier lugar, una forma de prisión a la vez que un soporte, y es siempre injusta en la distribución de las cargas y ventajas que en ella florecen. En virtud de lo cual los símbolos de legitimación están siempre en peligro de socavarse a sí mismos, de alardear demasiado y poner en evidencia su propia inviabilidad. Téngase presente, así pues, el influjo dual de cualquier símbolo de legitimación, que debe reforzar el sistema vigente con todas sus imperfecciones, aludiendo a un modelo sagrado, trascendente y purificado de ese patrón social en particular. El símbolo perfecto no puede sino implicar, a la vez, un juicio relativo a las imperfecciones de lo que está vigente. Por tanto, cualquier idilio rockero que ensalce el romanticismo, mistifica y al mismo tiempo implica una crítica de la frágil realidad y las imperfecciones del sexo y la amistad.

Todo símbolo de legitimación corre así un doble riesgo. En primer término, debe atraer la atención sobre el polo opuesto del sistema clasificatorio sobre el cual descansa su propio significado (esto es, implica una visión alternativa, invertida). En segundo lugar, pone de manifiesto las imperfecciones y discrepancias entre lo vigente de hecho y la versión ideal de esa realidad en particular. Para decirlo de una vez, un mismo símbolo enmascara y desenmascara, al mismo tiempo, lo real.

Por tales razones no resulta provechoso hoy plantear ningún debate en términos absolutos: referirse, por ejemplo, a la intensidad y amplitud de la “hegemonía cultural del capitalismo” o querer determinar si las manifestaciones culturales son “verdaderos” signos de rebeldía, del descontento con el propio status, de la propia conciencia de clase y todo lo demás. *Los símbolos son endémicamente ambiguos* en al menos tres sentidos y rara vez —si alguna— son “verdaderamente” una sola cosa: un síntoma de “conformidad” o “rebeldía”. De todas formas, no pretendo sugerir con esto que su ambigüedad sea total o que las contradicciones discurran en perpetuo equilibrio, antes bien al contrario. La resultante (“resolución” sería un término más adecuado y preciso) de las tensiones inherentes al uso de los más variados sistemas simbólicos es una cuestión sociológica de la mayor importancia; lo es, ciertamente, al analizar el cambio social. Aun cuando estoy de acuerdo en que ha de haber alguna forma de “afinidad electiva” o eso que Paul Willis (1978) denomina una “homología” entre el patrón al que se ciñen las relaciones sociales de un grupo o sociedad determinados y sus patrones de expresión simbólica, ello no implica, a mi entender, que exista una estricta correspondencia entre los “intereses objetivos” de un grupo o individuo y el sistema simbólico a través del cual son mediatizados la identidad y el “interés” social. Las alternativas que el repertorio simbólico disponible plantea a la conciencia individual, y la propia naturaleza de los sistemas clasificatorios, dependen en parte de la experiencia social de relativa satisfacción o frustración, y también de intereses materiales u “objetivos”. El vocabulario simbólico a través del cual comprendemos y vivenciamos nuestro universo social, incluyendo nuestros “intereses”, no es un artilugio decorativo sino un componente fundamental de la estructura íntima de la vida social: la cultura es una cuestión medular, y no accesoria, dentro de las preocupaciones sociológicas.

Por cierto que el grado de satisfacción o frustración con la realidad vigente no es una simple función de los sistemas simbólicos y su naturaleza íntima: sugerir algo semejante sería tan erróneo como otorgar primacía automática a las condiciones materiales actuantes. Tales sistemas interactúan

de manera permanente con ciertos rasgos del universo social, como la distribución del poder y los recursos. El “reggae”, un invento de los sectores desempleados en las Indias Occidentales, era una expresión de ira y frustración reales, difícilmente reproducibles en el rock británico de raza blanca, por razones que no es preciso dilucidar aquí. De momento quiero establecer únicamente que nunca deja de haber cierta cuota de frustración y que la satisfacción no es siempre total, en ninguna sociedad. Los sistemas simbólicos expresan y a la vez amplifican esa frustración y satisfacción..., pero de manera ambigua. Al mismo tiempo que ensalzan y refuerzan las disposiciones vigentes, acuñan símbolos de desesperación, resignación y rebelión, imágenes de esperanza y expectativas, bocetos de ciertas realidades alternativas proscritas o inviables, utopías pasadas y futuras, ideologías políticas, visiones religiosas, fantasías artísticas, modelos científicamente probados. No existen en el vacío sino que adoptan una modalidad institucional: aun para ser transmitidas por un espíritu visionario a su público de potenciales conversos deben encontrar un medio de expresión, que es un factor social preexistente: un código. Su carácter más o menos explícito dependerá de varios otros factores; entre ellos, de la distribución institucional del poder y los recursos, y de la naturaleza de las alternativas simbólicas existentes.

### **Modalidades de expresión**

De lo dicho se derivan algunas consecuencias. La primera es que prácticamente cualquier elemento puede focalizar en torno suyo a las fuentes múltiples de frustración y tensión que aparecen como un factor endémico a todos los sistemas sociales, siempre que posibilite la experiencia de la euforia y brinde esperanzas, por la vía de crear un foco sagrado de carácter alternativo, al fragor de la solidaridad social en el “grupo periférico”. El análisis reciente de los diversos movimientos políticos, tanto los que enarbolan objetivos de un carácter simbólico evidente como aquellos con programas de índole pragmática más o menos explícitos, revela que la sensación de pertenencia al movimiento en cuestión se convierte en una meta y una forma de gratificación fundamental para los participantes (cfr. Edelman, 1971). La paradoja última de la contracultura surgida en la década de los sesenta y de la música rock a través de su historia consiste en que, siendo una ideología inspirada en los símbolos de la libertad, la individualidad y la ausencia de límites, su fuerza reside en el hecho de constituir un grupo marginal y solidario, confrontado a la sociedad convencional o adulta.

En segundo término, quisiera llamar la atención sobre dos rasgos particulares del simbolismo asociado a los enfoques alternativos: los mecanismos de inversión y de fuga. Dado el carácter binario de los sistemas clasificatorios, el enfoque alternativo habrá de constituir, con toda probabilidad, una simple inversión del modelo sagrado que goza de legitimidad social. Los cultos de los porteadores melanesios son un buen ejemplo de esta forma de inversión, con sus imágenes de una utopía en la que el negro y el blanco cambian de lugar y hasta de color (el reggae de las Indias Occidentales contiene elementos de esta índole). He aquí, desde luego, la razón por la que las revoluciones triunfantes resultan, con suma frecuencia, una imagen especular del orden derrocado. Ahora bien, dado que las contrapartidas simbólicas no son biunívocas sino de carácter múltiple, es muy difícil determinar, a partir del sistema simbólico en sí, cuál de los opuestos binarios o qué “conjunto” de polaridades habrá de constituir el eje de esa visión invertida. ¿Cuál es, por ejemplo, el opuesto binario de una “mujer no-liberada”? Ciertamente una “mujer liberada”, pero las imágenes que ella evoca varían (y así ocurría, de hecho, en la música rock durante los años sesenta y los setenta) desde la figura maternal apegada a la tierra, a la amazona autosuficiente o predatoria en lo sexual: un amplio rango de posibilidades contradictorias y plagadas de los más diversos arquetipos sociales. La inversión es, pues, un proceso simbólico y social nada fácil y, con suma frecuencia, provoca efectos no deseados y contradictorios, en virtud de las resonancias subterráneas que suscita en la red de las múltiples polaridades simbólicas.

Una subvariante de esta técnica de la inversión consiste en el intento de intercambiar las categorías de lo sagrado y lo profano. En este caso, los ítemes fundamentales de lo sagrado —las “cuestiones dejadas de lado o prohibidas”, esto es, convertidas en tabú porque han sido deificadas— son reivindicadas en la esfera de lo profano. Por irónico que parezca, esto no supone, por lo general, un intercambio real de las categorías sino una redefinición de lo sagrado al interior del grupo marginal, lo cual se traduce en una *transgresión* en vez de un respeto por el tabú: el objeto o experiencia que constituyen un tabú se vuelven accesibles a todo el mundo, en las instancias en que antes habían sido dejados de lado y mantenidos a buen recaudo. La música rock ha aplicado un tratamiento de esta índole a la sexualidad y a su expresión abierta: lo que antes era tabú y discurría en privado se ha vuelto descaradamente público.

La evasión es una opción igualmente relevante y ambigua. Las vías fundamentales de evasión simbólica son la fuga de la sociedad y de las

estructuras convencionales al terreno del “ser” no mediatizado. Adorno (1976) y los teóricos críticos (cfr. Horkheimer y Adorno, 1972; Jay, 1973; Instituto de Investigación Social de Frankfurt, 1973) aluden a tales opciones como “instancias de la subjetividad” que adoptan una cualidad atávica porque el capitalismo (léase la “sociedad”) no consigue absorberlas. Daniel Bell (1976) sugiere algo parecido cuando analiza la búsqueda del éxtasis en las opciones que brinda la cultura contemporánea. En el éxtasis o la “instancia” subjetiva, el hombre parece fugarse de la sociedad y los elementos mediatizadores de lo cultural a través de una experiencia individual de intensidad trascendente. Los tres gatilladores del éxtasis que sugiero tener en cuenta son el orgasmo, la violencia (en particular el acto de matar y/o morir) y la experiencia mística (a la que es posible acceder mediante la tecnología farmacológica): la antigua descripción de la experiencia mística como una *coincidentia oppositorum* (la fusión de todos los sentidos) resume el fenómeno a la perfección. Las tres posibilidades son ambiguas. En un sentido, constituyen efectivamente una fuga de la sociedad y las estructuras con el fin de ampararse en la instancia subjetiva. Pero forman parte, al mismo tiempo, del arsenal simbólico de la sociedad y, por tanto, pende sobre ellas el riesgo permanente de ser usurpadas y reabsorbidas por el eje societal. Llevan los arneses de lo institucional, están estructuradas y constreñidas por modalidades institucionales: por el matrimonio, las fuerzas armadas, el orden religioso, y no es por casualidad que estas estructuras societales en particular resultan a menudo excelentes ejemplos de las denominadas “instituciones totales”. Cuanto mayor sea la dosis de electricidad, más grueso deberá ser el factor aislante. La sociedad intenta siempre convertir estas experiencias de gran intensidad en símbolos de carácter sagrado —una vez más, y en un sentido literal, en esas “cuestiones dejadas de lado y prohibidas”—, de modo que su potencial extático venga a reforzar, en lugar de negar, lo societal y estructurado. De este modo, se transforman en elementos simbólicos fuertemente impugnados, que pueden utilizarse en nombre del eje sagrado (la familia, el Estado, la Iglesia) o bien representar el caos en contraposición al orden, al individuo confrontado a lo social, al descalabro en oposición a lo estructurado y así sucesivamente. Son el eje de la religión y las artes, por la intensidad y el alcance de su mensaje simbólico. Atraen, más que ningún otro símbolo, a la actividad simbólica de ruptura con los tabúes, y ocupan un lugar preponderante en el simbolismo asociado al rock.

Ahora bien, nada de ello me parece a mí un rasgo distintivo de la sociedad capitalista: es un fenómeno absolutamente generalizado. Con todo,

cada modalidad societal exhibe su propia estrategia, bien diferenciada, de usurpación de los símbolos del éxtasis, el caos y la deslegitimación. Como Adorno y sus colaboradores lo han señalado repetidamente (cfr. Instituto de Investigación Social de Frankfurt, 1973), la estrategia específica de la sociedad capitalista consiste en transformar la amenaza implícita en tales símbolos en un bien de consumo, que se convierte así en un ítem adicional del “estilo de vida” aceptado, el cual esclaviza por igual —y con mayor firmeza— a quienes lo venden y lo compran, en tanto les brinda la ilusión de estar fugándose de él. Estoy en principio de acuerdo en que la mencionada fuga es más ilusoria que real, pero la ambigüedad subsiste. En último término, el *establishment* debe imitar el estilo de lo marginal o pretender que es una instancia marginal. Adicionalmente, la usurpación no es infalible: de hecho, las revoluciones (culturales y políticas) siguen ocurriendo, e incluso con mayor frecuencia que las revoluciones, los saltos menores en la conciencia colectiva y los sucesivos realineamientos de las fuerzas sociales.

Los procesos como el recién descrito son una consecuencia directa de un hecho señalado previamente: los sistemas simbólicos, ya sean los del centro o la esfera marginal, deben recurrir a las opciones institucionales que la estructura social de una época y lugar determinados les brindan. De este modo, el mensaje no es nunca puro ni se da fuera de un contexto, y queda perfilado por su propia necesidad de ser institucionalizado y por los rasgos específicos de su ambiente social particular. Hemos indicado ya una consecuencia de todo ello. La causa de la libertad debe incluir y hacerse prisionera de una forma institucional; el mensaje del individualismo debe ser transmitido por una estructura grupal; la negación de los límites ha de erigir un nuevo límite entre sus adherentes y las estructuras externas que tienen conciencia de los límites, para resguardar el patrón de apertura que se prueba en el interior. Por tanto, la posibilidad de romper con las estructuras se expresa necesariamente a través de una estructura; la aspiración a la espontaneidad adopta la forma de un ritual colectivo. Para influir socialmente, un antisímbolo debe adoptar una forma institucional y, por ende, contradecir su propio significado interno. Un proceso que, a fin de cuentas, ha sido profusamente ejemplificado por la sociología weberiana de la religión: la institucionalización del carisma es pertinente al caso.

La estrategia alternativa es, por así decirlo, aún más contraproducente. Es lo que Kenneth Burke (1965) denomina el “principio de enteleguía”, despojando la idea (o símbolo) de toda ambigüedad y llevándolo hasta el límite de su propia lógica. Proceso que ha de comprometer a cada ítem simbólico de un sistema clasificatorio en la tarea imposible de destruir su

propio *alter ego*. El caos ha de transformarse en un valor absoluto que niega per se la idea del orden; el individualismo debe abolir por completo el principio colectivo; la espontaneidad y la igualdad deben ser perfectas y suprimir por fin los roles, las distancias de estilo y las jerarquías. Su lógica es la destrucción del código en sí, puesto que cada símbolo depende de su propia negación para hacerse inteligible. Si la estrategia tiene éxito, toda posibilidad de comunicación queda anulada: el símbolo escogido se torna literalmente incomprensible; el lenguaje se revierte a la fase de Babel; la música se vuelve puro ruido, sin ningún sentido. Lo que normalmente sucede es, por cierto, algo menos drástico: una sencilla multiplicación y amplificación de los símbolos del caos y lo antiestructural, que luego devienen el eje simbólico de pertenencia, el código sagrado que identifica a una comunidad nueva, purificada, la cual se yergue por sobre la sociedad no-regenerada; una élite espiritual que se aparta de quienes permanecen sumidos en las tinieblas. Los estudiosos del milenarismo han de estar familiarizados con el síndrome en cuestión.

### **Los símbolos y las relaciones sociales**

Para los sociólogos la cuestión fundamental es cómo interactúan las propiedades generales de los sistemas simbólicos con las estructuras sociales en las que se manifiestan y a través de las cuales se expresan. Hasta aquí nos hemos centrado en el símbolo y considerado de manera muy tangencial las estructuras sociales. Antes de embarcarnos en el análisis sustantivo de un sistema simbólico específico en un contexto social determinado, puede ser de provecho referirnos a los conceptos surgidos en la labor de dos antropólogos: Mary Douglas (1966; 1970) y Victor Turner (1969; 1974). Estos dos autores han desarrollado ciertas nociones singularmente esclarecedoras sobre la interrelación entre los símbolos y los diferentes patrones de relación social.

### **Grupo/red y estructura ritual nula**

Consideremos, en primer lugar, las nociones de “grupo/red” y de “estructura ritual nula” de Mary Douglas (Douglas, 1970). Su proposición básica es la de que el simbolismo y el patrón de relaciones sociales se hacen eco el uno del otro. En un medio social caracterizado por un patrón fijo de

roles sociales y la reiteración de las tareas y actividades, donde predominan los factores enraizados y cierta continuidad de la estructura, el bagaje cultural y el simbolismo del grupo tenderán a reproducir las cualidades estructurales y el patrón rítmico. Será un grupo de carácter ritualista y tradicional, y sus contenidos culturales serán abundantes en símbolos alusivos a la identidad corporativa, con cierta proclividad a las metáforas que hacen hincapié en el control generalizado y un énfasis del lenguaje en las ideas de pureza y contaminación, para resaltar de ese modo sus propios límites como una barrera contra el potencial avasallamiento y la ajenidad del resto del universo social. Como contrapartida, cuando predomine un estilo de vida individualista, centrado en lo personal y de naturaleza competitiva, el bagaje cultural será de carácter utilitario y abstracto más que expresivo, emotivo y personalizado. Tenderá a devaluar lo ritual, la metáfora y la reiteración de carácter puramente afirmativo, en beneficio de la diferenciación individual y la articulación de tales conceptos y diferencias. He aquí, muy sucintamente descritas, las nociones fundamentales que Mary Douglas propone de “grupo” y “red”, respectivamente.

En la mayoría de los sistemas sociales se mezclan elementos de los dos patrones referidos. En virtud de ello es posible la existencia de un “grupo” fuerte, mezclado con una diferenciación del tipo “red” más o menos débil o más intensas. O bien, puede haber una “red” fuerte entreverada, digamos al nivel de la familia o unas pocas áreas institucionales predominantemente “expresivas”, con elementos del “grupo”, más débiles o restringidos. Este último tipo parece ser cada vez más característico de las sociedades urbanas industrializadas. Douglas señala, adicionalmente, que en ocasiones también puede haber lo que ella misma denomina una “estructura nula”, esto es, la ausencia de las variantes “grupo” y “red” como principios rectores del ordenamiento social. En tales casos, los contactos sociales se tornan efímeros y tangenciales, los lazos resultan débiles o son inexistentes y la norma consiste en un patrón cambiante y escasamente definido, o en la ausencia de todo patrón. Dicho caso dará lugar a un cuerpo simbólico muy particularizado e idiosincrásico, personalizado y a un tiempo vago, decididamente contrario a lo ritualístico, salvo quizás por el énfasis que pone en el hecho de que sus miembros forman parte de “una masa indiferenciada e irrelevante”. Douglas piensa que las “estructuras nulas” pueden surgir entre los marginados voluntarios de una sociedad estructurada por contraposición, o bien entre los que fracasan en la base de una “red” con alto grado de competitividad. Esta atrayente y persuasiva caracterización de la “estructura nula” resulta, pese a todo, problemática cuando se la considera con cierto

detalle. En primer término, está el hecho de que el cuestionamiento de las estructuras y lo ritual suele acompañarse de una tendencia contradictoria a re-crear ciertos rituales indicativos de la pertenencia a esta “masa indiferenciada e irrelevante”. A mi entender, Douglas no aclara por completo la significación y orígenes de esta contradicción. De hecho, no hay posibilidad alguna de aclararlo en tanto no maticemos la noción de “estructura nula”, entendida por una parte como un patrón de vida, y por la otra, como un objetivo ideológico y un artificio retórico. Este último caso es, creo yo, bastante más frecuente que el primero. Muy rara vez solemos toparnos con la “estructura nula” como un patrón de vida, en especial en el caso de grandes agregados de individuos, pues se trata en esencia de una condición anómica en estado puro.

Siempre que un determinado medio social aparece globalmente caracterizado como una “estructura nula”, se trata de una paradoja. Puede que se emplee a fondo para cuestionar los límites y los rituales de las estructuras ideadas por otros individuos, pero ello supone el desarrollo simultáneo de nuevos rituales, para perfilar los límites entre las novedosas libertades y las viejas estructuras. En síntesis, es la contradicción ya señalada, en virtud de la cual los símbolos contrarios a las estructuras acaban transformándose en un idioma común mediante el cual identificamos a los que son como nosotros.

### **El concepto de “liminalidad”**

El esquema conceptual de Victor Turner arroja una luz adicional sobre esta paradoja singular, particularmente a través de su noción de “liminalidad”. Turner (1969; 1974) manifiesta, en toda su obra, un decidido interés por el proceso ritualístico. Siguiendo a Van Gennep, diferencia lo ceremonial (el reforzamiento puro y entusiasta de un sistema o patrón social de roles estáticos) de lo ritual, reservándose este último término para un proceso de carácter dinámico; para un cambio de roles. El paso de hombre soltero a casado, de niño a adulto, de enfermo a sujeto curado, de afuerino a miembro, de lo profano a lo sagrado. A diferencia del ceremonial, de carácter estático, un proceso ritualístico implica siempre un estadio “liminal”, que significa literalmente estar en el umbral, en una tierra de nadie, entre dos identidades sociales bien definidas. En esta fase liminal, un ritual implica una ruptura del tabú (consonante con la abolición de la categoría y la identidad descartadas y el ingreso preceptivo al terreno de la anomia) y/o una simbología de gran riqueza y de naturaleza polisémica, que abarca un

amplio espectro de posibilidades sociales, la mayoría de las cuales serán convertidas en nuevos tabúes una vez concluida la fase liminal. Pero, durante un breve lapso, la liminalidad abarca a cada posibilidad y cada potencial a nuestro alcance. Es el crisol natural de que la sociedad dispone para la experimentación social.

La vivencia de lo liminal y el simbolismo asociado a ello son claramente diferenciables de lo que se asocia a la no-liminalidad. Más allá de la frontera en que discurre lo liminal, la sociedad es percibida como una totalidad profana, articulada, bien diferenciada, jerárquica, estructurada en roles; a todo ello Turner lo denomina la *societas*. La experiencia liminal engloba, por contraste, lo opuesto a esta forma de estructuración social: el participante ritual en la liminalidad experimenta una *communitas* inmaculada, de carácter sagrado, no mediatizada. Tanto en pequeña escala como en las sociedades más complejas, la *communitas* es, ante todo, una manifestación de ciertos roles intersticiales y ciertas experiencias vitales (el nacimiento, la peregrinación, la sociedad secreta) a la vez que de la agitación derivada de los cambios sociales y políticos abruptos (alzamientos revolucionarios, movimientos milenaristas). Ahora bien, si un grupo cualquiera ha experimentado alguna vez el éxtasis de la integración pura, espontánea, surge la gran tentación de transformar la “*communitas* existencial” en una “*communitas* normativa”, pero esto implica, casi inevitablemente, la rutinización por efecto de las reglas y los mecanismos de control, y una pérdida evidente de la espontaneidad: la “*communitas* normativa” es siempre parcial y contradictoria, siempre un compromiso con las exigencias y estructuras de la *societas*.

Turner sostiene, además, que en las sociedades contemporáneas más complejas, en las que la experiencia social está menos uniformizada y existe una mayor especialización que en los sistemas sociales “cara-a-cara” (que él mismo había estudiado previamente como antropólogo), el equivalente funcional por antonomasia de lo liminal es el arte. Una vez alfabetizada la sociedad y garantizado su acceso a un amplio espectro de expresiones visuales, auditivas y dramáticas, se cuenta con una reserva “liminoide” siempre disponible, mediante la cual se puede explorar, aunque sea al nivel de un bosquejo, en los tabúes, los sueños y fantasías posibles, y no tan posibles, de la humanidad. La ciencia, el arte y la filosofía se transforman, de este modo, en los medios “liminoides” por excelencia dentro de la sociedad contemporánea, posibilitando una exploración creativa (y a menudo abortada) en los principios del orden vigente y los órdenes posibles. Entre ellos hemos de contabilizar el universo de la música pop y la subcultura juvenil.

He dicho en otro lugar (Martin, 1975) que el rasgo distintivo de todos los movimientos “progresistas” de las décadas pasadas, en especial del movimiento *underground*, el activismo estudiantil y las vanguardias estéticas de los sesenta, fue su arremetida contra los límites y tabúes de todo tipo: en pocas palabras, la búsqueda de lo liminal. Ahora bien, lo liminal es una condición intrínsecamente inestable y precaria. Significa adherirse a lo anómico en función de las mayores posibilidades creativas que ello supone. Implica recurrir a sistemas de clasificación simbólica de carácter múltiple y no unívocos, de modo que los ítemes incluidos sugieran una gama más completa de significados. Pero esta búsqueda de la ambigüedad creativa puede, como hicimos notar previamente, conducir a la destrucción del código y de la clasificación en sí, y con ellos, de toda posibilidad de comunicación. Así, Narciso queda efectivamente abandonado, a sí mismo y a sus propios desechos, como ocurre en el verso de Auden que precede a estas páginas.

Pero lo liminal, por su potencial creativo, puede ser también carismático. El líder carismático liminal (el poeta, la estrella del pop, el Mesías) se enfrenta, así, a un doble riesgo. Sus seguidores pueden comenzar a exigir de él signos liminales cada vez más expresivos, cuando se hayan habituado a los sucesivos niveles de la simbología contraria a las estructuras, y cada nivel adicional se les convierta rápidamente en una instancia restringida de lo “normal”, que ha de ser transgredida y trascendida cada vez. En el universo del pop en particular, esta dinámica puede resultar muy dolorosa para un ídolo carismático al que su propia experiencia empieza a resultarle anómica y carente de sentido. El riesgo alternativo implica que el líder carismático se rigidice en determinadas actitudes, capaces de sugerir a sus seguidores las infinitas posibilidades de lo liminal, aun cuando acaben encasillándolo en un lenguaje estilizado que, en estos casos, sustituye la vivencia de lo liminal. El líder se convierte, en los términos de Auden, en “una metáfora de provecho”, o en los términos en que Thom Gunn (1957) se refirió a Elvis Presley, en “nuestra idiosincrasia y nuestro vivo retrato”: alguien capaz de convertir “la revuelta en un estilo”. El poema de Roger McGough (1967), “Let me Die a youngman’s death” es una estilización humorística de lo liminal empleando los clichés cinematográficos, pero la burla estriba en algo secundario: en lo absurda que puede llegar a ser la liminalidad en la vejez. Se percibe lo liminal así como una prerrogativa de la juventud. De aquí el clamor de Pete Townshend y los Who: “Espero morir-me antes de llegar a viejo”. Parece ser que al menos Keith Moon se tomó demasiado en serio la propuesta.

## Juventud y liminalidad

Así llegamos finalmente al pop, para comprobar —en lo cual existe hoy consenso— que el fenómeno arranca a principios de los años cincuenta, constituyendo desde entonces una provincia cultural específica de la juventud.

En la sociedad occidental<sup>2</sup> el período de la adolescencia es un verdadero interludio, definido en términos sociales por su inmediatez y porque supone una relativa liberación de los roles tipificadores y las estructuras previas de la infancia y posteriores de la madurez. Del adolescente, cualquiera sea su origen social, se espera que se rebele un poco, en especial los muchachos, y que sea irresponsable, incluso desaforado, antes de sentar cabeza. De modo que la espontaneidad, la actitud hedonista y una suerte de intensidad emotiva de naturaleza egotista —que a primera vista aparece, con frecuencia, como una forma de individualismo— conforman las expectativas habituales de, y sobre, la “juventud”. Esto genera cierta adhesión motivacional a lo inestructurado en el estilo de vida adolescente. En suma, se trata de un estadio liminoide dentro del ciclo vital.

Sin embargo, hay a la vez fuertes elementos del patrón de “grupo” en la subcultura juvenil. El más evidente de todos es la importancia que adquiere el hecho de pertenecer al grupo de pares. En las décadas pasadas, la juventud ha dispuesto de recursos para gastar y atraído el interés del mundo empresarial, de los medios de comunicación masivos y los especialistas sociales. A partir de ello, la sabiduría popular y la propia “juventud” han asumido, aun con reparos, la idea de que existe un hecho inexorable, de que hay un status y un período que todos vivimos, a los que se asocian determinados contenidos experienciales más o menos fijos. ¡Es la profecía de autocumplimiento por antonomasia! La “juventud” representa, así y todo, un status en extremo precario. Se trata, ciertamente, de una categoría adjudicada, pero de naturaleza intersticial: intersticial dentro del ciclo vital y del sistema social. Buena parte del despertar juvenil discurre en el seno de la familia, con relativo apego a los roles sociales y la mirada puesta en la infancia. O bien ocurre en el entramado institucional que lo prepara para asumir los roles adultos: la escuela, la universidad o el trabajo. Tan sólo su identificación como un status de naturaleza intersticial —el de “joven”— lo

---

<sup>2</sup> Buena parte de las referencias empíricas que se siguen están tomadas de la realidad británica, aunque los puntos fundamentales son también válidos, con ligeras modificaciones, para Norteamérica y el resto de Europa Occidental.

libera, a nivel institucional, de los deberes, las responsabilidades y certezas de las estructuras de rol pasadas y futuras. La música pop y la moda adolescente, las prendas y artificios decorativos simbolizan esta instancia liberadora, irresponsable, de carácter hedonista, aplicable a la categoría de la juventud *globalmente considerada*. Lo muypreciado y precario de esta forma de liberación explica la intensidad de los símbolos de inmediatez e inestructuración de la subcultura juvenil, pero es igualmente el fundamento de la tremenda importancia que adquiere el afirmar la pertenencia a esta categoría, la de la “juventud”, que legitima por sí sola esta modalidad liberadora. De donde resulta que esta paradójica interdependencia entre la vivencia liberadora y la pertenencia al grupo constituye la esencia de la cultura juvenil y, por ende, de la música rock. La liberación depende de la pertenencia a dicha categoría; la aceptación subjetiva de los incluidos en ella depende de que se elija la misma forma de liberación que ha escogido el resto del grupo de pares. Por tanto, cabe esperar en la música pop una mezcla contradictoria de rituales colectivos, encarnación de la *communitas* y de la simbología contraria a las estructuras.

Y hay todavía una complicación adicional. David Matza (1969), entre otros, ha sugerido que la gente joven refleja, a la vez que transforma parcialmente, el sistema social asociado al medio de sus progenitores. No es ésta la ocasión indicada para ahondar las sutilezas de clase detectables al interior de la subcultura juvenil, pero se diría que esa transposición sugerida por Matza ocurre de hecho en términos generales. En el nivel obrero, la cultura juvenil surgida a partir de la segunda guerra mundial formaba un todo compacto con el estilo y los supuestos tradicionales de la clase trabajadora, aun cuando sus contenidos culturales parecieran superficialmente novedosos: el estilo específicamente juvenil en la vestimenta, la música y los gestos. Ahora bien, la existencia de la clase trabajadora está considerablemente orientada al grupo, aunque habitualmente jalonada por instancias socialmente *programadas* en las que el exceso y la inmediatez y la ruptura de los tabúes habituales no sólo son tolerados sino esperados: las trasnochadas, las “semanas corridas”,<sup>3</sup> la Navidad, el Año Nuevo y los *rites de passage* tienen, todos ellos, esta cualidad liminoide. Los extraños al grupo suelen confundir estos rituales liberadores de la disciplina impuesta por el

---

<sup>3</sup> En los poblados industriales más antiguos es aún normal que la mayoría de sus habitantes tome sus vacaciones anuales durante la misma semana o quincena, y que las pasen en los mismos centros de veraneo a los cuales acuden, lealmente, año tras año. El dispendio exagerado de recursos es parte adicional del ritual.

universo externo con la libertad existencial absoluta, la falta total de inhibiciones y el hedonismo de carácter exuberante (en esto se inspira, supongo, el viejo cuento de que los sectores obreros son incapaces de posponer la propia satisfacción, una verdad sólo a medias desde el punto de vista sociológico).<sup>4</sup> Para decirlo en pocas palabras, la cultura juvenil surgida de la clase trabajadora es, al mismo tiempo, el despilfarro preceptivo de las “semanas corridas” más la pequeña dosis de rebeldía simbólica que se espera contra las generaciones precedentes y su mundo. Los “utensilios” de la juventud trabajadora son de naturaleza inequívocamente tribal, esto es, se hallan decididamente orientados al grupo. Esto se aprecia claramente al considerar, por una parte, la disposición simétrica de las clavijas en la chaqueta de cuero de un rockero actual o lo austero y puritano de un “cabeza rapada” en su estilización de las prendas de labor, y, como contrapartida, el ecléctico revoltijo en las prendas de un hippie o el colorido efectista, las prendas desteñidas y las baratijas múltiples de un modelito surgido en el Carnaby Street de fines de los sesenta. Estilos tan contrastados nos indican el esencial tribalismo de la clase trabajadora y la fácil adopción de los símbolos de la inestructuración por parte de los sectores medios progresistas.<sup>5</sup>

Recientes estudios de las diversas subculturas juveniles surgidas en Gran Bretaña, en especial de las que se sitúan en el límite inferior de la clase trabajadora, dan cuenta fehaciente del tribalismo descrito. Los “Teds” del período inicial del rock & roll en la década del cincuenta (Melly, 1970; Rock y Cohe, 1970; Jefferson, 1976), los chicos de las motocicletas (Willis, 1978), los “Mods” de comienzos de los sesenta (Cohen, 1972; Hebdidge, 1976a), los “cabeza rapada” y sus derivados a principios de los setenta

---

<sup>4</sup> Los sectores políticos más radicalizados tendían, hasta hace poco, a idealizar al proletariado, considerándolo el único segmento auténticamente vivo de la sociedad —rudimentario, elemental y “en contacto con la vida”—, pero es significativo que, a partir de los años sesenta, la cultura *underground* haya comenzado a percibir a la otrora respetable clase trabajadora como un segmento inoperante y desdeñable, al estar demasiado estructurado, reprimido e inhibido por “el sistema” (cfr. Neville, 1971).

<sup>5</sup> Esto es, desde luego, una simplificación. Globalmente considerada, la juventud obrera no está organizada al detalle (por vía de ejemplo, la idea de la “pandilla” es, en buena medida, un mito) y funciona más bien en virtud de lo que Troeltsch (1931) conceptualizó como un paralelismo de la espontaneidad. Las claves asociadas a los símbolos de pertenencia (estilos en el vestir, vocabulario) son oblicuas: de aquí un cierto frenesí apreciable en los cambios de estilo. Uno debe estar a la altura, para evitar que el no estarlo sea percibido como una deserción.

(Daniel y McGurie, 1972; Taylor y Wall, 1976; Clarke, 1976), los ciudadanos británicos de color e inmigrantes de las Indias Occidentales (Hebdidge, 1976b; Chambers, 1976; Critcher, 1976); los “chicos” que abandonaban la escuela a la primera de cambio para insertarse en labores no calificadas (Willis, 1977; Corrigan, 1976; Parker, 1976; Murdock y McCron, 1973), los *hooligans* de los estadios (Marsh *et al.*, 1978), se caracterizan todos ellos, nítidamente, por esa forma irreflexiva de la solidaridad machista que predomina en la horda masculina.<sup>6</sup> Como contrapartida, las subculturas hippie, *freak*\* o de la droga están configuradas, preferentemente, por jóvenes provenientes de la clase media profesional y suelen exhibir un patrón muy relajado en lo que hace la división de roles y los intercambios sociales (Rigby, 1974 (a) y (b); Willis, 1976, 1978; Abrams y McCulloch, 1976). Transforman el individualismo de la cultura paterna —orientado al logro— en liminalidad autoexpresiva... y considerando la naturaleza del *ethos* humanista, no se trata de un cambio radical sino tan sólo de una ligera mutación de los valores paternos (B. Martin, 1975; D. A. Martin, 1975). Su novedosa versión del individualismo de clase media les supone dedicarse al logro de nuevos niveles de conciencia, en lugar del éxito mundano y material. El adolescente de clase media que representa a la gran mayoría (vale decir, ajeno a la “bohemia”) exhibe, por lo general, algunos elementos organizacionales del tipo “red” —de aquí el individualismo y la competitividad— en su propia variante de la subcultura juvenil. Tendrá bastantes más posibilidades que su contraparte de los sectores obreros de pasar de la inmediatez adolescente a una elaboración coherente de la simbología asociada a una “estructuración nula”, al menos en el nivel retórico. La “estructura nula” tiene en los sectores medios acomodados y progresistas su habitat cultural por antonomasia. Los vástagos de tales ambientes sociales suelen concentrarse, en número desproporcionado, en las facultades de artes y

---

<sup>6</sup> Se discute si esto es un reflejo de la cohesión grupal detectable en la cultura adulta, siempre dentro de la clase trabajadora, o representa más bien un intento de *re-crear* una forma de cohesión que la cultura parental ha comenzado a perder. Para los fines del presente análisis, no importa demasiado cuál de las dos hipótesis es correcta; es de todas formas probable que varíe con la época y el lugar. Para los fines aquí propuestos, lo esencial es el hecho *flagrante* del tribalismo verificable en la cultura juvenil de origen obrero.

\* *Freak*: término muy difundido en los años sesenta y setenta para designar a los sectores juveniles más extravagantes en su estética y actitudes, equivale poco más o menos a “chalado” (N. del T.).

ciencias sociales dentro de las universidades y en esa auténtica meca de lo liminal que son las “Art Schools” (Musgrove, 1974; Nuttall, 1968).

### **La música rock**

Siendo la manifestación cultural más relevante de la “juventud”, la música rock discurre (por tanto) al arbitrio de una doble contradicción, que a veces deriva en una simbiosis y otras amenaza con resquebrajar el entramado. En primer término, está la permanente tensión que los adolescentes de todos los sectores sociales experimentan entre su adhesión a los símbolos contrarios a las estructuras, que den cuenta de su liberación de los roles y convenciones, y el requerimiento opuesto de ciertos rituales autoafirmativos del grupo de pares. Pero están, además, las tensiones interclases dentro del rock. Lo que surgió como un intercambio simbiótico de los elementos tribales y liberadores de la subcultura juvenil de origen obrero, derivó luego a una tensión en último término imposible de resolver, cuando los sectores medios, en especial los más radicalizados y anárquicos, irrumpieron en la escena para elaborar los símbolos liberadores, de inmediatez y hostilidad hacia las estructuras, e incluso añadirles un elemento de protesta política deliberada. Con todo, durante un breve período, allá por los sesenta, las contradicciones funcionaron efectivamente como una simbiosis y ella unió a las facciones trabajadora y de clase media dentro de la subcultura juvenil, al *underground* y el rock, en una misma y poderosa vertiente cultural. En tiempos más recientes —el álbum “Sergeant Pepper” de los Beatles fue, con toda probabilidad, el simbólico punto de inflexión—, tanto el pop como la cultura juvenil comenzaron a fraccionarse y revertirse hacia sus elementos constituyentes, hacia “mercados” o agrupamientos homogéneos en términos de clase, no sin antes haber suscitado un giro significativo en las actitudes aceptadas en un amplio rango de materias, en especial las concernientes al sexo y la autoridad. Las clases medias de signo progresista filtraron el rock con la lógica contraria a las estructuras, hasta que para muchos dejó de ser reconocible como música rock y se volvió indiferenciable de la música “seria” y de vanguardia. Sin abolir del todo la función del rock como un ritual colectivo, estrecharon los márgenes del grupo de adeptos —para los que tales rituales de pertenencia tenían algún sentido— hasta que la masa juvenil de origen obrero y la juventud adscrita a la clase media convencional quedaron de lado, debiendo evolucionar por su cuenta y resucitar sus propios estilos rockeros. El resultado ha sido una fragmentación de la escena rockera en, por un lado, un resurgimiento del rock & roll elemental de los años cincuenta, y por el otro, una variedad casi infinita de tenden-

cias dentro del rock progresivo, desde el material duro y de rasgos sádicos a los pastiches etéreos de la música romántica e incluso barroca.

### **“Estructura nula” y ritualismo grupal**

Pero no nos anticipemos. Previo al estudio cronológico, es preciso aislar el dualismo recurrente de ciertos motivos dentro del pop, la cuestión de la “estructura nula” en oposición al ritualismo grupal. Adorno había ya advertido, y deplorado, este dualismo básico en el jazz norteamericano de entreguerras (con lo cual aludía, aparentemente, a todo lo surgido entre el blues del Delta y el Tin Pan Alley). Era un derivado de la tecnología contemporánea y el mercado capitalista, encubierto bajo la forma de un primitivismo desinhibido: la llamada “música selvática”, en rigor, la vieja treta de “lo atávico” consistente en un simple golpeteo, aparentemente negado pero reforzado en la práctica por la sencilla triquiñuela del ritmo sincopado. “El principio de lo sincopado, que en primera instancia hubo de atraer la atención sobre sí mismo por la vía de la exageración, se ha vuelto tan evidente que ya no precisa enfatizar los compases más débiles, como era requerido antaño” (Adorno, 1967: 121). Yendo todavía más lejos, era todo fingido; había sido usurpado, desde sus inicios, a la sociedad estructurada de la que pretendía liberarse. “Cualquier adolescente norteamericano más o menos avisado sabe que la rutina deja hoy un escasísimo espacio a la improvisación, y que todo cuanto parece fruto de la espontaneidad está, de hecho, minuciosamente planificado de antemano, con la precisión de una máquina. Pero incluso en aquello que representa auténtica improvisación, en sectores contestatarios que todavía hoy disfrutan, quizás, con estas cosas por mero placer, el único material en juego siguen siendo las canciones populares. Así, las llamadas improvisaciones se reducen de hecho a refritos más o menos convincentes de las fórmulas básicas, en los que el esquema en juego se advierte en todo momento” (Adorno, 1967: 123).

Todo ello vale igualmente para la música pop, surgida tras la segunda guerra mundial. Y los comentaristas más “serios” y “comprometidos” de esta corriente musical se hacen eco hoy, muchas veces, del desprecio que Adorno manifiesta hacia lo que podemos caracterizar como un sucedáneo de lo liminal. Se adhieren a una concepción misional del pop y esperan que sus grandes intérpretes sean profetas de la “liminalidad existencial” y no los simples párrocos de una variante convertida en rutina. Pese a todo, la cualidad simbólica del medio y la ambigua búsqueda de lo liminal por quienes lo consumen hacen inevitable la estilización y rutinización del intento. Preciso es recordar, por otra parte, que toda forma musical es un

código: sin alguna estructura resulta ininteligible; lo sincopado no puede literalmente existir sin los compases.

Mick Jagger, entre otros, era muy consciente de este hecho, de carácter general. En una entrevista radiofónica concedida en 1973, manifestó su flagrante desprecio hacia aquellos grupos que aparecían en el antiguo programa televisivo “Ready, Steady, Go!” sin haber ensayado previamente su actuación, amparándose en la inspiración del momento y la “espontaneidad”, con lo cual conseguían tan sólo alguna “basura trillada”. Los Rolling Stones solían ensayar tres días seguidos para un programa de diez minutos, planificando con exactitud las luces, el sonido, las cámaras, la disposición y los movimientos grupales. Eso sí era “auténtica espontaneidad”, sostenía Jagger, cuando habían ensayado tanto que todos sabían exactamente lo que iba a ocurrir y podían luego arriesgarse a improvisar y salirse ligeramente del programa sin estropear el patrón básico. En pocas palabras, no había espontaneidad sin la disciplina de un artesano ni forma alguna de expresividad que no se ciñera a un código bien definido.

Análoga dualidad a la que tanto consiguió decepcionar a Adorno imprimía su sello al estilo de John Cage, el decano de la música *avant-garde*, que desarrolló cuidadosamente cierta apariencia, ciertos gestos corporales de carácter único, para enfatizar la ruptura con las convenciones.

Como queda de manifiesto en estas consideraciones, es muy difícil hablar y escribir de la música rock (especialmente cuando uno forma parte de la subcultura del rock) en términos cognitivos precisos; la crítica periódica suele apoyarse en la metáfora, la evocación y un lenguaje específico de la tribu. Por cierto que, de todos los puntos expuestos en la introducción teórica a este artículo, hay suficientes ejemplos prácticos en el universo de la música rock y, más que todo, de los significados implícitos e inarticulados que sugieren sus símbolos plenos de ambigüedad. Desde luego, es posible toparse con fanáticos de la técnica que analizan con todo detalle la progresión en los acordes, las letras o la tecnología al servicio del rock (por extraña casualidad, estos especímenes suelen ser del sexo masculino e intérpretes aficionados, más que mujeres o espectadores pasivos), pero la reacción más habitual de los adeptos al rock, de todas las clases sociales y todos los niveles educacionales, es su insistencia en que el fenómeno ha de ser directamente experimentado como una amalgama de sonido, efectos visuales, sentimientos, atmósfera, gente (un espectáculo decididamente *multi-media*) y no analizado (cfr. Williams, 1978; Frith, 1978b). La palabra evoca el fenómeno más que diseccionarlo, y puede resultar curiosamente deformadora para el no adepto. Richard Meltzer (1970), en un valioso y excepcional

estudio acerca del rock, intenta de hecho lo imposible, esto es, el equivalente verbal de lo que un adepto con cierta capacidad expresiva experimenta ante el medio y su reacción a todo ello. Su libro discurre, estilísticamente, entre el dadá y la fenomenología y es, en buena medida, un derivado de la sensibilidad de signo progresista que habría de tornarse habitual a fines de los sesenta. Meltzer insiste en que el rock alcanza su máximo logro estético cuando “habla en el idioma desconocido”, es decir, cuando expresa, de manera oblicua y elusiva lo inefable:

Un espacio entre lo transitorio e inasible, entre lo finito e imperceptible, es el escenario en el que se representa algo situado entre lo bendito e inaprehensible y lo que es profano y desechable: (...) he aquí el dominio de ese idioma desconocido (Meltzer, 1970: 112-113).

O considérese el párrafo siguiente a la luz de mi análisis previo de la fuerza que revisten los mecanismos de fuga simbólica como la violencia sexual y la experiencia mística:

La analogía más grandiosa, y más familiar a nosotros, de este idioma desconocido (de todas formas desconocido) es, en la experiencia humana, el (puro y simple) orgasmo. Un orgasmo, como todos sabemos, va en un lento *crescendo* a medida que ocurre e irrumpe de pronto, restituyéndolo a uno a la Tierra, evidentemente enriquecido (Meltzer, 1970: 120).

El misticismo y la muerte son las otras dos metáforas a las que recurre insistentemente. Sostiene de manera casi explícita que el rock, en tanto constituye un sistema simbólico, se resiste en última instancia al análisis cognitivo. “El rock es lo más/menos indicado para ser diseccionado verbalmente porque todo ello no tiene, en rigor, la menor importancia. Al mismo tiempo, el análisis del rock puede ser tan insípidamente válido y suficientemente dañino/inofensivo como para que al rock en sí, como fenómeno musical, le resulte por completo irrelevante” (Meltzer, 1970: 120). Sólo un ex filósofo y ex letrista de rock puede emplear este vocabulario y esta sintaxis, pero todo ello da cuenta del fenómeno con gran viveza y propiedad. Resulta por lo demás llamativo el hecho de que Meltzer crea detectar a menudo ese “idioma desconocido” al que alude en los giros y defectos de las piezas más elementales del rock: *demasiada* complejidad, “un tema saturado de varias lenguas”, acaban distorsionando el producto. A medida que el rock de los años setenta va recreando las simplezas del rock

& roll temprano, esos ecos y esas simplezas adquieren un novedoso significado, más rico y más ambiguo que el de sus a menudo rudimentarios prototipos, debido a todo lo que está entre líneas —el “idioma desconocido” depende en su eficacia de las sensibilidades implícitas e históricamente arraigadas. Y un miembro de la tribu, como el propio Meltzer, está mayormente capacitado para oírlos que un extraño. Puede ser, simplemente, que Adorno fuera culturalmente “sordo” a los significados asociados a las “ordinarieces” del jazz.

En la simbología del rock abundan los significados “cognitivamente” ambiguos, pero muchos de ellos se apoyan en determinadas técnicas musicales. La musicología del rock es un tema vastísimo, al que vale la pena echar una ojeada aquí. Esa acotación burlona y de buen tono que dice que el rock & roll (o el reggae, o la música punk) de los primeros tiempos es un material elemental de apenas tres acordes (o incluso un único acorde) no es enteramente cierta y, en lo que tiene de cierta, resulta de todos modos parcial. El rock temprano es una mezcla fascinante de formas musicales convencionales y ciertos elementos de ambigüedad en lo musical. Tomó prestada su estructura básica directamente del blues de doce compases, que en su versión clásica resultaba claramente predecible, incluso en la secuencia precisa de los acordes.<sup>7</sup> El rock & roll absorbió, además, ciertas modalidades del blues y su entonación (incluida la notación), a pesar de lo cual se asienta con firmeza en las convenciones tonales y melódicas. En rigor, la música blanca del tipo “hillbilly” que, junto al blues negro, constituyó un modelo para el rock de los primeros tiempos, era en sí misma un derivado de la tradición europea. Sobre estas bases se injertó un ecléctico revoltijo de otros elementos que iban desde el estilo canturreado de las grandes orquestas que proliferaban en la década del treinta y el cuarenta a las técnicas de improvisación del jazz, todo ello entreverado con cierta energía adolescente muy primaria, que fue la novedosa contribución de los chicos blancos pobres y de la clase trabajadora. Como John Cage se apresuró a señalar, el sello del rock ha sido, desde siempre, aquel golpeteo machacón, enfático, de cualidades hipnóticas, aun cuando ha recurrido habitualmente a una serie de técnicas para introducir una cuota de ambigüedad: no tan sólo al ritmo

---

<sup>7</sup> La secuencia es normalmente tónica, dominante, tónica, subdominante, dominante, tónica. De aquí la acotación burlona de los “tres acordes”. La estructura puede parecernos simple, pero la tradición del blues ha entretejido toda clase de sutilezas a partir de ella. Y la improvisación es posible ciertamente porque la secuencia es predecible.

sincopado y los excesos decibélicos, sino, por ejemplo, consiguiendo que la estructura de compases resulte algo menos evidente por la vía de conferirle un peso equivalente a cada compás. La repetición (una triquiñuela de corte dadaísta para sugerir, tal vez, que la cosa penetra) o los finales “diluidos” en lugar de la cadencia altisonante al término de una canción son dos ejemplos claros de esa ambigüedad —que dejan al oyente por las nubes— fruto de que el rock es ante todo música grabada. Todas estas técnicas incorporan efectos liminales a la estructura musical convencional del blues, la balada o la melodía folclórica.

Con la evolución que el rock experimentó en los años sesenta, en particular durante el período vanguardista de finales de esa década, ganaron terreno los principios de indeterminación (del ritmo, la melodía, la armonía, la instrumentación, las letras, etcétera) y la práctica de la (cuasi) improvisación. Todo se hizo más largo y complicado. Las piezas grabadas a principios de los cincuenta lo fueron en discos de 78 r.p.m.: eran idénticas en su forma musical y extensión. Los jovencitos en motocicleta de Paul Willis sabían exactamente cuánto duraba un *single* de aquellos años. Thom Gunn (Gunn, 1957) lo estableció a su vez con precisión: “Por dos minutos afloran en cualquier bar...” De modo que los adolescentes y sus motos cronometraban sus carreritas por el barrio guiándose por los temas que de Elvis o Jerry Lee Lewis sonaban en la gramola (Willis, 1978: c.4). En los setenta, en cambio, los de corta duración (ahora en formato de 45 r.p.m.) constituían el plato principal entre los primeros 30 de los discos más vendidos. Su estructura musical era más variada y los temas eran más largos: la duración habitual era, ahora, de unos cuatro minutos, en tanto que en el mercado de los larga duración una “canción” podía durar hasta veinticinco minutos. Por vía de ejemplo, el álbum “Pirates” de E.L.P. es una minicantata que abarca un lado entero de un L. P.

La sofisticación creciente y el acelerado desarrollo de la tecnología incorporada al rock fueron un incentivo para la mayor complejidad musical de los sesenta. Una proporción bastante menor de la música rock inicia su andar en el papel. Buena parte de ella evoluciona a partir de las sesiones grupales que, para entretenerse, organizan los diversos intérpretes con sus instrumentos y equipos. Y cuando a un grupo que funciona se le ofrece un estudio completo de grabación para emplearlo como campo de prueba y laboratorio, el anhelo de experimentar ha de resultarle irresistible a cualquiera, aun al que no sepa leer una sola nota musical en una partitura. Así, termina siendo irónico, pero entendible, que grupos como los Who o los Beatles, que se hicieron ricos y famosos a base de temas muy simples y

adscribibles a una “fórmula” determinada, arribaran finalmente a una situación en la que les fue posible jugar musicalmente con los artificios de la era electrónica. Previsiblemente, esto contribuyó a transformar sus derivados (cfr. Palmer, 1976).

La apariencia de los intérpretes de rock ejemplifica aún más nítidamente que la propia música la atracción contradictoria que sobre ellos ejercen “las estructuras” y la ambigüedad. Bill Haley y sus Cometas, el más precoz de entre los supergrupos de rock, representó tan sólo un ligero adelanto respecto a las grandes orquestas surgidas durante la guerra en el ámbito de la cultura popular. Las grandes orquestas eran de mediana edad y sus miembros actuaban uniformados (con traje de etiqueta), para enfatizar el espíritu de grupo, su respetabilidad y “sofisticación”. También el grupo de Haley utilizaba uniformes, pero hechos de telas escocesas y chillonas. Además, jugueteaban en escena con sus instrumentos como hacían algunos jazzistas de raza negra. Hay una hermosa fotografía de los Cometas (Johnson, 1969) en la que el bajista aparece tendido de espaldas y balancea su instrumento en el aire con los pies, en los que luce además un par de calcetines decididamente extravagantes. He aquí la primera expresión del simbolismo corporal de naturaleza antiestructural. El rock & roll de los primeros tiempos se tomaba muy en serio el simbolismo corporal, y los blue jeans, los zapatos de ante y las camisas al estilo del lejano oeste acabaron transformados en una suerte de convención barriendo con los uniformes de los *outsiders*.

A principios de los sesenta surgieron los grupos (las solidaridades) de cuatro miembros, cuya unidad se expresaba en el corte de pelo y en los trajes idénticos. Los símbolos de lo antiestructural se reducían a las bufonadas y los gestos corporales, que habrían de culminar en extravagancias tales como las batallas campales en el escenario o la competencia agresiva entre los integrantes de un grupo para “expulsarse mutuamente de la escena” (Cream) o bien en la práctica de destrozarse instrumentos costosos (los Who). Algunos grupos más recientes han llegado a sugerirle al auditorio que los abuchee en lugar de aplaudir, sólo para romper con las convenciones; o han rociado a los asistentes con espuma.

A mediados de los sesenta la vestimenta uniformada del grupo dio paso a una más completa iconografía corporal de signo antiestructural, con cada miembro del grupo ataviado no sólo de manera distinta sino con prendas vistosas y ornamentos extravagantes. Un recital de Bob Dylan y Joan Báez en 1976 (“Hard Rain”, televisado por la BBC en diciembre de ese año) constituyó un tumultuoso despliegue de la iconografía corporal de

naturaleza religiosa, étnica y política: cruces, estrellas de David, cintillos emblemáticos de la guerrilla árabe (o vietnamita), pañuelos gitanos, camisas y cinturones de las minorías étnicas (¿sudamericanos?, ¿de los pueblos balcánicos?, ¿de los indios norteamericanos?). De este modo, con el correr del tiempo, el simbolismo corporal de carácter antiestructural se ha vuelto cada vez más extravagante, y ha sido la ocasión elegida la que determina, por sí misma, los gestos de consonancia grupal.

Análogo dualismo se manifiesta en otras facetas características del rock. Por ejemplo, el que sea al mismo tiempo una búsqueda solitaria y una ceremonia pública: una fantasía privada a solas en el propio cuarto, con la grabadora, las fotos y las publicaciones especializadas, o igualmente un fenómeno de euforia grupal en la discoteca, el recital pop o el festival de rock. Este último recurso es un indicio palpable del anhelo de crear sistemas sociales de naturaleza transitoria, exclusivos de la cultura rock y juvenil. El festival de rock ofrece una vivencia pasajera —y, por ello, relativamente aproblemática— de lo que puede ser una utopía carente de estructuras: una comuna de fin de semana para las secretarías, los estudiantes y los corredores de bolsa. Se trata, una vez más, del ritualismo que sugiere la pertenencia inmediata, indolora y sin costo alguno, signada por una búsqueda compartida de los mismos símbolos de inestructuración social.

Los clubes de fans y las publicaciones especializadas son algunos de los elementos claramente ritualísticos dentro del rock. A su manera, evocan los templos y los textos sagrados de un culto esotérico. La obsesividad con que las revistas para los fans (*fanzines*) tratan cuestiones por lo demás triviales nos sugiere una manipulación de los textos a la manera en que sólo ocurría antaño entre las facciones fundamentalistas del Islam y el cristianismo. El papel que juegan los ídolos del pop está, a su vez, impregnado de sugerencias ritualísticas y religiosas: “Clapton es Dios” es uno de los divertidos (sólo en parte) slogans que los seguidores de Cream solían enarbolar. Aun los críticos menos proclives a una visión pedestre de las estrellas del pop —ésa que las concibe como una demostración palpable de que cualquier muchachito de barrio puede alcanzar la fama y la gloria— no logran desprenderse de términos como “ídolo” o “chamán”, y la noción de “carisma” se ha convertido en parte indispensable del léxico empleado por los periodistas del sector (siendo, a la vez, el nombre de un sello grabador). Ray Gosling, antiguo miembro del *underground* británico, ha participado del fenómeno del pop desde sus inicios en la década del cincuenta, y descrito con brillantez la intensa identificación que el pop suscita entre el intérprete y sus oyentes, brindando a éstos una sensación de pertenencia compartida y,

simultáneamente, una versión realzada de sus experiencias más personales, sus decepciones, sueños y deseos. El ídolo al que ven como un Niño-Dios, una figura evocadora de Ismael, el solitario, el *outsider* inasequible pero deseado, que vende su juventud y su belleza, y cobra para ser crucificado dos veces por noche —“Tu imagen pública hecha de tus resquicios privados, ya sean el alma o la piel o la mente” (Gosling, 1962)—, en un ritual en público hecho de lo más íntimo y de los elementos tabúes de la experiencia personal. El musicólogo Wilfred Mellers (1971) señala algo parecido cuando compara la técnica vocal de ciertas estrellas del pop, de Mick Jagger y Jimi Hendrix en particular, con los cánticos que entonan los más variados curanderos, y repara en que los símbolos e imágenes del pop se centran cada vez más en contenidos ajenos a la civilización cristiano occidental: en símbolos que parecen más apropiados para dar cuenta de los gestos de rebeldía. Ocurre pues, una vez más, la ritualización progresiva de un cuerpo simbólico anticonvencional, antiestructural.

No es que se exagere la importancia del gesto desafiante y el status del *outsider*. Son la violación de los límites y tabúes. Funcionan a la vez como una bofetada a la cara del universo adulto encasillado y un estandarte en torno al cual puede agruparse la “juventud”. El hecho de escoger sustancias estimulantes de carácter ilegal (la yerba, el ácido) por sobre otras legalizadas (el alcohol) era, para la mayoría de sus adeptos, una forma de afianzar la identidad grupal y también la búsqueda de experiencias próximas al neomisticismo o verdaderamente liminales. Contar con ciertos ídolos como Jagger, en el papel de mártires enfrentados a la policía y la convención, era simplemente formidable para la cohesión intragrupal. La preferencia por radios piratas y sus discjockeys en un estilo anarcovodevil, en lugar de las emisiones de la BBC, servía al mismo propósito. “Escucha Radio Carolina o muere” era un *graffiti* habitual en los años setenta.

La burla estrafalaria de las convenciones adultas, el énfasis agresivo en la sexualidad flagrante, y especialmente en la sexualidad de signo viril narcisita y potencialmente violenta, han sido una constante del pop. Desde los primeros tiempos del rock & roll, el de los años cincuenta, la cualidad dominante de la amenaza ha sido un ingrediente básico del pop. Una teoría muy difundida sostiene que dicha amenaza es en algún sentido “genuina”, pero que ella ha sido astutamente reorientada por el capitalismo de signo mercantil, que, desde la perspectiva de George Melly, tiente al toro salvaje y aguerrido con una “papilla dorada” y luego se desliza tras él para castrarlo en tanto está distraído: de este modo, “el varón rebelde es convertido en un fetiche masturbatorio para las adolescentes” (Melly 1970). Adorno emplea

en análogo sentido la iconografía de la castración. Lo que esta interpretación en particular obvia es casi tan relevante como lo que sugiere. Lo primero es aclarar que, a contar del mismísimo Elvis Presley, los intérpretes más agresivos y toscos no han sido los mayores éxitos comerciales: los entendidos en música progresiva reverencian hoy, digamos, al joven Chuck Berry o a Howlin' Wolf bastante más que a Elvis, que era de raza blanca y, por comparación, un espíritu dócil; prefieren igualmente a los Stones y los Animals antes que a los Beatles, y así sucesivamente. Pero subsiste el hecho de que fueron Elvis y los Beatles los que se convirtieron en ídolos internacionales: sus discos se vendían no sólo por las maquinaciones de los empresarios del sector sino porque el mercado pedía esos productos y no la variante "rudimentaria" o "más auténtica". Un detenido examen de los listados de éxitos y las ventas discográficas demuestra, una y otra vez, este punto en particular. Baste señalar aquí un único ejemplo. En una recopilación de los listados de éxitos en el Reino Unido, entre 1956 y 1969, ese eterno adolescente que era Cliff Richard, un auténtico relacionador público del fundamentalismo cristiano y la juventud "de inquietudes sanas", resultó segundo después de Elvis en el total de éxitos disqueros y tercero después de los Beatles y Elvis entre aquellos ubicados en el primer lugar del listado (Fowler y Fowler, 1972). Todos esos listados demuestran que el "material rompedor" es un gusto minoritario y apunta claramente al mercado de los larga duración y no al de los de corta duración. Esta oposición entre, digamos, un Mick Jagger y un Cliff Richard, o entre Los Osmond y un Alice Cooper, es otra idea recurrente dentro del pop. La polarización entre el rebelde de naturaleza delictiva y el chico bueno de la casa vecina opera no sólo *entre* los protagonistas del fenómeno sino también en la imagen dual que un mismo individuo proyecta. Elvis no era sólo la encarnación de la sexualidad animal y la arrogancia varonil sino un cantante de Gospel y un ídola de mamá. Tommy Steele, su réplica inglesa más conocida, era energía a secas más que agresividad y su carrera fue una muestra evidente y legítima de la industria del espectáculo, al explotar el descaro y el encanto proverbial del *cockney* londinense: una fórmula conocida en un nuevo envase. Los ejemplos abundan.

El punto es, en suma, que el medio —el pop, la industria del espectáculo— es de carácter simbólico y, como tal, es puro ademán y puro estilo en sí mismo. La rebelión auténtica, la rupturista, ha de discurrir por otras vías, más aguerridas: por la vía política, la del crimen o la que sea. El resultado es, en definitiva, que la rebeldía proclamada por el rock es de naturaleza *estilizada*. Muy pocas de sus estrellas lo prefieren de otro modo, aun cuando muchos puedan verse arrastrados por su propia retórica de lo liminal. Incluso los

Rolling Stones fracasaron en su afán de promover la rebelión fuera de los escenarios y la asumieron, finalmente, como un pasaporte directo al estilo de vida relajado y permisivo del “jet set” internacional. Muchas de las más furibundas personalidades rockeras tuvieron éxito únicamente en autodestruirse con una sobredosis de anomia. A mayor abundamiento, la mayoría de los consumidores adolescentes está sólo jugueteando con lo liminal. El punto no radica en que el capitalismo prefiera el orden y los jóvenes la revuelta, sino en que la gran mayoría de éstos anhela una apariencia y los símbolos de la revuelta sin su trasfondo real; quiere ser una amenaza sin jamás romper los moldes sociales conocidos, para que el universo en rededor siga resultándole familiar y, por ende, seguro. Así, el rock es el mero ademán ritual de lo liminal, no una primera instancia de la revuelta: la imagen y no la sustancia.

Y lo que la “juventud” anhela con igual intensidad que todo eso es el símbolo de pertenencia generacional y el sentido de exclusividad que esto le brinda al confrontarse a otras generaciones. El certificado de defunción del estilo rockero es, pues, su aprobación por parte del universo adulto o bien la intromisión en sus filas de cultores púberes y adolescentones, el pop azucarado, el pop de los nenes, esto es, de la generación de los hermanos pequeños. De aquí los cada vez más frenéticos cambios de estilo y la transitoriedad vertiginosa de cada generación pop, en la medida que cada estilo es difundido por los medios de comunicación hacia arriba, al segmento de la cultura popular adulta, y hacia abajo, al mercado infantil. La exclusividad generacional es bastante más huidiza y fugaz que los símbolos institucionalizados de la revuelta, los cuales configuran el elemento común de amenaza que une un estilo determinado al estilo subsecuente. La paradoja se hace presente una vez más en esa necesidad de contar con elementos rituales portadores de la identidad y una inversión equivalente de energía en cambios constantes.

### **Elementos rituales y cambios constantes**

La otra dialéctica del rock se aprecia mejor en un breve resumen de su devenir cronológico. El problema es que, aun cuando todos los sectores sociales inmersos en la subcultura juvenil y el pop se la pasan haciendo malabares entre los símbolos de desestructuración y los rituales colectivos entre pares, en última instancia las clases medias de inspiración progresista optan por los primeros y la clase trabajadora por los segundos. Lo que ocurrió, en suma, fue que, tras una fase inicial en la que el pop era exclusi-

vamente proletario —simple, repetitivo y declaradamente ritualista—, las clases medias progresistas y los sectores *underground* irrumpieron en escena para poner el novedoso medio de los sectores populares al servicio de su propio mensaje. Tras su éxito breve y transitorio en los años sesenta, los excesos del rock progresivo suscitaron una reacción contraria, particularmente entre la clase trabajadora, que se revirtió al rock elemental de los años cincuenta y acogió el reggae, la variante de las Indias Occidentales, en muchas de sus piezas, luego el soul y ahora (quizás) el “punk rock”. A mi entender, toda esta historia puede dividirse en cuatro períodos muy claros. El primero es el del rock & roll; el segundo la era de los Beatles y los Stones, cuando el provincianismo inglés adquirió transitoriamente carta de ciudadanía universal, se volvió cosmopolita; el tercero se inicia como la invasión del sonido *folk* y la protesta surgidos en el Greenwich Village y en Los Angeles, y evoluciona hasta convertirse en un vigoroso movimiento de corte milenarista que alcanza máxima expresión el '68, con la revolución estudiantil; y el cuarto es el de los años setenta, de carácter multidimensional, con una multiplicidad de estilos que coexisten cada uno de ellos con públicos aislados y en buena medida homogéneos en términos de clase.

### **El rock & roll**

En su primera etapa el pop era exclusivamente “proletario”, “maloliente, aunque vigoroso”, como lo describe George Melly con cierto aire de superioridad, propio de un jazzista surgido de las filas de la clase media (Melly, 1970). El jazz mantuvo, de hecho, apartados del jazz durante casi una década a los sectores medios radicalizados de Gran Bretaña. El rock & roll era un injerto del ritmo y el barullo de los negros estadounidenses con el estilo canturreado de los blancos y fue la primera modalidad específica de música adolescente. El ritmo era sencillo y machacón, las imágenes, patrimonio de la adolescencia, de sus actividades y sentimientos. Había bastantes más insinuaciones sexuales abiertas que las de la música popular de las épocas precedentes, y una buena cuota de agresión y energía.

Las letras eran simples y evocaban los elementos concretos de la vida adolescente: los blue jeans, los zapatos de ante, los automóviles norteamericanos y las noches de sábado, o bien eran rimas sin sentido como las que cultivaba Ricardito. De los críticos de rock, es Nik Cohn el único que logra captar la esencia del fenómeno: “El rock & roll era una música muy simple. Lo único importante era la bulla que metía, su impulso, su agresividad, su frescura. Todos los tabúes le parecían aburridos. Prácticamente no

había letras, tan sólo sencillos slogans a escasa distancia del galimatías. No era pura y simple estulticia, pura y simple incapacidad de escribir letras mejores; era un código adolescente, casi un lenguaje de señales, que haría absolutamente incomprensible el rock para los adultos”. Aun cuando estos rituales adolescentes apelaban a ciertos motivos desestructurantes, no asumían la forma de una protesta social o una hostilidad generalizada hacia la estructura vigente sino que expresaban la crispación del joven ante la pérdida de tiempo que representaba la escuela, se regocijaban escarneciendo a la autoridad y cultivaban, por sobre todo, las imágenes asociadas a una parranda interminable el sábado por la noche. Era música para bailar y fue la expresión musical de los primeros “Teds” y luego de los Rockers. Cuando menos en Inglaterra, a sus ídolos les fueron conferidos nombres viriles y agresivos, apropiados al fenómeno: “Acero”, “Furia”, “Los Salvajes”.

### Los Beatles y los Stones

La fase siguiente, la era de los Beatles y los Stones, es el período de los denominados “Mods”. Si bien los Who siguen constituyendo el grupo Mod por antonomasia y legaron a la posteridad ese auténtico y conciso “himno a la juventud” que es “My Generation”, no debemos olvidar que, antes de embarcarse en su etapa “progresivo iluminada”, también los Beatles eran apenas “un grupito de Mods algo más avispados” (Nuttall, 1968). En este período, el estilo derivó de los intérpretes individuales a los grupos, y los nombres de los diversos conjuntos eran con frecuencia tan sólo un chistecito mordaz: los “Beatles” (deformación del término *beetles*, escarabajos, incluyendo la partícula *beat*: golpear, martillar), los “Animals”, los “Kinks” (término polisémico, traducible en este contexto como “pervertidos”). El eje se trasladó de Londres a las provincias, en alguna medida porque las ciudades provincianas menos refinadas —Liverpool, Glasgow— se habían convertido en centros florecientes de clubes adolescentes en los que los jovencitos, influenciados por el jazz, muchos de ellos con la enseñanza media cumplida y poco más, experimentaban con novedosos injertos del blues negro en los estilos rockeros de los cincuenta y congregaban en torno suyo a grupitos de seguidores locales. No se trata de explicar aquí el éxito sin precedentes de los Beatles sino de determinar algunos de sus ingredientes sociales. En primer término, representaban un paso adelante, en lo social, en relación con el rock inglés de los primeros tiempos, a pesar de su deliberada tendencia a magnificar su identificación con la clase trabajadora. Eran la quintaesencia de los Mods: clase trabajadora situada en el

límite superior de su espectro a las clases medias bajas, ambas beneficiarias de la movilidad educacional, de la “cinta transportadora” de la educación. Habían preservado cierta cuota de furor y canalizaban buena parte de ella en las críticas de la periferia a los centros urbanos, deleitándose con una imagen falsa de Londres. Utilizaban prendas adolescentes provocativas, informales y a la moda. Eran, en rigor, la mezcla perfecta a los ojos de todo el mundo: la dureza de las botas militares (Lennon), el niño bonito de la casa vecina (McCartney), el solitario conmovedor (Harrison) y el tamborilero simpático, auténtico representante de la clase trabajadora (Starr). Encarnaban, de hecho, las tensiones y la simbiosis del pop en sí y su trayectoria posterior a la disolución del grupo ejemplifica claramente el punto. Lennon, el desertor de la Art School encontró, momentáneamente, su tierra prometida en la facción más anárquica de la estética *avant-garde* con signos de protesta social y recorrió la gama completa de las actitudes supuestamente progresistas, desde exhibir sus genitales en un filme al estilo Warhol a los *happenings* de corte pacifista. McCartney siguió bello y melodioso y se integró, aparentemente sin resquemores, a la vida elegante y regalada de la costa oeste norteamericana. Aún se conserva hermoso y cultiva un pop armonioso con su nuevo grupo Wings. Previsiblemente, Harrison se quedó pegado en la fase del misticismo oriental con el que todos coquetearon, pero en una variante relajada. Tan sólo Ringo Starr permaneció más o menos fiel a sus orígenes y desarrolló una carrera exitosa en la industria del espectáculo, asombrosamente parecida al derrotero de Tommy Steele. Ellos cuatro engloban toda la energía y el problema fundamental del pop: la vanguardia entreverada con la clase trabajadora; los contenidos profundos versus el ritmo a secas; la agresividad versus la dulzura romántica. Sus mayores éxitos emplearon las fórmulas adolescentes más sencillas y de carácter ritual o la emotiva nostalgia de la vida en los barrios de casas pareadas.

Por cierto que la simbiosis acabó desintegrando a los propios Beatles. La opción *avant-garde* terminó por deglutir al resto. Su conversión a la causa de las drogas y el misticismo oriental, como un último requisito de la autenticidad personal (la liminalidad de nuevo, ciertamente) fue el punto de escisión del conjunto y el medio globalmente considerado.

El Sargento Pepper, el rock ácido, las letras sicodélicas y los instrumentos orientales le granjearon al grupo las simpatías de los progresistas de día domingo, que idolatraba y aclamaba como “significativos” la resonancia

---

\* *Moors murders* en el original. Es un vocablo originado en la época de las cruzadas, que alude, en este contexto, al extremismo de los intelectuales. (N. del T.)

ambigua de las letras, el eclecticismo de la música y el sadismo *avant-garde* del humor, referencias que suscitaban la complicidad de los “matamoros”.\* El conjunto decía y hacía lo que el *underground* venía predicando desde hacía una década o más. No tan sólo los progresistas de fin de semana sino, a la vez, los sectores radicalizados a tiempo completo los alababan como la auténtica voz de la “juventud” y “la verdad”. Jeff Nuttall (1968), uno de los autores *underground* más sagaces y analíticos, escribió en Gran Bretaña:

Los Beatles fueron, y son todavía hoy, el mayor catalizador de este proceso de aceleración global que supuso el desarrollo de esta nueva subcultura. Ellos despojaron al universo del pop de su carga violenta, de su inhibición, que era fruto de la ignorancia, de su complejo de inferioridad. Despojaron al universo de la protesta de su carga violenta, de su inhibición, que era fruto de la ignorancia, de su complejo de inferioridad. Despojaron al universo de la protesta de su cualidad seriosa y santurrana, despojaron al universo del arte de su mortal seriedad.

Peter Fowler, un crítico tan perspicaz como Nuttall, aunque posterior, en contacto con la juventud de los sectores populares, hizo un diagnóstico algo distinto:

Junto a los que pensaban que los Beatles eran los “salvadores del rock”, había infinidad de gente que pensaba que John Lennon estaba absolutamente chiflado (Fowler, 1972: 18).

Fowler cita un testimonio revelador de uno de sus informantes surgidos entre los “cabeza rapada”, un aprendiz de Birmingham que había cumplido los quince en 1967: “Odiaba esa mierda del Sergeant Pepper y lo que los Stones habían hecho con ‘She’s a Rainbow’. Después de eso, mis amigos y yo nos dedicamos a ir al *pub*” (Fowler, 1972: 18-19).

### **El movimiento milenarista**

Fue dicho testimonio una luz de advertencia, pero en 1967-1968 nadie la tuvo mayormente en cuenta. La “conversión” de los Beatles y el flirteo con las drogas y el misticismo de todos los grupos a la cabeza —los Stones, los Who, etcétera— inauguran el tercer período histórico, la era hippie. Esta fase, la etapa milenarista del Greenwich Village/Los Angeles, es una mezcla de los contenidos *avant-garde*, en los cuales se reflejaba

y reproducía la temática anárquica del arte y el *underground* (Martin, 1975). Era puro utopismo antiurbano de signo rousseouniano, impregnado de la herencia romántica, oscura y violenta, de un Sade y un Nietzsche. Fue el equivalente musical del milenarismo hippie, aun considerando la bifurcación normal, de carácter sectario, entre un ala pasiva y otra violenta, lo que reproduce a la perfección la doble tendencia del romanticismo: los pacíficos hippies ingleses de Glastonbury o Charles Manson en California. Lo llamativo del rock inspirado en este movimiento es que el ala pasiva, al canalizarse en la música, es decididamente explícita, en contraposición al hermetismo y las transmutaciones de que hacen gala las facciones violentas. La rama violenta y adventista asumió de preferencia una cualidad mágico-religiosa antes que las formas abiertamente políticas, en tanto el ala pasiva, aun cuando carecía de un programa político coherente y exhibía a su vez un fuerte componente religioso, produjo de hecho letras con un elemento de protesta social.

La variante apacible incluía guitarras acústicas, entonaciones *folk*, instrumentos orientales e himnos que la juventud urbana entonaba, con loas a la existencia bucólica y pastoril. El mensaje concreto era “el amor y no la guerra”, el llamado a deponer la codicia y a combatir la contaminación, la política y la burocracia. Las drogas eran un benéfico soporte para la ampliación de la conciencia individual. Los intentos musicales, las vestimentas (prerrafaelistas, o jeans, y abundantes collares) y el estilo de vida eran una mezcla de eclecticismo anárquico y fraternidad comunal, de “estructura nula” y ritual colectivo. Fue la época en que el festival pop se constituyó en un eje ceremonial de primerísima importancia. El recurso a las drogas cumplía un doble propósito: eran un signo de identidad, de apertura perceptual, y al mismo tiempo desdibujaban los contornos, producían una yuxtaposición fantástica, absurda y surrealista de imágenes, despojando a la tecnología del siglo XX de su carácter de “ciencia” (perniciosa, encasillada) para convertirla en “magia” (buena, liberadora). El “rock ácido” conservó el golpeteo ritual, bajo las melodías dislocadas y letras de corte surrealista.

Bob Dylan, el juglar representativo del período, ejemplifica a la perfección la paradójica mezcla de violencia y placidez. Es la clásica mezcla de condena violenta del universo adulto y la sociedad urbana en un estilo que idealiza la mansedumbre. El tono es duro y sus temas de amor son tan amargos como sus canciones con contenido social.

Resulta, pues, apropiado que en 1973, en su primera aparición cinematográfica, Dylan entonara un himno a Billy the Kid, como el ideal del “individuo liberado” que proponía Sam Peckinpah: la violencia como requi-

sito de la libertad está siempre presente, aun en la variante apacible de la doctrina hippie. La carrera de Dylan ejemplifica, a su modo, la contradicción inherente a los motivos contrarios a las estructuras. El problema es si la iconografía y técnicas de la maquinaria tecnológica contemporánea van en apoyo del demonio que representa el universo encasillado, adulto y burgués, o si pueden llegar a constituir un símbolo y agente de lo liminal y juvenil. La tradición contestataria del segmento *folk*/estudiantil se siente amenazada por, y desprecia, la tecnología urbana y se adhiere a lo que Adorno descartaría sencillamente como una manifestación de primitivismo atávico y postizo. El que Dylan se decidiera a incorporar la amplificación electrónica y apoyarse en el grupo de rock tradicional causó un tremendo furor; fue percibido en la época como una suerte de herejía, aun cuando, en épocas recientes, muchos de los adeptos a la escuela de protesta folk se sumaron a la iniciativa y se regocijan hoy con las instancias complementarias de ambigüedad que todo ello les brinda. La tradición contestataria de Chuck Berry en los años cincuenta a Bruce Springsteen en los setenta, ha echado mano a la tecnología, en especial al automóvil y la motocicleta, como una metáfora del poderío sexual y personal y de la propia libertad. La maquinaria evoca la iconografía de la era espacial, que sugiere a su vez fantasías utópicas o la pesadilla futura, en todos los casos una negación del presente.

Pero en los sesenta la tradición “pastoril” adquirió, predominantemente, la forma de un utopismo naif, contrario a la tecnología y antiurbano, que liberaba a sus adeptos de sus inhibiciones sexuales, y postulaba el ideal de “ver crecer las flores” (“Feeling Groovy”) para alcanzar la armonía social en estado puro. Esta facción del movimiento dio lugar a un vasto caudal de melodías apacibles y al redescubrimiento, por los adolescentes de los sectores medios, de la música seria y romántica, desde Mussorgsky a Vaughan-Williams (King Crimson; Focus; Emerson, Lake y Palmer).

La facción adventista del pop es menos aprehensible en Gran Bretaña que en Norteamérica. Los Beatles flirtearon con ella en temas como “A Day in the Life”; los Stones encontraron a su amparo nuevas fuentes de iracundia y agresividad, y en los campus universitarios surgieron tipos estrafalarios como Arthur Brown, cuya actuación mezclaba el vudú, la ciencia-ficción, los rituales aztecas y el horror fílmico en una vena humorística. En Gran Bretaña Jimi Hendrix fue, con seguridad, la figura de mayor importancia, con sus cabellos al estilo afro, las drogas, el sonido violento de la guitarra y la vocalización excesiva y el influjo del vudú, la magia negra y otros elementos de esa índole. En Norteamérica todo fue más explícito. Conjuntos como Tuli Kupferberg’s Fugs y Mothers of Invention, el grupo

de Frank Zappa, empleaban cualquier triquiñuela incluida en el manual del violentismo *avant-garde* y eran los preferidos del estudiantado con inquietudes revolucionarias. Predicaban las doctrinas hippie y yippie y recurrían a las técnicas habituales de ruptura con los tabúes. Por vía de ejemplo, Zappa apareció desnudo y en los huesos, dentro de un lavatorio, en la carátula de uno de sus álbumes. Tuli Kupferberg proclamaba que “todo el que no baile en las calles debería ser asesinado”. Pero fueron, con seguridad, Jim Morrison y los Doors los que marcaron la mayor proximidad del pop comercial al estilo milenarista de un Charles Manson, con mensajes como “Divine is Free” (“Lo sublime es liberarse”), “Break Loose” (“Rompe ataduras”) y el llamado a hacer todo lo que fuera desenfrenado, pues el camino a la salvación pasaba por el oscuro sendero del exceso demoníaco.

En las grandes ciudades de Gran Bretaña la “juventud” progresista optó por las experiencias de carácter *multi-media*, organizó marchas que exigían la legalización de la yerba, ingería alimentos macrobióticos, se interesaba en el misticismo oriental, en la magia negra y blanca, y redescubrió los atractivos del mito, la alegoría y los sencillos cuentos de hadas. Tolkien fue el inspirador de la variante apacible (aun los Who hacían referencias a Tolkien; el punto de reunión fundamental de la vanguardia londinense era “Gandalf’s Garden”) y Herman Hesse del ala más oscura (un conjunto muy popular en los Estados Unidos se llamó, por ejemplo, “Steppenwolf”). En el novedoso léxico del rock proliferaban los magos, las diosas de la luna, las damiselas lejanas e intocables, los amantes diabólicos y niños endemoniados. Los grupos adoptaron nombres surrealistas o de ciencia-ficción: Pink Floyd, Soft Machine (¿un eco del botiquín en el lienzo de Oldenberg?), Led Zeppelin, Moby Grape, Jefferson Airplane, Grateful Dead. Las carátulas de los discos y los afiches de los recitales se transformaron en obras mayores del arte pop, el pastiche surrealista, el Art Deco. Nadie pretendía sentar las bases de ninguna revolución, pero todos recurrían a alguna variante de los contenidos asociados a la “estructuración nula” para oponerlos a la sociedad convencional, y todo el mundo se afanaba por crear nuevos rituales fraternos e “ilustrados” con ritmo de rock. Ciertos grupos, como Pink Floyd y Soft Machine, penetraron de lleno en el dominio de la música electrónica *avant-garde* y dieron recitales en el Albert Hall y la Round House. Pero como bien lo señaló amargamente el “cabeza rapada” al que cita Pete Fowler, ya no era posible bailar al compás de la música.

Todo ello les parecía espléndido a los estudiantes más radicalizados, a los académicos jóvenes, a las Art Schools y el auténtico *underground*, pero ¿cuántos “cabezas rapadas” de Birmingham apreciaban verdaderamente

el verso libre, el intrincado misticismo o las referencias a T. S. Eliot y Ezra Pound que Dylan se permitía? La consecuencia directa de ello, a principios de los setenta, fue un resurgimiento del rock & roll de los cincuenta y la aceptación del reggae, el estilo machacón de las Indias Occidentales, por parte de los “cabezas rapadas”, como la única forma de recuperar la simplicidad y la música con la cual se podía bailar. Los viejos ídolos del cincuenta cobraron nuevo impulso, en particular Elvis y Chuck Berry, y los nuevos grupos comenzaron a experimentar de nuevo con el sonido de esos años. Se estrenaron películas y obras musicales del rock & roll de aquella época e incluso algunos sectores de vanguardia comenzaron a explorar hacia atrás en los “clásicos”, en parte por pose y en parte porque las tácticas de-estructuradoras habían llegado tan lejos que se habían vuelto contraproducentes. Es interesante advertir que, así como el hippismo suscitó una tendencia contrapuesta entre los seguidores de Jesús, la aparición del rock inspirado en su figura es, de igual modo, una reacción menor, aunque paralela, dentro del pop. En parte, es la reacción de las clases medias bajas, en parte la búsqueda de lo “efectista” por los sectores progresistas y, también en parte, la restitución de la tradición religiosa familiar en un popurrí de ítemes, en la ecléctica mescolanza de motivos en juego: si cabía imaginar a Jesús como el James Dean del siglo I, incluso él podía ser admitido en el panteón de los héroes marginales. O dicho en los términos de Lindisfarne (1971):

Dedica un pensamiento a Jesús / que sólo tenía un pesebre / que fue  
aprovechado sólo por hablar / y por amparar lo que no correspondía.

### **La multidimensionalidad del fenómeno en los setenta**

En la década del setenta, la mezcla incluía los mismos ingredientes que antes. En el cuarto de siglo que ocupa la historia del rock, el medio había descubierto ya todas las técnicas disponibles para dar cuenta simbólicamente de lo liminal, a través de variados motivos de carácter antiestructural que pudieron desplegarse, entonces, en el ritualismo de la *communitas* específica de cada grupo de edad. Los setenta no añadieron nada nuevo al léxico disponible, pero implicaron su reutilización de varias formas diferentes, todas ellas de interés. Hemos de considerar aquí tres procesos característicos. El primero es la fragmentación del mercado en diferentes públicos, organizados en torno a los principios habituales de diferenciación social:

por edades, sexo, clase social, nivel educacional y región. De ellos, la clase social y la edad son las variables más relevantes. El segundo proceso es el de la institucionalización y usurpación de los contenidos por las estructuras más amplias de la sociedad. El tercero se deriva de la naturaleza contraproducente de los símbolos antiestructurales. Los tres procesos son interdependientes pero, en beneficio de una mayor claridad expositiva, será mejor analizarlos por separado.

En primer lugar, consideremos el desmembramiento del universo pop tras esa breve *communitas* sin clases, o casi, que caracterizó a la fase intermedia de los Beatles. Varios estudios recientes han evidenciado patrones distintivos en las preferencias musicales, que varían en función de la clase social y la región (cfr. Mungham y Pearson, 1976; Frith, 1978). Por cierto que la crítica periodística ha funcionado, en los setenta, con el supuesto incuestionable de que, dicho muy burdamente, los “proletas” y el estudiantado prefieren diversos tipos de rock.

Cito aquí tan sólo un estudio para brindar una idea global de las significativas diferencias de clase apreciables en los gustos. Graham Murdock y Robin McCron analizaron una muestra representativa de adolescentes pertenecientes a las escuelas de las regiones del centro de Inglaterra a principios de los setenta (Murdock y McCron, 1973) y encontraron evidentes diferencias entre las predilecciones de los egresados de enseñanza media, todos los cuales pasarían a integrar (y normalmente provenían de) la clase media, y las de los desertores escolares tempranos, el segmento adscrito a la clase trabajadora. Cada grupo despreciaba al otro y su música. Los egresados de enseñanza media describían a los desertores tempranos como “esos cretinos de enseñanza media” o “esos estúpidos latosos”, y se caracterizaban a sí mismos, y a quienes preferían la modalidad del rock progresivo, como “gente que escucha atentamente los discos y reflexiona acerca de ellos” o “gente que está verdaderamente en sintonía con la música y no la prefiere sólo porque lo hacen sus amigos”: un ideal personalista e individualista. Los desertores tempranos describían a los adeptos de la música progresiva como “bichos raros”, “chalados” o “chiflados” y se percibían a sí mismos como “gente con una pizca de gusto”, “gente a la que le gusta bailar”, “gente que está en onda con la multitud”.

La terminología del “nosotros” y “ellos” varía con cada época y lugar, pero el patrón general tiende a repetirse (cfr. Williams, 1978; Frith, 1978). Esto explica las reyertas sectarias entre los aficionados al pop para determinar cuáles grupos se hacen acreedores, con precisión, a una etiqueta determinada: la del rock, el soul, el “heavy metal”, el “rhythm and

blues”, la “música progresiva” y así sucesivamente. También los intérpretes favorecidos por los diferentes sectores sociales varían con la época. Los sectores populares de fines de los sesenta preferían las nuevas versiones del rock & roll de los años cincuenta, el rock de aquella época en versión actualizada, con mejores recursos de amplificación (Status Quo, Sweet) o bien a los más toscos aficionados, lo cual servía para reafirmar el viejo sueño de que cualquier muchachito de un barrio popular podía lograrlo si tenía una oportunidad (Deep Purple); Eddie and the Hotrods; Black Sabbath (Weiner, 1974). Más tarde flirtearon con el estilo agresivo de un David Bowie, pue-de que en igual medida por sus pronunciamentos de corte “fascistoide” y su música (Taylor y Wall, 1976). En la actualidad, una parte de tales sectores parece estar desplazando sus gustos hacia las más recientes estiliza-ciones de lo que podemos denominar el “estilo del lumpen proletariado”: el “punck rock” o la “new wave” (que la prensa ha rotulado como “el rock de los cesantes”), con sus insignias nazis, los clips y aretes en las orejas, el cabello tratado con henna y el maquillaje de corte prostibulario para las chicas, aparte las ropas cuidadosamente rasgadas para los chicos. Parece todo muy extravagante y sus nombres resultan amenazantes —Stranglers (Estranguladores), Sex Pistols (Pistolas Sexuales), The Damned (Los Condenados)— aunque, musicalmente hablando, suenan igual a lo que se hacía en 1953, con una pizca adicional de obscenidad y el sintetizador como complemento a las guitarras. Pero, ante todo, los adolescentes británicos de la clase trabajadora adoptaron la música *beat* “negra”: primero el reggae y luego el soul, quizás porque era música “marginal” y, fundamentalmente, porque podían bailar a su ritmo, para lo cual se requería tan sólo de un “acorde de soul” y un ritmo machacón. La red de discotecas populares diseminadas en la parte norte del país se ha convertido, de preferencia, en el corazón de la música soul (Cumplings, 1975).

La clase media y la población estudiantil cultivan sus propios estilos y se inclinan, todavía hoy, por la música progresista con contenidos políticos y la música *avant-garde* de fines de los sesenta. Prefieren escuchar el rock serio en lugar de bailar a su ritmo. A modo de ejemplo, Bob Dylan disfruta en estas latitudes de un mercado permanentemente receptivo a sus afanes y, en los recitales que dio en Londres el 78, fue un éxito total. Pero el segmento de clase media dentro del universo rockero es un cliente muy escurridizo. Los adeptos rockeros de tales sectores tienen tendencia a deambular a través de las fronteras étnicas y de clase, en busca del “auténtico” reggae, el “soul punk” y los intérpretes homosexuales, al tiempo que

desdeñan las imitaciones en plástico que parecen destinadas al mercado masivo. El adepto “comprometido” con el rock acepta únicamente el genuino carisma y no el programado, aunque muchas veces resulte difícil diferenciarlos. Hoy por hoy ocurre en Gran Bretaña que el mercado estudiantil ha acabado por usurpar en buena medida el punk y reempaquetar la anarquía de los sesenta en el envoltorio del estilo punk durante los setenta (Frith, 1978c; Davis, 1978; “Jubilee”; filme de Derek Jarman, 1978).

La dificultad para hacer generalizaciones en torno a qué grupos y estilos son los preferidos por los diferentes públicos es consecuencia, en parte, de la celeridad con que se suceden los cambios en el sector. Los estilos nacen, maduran y se difunden permanentemente hacia arriba y hacia abajo, en las jerarquías de edad y de clase. Adicionalmente, la rueda gira aún más rápido a medida que el pop se va atrincherando en los medios de comunicación instantánea. Después de todo, en los años cincuenta muy pocos jóvenes disponían de su propio tocadiscos o radio, o incluso de un televisor para toda la familia. Hoy día la mayoría de los adolescentes tiene acceso no sólo a la radio hogareña, el televisor o el equipo de alta fidelidad, sino a los transistores de uso personal, las radios para el automóvil, las radiograbadoras y los tocadiscos stereo o cuadrafónicos. De modo que los estilos se trasladan a mayor velocidad. Puede que un intérprete adoptado por un público en particular sea desechado por sus seguidores originales cuando comprueban que otros sectores, a los que desdeñan, comparten sus gustos (Slade; T. Rex; Rod Stewart; 10 CC; el fenómeno es prácticamente universal). Y el éxito comercial desmesurado acabará, casi con certeza, alejando a los adeptos con inquietudes intelectuales.

Aparte de ello, el problema no es sólo de clase y de diferencias educacionales; es también, y en la misma medida, una cuestión generacional. Simon Frith hace notar que las diferencias atribuibles a la edad son bastante más fáciles de documentar, pues se hallan más generalizadas que las diferencias condicionadas por la clase social (Frith, 1978b). Los estilos se filtran con suma rapidez hacia abajo, al mercado del pop infantil. En 1970 “Top of the Pops”, el programa televisivo de la BBC, era en la práctica un espacio infantil. Y los programas de dibujos animados para niños de seis años exhibían asépticas versiones del pop surrealista, el de contenidos sádicos y el que jugueteaba con la magia negra: “Quiero ser tu amante vudú”, cantaba una chiquita típicamente americana, con pecas y cola de caballo, en un programa infantil de las cinco de la tarde (“Josey and the Pussycats”, un programa de dibujos animados de Hanna/Barbera).

Todo ello dificulta cada vez más la preservación de los límites para

cada generación rockera. Nada dura para siempre..., ni siquiera el engendro cultural de la liminalidad adolescente. Y no tan sólo resulta muy difícil conservar las fronteras al interior de la propia subcultura juvenil sino también esa frontera más amplia que separa a la juventud de las varias porciones del mundo adulto. Los estilos rockeros se transfieren también hacia arriba, al universo de las diversiones adultas. Las variantes reblandecidas y edulcoradas de la música rock proliferan en los programas televisivos de variedades y las salas de teatro, en el Festival de Eurovisión y otras instancias similares. Coexisten con Sinatra, Andy Williams, Tom Jones y Petula Clarke, como afrecho del sábado noche para los padres y abuelitos. Como ocurrió con la mezcilla, el pop se ha vuelto ubicuo, música ambiental para las dueñas de casa y los aviones.

También la intelectualidad adulta obtiene de ello su tajada. En tanto, por un lado, el *show business* incorpora abiertamente el pop, la *avant-garde* se abre de manos para usurpar la vitalidad del medio específicamente juvenil. Jagger actúa en varios filmes.<sup>8</sup> Ken Russell toma la ópera Tommy, de Pete Townshend, y la lleva al cine, situando a los Who al final de un derrotero que incluía a Elgar, Richard Strauss, Mahler y Tchaikovsky. Y corona luego su labor con una extravagancia del “pop art” aún más desafiada: su lisztomanía, la vida de Liszt, Wagner y el régimen hitleriano en versión rock, de nuevo con los Who como protagonistas, incluyendo esta vez a Ringo Starr. El Göthenburg Ballet danza a los compases de Emerson, Lake and Palmer. Rick Wakeman se jacta de que su música habrá de figurar, al cabo de una década, en las pruebas de acceso a la enseñanza superior. Leonard Bernstein interpreta a los Beatles con una orquesta sinfónica completa.

Pero el proceso usurpatorio no ocurre sólo en una dirección. El rock extiende sus propios tentáculos y absorbe elementos de donde pueda: su íntima devoción a la causa de la violación de los límites impuestos redundando, al final, en cierto eclecticismo indiscriminado. Ello posibilita el saqueo de todas las fuentes de la cultura popular y de elite. Las alusiones a los ídolos de los medios de comunicación, desde Chaplin a Monroe; las citas tomadas de los estilos más tempranos del rock, desde el despreciado *ragtime*, la música del Tin Pan Alley y el género del *music hall*, al jazz y el blues, dos

---

<sup>8</sup> En 1977 se reestrenó en Londres la película *Performance*, del propio Jagger. La publicidad en el metro londinense decía: “Diez años atrás estaba muy por delante de su época. Ahora está Usted listo para ella”.

géneros normalmente favorecidos por los adeptos. La música oscila a su vez entre Bach, la ópera y hasta las rarezas de los himnos. Van Gogh se une a Cristo, y a cualquier adolescente vapuleado, entre las figuras heroicas que asoman en las letras del pop. Las carátulas de los álbumes recrean el cubismo, el Dadá, a Picasso, el Impresionismo galo..., prácticamente todo. Al menos tres carátulas recientes han utilizado como modelo el “Retrato de Mr. James”, la obra surrealista de Magritte. Emerson, Lake and Palmer se presentan a sí mismos como tres ángeles renacentistas en una de sus carátulas (*Trilogy*). El grupo Queen, entre otros, emplea el *falseto* y los efectos de un contralto para evocar la música eclesíástica temprana y la sonoridad operática del *castrato*. Los poetas de antaño y contemporáneos son frecuentemente citados, plagiados y copiados.

El medio es tan voraz y tiene tal avidez de nuevos materiales que permanentemente compromete su propia exclusividad y deja en pie tan sólo una débil frontera entre su propio ser, de carácter sagrado, y el profano mundo exterior. Si se transgrede repetidamente un límite en particular, deja de constituir un límite y su violación deja a la vez de funcionar como un símbolo de lo antiestructural. La crítica periodística especializada más reciente exhibe un síntoma llamativo de todo esto. El rock ha comenzado a obsesionarse con su propia historia. En los últimos tres años, o poco más, la radio, la televisión y las revistas de Gran Bretaña han hecho el cuadro genealógico del rock: en Inglaterra, la Radio le dedicó seis meses a una historia radial del blues, entendido como una de las raíces del rock, y en la primavera de 1977 la cadena ITV emitió una serie histórica en seis capítulos de la música popular, que también apareció en formato libro (Palmer, 1976). Las principales revistas de rock y algunos de los suplementos dominicales que vienen con el periódico han publicado resúmenes fotográficos de la evolución del rock. Hay ahora enciclopedias del rock y archivos de las grabaciones realizadas. Todo esto da cuenta de la institucionalización del fenómeno, que ha sido encasillado y rutinizado en documentos oficiales, aun cuando inició su andar como el medio que favorecía la expresión espontánea. Cuando intentó definir el pop, en fecha tan tardía como 1970, George Melly reparó precisamente en su naturaleza volátil e inconstante, entendida como su esencia: el momento es siempre más liminal que el monumento. Y escribió: “(El pop) es sensible al cambio, pero se diría que a nada más... No extrae conclusiones, no hace comentarios, no propone soluciones. No reconoce pasado alguno ni tampoco futuro, ni siquiera el suyo (Melly, 1970, 7)”.

A pesar de ello, las publicaciones más recientes se abocan a rastrear específicamente sus raíces; a negar la hipotética novedad de lo que sucedió a principios de los cincuenta y hacer hincapié en la continuidad de la tradición que produjo el rock contemporáneo: De este modo, Ian Whitcomb (1972) arriba a la fase del rock & roll tan sólo en la parte cuarta de su libro, dividido en cuatro partes, y Tony Palmer (1976) llega a la década del cincuenta recién en la página 204 del suyo, que consta de 286 páginas en total.

El descubrimiento del ancestro y el legado hereditario del rock se relaciona con varios otros fenómenos. En parte, lo hemos caracterizado ya como una consecuencia del eclecticismo del pop, que echa por tierra su propia exclusividad. Pero es, también en parte, atribuible al carácter limitado y contraproducente de la simbología de naturaleza antiestructural, en especial cuando ha de recurrir a las instituciones como su medio de expresión. En este punto cabe insistir en lo muy dependiente que es, en su propio significado e inteligibilidad, lo antiestructural de las estructuras. Hemos visto además que la *societas* estructurada (la cultura adulta de masas, la cultura de elite, la cultura infantil) realiza giros constantes para asimilar los preciados símbolos de la liminalidad pop, un hecho que fuerza al rock a desplegar gestos violatorios del tabú y de los límites cada vez más extremos, como una forma de insistir en su identidad particular. Pero los cimientos de su identidad son de carácter institucional y a un tiempo simbólico, y la base institucional del pop es, en última instancia, un gran negocio. Los empresarios del sector son, en su mayor parte, un grupo muy diverso al de los intérpretes y al de su clientela juvenil (Frith, 1978). Al menos en Gran Bretaña muchos de los empresarios de los primeros tiempos eran astutos egresados de los colegios privados que se abocaron a gestionar la carrera de los ídolos sin experiencia surgidos de la clase trabajadora. Los empresarios del sector entran al negocio para ganar dinero, no por una vocación misionera relacionada con la "liminalidad existencial". Colaboran asiduamente con los *managers* y promotores de la cultura popular en el ámbito del cine, la televisión, la radio y el negocio de ropa y cosméticos, y a menudo utilizan el rock como un punto de apoyo para diversificar sus propios intereses comerciales en tales direcciones. Puede que el notorio (y ya disuelto) conjunto punk de los Sex Pistols fuera el último alarido en la vena del rock contestatario y furibundo, durante el año de su disolución, pero su *manager*, Malcolm McLaren, un ex estudiante de arte, obtuvo pingües ganancias con la venta de la tenida punk por antonomasia en su boutique especial. Y se apresuró a sacar cuantiosas

ventajas comerciales del asesinato de Nancy Spungeon y el arresto y posterior suicidio de Sid Vicious, batiendo todas las marcas británicas del mal gusto con sus poleras llorando la muerte de Nancy y sus afiches con el ataúd del propio Sid. El ejemplo es extremo, pero el caso es típico; toda forma de publicidad es buena siempre que venda. El ejemplo es característico, en ningún caso infrecuente.

Este proceso de institucionalización acelera el desarrollo inherente a los símbolos de carácter antiestructural. Me he referido a ello antes, en los términos de Kenneth Burke, cuando habla del “principio de entelequia”: la tendencia a llevar un símbolo o una idea determinados hasta el límite más puro y explícito de su propia lógica. Arthur Koestler (1970) emplea un concepto similar, que él denomina “el principio de reversión” de un estilo cultural determinado, en virtud del cual cada estilo en particular, una vez que se han desarrollado todos sus rasgos primordiales, se desplaza naturalmente a versiones más extremas y exacerbadas de sí mismo, hasta que agota su propia lógica y provoca la aparición de un contra-estilo. Algo de ese proceso en particular ha ocurrido, ciertamente, en el terreno de la música pop. Dijimos previamente que los símbolos más poderosos de todo léxico cultural tienden a aglutinarse en torno al sexo, la violencia y el misticismo. En el caso de la subcultura juvenil, debemos añadir a la autoridad y el control como otros dos demarcadores, por lo demás evidentes, entre el universo juvenil y el mundo adulto. Por ende, los gestos que escarnecen a la autoridad y ensalzan el hedonismo ocupan, a su vez, un lugar central en la simbología de lo antiestructural.

Pero hay un límite a lo que pueden conseguir tales símbolos sin volverse contraproducentes. Consideremos el motivo de la sexualidad masculina, que comprime simbólicamente el sexo, la violencia y la autoridad en un restringido despliegue de gestos. Los ídolos blancos de la primera época, salvo unas pocas y notables excepciones, como Jerry Lee Lewis, tendían a mezclar estos gestos con sus opuestos: la imagen del chico bueno de la casa vecina. El rock ha jugueteado siempre, a través de su historia, con estos dos polos..., al menos en lo que respecta a la imagen pública. La prensa informó en cierta ocasión (marzo de 1977) que Charlie Watts, integrante de los Rolling Stones, había declarado a propósito de la muy publicitada amistad de Margaret Trudeau con el grupo: “¡No me gustaría que *mi* esposa se asociara con tipos como nosotros!”. La imagen del amante-diabólico ha sido explotada hasta límites expresivos cada vez más extremos. Curiosamente, la agresividad sexual de un Presley en la década del cincuenta nos parece hoy de lo más “clásica” e indirecta si la comparamos con la de un Jim Morrison,

por ejemplo, en la década de los sesenta, o un Alice Cooper y un David Bowie en los setenta. Cooper y Bowie representan dos formas evolutivas distintas, pero igualmente relevantes, del principio de ruptura con los tabúes del sexo/violencia/autoridad. Alice Cooper interpreta canciones que ensalzan los disturbios callejeros, el asesinato de niños y la necrofilia (aunque su mayor éxito fue un tema que empleaba la fórmula de los años cincuenta y decía en su inicio: “¡Se ha acabado el colegio, para siempre!”). Ha hecho estallar vejigas llenas de sangre en montajes simulados de una masacre infantil y arrojado al auditorio los cuerpos sin cabeza de varios pollos aún tibios y zangoloteantes. Bowie arriba a lo liminal por una vía distinta. Exhibe con ostentación su condición andrógina (unisex o multisex) y, dependiendo de la época, ha jugado con la iconografía asociada al violentismo fascista y las mutaciones propias de la ciencia-ficción.

En una medida algo menor, la representación de la sexualidad femenina ha tenido un desarrollo similar, y la agresividad y ambigüedad del rol se han vuelto ligeramente más notorias. Así y todo, los principales intérpretes dentro del pop siguen siendo fundamentalmente hombres y las imágenes de la sexualidad son arrolladoramente masculinas y narcisistas (McRobbie y Garber, 1976). En este punto, el proceso de exageración puede llegar a ser contraproducente en dos sentidos. Si se le explota hasta las últimas consecuencias, la amenaza acaba diluyéndose en una risita por lo bajo y se transforma en el *grand guignol* que es la película de terror en clave de farsa. Alice Cooper y sus émulos británicos (como Wizard y Kiss) derivan al *comic*, y resultan, por ende, inofensivos. Es contraproducente a la vez porque, al segundo en que el medio acuña un nuevo símbolo que representa, en este caso, el sadismo en lo sexual, es instantáneamente “levantado” por la industria del rock, esto es, profusamente difundido por los mecanismos de promoción, la publicidad, los discjockeys y la prensa. En seguida, una hueste de imitadores lo copia —al igual que Roxy Music, Iggy Popp y otros copian a Bowie— y esparce al resto del mercado. Finalmente, se le “blanquea” para los consumidores infantiles y adultos, quedando los innovadores del rock en libertad de idear alguna nueva treta que pueda transmitir el mensaje de lo antiestructural. El punk recorrió este amplio espectro en tiempo récord. Apenas si se había acuñado el término punk en 1976, cuando las revistas de rock comenzaron a publicar artículos con aires necrológicos, en los que se decía “el punk ha muerto”.

Aun el impulso conducente a la expresión explícita puede resultar intrínsecamente contraproducente. La obscenidad flagrante tuvo, muy probablemente, menos impacto a mediados de los setenta que las meras insi-

nuaciones o los gestos corporales ambiguos de las primeras épocas. El tema de Townshend, “Shy don’t you f-f-f-fade away”, resultó sin duda más incisivo que cualquier otro tema en el que se incluyera completa la palabrita de cuatro letras.\* La “f-f” tartamudeada es un ejemplo excelso de ese “idioma desconocido” al que Richard Meltzers alude. Y cuando los Sex Pistols proclamaron, en 1977, que creían en el sexo sin amor, su público, conformado básicamente por las *groupies* (ese conglomerado de vírgenes vestales del pop que alimentan el fulgor del carisma e inmortalizan el pene de sus ídolos en yeso), no puede menos que haber suspirado con cierta decepción, al sentir que había oído eso antes. O bien concluir, como han hecho tantos a estas alturas, que, para eso, era mejor atender nuevamente a los “clásicos”: Elvis y Chuck Berry ya lo habían dicho todo, y con menos aspavientos.

Paradójicamente, la celeridad de los cambios ha provocado en el pop el mismo efecto inmortalizador que ha tenido sobre los derivados de los estudios Disney: se puede reestrenar *Bambi* cada tantos años para la nueva generación de infantes. Y esos mismos niños pueden, al cabo de los años, redescubrir a los Beatles. El hecho de que un filme inspirado en el álbum del “Sargento Pepper” constituya una propuesta comercial en 1978 confirma lo anterior.<sup>9</sup> El éxito permanente de unos cuantos supergrupos que habían iniciado su andar a principios de los sesenta (los Stones y lo que quedaba de los Who) forma parte del mismo fenómeno. Así pues, aun cuando pareciera que el “medio” ha arribado a un callejón sin salida, le queda todavía la posibilidad de hollar el mismo territorio infinidad de veces.

### Alcances finales

Esto me lleva a un último punto, que en más de un sentido constituye la premisa básica de este artículo. Los símbolos que empleamos cumplen la función primordial de orientarnos en nuestro universo. Es efectivo que el rock elabora la instancia liminal: el arrebató, los altibajos emotivos del amor

---

\* Townshend juega implícitamente en el tema, ya desde el título, con las sugerencias de la f tartamudeante, que remite inevitablemente al verbo de cuatro letras: *fuck* (N. del T.).

<sup>9</sup> El filme en sí lo tergiversa todo: aun cuando asume provocativamente el mensaje del “rock ácido”, implícito en el álbum del “Sargento Pepper”, la película apunta claramente al mercado púber.

y la desesperación, del egoísmo y el aislamiento..., pero descansa a la vez en imágenes del universo establecido y confiable. Es un espejo de la urbe: de los autos y ropas, la amistad y la sexualidad, el juego (y ocasionalmente el trabajo), el paisaje rural y urbano, y de los valores y supuestos compartidos por las clases sociales, los géneros, las razas y las diversas localidades geográficas. Es uno de los depositarios contemporáneos del mito, de los héroes, las leyendas, las baladas, las sagas y juglarías, que han contribuido desde siempre a realzar y poner de manifiesto la naturaleza íntima de los acuerdos sociales, a englobar los modelos, a exhortarnos y ponernos sobre aviso. Greil Marcus nos brinda un análisis simplemente brillante de cómo esta sola faceta del rock norteamericano comunica y perpetúa ciertas imágenes claves de la sociedad estadounidense (Marcus, 1977). Aunque no era el objetivo fundamental de este artículo, sería injusto de mi parte no rescatar en este minuto aquellas facetas del rock que vienen a reforzar la continuidad cultural y que, al otorgar sentido y significación a lo más trivial de la vida cotidiana, acaban apostando por la dimensión del orden en la dicotomía eterna del orden versus el caos.

De todas las facetas del orden social que el rock estructura, mediatiza y refleja, la sexualidad constituye, probablemente, el elemento más relevante. He hablado, con cierta amplitud, de la sexualidad como una poderosa metáfora de lo liminal, pero la sexualidad se relaciona, en sí misma, con los roles genéricos y el rock juega un papel fundamental en este proceso de socialización del rol. La mayor parte de los jóvenes descubre hoy su propia sexualidad en, y a través de, la música rock. El simbolismo del rock discurre paralelamente a la praxis de la pubertad, a medida que el joven va traduciendo el conocimiento teórico en vivencias, a medida que se prueba en los roles y emociones, de manera vicaria y en la vida real. En general, la música rock ha tendido siempre a reforzar las diferencias genéricas: parafraseando a Simon Frith y Angela McRobbie (1978) el “cock-rock” (“rock del pájaro”, en su acepción genital) está hecho para (y por) los machos (por ejemplo, Thin Lizzy); el amor romántico para las hembras y los púberes (por ejemplo, David Cassidy). Aun la modalidad contracultural del rock de fines de los sesenta aludía mayormente a las deidades maternas antes que a la igualdad sexual. Puede que, en la actualidad, la dicotomía empiece a resultarle

---

<sup>10</sup> Como bien lo señala Frith (1978, a, b, c), el universo de los intérpretes está claramente dominado por varones y muy pocas intérpretes femeninas serias lo han “conseguido”, excepto en el campo del folk. En el ámbito del rock “duro”, tan sólo ahora empiezan a surgir unas cuantas protagonistas notables.

algo menos intensa, pero es un proceso lento. Si existe, de hecho, algún cambio, está ocurriendo en dos vías. Por una parte, unas pocas intérpretes femeninas del rock<sup>10</sup> han asumido la agresividad sexual de la tradición del cock-rock (por ejemplo, Millie Jackson, Patti Smith, las Slits, Poly Styrene of XRay Specs) y apelan a las tácticas golpeantes de la corriente punk o el movimiento feminista, que a menudo recuerdan a las reinas tempranas, y más osadas, del blues, como Ma Rainey. Como contrapartida, el macho rockero se muestra reacio a desechar la concepción primitiva y agresiva de la sexualidad, pues constituye un arma fundamental en el arsenal del simbolismo rockero que rompe con los tabúes. Tan sólo cuando la tradición dominante en el rock se decida a parodiar o revertir las actitudes machistas, como una forma de romper con un tabú del propio medio, llegará a manifestarse una convergencia auténtica de los roles sexuales. Hasta aquí hay escasos indicios de esto último, salvo entre los excéntricos del rock, aun cuando el “rock gay” y “rock punk” podrían experimentar algo más en esta línea (por ejemplo, la Tom Robinson Band). Entretanto, la paradoja central del rock estriba en que utiliza el símbolo máspreciado de lo liminal, es decir, la sexualidad, para reproducir y reafirmar la diferenciación en roles sexuales que proponen la sociedad y, particularmente, los patrones rígidos de las clases bajas.

Más de alguien, dentro o fuera del universo del rock, podría objetar que todas estas consideraciones en torno al fenómeno son pura y simple palabrería. El rock es un *juego*, por encima de todo lo demás, y le tienen sin cuidado las interpretaciones pretensiosas: es diversión pura, las discotecas, el baile, la energía desbordada y el arrebato sensual. Por cierto he dicho poco de todo esto, porque es, a fin de cuentas, una faceta que debiera resultar evidente a los adeptos y los que no lo son: una faceta relevante y obvia. Tan sólo me cabe añadir que el animal humano, aun aquel que nace en nuestra cultura protestante, solemne por definición, vivencia en todo momento lo profundo y lo más trivial, lo efímero y lo insustancial en las mismas instancias. Igual cosa vale para la música rock.

### Referencias bibliográficas

- Abrams, P. y McCulloch, A. 1976. *Communes, Sociology and Society*. Cambridge: Cambridge University.
- Adorno, T. W. 1967. “Jazz”, pp. 121-132. En Adorno, T. W. *Prisms*. Weber, S. y S. (trads.). Londres: Neville Spearman.

- Auden, W. H. 1976. *Collected Poems*, E. Mendelson (antol.). Londres: Faber and Faber.
- Bell, D. 1976. *The Cultural Contradictions of Capitalism*. Londres: Heinemann.
- Berger, P. L. 1969. *The Social Reality of Religion*. Londres: Faber and Faber.
- Burke, K. 1966. *Language as Symbolic Action*. Berkeley: University of California.  
 . 1970. *The Rethoric of Religion*. Berkeley: University of California.
- Chambers, I. 1976. *A Strategy for Living: Black Music and White Subcultures*. pp. 157-166. En Hall, S. y Jefferson, T. (comp.).
- Clarke, J. 1976. *The Skinheads and the Magical Recovery of Community*, pp. 99-102. En Hall S. y Jefferson T. (comp.).
- Cohen, S. 1972. *Folk Devils and Moral Panics*. Londres: McGibbon y Kee.
- Cohn, N. 1970. *AwoBopaLooBopaloPBamBoom: Pop from the Beginning*. Londres: Paladin.
- Corrigan, P. 1976. "Doing Nothing", pp. 103-105. En Hall y Jefferson, T. (comp.).
- Critcher, C. 1976. "Structures, Cultures and Biographies", pp. 167-174. En Hall y Jefferson, T. (comp.).
- Cummins, T. 1975. "The Northern Discos", pp. 23-33. En Gillett, C. y Frith, S. (comp.).
- Daniel, S. y McGuire, P. (comp.). 1972. *The Paint House*. Hardmondsworth: Penguin.
- Davies, I. 1978. "Anarchy in the UK", pp. 18-21. En *Canadian Forum*. Mayo, 1978. Toronto.
- Douglas, M. 1966. *Purity and Danger*. Londres: Routledge and Kegan Paul.  
 ——— . 1970. *Natural Symbols*. Londres: Barrie y Rockliffe.
- Durkheim, E. 1952. *Suicide*. Spaulding, V. A. y Simpson, G. (trads.). Londres: Routledge and Kegan Paul.  
 ——— . 1975a. *Elementary Forms of the Religious Life*. Swain, J. W. (trads.). Londres: Allen y Unwin.  
 . 1975b. "Individualism and the Intellectuals", pp. 59-73. En Pickering, W. S. F. (comp.), *Durkheim on Religion*. Londres: Routledge and Kegan Paul.
- Edelman, M. 1971. *Politics as Symbolic Action*. Chicago: Markham.
- Fowler, P. 1972. "Skins Rule", pp. 10-26. En Gillett C. (comp.), *Rock File*.
- Fowler, P. y Fowler A. 1972. "Log of British Chart Hits 1955-1969", pp. 73-156. En ——— Gillett C. (comp.), *Rock File*.
- Frith, S. 1978a. "Rock and Sexuality". Versión mimeografiada. Coventry: University of Warwick.  
 . 1978b. *The Sociology of Rock*. Londres: Constable.

- . 1978c. "The Punk Bohemians", *New Society*. 43:805.
- Geertz, C. 1973. *The Interpretation of Cultures: Selected Essays*. Nueva York: Basic.
- Gillett C. (comp.). 1972. *Rock File*. Londres: Pictorial Presentation Ltd.
- . . 1974. *Rock File 2*. Londres: Panther.
- Gillett, C. y Frith S. (comp.). 1975. *Rock File 3*. Londres: Panther.
- Goodman, P. 1960. *Growing Up Absurd*. Nueva York: Vintage.
- Gosling, R. 1962. *Sum Total*. Londres: Faber and Faber.
- Gunn, T. 1957. "Elvis Presley", p. 31. En Gunn T., *The Sense of Movement*, Londres: Faber and Faber.
- Hall S. y Jefferson T. (comp). *Resistance Through Rituals*. Londres: Hutchinson/Open University.
- Hebdidge, D. 1976a. "The Meaning of Mod", pp. 87-98. En Hall S. y Jefferson T. (comp.).
- . . 1976b. "Reggae, Rastas & Rudies", pp. 135-153. En Hall S. y Jefferson T. (comp.).
- Horkheimer, M. y Adorno T. W. 1972. *Dialectic of Enlightenment*. Cumming J. (trad.). Nueva York: Seabury.
- Instituto de Investigación Social de Frankfurt. 1973. *Aspects of Sociology* (con prólogo de Horkheimer M. y Adorno T. W.). Viertel J. (trad.). Londres: Heinemann.
- Jagger, M. 1973. Entrevista en Radio I: "The Rolling Stones' Story". Marzo de 1973.
- Jay, M. 1973. *The Dialectical Imagination*. Londres: Heinemann.
- Jefferson, T. 1976. "The Cultural Responses of the Teds", pp. 81-86. En Hall S. y Jefferson T. (comp.).
- Johnson, D. 1969. *Beat Music*. Londres: Wilhelm Hansen.
- Koestler, A. 1970. "Literature and Law of Diminishing Returns". *Encounter* 34, 5:39-45.
- Lindisfarne. 1971. "Winter Song". Del LP "Nicely Out of Tune".
- Luckmann. 1967. *The Invisible Religion*. Nueva York: MacMillan.
- Marcus, G. 1977. *Mystery Train*. Nueva York, Londres, Sidney: Omnibus Press.
- Marsh, P. et al, 1978. *The Rules of Disorder*. Londres: Routledge and Kegan Paul.
- Martin, B. 1975. "The Mining of the Ivory Tower", pp. 98-118. En Seabury P. (comp.), *Universities in the Western World*. Nueva York, Londres: The Free Press: Collier MacMillan.
- Martin, D. A. 1965. *Pacifism*. Londres: Routledge and Kegan Paul.
- . . 1973. *Tracts Against the Times*. Guildford y Londres: Lutterworth.

- \_\_\_\_\_. 1978. *A General Theory of Secularization*. Oxford: Blackwell.
- Matza, D. 1979. *Becoming Deviant*. Engelwood Cliffs: Prentice Hall.
- McGough, R. 1967. "Let Me Die a Young Man's Death", p. 91. En Henri, A., McGough, R. y Pattern, N., *The Mersey Sound: Penguin Modern Poets* v. 10. Harmondsworth: Penguin.
- McRobbie, A. y Garber, A. 1976. "Girls and Sub-cultures", pp. 209-222. En Hall, S. y Jefferson, T. (comp.).
- Mellers, W. 1971. "Pop As Ritual in Modern Culture", pp. 1.453-1.454. En *Times Literary Supplement* N° 19, 1971.
- Melly, G. 1970. *Revolt Into Style*. Harmondsworth: Penguin.
- Meltzer, R. 1970. *The Aesthetics of Rock*. Nueva York: Something Else Press.
- Mungham, G. y Pearson, G. (comp.). 1976. *Working Class Youth Culture*. Londres: Routledge and Kegan Paul.
- Murdock, G. y McCron, R. 1973. "Scoobies, Skins and Contemporary Pop". *New Society*, 547:690-692.
- Musgrove, F. 1974. *Ecstasy and Holiness*. Londres: Methuen.
- Neville, R. 1971. *Playpower*. Londres: Paladin Books.
- Nuttall, J. 1968. *Bomb Culture*. Londres: McGibbon and Kee.
- Palmer, T. 1976. *All You Need is Love*. Medicott, P. (comp.). Londres: Weidenfeld and Nicolson (pasta) y Chappell (rústica).
- Parker, H. 1976. "Boys Will be Men: Brief Adolescence in a Down Town Neighbourhood", pp. 27-47. En Mungham G. y Pearson G. (comp.), *Working Class Youth Culture*. Londres: Routledge and Kegan Paul.
- Parsons, T. 1975. "The Educational and Expressive Revolutions". Conferencias dictadas en el London School of Economics and Political Science. Marzo de 1975.
- Rigby, A. 1974a. *Alternative Realities*. Londres: Routledge and Kegan Paul.
- \_\_\_\_\_. 1974b. *Communes in Britain*. Londres: Routledge and Kegan Paul.
- Rock, P. y Cohen, S. 1970. "The Teddy Boys", pp. 288-320. En Bogdanor, V. y Skidelsky, R. (comp.), *The Age of Affluence 1951-64*. Londres: MacMillan.
- Sperber, D. 1975. *Rethinking Symbolism*. Morton, A. A. (trad.). Cambridge: Cambridge University.
- Taylor, I. y Wall, D. 1976. "Beyond the Skinheads: Comments on the Emergence and Significance of the Glamrock Cult", pp. 105-123. En Mungham, G. y Pearson, G. (comp.), *Working Class Youth Culture*. Londres: Routledge and Kegan Paul.
- Townshend, P. 1965. "My Generation". Copyright Fabulous Music Ltd.
- Troeltsch, E. 1931. *The Social Teaching of the Christian Churches*, 2 vols. Wyon, O. (trad.). Londres: Allen and Unwin.
- Turner, V. W. 1969. *The Ritual Process*. Harmondsworth: Penguin.

- \_\_\_\_\_. 1974. *Dramas, Fields and Metaphors*. Ithaca y Londres: Cornell University.
- Weber, M. 1965. *The Sociology of Religion*. Fischhoff, E. (trad.). Londres: Methuen.
- Weiner, A. 1974. "Doom Patrol: Black Sabbath at the Rainbow", pp. 13-23. En Gillett, C. (comp.), *Rock File 2*. Londres: Panther.
- Whitcomb, I. 1974. *After the Ball*. Baltimore, Maryland: Penguin.
- Willis, P. E. 1976. "The Cultural Meaning of Drug Use", pp. 106-118. En Hall, S. y Jefferson, T. (comp.).
- \_\_\_\_\_. 1977. *Learning to Labour*. Farnborough: Saxon House.
- \_\_\_\_\_. 1978. *Profane Culture*. Londres: Routledge and Kegan Paul.
- Zerwin, M. 1971. "A Lethal Measurement", pp. 161-166. En Kostelanetz R. (comp.), *John Cage*. Londres: Allen Lane. □

## LARGO VIAJE DE UN ROCKERO ILUSTRADO

LA MEZCLA MORRISON\*

**Martín Hopenhayn**

En las páginas que siguen el autor desentraña un fenómeno muy particular del rock de los años 60 en Estados Unidos —el de Jim Morrison y los Doors—, que vuelve a desenterrarse hoy y recobra una fama aún más extendida que en su momento original. El artículo reconstruye el contexto político-cultural en que dicho fenómeno aparece en su origen, y el lugar desafiante que en dicho contexto ocupó la figura provocadora, reventada e ilustrada de Jim Morrison. Se trata, probablemente, de la estrella de rock que a fines de los sesenta sintetizó de manera más completa el rock de masas con el discurso intelectual del cambio radical, la experimentación psicotrópica con la búsqueda de nuevas expresiones en la música popular, la literatura “maldita” y la biografía personal. Muerto a los 27 años en una bañera de París, por efecto de la droga, el alcohol y un ritmo de vida delirante, Morrison reaparece hoy en pantalla gigante y convertido, más que nunca, en fetiche de consumo. ¿Conserva, hoy, algo de la energía disolutiva que tuvo hace veinticinco años?

---

MARTIN HOPENHAYN. Poeta y ensayista. Realizó estudios de filosofía en Buenos Aires y en Santiago de Chile, y de postgrado en París. Investigador de ILPES, CEPAL. Autor de numerosos artículos y ensayos en revistas especializadas y del libro *¿Por qué Kafka?* (Buenos Aires: Editorial Piados, 1983). Entre sus recientes escritos pueden mencionarse “Octavio Paz revisitado” y “La libertad y la tentación de la excentricidad: Vigencia de John Stuart Mill” en *Estudios Públicos* 40 y 46, respectivamente.

\* Ensayo escrito a partir del comentario hecho a la película “The Doors”, el 28 de octubre de 1991, en el ciclo “Imágenes de nuestro tiempo”, organizado por el Centro de Estudios Públicos.

## Prólogo

¿Por qué jugársela por estrenar en el 91 una superproducción sobre la vida fugaz de Jim Morrison, uno de los mayores mitos del rock de los '60, lúcido entre los reventados y reventado ente los lúcidos? ¿Por qué justo ahora, que el poder del rock es mucho más evocador que provocador, más histriónico que agónico, más histérico que histórico? ¿Quién de los que en este momento leen estas líneas estaría dispuesto hoy, a veinte años de distancia y quizás cuántos de desencanto, a volarse con una película o un festival rock “a nivel Morrison” con la expectativa de contagiarse allí de algún virus de la metamorfosis, precipitarse hacia las fronteras de la subjetividad, morir y renacer en algún otro descampado de la biografía?

¿Por qué reabrir el caso Morrison, someterlo nuevamente al juicio público o al consumo de masas? ¿A qué se debe el retorno del rey del “acid rock” en pantalla gigante, a veinte años de la muerte del dionisiaco, pélvico, iluminado, esquizoide, lisérgico, blasfemo, pagano, etílico, erótico y tanático Morrison en una bañera de París?

Vamos al contexto, al violentamiento, a la mezcla y, finalmente, al final de la película.

### I. EL CONTEXTO

Entre el 66 y el 69 los Doors tuvieron su edad de oro con Jim Morrison a la cabeza. Al mismo tiempo que... los vuelos en LSD con visitas incluidas al inconsciente freudiano, al inconsciente jungiano y a iluminaciones parciales...; la epifanía hippie, tan vaporosa y radical a la vez, mezcla de ingenuidad y profundidad que nunca acabaremos de rumiar...; la irrupción de un nuevo protagonista para pivotear el cambio sociocultural —la juventud—, en quien importaba mucho menos la inserción en el sistema productivo que el arrojo para experimentar consigo mismo...; los proyectos utópicos jugados en serio y en la inmediatez del presente, no como la coronación definitiva del progreso, sino como una renuncia a todo lo definitivo...; el rock como expresión de todo lo anterior, el rock como confluencia, el rock como nuevo matrimonio entre el cielo y el infierno, como hilo conductor entre la cabeza y las vísceras...; la interpelación crítica al sistema por donde éste no se lo esperaba, la amenaza que violentó al Tío Sam de este lado de la frontera, tanto en su propia cancha como en los pantanos de Indochina...;

la aventura de volver a fundar el mundo a partir de una febril interpretación de los padres ilustres de la patria: Jefferson, Walt Whitman, Tocqueville.<sup>1</sup>

De lo cual se dedujo, siempre en libre interpretación...; el rechazo de la sociedad organizada por infeliz —y también por inmoral—, y la idea de que ya no queda más que elegir entre sistema y felicidad, mediocridad y lucidez, continuidad o libertad...; la anchísima manga de la libertad en las formas expresivas y en las normas para la vida, donde debían caber hedonistas, psicóticos, oligofrénicos, místicos, obscenos, erráticos, reventados, juglares, bufones, demonios y duendes, todos rebautizados como hippies, happeners, hijos de la flor, vietniks, peaceniks y beatniks.

De allí que entre el 66 y el 69 Jim Morrison y sus “Doors of Perception” fueran más que explicables: ocuparon —¿o abrieron?— un hueco dentro de un contexto o de una intersección precisa de sentidos. Este “contexto” fue para Jim Morrison un tejido de muchos hilos, todos consagrados a entrelazar el plano epidérmico de un hedonista irreflexivo con el vuelo intelectual de un rockero ilustrado. El voraz lector adolescente tuvo, a los 14 años, el recién aparecido *On the Road* de Kerouac, publicado en 1957, como libro de cabecera.<sup>2</sup> Se desayunó con Nietzsche a los dieciséis (en quien reconocerá su propio impulso dionisiaco y la fuerza disolvente del mismo); y con Rimbaud y Blake y la conocida lista de malditos al año siguiente. De los malditos es sobre todo Rimbaud quien extrae el imperativo de fundir el arte con la vida y, en esa fusión, provocar la “alteración de todos los sentidos” y el cambio de todas las estructuras. Jim se sentirá un poco *enfant maudit* a lo Rimbaud. De Blake sacará la frase que retomó Huxley para titular su viaje en mescalina y la usará para bautizar a la banda de los Doors: “Si se

---

<sup>1</sup> Y esta misma ruptura que apela a los padres ilustres, trasunta también un anhelo fundacional. No han de extrañar, por ejemplo, estas palabras de Timothy Leary, el gurú del lisérgico en los '60: “Salimos a cambiar la cultura. En los próximos diez años la generación psicodélica (...) tendrá más y más que decir. Es seguro que las leyes cambiarán. No entiendo cómo puede el norteamericano medio pensar que todas las religiones ya han sido fundadas, que todas las soluciones políticas ya han sido elaboradas. Insto a todo el mundo, sobre todo a los jóvenes, que piensen en fundar su propia religión (...), en fundar su propio país...” (*Los Angeles Free Press*, 13 de enero de 1967, dicho sea de paso, el periódico *underground* predilecto de Jim Morrison). Y el comentario más entusiasta que objetivo de Richard Albert en el *San Francisco Oracle*, en la misma época: “¿Ustedes se dan cuenta de que en siete u ocho años la población psicodélica de los Estados Unidos podrá, mediante su voto, llevar al gobierno a quien quiera?”. (Citados ambos por Jerry Hopkins, *El libro Hippie*, trad. por Florinda Friedman (Argentina: Editorial Brújula, 1969).

<sup>2</sup> Ese año, en la misma zona donde vivía Jim —el Bay Area en torno a San Francisco—, aparece la palabra “beatnik”. En seguida Morrison, en plena enseñanza media, se hace lector de Lawrence Ferlinghetti y Allen Ginsberg, los poetas de la generación furiosa (*angry generation*).

despejaron las puertas de la percepción, cada cosa aparecería a la vista humana como lo que realmente es: infinita”. Más tarde leerá a Norman Brown para retener de su lectura este viaje por la mitología de las pulsiones humanas, y la interpretación alucinada de las ontogénesis y filogénesis freudianas. Seguirá con el sentido trágico de la existencia en los existencialistas franceses, y descubrirá los ríos fluyentes de la conciencia en el *Ulysses* de Joyce. Todo esto antes de pasar los 18. A la misma edad devora libros ingleses de demonología de los siglos XVI y XVII en la Biblioteca del Congreso, y queda marcado por las trayectorias alcoholizadas y castigadas de Baudelaire, Dylan Thomas y otros lentos suicidas. Después de una exploración abandonada de su propio *pathos* en el destino de otros, rematará con el teatro de la crueldad de Antonin Artaud, base para el Living Theatre que tanto marcó al propio Morrison varios años más tarde.

Seguimos. La marihuana, el peyote y el LSD entraron con tanta fuerza en la vida de Morrison que no pueden comprenderse muchos temas clásicos de los Doors, como “The End” o “Break on Through” o “The Crystal Ship” sin este antecedente. La revuelta generacional y la “brecha de credibilidad” la empezó a vivir Jim desde los 17 años, cuando la convivencia con un exitoso oficial de marina que fue su padre, y con una madre que bajaba la línea en la familia, resultó intolerable. La onda hippie entra a quemarropa en Morrison justo en sus comienzos con The Doors, partiendo por la vida-plena-pura-sin-proyección en Venice, el balneario de Los Ángeles donde “todo pasaba”, donde Morrison inventaba películas buscando su voz poética entre las ruinas de Blake, y donde a partir de un encuentro de volados con Ray Manzarek nació la iniciativa de formar una banda de rock. Curiosamente, hasta ese momento Morrison jamás había cantado en su vida: podía verse a sí mismo como poeta, actor o cineasta, pero no se imaginó que su gloria estaría detrás de un micrófono. Inmediatamente después, el sincrónico aterrizaje de los Doors en el legendario “Happening Human Be-In” en el Golden Gate Park de San Francisco a comienzos del 67, evento que marca la largada con tuti de la revolución de las flores y la erupción de los sentidos.<sup>3</sup> Entre tanto, la simbiótica contemplación de los hitos europeos de la época, como “Hiroshima, mon amour” de Alain Resnais y “La dolce vita” de Fellini; un interminable viaje a dedo desde Florida hasta Arizona antes de cumplir los veinte años, pasando por México y poblado de enredos con la policía del medio oeste, con las

---

<sup>3</sup> Bautizado también como el primer “melha” norteamericano por el *San Francisco Oracle*, con la presencia de unas cuantas vacas sagradas de la música y la revolución de la conciencia: Dizzy Gillespie, Jefferson Airplane, Timothy Leary, Allen Ginsberg y otros.

ninfómanas de autopista y los licores que ahogan la noche en Texas. Más tarde, un viaje mítico al desierto de Arizona para abrazar ese raro panteísmo que funde a Rimbaud con los indios del mezcal, y para realizar con sus compañeros de los Doors (Ray Manzarek en teclados; Robby Krieger, en guitarra eléctrica; John Densmore, en batería) un ritual iniciático con el peyote. Una poligamia asumida desde siempre y nunca cuestionada. Doscientas cincuenta dosis de LSD consumidas en menos de cinco años (puede ser una fanfarronada, pero calculemos al menos la mitad); un discurso que desafía la autoridad por todos lados, y que se expresa en letras de canciones, en recitales más allá del límite de la ley y en un reviente que violenta cualquier sentido de la supervivencia.

Todo esto es parte del contexto y de la biografía de Morrison, la argamasa para su mezcla y para el mito de los Doors. Pero hay más: Morrison es desde muy temprano un miembro honorario del club de los “noístas”: los que dicen no, los que chocan con un triple no, los que arman su carpa en medio de noes. Los no-burgueses, no-blancos, no-protestantes, no-trabajadores, no-pulcros. Parten ya en los ’50 con la *angry generation* incubando la nueva sensibilidad y Dylan fugándose de su casa como si fuese un personaje de Salinger. Eldrige Cleaver —Dios Negro perdona hoy su vuelta de tuerca neoliberal, su sorpresivo blanqueo espiritual, su misteriosa muerte— denunciaba a los blancos no por imponer sus héroes, sino por perderlos y verlos convertidos en villanos. La resistencia negra se convierte en una pantera que ataca y embellece a la vez. La visceralidad del rock de los ’60, tiene una clara raigambre negra, y se hace evidente en la influencia de Moody Waters sobre Mick Jagger y los Rolling Stones. El rocanrol emerge de entre las raíces negras del blues y las del blanco pobre del country, fusionando los excluidos de la claridad y los sumergidos en la penumbra. El espíritu errante de los sumergidos y marginales encarna en rockeros y blueseros de los ’60: Dylan y Morrison abandonan el hogar muy temprano para errar por las carreteras, y Janis Joplin sale de un pueblo de Texas a los 17 para cantar blues en los bares a cambio de una copa de alcohol. Jack Kerouac busca recuperar la intensidad a través de lo sumergido, en lo no blanco, en lo no gringo, al punto que el personaje de “On the Road” exclama: “Me gustaría ser un negro, pues siento que lo mejor que me ofrece el mundo blanco no es suficiente éxtasis para mí, ni suficiente vida, alegría, emoción, oscuridad, música, noche”. Lo dionisiaco se vislumbra con el imperativo de la intensidad a cualquier precio, y se sitúa en los márgenes de la sociedad opulenta. Y cuando más pagan los márgenes, más cerca de la verdadera vida.

El noísmo empieza a asomar en lo que será su conductor predilecto, el rock, echando sus bases en este simulacro de la negritud que será más

una inversión de sentido que una invención, más un exorcismo que una representación: “No se puede pensar en rock sin evocar la imagen de aquellas infinitas máscaras negras que se puso el blanco, en el proceso evolutivo de la sociedad norteamericana, invirtiendo en el plano psicológico la ecuación dominador/dominado”.<sup>4</sup> A la negritud como “estado revulsivo del alma” se acopla la juventud como el contrapoder emergente en la cultura. Desde “Elvis the Pelvis” en adelante, el rocanrol tendrá como imaginario la sensibilidad “tapada” y la voluntad autoafirmativa. El rock se hace parlante del noísmo: irrupción de la diferencia donde se reúne la negritud como un “estado-otro”, y la juventud como el “actor-otro”. Ya en los grupos de rock de los ’60 son jóvenes tocando para jóvenes, y el promedio de edad de los líderes del rock oscila entre los 22 y los 23 años, la edad que tenía Morrison cuando los Doors saltan a la escena pública en el 67. A partir del 65 Dylan y los Beatles tejen una nueva alianza: la de la juventud rockera y la intelectualidad de *gauche*. En esos momentos el rock legitima y profundiza la crítica de la intervención norteamericana en Vietnam, el movimiento por los derechos civiles, la liberación de las relaciones sexuales, la “brecha de credibilidad” y la “brecha generacional” en Estados Unidos. La atmósfera de transformación social y moral penetró en la música, y los mensajes contestatarios se difunden vertiginosamente a través de la propia industria cultural y el consumo masivo. Visceralidad y cultura, impulso del rock con repulsa del conformismo, transgresión y emancipación. Y la conciencia individual se perfilaba como el lugar privilegiado de una mitificada liberación social.

### Tres irrupciones del rock en los ‘60

Primera irrupción: una experimentación con el propio cuerpo. A través de un componente orgiástico en el baile se reconocen los “pares” en el desdibujamiento de los contornos del cuerpo propio, la epifanía de lo negro-pagano en el rock, en su ritmo, en la visceralidad de un bajo tribal y de los punteos de la guitarra, en las voces aguardentosas y antirrefinadas, todo esto “sentido” en el cuerpo y en la sangre.<sup>5</sup> No hay regla para bailar el

---

<sup>4</sup> Roberto Muggiati, *Rock: el grito y el mito*, trad. de Francisco Lage Pessoa (México: Siglo Veintiuno Editores, 1974), p. 37.

<sup>5</sup> En un periódico *underground* de Berkeley, en mayo del 67, un miembro del grupo de los Fugs decía: “Por medio del baile, me refiero a un baile de tipo orgiástico, uno entra, con su propio cuerpo y sus propios sentimientos, en un tipo de contacto con la gente que la mayoría no conoce. Si todos pudieran bailar como digo, la revolución ya se habría realizado”. (Citado por Jerry Hopkins, *op. cit.*, p. 248.)

rock, salvo la experiencia del propio cuerpo despertando y viéndose a sí mismo en esa inmediatez del despertar. El rockero (músico y auditor) se sabe “poseído” por momentos y lo expresa mediante un cuerpo exorcizado por un baile ritual que a la vez carece de todo canon. He ahí la irrupción: una “ritualidad libre”. El cuerpo se sabe libre en la comunión del rock. Nadie juzgará el modo de bailar más que por la intensidad en la posesión de la música sobre los cuerpos. “Políticos eróticos es lo que somos”, declaraba Morrison. “Canto con mi voz y con mi cuerpo, con mi sexo, canto con todo mi ser”, proclamaba Janis Joplin. Y Mick Jagger confesaba a su vez: “Uno siente la adrenalina que sube por el cuerpo. Es algo muy sexual, y la energía parece transbordar de aquellos públicos inmensos y delirantes de Nueva York, Chicago o California”.<sup>6</sup>

Es la forma más directa de apropiación de la negritud por parte de la juventud: por las vísceras. Por medio de esta apropiación lo blanco quiere hacerse “carnalmente libre”. No como simulacro sino como contagio. Mick Jagger, John Mayall, Clapton y los Bluesbreakers, así como The Animals y los Rolling Stones, se inspiran en Muddy Waters y en toda la tradición del viejo blues negro de Chicago. Y allí va a radicar un componente en la mezcla Morrison, donde el ilustrado de la izquierda crítica y el rockero con la víbora negra en las entrañas se condensan en una sola voz: el dadaísmo se paganiza, la negritud conversa con Rimbaud, la crítica marcuseana se formula con un desenfadado movimiento de pelvis. Ya volveremos sobre este componente en la mezcla Morrison.

Segunda irrupción: el rock se ve a sí mismo, desde 66 hasta entrados los setenta, como agorero y catalizador del cambio de las estructuras básicas de la sociedad industrial-capitalista, y como detonante contra los símbolos represivos y autorrepresivos del “American way of life”. Mike Lang, el principal organizador del festival de Woodstock, respondía en una entrevista televisiva que la música nunca había alcanzado tal grado de compromiso social. En 1970 un grupo de violencia revolucionaria hizo detonar bombas en grandes transnacionales con sede en Nueva York, autoproclamándose la Fuerza Revolucionaria N° 9, nombre inspirado en una canción de los Beatles. Y al lado de un capitán del ejército norteamericano que afirma que el rocanrol contribuye al empleo de drogas y también a la alta incidencia de enfermedades venéreas entre los reclutas, está el joven radical que dice: “El rock no es un simple himno de guerra o un fondo musical como lo fue ‘La Marsellesa’ para la Revolución Francesa. Para nuestra ge-

---

<sup>6</sup> Roberto Muggiati, *op. cit.*, p. 118.

neración, el rock *es* la revolución”.<sup>7</sup> El rock marca la irrupción de lo popular como revolucionario al interior de una cultura donde lo popular era la complacencia gregaria y estaba envuelto por la estética de la emulación. La música pasa de un romanticismo falso o de un optimismo hueco a una autoafirmación que rebasa los límites del individualismo “tolerable”. Deja de ser un componente de la cultura y pretende convertirse en un nuevo fundamento para la cultura. De coronar un mundo en glorioso progreso material, la música popular pasa a socavar ese mundo mostrando la mediocridad que subyace a la gloria. En esta irrupción la mezcla Morrison va aún más lejos: teje el puente entre esta crítica-rock y la crítica de las bases mismas de la modernidad. Sobre eso también volveremos más adelante.

Tercera irrupción: en el rock emerge un aire pagano, o bien potencia el paganismo de los blues-negros y de la música country de los blancos-pobres. Este paganismo campea en varias de sus manifestaciones: en el envolvente clima tribal que late por debajo de algunos de los conciertos de rock; en la atracción por lo dionisiaco, lo satírico e incluso por el sacrificio entre las estrellas del rock y entre los que se tomaron el rock en serio (las muertes de Hendrix, Joplin y Morrison tienen algo de sacrificio en la representación que luego hizo de ellas el imaginario-rock), y en un panteísmo difuso pero persistente, que tiene mucho que ver con las experiencias lisérgicas en las vidas, en la música y en las letras del rock a partir de 1967. En este aspecto la entrada de Morrison es tal vez la más decidida, consciente y terminal.

En esta marea se levanta el mito de los Doors y, sobre todo, el de Morrison. Lo que hay de propio en la apropiación que Morrison hace de este contexto esbozado en las páginas precedentes es la materia de las páginas siguientes.

## II. PRIMER ELEMENTO DE LA MEZCLA:

### EL VIOLENTAMIENTO-MORRISON Y SUS GESTOS DISCURSIVOS

Morrison violenta por todos lados. En las letras de sus canciones, en su poesía, en sus relaciones más estrechas y en los conciertos de rock.

---

<sup>7</sup> En Roberto Muggiati, *Rock: el grito y el mito*, op. cit., p. 17. Y en el mismo texto, el rescate del rocanrol de los 50 como el gran salto en esta dirección: “La nueva música demolía el repertorio cursi de los Bing Crosby y Perry Como, cuyo problema principal era cómo rimar *moon* y *june*. En su lugar los rocanroleros proponían un universo sonoro abierto a la vida, lleno de olor y color...”. Más osadas son las impresiones de Jerry Rubin, líder de la nueva izquierda norteamericana en los sesenta: “La nueva izquierda —decía Rubin— surgió de la pelvis ondulante de Presley”.

Toreo con la autoridad, reto al conformismo, sátira de las costumbres. Tensa las situaciones para exponerlas en todo lo que ellas pretenden atenuar. Así interpela.

La violencia ejercida por Morrison puede agruparse en dos gestos discursivos:<sup>8</sup> *el gesto obsceno y el gesto dionisiaco*. A través de estos dos gestos Morrison ofende, transgrede y destapa el orden normativo que impugna. Gestos complementarios, paganos, disolutivos. Ni la cultura ni la contracultura quedan a resguardo de este violentamiento.

### El gesto obsceno

El recurso a la obscenidad para “deshipocritizar” la cultura ya se había puesto en marcha en la onda beatnik y el *angry generation* e incluso más atrás, con el estallido de indignaciones y prohibiciones provocadas por Henry Miller y sus *Trópicos*. La obscenidad pone sobre la mesa la incoherencia entre el hedonismo funcional, del cual la sociedad de consumo no puede prescindir si aspira a perpetuarse, y la moral de contención que opera como resorte psíquico de la acumulación capitalista. La obscenidad es la puesta en evidencia de ese desajuste, la hipocresía revelada como caricatura. Lo obsceno no es el gesto mismo de interpelación, sino el efecto que produce en su desenmascaramiento, la mueca viscosa de un hedonismo furioso entrelazado en las patas de Calvino, el absurdo de la sociedad opulenta que requiere conjugar la disciplina de la autocontención con la perversión polimorfa. Es en este efecto irónico donde la interpelación obscena desmonta la moral burguesa. No es casual el efecto que a mediados de los '50 produjo la llegada del rocanrol con toda su carga de sensualidad. El tan mentado movimiento pélvico de Elvis Presley fue el primer anzuelo musical puesto en la boca de la moral gregaria: de una parte el rocanrol ofrecía melodías que por su ritmo contagioso y sencillo eran muy apetecibles por la industria cultural del momento; pero de otra parte su carga de visceralidad resultaba demasiado viscosa para el espíritu aséptico y moralista que imponían los *mass-media*.<sup>9</sup>

---

<sup>8</sup> El término “gesto discursivo” acomoda al estilo-Morrison: a mitad de camino entre el cuerpo y la reflexión, en el lugar preciso donde se confunde el contenido de lo expresado con la voluntad que puja por expresar.

<sup>9</sup> Cuando Ed Sullivan decide finalmente llevar a Elvis Presley a su show televisivo, el más popular desde mediados de los cincuenta, exige que las cámaras sólo capten la figura del cantante desde la cintura para arriba, censurando lo más insinuante de Elvis. Años más tarde llevará a los Doors a su programa, exigiéndoles antes del show que modifiquen la letra provocativa de “Light my FIRE” (Enciende mi fuego). Morrison

Esta misma tensión será recuperada por Morrison y llevada al umbral de la “transgresión tolerable”. El caso límite es el del concierto ejecutado por los Doors, en Miami en 1969, donde Morrison lleva al extremo la invocación de Eldrige Cleaver al recontacto corpóreo por vía del rock, y simula un acto de masturbación que le costará un engorroso proceso judicial con los cargos de actitud lasciva, exposición obscena y profanación. En esto el modelo, más que Presley, es Mick Jagger de los Rolling Stones. Piénsese, por ejemplo, en el tema “I Can’t Get No Satisfaction”, y en la reacción a los Rolling Stones, en Londres en 1964, cuando la célebre revista *Melody Maker* interrogaba amenazante a sus lectores: “¿Dejaría usted a una hermana suya salir con un Rolling Stones?” Ilustrativa forma de acusar recibo: devela un orden simbólico marcado por la decencia de la familia y el control de sus cuerpos.

En este contexto *lo obsceno en Morrison es una forma de confrontación cultural: frente a una cultura de masas que ha sido sordamente represiva en sus formas de desublimación, la individuación del propio cuerpo —como visceralidad, como inmediatez sin autocensura— provoca en el espacio público un efecto de obscenidad.* La obscenidad de Morrison plasma en el *tiempo* que se toma sobre el escenario para escenificar la invitación al placer fálico y anal, la insistencia con que el ídolo de masas persiste en la transgresión del libreto, la desmesura con que dilata la procaicidad y que puebla el espacio público con una consistencia “viscosa”, lo “sobrepuebla”, lo extrovierte, en fin, torna “inoperante” la desublimación represiva. En ese límite el *sex-symbol* y el ídolo rock ya no sirven para canalizar energía reprimida; ese “tiempo excesivo” sólo permite desbordar esa misma energía, hacerla irreconciliable por todos lados. “Profanación” es el rótulo impuesto por la prensa y la ley del estado de Florida a la irrupción-Morrison, a su invitación al placer-por-su-nombre. Y dos años antes del escándalo de Miami, Morrison ya había sido agredido y expulsado por el propietario del “Whiskey a Go-Go”, de Los Ángeles, por introducir en un clásico tema (“The End”) el *leitmotiv* freudiano de Edipo: el asesinato del padre y la copulación con la madre.

La obscenidad será siempre un convidado de piedra en las exposiciones públicas de Morrison. Siempre rondará, en la antesala, la duda acerca del cuánto y el cómo de esta obscenidad en la presentación por venir. El propio Jim, dotado de vastos recursos histriónicos y una buena formación teatral y cinematográfica, probablemente dominaba esta tensión más de lo

---

accedió, pero al grabar en vivo rompió el acuerdo y cantó, más enfáticamente que nunca, la canción con sus letras originales. Nunca más fue invitado por Sullivan.

que se creía. La interpelación obscena tendrá en Morrison, como componente principal, la imprevisibilidad respecto de su “output” cada vez que dicha obscenidad entra en escena y sale al espacio público. Esta combinación provee una clave respecto de este dispositivo de interpelación obscena al statu quo, a saber: *que la obscenidad sólo constituye una interpelación amenazante cuando su exposición no está previamente pautada en cuanto a sus límites, vale decir, cuando supera un cierto umbral de incertidumbre*. La lógica del espectáculo de masas queda entonces rebasada por un “recalentamiento” de la individuación, y este desnivel es precisamente el lugar de lo obsceno en Morrison. En una cultura del espectáculo y del simulacro, y donde conviven el fetiche hedonista con el modelo disciplinario del *self-made man*, Morrison produce este desnivel. *Sólo cuando la transgresión rompe el límite del espectáculo —cuando se hace imprevisible en el alcance de sus manifestaciones y en el contenido de su discurso— se convierte en obsceno, vale decir, en una forma no digerible de transgresión*. Y la lucha contra el conformismo obligará al propio Morrison a extremar estas manifestaciones conforme el propio sistema vaya expandiendo las fronteras de lo tolerable y lo previsible.

Si el gesto obsceno constituye una señal distintiva de Morrison, el consumo simbólico de masas lo reducirá, a pesar suyo, a la figura del *sex-symbol*. Pero este mismo destino alienado de su interpelación obscena pone al descubierto la otra obscenidad, a saber, la del puritanismo hipócrita de la *mass-media* que siempre inventan alguna forma travestida de “happy-end” para imponerse. La contradicción entre hedonismo y contención quedará disimulada en el fetiche erótico que aplaca el fantasma del cuerpo indómito.

Pero lo obsceno apunta no sólo a poner de manifiesto la inconsistencia del sistema entre sus vertientes hedonista y puritana, sino también exterioriza lo que está simultáneamente contenido y silenciado en dicho sistema. Sugerentes son al respecto las imprecaciones del poeta Malay Roy Coudbery, publicadas en enero de 1967 por *Los Angeles Free Press*, la publicación del *underground* que en ese entonces Morrison leía con tanta efusión: “Me complaceré en la obscenidad, porque arruinaré y destruiré todas las distinciones de clase en el lenguaje (...). La obscenidad es un prejuicio de la burguesía que teme la invasión de la más fuerte cultura de los estratos inferiores (...). Seguiré defendiendo a la obscenidad hasta que haya obligado a la sociedad a adoptar el vocabulario total del ‘hombre’”.

En este mismo sentido, el efecto-Morrison es el de *La manifestación de lo silenciado*. No es casual el recurso a un paganismo *sui generis*, sobre todo en la fugaz obra poética de Morrison, así como el tono pagano que

imprime en los conciertos.<sup>10</sup> *La versión libre del paganismo opera como portavoz de fuerzas silenciadas*. Ya el rock tiene, de por sí, bastante de pagano: en el ritual de comunión seudodionisiaca en los conciertos (con algo del Potlach de las sociedades primitivas, pensemos la analogía entre el rito primitivo de la destrucción de bienes por parte del jefe del clan con los músicos rockeros rompiendo instrumentos en el escenario y arrojando sus trozos al público enardecido), en el panteísmo contemporáneo que propone o sugiere, en una repulsa casi mística a la moral puritana de las Iglesias oficiales, en su espiritualización de caos, en su espurio orientalismo. Morrison lleva esta tendencia a un extremo poco común. Carnaliza el espíritu y espiritualiza la carne, escenifica lo oculto, “desdisimula”: quiere inundar la modernidad con paganismo.

La obscenidad se hace difícil de neutralizar en tanto liga el desenfado erótico a un simulacro de iluminación. Temas musicales como “The End” fusionan un clima poético de iluminación subjetiva con diatribas contra el padre, pulsiones incestuosas e invitación a la psicosis. (“Los niños están todos psicóticos”, “Papá, quiero matarte”, “Mamá, quiero fornicarte”, etc.) La obscenidad encarna en la imagen del “profeta procaz”. Morrison es a la vez lascivo y puro, demonio con ángel, filoso y fluido, y en esa mezcla saca a la luz pública las fuerzas más oscuras: la inconexión psicótica, la asociación libre llevada al límite de la grosería, el desatino, la desvergüenza, el desenfado, la pérdida de todo sentido del ridículo. El escenario —el *onstage*— es el lugar para hacerlo, el templo del ritual pagano. “El único momento en que realmente me abro —decía Morrison— es en el escenario; la máscara de la actuación me lo permite, un lugar en que al ocultarme puedo revelarme”. Lejos del modelo secularizado que pretende fundamentar la libertad sexual mediante un discurso psicologizante, Morrison moraliza el placer, exhorta a su uso como un predicador invertido. No desacraliza, sino que sacraliza lo pecaminoso o lo reprimido. La obscenidad recae en esta inmediatez de un goce polimorfo invocada por el “niño-bonito”, el “niño-brillante”, el “niño-sensible”. Como Georges Bataille, la “puesta en ruido” de lo que se hace en silencio, la puesta en luz de lo que se practica a oscuras.

---

<sup>10</sup> En el libro póstumo de poesía, *The American Night*, Morrison retoma el tema nietzscheano de la muerte de Dios pero como un momento sagrado, de plena libertad y florecimiento de “personas divinas”. El libro está plagado de sugerencias de corte pagano: sacrificios humanos para alentar una nueva religión, divinización del sexo, hedonismo trascendente, etc.

### El gesto dionisiaco

Otro gesto discursivo de Morrison se inscribe en el movimiento de “expansión de la conciencia” que acompaña todo el movimiento musical-cultural de fines de los ’60 y comienzos de los ’70. “No impedirás a tu prójimo alterar su conciencia”, proclamaba el gurú-terapeuta del momento, Timothy Leary. Y el crítico de cine de *Los Angeles Free Press* señaló alguna vez: “Si los Beatles y los Stones están ahí para hacer estallar tu mente, los Doors están para después, una vez que tu mente ya se ha ido”. Morrison dijo alguna vez, emulando a Blake: “La poesía abre todas las puertas. Puedes pasar por cualquiera de ellas que te acomode”. Y lo que es más “rimbaudiano”: “Yo no saldré ... tú debes venir a mí ... aquí donde yo construyo un universo dentro del cráneo para rivalizar con lo real”. Varios fenómenos de la época convergen en este imperativo de expandir las fronteras de la percepción: la revolución hipercreativa de las formas de la música popular, el boom de las psicoterapias humanistas y un freudismo pasado por el filtro libertario de Marcuse y Norman Brown, el teatro experimental y sus *happenings*, el consumo intensivo de alucinógenos con fines de aprendizaje y autoexploración (“Las drogas son una apuesta con tu mente”, señala Morrison en un poema de *Wilderness*), y los grandes festivales musicales utilizados como experiencias de comunión de masas.<sup>11</sup>

En esta confluencia los Doors establecen vínculos de identidad, síntesis y diferencias. De una parte, quedarán *ex post* catalogados como el grupo pionero del “acid-rock”. En el árbol genealógico del Pop, Albert Raisner ubica a los Doors en el centro del “acid rock”, como grupo del *underground* psicodélico. El ritmo lento y aletargado, armonías que suenan irreales, timbres nuevos, canciones de larga duración, son elementos propios de las primeras formas del “acid rock”, desde los Doors hasta Pink Floyd: “Para los creadores de “acid rock” se trata de saltar hacia los paraísos artificiales con los cuales enriquecer la vida cotidiana de ellos y de los demás”.<sup>12</sup> El mismo nombre del grupo The Doors es indicativo, pues nace del conocido poema de Blake tantas veces citado por Morrison (“Si las puertas de la

<sup>11</sup> Los festivales-rock alcanzan en el 69 un hito con Woodstock y otros eventos que reúnen a más de 200.000 asistentes en Estados Unidos, y con un remate trágico en un recital de los Rolling Stones donde mueren cuatro personas, una de ellas asesinada frente a las cámaras por un matón de los Hell Angels. En estos recitales hay mucho de ritual pagano: destrucción de instrumentos en el escenario, abjuraciones, etc. En esto se especializó el grupo rock The Who, con destrucción de guitarras, mucho psicodrama, y volumen muy alto del sonido.

<sup>12</sup> Albert Raisner, *L'Aventure Pop* (París: Editions Robert Laffont, 1973), p. 115.

percepción se limpiasen, todo se le presentaría al hombre tal como es de verdad: infinito”). Morrison mismo habló recurrentemente de su voluntad por extremar los límites de la percepción y “pasar al otro lado”.<sup>13</sup> Ray Manzarek, el tecladista de los Doors y arreglador del grupo, lo llamó alguna vez el “chamán eléctrico”, cosa que a Morrison no le desagradaba en absoluto como imagen mistificada y pagana de sí mismo. Un pasaje de su prosa poética resulta llamativo en este punto: “En la sesión, el chamán conducía. Un pánico sensual, deliberadamente evocado por medio de drogas, cánticos, danzas, lleva al chamán al trance. La voz cambia, el movimiento es convulsivo. Actúa como un loco. Estas histerias profesionales, elegidas precisamente por su aprendizaje psicótico, eran dignas de estima. Mediaban entre el hombre y el mundo espiritual. Sus viajes mentales formaban el eje de la vida religiosa de la tribu”.<sup>14</sup>

Los Doors operan también como síntesis entre una experiencia de masas y una propuesta crítica-ilustrada. Por un lado, Morrison estaba imbuido en el discurso del *underground* psicodélico ilustrado, del pop culto, desde Andy Warhol hasta el Living Theatre, pasando por Timothy Leary, Norman Brown y Allen Ginsberg. También podía hacer de puente entre el rock y la nueva izquierda “radical” de Jerry Rubin y de los antipsiquiatras ingleses.<sup>15</sup> Por otro lado, los conciertos de los Doors y su impacto en el mercado discográfico constituyen un fenómeno multitudinario. En esta síntesis, Morrison es el rock y a la vez el discurso sobre el rock, consumido por adolescentes de clase media y supervalorado por la nueva izquierda y la nueva estética: el vaso comunicante entre el Village y el Madison Square Garden, la fusión de la política radical con una radicalidad transpolítica, el rockero y el poeta. El célebre poeta inglés Michael McClure, con quien Morrison tuvo encuentros poéticos y trasnochados, señaló algunos años

---

<sup>13</sup> “Break on through to the other side” (“irrumper hacia el otro lado”) es el *leitmotiv* de uno de los primeros éxitos de los Doors; “take the highway to the end of the night” (“toma la autopista hasta el final de la noche”); y en el tema “The End” imágenes como “visit weird scenes inside the gold mine” (“visita escenas locas dentro de la mina de oro”) y “ride the snake” (“cabalga sobre la serpiente”). Alguna vez señaló, autobiográficamente, que “he estado experimentando los límites de la realidad... tenía curiosidad por saber qué ocurriría”. Y en una autoentrevista que hace de prólogo en una de sus obras poéticas póstumas, Morrison señala: “Si mi poesía pretende algo, es liberar a la gente de las formas limitadas con que ve y siente”.

<sup>14</sup> En Jim Morrison, *The Lords and the New Creatures* (Nueva York: Simon & Schuster, 1987), p. 71.

<sup>15</sup> Los antipsiquiatras ingleses en el 67 incorporan el rock a la temática de la dialéctica de la liberación, y la politización en torno al rock crece por sincronía con la revuelta negra, la resistencia a la guerra de Vietnam, y la crítica sociológica a la sociedad opulenta.

después de la muerte de Morrison: “No conozco poeta que lo supere dentro de la generación de Jim. Pocos poetas han sido figuras públicas o animadores de tal envergadura”.<sup>16</sup> Las declaraciones de Morrison en las entrevistas ilustran este puente entre el poeta maldito, el radical ilustrado y el ídolo de masas. Hacia fines del 66 —por tomar un ejemplo— declara: “Siempre me he sentido atraído por ideas relativas a la revuelta contra la autoridad: cuando te reconcilas con la autoridad, te conviertes en una autoridad. Me gustan las ideas que promueven la ruptura y el desborde del orden establecido. Me interesa todo lo relacionado con la revuelta, el desorden, el caos y, sobre todo, la actividad que parece carecer de todo sentido”.<sup>17</sup>

Sin embargo, Morrison también introduce fisuras en este juego de identidad y de síntesis entre rock de masas, expansión de la conciencia y radicalidad culta. Su “gesto dionisiaco” tiene un efecto disolutivo que transgrede incluso las contrarreglas de hippies, antipsiquiatras y radicales. En este sentido Morrison está más cerca de Mick Jagger y los Rolling Stones que de John Lennon y los Beatles.<sup>18</sup> Entra en la lista de los malditos del rock y los que mueren reventados: Lenny Bruce, Brian Jones, Jimmy Hendrix y Janis Joplin. Su propia poesía muestra la veta disolutiva con giros tales como “cuánto más se extrema el cuerpo más fuerte crece el espíritu”, y referencias a sueños calientes, danzas febriles, libertad con locura. Son ilustrativos algunos trozos de uno de sus libros póstumos de poesía. En *Wilderness* encontramos un breve poema de resonancia dionisiaca: “Las políticas del éxtasis son reales/ Acaso no las sientes trabajando dentro tuyo/ haciendo de la noche el día/ mezclando sol con mar”.<sup>19</sup> Otro de los libros póstumos está poblado de sugerencias dionisiacas: lujuria en las calles, burla luminosa, temperamentos inflamados, bacanales de liberación.<sup>20</sup> *Dionisos vs. Tío Sam* es la pugna que subyace a muchos de los poemas en este

---

<sup>16</sup> Epílogo de la biografía citada de Hopkins y Sugerman, p. 378.

<sup>17</sup> Citado por Jerry Hopkins y Danny Sugerman en la más completa biografía de Morrison, *No One Here Gets Out Alive* (Nueva York: Warner Books, 1981), p. 107. En el mismo libro los autores citan varias entrevistas que revelan el énfasis de Morrison en el proyecto crítico en que pretendía inscribirse como músico de rock y como pensador.

<sup>18</sup> Los Doors les deben a los Rolling Stones el efecto dionisiaco y apocalíptico de la música en vivo —lo transgresor/seductor/repulsivo—. Mick Jagger es el primer no-beatle, en el sentido de dramatizar la libertad musical como transgresión; es él, y no los Beatles, el rechazado por los adultos: stonefuria vs. Beatlemanía. En los Stones aparecen los primeros elementos claramente disolventes: la androginia, la primera muerte por exceso de droga en el rock (Brian Jones), la violencia en los recitales, etc.

<sup>19</sup> Jim Morrison, *Wilderness* (Nueva York: Vintage Books-Random House Inc., 1989), p. 173.

<sup>20</sup> *The American Night* (Nueva York: Vintage Books-Random House Inc., 1991).

texto. Y en su obra poética más influida por Blake y Rimbaud las resonancias dionisíacas son muy marcadas: “Todos los juegos contienen la idea de la muerte”, o “el miedo y la atracción de ser deglutidos”, o “libre para disolverse en la vorágine estival”, o la pregunta “¿Qué sacrificio, a qué precio puede nacer la ciudad?”.<sup>21</sup> El panteísmo urbano-moderno aparece por todos lados en esta primera obra poética de Morrison. La máxima de Blake según la cual “el camino del exceso conduce al palacio de la sabiduría”, y el llamado de Rimbaud a la “desorganización de todos los sentidos”, repican como una mantra en la cabeza de un Morrison marcado por ambos poetas. Y su juego de fundir sangres con su refinada amante Ingrid Thompson no es casual, si se recuerda que antes de los 20 años Morrison se encerraba en la Biblioteca del Congreso de Estados Unidos a devorar libros de demonología en la Inglaterra de los siglos XVI y XVII, y a demostrar que Geronimus Bosch era miembro de la secta hereje de los adamitas. Todo esto es congruente con el tipo de conciertos que dieron a los Doors una reputación poco moral: *performances* en el escenario con alucinógenos en los bolsillos y en la cabeza, simulaciones onanistas con ajustados pantalones negros de cuero, e invitaciones a la comunión orgiástica.

*Si el gesto obsceno irrumpe desde Morrison como individualidad viscosa, el gesto dionisíaco lo hace como amenaza a la individualidad.* El Dionisos de Morrison cancela cualquier posibilidad de individuación. En la literatura norteamericana está pendiente hacia la disolución, que de manera efectiva o virtual en la muerte; está más cerca de Burroughs que de Ginsberg. La invitación a este tipo de lucidez que desemboca en la disolución no sólo atenta contra el espíritu de la modernidad establecida, sino también contra la crítica de la modernidad que en los '60 se consagraba en el arte, la cultura crítica y la psicoterapia experimental. Una vez más, exceso de paganismo. Los valores emergentes de “crecimiento personal”, autenticidad, o revolución en la organización social no sobreviven en el gesto dionisíaco: son arrastrados también por la tendencia fusionante-disolvente del gesto.

¿Significa esto que el gesto dionisíaco de Morrison es contraproducente también para la “izquierda crítica”? ¿O esta insubordinación, que incluso transgrede el discurso del neohumanismo de los sesenta, implica, por el contrario, una fuerza más radical todavía?

Difícil dilucidarlo. Si se trata de radicalidad, la revuelta de los sesenta no fructificó en la utopía albergada en su esperanza. En parte, cayó en la trama de desublimación represiva advertida por Marcuse; en parte, se institucionalizó en los márgenes del statu quo, y en parte, también, modificó la

---

<sup>21</sup> *The Lords and the New Creatures* (Nueva York: Simon & Schuster, 1987).

sensibilidad gregaria. Morrison también fue fetichizado por los *mass-media* y la cultura del consumo, y sobre eso volveremos más adelante. Pero hay en su fugaz trayectoria un gesto dionisiaco que permanece insumiso y extraño. Las imágenes que se le repiten algo parecieran indicar, si bien de manera difusa: los indios desangrándose sobre una carretera de Nueva México; las colegialas “violadas en edificios de verano”. La cotidianeidad se inunda con pequeños apocalipsis. “Cada día como un viaje a través de la historia” evoca en uno de sus poemas. Lo dionisiaco aparece como una escatología incesante, pero sin final. Desplazado de su escena ancestral y llevado a los tiempos de Morrison, el gesto dionisiaco se convierte en un curioso gesto de disolución: aniquilamientos virtuales, fusiones casi histéricas. Pero la histeria ya no como materia de disquisición clínica, sino como materialización de una energía a-social, puesta en marcha de un movimiento colectivo sin actor colectivo. En esta figura, la radicalidad ya no apela a la utopía de las “potencialidades humanas”: el gesto dionisiaco está mucho más acá o más allá de la cuestión de las potencialidades, hace referencia al absurdo de todo ordenamiento humano y a la arbitrariedad de cualquier lógica social. La invitación a una fusión sin reserva, *sea o no tomada en serio por la masa que presencia*, afirma por sí misma una incontestable *veracidad del caos*. El festín de Morrison disuelve el orden de lo social en el caos de los impulsos polimorfos, donde hay tantas verdades como delirios posibles. Las usinas humeantes del deseo muelen cualquier realidad que se pretenda claramente comunicable o normalizadora, cualquier logos cultural o contracultural. Uno de los poemas en el *Wilderness* de Morrison ilustra esta imagen de caos dionisiaco: “Vuelve a entrar en el dulce bosque/ Entra en el sueño caliente, ven con nosotros/ Todo está despedazado/ y baila”. Caos significa aquí *un orden que evidencia su capricho original*, vale decir, la evidencia de que cualquier orden puede verse como el mero relato de un orden entre otros, apenas descriptivo y, por lo tanto, perfectamente prescindible.

El gesto dionisiaco produce este efecto. Es allí donde la disolución opera, a la vez, con mayor levedad y resolución. La danza desordenada de Morrison sobre el escenario, la integridad siempre a punto de quebrarse, la confusión de las tantas figuras que encarna casi simultáneamente, las verdades que se devoran unas a otras, la borrachera mental que ya no puede separarse de la borrachera de la realidad: todo importa y nada importa. Dionisos ilumina pero a la vez incendia cualquier pretensión iluminista. No hay direccionalidad, no hay fundamento, no hay razón. Todo se pegotea con todo y, por lo mismo, nada con nada. Sólo esa *apariencia de locura puede tocar una esencia de la libertad*, en cuanto mezcla las descripciones del mundo, rompe la ilusión de un sujeto trascendental y de un mundo suscep-

tible de descripciones únicas: “No estoy loco, decía Morrison, lo que me interesa es la libertad”.

El gesto dionisiaco de Morrison es, por lo tanto, contra la modernidad, incluida la de izquierda y la modernidad autocrítica. Lo dionisiaco es la imposibilidad de sujetos constituidos y diferenciados, la pulverización de un mundo moderno que jerarquiza consumidores y consumidos, observadores y protagonistas. Es también la imposibilidad misma de los *mass-media* como productores de una vida vicaria para sus consumidores (en la televisión, en el cine, en el teatro, en la novela, en la figura de los ídolos y los personajes). Nada lo ilustra mejor que la visión que Morrison entrega de la modernidad en su primera obra poética: “La jerarquía de los hombres entre actores y espectadores es el hecho básico de nuestro tiempo. Estamos obsesionados con héroes que viven en nuestro lugar y a quienes castigamos..., nos conformamos con lo ‘dado’ en la búsqueda de nuestras sensaciones. Nos hemos metamorfoseado desde un cuerpo enloquecido que danza en las colinas en un par de ojos que observan en la oscuridad”.<sup>22</sup> Dionisos contra una modernidad “voyerista” condenada a las distinciones: “En mayor o menor medida todos padecemos la psicología del voyerista. No en un sentido estrictamente clínico o criminal, sino en toda nuestra postura física y emocional ante el mundo. Cada vez que buscamos romper este dictado de la pasividad, nuestras acciones son crueles y torpes y generalmente obscenas, como un inválido que ha olvidado cómo caminar”.<sup>23</sup> El Dionisos de Morrison se vuelca también contra todo discurso crítico que incurre en la lógica del “vampiro callado” del voyerista: Dionisos experimenta, el crítico observa. Disolución de la modernidad como jerarquía de actores y de observadores. Llámese paganismo contemporáneo, panteísmo libertario, escatología urbana. “Trata de incendiar la noche”, dice la canción.

El gesto dionisiaco marca la distancia, disolviendo toda distancia entre el observador y conformista y su imagen, y entre el observador crítico y su objeto. Morrison sintetiza la contracultura pero también la rebasa. Va más allá, a la oscuridad de las mezclas, a la densidad de las enloquecidas transfiguraciones. Pagano, demasiado pagano.

<sup>22</sup> Jim Morrison, *The Lords and the New Creatures*, op. cit., p. 29.

<sup>23</sup> *Ibidem*, p. 39. En el mismo texto, otro pasaje lúcido del voyerista: “El voyerista, el *peeper* ... es un comediante oscuro. Repulsivo en su oscuro anonimato, en su invasión secreta. Compasivamente solo. Pero extrañamente capaz, mediante este mismo silencio y transacción, de emparejarse desconocidamente con cualquiera dentro del rango de su mirada. Esta es su amenaza y su poder” (p. 40). Y con la misma agudeza: “Una posesión tenue, desprovista de riesgo, finalmente estéril. Con una imagen no hay peligro a la puerta” (p. 48).

Gesto obsceno y gesto dionisíaco: individualidad viscosa y disolución de identidad son dos operaciones en las antípodas, pero ambas violentan la modernidad y la crítica de la modernidad. La obscenidad destapa la zona oscura del individualismo y le obstruye su regreso a la sociabilidad de masas. La invocación dionisíaca apunta al otro extremo de la penumbra, destapa lo que las masas más temen de sí: la caída sin retorno a la reconstitución de un sujeto. La modernidad queda en jaque a dos puntas. La mezcla-Morrison no es sólo un par de gestos discursivos: es la inviabilidad de cualquier otro gesto que le sobreviva. ¿Quién podrá defenderse de esta astucia del paganismo?

### III. SEGUNDO ELEMENTO DE LA MEZCLA-MORRISON: ENTRE EL SHOW DE LA TRANSGRESIÓN Y LA TRANSGRESIÓN DEL SHOW

Morrison trata de abrir una fisura en la “desublimación represiva” que Marcuse, en la misma época, tanto imputaba a la acción del sistema. El rock de los '60 ilustró a la postre esta tesis marcusiana, según la cual la transgresión a la ideología y a la cultura represiva es recuperada para el consumo de masas, neutralizada mediante su incorporación en los *mass-media*, restringida a una especie de rebelión dominical o vacacional, integrando así el propio metabolismo del orden de cosas que pretende impugnar. El poster de Guevara y de Hendrix en las alcobas de adolescentes que forman parte del “grupo de honor” en sus escuelas —hoy pululan en las grandes ciudades las postales con fotos de Morrison—, o las orgías donde la sexualidad se invierte de un modo prolijamente reglamentado y se olvidan de regreso al hogar, serían claros ejemplos de esta sublimación represiva. El rock también puede ubicarse en el mismo contexto, como mero simulacro de comunidades de repulsa: “Mientras sus variados auditorios pueden verse como si formaran comunidades identificables, de hecho sólo son el simulacro de tales comunidades, imágenes temporarias, como la ola humana en los estadios, celebraciones momentáneas de una comunidad imposible en medio de un anonimato obligado”.<sup>24</sup> Vale la pena recordar que el rock, con todo su discurso contracultural y su efecto irritante en los conflictos intergeneracionales, dio un impulso inédito al “show-business”, les permitió a

---

<sup>24</sup> Lawrence Grossberg, “Rock and Roll in Search of an Audience”, en *Popular Music and Communication*, edit. por James Lull (Newbury Park-California: Sage Publications, 1987), p. 192.

los grandes sellos discográficos multiplicar exponencialmente sus ventas y a los productores de conciertos ampliar sus ganancias como nunca antes.<sup>25</sup>

Los Doors no escaparon a este peaje del *establishment*, y junto al éxito discográfico vino la fetichización de su imagen para el consumo de una vasta clase media conformista y dotada de cierta sensibilidad para los productos exóticos. Muy ilustrativos resultan, en este respecto, los epítetos que las revistas de mayor consumo de masas, tanto del *establishment* como del *underground*, pusieron junto a las fotos de The Doors en sus tiempos de gloria. El *Newsweek* se refirió a ellos como “un mundo de Halloween y frutas prohibidas” en su número del 6 de noviembre del 67, mientras el *Village Voice* se refería a Morrison afirmando que “realmente no ha habido un símbolo sexual de tal altura desde que murió James Dean (...) podría convertirse en lo más apetecido para la libido de masas por un largo tiempo”. El crítico neoyorquino Albert Goldman lo apodó “Dionisos de la era del surf” y “Adonis hippie”. Otros titulares hablaban de Morrison como “poético pero no bonito”, “sexualidad infantil perverso-polimorfa”, etc.<sup>26</sup> El fenómeno-Morrison y el éxito de The Doors entraban así al círculo dócil del pintoresquismo de masas.

Esta fetichización no escapó a los ojos de Morrison y mantuvo con ella una relación problemática. La desublimación represiva era, precisamente, el costo que él quería evitar, y se expresa en muchos de sus conflictos con los otros integrantes de The Doors, sus reservas en los modos de comercialización de las canciones del grupo, sus formas de abordar las entrevistas de prensa y sus exabruptos en los conciertos masivos. Sabía que la eficacia del arte contestatario radicaba en el peaje que éste era capaz de cobrarle, a su vez, al “show-business” y al consumo de masas. Pero la batalla contra su propio fetiche tampoco estaba exenta de ambigüedades,

---

<sup>25</sup> La industria discográfica post-Presley en los '50 registró aumentos en las ventas en Estados Unidos desde 277 millones de dólares en 1955 hasta 603 millones en 1959, todo esto explotando el mercado de consumo juvenil. En la década siguiente el rock alcanzó niveles de ventas jamás soñados por la era del *roncanrol*, y en 1967 (año de estrellato para The Doors) la industria discográfica estadounidense superó la marca de venta de los mil millones de dólares, aumentando a 2 mil millones hacia 1973, mientras el porcentaje correspondiente a la venta de discos de música clásica bajó del 25% en los '50 al 5% a comienzos de los '70. Todos los aspectos del negocio musical se subordinaban a las campañas de ventas de discos: actuaciones en vivo, programas de radio y televisión, entrevistas de la prensa, sesiones fotográficas, etc. (Véase al respecto el artículo de Simon Frith, “The Industrialization of Popular Music”, en el libro editado por James Lull ya citado, *Popular Music and Communication*, pp. 53-77.)

<sup>26</sup> Tomado de la biografía citada de Jerry Hopkins y Danny Sugerman, *op. cit.*, pp. 154-156.

pues la seducción de la cámara fotográfica y del impacto noticioso también operaban como bálsamo para su propia autoimagen.

La relación de peaje mutuo que los Doors entablan con el sistema ya tenía algunos precedentes en los Rolling Stones, Janis Joplin y otros rockeros reventados que podrían alistarse en las zonas de la contracultura. En el caso del rock, la cuestión es de confrontación en el propio terreno de la cultura de masas: o bien allí se diluyen los discursos de ruptura, o bien cavan agujeros. Morrison quiere cobrar alto su peaje. Explota como nadie la idea de que el recital de masas debe capitalizarse como un escenario de insurrección y descontrol. Entra en crisis con su propio público cuando éste se vuelve acrítico y más atraído por la sugestión fálica del *sex-symbol* que por los mensajes de ruptura. No tolera ese espejo ni ser el espejo indulgente para el público. Hacia 1968 se vuelca contra sus fans, y durante meses los estuvo escupiendo en los conciertos (o escupiendo la imagen que ellos tenían de él). Se reserva el derecho de improvisar a tal extremo en sus presentaciones en vivo que genera incertidumbre entre sus propios compañeros, excitación en el público, desconfianza en los promotores y desasosiego en la policía. Recurre a los límites de la obscenidad y allí se instala por ratos que a ratos exceden el umbral de la desublimación represiva.

Hacia la segunda mitad de 1968 aparece en Estados Unidos un nuevo modelo de recital rock, el *riot-concert* (o “concierto- revuelta”), en el que se pretende provocar el delirio del auditorio para hacer presente alguna forma de desborde: saltos al escenario, interrupciones de las *performances* por obra de un público descontrolado, todo lo cual obligaba a un creciente control policial dentro de los recintos del concierto rock. Morrison fue una de las primeras figuras en motivar el tránsito del concierto-comunión al concierto-revuelta, pero también fue uno de los primeros en verificar cómo este tránsito no escapaba al sistema de fetichización. En una entrevista señaló: “Traté de estimular algunos líos, y después de algunos intentos me di cuenta de que era un chiste. Pronto llegó a un punto en que la gente creía que un concierto sólo era exitoso si todos saltaban y corrían un poco. Es un chiste porque no conduce a nada. Creo que sería mejor dar un concierto y mantener sumergido el *feeling* para que a la hora de marcharse todos vuelquen esa energía hacia las calles y de vuelta a casa”.<sup>27</sup> Esta misma frustración lo lleva a extremar las cosas al límite de la legalidad en su primer concierto en Miami ofrecido en 1969.

El concierto del 69 en Miami le costó a Morrison un largo y engorroso proceso judicial entablado por el Estado de Florida, con los cargos de

---

<sup>27</sup> Citado por Hopkins y Sugerman, *op. cit.*, p. 211.

felonía, masturbación, actitud lasciva, exposición indecente, abierta profanación y ebriedad. La invitación al placer que Morrison le formuló a un público acrítico y enardecido no fue un arrebató espontáneo del vocalista de los Doors, sino la puesta en práctica del modelo propuesto por “Paradise Now” de llegar al límite de la ley. Publicitado por los *mass-media*, el juicio debió producir un efecto contradictorio en el propio Morrison: fastidio, por un lado; pero, por el otro, cierta complacencia en haber puesto en evidencia los límites de la ley cuando se trata de transgresiones con potente resonancia simbólica. El escándalo de Miami y el proceso que le siguió constituyen, en el caso Morrison, el momento en que la tensión entre el “show-business” y el escándalo de la transgresión alcanzó su máxima temperatura.

¿Qué ocurrió en ese concierto realmente? Llama la atención que los cargos imputados a Morrison reflejaron una evidente confusión, por parte de la autoridad judicial, entre el plano simbólico y el real: la masturbación, la felonía y la exposición indecente fueron simulacros explícitos en sus alusiones, pero simulacros al fin. Este punto no es irrelevante cuando se trata de examinar en qué momento el show de la transgresión se transmuta en transgresión del show, vale decir, en qué situación la desublimación represiva deviene sublimación subversiva. La mezcla de elementos que Morrison actualizó sobre el escenario da una pauta. Por un lado, las larguísimas interrupciones en la continuidad de la música para imprecicar fuera de libreto al público, a sus propios compañeros de grupo, al molde del espectáculo, a la policía, a las familias y a los valores. En segundo lugar, un discurso que también se salía del libreto *sin medida de tiempo y sin sentido del espectáculo*, y en el que incitaba al público a practicar *ya mismo* un amor despojado de sentimentalismo y de asepsia puritana. La siguiente transcripción de sus monólogos en el recital de Miami, basada en la documentación recopilada en la biografía de Morrison ya citada, nos da una idea: “Hey, escuchen, me siento solo, necesito un poco de amor, pasarlo bien... ¿Acaso ninguno de ustedes va a venir a amar mi culo? Vamos, vengan...; lo necesito, sí, lo necesito, sí lo necesito, sí...; ¡vengan de una buena vez!...; ¡son ustedes una manga de idiotas de mierda!... ¡Cómo dejan que otros les digan lo que tienen que hacer! ¡Cómo dejan que otros los empujen así! ¿Cuánto tiempo creen que esto va a durar? ¿Hasta cuándo se van a dejar empujar así? ¿Hasta cuándo? A lo mejor les encanta, a lo mejor les gusta que les enrostran la jeta en la mierda... ¡Ustedes son todos una manga de esclavos! ¿Qué van a hacer para remediarlo, qué van a hacer?”

A esta altura el show de la transgresión —la desublimación represiva— hacía agua por varios lados. La imagen del “público-rebaño” había sido nombrada sin eufemismos y sería blasfemada durante casi una hora.

Paradójicamente, Morrison hacía el papel del pastor que forzaba al rebaño a des-constituirse como tal. Imprecaba su conformismo y, al mismo tiempo, le exigía actuar en conformidad con la invitación orgiástica que él le formulaba en ese momento. La desestructuración consistía en usar el mismo mecanismo de fetichización e idolatría impuesto por la cultura de los *mass-media*, pero invirtiendo sus mensajes. De esta manera, Morrison aprovechaba la condición de ídolo que le había consagrado el mercado cultural, pero para pastorear sus ovejas por el camino del lobo o del macho cabrío. En esta mezcla de formatos establecidos con mensajes revulsivos, Morrison no desistía del vínculo de adoración y endiosamiento que lo situaba por encima de su público, sino que movilizaba ese mismo vínculo en un sentido muy particular: para transmutar la adoración en orgía, vale decir, para disolver el vínculo entre el espectador y el músico y, por extensión, entre el individuo y el ordenamiento del poder. En esta mezcla no cabía forma alguna de desublimación represiva, sino sólo la disyuntiva entre transgresión frontal u obediencia estúpida.

Mientras tanto el productor de los Doors, errático y confundido, intervenía en el escenario para suplicarle a Morrison que cortara las interrupciones y siguiera con los temas musicales que, una y otra vez, los otros integrantes del grupo comenzaban a ejecutar para retomar el espectáculo. Esta *visibilidad del desconcierto* por parte de los responsables del espectáculo fue otro elemento clave en el tránsito del show de la transgresión a la transgresión del show. La ira “en vivo” de Morrison contra sus propios músicos y el productor aumentó el efecto de lo imprevisto. La transgresión de la ley y de las reglas, que Morrison les pedía a sus jóvenes auditores, aparecía casi involuntariamente ilustrada por la indocilidad del propio Morrison frente a sus propios compañeros en el escenario, que ya no parecían tolerar tal exceso. Se instalaba, con ello, una *línea de desarreglos* que iba a desde la forma del espectáculo hasta los contenidos de la interpelación de Morrison al público. Conforme se desmoronaba la estructura del show —no ya como un desmoronamiento teatral, concertado, previsto, sino realmente fuera de control—, la invitación de Morrison al público a sexualizarse y a “meterse las normas por el culo” también adquiría un efecto des-teatralizado. No es casual, pues, que el Estado de Florida se haya querellado tomando lo simbólico por real —la masturbación, la exposición de genitales—. No es casualidad, tampoco, que después de casi una hora de invitación a la orgía el público haya terminado por lanzarse sobre el escenario, y un espectador le haya regalado un cabrito vivo a Morrison, quien lo alzaba al más puro estilo de un festín dionisíaco; y pese a que uno de los promotores tomó el micrófono para detener el show y advertir al público sobre los

peligros del caso, las adolescentes subieron a la tarima a bailar con Morrison, quien hacía oídos sordos a las advertencias, bailaba con ellas y gritaba: “No nos vamos hasta sacar la roca (¿el sexo?) para afuera”. Una vez que el escenario se pobló de jóvenes que bailaban y gritaban, uno de los oficiales de seguridad del espectáculo intervino y sacó a Morrison de la escena. El delirio siguió por un rato mientras Morrison se desplazaba hacia los camarines.

Después vino el proceso judicial y de allí en adelante los Doors tuvieron que recorrer la pendiente conocida hacia la contención, menos poder para Morrison, y un volumen decreciente de caotización en público. Pero el gesto de sublimación transgresora había abierto un “momento de caos” que iba más allá del sensacionalismo para la prensa y el castigo de la ley. Más aún, el discurso de la ley no hizo más que denunciar precisamente el sentido que Morrison buscaba en su gesto: proponer desde una posición minoritaria un tipo de discurso capaz de convertirse en regla general. No es casual que el juez del caso, Murray Goodman, haya invocado un razonamiento kantiano como argumento para dictaminar su sentencia: “Si admitimos que esta nación acepta, como estándar de comunidad, la exposición indecente y el lenguaje ofensivo que usted ha utilizado, admitiríamos que una pequeña minoría que prefiere obscenidades, desestima la ley, el orden y desprecia totalmente nuestras instituciones y nuestro patrimonio, decide sobre los estándares comunitarios para todos nosotros”.<sup>28</sup>

Morrison había ejecutado su mezcla en versión fidedigna y sin concesiones. Más que un show, la desestructuración de todo show pensable, el sabotaje al reino de la representación, el retorno a una locura presimbólica. Recordemos la ya citada frase de uno de sus poemas: “Nos han reducido de un cuerpo loco bailando en la colina a un par de ojos observando en la oscuridad”. A tal punto se entreveró lo simbólico con lo real, que finalmente el acatamiento de los auditores a subir a bailar y amarse sobre el escenario también podía dar la impresión de un desacatamiento decisivo de las normas represivas que Morrison una y otra vez invitaba a violar. La convocación a ser lascivamente amado por su público “ya y sin más dilación”, la increpación a la resistencia del público a seguir su invitación; la forma lúcida, desafiante y crítica de ligar esa resistencia a los “amos represivos” de la sociedad (educación, familia, Tío Sam, etc.); la invitación “ya mismo” a desembarazarse de la represión sexual; la increpación sobre el escenario a los productores y músicos; la *duración* de todas estas imprecaciones, y finalmente la caotización del espectáculo con los jóvenes efectiva-

---

<sup>28</sup> Citado por Hopkins y Sugerman, *op. cit.*, p. 317.

mente subiendo a bailar y gritar al escenario: todo esto acabó formando parte de una sola línea de disolución. Conforme el show se desdibujaba, se desdibujaba también la eficacia de la sublimación represiva. La “simulación” de que cualquier cosa podía ocurrir se confundió, por un momento, con la “sensación” de que podía pasar cualquier cosa. En algún álgido punto de la noche el caos dejó de ser fetichizable; Dionisos no fue más una representación histórica, el paganismo se sustrajo al control del padre cautelador.

No fue casual. La experiencia de Morrison con el Living Theatre y el tipo de discurso que activó en escena durante la tórrida noche de Miami mostraban una filiación deliberada. Otros conciertos previos de los Doors ya habían requerido la intervención de la policía para contener los excesos de Morrison, pero fue en el concierto de Miami donde esta *filiación discursiva* revertió el show del desorden en imposibilidad de cualquier show. La defenestración del padre fue escenificada en varios flancos simultáneos: contra los músicos y organizadores del espectáculo, contra la pasividad y sometimiento del público, contra la versión “blanqueada” del amor, contra las instituciones. Un hilo luminoso de desacato pudo establecerse entre el micrófono y la masa de auditores. El peaje a Tío Sam se había cobrado esta vez.

El umbral de transgresión alcanzado en Miami pone de manifiesto una tensión que recorre todo el itinerario del rock: aquella entre una auténtica *reorganización sensorial-afectiva* y una reabsorción de esa voluntad en la dinámica del consumo mercantil. En el rock “la música no se restringe a objetos o textos singulares —la canción, el disco— sino que existe en una realidad intertextual o transtextual en la que producir, bailar o escuchar la música nos hace a todos, en cierto modo, convertirnos en sus autores (...) y a través de nuestros cuerpos la música se une y enreda con otras historias —ropa y clase, moda y fantasía, estilo y sexo, raza, género, deseo, etc.—”.<sup>29</sup> Morrison usó el rock para inclinar la balanza hacia el lado del caos, en *contraposición al uso que el sistema de consumo hizo del rock a través del montaje discográfico y el show business*. Tal vez esto fue posible porque, a diferencia de otras estrellas del rock, Morrison no era realmente un rockero, ni siquiera era un músico. Se apropió del rock como pudo hacerlo de una cámara cinematográfica o de un texto poético, cosa que también hizo o intentó antes y después de su paso por el rock. Allí instaló una diferencia propia de su mezcla: instrumentalizó un género musical para llevarlo al terreno opuesto al que ese género fue conducido por la industria cultural. Inten-

---

<sup>29</sup> Iain Chambers, “British Pop: Some Tracks from the Other Side of the Record”, en *Popular Music and Communication*, op. cit., p. 242.

sificó los elementos de transformación del rock: la reorganización de la vida en torno a una producción estética que simbolizaba la libertad expresiva, y *el paso deliberado de la explosión expresiva del rock* (en las formas de musicalizar, poetizar, sentir, escuchar y bailar) a *una explosión moral que fuera más allá de la desublimación represiva* (sobre todo a través de una imagen difusa de orgía desreglamentada). Más que entretener, Morrison quiso hacer uso del rock para socavar las raíces del aburrimiento: la disciplina de la producción industrial y el rito mediocre del consumo. Más que canalizar energías reprimidas, hacerlas rebasar las estructuras de la represión (valga el ejemplo de Miami). El rock fue, en este sentido, el ring en que Morrison libró su propia guerra contra el conformismo del “American way of life” —y la guerra contra toda simulación conformista de transgresión a este modo de vida—. En este contexto debiera explicarse la exacerbación y des-histerización que hizo Morrison de algunos elementos incipientes del rock: su paganismo “libre”, su trabajo con la imagen del caos, su matriz dionisiaca, su coqueteo con el peligro y con la muerte,<sup>30</sup> su apelación a expresiones capaces de subvertir tanto normas expresivas como valóricas, su llamado a la visceralidad, su impulso a socializar una autoexploración que rebasara los límites de la sociabilidad. Morrison puso el pie en este acelerador a fin de llevar las cosas a un rango de velocidad inadaptable al juego de velocidades operado por el propio espectáculo del rock.

Morrison también empujó al extremo una forma insubordinada de concebir el rock que otros grupos musicales emprendieron en niveles menos lúcidos o radicales. Usó el rock para caricaturizar una manipulación comunicacional-mercantil que reducía el rock, a su vez, a una caricatura de la transgresión. “Todo se da como si estos grupos sofisticados se asignaran un rol de espejo aumentado y deformado para devolverle a la sociedad una imagen de sí misma caricaturesca y exorcizante (...). Puede verse todavía, en la apuesta de proyectar sobre el escenario la depravación, la profanación y los demonios inconscientes, el deseo de llevar la provocación siempre más lejos, a fin de que el rock siempre se mantenga fiel a su vocación, cual es nunca llegar a ser respetable ni respetado. Así, a su manera, los últimos avatares del pop se unen a la sensibilidad general de una época en que las manifestaciones intelectuales y teatrales, bajo el signo de Antonin Artaud y Georges Bataille, exaltan con gusto la esquizofrenia y los

---

<sup>30</sup> Este coqueteo con el peligro y con la muerte fue además una constante en Morrison: el abuso de drogas y la costumbre que tuvo desde niño de jugar al equilibrista al borde de los abismos. El impulso tanatológico era evidente en Morrison, y también operaba como un dispositivo de caotización: la proximidad de una muerte tiene un conocido efecto disolvente sobre las estructuras que norman la vida que la precede.

espectáculos paroxísticos de la disociación interior”.<sup>31</sup> El histrionismo que Morrison tomó de sus dotes naturales y sus estudios en artes dramáticas fue puesto al servicio de esta operación en que se manipula al manipulador.

¿Cómo cooptar a Dionisos? ¿Cómo histrionizar al histrionizador? ¿Cómo encuadrar en el libreto del espectáculo de masas al que rompe el libreto más allá del límite de las improvisaciones propias de cualquier libreto? Sin embargo, Morrison no dejó de ser un símbolo sexual, una estrella de rock y un personaje excéntrico ofrecido al público masivo para ser masticado y fetichizado. El peaje es mutuo. El paganismo queda apresado en las portadas de las revistas de mayor venta, Dionisos sale de la corte del Estado de Florida para enterrarse en la literatura, el panteísmo vuelve a someterse a la inercia de las idolatrías.

Hoy día el sitio de los cambios radicales está despoblado, o se repliega y domestica en el campo de la estética, en las sensaciones, en el arte, en la expresividad. Este campo no cobra peaje a las estructuras de la mercantilización, sino todo lo contrario: se inserta en ellas con una copa de champán en la mano. En medio de este verdor postmoderno donde se secan las utopías de los años sesenta, Morrison reaparece en una superproducción de pantalla gigante. La película es una exageración. Morrison tal vez fue también una exageración. Pero esta nueva exageración de la exageración devuelve a Morrison al país de los simulacros: al formato del show, de la histeria y del símil. De un lado, lo contemplan los nostálgicos. Del otro, un montón de jóvenes de cuestionable lucidez que gritan letras de canciones ignorando su contenido, saltando de una butaca a otra en busca de un trago de cerveza. Es más claro hoy en el cine, que hace veinticuatro años en vivo, el efecto de desublimación represiva que convierte el grito de guerra en otro somnífero enmascarado. Morrison reaparece en el circuito de la martirología barata.

Sin embargo, la mezcla Morrison sigue en un lugar difícil de precisar, junto a los últimos paganos. Los gritos de Miami fueron reales y forman parte de un registro que tarde o temprano habrá que retomar sin domesticar. El gesto obsceno y el gesto dionisiaco no forman hoy la mezcla disolvente, y se invocan como apacibles exabruptos de un mundo donde la libertad expresiva firmó un pacto de coexistencia pacífica con el capitalismo a escala planetaria. Pero en cualquier momento el libreto puede volver a desfondarse, y la mezcla tendrá que pasar una vez más del simulacro a las vísceras. □

---

<sup>31</sup> Albert Raisner, *L'Aventure Pop* (París: Editions Robert Laffont, 1973), pp. 142-143. Recordemos el conocimiento que Morrison tenía de Artaud a través del Living Theatre, y las enormes coincidencias entre el paganismo de Morrison y el de Bataille.

**T. S. ELIOT:  
UN REVOLUCIONARIO CONSERVADOR**

**Carlos Iturra**

INTRODUCCIÓN

**L**os artistas famosos, los escritores famosos, suelen serlo más por sus vidas que por sus obras; no pocos casos pueden citarse en los que la obra es masivamente ignorada y la biografía *vox populi*. Lo contrario pasa con Eliot. Sus poemas, ensayos, dramas, son bien conocidos —por los que los conocen—; su vida, en cambio, es borrosa hasta para quienes la estudian. Se sabe de su doble conversión: a Inglaterra y a la Iglesia de Inglaterra; pero, aparte de que en ambos casos se alude más a acontecimientos culturales o espirituales que al tránsito material de Eliot por este mundo, todo lo demás resulta tremendamente opaco y hasta refractario a la biografía. El propio Eliot pidió que no la hubiera; y aún no la hay. No en el sentido estricto del género literario “biografía”. En tanto que abundan los recuentos más varios, en extensión y tono, de su obra. Pese a ello, no carece este autor de una peripecia vital hartamente sugerente, que sigue a la espera de la pluma adecuada —una pluma como la de Henry James, tendría que ser, o incluso como la de Nathaniel Hawthorne—. Lo que importa es la obra, desde luego,

---

CARLOS ITURRA. Escritor. Realizó estudios de derecho y filosofía. Sus cuentos han sido recogidos en diversas antologías chilenas y extranjeras, y sus ensayos y críticas han sido publicados en distintas revistas. Ha prologado varios libros y colaborado en los diarios *La Nación* y *El Mercurio*. En 1987 apareció su primer libro *Otros cuentos*. Integrante de los talleres literarios de Enrique Lafourcade y José Donoso. Actualmente es editor cultural del semanario *El País* y editor de la revista *Reseña*.

y el pensamiento de que esté hecha, pero nada más natural que el interés por la vida de un autor que nos deleita, que nos interpreta, que nos irrita o que nos enfurece, y que apreciamos. Semejantes consideraciones son las que me parecen recomendar un discreto énfasis biográfico en la presentación de un literato cuyo pensamiento, por otra parte, se retrata y habla de tal modo por sí mismo —en su prosa, al menos, ya que no siempre en sus versos— que exime de comentarios interpretativos: antepuestos a sus propias palabras, no podrían no ser redundantes.

Thomas Stearns Eliot nació el 26 de septiembre de 1888, en Saint Louis, Missouri, dentro de una familia originaria de Nueva Inglaterra. Su madre, Charlotte Champe Eliot, era maestra de escuela, y poetisa un tanto frustrada, en tanto que su padre, Henry Ware Eliot, era comerciante: los dos, personas educadas, de buen pasar, con aficiones al arte y empapados en una intensa y rígida religiosidad ancestral bastante huérfana de teología, y de escatología, pero no de un moralismo ultrasevero, propio de puritanos, y exactamente de puritanos norteamericanos. Antepasados Eliot quemaron brujas en la lúgubre Salem; la estatua llamada *El puritano*, en Springfield, muestra a uno de los Stearns con una gigantesca Biblia bajo un brazo y con el báculo de pionero en el otro, avanzando a grandes zancadas; un abuelo de la madre, juez, alcanzó triste celebridad por el número de condenados que envió a la horca...

Thomas fue el menor de siete hermanos. Esa circunstancia, o la manera de ser de la madre —o ambas— hicieron de él un niño sobreprotegido que no sólo en su infancia, también en su adolescencia, colmó las expectativas de sus progenitores, y que asumió en toda su estrechez —en toda su hondura— los cánones terribles del Bien y del Mal, tal como se los enseñaban. Hijo modelo, amante de su mamá, uno de sus hermanos pudo decir de él: “de toda la familia... fue quien más se parecía a mi madre en sus facciones, y... si la herencia significa algo, debió haber sido de ella de quien adquirió sus gustos”. De ella, pero también del padre: prueba de que algo erróneo —malsano, quizá— había en la religiosidad escasamente espiritual y sí meticulosamente formal de aquella familia, es que para dicho padre, afín a su mujer en estas materias, el sexo no sólo era una cosa indecente, sino que la sífilis, por ende, un castigo del cielo para el cual esperaba “que no se hallara cura”.

Junto con partir a estudiar a Harvard, en 1906, T. S. Comenzó a alejarse de la fe “unitarista” de sus padres, a todas luces insuficiente. Y comienza también a dejar de ser el hijo que se esperaba que fuera: entre otras razones, porque se viste como un dandy, porque se disipa, porque su acercamiento a la poesía se muestra ya como algo que desborda la afición romántica. En Boston la vida se parecía mucho más a la vida que en la

pujante pero provinciana Saint Louis, y la cultura era más culta. Henry James y su hermano William, el español aclimatado norteamericano Santayana, Bertrand Russell, Irving Babbitt —Dante, Donne y los metafísicos ingleses, Browning, el teatro isabelino— se cuentan entre los maestros o entre los autores que por entonces conoció Eliot. Autores a los que se suma Arthur Symons, cuyo libro *El movimiento simbolista en la literatura* le presentó al uruguayo-parisino Jules Laforque que, a su vez, debe sumarse a los autores de mayor influencia en su futura poesía. Estos estudios, literarios y filosóficos, le proporcionaron una buena base para sus posteriores análisis críticos, a la vez que el punto de partida para su propia evolución interior culminaría —o se detendría—, como bien se sabe, en esa especie de antesala de la Iglesia Católica que es la Iglesia Católica de Inglaterra.

La aproximación a los simbolistas se refuerza, en 1910, con su estancia de un año en La Sorbona, al cabo del cual vuelve a Harvard. Era en aquel tiempo, según testimonio de coetáneos suyos que lo frecuentaron, un joven no menos apuesto que torturado por ansiedades y confusiones espirituales, no menos elegante y refinado que cultivado e inteligente. Escribe su tesis sobre la filosofía del idealista inglés F. H. Bradley y sobre la “Teoría de la Relación”, de Meinong, estudia la metafísica hindú, se sumerge en la *Divina Comedia*, escruta con ansiedad a los místicos... Busca afanosamente un nexo entre la filosofía y la religión. Se diría que la religión aprendida en la infancia lo empuja en un doble sentido: en tanto que influye en él, lo impulsa hacia la desesperación, porque no compensa sus rigores morales con una perspectiva espiritual, y, en tanto, que no influye en él, precisamente por incompleta, le deja una vacancia espiritual que anhela ocupación.

Que las inquietudes religiosas no se interrumpieron durante su juventud —aun cuando él se perdía en la incertidumbre al punto de llegar a pensar que su destino consistiría en entregarse libremente a los placeres— lo demuestran precisamente ciertos poemas tempranos tales como “La canción de amor de San Sebastián” o “La muerte de San Narciso”, cuyos títulos sugieren ya las seducciones carnales, martirológicas, místicas y pasionales entre las que se debatía su autor. La inspiración para estos poemas se la dieron pinturas de Memling, Mantegna y Antonello da Messina observadas en Europa, en las cuales figuran “inocentes jóvenes de firmes carnes expuestos a saetas penetrantes” (lo que no deja de evocar un posterior episodio de Mishima —*Confesiones de una máscara*—, donde la observación de una imagen de San Sebastián según Guido Reni enfervoriza eróticamente al protagonista).

En 1914 —ya era prácticamente un converso, o al menos le daba vueltas a la idea de la conversión en sus momentos de angustia— obtiene

una beca para Alemania, hacia la que parte el mismo año: no volvería a los Estados Unidos sino de visita, mucho tiempo después. Había comenzado su europeización definitiva, su rechazo radical de todo lo que implicaba la civilización norteamericana.

Pasa el verano en Alemania y de ahí, con la Gran Guerra pisándole los talones, se va a Oxford, donde vuelve a estudiar filosofía. Tiene 27 años, y es por entonces cuando entabla relaciones con algunas personas que alcanzarían la mayor significación en su vida y/o en su obra: Ezra Pound, los Wolf, Joyce y Vivienne Haigh-Wood —que se convierte en su primera esposa—. Trabaja como cajero en un banco, acepta enseñar en una escuela, pule viejos poemas y compone otros nuevos, logra el puesto de redactor del *Egoist*, publica (1917) *Prufrock y otras observaciones*, y luego (1919) *Poemas...*

Su amistad con Pound fue precedida por una mención de Eliot hecha al ya entonces gran poeta —que sólo era tres años mayor— por un amigo común, Conrad Aiken: “...un tipo de Harvard ...está escribiendo cosas curiosas...”. Cuando Eliot visitó a Pound, éste, con esa asombrosa generosidad que lo caracterizaba frente a cualquiera en quien presintiera talento, lo animó, lo aconsejó y, por último, lo introdujo a su primer círculo artístico londinense.

Para aquilatar el benéfico y perdurable influjo de Pound en Eliot basta el recuerdo de que la edición de *Prufrock* se llevó a cabo gracias a que Pound se endeudó para ello *sin saberlo Eliot*, y de que la versión final de su primer poema verdaderamente importante, *Tierra baldía*, se logró merced a los cortes y cambios sugeridos por Pound —a quien está dedicado—. Además, la amistad no sólo consistió en los estímulos materiales de éste. El antisemitismo de Eliot, del que cuesta encontrar huellas en sus escritos, pero del que dan fe personas que lo conocieron, puede haber venido de sus orígenes WASP —*white, anglo-saxon, protestant*—, pero probablemente se vio reforzado por el pensamiento de Pound; asimismo, al concepto de Cristiandad —consecuencia de la Edad Media europea—, que llegaría a tener peso en las ideas de Eliot, lo antecede el interés de Pound por el Medioevo —aunque, según Eliot, este interés aludiera “a todo, salvo a lo realmente significativo”—; en fin, los rasgos de la lírica provenzal y del *stil nuovo* que se encuentran en poemas posteriores de Eliot nacen también de su relación con Pound. Relación, por cierto, de maestro a discípulo. Al discípulo no se lo puede acusar de ingratitud con el maestro, pero sí, tal vez, de cierta miopía y veleidad frente a él: v.g., tan pronto escribe que los poemas de Pound son “conmoveramente torpes” como que no le importa lo que digan, sino cómo lo dicen, llamando a su autor, con palabra dantesca,

*il miglior fabbro*. Y es que no por anhelada y luego aprovechada, la tutela de Pound dejaba de ser incomodante: en general, nadie gusta de las tutelas, y en particular, Pound y Eliot diferían en asuntos esenciales; hay que consignarlo, después de haber consignado las influencias. Desde luego, los pruritos religiosos de Eliot eran nada a ojos de Pound, quien decía que la religión es la fuente de todos o casi todos los males, que las escrituras hebreas son el testimonio de una tribu bárbara llena de maldad y que las religiones organizadas han hecho siempre más mal que bien —y que, en todo caso, son un peligro latente—. Cuando Eliot creyó hallar en el cristianismo la solución a los problemas del mundo y de su mente, al tajante comentario de Pound fue: “Se equivoca en su diagnóstico. Su remedio es inútil”. Si por un instante la influencia de Pound llegó a cernirse sobre la espiritualidad de Eliot, no fue más que para retrasar por unos segundos su marcha en pos de la ortodoxia cristiana. Los nombres de los dos poetas figuran juntos desde hace mucho: ya en 1922 unos ofensivos versos anónimos, premonitorios también, hablaban de ellos diciendo “ambos son traidores, pero con distintas traiciones”, y un autor norteamericano ha escrito, para terminar con los contrastes entre estos poetas: “A diferencia de Eliot, nunca se dirá de la carrera de Pound que fue una de sus realizaciones artísticas”.

A los dos meses de conocerse —en un paseo fluvial— Eliot y Vivienne Haigh-Wood se casaron. Ni siquiera alcanzó Eliot a avisar a su familia: con menos prisa no habría logrado vencer sus habituales escrúpulos. Sería un matrimonio desgraciado —incluso atroz—; y si el poeta ya había dado muestras de misoginia en varios poemas, en los cuales la figura de la mujer, identificada con “el pecado”, oscila entre ser “el enemigo eterno del absoluto”, la dominadora del hombre y la que lo rebaja a bestia, dicha misoginia fue agravada por este matrimonio. La raíz del problema no estuvo tanto en alguna particular inconveniencia de Vivienne como en el hecho puro y simple de que no eran el uno para el otro, sino todo lo contrario. Pero es más lo que se ignora de esta relación que lo que se sabe. El se había convertido en un hombre tímido, reservado, un poco marmóreo, un poco pomposo, mientras que ella era exuberante, locuaz, atrevida, desenfadada, y, aunque talentosa y encantadora, no el “tipo de mujer que un caballero estuviera dispuesto a presentar a su madre”. Tras dieciocho años de resistir las crecientes enfermedades e histerismo de su cónyuge, Eliot la abandona (1933) y se va a vivir en una residencia para clérigos anglicanos; poco después, ella es internada en un manicomio, del que sólo saldría —muerta— en 1947. Enterada una década de viudez, Eliot vuelve a casarse, y entonces tiene mejor suerte, en su propio decir. Pero la amalgama de frustración,

reproches, culpas, locura y muerte de este primer matrimonio permanecerían como uno de los capítulos más desoladores de su vida, el que más requeriría de un James o un Hawthorne para ser reconstituido, y en el cual es inevitable ver aparecer los fantasmas del rigor puritano, del maniqueísmo, del pecado, de las obsesiones un tanto febriles y soberbias del autor —que en los mencionados novelistas de Nueva Inglaterra admiraba justamente su “profunda sensibilidad ante el bien y el mal” y su “extraordinario poder para transmitir el horror”.

Fue Bertrand Russell quien encomendó a Eliot a la protección del “Bloomsbury group”. Ahí conoció a Roger Fry, a Clive Bell, a Lytton Strachey y a Virginia Woolf y su marido, Leonard. Fue amigo de todos ellos, sobre todo de Virginia, cuya opinión llegó a apreciar en alto grado, lo mismo que sus invitaciones a cenar, pero no participó del “grupo” más que como un miembro marginal y esporádico. De hecho, parece que el grupo percibía en él cierto ángulo ridículo: su solemnidad, su sombrero de hongo, su paraguas, eran objeto de bromas; V. Woolf escribe en su Diario: “¡Oh!, no, Eliot otra vez en el teléfono”, y en carta a su hermano: “Ven a cenar, Eliot va a venir en traje de cuatro piezas...”. También conoció a Aldous Huxley, Ottoline Morrell, Middleton Murry. Katherine Mansfield leyó *Prufrock* en voz alta ante varios de estos escritores, que lo celebraron, y la Hogarth Press, de los Woolf, publicó siete de los últimos poemas de Eliot, en tirada de 250 ejemplares diseñados por Fry.

Con Joyce, en tanto, trabó conocimiento gracias al *Egoist*, donde publicó en 1919 los primeros capítulos del *Ulyses*: se ha discutido hasta qué punto afectó a Eliot la lectura de esa novela, y se han señalado los lugares precisos en que *Tierra baldía* la evoca. Como sea, parece claro que junto con alusiones concretas, hay en el poema un uso de formas practicadas por Joyce, por ejemplo, la parodia de los diferentes estilos de inglés o la sustitución del método narrativo por el “método mítico”. Ante esta influencia, así como ante las demás, valga una teoría del propio Eliot según la cual nadie puede inventar de una sola vez una forma nueva, pero sí puede perfeccionarla o estimular el apetito por ella.

Aunque todas estas relaciones van consolidando la presencia del poeta en el medio literario inglés —pese a Pound, que ya había abandonado Inglaterra para entonces, y que instaba a su protegido para que la abandonara también y se apartara de esos “hijos de puta”...—, sólo brindan un leve consuelo a las múltiples penurias que se han ido acumulando entre los márgenes atormentados y reprimidos de su existencia. Hasta que en 1922 ocurre un par de acontecimientos lo bastante poderosos como para rescatarlo de la depresión: termina *Tierra baldía* (y obtiene con él un importante

premio —el de la revista *The Dial*— que lo eleva bruscamente a la fama); por otra parte, funda *The Criterion* —revista literaria que duraría hasta 1939— con la finalidad declarada de estrechar los vínculos entre la cultura inglesa y la continental europea. Muchos de los principales escritores del periodo colaborarían en ese medio, que ha llegado a ser legendario, a la vez que inseparable del nombre de Eliot. Ambos hechos tuvieron lugar cuando él más hundido se sentía —y estaba—: económica, matrimonial, espiritual y psicológicamente (con la recomendación y ayuda de algunos amigos había viajado a Suiza, en 1921, luego de obtener en el banco un permiso de tres meses por razones de salud; allá no sólo afinó detalles de *Tierra baldía*: el propósito del viaje era consultar en Lausana al doctor Vittoz, que parece haber sido de utilidad para su siquis). De varios de los escritores amigos suyos ya nombrados hay referencias acerca de su vida por aquel tiempo: “Todos los que conocieron a Eliot superficialmente quedaban encantados con sus finos modales y su modesta reserva, pero aquellos en cuya amistad él se apoyaba conocieron a un hombre que estaba constantemente al borde de una crisis, malhumorado y quejoso, agobiado por la autoconmiseración, agotado por el abatimiento y abrumado por el miedo a la pobreza”.

...Pero junto con topar fondo, Eliot iniciaba un largo ascenso. En adelante no sabría sino de ocasionales contratiempos: su carrera había de seguir, ya hasta su muerte, un sostenido *crescendo*. Destacan, en 1927, su nacionalización inglesa y su conversión al anglicanismo; en 1933, su primer viaje a Estados Unidos después de dieciocho años: sus compatriotas lo encuentran “más británico que Henry James”; en 1948, el Premio Nobel; y en 1957 su segundo matrimonio, ahora con Valerie Fletcher. Muere en 1965; era doctor de dieciocho universidades europeas y norteamericanas, Honorary Fellow de Oxford y de Cambridge, Oficial de la Legión d’Honneur, miembro de varias academias europeas, Commandeur de l’Ordre des Arts et des Lettres, ciudadano honorario de Dallas y Honourary Deputy Sheriff of Dallas County..., lo cual prueba su inmenso prestigio. Junto a ello, una total resistencia en los más variados círculos y entre los más diversos críticos e intelectuales a sus posturas religiosas y políticas; críticas ásperas que habían comenzado con las primeras muestras del interés de Eliot por la religión, la tradición y el conservantismo: Edmund Wilson lamentaba “el falso carácter” de sus ideales y de las instituciones que apoyaba, a la vez que su “punto de vista reaccionario”, y el *Manchester Guardian* afirmaba que sólo un expatriado estadounidense podía llegar tan lejos en posiciones de derecha... Respecto de su poesía, en cambio, ha sido común, aunque también discutida, la opinión de que es una de las más brillantes del siglo; a ella es que se le concedió el Nobel; y su influencia se ha extendido por todas las

lenguas, no obstante una extrema dificultad que demanda, más que la lectura, exégesis. Equiparada al surrealismo por la magnitud de su resonancia, esa poesía no ha dejado de ejercer ascendiente sobre los poetas en castellano, ni sobre los poetas chilenos, Neruda a la cabeza; uno de ellos, Díaz Casanueva, tras consignar sus discrepancias ideológicas con Eliot, ha dicho: “A pesar de todo, ¿cómo no confesar que me han cegado los rayos de su poesía y que su contacto es una de las experiencias más puras y profundas que yo haya tenido en mi vida?”.

Con posterioridad a *Tierra baldía* dio a la publicación *Hombres vacíos*, *Miércoles de ceniza*, *Sweeney Agonistes*, *El viejo libro de Possum sobre los gatos prácticos* (poemas humorísticos que, convertidos en comedia musical como *Cats* por el mismo compositor de *Jesucristo superestrella* y *Evita*, baten récords desde hace diez años en la cartelera de Broadway) y *Cuatro cuartetos*, para mencionar lo principal de su poesía lírica; en tanto que su poesía dramática —poco apta para la representación— consta de los títulos *Asesinato en la catedral*, *Reunión de familia*, *Cocktail party*, *Su hombre de confianza* y *El viejo estadista*.

La tercera faceta de su producción, la más importante para los efectos de esta antología de su pensamiento, es naturalmente la de ensayista y crítico: crítico social y crítico literario; a ella corresponden títulos como *La selva sagrada* (1920); *A favor de Lancelot Andrewes* (1927); *En pos de extraños dioses* (1933), donde comienza su “lucha contra el liberalismo”; *Función de la poesía y función de la crítica* (1933); *La idea de una sociedad cristiana* (1939); *¿Qué es un clásico?* (1945) y *Notas para la definición de la cultura* (1948); en algunos casos se trata de la edición de conferencias, en otros, de la recopilación de reseñas y artículos. Desde luego, el pensamiento de Eliot se encuentra tanto en sus poemas y dramas como en sus ensayos, pero no hay duda que es en éstos donde corresponde buscarlo desarrollado más explícitamente.

No obstante la formación que su autor recibió en materias filosóficas, tales ensayos son más bien los de un artista, que nunca es tan penetrante como cuando aborda la creación poética, suya o ajena —y en este último caso, cuando enfrenta los autores que son personalmente importantes para él y su obra: Virgilio, Dante, Laforgue—; cuando trata temas sociales no es menos agudo, pero, como buen crítico, resulta más claro y preciso al momento de demoler las teorías que le disgustan (el liberalismo, por ejemplo), que puesto a definir lo que quiere y cómo lo quiere. Es ese no ser tratadista ni filósofo lo que lo exime de la obligación de conseguir plena coherencia entre sus diferentes postulados, así que sus lectores pueden esperar en vano respuesta a muchas de las interrogantes que despierta.

Veamos una: divorcia la cultura de la política y la educación, y la liga a la religión pero, al mismo tiempo, sin embargo, defiende la diversidad de la cultura mundial, dejando sin explicar qué pasa entonces con lo que él asume como *verdadera religión*: ¿debe el cristianismo convertir a las demás religiones, con el resultado de nivelar las culturas, o, preservando la diversidad cultural, debe acabar con sus apostolados, evangelizaciones, “misiones” y resignarse a que millones de seres humanos consideren *verdaderas* sus *falsas* creencias...?

Los ensayos de Eliot, que se pronuncian preferentemente sobre la literatura y la sociedad, como queda dicho, han sido más fecundos en lo primero que en lo segundo, mejor aprovechados por sus aportes al desarrollo de la crítica y del arte moderno y a la comprensión del arte en general que por sus clarificaciones de orden político. El motivo es evidente: la relativa mayor neutralidad de un análisis concita acuerdos imposibles para un análisis político que involucra toma de posición; más todavía, que involucra fe. En esto, al igual que en el resto de sus producciones, Eliot tiene dos aspectos: su propio arte, el arte magnífico que llegó a dominar y con el cual elaboró estupendas obras y estimuló y fermentó la literatura contemporánea, y el pensamiento de que están imbuidas tales obras. El mayoritario consenso en torno a la calidad de su arte ofrece un contraste muy singular con la percepción de su pensamiento, aclamado, por ciertos sectores del espectro político y religioso de derecha, pero descartado por otros —y Pound es el primer ejemplo que se viene a la mente.

En todo caso, se observa en unos y otros de sus ensayos un perfecto complemento para su obra poética y dramática, tanto en lo que atañe al contenido de las mismas como a su forma, para usar esa distinción no menos vieja que útil. Se observa, además, cómo los elementos que conformaron su educación primera, en el puritano hogar de los Eliot, vuelven — tras un paseo más o menos largo a través de la duda— y se articulan en un pensamiento que, luego de asimilarlos, los “transubstancia”, o sublima, si se quiere, llevándolos a una expresión intelectual que no habrían soñado sus ancestros. Aquellos elementos puritanos que en sí no eran resistentes a una crítica intensa, han madurado y evolucionado en él hasta ser situados en el ámbito más vigoroso de la ortodoxia cristiana y del catolicismo, con lo cual no sólo entroncan una tradición de mucho mayor prestigio, solidez y antigüedad, sino que al mismo tiempo se respaldan en una vasta y frondosa teología, se universalizan y, también, en la medida en que se solidifican, o anquilosan, se endurecen. Paradójicamente, el abandono del puritanismo significó en Eliot alcanzar un estadio dogmático superior, y si su padre pensaba, al morir, que el hijo poeta había malogrado su vida, bien podría

haber sentido, de morir un poco más tarde, orgullo por la extraordinaria fructificación que éste había obtenido de los gérmenes de Salem.

Por otra parte, junto a las enseñanzas que recibió en su infancia, se reconoce hasta en sus pensamientos más despersonalizados y objetivados el condicionamiento de sus propias características psicológicas. Eliot siempre está abstrayendo: se aferra al pensamiento puro, desdeña la experiencia, evita toda expansividad o calidez afectiva, quiere conceptos, descarnados y celestes conceptos, y acaba así como habitante solitario de un microclima intelectual tan ascético cuanto aislado del espíritu de su tiempo. Pero por eso mismo, tal vez, no escasean los momentos en los que el lector de sus ensayos (de los sociales, sobre todo) indaga la posibilidad —así sea para desecharla finalmente— de que Eliot esté rizando el rizo del conservantismo, y extremando las cosas, movido por su íntimo horror a la carne, a lo carnal, por sus obsesivos sentimientos de culpa, por su idea de que la mujer corrompe y de que el sexo es malo, por su rechazo y quién sabe si asco incluso hacia lo humano más inmediato y experimentable, con sus humores, pelos, materialidad. Toda la vida luchó por “disciplinar” sus impulsos y pasiones, y lo consiguió al extremo de querer lograrlo también para todos, sin importarle que no todos fueran ni quisieran ser como él. Y esto es así, aunque la felicidad que alcanzó en sus últimos años atenuara, como acostumbra hacerlo con las personas opresivas de sí misma, el rigor de sus visiones.

Eliot ponía el énfasis en la forma, lo que es un rasgo distintivo del artista verdadero: eso era lo esencial, según él lo declaraba, y así queda de manifiesto, por ejemplo, en su ya citada opinión sobre Pound: no el qué, sino el cómo; pero llama la atención que al mismo tiempo, sin embargo, en sus ensayos y también en lo demás, la presencia del qué es tal, que uno se siente ante un apologista irrefrenable para quien las poderosas formas que ayudó a fundar no son sino instrumentos en su tarea de adoctrinamiento.

Recursos y conceptos tales como el aludido “método mítico”, por contraposición al gastado método narrativo, el “principio de la complejidad”, la técnica cinematográfica en la secuencia de un poema, el “correlato objetivo”, la crítica “objetiva”, el drama en verso, son algunos de los que Eliot puso en práctica o contribuyó a poner en práctica o a precisar o a renovar. Su apego a las tradiciones literarias era revolucionario, y si echó mano a todas ellas, a todas las que podían servirle, no fue en desmedro de novedades tales como los ritmos del jazz o expresiones del teatro de variedades: usó cualquier cosa que pudiera servirle, y es así como en *Tierra baldía*, que no es un poema largo, hay citas en seis lenguas, incluyendo lituano y sánscrito, y alusiones o citas de treinta y seis autores. Decir que

usó “cualquier cosa que pudiera servirle” permite preguntar “¿servirle para qué?”. La respuesta es doble: para crear una obra de arte en primer término, por supuesto, pero, además, y no en segundo término necesariamente —y si no es así, uno enfrenta la tentación de pensarlo—, para sacarles brillo a las viejas creencias cristianas; lo que es perfectamente coherente no sólo con la ideología que llegó a profesar, sino también con su visión “formalista” de la literatura: como puntualiza un autor, “la ‘forma’ siempre tiene para Eliot algo funcional en sí; ve en ella un principio de abstracción, y como tal tiene poco que ver con el concepto de la ‘forma orgánica’; se trata, antes bien, de un punto de vista que domine, desde fuera, la obra de arte, y desde el cual se logre *la abstracción de la vida*”. Ese punto de vista externo —y en el caso de los ensayos, a menudo interno— es en Eliot, por cierto, el de la rama católica del anglicanismo, o sea, el más tradicional que él podía alcanzar. (Si no abrazó el catolicismo romano fue, en segundo lugar, por su creciente apego a sus antepasados ingleses y al pasado inglés isabelino y, en primer lugar, por el más amplio margen de interpretación teológica que permite el anglicanismo: presentía mayores posibilidades intelectuales en el hecho de que la Iglesia anglicana no considere la verdad de las Escrituras tan cabalmente establecida como la Católica, debiendo los fieles resolver algunas cuestiones por sí mismos.)

No tiene nada demasiado raro: un intelectual que de acuerdo a parámetros hoy en día un tanto agotados quepa llamar “de derecha”, religioso, tradicionalista: uno puede recordar a Claudel, a Chesterton, a Menéndez Pelayo, a Belloc y a muchos más. Lo especial en el caso de Eliot es que, merced a su práctica conservadora-revolucionaria del arte, resulta ser embajador de un cristianismo atávico y aun arcaizante, aliado a una concepción aristocrática de la sociedad, al mismo tiempo que extremadamente precursor y audaz: un embajador del medioevo en plena posesión de los más avanzados elementos intelectuales que pudieran seducir a una exigente cuanto intolerante inteligencia instruida del siglo XX. Esa es la razón por la cual se ha mantenido como arquetipo del pensamiento conservador de naturaleza religiosa.

## A. LITERATURA

### Poesía

“(…) Si la poesía es una forma de ‘comunicación’, lo que se comunica es el poema mismo y sólo incidentalmente la experiencia y el pensamiento

que se han vertido en él.” (De *Función de la poesía y función de la crítica*, p. 41.)<sup>1</sup>

“Creo que para que un poeta fuese a la vez filósofo habría que ser virtualmente dos hombres distintos; no conozco ningún caso de tan completa esquizofrenia y dudo que se ganase algo con ella: dos cerebros hacen mejor el trabajo que uno solo; Coleridge constituye un ejemplo aparente, pero sólo podía ejercer cada una de las actividades a costa de la otra. Un poeta puede tomar prestada una filosofía o pasarse sin ella: es al filosofar basándose en sus propias intuiciones poéticas cuando se arriesga a equivocarse.” (*Ibidem*, p. 111.)

“Arnold: su encanto y su interés se deben en gran parte a su dolorosa posición entre la fe y la incredulidad. Lo mismo que mucha gente en quien la fe religiosa, al desaparecer, sólo ha dejado hábitos, ponía un exagerado énfasis en la moral; este género de personas confunde a menudo la moral con sus propias buenas costumbres, resultado de una sensata educación, de la prudencia y de la falta de tentaciones verdaderamente poderosas; pero no quiero referirme a Arnold, ni a ninguna persona en particular, porque sólo Dios sabe. La moral es para el santo una cuestión preliminar, para el poeta una cuestión secundaria.” (*Ibidem*, p. 126.)

“Aparte la convicción de que la poesía hace algo importante, o tiene algo importante que hacer, no parece que exista mucho acuerdo sobre el resto.” (*Ibidem*, p. 136.)

“(…) No todos los críticos actuales, desde luego, pero sí gran número de ellos que, en apariencia, no tienen otra cosa en común parecen pensar que el arte y específicamente la poesía están relacionados con la religión, aunque no estén de acuerdo sobre qué relación sea ésa.” (*Ibidem*.)

“En poesía no existe la originalidad total que nada debe al pasado. Cada vez que nace un Virgilio, un Dante, un Shakespeare, un Goethe, cambia todo el futuro de la poesía europea. Cuando ha vivido un gran poeta, ciertas cosas se han hecho de una vez y para siempre, y no pueden lograrse nuevamente; pero, por otra parte, todo gran poeta agrega algo al complejo

---

<sup>1</sup> T. S. Eliot, *Función de la poesía y función de la crítica* (1933) (Barcelona: Editorial Seix Barral, 1968).

material del que se escribirá la futura poesía.” (De *Notes towards the Definition of Culture* (1948), en *Selected Prose*, p. 24.)<sup>2</sup>

### Los clásicos: Virgilio y el latín

“Si hay una palabra a la que podamos asirnos, que sugiera el máximo de lo que quiero decir con el término “un clásico”, esa palabra es *madurez*.” (De *What is a Classic?*, p. 10.)<sup>3</sup>

“(…) Sólo puede producirse un clásico cuando una civilización está madura; cuando un idioma y una literatura están maduros; y debe ser obra de una mente madura.” (*Ibidem.*)

“(…) Definir *madurez* sin suponer que el auditor ya sabe lo que significa, es casi imposible: digamos, entonces, que si uno es una persona verdaderamente madura y culta, puede reconocer la madurez en una civilización y en una literatura, tal como la reconocemos en los demás seres humanos con quienes nos encontramos. Hacer realmente aprehensible el significado de ‘madurez’, y de hecho, incluso hacerlo aceptable para una persona inmadura, es tal vez imposible. Pero si somos maduros, reconocemos la madurez de inmediato o bien llegamos a captarla luego de un conocimiento más cercano.” (*Ibidem.*)

“(…) Un escritor que individualmente posee una mente más madura puede pertenecer a una época menos madura que otro, de modo que en este sentido su obra será menos madura. La madurez de una literatura refleja la madurez de la sociedad en la cual se produjo: un autor individual, especialmente Shakespeare y Virgilio, puede hacer mucho por el desarrollo de su lengua, pero no puede llevar esa lengua a la madurez a menos que el trabajo de sus predecesores la haya preparado para su toque final. Una literatura madura, en consecuencia, tiene una historia tras sí: una historia que no es simplemente una crónica, una acumulación de manuscritos y escritos de tal o cual tipo, sino la progresión ordenada, aunque inconsciente, de una lengua para alcanzar la realización de sus propias potencialidades dentro de sus limitaciones.” (*Ibidem*, p. 11.)

<sup>2</sup> T. S. Eliot, *Selected Prose*, editado por John Hayward (Harmondsworth, Middlesex: Penguin Books Ltd., 1955). Traducción al castellano del Centro de Estudios Públicos.

<sup>3</sup> T. S. Eliot, *What is a Classic?* (Glasgow: R. MacLehose and Company Ltd., The University Press, 1945). Traducción al castellano del Centro de Estudios Públicos.

“(…) Sin embargo, no podemos evitar sentir que una obra como *Way of the World*, de Congreve, es de algún modo más madura que cualquier obra de Shakespeare: pero sólo en este sentido, en que refleja una sociedad más madura, esto es, refleja una mayor madurez de maneras. La sociedad para la que escribió Congreve era, según nuestro punto de vista, bastante ruda y brutal; sin embargo, es más cercana a la nuestra que la sociedad de los Tudor: tal vez por ello la juzguemos con mayor severidad. Aun así, era una sociedad más refinada y menos provinciana, de mente más superficial, de sensibilidad más limitada; ha perdido parte de sus promesas de madurez, pero ha realizado otra. Así, a la madurez de la *mente* debemos añadir la madurez de las *maneras*.” (*Ibidem*, p. 12.)

“(…) Es posible observar que el desarrollo de una prosa clásica es el desarrollo hacia un *estilo común*. Con ello no quiero decir que los mejores escritores no se distinguan unos de otros. Las diferencias esenciales y características permanecen; no es que haya menos diferencias, sino que éstas son más sutiles y finas.” (*Ibidem*, p. 13.)

“(…) Es natural esperar que la madurez de la lengua acompañe a la madurez de la mente y de las maneras. Podemos esperar que la lengua se aproxime a la madurez en el momento en que posee un sentido crítico del pasado y confianza en el presente, sin dudas conscientes acerca del futuro. En literatura, esto significa que el poeta está consciente de sus predecesores y que nosotros estamos conscientes de los predecesores que están tras su obra, como podemos estar conscientes de los rasgos ancestrales de una persona que al mismo tiempo es individual y única (...). Ciertamente, en un periodo maduro el poeta aún puede obtener estímulo de la esperanza de hacer algo que sus predecesores no hicieron; incluso puede rebelarse contra ellos, como un adolescente promisorio puede rebelarse contra las creencias, costumbres y maneras de sus padres; pero en retrospectiva, podemos ver que también es el continuador de sus tradiciones, que preserva las características esenciales de la familia y que su diferencia de comportamiento es una diferencia de las circunstancias en otra época”. (*Ibidem*, p. 14.)

“Ustedes pueden haber previsto la conclusión hacia lo que he ido acercándome: que las cualidades de los clásicos que he mencionado hasta ahora (madurez de la mente, madurez de las maneras, madurez de la lengua y perfección del estilo común) tienen su ilustración más cercana, en la literatura inglesa, en el siglo dieciocho; y en la poesía, especialmente en la poesía de Pope”. (*Ibidem*, pp. 16-17.)

“La madurez de la mente en Virgilio y la madurez de su época se evidencian en su conciencia de la historia. He relacionado la madurez de la mente con la madurez de las maneras y con la ausencia de provincialismo (...). Creo que en Virgilio, más que en cualquier otro poeta latino (ya que en comparación con él Cátulo y Propercio parecen rufianes y Horacio algo plebeyo), estamos conscientes de un refinamiento de las maneras que nace de una delicada sensibilidad, y especialmente en esa prueba de las maneras que es la conducta privada y pública entre los sexos.” (*Ibidem*, p. 20.)

“(…) Vale la pena repetir que el estilo de Virgilio no habría sido posible sin una literatura tras él, y sin que él hubiera tenido un íntimo conocimiento de esa literatura; de manera que en cierto sentido él estaba reescribiendo la poesía latina, como cuando toma prestada una frase o una idea de uno de sus predecesores y la mejora. Era un escritor cultivado, cuya cultura convenía a su tarea; y tenía para su uso justo la cantidad suficiente, y no un exceso de literatura tras sí.” (*Ibidem*, pp. 21-22.)

“(…) No sólo todo gran poeta, sino que todo poeta genuino, aunque sea menor, realiza de una vez alguna posibilidad de la lengua, y deja así una posibilidad menos para sus sucesores. La veta que ha agotado puede ser muy pequeña, o puede representar alguna forma mayor de la poesía, épica o dramática. Pero lo que el gran poeta ha agotado es solamente una de las formas, no toda la lengua. El poeta clásico, por otra parte, agota no sólo una forma, sino la lengua de su época; y cuando es un poeta enteramente clásico, la lengua de su época será la lengua en su perfección. De manera que no es sólo el poeta lo que debemos tomar en cuenta, sino la lengua en la que escribe: no es tan sólo que un poeta clásico agote la lengua, sino que una lengua susceptible de agotar es la que puede producir un poeta clásico.” (*Ibidem*, p. 24.)

“(…) Podemos, entonces, llegar a la conclusión de que el poeta clásico perfecto debe ser un poeta en el que se halle latente, si no revelado, todo el genio de un pueblo; y que sólo puede aparecer en una lengua cuyo genio total pueda hacerse presente a un tiempo. Por tanto, hemos de agregar a nuestra lista de características de lo clásico la globalidad. Dentro de sus limitaciones formales, el clásico debe expresar el máximo posible de todo el rango de sentimientos que representa el carácter del pueblo que habla esa lengua. Lo representará en su mejor forma, y tendrá también el más amplio atractivo: dentro del pueblo al que pertenece hallará respuesta entre los hombres de todas las clases y condiciones.

“Cuando, más allá de esta globalidad respecto de su propia lengua, una obra literaria tiene igual significación respecto de una serie de literaturas extranjeras, podemos decir que posee también *universalidad*. Por ejemplo, podemos hablar con bastante justicia de la poesía de Goethe como de un clásico, debido al lugar que ocupa en su propia lengua y literatura. Sin embargo, a causa de su parcialidad, de la evanescencia de parte de su contenido y del germanismo de su sensibilidad; a causa de que Goethe aparece a los ojos extranjeros como limitado por su época, por su lengua y por su cultura, de modo que no es representativo de toda la tradición europea, y un tanto provinciano, como nuestros propios escritores del siglo diecinueve, no podemos llamarlo un clásico universal.” (*Ibidem*, pp. 27-28.)

“Si en consecuencia Virgilio es la conciencia de Roma y la suprema voz de su lengua, debe tener para nosotros una importancia que no puede expresarse íntegramente en términos de crítica y apreciación literaria. Pero ateniéndonos a los problemas de la literatura o a los términos de la literatura cuando trata de la vida, puede permitírse nos implicar más de lo que expresamos. Para nosotros, el valor de Virgilio en términos literarios está en que nos proporciona un criterio crítico. Como ya lo he dicho, podemos tener razones para alegrarnos de que este criterio haya sido proporcionado por un poeta que escribe en una lengua diferente de la nuestra: pero ello no es motivo para rechazar el criterio. Preservar el patrón clásico y medir por él cada obra literaria individual significa ver que mientras nuestra literatura en conjunto puede contenerlo todo, cada obra individual de ella puede carecer de algo. Puede ser una carencia necesaria, una carencia sin la cual faltaría alguna de las cualidades presentes: pero debemos verla como una carencia, al mismo tiempo que la vemos como una necesidad. En ausencia de ese patrón del que hablo, patrón que no podemos mantener claramente ante nosotros si nos apoyamos exclusivamente en nuestra literatura, tendemos primero a admirar las obras del genio por motivos erróneos, como exaltamos a Blake por su *filosofía* y a Hopkins por su *estilo*; de aquí pasamos a un error aún mayor, el de poner en el mismo rango las obras de segunda categoría y las de primera categoría. Resumiendo: sin la aplicación constante de la medida clásica, que debemos a Virgilio más que a cualquier otro poeta, tendemos al provincialismo.

“Por ‘provinciano’ quiero decir aquí algo más de lo que encuentro en las definiciones de diccionario. Por ejemplo, es más que ‘carecer de la cultura o el refinamiento de la capital’, aunque ciertamente Virgilio era de la capital, a un grado tal que cualquier poeta posterior de igual envergadura parece un tanto provinciano; y quiero decir más que ‘estrecho de pensa-

miento, cultura y credo', puesto que el Hombre de Iglesia Amplio puede ser más provinciano que el Hombre de Iglesia Estrecho. Me refiero también a una distorsión de los valores, a la exclusión de algunos y a la exageración de otros, que surge no por falta de un amplio desplazamiento geográfico sino por la aplicación de patrones adquiridos en un área pequeña al total de la experiencia humana; que confunde lo contingente con lo esencial, lo efímero con lo permanente. En nuestra época, cuando los hombres parecen más inclinados que nunca a confundir la sabiduría con la sapiencia y ésta con la información, y a tratar de resolver los problemas de la vida en términos de ingeniería, está naciendo un nuevo tipo de provincialismo que tal vez merezca un nuevo nombre. Es un provincialismo no de espacio, sino de tiempo, para el cual la historia es apenas la crónica de los inventos humanos que han cumplido su ciclo y han sido descartados; para el cual el mundo es una propiedad exclusiva de los vivos, propiedad en la que los muertos no poseen acciones. El peligro de este tipo de provincialismo es que todos nosotros, todos los pueblos del planeta, podemos ser provincianos a un tiempo, y los que no se conformen con ser provincianos sólo pueden hacerse ermitaños. Si este tipo de provincialismo condujera a una mayor tolerancia, en el sentido de indulgencia, habría algo más que decir a su favor; pero parece más probable que nos lleve a hacernos indiferentes en materias respecto de las cuales deberíamos conservar un dogma o una norma distintiva, y a hacernos intolerantes en materias que deberían dejarse a cuenta de las preferencias locales o personales. Podemos tener tantas variedades de religión como queramos, siempre y cuando todos enviemos a nuestros hijos a las mismas escuelas. Pero mi preocupación aquí es solamente la de la corrección del provincialismo en la literatura. Necesitamos recordarnos a nosotros mismos que, como Europa es un todo (y aun dentro de su progresiva mutilación y desfiguración, sigue siendo el organismo a partir del cual debe desarrollarse cualquier armonía mundial mayor), la literatura europea es un todo, cuyos diversos miembros no pueden florecer si no circula por todo el cuerpo la misma corriente de sangre. La corriente sanguínea de la literatura europea son el latín y el griego, no como dos sistemas circulatorios, sino como uno solo, puesto que es a través de Roma que puede rastrearse nuestra progenitura en Grecia. ¿Qué otra medida común de excelencia tenemos en nuestra literatura, entre nuestros diversos idiomas, como no sea la medida clásica? ¿Qué inteligencia mutua podemos esperar conservar, aparte de nuestra común herencia de pensamiento y sentir en esas dos lenguas, para cuya comprensión ningún pueblo europeo se encuentra en ventaja respecto de otro? Ninguna lengua moderna podría aspirar a la universalidad del latín, aunque llegue a ser hablada por más millones de los que alguna vez habla-

ron latín, y aun cuando llegara a ser el medio de comunicación universal entre los pueblos de todas las lenguas y culturas. Ninguna lengua moderna puede aspirar a producir un clásico en el sentido en que he llamado clásico a Virgilio. Nuestro clásico, el clásico de toda Europa, es Virgilio.” (*Ibidem*, pp. 29-31.)

### **Romántico y clásico**

“El romanticismo y el clasicismo no son temas por los que los escritores creativos puedan permitirse tomar demasiadas molestias, o a los que en la práctica dediquen gran preocupación, como regla general. Es verdad que de vez en cuando los escritores se han rotulado a sí mismos como ‘románticos’ o ‘clasicistas’, tal como en otros momentos se han agrupado bajo otras denominaciones. Estos nombres que adoptan los grupos de escritores y artistas hacen las delicias de los profesores e historiadores de la literatura, pero no deben tomarse muy en serio. Su principal valor es temporal y político: simplemente, ayudan a dar a conocer a los escritores al público contemporáneo. Y yo dudo de que algún poeta haya logrado alguna vez otra cosa que dañarse a sí mismo al tratar de escribir como ‘romántico’ o como ‘clasicista’. Ningún escritor razonable, cuando está abocado al trabajo de escribir algo, puede detenerse a analizar si su obra va a ser romántica o todo lo contrario. En el momento en que uno está escribiendo, uno es lo que es, y el daño sufrido en una vida, como el proveniente del hecho de haber nacido en una sociedad en formación, no puede repararse en el momento de la composición.

“El peligro de usar términos como ‘romántico’ y ‘clásico’ (lo que, desde luego, no nos autoriza para evitarlos pura y simplemente) no se origina tanto en la confusión causada por quienes usan estos términos para referirse a su propio trabajo, sino en las inevitables derivas del significado en un contexto. No estamos pensando exactamente en lo mismo cuando calificamos de romántico a un escritor que cuando hablamos de un periodo literario como romántico. Más aún, en cualquier ocasión particular podemos tener en mente determinadas virtudes o vicios que con mayor o menor justeza suelen relacionarse con uno u otro término, y queda la duda acerca de si hay alguna suma total de virtudes o vicios que puedan atribuirse a una u otra clase. Las probabilidades de un malentendido sistemático y de una controversia fútil son por ello casi totales; la discusión sobre el tema por lo general se lleva con apasionamiento y prejuicio, más que con la razón. Finalmente, y este es el punto principal, las diferencias que estos dos términos

representan no son tales que puedan confinarse a un terreno puramente literario. Al usarlos, traemos a colación en última instancia todos los valores humanos, de acuerdo con nuestros propios esquemas de valoración.” (De *After Strange Gods* (1948), en *Selected Prose, op. cit.*, pp. 31-32.)

### **Experimentación**

“La palabra ‘experimentación’ puede aplicarse, y aplicarse honorablemente, a la obra de muchos poetas que se desarrollan y cambian con la madurez. A medida que un hombre gana en edad, puede volverse hacia un nuevo tema o puede tratar el mismo material en forma diferente; a medida que envejecemos, vivimos en un mundo diferente y al mismo tiempo nos transformamos en personas diferentes dentro del mismo mundo. Los cambios pueden expresarse por variaciones en el ritmo, en las imágenes, en la forma; el verdadero experimentador no es impulsado por una curiosidad incansable ni por ansias de novedad, ni por el deseo de sorprender y asombrar, sino por la compulsión de encontrar en cada nuevo poema, igual que en el primero que escribió, la forma correcta para sentimientos sobre cuyo desarrollo él, como poeta, no tiene control.” (Del prólogo de T. S. Eliot a una antología poética de Kipling, en *Selected Prose, op. cit.*, p. 86.)

### **Literatura y arte tradicionales**

“Sin embargo, si la única forma de tradición, de transmitir, consistiera en seguir los caminos de la generación inmediatamente anterior a la nuestra, adhiriendo ciega o tímidamente a sus éxitos, entonces la ‘tradición’ debería desalentarse sin duda alguna. Hemos visto muchas de estas corrientes simples que pronto se pierden en la arena; además, la novedad es mejor que la repetición. Pero la tradición tiene un significado mucho más amplio. No puede heredarse, y, si uno la desea, deberá obtenerla a costa de grandes trabajos. Implica, en primer lugar, el sentido histórico, que podemos considerar casi indispensable para cualquiera que desee continuar siendo poeta más allá de los veinticinco años. El sentido histórico implica también una percepción, no solamente de la preteridad del pasado, sino de su presencia; el sentido histórico impulsa al hombre a escribir teniendo no sólo su propia generación en los huesos, sino sintiendo que toda la literatura de Europa, desde Homero, y dentro de ella, toda la literatura de su propio país, coexisten simultáneamente y componen un orden simultáneo. Este sentido históri-

co, que es un sentido de lo intemporal y también de lo temporal, siendo a la vez un sentido de lo intemporal y de lo temporal juntos, es lo que hace tradicional a un escritor. Y es, al mismo tiempo, lo que hace a un escritor más agudamente consciente de su lugar en el tiempo, de su propia contemporaneidad.

“Ningún poeta, ningún artista de arte alguno tiene significado completo por sí solo. Su significación, su apreciación es la apreciación de su relación con los poetas y artistas muertos. No podemos valorarlo solo; debemos ponerlo entre los muertos, para compararlo y contrastarlo. Menciono esto como un principio de crítica estética, no puramente histórica. Esta necesidad de conformidad y coherencia no es unilateral: lo que sucede con la creación de una nueva obra de arte es algo que sucede simultáneamente a todas las obras de arte que la precedieron. Los monumentos existentes forman un orden ideal entre sí, que se modifica por la introducción de la nueva (la verdaderamente nueva) obra de arte entre ellas. El orden existente está completo antes del advenimiento de la nueva obra; para que el orden persista después del ingreso de lo nuevo, el *total* del orden existente debe ser modificado, aunque lo sea sólo ligeramente. También las relaciones, las proporciones y los valores de cada obra de arte se ajustan respecto del total; esto es conformidad entre lo viejo y lo nuevo. Quienquiera que haya aprobado esta idea del orden de la forma en la literatura europea y en la literatura inglesa, no considerará descabellado que el presente deba alterar el pasado tal como el pasado debe dirigir el presente. Y el poeta que está consciente de ello tendrá también conciencia de grandes dificultades y responsabilidades.” (De *Tradition and Individual Talent*, en *Selected Prose*, *op. cit.*, pp. 22-23.)

### **Crítica literaria y literatura**

“Exigimos al crítico teorizante capacidad para reconocer un buen poema así que se enfrenta con él; mas quien sabe reconocer un buen poema no siempre acierta a explicarnos el porqué de su bondad. La experiencia poética, como cualquier otra, sólo es parcialmente expresable en palabras; para empezar, y como dice Richards, ‘lo que en un poema importa no es nunca lo que dice, sino lo que *es*’. Personas incapaces de explicar su afición por un poema tienen, a veces, una sensibilidad más profunda y discriminatoria que otras a quienes nada cuesta hablar copiosamente sobre él; recordemos que la poesía no se escribe pura y simplemente para proveer de tema a la conversación.” (De *Función de la poesía y función de la crítica*, *op. cit.*, p. 31.)

“(…) Lo primordial en todo crítico es su aptitud para seleccionar el buen poema y rechazar el malo; reconocer el buen poema *nuevo* que responde propiamente a las *nuevas* circunstancias es la mejor prueba de su aptitud.” (*Ibidem*, p. 32.)

“(…) Cambios como el paso del poema épico compuesto para la recitación al poema épico compuesto para ser leído, o como los que pusieron fin a la balada popular, son inseparables de vastas mutaciones sociales que siempre han ocurrido y siempre ocurrirán.” (*Ibidem*, p. 34.)

“(…) Podríamos afirmar que el desarrollo de la crítica es un síntoma de desarrollo y de cambio en la poesía, y que el desarrollo de la poesía es en sí mismo un síntoma de cambios sociales. El momento decisivo para la aparición de la crítica parece serlo aquel en que la poesía deja de ser expresión del alma en todo un pueblo.” (*Ibidem*, p. 35.)

“(…) Me limito a sugerir que podemos aprender mucho sobre crítica y poesía si contemplamos la historia de la crítica como algo más que un simple catálogo de sucesivas nociones sobre la poesía: como un proceso de reajuste entre la poesía y el mundo en el cual y para el cual se produce. Podemos aprender algo sobre la poesía mediante la mera consideración de lo que sobre ella han pensado las distintas épocas, sin llegar a la entontecedora conclusión de que no hay más que decir sino que las opiniones cambian. Acaso el estudio de la crítica como un proceso de readaptación, y no como una serie de azarosas conjeturas, nos ayude a extraer alguna conclusión acerca de lo que es permanente en poesía y lo que es expresión del espíritu de una época, y descubriendo lo que cambia, y cómo cambia y por qué, acaso lleguemos a aprehender lo que no cambia. Examinando lo que ha parecido importante a una época y a otra, examinando afinidades y diferencias, podemos esperar un ensanchamiento de nuestra limitación y la desaparición de algunos prejuicios.” (*Ibidem*, p. 41.)

“(…) Cuando el crítico es además poeta siempre se sospecha si la finalidad de sus afirmaciones no será otra que la justificación de su propia práctica poética.” (*Ibidem*, p. 43.)

“De tiempo en tiempo, cada cien años aproximadamente, es deseable la aparición de un crítico que emprenda una revisión de la literatura del pasado y establezca un nuevo orden de poetas y poemas. No se trata de una empresa revolucionaria, sino de un reajuste. La que observamos es la misma escena,

pero desde una perspectiva distinta y más lejana; nuevos y extraños objetos que aparecen en primer término habrán de contrastarse cuidadosamente con los más familiares que ahora tocan el horizonte, donde todos, salvo los más eminentes, se hacen invisibles a simple vista. El crítico exhaustivo, armado de una lente poderosa, recorre la distancia y adquiere conocimiento de los menores accidentes del paisaje, con los cuales compara los accidentes menores más próximos y calcula afinadamente la situación y las proporciones de los objetos que nos rodean a lo ancho de todo el vasto panorama. Esta fantasía metafórica no es más que un ideal, pero Dryden, Johnson y Arnold realizaron la tarea con toda la perfección que la falibilidad humana permite. De la mayoría de los críticos sólo podemos esperar que repitan las opiniones del último maestro. Entre los temperamentos más independientes se produce un periodo de destrucción, de absurda sobreestimación, de modas sucesivas, hasta que llega una nueva autoridad a poner orden. Y lo que hace necesaria una nueva valoración no es simplemente el transcurso del tiempo, ni la inevitable tendencia de la mayoría a repetir las opiniones de los pocos que se han tomado el trabajo de pensar, ni la tendencia a procrear herejías de una minoría ágil pero desorientada. Ocurre que ninguna generación se interesa por el arte de la misma manera que otra: cada una, como cada individuo, aporta a la contemplación sus propias categorías apreciativas, hace determinadas exigencias y asigna al arte funciones determinadas. A mi juicio, la ‘pura’ apreciación estética es un ideal, si no una fábula, y así ha de ser mientras la apreciación de las artes sea cosa de seres humanos efímeros y limitados que existen en el espacio y en el tiempo. Tanto el artista como su público son limitados. Para cada tiempo, para cada artista, el metal requiere una distinta aleación si ha de hacerse maleable al arte; y cada generación prefiere su aleación a las demás. Por eso cada maestro de la crítica efectúa un útil servicio por el simple hecho de equivocarse de modo distinto que sus antecesores; cuanto más larga la secuencia de críticos, mayor corrección es posible.” (*Ibidem*, p. 121.)

“Lo que tengo que decir va ampliamente en apoyo de las siguientes proposiciones: la crítica literaria debe completarse por medio de la crítica desde un punto de vista ético y teológico definido. En la medida en que en una época haya un acuerdo común sobre materias éticas y teológicas, puede la crítica literaria ser substancial. En épocas como la nuestra, en las que no hay tal acuerdo común, tanto más necesario es para los lectores cristianos seleccionar sus lecturas, especialmente las obras de la imaginación que explicitan normas éticas y teológicas. La ‘grandeza’ de la literatura no puede determinarse exclusivamente por normas literarias; sin embargo, debemos recordar que sólo las normas literarias pueden determinar si algo es o no literatura.

“Tácitamente hemos supuesto, durante algunos siglos, que no hay relación entre literatura y teología. Esto no implica negar que la literatura (me refiero principalmente, una vez más, a las obras de la imaginación) haya sido, sea y probablemente siempre será juzgada por ciertas normas morales. Pero los juicios morales sobre las obras literarias se pronuncian solamente en conformidad con el código moral aceptado por cada generación, independientemente de si vive o no de acuerdo con tal código. En una época que acepta una cierta teología cristiana precisa, el código común puede ser bastante ortodoxo: aun cuando en tales periodos el código común pueda exaltar conceptos como ‘honor’ o ‘venganza’ hasta un punto verdaderamente intolerable para el cristianismo. La dramática ética de la era isabelina ofrece un estudio interesante. Pero cuando el código común se aparta de su base teológica, y con ello pasa a ser cada vez más una mera cuestión de costumbre, enfrenta el doble riesgo del prejuicio y el cambio. En tales épocas la moral es susceptible de ser modificada por la literatura; de esta manera, descubrimos que en la práctica lo ‘objetable’ de la literatura es simplemente aquello a lo que no está acostumbrada la generación actual. Es un lugar común decir que lo que una generación rechaza es tranquilamente aceptado por la generación siguiente. Esta adaptabilidad al cambio de las normas morales suele celebrarse con satisfacción, como prueba de la perfectibilidad humana: en realidad, sólo prueba cuán insubstanciales son los fundamentos de los juicios morales de la gente.

“Lo que me interesa aquí no es la literatura religiosa, sino la aplicación de nuestra religión a la crítica de cualquier literatura.” (De “Religion and Literature” (1934), en *Essays: Ancient and Modern*, pp. 93-95.)<sup>4</sup>

“(…) Me sería fácil hacer una diatriba de una hora entera contra los hombres de letras que han entrado en éxtasis con ‘la Biblia como literatura’, la Biblia como ‘el más noble monumento de la prosa inglesa’. Aquellos que hablan de la Biblia como de un ‘monumento de la prosa inglesa’ están simplemente admirándola como un monumento sobre la tumba de la cristiandad. Debo tratar de evitar los rodeos de mi discurso: basta sugerir que exactamente tal como las obras de Clarendon o las de Gibbon, Buffon o Bradley tendrían menos valor literario si fueran insignificantes como historia, ciencia y filosofía respectivamente, de igual manera la Biblia ha tenido influencia literaria sobre la literatura inglesa, no porque haya sido considerada literatura, sino porque ha sido considerada el vehículo de la Palabra de

---

<sup>4</sup> T. S. Eliot, *Essays: Ancient and Modern* (1936) (Londres: Faber and Faber Limited). Traducción al castellano del Centro de Estudios Públicos.

Dios. Y el hecho de que los hombres de letras la analicen hoy como ‘literatura’ probablemente marca el fin de su influencia ‘literaria’.” (*Ibidem*, p. 96.)

“Estoy convencido de que no logramos darnos cuenta de cuán completamente, y sin embargo cuán irracionalmente, separamos nuestros juicios literarios de nuestros juicios religiosos. Si una separación total fuera posible, tal vez podría no importar; pero tal separación no es total, y nunca podrá serlo. Si tomamos como ejemplo de la literatura la novela (puesto que la novela es la forma en que la literatura afecta a más gente), podemos observar esta secularización gradual de la literatura durante al menos los últimos trescientos años. Bunyan, y en alguna medida Defoe, tenían objetivos morales: ese último está libre de sospechas; el primero puede ser sospechoso. Pero a partir de Defoe, la secularización de la novela ha sido continua. Ha habido tres etapas principales. En la primera, la novela tomó la Fe, en su versión contemporánea, como un hecho dado, y la omitió de su cuadro de la vida. Fielding, Dickens y Thackeray pertenecen a esta etapa. En la segunda fase, dudó, se preocupó de la Fe, o se le opuso. A esta etapa pertenecen George Eliot, George Meredith y Thomas Hardy. A la tercera etapa, en la que vivimos actualmente, pertenecen casi todos los novelistas contemporáneos, salvo James Joyce. Es la etapa de aquellos que nunca han oído hablar de la Fe Cristiana, excepto como de un anacronismo.

“Ahora bien, ¿tiene la gente en general una opinión definida, es decir, religiosa o antirreligiosa, y lee novelas o poesía, si es el caso, con un compartimiento separado de su mente? El terreno que comparten religión y ficción es el del comportamiento. Nuestra religión nos impone una ética, un juicio y una crítica de nosotros mismos, y también una conducta hacia el prójimo. La ficción que leemos afecta nuestro comportamiento hacia el prójimo y nuestros modelos sobre nosotros mismos. Cuando leemos sobre seres humanos que se comportan de cierta manera con la aprobación del autor, que expresa su bendición para esa conducta a través de su actitud respecto del resultado de la conducta, que él mismo compone, podemos ser influidos para actuar de igual manera. Cuando el novelista contemporáneo es un individuo que piensa por sí mismo en la soledad, puede tener algo importante que ofrecer a quienes sean capaces de recibirlo. Aquel que está solo puede hablar al individuo. Pero la mayoría de los novelistas son personas que se mueven con la corriente, sólo que un poco más rápido. Tienen alguna sensibilidad, pero poco intelecto.” (*Ibidem*, p. 99.100.)

“(…) Un mismo autor toma total posesión de nosotros por un tiem-

po; luego viene otro, y finalmente comienzan a influirse mutuamente en nuestra mente. Sopesamos a uno en comparación con el otro; vemos que cada uno tiene cualidades ausentes en los demás, y cualidades incompatibles con las cualidades de los otros; de hecho, comenzamos a ponernos críticos; y es nuestra creciente capacidad crítica lo que nos protege de una excesiva posesión de cualquier personalidad literaria. El buen crítico (y todos deberíamos tratar de ser críticos, en lugar de dejar la crítica a cargo de los escritores de artículos para los periódicos) es el hombre que a una aguda y constante sensibilidad une una lectura amplia y cada vez más discriminadora. Una amplia lectura no es valiosa como una especie de atesoramiento, de acumulación de conocimientos, de lo que a veces se define como ‘una mente bien surtida’. Es valiosa porque en el proceso de recibir una tras otra la influencia de poderosas personalidades, dejamos de estar dominados por cualquiera de ellas o por cualquier pequeño grupo de ellas. Las muy diversas visiones de la vida que coexisten en nuestra mente influyen unas sobre otras, y nuestra propia personalidad se afirma y coloca a cada una de ellas en algún lugar dentro de una distribución que nos es peculiar.” (*Ibidem*, p. 103.)

“(…) Aunque podemos leer literatura simplemente por placer, por ‘entretención’ o por ‘goce estético’, esta lectura nunca afecta sólo a una especie de sentido particular: nos afecta como seres humanos totales, afecta nuestra moral y nuestra existencia religiosa. Y yo opino que mientras determinados autores modernos eminentes pueden estar mejorando, la literatura contemporánea como un todo tiende a decaer. Y que incluso el efecto de los mejores escritores, en una época como la nuestra, puede ser degradador para algunos lectores; porque debemos recordar que lo que un escritor hace a la gente no es necesariamente lo que pretende hacer. Puede ser solamente lo que la gente es capaz de hacer que le hagan. La gente hace una selección inconsciente al ser influida. Un escritor como D.H. Lawrence puede tener efectos beneficiosos o perniciosos. Ni siquiera estoy seguro de no haber ejercido yo mismo alguna influencia perniciosa.

“En este punto, puedo prever una réplica de las personas con ideas liberales, de todos aquellos que están convencidos de que si cada cual dice lo que piensa y hace lo que le agrada, de algún modo, por algún medio de ajuste y compensación automática, las cosas saldrán bien al final. ‘Que todo se pruebe’, dicen, ‘y si es un error, aprenderemos con la experiencia’. Este argumento podría tener algún valor si sobre la tierra viviera siempre la misma generación; o si, cosa que sabemos no sucede, la gente alguna vez hubiera aprendido mucho de la experiencia de sus mayores. Estos liberales

están convencidos de que sólo mediante lo que se llama individualismo ilimitado nacerá la verdad. Según ellos, las ideas, las visiones de la vida emergen claras de las mentes individuales, y como consecuencia del choque violento entre ellas sobreviven las más aptas y la verdad surge triunfante. Cualquiera que tenga una opinión diferente de ésta debe ser un medievalista que sólo desea dar vuelta atrás al reloj, o bien un fascista, y probablemente ambas cosas.

“Si la mayoría de los autores contemporáneos fueran realmente individualistas, cada uno de ellos habría inspirado a Blakes, cada uno con su visión particular, y si la masa del público contemporáneo fuera realmente una masa de *individuos*, habría algo que decir a favor de esta posición. Pero ello no es así, nunca lo ha sido y nunca lo será. No se trata solamente de que el individuo lector de hoy (o de cualquier época) no sea lo suficientemente individuo para poder absorber todas las ‘visiones de la vida’ de todos los autores que nos imponen los avisos de los editores y los comentaristas, y para poder alcanzar la sabiduría confrontando a unos con otros. Se trata de que los autores contemporáneos tampoco son lo suficientemente individuos. El punto no es que el mundo de individuos separados del demócrata liberal sea indeseable: simplemente no existe tal mundo. Porque el lector de literatura contemporánea no se expone, como el lector de la gran literatura ya establecida de todos los tiempos, a la influencia de personalidades diversas y contradictorias; se expone a un movimiento masivo de escritores, cada uno de los cuales cree tener individualmente algo que ofrecer, pero que en la realidad están trabajando todos juntos en la misma dirección. Y creo que jamás ha habido una época en que el público lector sea tan vasto, o se halle tan indefenso frente a las influencias de su propio tiempo. Creo que jamás hubo una época en la cual aquellos que algo leen hayan leído tantos más libros de autores vivos que de autores muertos; jamás hubo una época tan completamente aislada, tan separada del pasado. Tal vez haya demasiadas editoriales; además, las revistas están siempre incentivando al lector para que ‘se mantenga al día’ en lo que se publica. La democracia individualista está en el punto de la marea alta, y hoy en día es más difícil que nunca antes ser un individuo.

“La literatura moderna contiene dentro de sí distinciones perfectamente válidas entre lo bueno y lo malo, lo peor y lo mejor: no pretendo decir que mezclo al señor Bernard Shaw con el señor Noel Coward, o a la señora Woolf con la señorita Mannin. Por otra parte, deseo dejar en claro que no estoy defendiendo una literatura de elite respecto de una literatura corriente. Lo que deseo afirmar es que la literatura moderna en su conjunto está corrompida por lo que yo llamo secularismo, que simplemente no está cons-

ciente ni puede comprender el significado de la primacía de la vida sobrenatural por sobre la vida natural: algo que a mi modo de ver es nuestro interés esencial.

“No quisiera dar la impresión de que he entregado una simple jere-miada temerosa contra la literatura contemporánea. Suponiendo una actitud común entre ustedes, o algunos de ustedes, y yo, el problema principal no es qué hacer al respecto, sino cómo deberíamos comportarnos al respecto.

“He sugerido que la actitud liberal respecto de la literatura no funcionará. Aun si los escritores que intentan imponernos su ‘visión de la vida’ fueran realmente individuos definidos, aun si nosotros como lectores fuéramos individuos definidos, ¿qué resultaría de ello? Seguramente, el resultado sería que la lectura impresionaría a cada lector con aquello cuya impresión él estaba previamente dispuesto a recibir; seguiría la ‘ley del menor esfuerzo’ y no habría seguridad de que se transformara en un hombre mejor. Para hacer un juicio literario, necesitamos una aguda conciencia simultánea de dos cosas: lo que ‘nos gusta’ y lo que *debería* ‘gustarnos’. Pocas personas son lo bastante honestas para saber lo uno o lo otro. Lo primero significa saber lo que realmente sentimos: muy pocos son los que lo saben. Lo segundo implica conocer nuestras deficiencias, porque realmente no sabemos qué debería gustarnos a menos que sepamos también por qué debería gustarnos, y ello a su vez implica saber por qué, sin embargo, no nos gusta. No basta con saber lo que deberíamos ser, a menos que sepamos también lo que somos; y no comprendemos lo que somos a menos que sepamos lo que deberíamos ser. Estas dos formas de autoconciencia, saber lo que somos y lo que deberíamos ser, deben ir juntas.

“Como lectores de literatura, es asunto nuestro saber lo que nos gusta. Como cristianos, y *también como* lectores de literatura, es asunto nuestro saber lo que debería gustarnos. Como hombres honestos, es asunto nuestro no suponer que todo lo que nos gusta es lo que debería gustarnos; y como cristianos honestos, es asunto nuestro no suponer que nos gusta lo que debería gustarnos. Lo último que yo desearía sería la existencia de dos literaturas, una para el consumo cristiano y otra para el mundo pagano. Lo que yo creo pertinente para todos los cristianos es el deber de mantener conscientemente ciertas normas y criterios críticos por encima de los que aplica el resto del mundo, y que por estos criterios y normas debe probarse todo lo que leemos. Debemos recordar que la mayor parte de nuestro material corriente de lectura fue escrito para nosotros por personas que no creen realmente en un orden sobrenatural, aunque parte de ese material pueda haber sido escrito por personas que tienen conceptos individuales, diferentes de los nuestros, de un orden sobrenatural. Y la mayor parte de

nuestro material de lectura está comenzando a ser escrito por personas que no sólo carecen de tal creencia, sino que incluso ignoran el hecho de que aún hay en el mundo personas tan ‘anticuadas’ o ‘excéntricas’ que continúan creyendo. En la medida en que estemos conscientes de la separación que existe entre nosotros y la mayor parte de la literatura contemporánea, estaremos más o menos a salvo de que nos dañe, y en condiciones de extraer de ella lo bueno que tenga para ofrecernos.

“Hay una gran cantidad de gente en el mundo de hoy que cree que la mayoría de los males son fundamentalmente económicos. Algunos creen que ciertos cambios económicos específicos serían suficientes de por sí para enderezar el mundo; otros exigen cambios más o menos drásticos también en lo social: principalmente, cambios de dos tipos opuestos. Los cambios solicitados, y puestos en práctica en algunos lugares, son similares en un sentido: ellos sostienen los supuestos de lo que yo llamo secularismo. Se preocupan solamente de cambios de carácter temporal, material y externo; se preocupan de la moral solamente colectiva. En una exposición de una de estas nuevas creencias, leí las siguientes palabras:

“ ‘En nuestra moralidad, la única prueba de cualquier cuestión moral es si obstaculiza o destruye en cualquier forma la capacidad del individuo de servir al Estado. (El individuo) debe responder a estas preguntas: ¿Afecta este acto a la nación? ¿Afecta a otros miembros de la nación? ¿Afecta mi capacidad de servir a la nación? Y si la respuesta es clara respecto de todas estas preguntas, el individuo tiene total libertad de hacer lo que desee’.

“Ahora bien, no niego que ésta sea una forma de moralidad, y que puede generar mucho bien dentro de ciertos límites; pero pienso que todos deberíamos repudiar una moralidad que no posee un ideal más elevado que poner ante nosotros. Ciertamente, representa una de las violentas reacciones que presenciamos contra la idea de que la comunidad está exclusivamente para beneficio del individuo; pero es igualmente un evangelio de este mundo, y sólo de este mundo. Mi reclamo respecto de la literatura moderna es del mismo tipo. No se trata de que la literatura moderna sea ‘inmoral’ o incluso ‘amoral’ en el sentido corriente; y en cualquier caso esa acusación no sería suficiente. Simplemente se trata de que repudia, o ignora totalmente, nuestras creencias más fundamentales e importantes; y que, en consecuencia, tiende a alentar a sus lectores a obtener lo que puedan de la vida mientras dure, a no desperdiciar ninguna ‘experiencia’ que se presente y a sacrificarse, si es que hacen algún sacrificio, únicamente por beneficios tangibles para los demás, en este mundo, en el presente o en el futuro. Ciertamente continuaremos leyendo lo mejor de su tipo, de lo que ofrece nuestra época, pero debemos criticarlo incansablemente conforme a nues-

tros propios principios, y no simplemente conforme a los principios aceptados por los escritores y los críticos que lo analizan en la prensa.” (*Ibidem*, pp. 105-112.)

## B. SOCIEDAD

### **Moral y religión**

“La moralidad y la religión no son lo mismo, pero pasado un cierto punto, no pueden analizarse por separado. Un sistema ético, si es acabado, es explícita o implícitamente un sistema teológico; y tratar de erigir una teoría ética completa sin una religión significa de todas maneras adoptar una determinada actitud respecto de la religión.” (De “Francis Herbert Bradley” en *Essays: Ancient and Modern, op. cit.*, p. 59.)

### **Catolicismo y anglicanismo**

“(U)na iglesia debe ser juzgada por sus frutos intelectuales y por su influjo en la sensibilidad de los más sensibles y en el intelecto de los más inteligentes, y debe hacerse real para la vista a través de monumentos de mérito artístico. La iglesia anglicana no posee monumentos literarios equiparables al de Dante ni monumentos intelectuales equiparables al de Santo Tomás, como tampoco monumentos devocionales iguales al de San Juan de la Cruz ni edificios tan hermosos como la Catedral de Módena o la basílica de San Zenón en Verona. Pero hay personas para quienes las iglesias de la City son tan preciosas como cualquiera de las cuatrocientas curiosas iglesias de Roma que no están en peligro de demolición, y para quienes San Pablo puede compararse dignamente con San Pedro, en tanto que la poesía mística inglesa del siglo diecisiete (admitiendo un caso de conversión difícil, el de Crashaw) es para ellos más fina que la de cualquier otro país o creencia de la época.” (De “Lancelot Andrewes” (1927), en *Essays: Ancient and Modern, op. cit.*, pp. 13-14.)

“(…) El señor Babbit es mucho más ultramontano que yo. Podemos sentir un respeto muy profundo, incluso amor por la Iglesia Católica (que, según entiendo, el señor Babbit usa para significar la jerarquía en comunión con la Santa Sede); pero si estudiamos su historia y vicisitudes, sus dificultades y problemas pasados y presentes, por cierto que nos llenamos de admira-

ción y veneración, pero no por eso nos sentimos más inclinados a poner todas las esperanzas de la humanidad en una sola institución.” (De “Humanism of Irving Babbitt” en *Essays: Ancient and Modern*, *op. cit.*, p. 90.)

### **Catolicismo y sociedad**

“Supongo que todos tenemos una misma opinión sobre las lamentables consecuencias de los cismas del cristianismo y estamos convencidos de que es de vital importancia volver a unir la cristiandad. También estamos conscientes de que si la cristiandad volviera a unirse mañana, su extensión estaría lejos de igualar siquiera a la del mundo europeo. Contra ella estaría no sólo ese considerable cuerpo de influencia que es positivamente anticristiano, sino también todas las fuerzas que denominamos liberales, y que abarcan a todas las personas que creen que los asuntos públicos de este mundo y los del otro no tienen nada en común; los que creen que en un mundo perfecto los amantes del golf pueden jugar golf y los amantes de la religión pueden ir a la iglesia. Nosotros, por nuestra parte, estamos convencidos, si bien obscuramente, de que nuestra fe espiritual debería ofrecernos alguna guía en los asuntos temporales; de que si no lo hace, la culpa es nuestra; de que la moralidad descansa en la sanción religiosa; y de que la organización social del mundo descansa en la sanción moral; de que sólo podemos juzgar los valores morales a la luz de los valores eternos. Estamos comprometidos con lo que a los ojos del mundo debe ser una fe desesperada: que un orden cristiano del mundo, el orden cristiano del mundo es en última instancia el único capaz de funcionar, desde cualquier punto de vista.” (De “Catholicism and International Order” (1933), en *Essays: Ancient and Modern*, *op. cit.*, pp. 113-114.)

“(…) No estoy calificado para discutir de ciencia política o de economía; esta última ciencia me es más incomprensible que las matemáticas. Sin embargo, no puedo evitar creer que la mayoría de aquellos que en la práctica se dedican a la ciencia política y a la ciencia económica, en su esfuerzo mismo por ser científicos, esto es, por delimitar su campo de actividades, hacen suposiciones que no solamente no tienen derecho a hacer, sino que no siempre están conscientes de hacer. Evidentemente, todas las opiniones y teorías que uno tenga están en último término relacionadas con la clase de persona que uno es. Pero en la práctica sólo el católico se encuentra en la obligación explícita de descubrir la clase de persona que es, por estar obligado a mejorar esa persona en conformidad con ideales y normas definidos. El

filósofo no católico, y por cierto el no cristiano, como no siente la obligación de cambiarse a sí mismo, y por consiguiente no está urgido por la necesidad de comprenderse a sí mismo, es susceptible de hallarse atado a sus prejuicios, a su base social, a sus gustos individuales. Así, me atrevo a decirlo, somos también nosotros: pero al menos nosotros, así lo espero, aceptamos que es nuestro deber tratar de superarlos. Esta afirmación puede parecer extremadamente presuntuosa. Pero no hablo esencialmente a partir de la economía, de la que tengo un conocimiento menos que esquemático, sino más bien de mis encuentros ocasionales con los economistas.” (*Ibidem*, p. 114.)

“(…) Una filosofía funcional realmente satisfactoria de la acción social, distinta de los instrumentos que usamos para salir de un atolladero del momento, exige no sólo ciencia, sino también prudencia. Tal vez sea demasiado esperar de cualquier hombre que posea tanto el poder de la ciencia especializada como la prudencia: no podemos esperar que los economistas nos ayuden mientras no sepamos qué deseamos de ellos. En última instancia, nuestras opiniones, nuestra opción entre las soluciones que se nos ofrecen, diferirán (dejando de lado el papel que cumplen los prejuicios y los intereses personales) según nuestras opiniones acerca de la naturaleza humana. Esto no es cuestión de ciencia, sino de prudencia; y la prudencia se gana solamente de dos maneras, y se gana bien sólo a través de ambas: un estudio de la naturaleza humana a lo largo de la historia, las acciones de los hombres en el pasado y lo mejor que han pensado y escrito, y un estudio mediante la observación y la experiencia de los hombres y las mujeres en torno nuestro durante nuestra vida.

“Creo que la Iglesia Católica, con su herencia de Israel y de Grecia, continúa siendo, como siempre ha sido, la gran depositaria de la prudencia.

“(…) Ojalá pudiera recuperarse la noción clásica de prudencia, de manera que pudiéramos no quedar enteramente en manos del cientista político, por una parte, o del demagogo, por la otra. Para el político corriente, la prudencia se identifica con la oportunidad; para el cientista político, se esfuma en la teoría; pero la prudencia, incluida la prudencia política, no puede abstraerse a nivel de ciencia ni reducirse a nivel de artimaña; tampoco es posible producirla formando un comité compuesto por partes iguales de científicos y marrulleros. Agregaré finalmente que la prudencia humana no puede separarse de la divina sin inclinarse a una prudencia meramente mundana, vana y superficial en sí.

“Hasta ahora, mi objetivo ha sido simplemente señalar que nosotros, como católicos, no podemos simplemente aceptar o rechazar las soluciones

ofrecidas por los teóricos especializados del mundo, según si en apariencia dejan o no un lugar para nosotros y para nuestra fe. Debemos criticar las suposiciones morales, explícitas o implícitas, y reconocer cuáles son, desde nuestro punto de vista, las limitaciones y errores de sus autores. Y sospecho que nosotros mismos somos susceptibles de caer en el atrapabobos de nuestra propia postura. Estamos siempre expuestos a trasladar los conceptos demasiado literalmente de un orden al otro. Distingo dos despeñaderos principales. Las ideas de autoridad, jerarquía, disciplina y orden, aplicadas inadecuadamente a la esfera temporal, pueden conducirnos a algún tipo de error absolutista o de democracia imposible. Ahora bien, las ideas de humanidad, fraternidad, igualdad ante Dios, pueden conducirnos a afirmar que el cristiano sólo puede ser socialista. La herejía siempre es posible. Y allí donde hay una herejía posible, siempre hay por lo menos dos; y cuando dos doctrinas nuevas se contradicen mutuamente, no siempre recordamos que ambas pueden ser erróneas. La herejía puede extenderse, por supuesto, hasta abarcar los asuntos de este mundo, que la gente no suele examinar a la luz de tales normas: podríamos esperar encontrarla, por ejemplo, en algunas formas de fascismo, como también en algunas formas de socialismo. Ello es inevitable en cualquier organización de hombres que no reconocen los fundamentos cristianos de la sociedad.

“(…) El concepto de la libertad individual, por ejemplo, debe basarse en la importancia única de cada alma en particular, en el conocimiento de que cada hombre es a fin de cuentas responsable de su propia salvación o perdición, y la consiguiente obligación de la sociedad de proporcionar a cada individuo la oportunidad de desarrollar íntegramente su humanidad. Pero a menos que esta humanidad se considere siempre en relación con Dios, podemos esperar encontrar un excesivo amor a los seres creados, en otras palabras, un humanitarismo, que conduce a una verdadera opresión de los seres humanos en lo que los demás seres humanos conciben como su propio interés. En mi opinión, únicamente el pensamiento cristiano y católico, funcionando en la esfera de la sociología, puede salvarnos de estos extremos que, al encontrarse, sólo crean mayor confusión.” (*Ibidem*, pp. 116-119.)

“(…) No estoy negando la utilidad de la Liga de las Naciones, ni durante su existencia ni en el futuro, cuando sugiero que desde el comienzo debería haber sido evidente que la Liga jamás podría cumplir las aspiraciones de sus fundadores. Me da la impresión de que todo el concepto data de la época de Rousseau, y que ilustra esa exagerada fe en la razón humana a la que suelen inclinarse las personas de emociones indisciplinadas.” (*Ibidem*, p. 120.)

“Los católicos deberían tener elevados ideales o, mejor sería decir, ideales *absolutos*, y expectativas moderadas: los herejes, ya se llamen fascistas o comunistas, demócratas o racionalistas, siempre tienen ideales bajos y grandes expectativas. Porque yo afirmo que todas las ambiciones de un paraíso sobre la tierra se basan en bajos ideales. No estoy condenando todos los esquemas de mejoramiento de la vida humana que no sean producto del pensamiento cristiano; sólo estoy afirmando que todos esos esquemas, lo mismo que nuestros propios esquemas cuando estamos dedicados a resolver emergencias temporales inmediatas, deben ser sometidos a un examen que sólo puede ofrecer la prudencia católica. Frente a cualquier sistema social anticristiano, estamos seguros de que tal sistema, por el hecho de estar fundado en la falsedad, de ningún modo puede funcionar bien. Con la expresión ‘funcionar bien’ nos referimos también a la felicidad en el largo plazo, en el nivel humano más bajo. En comparación con cualquier grado de sociedad cristiana que alguna vez haya sido real, ha habido, o se dice que ha habido, sociedades primitivas en las que existía en promedio mucho más placer y mucho menos dolor: los que abogan por la reforma de las relaciones entre los sexos están siempre recordándonos las costumbres de los felices isleños de Trobriand. En comparación con cualquier sociedad primitiva, sólo podemos decir que la calidad del placer y la felicidad, prevaliente en tal sociedad, es demasiado baja para atraer a cualquier persona civilizada: ni siquiera los individuos civilizados más bajos pueden adaptarse a tal sociedad sin degradarse y, en muchos casos, corromper de paso a los nativos. Pero a lo que realmente nos enfrentamos no es a la opción entre sociedad civilizada y sociedad primitiva; se trata de la opción entre los órdenes cristiano, no cristiano y anticristiano. Todos conocemos bien al segundo de ellos, y sabemos cómo funciona. Y estamos seguros de que el tercero tampoco funcionará.

“A lo que debemos aspirar no es simplemente a un orden que no contradiga el orden cristiano, donde los cristianos y los no cristianos puedan convivir en perfecta armonía; cualquier programa que un católico pueda considerar debe tener por objetivo la conversión de todo el mundo. Creemos que la única unificación positiva del mundo es la unificación religiosa; con ello no nos referimos meramente a la sumisión universal a una jerarquía eclesiástica mundial única, sino a una unidad cultural en la religión, que no equivale a uniformidad cultural. Cualquier esquema general de armonía internacional presentado como sustituto de la unidad religiosa probablemente sea más una amenaza que una esperanza. Distraxerá la mente de los hombres de los problemas reales, los arrullará con una sensación ilusoria de virtud y seguridad; y como toda estructura construida exclusivamente por

la razón humana, previsiblemente caerá ante el impacto de las pasiones humanas, dejando sólo una desilusión amarga e innecesaria. Solamente los católicos no pueden desilusionarse.

“(…) Nos hemos desengañado respecto de proyectos que en una época u otra prometían traer unidad al mundo. En un periodo, se esperaba que lo hicieran el progreso y la ilustración, la expansión de la democracia y las instituciones parlamentarias. Me temo que, al menos por lo que toca a Inglaterra y Estados Unidos, ello significara creer que lo único que el resto del mundo necesitaba era modelarse o ser modelado por fuerza al estilo de Inglaterra o de Estados Unidos respectivamente. El hecho es que es muy difícil para nosotros saber en qué somos superiores a otros pueblos, y en qué somos sólo diferentes. En una época más reciente, se esperaba que la llamada conquista del espacio, al aumentar las facilidades de comunicación entre los pueblos, favorecería la comprensión. La conquista del espacio ha hecho posibles las batallas entre pueblos más distantes, pero en los demás aspectos no ha hecho todo lo que debía: en Estados Unidos, gracias a la conquista del espacio, se pueden conseguir verduras y frutas frescas en todas las estaciones del año, todas sin aroma. Se esperaba que la normalización unificara a los pueblos, aunque tal vez el precio a pagar fuera la monotonía; la normalización ha provocado una tendencia a hacer a los pueblos iguales en aspectos en que sería mejor que fueran diferentes: puede oírse el mismo tipo de música en cualquier radio de Europa; pero para vivir en la amistad los pueblos necesitan tener en común algo más que un paso de baile o un dominio universal de los automóviles Ford.” (*Ibidem*, pp. 122-125.)

“De una cosa estoy cada vez más seguro, y es que el católico no puede comprometerse total y absolutamente con ninguna forma de orden temporal. No quiero decir con esto que deba permanecer aislado, o negarse a ser el campeón de causa alguna o a adoptar algún camino en el que se convergen la razón, la sensibilidad y la prudencia; quiero decir que su actitud debe ser siempre relativa, que no debe dedicar a ningún reino de este mundo la misma pasión que debe dedicar al Reino de Dios. Hay muchas posibles ocasiones en que puede dar su vida justificadamente por causas temporales, pero no su sentido de los valores; recordando lo sugerido por Platón, que nada en este mundo es totalmente serio (y es ‘nada’ incluye, por cierto, la prolongación de la propia existencia en este mundo). Tampoco pretendo decir que deseo trazar o que permitiría trazar una línea de separación entre los asuntos espirituales y los temporales. Estoy seguro de que no sólo porque casualmente somos individuos católicos y con espíritu cívi-

co es que nos interesamos por los asuntos sociales e internacionales, sino porque nuestra fe es de una clase que nos impulsa a interesarnos en tales asuntos. En conformidad con ello, si vamos a entregar nuestro aporte, no como simples ciudadanos, sino como ciudadanos católicos, no debemos conformarnos con leer anuarios, periódicos y tratados políticos y económicos; en primer lugar debemos estar plenamente al tanto de nuestra propia teología.

“(S)iento que el mundo exterior siempre estará dispuesto a asirse a cualquier excusa para declarar que los católicos, y especialmente los anglocatólicos, están comprometidos con algún programa social que prácticamente se identifica con su fe. Tal vez estos malentendidos se eliminen entre sí: se nos califica de reaccionarios beatos o de socialistas desenfrenados, según la disposición del crítico hostil y de las tendencias de algún católico particular en el que esté pensando. Pienso que la virtud de la tolerancia se sobreestima en gran medida, y no objeto a ser yo mismo acusado de beatría; pero éste es un asunto individual. Sin embargo, soy tanto más cuidadoso en este asunto cuanto que hace algunos años hice, prudente o imprudentemente, una breve declaración de fe religiosa, política y literaria que se hizo demasiado fácil de citar. Tal vez haya dado a algunos críticos la impresión de que para mí las tres cosas eran inextricables y *de igual importancia*.” (*Ibidem*, pp. 128-129.)

“(…) La mayoría de los protestantes devotos que se interesa por el bien público aplican su fe a sus actividades sin previo examen, y su cristianismo específico es visible principalmente en su desinterés, su abnegación y su fervor emocional. El católico, con una teología más definida, y espero que con una mayor práctica en el autoexamen, hará una observación más realista de lo que está haciendo y por qué; creo que un entrenamiento católico está más calculado para asegurar un equilibrio apropiado entre la mente y el corazón. También creo que en cualquier problema de relaciones exteriores los católicos deberían ser capaces de simpatizar con los puntos de vista ajenos, lo que es mucho más valioso de tener y mucho más eficaz que una difusa buena voluntad. Creo que existe un hábito católico del pensar y el sentir, que es un lazo de unión entre los católicos de las más diversas razas, naciones, clases y culturas.” (*Ibidem*, pp. 130-131.)

“(…) Espero no haber omitido la afirmación de que siempre puede haber esquemas iniciados por mentes no cristianas y no católicas, con motivaciones y objetivos puramente temporales y que merecen nuestro apoyo irrestricto; al apoyarlos, les damos una justificación más sólida y los infor-

mamos de la verdad cristiana. Con seguridad, hay maneras de reorganizar los mecanismos de este mundo, que, junto con traer un mayor grado de justicia y paz en ese plano, facilitarán también el desarrollo de la vida cristiana y la salvación de las almas. Reconocemos esa posibilidad en cada acción de eliminación de viviendas y de reformas habitacionales. Y si bien ningún hombre puede excusar sus propias faltas por las dificultades que encuentra para vivir una vida cristiana en el mundo real, sino que debe considerar cada dificultad como una oportunidad, todos debemos hacer cuanto podamos para disminuir las dificultades de los demás.” (*Ibidem*, p. 132.)

“Al fin y a la postre, creo que la fe católica es también la única fe práctica. Ello no significa que dispongamos de una máquina de calcular infalible para saber lo que debe hacerse en cualquier contingencia: significa estar permanentemente pensando para hacer frente a situaciones permanentemente cambiantes. La actitud del católico respecto de cualquier forma de organización nacional o internacional debe ser siempre una actitud específica ante una situación específica. Hay en la democracia, por ejemplo, una falacia al suponer que una mayoría de hombres naturales y no regenerados probablemente desee lo correcto; también en la dictadura puede haber una falacia, en la medida en que representa la disposición de una mayoría a entregar su responsabilidad. En naciones tan encerradas en sí mismas como para poder ignorarse unas a otras, la cultura, y quizás incluso la sangre, se reproducirían también internamente; pero si las razas del mundo se mezclaran hasta que desaparecieran las diferencias raciales y las culturas locales, el resultado podría ser aún más desastroso. Siempre debe haber algún camino intermedio, a veces un rodeo, cuando haya obstáculos naturales que evitar; y creo que se descubrirá que este camino intermedio es el de la ortodoxia; un camino de mediación, pero nunca un camino de compromiso respecto de aquellas materias cuya importancia es permanente.” (*Ibidem*, pp. 134-135.)

“La Idea de una Sociedad Cristiana no es algo que podamos aceptar o rechazar; pero si vamos a aceptarla, debemos tratar el cristianismo con mucho más respeto *intelectual* del que solemos; debemos tratarlo como un tema que toca primordialmente al pensamiento, no al sentimiento del individuo. Las consecuencias de tal actitud son demasiado serias para que todos puedan aceptarlas, puesto que cuando la fe cristiana no sólo se siente, sino que se piensa, tiene resultados prácticos que pueden ser inconvenientes. Porque ver la fe cristiana de esta manera (y verla de esta manera no equivale necesariamente a aceptarla, sino solamente a comprender sus implicaciones

reales) significa ver que la diferencia entre la Idea de una Sociedad Neutral (que es la de la sociedad en que vivimos actualmente) y la Idea de una Sociedad Pagana (como la que aborrecen los sustentadores de la democracia) es, al fin y al cabo, intrascendente. No estoy examinando en este momento los medios para hacer realidad una Sociedad Cristiana; ni siquiera estoy procurando esencialmente hacerla parecer deseable; lo que sí me preocupa mucho es dejar en claro su diferencia respecto del tipo de sociedad en que actualmente vivimos. Ahora bien, toda persona pensante y consciente debe tener interés por entender la sociedad en que vive. Los términos actuales en que describimos nuestra sociedad, las comparaciones con otras sociedades para alabar la nuestra (las ‘Democracias Occidentales’) sólo funcionan como engaño y estupefaciente. Referirnos a nosotros mismos como a una Sociedad Cristiana, en contraste con Alemania o Rusia, es abusar de los términos. Solamente queremos decir que tenemos una sociedad en la que no se castiga a nadie por *profesar formalmente* el cristianismo; pero ocultamos de nosotros mismos el ingrato conocimiento de los verdaderos valores por los que vivimos. Más aún: ocultamos de nosotros mismos la semejanza de nuestra sociedad con las sociedades que execramos: porque si reconociéramos esa semejanza, tendríamos que admitir que los extranjeros lo hacen mejor. Y sospecho que nuestro horror por el totalitarismo contiene una buena dosis de admiración por su eficiencia.” (De *The Idea of a Christian Society* (1939), reproducido en “Christianity and Society”, *Selected Prose, op. cit.*, pp. 212-213.)

“Identificar cualquier forma particular de gobierno con el cristianismo es un error peligroso, porque confunde lo permanente con lo transitorio, lo absoluto con lo contingente. Las formas de gobierno y de organización social están en constante proceso de cambio, y su funcionamiento puede ser muy diferente de la teoría que se supone ejemplifican. Una teoría del Estado puede ser explícita o implícitamente anticristiana y puede atribuirse facultades que sólo la Iglesia tiene derecho a reclamar, o puede pretender decidir acerca de cuestiones morales sobre las cuales únicamente la Iglesia está calificada para pronunciarse. Por otra parte, en la práctica un régimen puede reclamar menos o más de lo que profesa, y nosotros debemos examinar sus obras, además de su constitución. No estamos seguros de que un régimen democrático pueda no ser tan contrario al cristianismo en la práctica como otro podría serlo en la teoría: el mejor gobierno debe estar relacionado con el carácter y con el grado de inteligencia y educación de un pueblo determinado en un determinado lugar y en una determinada época. Aquellos que piensan que una discusión sobre la naturaleza de una socie-

dad cristiana debe terminar apoyando una forma particular de organización política, deberían interrogarse acerca de si realmente creen que nuestra forma de gobierno es más importante que nuestro cristianismo; y aquellos que piensan que la actual forma de gobierno de Inglaterra es la más adecuada para cualquier pueblo cristiano, deberían preguntarse si no están confundiendo una sociedad cristiana con una sociedad en la que el cristianismo es tolerado.” (De *The Idea of a Christian Society* (1939), reproducido en “Church and State”, *Selected Prose, op. cit.*, p. 211.)

“(…) Justificar el cristianismo porque ofrece un fundamento de moralidad en lugar de mostrar la necesidad de la moralidad cristiana a partir de la verdad del cristianismo, es una inversión peligrosa; y debemos reflexionar que parte importante de la atención de los Estados totalitarios se ha dedicado, con una firme determinación que no siempre se halla en los Estados cristianos, a proporcionar a su vida nacional un fundamento de moralidad, erróneo tal vez, pero en mucho mayor cantidad. No es el entusiasmo sino el dogma lo que distingue a una sociedad cristiana de una sociedad pagana.

“Para especular sobre un posible orden cristiano en el futuro, es muy fácil tratar de apoyarse en una especie de visión apocalíptica de un siglo de oro de la virtud. Pero debemos recordar que el Reino de Cristo sobre la tierra jamás se realizará, y que siempre están en proceso de realizarse; debemos recordar que, cualquiera sea la reforma o revolución que llevemos a cabo, el resultado será siempre un sórdido travesti de lo que debería ser la sociedad humana, aunque el mundo nunca queda totalmente sin gloria. En una sociedad como la que imagino, como en cualquier otra que no esté petrificada, habrá innumerables semillas de decadencia. Cualquier esquema humano para la sociedad se realiza sólo cuando la gran masa de la humanidad se ha adaptado a él; pero esta adaptación conlleva también insensiblemente, una adaptación del propio esquema a la masa sobre la que opera: la aplastante presión de la mediocridad, indolente e invencible como un glaciar, mitigará la revolución más violenta y deprimirá la revolución más exaltada, y lo que se realiza es tan distinto del objetivo ideado por el entusiasmo que la previsión habría debilitado el esfuerzo.” (*Ibidem*, pp. 210-212)

### **Una comunidad cristiana**

“Para la gran masa de la humanidad, cuya atención está ocupada principalmente por su relación directa con la tierra, o el mar, o la máquina, y para un reducido número de personas, placeres y deberes, se requieren dos

condiciones. La primera es que, dada su pequeña capacidad de *pensamiento* respecto de los objetos de la fe, su cristianismo puede realizarse casi por entero en la conducta: tanto en su práctica religiosa habitual y periódica como en un código tradicional de conducta respecto de su prójimo. La segunda es que, si bien ellos deberían percibir en alguna forma cuán lejos están sus vidas de los ideales cristianos, su vida social y religiosa debería formar para ellos un todo natural, de modo que la dificultad de comportarse como cristianos no debería imponerles una tensión intolerable. Estas dos condiciones son realmente una sola, expresada de dos maneras distintas; están lejos de ser una realidad hoy en día.

“La unidad tradicional de la comunidad cristiana en Inglaterra es la parroquia. No estoy examinando aquí el problema de cómo debe modificarse radicalmente este sistema para adecuarse a un futuro estado de cosas. La parroquia está ciertamente en decadencia, y entre las diversas causas de ello la menos concluyente es la división en sectas: una razón mucho más importante es la urbanización, en la que incluyo también la suburbanización, y todas las causas y efectos de la urbanización. Hasta qué punto la parroquia *debe* ser superada dependerá, en gran medida, de nuestra visión de la necesidad de aceptar las causas que tienden a destruirla. En todo caso, la parroquia servirá para mis fines como ejemplo de unidad comunitaria. Porque esta unidad debe ser no solamente religiosa y no solamente social; tampoco debe el individuo ser miembro de dos unidades separadas o incluso traslapadas, una religiosa y la otra, social. La comunidad unitaria debe ser religioso-social, y en ella todas las clases, si éstas existen, tienen su centro de interés. Tal es el estado de cosas que ya no se hace realidad, en efecto, sino en tribus muy primitivas.

“Este es un objeto de preocupación no sólo en este país, sino que ha sido mencionado con preocupación por el extinto Sumo Pontífice, diciendo que no en un solo país, sino en todos los países civilizados, las masas de la población han ido haciéndose cada vez más ajenas al cristianismo. En una sociedad industrializada como la de Inglaterra me sorprende que la gente conserve tanto cristianismo. Para la gran mayoría de la gente (y no estoy pensando en las clases sociales, sino en los estratos intelectuales) la religión debe ser primordialmente un asunto de conducta y hábito, debe estar integrada a su vida social, a sus negocios y a sus placeres, y las emociones específicamente religiosas deben ser una especie de extensión y santificación de las emociones domésticas y sociales. Aun para el individuo más desarrollado y consciente que viva en este mundo, una orientación conscientemente cristiana del pensamiento y el sentimiento sólo puede producirse en momentos particulares durante el día y durante la semana, y tales

momentos en sí se presentan como consecuencia de hábitos formados; estar consciente, sin remisiones, de una alternativa cristiana y otra no cristiana en los momentos en que es preciso optar, impone una tensión muy fuerte. En una sociedad cristiana, la masa de la población no debe estar expuesta a un modo de vida en la que hay un conflicto demasiado agudo y frecuente entre lo que es fácil *para ellos* o lo que dictan las circunstancias y lo que es cristiano. La compulsión de vivir en tal forma que la conducta cristiana sólo sea posible en una cantidad limitada de situaciones es una presión muy poderosa en contra del cristianismo, ya que la conducta afecta potencialmente a la fe, como la fe a la conducta.

“No estoy presentando aquí a ningún cuadro idílico de la pequeña parroquia, antigua o actual, al tomar como norma la idea de un pequeño grupo, fundamentalmente autosuficiente y apegado a la tierra, cuyos intereses se centran en un lugar en particular, con una especie de unidad que puede diseñarse, pero que también debe crecer a través de las generaciones. Es la idea, o ideal, de una comunidad lo suficientemente pequeña como para constituir un nexo de relaciones personales directas, donde todas las iniquidades y torpezas tomarán la forma simple y fácilmente perceptible de relaciones erróneas entre una persona y otra. Pero en la actualidad ni siquiera la comunidad más pequeña, a menos que sea tan primitiva que presente rasgos objetables de otro carácter, es tan simple como eso; yo no estoy abogando por una total reversión hacia ningún estado de cosas anterior, real o idealizado. Este ejemplo parece no ofrecer solución al problema de la vida industrial, urbana y suburbana, que es la de la mayoría de la población. Podemos decir que en su organización religiosa la cristiandad ha permanecido fija en una etapa de desarrollo apropiada para una sociedad agrícola y pesquera simple, y que la organización material moderna (o si ‘organización’ resulta demasiado halagüeño, diremos ‘complicación’) ha dado nacimiento a un mundo para el cual las formas sociales cristianas están imperfectamente adaptadas. Aun si estamos de acuerdo en este punto, quedan dos simplificaciones sospechosas del problema. Una es insistir en que la única salvación para la sociedad consiste en regresar a un modo de vida más simple, eliminando todas las construcciones del mundo moderno de las que podemos prescindir. Este es un planteamiento extremista de la visión neoruskiana, que impulsó con mucho vigor el fallecido A. J. Penty. Si tomamos en cuenta la considerable determinación de la estructura social, esta política resulta utópica: si este modo de vida alguna vez desaparece, ello sucederá (como puede muy bien suceder a la larga) a raíz de causas naturales, y no por la voluntad moral de los hombres. La otra alternativa es aceptar el mundo moderno como es, y simplemente tratar de adaptar a él los ideales socia-

les cristianos. Esto último termina siendo una mera doctrina de la eficiencia; es una rendición de la fe en que el cristianismo puede de por sí cumplir un papel en la estructuración de las formas sociales. Y no se necesita una actitud cristiana para percibir que el sistema moderno de la sociedad contiene en sí muchas cosas que son inherentemente malas.” (De *The Idea of a Christian Society* (1939), reproducido en “A Christian Community”, *Selected Prose, op. cit.*, pp. 214-216.)

### **Cristianos o paganos**

“Vivimos actualmente en una especie de zona de calma entre vientos doctrinarios opuestos, en un periodo en que una filosofía política ha perdido su fuerza de convicción para la acción, aunque continúa siendo la única que puede servir de marco al discurso público. Esto es muy malo para la lengua inglesa; es este desorden (del que todos somos culpables), y no la insinceridad individual, el responsable de la vacuidad de muchas intervenciones políticas y religiosas. Basta con examinar la masa de los editoriales periodísticos, la masa de las exhortaciones políticas, para darse cuenta del hecho de que la buena prosa no puede ser escrita por gente sin convicciones. La principal objeción a la doctrina fascista, la que ocultamos de nosotros mismos porque podría condenarnos también a nosotros, en su paganismo. Hay además otras objeciones, en la esfera política y económica, pero no son objeciones que podamos hacer con dignidad antes de poner en orden nuestros propios asuntos. Hay aún otras objeciones, respecto de la opresión, la violencia y la crueldad, pero por más fuerte que lo sintamos, estas objeciones se refieren a los medios y no a los fines. Es verdad que a veces empleamos la palabra ‘pagano’ y en el mismo contexto nos autocalificamos de ‘cristianos’. Pero siempre eludimos el tema principal. Nuestros periódicos han hecho cuanto han podido respecto del truco distractor de la ‘religión nacional alemana’, excentricidad que después de todo no es más extravagante que algunos cultos que se practican en los países anglosajones: esta ‘religión nacional alemana’ es un consuelo en cuanto persuade de que *nosotros* tenemos una civilización cristiana; nos ayuda a enmascarar el hecho de que nuestros fines, tal como los de Alemania, son materialistas. Y lo último que deberíamos desear hacer sería examinar el ‘cristianismo’ que, en contextos como éste, decimos sostener.” (De *The Idea of a Christian Society* (1939), reproducido en “‘Christian’ or ‘Pagan?’”, *Selected Prose, op. cit.*, pp. 217-218.)

## Humanismo

“El núcleo de la filosofía del señor Babbitt es la doctrina del humanismo. En sus primeros libros podíamos aceptar esta idea sin análisis; pero en *Democracy and Leadership* (que me parece ser en este momento el resumen de su teoría) nos sentimos tentados a cuestionarla. El problema del humanismo está indudablemente relacionado con el problema de la religión. El señor Babbitt deja muy en claro, en diferentes puntos en todo el libro, que él no puede adoptar el punto de vista religioso, ello es, que no puede aceptar ningún dogma ni revelación; y que el humanismo es la alternativa frente a la religión. Esto trae consigo la pregunta: ¿Es esta alternativa algo más que un sustituto? Y si es un sustituto, ¿no lleva en sí misma relación con la religión que el ‘humanitarismo’ con el humanismo? ¿Es, a fin de cuentas, una visión de la vida que funcionará por sí misma, o es un derivado de la religión que funcionará sólo por un breve lapso en la historia, y sólo para unas cuantas personas sumamente cultivadas, como el señor Babbitt, cuyas tradiciones ancestrales, por lo demás, son cristianas, y que se encuentra, como muchas personas, a la distancia de más o menos una generación de la fe cristiana definida? En otras palabras: ¿durará más de una o dos generaciones?

“El señor Babbitt dice, respecto de los ‘representantes del movimiento humanitarista’, que

‘ellos desean vivir en el nivel naturalista, y al mismo tiempo disfrutar de los beneficios que el pasado esperaba lograr como resultado de alguna disciplina humanista o religiosa.’

“La definición es admirable, pero nos incita a preguntar si, cambiando unas cuantas palabras, no podríamos llegar a la siguiente definición de los humanistas: ‘ellos desean vivir en el nivel humanista, y al mismo tiempo disfrutar de los beneficios que el pasado esperó lograr como resultado de alguna disciplina religiosa’.

“Si esta transposición es justificada, significa que la diferencia es sólo de un paso: el humanitarista ha suprimido lo propiamente humano, y se queda con lo animal; el humanista ha suprimido lo divino, y se queda con un elemento humano que puede volver a descender rápidamente a lo animal desde donde procuró sacarlo.

“(…) El humanismo y la religión son, por tanto, hechos históricos de ningún modo paralelos; el humanismo ha sido esporádico y el cristianismo ha sido continuo. No tienen la menor importancia las conjeturas acerca del

posible desarrollo de las razas europeas sin el cristianismo, es decir, imaginar una tradición del humanismo equivalente a la actual tradición del cristianismo, ya que todo lo que podríamos decir es que seríamos seres muy diferentes, mejores o peores. Como nuestro problema es dar forma al futuro, sólo podemos hacerlo sobre la base de los materiales del pasado; debemos usar nuestra herencia en lugar de negarla. Las costumbres religiosas de la raza son aún muy fuertes en todas partes, en todas las épocas y para todas las personas. No hay costumbre humanista: me parece que el humanismo es apenas el estado mental de unas cuantas personas en unos pocos lugares y épocas.” (De “Humanism of Irving Babbit” en *Essays: Ancient and Modern*, *op. cit.*, pp. 78-80.)

“El humanismo es, o bien una alternativa frente a la religión, o bien su auxiliar. A mi modo de ver, siempre florece más cuando la religión ha sido fuerte; y si ustedes encuentran ejemplos de humanismo antirreligioso, o al menos opuesto a la fe religiosa de un lugar y una época, entonces tal humanismo es puramente destructivo, ya que nunca ha encontrado algo con qué reemplazar lo que ha destruido. Toda religión, ciertamente, está en permanente peligro de petrificación en simples rituales y costumbres, aunque los rituales y costumbres sean esenciales para la religión. Sólo se renueva y se refresca mediante el despertar del sentimiento y la nueva devoción, o por la razón crítica. Esta última puede ser parte del humanismo. Si es así, entonces la función del humanismo, aun siendo necesaria, es secundaria. No se puede transformar el humanismo en sí en una religión.” (*Ibidem*, pp. 83-84.)

### Tradición

“La tradición no es solamente, ni siquiera primordialmente, la mantención de determinadas creencias dogmáticas; tales creencias han llegado a su forma actual en el curso de la formación de una tradición. Lo que quiero decir con tradición incluye esas costumbres, hábitos y acciones habituales, desde el rito religioso más significativo hasta nuestra manera convencional de saludar a un desconocido, que representan el parentesco de sangre de ‘la misma gente que vive en el mismo lugar’. Implica gran parte de lo que puede llamarse *tabú*: el hecho de que esta palabra se use en nuestra época en un sentido puramente peyorativo es para mí una curiosidad no exenta de significación. Por lo general, tomamos conciencia de estos fenómenos, o conciencia de su importancia, sólo después de que han comenzado a caer en desuso, tal como estamos conscientes de las hojas de un árbol cuando el

viento de otoño comienza a arrancarlas, cuando por separado han perdido su vitalidad. En ese momento puede malgastarse energía en un desesperado intento por recoger las hojas a medida que caen y pegarlas en las ramas; pero el árbol sano dará hojas nuevas, y el árbol seco caerá bajo el hacha. Al apegarnos a una vieja tradición o tratar de restablecerla, siempre estamos en peligro de confundir lo vital con lo no esencial, lo real con lo sentimental. Nuestro segundo peligro es relacionar la tradición con lo inamovible, pensar en ella como en algo hostil al cambio, buscar el regreso a alguna condición anterior que imaginamos capaz de haberse conservado a perpetuidad, en lugar de procurar estimular la vida que produjo esa condición en su época.

“No nos conviene entregarnos a una actitud sentimental respecto del pasado. En primer lugar, incluso en la mejor tradición viviente siempre hay una mezcla de aspectos buenos y malos, y muchos aspectos dignos de crítica; además, la tradición no es solamente cuestión de sentimiento. Tampoco es seguro encerrarnos porfiadamente, sin un análisis muy crítico, en unos cuantos conceptos dogmáticos, ya que lo que en una época es una creencia saludable puede ser en otro periodo, a menos que se trate de una de las pocas cosas fundamentales, un prejuicio pernicioso. Tampoco debemos apegarnos a las tradiciones como una forma de afirmar nuestra superioridad sobre los pueblos menos favorecidos. Lo que podemos hacer es usar nuestra mente, recordando que una tradición sin inteligencia es algo que no vale la pena tener, para descubrir cuál es la mejor vida para nosotros, no como una abstracción política, sino como un pueblo particular en un lugar en particular; qué cosas del pasado vale la pena conservar y qué cosas habría que rechazar; y qué condiciones, dentro de nuestra capacidad de producirlas, promoverían la sociedad que deseamos.” (De *After Strange Gods* (1933), reproducido en “Tradition”, en *Selected Prose, op. cit.*, pp. 20-21.)

### **Reforma de la sociedad**

“Ningún esquema de cambio social puede presentarse de inmediato con un aspecto aceptable, excepto recurriendo a la falsedad, hasta que la sociedad haya alcanzado un grado tal de desesperación que esté dispuesta a aceptar cualquier cambio. Una sociedad cristiana se hace aceptable solamente después de haber examinado minuciosamente las alternativas. Por cierto, podríamos simplemente hundirnos en una decadencia apática: sin fe, y por consiguiente, sin fe en nosotros mismos; sin una filosofía de la vida, ya sea cristiana o pagana, y sin arte. O podríamos optar por una ‘democracia totalitaria’, que es diferente de otras sociedades paganas pero tiene

mucho en común con ellas, porque habremos cambiado paso a paso a fin de ponernos a tono con ellas: un estado de cosas en el que tendremos reglas y conformidad, sin respeto por las necesidades del alma individual; el puritanismo de una moralidad higiénica en interés de la eficiencia; uniformidad de opiniones con el auxilio de la propaganda, y un arte alentado solamente en la medida en que elogie las doctrinas oficiales de la época. Para aquellos que puedan imaginar tal perspectiva y, por consiguiente, sientan aversión por ella, podemos afirmar que la única posibilidad de control y equilibrio es un control y equilibrio religioso; que el único camino de esperanza para una sociedad dispuesta a esforzarse y a continuar sus actividades creativas en el arte y la civilización, es hacerse cristiana. Esta perspectiva implica, por decir lo menos, disciplina, inconvenientes e incomodidad, pero aquí y en adelante la alternativa del infierno es el purgatorio.” (De *The Idea of a Cristian Society* (1939), reproducido en “The Reformation of Society” en *Selected Prose, op. cit.*, pp. 209-210.)

### **Justicia social**

“Debo introducir una protesta explicativa contra el mal uso de un término corriente: ‘justicia social’. De su significado originario: ‘justicia en las relaciones entre los grupos o clases’, pasa a veces a significar una opinión particular de lo que esas relaciones tendrían que ser. Una línea de conducta, injusta desde el punto de vista de la justicia, puede llegar así a ser defendida por el hecho de representar una meta de ‘la justicia social’. El término ‘justicia social’ corre el peligro de perder su contenido racional, que sería reemplazado por una fuerte carga emocional. Creo que yo mismo he utilizado este término. Nadie debería usarlo, a menos de que estuviera preparado a definir con claridad el significado que le atribuye y a explicar por qué la considera justa.” (De *Notas para la definición de la cultura*, p. 19.)<sup>5</sup>

### **Educación**

“Los problemas de la educación suelen discutirse como si no tuvieran relación con el sistema social dentro del cual y para cuyos fines se educa. Esta es una de las causas más corrientes de que las respuestas no

---

<sup>5</sup> T. S. Eliot, *Notas para la definición de la cultura* (1948) (Barcelona; Editorial Bruquera, 1984).

sean satisfactorias. Un sistema educacional sólo puede tener significado dentro de un sistema social particular. Si la educación de hoy parece deteriorarse, si parece hacerse cada vez más caótica y carente de significado, ello se debe a que no tenemos un ordenamiento establecido y satisfactorio de la sociedad, y a que nuestras opiniones sobre el tipo de sociedad que deseamos son vagas y divergentes. La educación es un tema que no puede discutirse en el vacío: nuestras preguntas dan origen a nuevas preguntas, sociales, económicas, financieras, políticas. Y las presiones recaen en problemas incluso más esenciales que éstos: para saber lo que deseamos en educación, debemos saber lo que deseamos en general, debemos derivar nuestra teoría de la educación de nuestra filosofía de la vida. El problema resulta ser de carácter religioso.

“(...) El progreso (no me refiero a la extensión) de la educación durante varios siglos ha sido, por una parte, una deriva y, por otra, un impulso, porque la idea que ha tendido a predominar es la de *avanzar*. El individuo desea más educación, no sólo como instrumento para adquirir sabiduría, sino también para avanzar; la nación desea más para poder obtener lo mejor de otras naciones, la clase la desea para poder obtener lo mejor de otras clase, o al menos para mantener lo suyo frente a ellas. En consecuencia, la educación está relacionada con la eficiencia técnica, por una parte, y con el ascenso dentro de la sociedad, por la otra. La educación pasa a ser algo a lo que todos tienen ‘derecho’, incluso independientemente de su capacidad; y cuando todos la obtienen (para entonces, ciertamente, en forma adulterada y diluida), descubrimos en forma natural que la educación ya no es un medio infalible para salir adelante, y la gente se vuelve hacia otra falacia: la de ‘la educación para el ocio’, sin revisar su concepto de ‘ocio’. Tan pronto como se evapora este precioso motivo de snobismo, se pierde el acento sobre la educación: si ésta no va a significar más dinero ni más poder sobre los demás, ni una mejor posición social, ni siquiera un trabajo estable y respetable, pocas personas se molestarán en adquirirla. Ya que por mucho que la educación se deteriore, siempre va a exigir una buena dosis de trabajo. Y la mayoría de la gente no es capaz de disfrutar del ocio, esto es, del desempleo *más* un ingreso y una posición de respetabilidad, como no sea en formas bastante simples, tales como lanzar pelotas con la mano, con el pie, con máquinas o instrumentos de diversos tipos; jugar a las cartas, mirar perros, caballos o a otros hombres dedicados a cumplir hazañas de velocidad o destreza. El hombre sin educación, con la mente vacía, si está libre de preocupaciones financieras o de limitaciones estrechas y tiene acceso a los clubes de golf, salas de baile, etc., está por lo

visto, tan bien equipado para llenar satisfactoriamente sus ocios como lo está un hombre educado.” (De “Modern Education and the Classics” en *Essays: Ancient and Modern, op. cit.*, pp. 162-163.)

“La actitud liberal respecto de la educación es la que nos resulta más familiar. Puede sostener la opinión aparentemente inobjetable de que la educación no es una simple adquisición de hechos, sino un entrenamiento de la mente como instrumento para tratar con cualquier tipo de hechos, para razonar y para aplicar el entrenamiento obtenido en un área a nuevas áreas. Se infiere de ello que para la educación una materia es tan buena como otra; que el alumno debe seguir sus propias inclinaciones y dedicarse a cualquier tema que casualmente le interese mucho. El alumno que se dedica a la geología y el que se dedica a los idiomas pueden finalmente encontrarse a sí mismos en el trabajo. Se supone que si ambos han utilizado al máximo sus oportunidades y tienen igual capacidad, ambos serán igualmente aptos para su vocación y para la ‘vida’. Creo que la teoría según la cual la mente puede entrenarse igualmente bien en cualquier tema y que no tiene importancia la elección del tipo de hechos a adquirir, puede llegar demasiado lejos. Hay dos tipos de temas que, en una etapa temprana, ofrecen muy escaso entrenamiento para la mente. Uno es un tema que está más relacionado con las teorías y con la historia de las teorías que con el almacenamiento mental de la información y el conocimiento que sirven de base a las teorías: ese tema, muy popular, es la *economía*, que consiste en una cantidad de teorías complejas y contradictorias; es una disciplina que de ninguna manera se ha demostrado que sea una ciencia, que por lo general se basa en suposiciones ilícitas, hija bastarda que desconoce a su madre, la *ética*. Incluso la *filosofía*, cuando se divorcia de la *teología* y del conocimiento de la vida y de los hechos comprobables, es apenas un escuálido alimento, o una píldora que estimula por un momento, dejando tras sí sequedad y desilusión. El otro tipo de tema que proporciona entrenamiento indiferente es el que resulta demasiado detallado y particular, cuya relación con la actividad general del vivir no es evidente. Hay un tercer tema, igualmente malo como entrenamiento, que no pertenece a ninguna de las clases anteriores, pero es malo por sus propias razones: el estudio de la *literatura inglesa* o, para ser más amplios, el estudio de la literatura del propio idioma.

“Otra falacia de la educación liberal es que el alumno que va a la universidad debe dedicarse al tema que más le interesa. Para un pequeño número de alumnos ello es básicamente correcto. Incluso en una etapa muy temprana de la vida escolar podemos identificar a unos cuantos individuos que tienen una inclinación definida hacia uno u otro grupo de estudios. El

peligro para estos afortunados consiste en que, si se los deja abandonados a sí mismos, se sobreespecializarán e ignorarán por completo los intereses generales de los seres humanos. Por naturaleza, todos somos perezosos en una u otra forma, y es mucho más fácil encerrarnos en el estudio de los temas en que sobresalimos. Pero la gran mayoría de la gente que ha de educarse carece de inclinaciones muy fuertes para especializarse porque no posee talentos ni gustos definidos. Los que tienen una mente más curiosa y vivaz tenderán al estudio superficial. Nadie llegará a ser verdaderamente educado sin haber seguido algún estudio que no le interesaba, ya que una parte de la educación consiste en *aprender a interesarnos* en temas para los que no tenemos aptitudes.

“La doctrina de estudiar el tema que nos agrada (y para muchos jóvenes en proceso de desarrollo esto significa con frecuencia sólo lo que les agrada en el momento) es desastrosa, sobre todo para aquellos cuyos intereses entran en el campo de las lenguas modernas o de la historia, y peor aún para aquellos que sueñan con llegar a ser escritores. Porque son éstas las personas (y las hay en abundancia) para quienes la carencia del latín y el griego es más desafortunada. Los que tienen un verdadero genio para la adquisición de estas lenguas muertas son muy escasos, y es muy probable que por su propia decisión se dediquen a los estudios clásicos, si se les ofrece tal oportunidad. Pero somos muchos más los que tenemos talento para las lenguas modernas o para nuestra propia lengua, o para la historia, con una capacidad muy moderada para aprender latín y griego. Escasamente podría esperarse de nosotros que ya en la adolescencia comprendamos que sin el fundamento del latín y el griego nuestro dominio de esas otras materias siempre será limitado.

“Ahora bien, mientras el *liberalismo* cometió el disparate de imaginar que una materia era tan buena como otra para el estudio, y que el latín y el griego simplemente *no son mejores* que muchas otras, el *radicalismo* (descendiente del liberalismo) desecha esta actitud de tolerancia universal y declara que el latín y el griego son materias de menor importancia. El liberalismo había incitado la curiosidad superficial. Nunca antes se había puesto tanta información miscelánea al alcance de todos, en grados de simplificación adaptados para la capacidad de asimilación de todos. Los entretenidos epítomes del señor H.G. Wells dan testimonio de su popularidad; los nuevos descubrimientos se dan a conocer al mundo entero de inmediato; y todos saben que el universo está en expansión o en contracción. Dentro de la amplia curiosidad que existe respecto de tales novedades, una gran cantidad de gente, entre ellos muchas personas pobres y meritorias, creen estar mejorando su mente o dedicando sus momentos de ocio a una ocupación

loable. Entonces el radicalismo procede a organizar los ‘temas vitales’ y a rechazar lo que no es vital. Un crítico literario moderno que ha obtenido bastante publicidad por su crítica marxista de la literatura nos ha dicho que los verdaderos hombres de nuestro tiempo son los Lenin, los Trotski, los Gorki y los Stalin; también los Einstein, los Planck y los Hunt Morgan. Para este crítico, *conocimiento* significa ‘en primer lugar el conocimiento científico del mundo que nos rodea y de nosotros mismos’. Puede darse a esta declaración una interpretación respetable, pero me temo que el crítico se refería solamente a lo que esto significa para el hombre de la calle. Por ‘conocimiento científico del mundo que nos rodea’ *no* alude a la comprensión de la vida. Por conocimiento científico de nosotros mismos *no* entiende el autoconocimiento. Resumiendo: en tanto que el liberalismo no sabía lo que quería de la educación, el radicalismo sí lo sabe; y lo que desea no es lo correcto.” (*Ibidem*, pp. 167-171.)

“(…) Estoy tratando de señalar ahora la defensa *fundamental* del latín y el griego, no meramente de dar a ustedes una colección de excelentes razones para estudiarlos, razones que ustedes pueden hallar por sí mismos. Hay dos, y solamente dos, hipótesis finalmente sostenibles acerca de la vida: la católica y la materialista. La defensa del estudio de las lenguas clásicas debe apoyarse en última instancia en su relación con la primera, tal como la defensa de la primacía de la vida contemplativa por sobre la vida activa. Relacionar a los clásicos con un torismo sentimental, salas de alianzas, citas de los clásicos en la Cámara de los Comunes, es darles una justificación débil, pero apenas si más débil que una defensa sobre la base de una filosofía del humanismo, ello es, con una tardía acción de la retaguardia que procura detener el progreso del liberalismo justo antes de que termine su marcha: una acción, por lo demás, emprendida por tropas que ya están semi liberalizadas ellas mismas. Hace ya tiempo que es hora de disociar la defensa de los clásicos de objetos que, por excelentes que sean en determinadas condiciones y circunstancias, son de importancia relativa (un sistema tradicional de escuelas públicas, un sistema universitario tradicional, un orden social en decadencia), y sean permanentemente asociados con aquello a lo que pertenecen a algo permanente: la fe cristiana histórica.” (*Ibidem*, pp. 171-172.)

“(…) Como lo saben solamente los católicos y los comunistas, *toda* educación debe ser en última instancia educación religiosa. No quiero decir con ello que la educación deba limitarse a los postulantes a sacerdotes o a los rangos superiores de la burocracia soviética; quiero decir que la jerar-

quía de la educación debe ser una jerarquía religiosa. Las universidades han llegado demasiado lejos en su secularización; han perdido por demasiado tiempo toda premisa fundamental común acerca de para qué es la educación, y son demasiado grandes. Podría esperarse que eventualmente vayan a la zaga, o que sean relegadas a la conservación como curiosos restos arquitectónicos; pero no puede esperarse que sean guías.” (*Ibidem*, p. 173.)

“Por cierto, es perfectamente posible que el futuro no nos reserve ni una civilización cristiana ni una civilización materialista. Es perfectamente posible que el futuro no nos reserve más que caos o entumecimiento. En tal caso, no me interesa el futuro; sólo me interesan las dos alternativas que me parecen dignas de interés. Aquí me preocupan únicamente los lectores que están dispuestos a preferir una civilización cristiana en caso de que se vieran forzados a elegir; y estoy instando únicamente a los lectores que desean ver surgir y desarrollarse una civilización cristiana a que vean la importancia de estudiar latín y griego. Si el cristianismo no va a sobrevivir, no me importará que los textos en lengua latina y griega lleguen a ser más impenetrables y olvidados que los escritos en lengua etrusca. Y la única esperanza que veo para el estudio del latín y el griego, en el lugar adecuado y por las razones correctas, es el renacimiento y la expansión de las órdenes monásticas educadoras. Hay otras razones, y de muchísimo peso, para desear ver renacer la vida monástica en toda su variedad, pero la mantención de la educación cristiana no es la menor de ellas.” (*Ibidem*, pp. 173-174.)

“(…) En el mundo con que un joven se encuentra, una determinada trayectoria educativa puede responder exactamente a sus necesidades para desarrollar sus dotes personales e ir, sin embargo, en perjuicio de su capacidad para ganarse la vida. La educación de un joven para que se integre en una democracia, si se trata de una democracia verdadera, es una adaptación necesaria del individuo al medio; pero si no se trata de un sistema democrático, convierte al discípulo en un instrumento de la transformación social que pretende el educador, y eso no es educación sino algo muy diferente.” (*De Notas para la definición de la cultura, op. cit.*, p. 150.)

“(…) Cualquier sistema educativo que se propusiera un total acoplamiento entre educación y sociedad tendería tanto a restringir la educación a aquello que condujera al éxito social como a restringir el éxito social a aquellas personas que hubieran sido buenos discípulos del sistema. No es muy alentadora la perspectiva de una sociedad gobernada y dirigida exclusivamente por los que hubieran pasado determinados exámenes o satisfecho

tests ideados por psicólogos. Si bien daría oportunidades a talentos hasta entonces eclipsados, probablemente eclipsaría a otros y reduciría a la impotencia a algunos que hubieran podido prestar grandes servicios. Además, el ideal de un sistema uniforme con unas características tales que nadie con posibilidad de recibir una educación superior deje de obtenerla, conduce imperceptiblemente a que se eduque a un número de personas demasiado elevado, lo que trae como consecuencia que la educación descienda hasta el nivel al que pueda llegar ese crecido número de candidatos.” (*Ibidem*, p. 154.)

“La teoría de la igualdad de oportunidades que se asocia con la creencia de que la superioridad es siempre superioridad del entendimiento, y de que puede idearse algún método infalible para detectar la inteligencia y un sistema que la alimente indefectiblemente, obtiene un refuerzo emocional en la creencia en los Milton acallados y oscuros. Este mito supone que hay gran número de talentos de primer orden (no sólo talentos, sino genios) que se desaprovechan por falta de educación. Y que, en cualquier caso, aunque fuera uno solo el Milton en potencia acallado por faltarle la educación, merecería la pena trastornar todo el sistema educativo con tal de que no volviera a suceder. (Podría resultar muy desconcertante tener muchísimos Milton y Shakespeare, pero es un peligro remoto.) Para hacerle justicia a Thomas Gray, hemos de acordarnos del último y mejor verso de la estrofa y pensar que quizás nos hemos librado también de algún Cronwell culpable de que en su patria se derramara sangre. La idea de que hemos perdido a varios Milton y Cronwell a causa de nuestra tardanza en disponer de un sistema educativo estatal extenso no puede ni demostrarse ni refutarse, pero ejerce una poderosa atracción sobre muchos espíritus reformistas apasionados.” (*Ibidem*, pp. 156-157.)

“(…) Lo importante es recordar que la ‘educación a medias’ es un fenómeno moderno. En épocas anteriores no podía decirse que la mayoría había sido ‘educada a medias’ o mínimamente educada, porque la gente tenía la educación precisa para las funciones que se le encomendaban. Sería incorrecto referirse a un miembro de una sociedad primitiva o a un diestro labrador de cualquier época como a personas medio educadas, poco educadas o mínimamente educadas. En el sentido moderno, ‘educación’ implica una sociedad desintegrada, en la que se ha llegado al convencimiento de que tiene que existir una medida de educación de acuerdo con la cual uno está educado en mayor o menor grado. A partir de ese momento, la educación se ha convertido en una abstracción.

“Una vez hemos llegado a esa abstracción, alejada de la vida real, es fácil llegar a la conclusión, ya que todos estamos de acuerdo en que hay una ‘crisis cultural’, de que la educación generalizada es el medio que tenemos que emplear para volver a recomponer la civilización. Ahora bien, mientras por ‘educación’ entendamos todo lo que contribuye a la formación de un buen ciudadano en una buena sociedad, estamos de acuerdo, aunque no hallemos la conclusión por ningún lado; pero si llegamos a entender por ‘educación’ ese limitado sistema de enseñanza que controla el Ministerio de Educación (o intenta controlar), entonces el remedio es manifiesta y ridículamente inadecuado.” (*Ibidem*, p. 161.)

“(…) Existe, asimismo, el peligro de que la educación, que está realmente bajo la influencia de la política, asuma la reforma y la dirección de la cultura, en vez de ocupar su lugar como una de las actividades a través de las cuales la cultura se realiza a sí misma. Esta no puede acceder a la conciencia en su totalidad y la cultura de la que somos conscientes no representa toda la cultura: la cultura efectiva es lo que gobierna las actividades de los que están manipulando lo que ellos llaman cultural.” (*Ibidem*, p. 163.)

### **Cultura**

“El término *cultura* admite distintas asociaciones según estemos pensando en el desarrollo de un individuo, de un grupo o clase, o de una sociedad entera. Forma parte de mi tesis que la cultura de un individuo depende de la cultura de un grupo o clase, y que la de un grupo o clase depende de la sociedad a la que pertenece. Por consiguiente, lo fundamental es la cultura de la sociedad y el significado de la palabra ‘cultura’ en relación a toda la sociedad es lo que, en primer lugar, ha de examinarse.” (*Ibidem*, p. 27.)

“(…) Sabemos que los buenos modales, sin estudio, inteligencia o sensibilidad, tienden a convertirse en mero automatismo; que la erudición, sin buenos modales o sensibilidad, es pedantería; que la habilidad intelectual, sin otros atributos más humanos, es admirable sólo en la medida en que lo es la brillantez de un niño prodigio del ajedrez; y que las artes, sin contexto intelectual, son pura vanidad. Y así como no encontramos la cultura en una sola de esas perfecciones, tampoco hay que esperar que alguien sea experto en todas ellas; habrá que inferir que el individuo completamente culto es un fantasma, y tendremos que buscar la cultura, no en un individuo

o un grupo de individuos, sino en sectores más y más extensos, y al final acabaremos encontrándola en el modelo de la sociedad como conjunto. Esta reflexión me parece obvia, pero a menudo se pasa por alto. Las personas siempre están dispuestas a considerarse a sí mismas cultas basándose en una determinada habilidad, cuando lo cierto es que no sólo carecen de las demás, sino que son ciegas a esa carencia. Cualquier clase de artista, incluso un gran artista, no es por ello un hombre de cultura. Los artistas no sólo son con frecuencia insensibles a las partes que no practican, sino que a veces tienen muy malos modales y escasas dotes intelectuales. Una persona que contribuye a la cultura, por muy importante que sea su contribución, no siempre es una 'persona culta'." (*Ibidem*, pp. 30-31.)

"A medida que una sociedad evoluciona hacia una complejidad y diferenciación de funciones, es decir, surge la cultura de clase o grupo. Creo que no puede ponerse en duda que en cualquier sociedad futura, como en todas las sociedades civilizadas del pasado, existirán estos diferentes niveles. Me parece que ni el más acérrimo defensor de la igualdad social puede negarlo. La divergencia de opiniones gira en torno a si la transmisión de la cultura de grupo debe hacerse por herencia, es decir, si cada nivel cultural debe propagarse a sí mismo, o si podemos albergar la esperanza de que se encuentre algún mecanismo de selección tal que cada individuo, en el momento oportuno, se sitúe en el nivel cultural más alto para el que sus aptitudes naturales lo capaciten." (*Ibidem*, p. 33.)

"Si bien parece claro que el progreso de la civilización conllevará la aparición de grupos culturales más especializados, tal evolución no está exenta de peligros. La especialización cultural puede tener como consecuencia una desintegración de la cultura, y ésta es la desintegración más radical que una sociedad pueda sufrir. No es el único tipo ni el único aspecto bajo el cual estudiar la desintegración, pero, tanto si es la causa como el efecto, la desintegración cultural es la más grave y la más difícil de recomponer. (Estamos, por supuesto, haciendo hincapié en la cultura de la sociedad.) No debe confundirse con otra enfermedad, la osificación en una casta de lo que probablemente en su origen sólo fue una jerarquía de funciones, como sucedió en la India, aunque es posible que ambas enfermedades afecten en cierto grado a la sociedad británica actual. La desintegración cultural aparece cuando dos o más estratos se separan hasta tal punto, que se convierten de hecho en distintas culturas, y también cuando la cultura del grupo superior se rompe en pedazos, cada uno de los cuales representa una única actividad cultural." (*Ibidem*, p. 34.)

“(…) Si nos tomamos en serio la cultura, vemos que la gente no sólo necesita comida suficiente (aunque, al parecer, no somos capaces de asegurar ni siquiera eso), sino también una *cuisine* adecuada y propia.” (*Ibidem*, p. 36.)

“(…) Tal vez lo que nos induzca a considerar la religión y la cultura dos cosas separadas es la historia de la penetración de la religión cristiana en la cultura grecolatina, la cual tuvo profundos efectos tanto sobre esa cultura como sobre el rumbo que tomó la evolución del pensamiento cristiano y su práctica. Sin embargo, la cultura con la que entró en contacto el cristianismo antiguo (así como el medio en que nació) era una cultura religiosa en decadencia. Así, si creemos que una misma religión puede alimentar a varias culturas, podemos preguntarnos cómo es posible que una cultura nazca, o perviva, sin una base religiosa. Podemos ir más lejos y preguntarnos si lo que llamamos cultura y religión de un pueblo no son sino aspectos diferentes de una misma cosa, siendo la cultura, en esencia, la encarnación, por así decirlo, de la religión de un pueblo.” (*Ibidem*, pp. 37-38.)

“(D)esde un punto de vista cultural o religioso, uno de los rasgos característicos de desarrollo es la aparición del ‘escepticismo’, término por el cual no entiendo infidelidad o destructividad (y menos aún falta de fe debida a la pereza mental), sino hábito de analizar la evidencia y capacidad para aplazar decisiones. El escepticismo es indicio de un elevado nivel de civilización, a pesar de que, cuando deriva en pirronismo, constituye una de las causas por las que aquella puede morir. Si el escepticismo es fuerza, el pirronismo es flaqueza, porque necesitamos fuerza no sólo para diferir una decisión, sino también para tomarla.” (*Ibidem*, p. 39.)

“Para comprender la teoría de la religión y la cultura que he intentado exponer en este capítulo, hemos de procurar no caer en dos errores contrapuestos: concebir la religión y la cultura como dos cosas separadas entre las que hay una relación, e identificarlas. En un momento dado, me he referido a la cultura de un pueblo como la encarnación de su religión, y aunque soy consciente de la temeridad de emplear término tan exaltado, no se me ocurre otro que exprese con tanta claridad el deseo de evitar el de relación, por un lado, y el de identificación, por otro. La verdad, la parte de verdad o la falsedad de una religión, no depende de los logros culturales de los pueblos que la profesan ni es algo susceptible de ser comprobado con exactitud. Porque aquello en lo que se dice que un pueblo cree, según se desprende de su comportamiento, es siempre, como he dicho, muchísimo

más y muchísimo menos que la fe que practican reducida su esencia. Por otro lado, un pueblo cuya cultura se ha desarrollado junto con una religión parcialmente verdadera puede vivir esa religión (por lo menos en algún periodo de su historia) con más fidelidad que otro cuya fe sea más verdadera. Sólo cuando imaginamos cómo sería nuestra cultura si nuestra sociedad fuera realmente cristiana, podemos atrevernos a hablar de la superioridad de la cultura cristiana, y sólo podemos afirmar que es la más elevada que el mundo ha conocido jamás cuando hacemos referencia a todas las fases de esa cultura, que ha sido la de Europa. Si la comparamos, tal como es en la actualidad, con la de pueblos no cristianos, debemos prepararnos a descubrir que en algunos aspectos la nuestra es inferior.” (*Ibidem*, pp. 44-45.)

“Así pues, entiendo por ‘cultura’, en primer lugar, lo mismo que los antropólogos: el modo de vida de un determinado pueblo que vive reunido en un mismo sitio. Esa cultura se manifiesta en sus artes, su sistema social, sus hábitos y costumbres, su religión. Pero la combinación de estos elementos no constituye la cultura, aunque a menudo, por conveniencia, hablemos como si así fuera. Esas cosas son simplemente las partes en que se puede atomizar la cultura, como las partes de un cuerpo humano. Pero del mismo modo que un cuerpo es algo más que la unión de sus partes constituyentes, la cultura es algo más que la unión de las artes, costumbres y creencias religiosas. Estos elementos actúan unos sobre otros y para comprender uno de ellos hay que comprenderlos todos. Ahora bien, indudablemente existen culturas superiores y culturas inferiores, y las primeras se caracterizan por la diferenciación de funciones, de modo que se puede hablar de estratos más o menos culturizados y, en última instancia, de individuos excepcionalmente culturizados. La cultura de un artista o de un filósofo es distinta de la de un minero o un labrador; la cultura de un poeta será algo distinta de la de un político; pero en una sociedad sana todas forman parte de una misma cultura, y el artista, el poeta, el filósofo, el político y el labrador poseen una cultura en común que no comparten con otras personas que desempeñan los mismos oficios en otros países.” (*Ibidem*, pp. 183-184.)

“La fuerza dominante en la creación de una cultura común entre distintos pueblos es la religión. No cometan aquí, por favor, el error de anticiparse a lo que quiero decir. Esto no es una charla religiosa y no me propongo convertir a nadie. Estoy simplemente constatando un hecho. En la actualidad estoy poco interesado en la comunión de los creyentes cristianos. Yo hablo de la tradición cristiana común que ha hecho de Europa lo que es, y de los elementos culturales comunes que ese cristianismo ha

traído consigo. Si mañana se convirtiera al cristianismo, no pasaría por ello a formar parte de Europa. Nuestras artes se han desarrollado dentro del cristianismo, en él se basaban hasta hace poco las leyes europeas. Todo nuestro pensamiento adquiere significado por los antecedentes cristianos. Un europeo puede no creer en la verdad de la fe cristiana, pero todo lo que dice, crea y hace, surge de su herencia cultural cristiana y sólo adquiere significado en relación a esa herencia. Sólo una cultura cristiana ha podido producir un Voltaire o un Nietzsche. No creo que la cultura europea sobreviviera a la desaparición completa de la fe cristiana. Y estoy convencido de ello, no sólo como cristiano, sino como estudiante de biología social. Si el cristianismo desaparece, toda nuestra cultura desaparecerá con él. Tendríamos entonces que comenzar penosamente de nuevo. No es posible adoptar una nueva cultura ya confeccionada. Uno ha de esperar a que crezca la hierba que alimentará a las ovejas que darán la lana con la que se hará un abrigo nuevo. Hay que pasar a través de muchos siglos de barbarie. No viviríamos para ver la nueva cultura, ni tampoco los nietos de los nietos de nuestros nietos, y en el caso de que llegásemos a verla, no seríamos felices en ella.” (*Ibidem*, pp. 185-186.)

### **Cultura: clases sociales y elites**

“(…) Debemos tratar de recordar que en una sociedad sana, el mantenimiento de determinado nivel cultural beneficia no sólo a la clase encargada de mantenerlo, sino a toda la sociedad. Ser conscientes de este hecho impedirá que supongamos que la cultura de una clase ‘superior’ es algo superfluo para el resto de la sociedad o algo que debería ser equitativamente compartido por las otras clases. Tendría además que recordarse a la clase ‘superior’, en la medida en que existe, que la supervivencia de la cultura en la que está particularmente interesada depende de la salud de la cultura del pueblo.

“Que una sociedad articulada de este modo está lejos de ser el modelo más perfecto al que podemos aspirar se ha convertido en un tópico del pensamiento contemporáneo. Sin embargo, ya está ciertamente en la naturaleza de las cosas que una sociedad progresista llegue a superar esas divisiones; por consiguiente, llegar a conseguir una sociedad sin clases es un deber que nos incumbe a todos. Pero, aunque por lo general se supone que las clases, en cualquier sentido que guarde relación con el pasado, desaparecerán, la actual opinión de algunas de las mentes más avanzadas es que deben reconocerse ciertas diferencias cualitativas entre los individuos, y

que los individuos superiores tienen que integrarse en grupos adecuados, investidos con el poder necesario y quizá con diferentes emolumentos y distinciones. Estos grupos, compuestos de individuos capacitados para las funciones del gobierno y la administración, dirigirán la vida pública de la nación y a esos individuos se les llamará líderes. Habrá grupos encargados del arte, otros de la ciencia y otros de la filosofía, así como grupos formados por hombres de acción. Esos grupos serán lo que llamamos elites.

“(…) Hay ciertos filósofos que juzgan intolerable la división en clases, otros la consideran simplemente moribunda. Los últimos, en su plan para una sociedad gobernada por elites, se limitan a ignorar las clases y dicen que las elites ‘procederán de todas las capas de la sociedad’. Pero parece que, a medida que se vayan perfeccionando los métodos para identificar a una edad temprana a los individuos que formarán las elites, educarlos con vistas a su papel futuro y situarlos en puestos de autoridad, las anteriores distinciones de clase quedarán en mera sombra o vestigio, y la única distinción del rango social será la que se establezca entre las elites y el resto de la comunidad, a menos que, como bien podría suceder, haya un orden de precedencia y prestigio entre las distintas elites.

“Por muy moderada y discreta que se presente la doctrina de las elites, implica una transformación radical de la sociedad. En apariencia, parece aspirar a algo que todos estamos obligados a desear: que todos los puestos de la sociedad estén ocupados por los más capacitados para ejercer las funciones inherentes a esos puestos. Todos nos hemos encontrado con individuos ocupando puestos para los que no los califican ni su carácter ni su capacidad intelectual, que deben su situación a una educación meramente nominal, a su nacimiento o a sus parientes. No hay hombre honesto al que no irrite semejante espectáculo. Pero la doctrina de las elites implica mucho más que la rectificación de esa injusticia. Propone una visión atómica de la sociedad.” (*Ibidem*, pp. 50-52.)

“(…) En algún momento he sugerido que la creciente debilidad de nuestra cultura se debe, en parte, al progresivo aislamiento de las elites entre sí, de modo que la elite política, la filosófica, la artística y la científica están separadas unas de otras, lo que representa una gran pérdida para todas ellas, no sólo por la paralización de la circulación general de ideas, sino también por la falta de esos contactos e influencias mutuos a un nivel menos consciente que son quizá más importantes aún que las ideas. El problema de la formación, preservación y desarrollo de las elites es, por

consiguiente, también el de la formación, preservación y desarrollo de la elite (...).” (*Ibidem*, pp. 53-54.)

“El principal canal de transmisión de cultura es la familia. No hay hombre que escape por completo a la clase o supere el nivel cultural que adquirió en su primer ambiente. Sería absurdo afirmar que ése es el único canal de transmisión. En una sociedad de cierta complejidad es sustituido y continuado por otras vías de la tradición. Es así incluso en sociedades relativamente primitivas.” (*Ibidem*, p. 61.)

“Yo afirmaré que en una sociedad robusta estarán presentes la clase y la elite, con ciertas coincidencias y con una constante interacción entre ellas. Una elite, si es una elite dirigente, y mientras el impulso natural a transmitir a la propia descendencia el poder y el prestigio no se controle artificialmente, tenderá siempre a consolidarse como clase.” (*Ibidem*, p. 62.)

“(…) Sería una locura negar que en una determinada fase del desarrollo de un país y con un propósito limitado, una elite puede llevar a cabo una excelente labor. Puede salvar, reformar o revitalizar la vida de una nación derrocando a un grupo gobernante anterior, el cual, por contraste con ella misma, sería una clase. Tales cosas han sucedido; pero tenemos pocas pruebas de la perpetuación de un gobierno de elite, y las que tenemos no son satisfactorias.” (*Ibidem*, p. 64.)

“Por lo que respecta a una sociedad con estructura de clases, la afirmación de que constituye, en cierto sentido, la sociedad natural se ve prejuizada si nos dejamos hipnotizar por los términos opuestos: aristocracia y democracia. Si empleamos esos términos de un modo antitético, falseamos por completo el problema. Lo que yo he expuesto no supone una ‘defensa de la aristocracia’, un énfasis en la importancia de un órgano de la sociedad. Se trata más bien de un alegato por una forma de sociedad en la que la aristocracia tenga una función peculiar y esencial, tan peculiar y esencial como la de cualquier otro sector de esa sociedad. Lo importante es una estructura social en la que haya, de ‘arriba’ ‘abajo’, una gradación continua de niveles culturales. Es esencial recordar que no debemos considerar a las capas superiores como poseedoras de más cultura que las inferiores, sino como representantes de una cultura más consciente y más especializada. Me inclino a creer que ninguna democracia verdadera puede mantenerse a menos que contenga estos diferentes niveles culturales. Los niveles de cultura pueden también considerarse como niveles de poder, en

la medida en que un grupo más reducido con un nivel cultural más alto ostentará el mismo poder que otro más extenso con un nivel cultural más bajo, porque puede argüirse que una igualdad completa significa una irresponsabilidad universal y, en una sociedad como la que yo concibo, cada individuo heredará una mayor o menor responsabilidad hacia la comunidad de acuerdo con la posición social que haya heredado; cada clase tendrá, pues, responsabilidades distintas en cierta medida. Una democracia en la que todos tuvieran las mismas responsabilidades en todo sería opresiva para los más conscientes y excesivamente relajada para los demás.

“(…) Si estamos de acuerdo en que el principal vehículo de transmisión de cultura es la familia y que debe haber, en una sociedad con un alto grado de civilización, diferentes niveles culturales, se inferirá que, para asegurar esa transmisión en esos diferentes niveles, es preciso que haya grupos de familias que de generación en generación mantengan el mismo modo de vida (...) No es buena ni una sociedad sin clases ni una sociedad con barreras sociales estrictas e impenetrables.” (*Ibidem*, pp. 68-69.)

### **Cultura: unidad y diversidad**

“(U)n pueblo, para que florezca su cultura, no tiene que estar ni demasiado unido ni demasiado dividido. Un exceso de unidad puede deberse a la barbarie y desembocar en la tiranía; un exceso de división puede deberse a la decadencia y desembocar igualmente en la tiranía: ambos excesos obstaculizarían el desarrollo de la cultura.” (*Ibidem*, p. 74.)

“(…) Es importante que un hombre se sienta no sólo ciudadano de una determinada nación, sino también de una determinada zona de su país y que tenga fidelidades locales, las cuales provienen, al igual que la lealtad a una clase, de la lealtad a la familia.” (*Ibidem*, p. 75.)

“(…) En general, parece que lo mejor sería que la inmensa mayoría de seres humanos vivieran en su lugar de nacimiento. La lealtad familiar, de clases y local se respaldan mutuamente, y, si una de ellas decae, las otras se resienten.” (*Ibidem*, p. 76.)

“(…) Un país en el que las diferencias han ido demasiado lejos es un peligro para sí mismo. Uno que está demasiado unido, sea por naturaleza o por planificación, para un propósito honesto o para el fraude y la opresión, es una amenaza para los demás. Hemos visto en Italia y Alemania que una

unidad con metas político-sociales impuesta por la violencia y con excesiva rapidez ha tenido para ambas naciones consecuencias desastrosas.” (*Ibidem*, p. 86.)

“(…) Por otra parte, no podemos renunciar por completo a la idea de una cultura mundial. Aunque nos contentemos con el ideal de una ‘cultura europea’, no somos, sin embargo, capaces de establecer fronteras definidas. La cultura europea tiene un área, pero no tiene límites fijos y no se pueden construir murallas chinas. El concepto de una cultura europea estrictamente autónoma sería tan nefasto como el de una cultura nacional estrictamente autónoma. Sería en definitiva tan absurdo como la idea de preservar incontaminada la cultura local de un condado o pueblo de Inglaterra. Por consiguiente, estamos obligados a mantener el ideal de una cultura mundial, al tiempo que admitimos que se trata de algo inimaginable. Únicamente podemos concebirlo como el resultado lógico de las relaciones entre culturas.” (*Ibidem*, p. 90.)

“(P)odemos defender la concepción de una cultura nacional, cuya vitalidad procede de las culturas de las distintas regiones, dentro de las cuales hay otras unidades culturales más pequeñas con sus propias características locales.” (*Ibidem*, p. 96.)

“(…) La cristiandad tiene que ser una; la forma de organización y el emplazamiento de los poderes de esa unidad es una cuestión sobre la que no podemos pronunciarnos. Dentro de esa unidad tendría que haber un eterno conflicto entre las ideas, pues sólo mediante la lucha contra la constante aparición de falsas ideas se extiende y clarifica la verdad, y la ortodoxia evoluciona de acuerdo con las necesidades de su tiempo únicamente mediante la lucha con la herejía. Debería también haber un esfuerzo continuado de cada región para modelar su propio cristianismo, esfuerzo que nunca tendría ni que ser suprimido del todo ni ser dejado en una libertad completa. El temperamento local debe expresar su peculiaridad a través de su forma de cristianismo, y así debe hacerlo también la clase social, de modo que florezca la cultura propia de cada área y clase, aunque con una fuerza que mantenga unidas las distintas regiones y clases. Si esa fuerza correctora, encargada de uniformar las creencias y la práctica religiosas, falta, la cultura de esos sectores se verá perjudicada. Ya hemos visto que la cultura de una nación prospera con la prosperidad cultural de sus componentes, tanto geográficos como sociales, pero también que necesita formar parte de una cultura más amplia, la cual requiere a su vez el ideal supremo, por muy

irrealizable que resulte, de una ‘cultura mundial’, en un sentido diferente del que llevan implícito los proyectos de los federalistas mundiales. Sin una fe común, todos los esfuerzos para una mayor unificación cultural de las naciones sólo producirán una ilusión de unidad.” (*Ibidem*, p. 120-121.)

“Podemos suponer, creo yo, que en una sociedad muy articulada, el ejercicio de la política y el interés activo en los asuntos públicos, no será una ocupación practicada por todo el mundo, o no en el mismo grado, y que no todos los individuos deberán, excepto en los momentos de crisis, estar implicados en la dirección de la nación. En una sociedad saludablemente regional los asuntos de Estado tendrían que ser tarea de todos, o de una gran mayoría, únicamente dentro de grupos sociales muy reducidos, y tarea de un número de individuos progresivamente menor en grupos más extensos, dentro de los cuales están incluidos los más reducidos. En una sociedad saludablemente estratificada los asuntos de Estado serán una responsabilidad desigualmente compartida: aquellos que hayan heredado privilegios especiales y cuyo interés por sí mismos y por sus familias (‘un interés por el país’) sea consecuente con el espíritu público, heredarán una mayor responsabilidad. La elite gobernante de la nación se compondrá de individuos cuya responsabilidad haya sido heredada junto con su fortuna y posición, y las fuerzas de esas elites han de verse constantemente incrementadas y a menudo dirigidas por hombres de excepcionales dotes. Cuando hablamos de una elite gobernante no debemos caer en la idea de una elite netamente separada de las otras.” (*Ibidem*, p. 126.)

“Siempre es conveniente que parte de la educación de los que, ya sea por su nacimiento, ya por sus dotes, se integran en las altas esferas políticas de la sociedad, esté dedicada al estudio de la historia y que la formación histórica contenga la historia de la teoría política. La ventaja de estudiar la historia y la teoría política de Grecia como preliminar para otros estudios de la misma clase, radica en que es asequible: atañe a un área pequeña, a hombres más que a masas, y a pasiones individuales más que a esas fuerzas vastas e impersonales que en nuestra sociedad moderna se han convertido en una necesidad teórica y cuyo estudio tiende a eclipsar el de los seres humanos. Además es poco probable que un lector de filosofía griega guarde un excesivo optimismo en relación a los efectos que puede tener la teoría política, porque se dará cuenta de que el estudio de los modelos políticos surge del fracaso de los sistemas políticos y que ni Platón ni Aristóteles se ocupaban de hacer predicciones ni eran demasiado optimistas respecto al futuro.

“El tipo de teoría política que ha surgido en tiempos relativamente modernos se interesa poco por la naturaleza humana, a la que trata como algo que siempre puede ser remodelado para adaptarlo a cualquiera de los modelos políticos que se considere el mejor. Los datos con que trabaja son fuerzas impersonales que, aunque se hayan originado a partir del conflicto y la combinación de voluntades, han llegado a reemplazarlas. Como parte de la instrucción académica de un joven, adolece de varios fallos. Tiende, evidentemente, a formar mentes que piensen sólo en términos de fuerzas impersonales e inhumanas y, por tanto, a deshumanizar a los estudiantes. Al ocuparse de la humanidad únicamente como masa, se separa de la ética; y al tratar exclusivamente de ese reciente periodo de la historia durante el cual puede demostrarse con mayor facilidad que la humanidad ha estado gobernada por estas fuerzas impersonales, reduce el estudio estricto del género humano a los últimos trescientos o cuatrocientos años. Con demasiada frecuencia inculca la creencia en un futuro inflexiblemente determinado y a la vez susceptible de ser modelado a nuestro antojo. El pensamiento político moderno, inextricablemente unido a la economía y la sociología, pretende erigirse en soberano de las ciencias. Porque las ciencias exactas y experimentales se juzgan de acuerdo con su utilidad y se valoran en proporción a los resultados que producen, tanto para hacer la vida más confortable y menos laboriosa, como para hacerla más precaria y acabar más rápidamente con ella. La misma cultura está considerada como un subproducto insignificante que puede abandonarse a sus fuerzas, o bien como un departamento de la vida que debe ser organizado de acuerdo con el proyecto particular que apoyemos. Y no estoy pensando sólo en las filosofías actuales más dogmáticas y totalitarias, sino en conceptos que impregnan el pensamiento en todos los países y que tienden a ser compartidos por las facciones más opuestas.” (*Ibidem*, pp. 132-133.)

“(L)a idea de la igualdad de oportunidades, defendida resueltamente por algunas personas que se echarían atrás ante sus probables consecuencias. Ese es un ideal que sólo podrá realizarse plenamente el día en que la institución de la familia deje de respetarse y el control y la responsabilidad de los padres pasen a manos del Estado. El sistema que lo lleve a cabo tiene que asegurarse de que ni las ventajas de una fortuna familiar, ni las debidas a la previsión, sacrificio o ambición de los padres puedan lograr que un niño o un joven obtengan una educación más elevada que aquella a la que tengan derecho según el sistema. La popularidad de la creencia en la igualdad de oportunidades nos indica tal vez que la crisis de la familia está aceptada y que la desintegración de las clases ha avanzado mucho. Esta desintegra-

ción ya nos había llevado a valorar en exceso la importancia social de la escuela, el *college* y la universidad adecuados como algo que proporciona un estatus que antaño pertenecía al nacimiento. En una sociedad más estratificada (que *no* es una sociedad en la que las clases están aisladas, pues ése es en sí un tipo de decadencia) la distinción social que dan una escuela y un *college* adecuados no se ambicionaría tanto, porque la posición social estaría marcada por otros medios. La envidia de aquellos con ‘mejor cuna’ es una débil veleidad que no tiene comparación con la pasión con que se codician las ventajas materiales. Nadie que esté en sus cabales se consume de amargura por no haber tenido ancestros de más alcurnia; eso significaría querer ser alguien distinto a uno. En cambio, es fácil pensar que nosotros también podríamos haber disfrutado del rango privilegiado que confiere el haberse educado en un colegio de moda. La desintegración de las clases ha suscitado la expansión de la envidia, la cual echa mucha leña al fuego de ‘la igualdad de oportunidades’.” (*Ibidem*, pp. 157-158.)

“(…) Una ‘cultura de masas’ será siempre un sucedáneo de cultura, y, antes o después, el engaño será manifiesto para los más inteligentes de entre aquellos a quienes se les hubiera encajado esa cultura.” (*Ibidem*, p. 162.)

### **Arte y sociedad**

“Cuáles son las condiciones sociales más fructíferas para la producción de obras de primera línea en filosofía, en literatura o en las demás artes, es tal vez uno de esos temas de controversia más apropiados para conversar que para escribir sobre ellos. Tal vez no haya ningún conjunto de condiciones que sean las más apropiadas para el florecimiento de tales actividades; es igualmente posible que las condiciones necesarias puedan variar de un país a otro y de una civilización a otra. El régimen de Luis XIV o el de los Tudor y los Estuardo difícilmente puede llamarse libertario; por su parte, la administración de los gobiernos autoritarios de nuestra época no parece conducir a un renacimiento de las artes. Si las artes florecen mejor en un periodo de crecimiento y expansión o en un periodo de decadencia, es una pregunta que yo no puedo responder. Un gobierno fuerte e incluso tiránico puede no causar daño en tanto su esfera de control sea estrictamente limitada, en tanto se limite a restringir las libertades sin intentar influir en la mente de sus súbditos; pero un régimen de demagogia ilimitada parece ser idiotizante. Debo limitar mi análisis a la situación de las artes en nuestra sociedad actual y a cómo debería ser en una futura sociedad como la que imagino.

“Es posible que las condiciones desfavorables para las artes en la actualidad sean demasiado profundas y extensas como para que puedan depender de las diferencias entre tal o cual tipo de gobierno, de manera que la perspectiva que se nos presenta es de lenta y continua decadencia o de repentina extinción. En cualquier esquema de reforma de la sociedad, no se puede apuntar directamente a una condición en la cual florezcan las artes: estas actividades son probablemente subproductos, para los cuales simplemente no podemos preparar las condiciones. Por otra parte, su decadencia siempre debe tomarse como un síntoma de algún mal social que ha de investigarse. El futuro del arte y del pensamiento en una sociedad democrática no parece más brillante que en cualquier otra, a menos que la democracia deba significar algo muy diferente de todo lo que existe. No se trata de que yo defienda algún tipo de censura moral: siempre he expresado fuertes objeciones a la supresión de los libros que posean o incluso que puedan reclamar algún mérito literario. Pero más insidiosa que cualquier censura es la influencia permanente, que actúa en silencio sobre cualquier sociedad masiva organizada para los fines de la ganancia y que tiende a rebajar los niveles del arte y la cultura. La creciente organización de la publicidad y la propaganda (o la influencia sobre masas de hombres por cualquier medio, excepto a través de su inteligencia) es totalmente contraria a ellos. El sistema económico está contra ellos; el caos de los ideales y la confusión del pensamiento en nuestra educación masiva a gran escala están contra ellos; y contra ellos está igualmente la desaparición de todo tipo de personas que reconozcan la responsabilidad pública y privada del patrocinio de lo mejor que se hace y se escribe. En una época en que cada nación tiene cada vez menos ‘cultura’ para su propio consumo, todos hacen denodados esfuerzos por exportar su cultura, por imponer a otros sus propios logros en artes que han dejado de cultivar o de comprender. Y exactamente igual que aquellos que deberían ser los intelectuales y miran la teología como un estudio especial, a la manera de la numismática o la heráldica, de las que no necesitan ocuparse ellos mismos, mientras los teólogos muestran idéntica indiferencia respecto de la literatura y el arte, como estudios especiales que no les conciernen *a ellos*, de igual modo nuestras clases políticas ven ambos campos como territorios respecto de los cuales ellos no tienen por qué avergonzarse de su total ignorancia. Como consecuencia, los escritores más serios tienen un público limitado, incluso provinciano, y los más populares escriben para una chusma iletrada y carente de sentido crítico.” (De *The Idea of a Christian Society* (1939), reproducido en “Society and the Arts”, *Selected Prose, op. cit.*, pp. 240-242.)

### Conformidad con la naturaleza

“Podemos decir que la religión, diferenciada del paganismo moderno, implica una vida en conformidad con la naturaleza. Puede observarse que la vida natural y la vida sobrenatural tienen una conformidad mutua que ninguna de las dos posee respecto de una vida mecánica. Pero nuestro concepto de lo natural se ha distorsionado de tal manera que la gente en cuya opinión es ‘antinatural’ y, por ende repugnante, que una persona de uno u otro sexo elija una vida de celibato, considera perfectamente ‘natural’ que las familias se limiten a uno o dos hijos. Tal vez sería más natural y más conforme a la Voluntad de Dios que hubiera más célibes y que los casados tuvieran familias más grandes. Pero tengo en mente una ‘conformidad con la naturaleza’ de sentido más amplio que éste. Estamos adquiriendo conciencia, por una parte, de que la organización de la sociedad sobre el principio de la ganancia privada y de la destrucción pública nos está conduciendo a la deformación de la humanidad por un industrialismo no regulado, como también al agotamiento de los recursos naturales y, por la otra, de que parte importante de nuestro progreso material es un progreso por el que las generaciones venideras pueden tener que pagar muy caro. Es suficiente mencionar, como un ejemplo que actualmente está muy a la vista del público, los resultados de la erosión del suelo: la explotación de la tierra a gran escala por dos generaciones para fines comerciales, donde los beneficios inmediatos provocan escasez y crean desiertos. No es mi idea condenar a una sociedad por sus ruinas materiales, porque ello significaría hacer de su éxito material una prueba suficiente de su excelencia; sólo quiero decir que una actitud errónea respecto de la naturaleza implica en alguna forma una actitud errónea respecto de Dios, y que la consecuencia de ello es la perdición inevitable. Por un tiempo bastante largo no hemos creído en nada aparte de los valores que surgen en un modo de vida mecanizado, comercializado, urbanizado: sería igualmente positivo para nosotros examinar las condiciones permanentes bajo las cuales Dios nos permite vivir en este planeta.” (De *The Idea of a Christian Society*, reproducido en *Selected Prose, op. cit.*, pp. 219-220.)

### El hombre y su medio

“Mis sentimientos localistas sufrieron una triste conmoción al ver por primera vez Nueva Inglaterra, llegando de Montreal, luego de viajar un día por los hermosos y desolados parajes de Vermont. Supongo que alguna

vez aquellas colinas estuvieron cubiertas de bosques nativos; el bosque fue arrasado para dar lugar a los campos de pastoreo de ovejas para los colonos ingleses; ahora no hay ovejas, y también se han ido la mayoría de los descendientes de los colonos; apareció un nuevo bosque, brillando con la melancólica gloria de los alces, hayas y abedules, dispersos entre los abetos; y luego de este desfile de vida silvestre en tonos escarlata, oro y morado, el descenso hacia el letargo de las mortecinas ciudades molineras del sur de New Hampshire y Massachussetts. No son necesariamente las tierras más fértiles o las más favorecidas por el clima las que me parecen más felices, sino aquellas en donde una larga lucha por la adaptación entre el hombre y su medio ha hecho nacer las mejores cualidades de ambos, en donde el paisaje ha sido moldeado por numerosas generaciones de una misma raza, y en donde a su vez el paisaje ha modificado a la raza, adaptándola a su propio carácter. Y me parecía que aquellas montañas de Nueva Inglaterra eran prueba de un éxito humano tan magro y transitorio que resultaba más desesperado que el desierto.” (De *After Strange Gods* (1933), reproducido en *Selected Prose, op. cit.*, pp. 216-217.) □

## DOCUMENTO

### LA HISTORIA RECIENTE DE CHILE A TRAVÉS DE "LA SEMANA POLÍTICA" (TERCERA PARTE)

Miguel González Pino\*

**E**l presente documento corresponde a la tercera parte (de una serie de cuatro) de una antología de artículos publicados en la sección "La Semana Política" del diario *El Mercurio*. La primera de ellas abarcó el período que va desde 1965 a 1970, y la segunda, de enero de 1971 a septiembre de 1973.<sup>1</sup>

Este tercer capítulo comprende desde el 11 de septiembre de 1973 a junio de 1978. De acuerdo con el desarrollo de los mismos artículos, a partir de esta última fecha se considera iniciado el proceso de transición a la democracia.

Llama la atención en esta tercera serie de artículos la coexistencia de dos tipos de comentarios: aquellos que se refieren a los sucesos de la semana, y que por lo tanto se basan en las noticias relevantes que han ocurrido en materia política, y otros, nuevos, que tienen el carácter de proposiciones doctrinales.

En cuanto a los primeros, el "estilo mercurial", del que se habló en la primera parte de esta serie<sup>2</sup> adquiere características muy especiales. Ya no se escribe para el "público político" que sigue los acontecimientos,

\* Abogado y periodista. Investigador del Centro de Estudios Públicos. Fiscal del Consejo de Ética de los Medios de Comunicación.

<sup>1</sup> Véanse *Estudios Públicos* 46 y 47 (otoño e invierno 1992).

<sup>2</sup> *Estudios Públicos* 46, p. 365.

sino que más bien el comentarista tiene como lector a la propia autoridad. Así, el hecho que motiva el comentario a veces no se menciona, o bien se trata de sucesos que están en conocimiento de la autoridad, pero que no han sido publicados. Se comienza reconociendo lo positivo de la acción del gobierno respecto de ese hecho, y luego, en un tono de sugerencia, se desliza la crítica, cuidando siempre de no herir susceptibilidades. Quien quiera entender y descubrir la crítica, lo logra, pero quien lee superficialmente, o no está al tanto de los acontecimientos, recoge sólo la aprobación a la gestión gubernamental.<sup>3</sup>

El segundo grupo de artículos, también dirigido a quienes forman parte del gobierno, expone el pensamiento del articulista (que como ya lo hemos dicho es, en este período, el director del diario, Arturo Fontaine Aldunate) respecto de cómo debe construirse el futuro régimen chileno,<sup>4</sup> partiendo siempre de documentos o declaraciones del gobierno, en torno a los cuales desarrolla sus propias ideas.

El tema más recurrente en este período es el de la importancia de una comunicación expedita entre la autoridad y la ciudadanía, que permita a ésta sentirse incorporada al proceso que se está gestando. También preocupa al articulista que, superada la emergencia institucional, se construya en forma participativa la nueva institucionalidad chilena.<sup>5</sup>

Tal como en las publicaciones anteriores, para mejor comprensión de los artículos se señalan al comienzo detalles acerca de los hechos a que se refiere el comentarista, con indicación de la fuente donde puede encontrarse la información respectiva, teniendo presente, especialmente en esta serie, que los artículos no siempre se refieren a hechos específicos o de conocimiento público.

<sup>3</sup> Véase a continuación, por ejemplo, el artículo "Comunicación social", del 21 de octubre de 1973.

<sup>4</sup> Véase en esta serie, por ejemplo, el artículo "Desarrollo social", del 4 de agosto de 1974.

<sup>5</sup> Véase a continuación, por ejemplo, el artículo "Solución propia a problemas universales", del 6 de noviembre de 1977.

## LA SEMANA POLÍTICA\* (1973 - 1978)

### Carácter fundacional de la intervención

(16 de septiembre de 1973)

*El artículo analiza el pronunciamiento militar del 11 de septiembre, en especial los conceptos contenidos en el Bando N° 5 de la Junta Militar [cuyo texto se encuentra reproducido en Ordenamiento Constitucional, Edit. Jurídica de Chile, 1980] que se refieren a sus fundamentos. La frase de Salvador Allende que se cita está tomada de un discurso radial pronunciado el 29 de junio de 1973.*

### *La Semana Política*

#### JUNTA DE GOBIERNO MILITAR

El martes 11 la ciudadanía se impuso por radio de la constitución de una Junta de Gobierno, formada por el Comandante en Jefe del Ejército, general de división don Augusto Pinochet Ugarte; el Comandante en Jefe de la Armada Nacional, vicealmirante don José Toribio Merino; el Comandante en Jefe de la Fuerza Aérea, general del aire don Gustavo Leigh, y el Director General de Carabineros, general don César Mendoza Duran.

Luego de solicitar públicamente al señor Allende la entrega de su cargo de Presidente a las Fuerzas

Armadas y Carabineros, el Bando N° 1 de la Junta afirmaba que dichos institutos "están unidos para iniciar la histórica y responsable misión de luchar por la liberación de la patria y evitar que nuestro país caiga bajo el yugo marxista, y por la restauración del orden y la institucionalidad". Luego se daban las primeras instrucciones a la población acerca de sus derechos y de su seguridad.

Desde el primer instante se advirtió que lo que ocurría era fruto de una meditada y responsable decisión de las instituciones armadas y de orden, decisión que se adoptó en aras del superior interés de la patria y cuyo cumplimiento ha ido demostrando no sólo su justificación moral sino el valor que ha sido necesario para adoptarla y llevarla inflexiblemente a cabo.

La propia Junta, en el Bando N° 5, demostró las razones que mo-

\* Se incluye índice de artículos al final del documento, al igual que en las secciones anteriores publicadas en *Estudios Públicos* 46 y 47.

vían a actuar a las Fuerzas Armadas y Carabineros. La conferencia de prensa ofrecida el viernes por el Ministro del Interior, general don Oscar Bonilla, vino a reforzar con antecedentes de hecho el gravísimo peligro que ha corrido el país en manos de quienes capitaneaban la llamada "Unidad Popular" y que incluso trajeron a Chile "asesinos importados" —al decir del Ministro del Interior— para que dispararan contra soldados y simples ciudadanos chilenos.

El señor Allende se negó a entregar el mando, no obstante que la exigencia de las Fuerzas Armadas y Carabineros unidos coincidía en sus fundamentos con lo afirmado el 22 de agosto por el Congreso Nacional y estaba respaldada por los gremios y por la inmensa mayoría ciudadana. En efecto, ante el absoluto rechazo del gobernante depuesto a la idea de hacer la "rectificación profunda" que las circunstancias exigían, la única salida posible de la crisis moral, política, social y económica era el abandono del poder supremo por parte de su detentador.

No aceptó el señor Allende dar voluntariamente ese paso; se constituyó en el Palacio de la Moneda y resistió a la Junta de Gobierno Militar apoyado esencialmente por extremistas armados con elementos modernos de origen soviético y checo que formaban su milicia inconstitucional e ilegal; incluso los carabineros que componen la Guardia del Palacio obedecieron la orden de la Junta de Gobierno Militar y se retiraron del Palacio de la Moneda.

La empecinada resistencia de los extremistas que empleaban armas clandestinas de guerra desde el

palacio y desde los edificios cercanos a éste convirtió la ocupación de la sede de los Presidentes de Chile en una operación bélica, en que soldados chilenos lucharon valientemente contra milicianos chilenos y extranjeros, fuertemente armados.

Este solo hecho y los abundantes arsenales descubiertos en diversos puntos del territorio, además del poderoso armamento encontrado en La Moneda y en otras dos mansiones del gobernante desaparecido, demuestran que el cargo formulado públicamente por la Unidad Popular a las FF.AA. en el sentido de que habrían hecho uso erróneo de la ley de control de armas era por completo falso. Asimismo eran falsas las acusaciones del Partido Comunista acerca de que los sectores democráticos estaban impulsando una guerra civil. Era falsa e hipócrita —como oportunamente lo hicimos ver— la campaña "contra la guerra civil", que se inició por los comunistas, siguió toda la UP y logró comprometer a algunas mentalidades ingenuas que clamaban por un aflojamiento de las fuerzas democráticas sin más resultado que dar tiempo al comunismo para producir su Yakarta.

"Armas tendrá el pueblo" dijo el señor Allende cuando lo sorprendió el golpe del 29 de junio. A la frase luego quiso dársele un simple sentido alegórico. Ahora se sabe quiénes se dirigían hacia la guerra civil, quiénes contaban con el auxilio de recursos, armas y mercenarios extranjeros y quiénes estaban en la más alta esfera del régimen depuesto, en sus seguidores, en el Partido Comunista, en el Partido Socialista, en el Partido Radical cenista, en el Mapu, en la Izquierda

Cristiana, en el Mir y en los otros grupos marxistas. Todos ellos estaban dispuestos a encender la guerra civil y empleaban la vía democrática como táctica.

#### FUNDAMENTOS DE LA DECISIÓN MILITAR

El Bando N° 5 de la Junta de Gobierno Militar, emitido en la mañana del martes, antes de que cayera el régimen marxista, da las razones que justifican la intervención militar: grave ilegitimidad del gobierno marxista, demostrada "al quebrantar los derechos fundamentales de libertad de expresión, libertad de enseñanza, derecho de reunión, derecho de huelga, derecho de petición, derecho de propiedad, y derecho en general, a una digna y segura subsistencia"; quebrantamiento de la unidad nacional, fomentando la lucha de clases, perdiendo el aporte de todos los chilenos al bien de la Patria y llevándola a un enfrentamiento fratricida "tras ideas extrañas a nuestra idiosincrasia, falsas y probadamente fracasadas", incapacidad de mantener la convivencia entre los chilenos "al no acatar ni hacer cumplir el Derecho"; haberse el Gobierno colocado al margen de la Constitución, en variadas formas disimuladas o flagrantes, "las que, por distintos motivos, han quedado sin sanción", uso de "resquicios legales" para atropellar o no cumplir las leyes, falta al respeto mutuo que se deben los Poderes del Estado, "dejando sin efecto las decisiones del Congreso Nacional, del Poder Judicial y de la Contraloría General de la República"; y extralimitación de funciones por parte del Poder Ejecutivo, "procu-

rando acumular en sus manos la mayor cantidad de poder político y económico, en desmedro de actividades nacionales vitales y poniendo en grave peligro todos los derechos y libertades de los habitantes del país".

A estos graves e irrefutables cargos, la Junta añade "que el Presidente de la República ha mostrado a la faz del país que su autoridad personal está condicionada a las decisiones de comités y directivas de partidos políticos y grupos que le acompañan, perdiendo la imagen de máxima autoridad que la Constitución le asigna, y por tanto el carácter presidencial del Gobierno".

La Junta observa además el estancamiento o retroceso económico y la hiperinflación; "sin que se vean indicios siquiera de preocupación por esos problemas, los que están entregados a su sola suerte por el Gobierno, que aparece como un mero espectador de ellos".

Con estos antecedentes la Junta de Gobierno afirma que "está en peligro la seguridad interna y externa del país, que se arriesga la subsistencia de nuestro Estado Independiente y que la mantención del Gobierno es inconveniente para los altos intereses de la República y de su Pueblo Soberano".

"A la luz de la doctrina clásica que caracteriza nuestro pensamiento histórico", los antecedentes mencionados por la Junta son suficientes —expresa ésta— "para justificar nuestra intervención para deponer al Gobierno ilegítimo, inmorral y no representativo del gran sentir nacional, evitando así los mayores males que el actual vacío del poder puede producir, pues para

lograr esto no hay otros medios razonablemente exitosos".

Los propósitos militares son los de "restablecer la normalidad económica y social del país, la paz, tranquilidad y seguridad perdidas".

Las FF.AA. y Carabineros han asumido con dichos fundamentos "el deber moral que la Patria les impone de destituir al Gobierno que, aunque inicialmente legítimo, ha caído en la ilegitimidad flagrante". El Bando agrega que los uniformados asumirán el Poder "por el solo lapso que las circunstancias lo exijan".

El nuevo Gobierno sostiene su legitimidad en los hechos y circunstancias mencionados, además de apoyarse "en la evidencia del sentir de la gran mayoría nacional". De ahí desprende su propia autoridad, la justicia de sus normas orientadas al bien común y el carácter obligatorio de las mismas.

Siguiendo este esquema general, analizándolo, profundizándolo y apoyándolo en la conducta de la UP frente a las Fuerzas Armadas y Carabineros antes y después de caído el señor Allende, el Ministro del Interior, general don Osear Bonilla, explicó a los periodistas las razones del pronunciamiento militar.

#### CARÁCTER FUNDACIONAL DE LA INTERVENCIÓN

En el acuerdo de 22 de agosto, el Congreso Nacional declaró el grave quebrantamiento institucional estableciendo circunstanciadamente las formas en que el Gobierno del señor Allende se había salido de la Constitución y de la Ley. El mismo acuerdo recordaba a los Ministros militares de entonces que "las

Fuerzas Armadas y el Cuerpo de Carabineros son y deben ser, por su propia naturaleza, garantía para todos los chilenos y no sólo para un sector de la nación o para una combinación política". Añadía que la presencia en el Gobierno de esos jefes militares "no puede prestarse para que cubran con su aval determinada política partidista y minoritaria, sino que debe encaminarse a restablecer las condiciones de pleno imperio de la Constitución y de las leyes, y de convivencia indispensable para garantizar a Chile su estabilidad institucional, paz civil, seguridad y desarrollo".

El señor Allende contestó en forma inadecuada esta advertencia, y diversos gremios solicitaron al Presidente que renunciara voluntariamente al cargo, mientras que los paros iban deteniendo la actividad del país.

Las Fuerzas Armadas se encontraron con una institucionalidad derrumbada, con una ciudadanía desesperada, con una economía destruida y con la puesta en marcha subrepticia de un poderoso dispositivo paramilitar, dotado de armas soviéticas y checas, así como de instrucción y mercenarios extranjeros, hechos estos últimos que los elementos civiles desconocían, al menos en las magnitudes que se han evidenciado con la resistencia que los guerrilleros oponen a las Fuerzas Armadas.

Los propios sectores políticos, con sus errores, divisiones y vacilaciones, no lograron superar una situación que ellos mismos habían contribuido a producir.

Circunstancias ajenas a las Fuerzas Armadas y Carabineros han determinado pues que estas institu-

ciones profesionales y apolíticas tengan ahora que fundar un régimen constitucional, que dé garantías a todos los chilenos —como lo quería el acuerdo del 22 de agosto—. Este régimen se ha iniciado en una dura lucha contra el "cáncer marxista" —para emplear la expresión del miembro de la Junta general Leigh— y se ha propuesto no incurrir en los errores que hicieron posible la dramática situación que el país vive a partir de 1970.

Los hombres de armas están luchando por la Patria y no han llegado al poder ni para defender antiguos privilegios ni para revivir pasadas corruptelas, sino para asegurar la estabilidad institucional, la paz civil, la seguridad y el desarrollo, conforme lo expresaba el acuerdo de la Cámara de Diputados de fecha 22 de agosto.

La lucha contra el extremismo extranjero armado ha impuesto el estado de sitio, y las condiciones apremiantes de la misma lucha impiden que la correspondiente declaración sea discutida en un Congreso, dando tiempo así a los adversarios de Chile para que se reagrupen y dilaten los indispensables operativos militares. Así se explican el decreto ley que declara el estado de sitio y la decisión de la Junta de

Gobierno, adoptada el jueves, que clausura el Congreso Nacional declarando vacantes los cargos parlamentarios. La vacancia de dichos cargos impide que los extremistas rebeldes se amparen en el fuero parlamentario, lo que habrían conseguido al seguir en funciones el Poder Legislativo. No está de más recordar que las serias comprobaciones de fraude electoral colocaban en tela de juicio la investidura de muchos parlamentarios, a lo menos en el aspecto moral. La severidad con que proceden las Fuerzas Armadas y Carabineros demuestra que ellas han asumido conscientemente su papel de conductores de una nación que no los tenía y que estaba reemplazándolos por los abanderados de ideologías y potencias extranjeras. Gracias a este proceder, el país ha evitado una guerra civil profunda y dilatada, en tanto que ha salvado su libertad ante el peligro inminente de caer sin retorno en la tiranía comunista.

De la acción de la Junta de Gobierno Militar debe surgir nuestra democracia renovada y purificada, a través de instituciones que alienen el trabajo creador, destierren la demagogia y hagan inútil para siempre la retórica política o la estéril burocracia.

## Comunicación social

(21 de octubre de 1973)

*Se analiza la situación del momento: brusca alza de los precios del pan, fideos, azúcar, carne, aceite y otros; una gran mayoría de los artículos pasan a tener precio libre (antes era fijado por la autoridad) (EM, 16 octubre, pág. 27).*

*Las donaciones voluntarias para la reconstrucción nacional alcanzan ya a la suma de 330 millones de escudos (EM, 26 octubre, pág. 25).*

### *La Semana Política*

#### COMUNICACIÓN SOCIAL

El estado legal de guerra interna en que el país se encuentra tiende a restringir la libertad de la comunicación entre las autoridades y el público. La garantía de éxito de ciertos operativos impone la reserva, en tanto que la búsqueda de la paz social exige eludir temas conflictivos, pero ninguna de esas dos limitaciones nos puede hacer olvidar que la autoridad suprema debe saber lo que piensa la ciudadanía y que esta última ha de estar impuesta de las verdaderas intenciones y propósitos de sus gobernantes. Para obtener dicha finalidad, es indispensable una comunicación social libre y ágil, aunque las circunstancias no permitan una plena libertad de expresión.

En los últimos días se ha planteado un grave caso de faltas en la comunicación social. Se trata del programa económico en marcha, cuyos primeros y naturales efectos consisten en una brusca alza de los precios para los consumidores junto con explicables dificultades que se suscitan a los sectores productivos o comerciales para que adopten decisiones económicas.

La población ha recibido a la Junta de Gobierno con grandes esperanzas. La generosidad de las erogaciones venidas de los sectores modestos en favor de la reconstrucción nacional así lo demuestra, como lo hizo presente el señor Ministro del Interior, general Bonilla, al interrumpir su trabajo para atender a un grupo de escolares que le traía en una caja de cartón el valor de lo reunido por sus compañeros. Sin embargo, esa esperanza necesita ser mantenida en la etapa dolorosa de adaptación entre la cantidad de cosas disponibles para los chilenos y la capacidad de éstos para adquirirlas. Como dijo el Ministro de Economía, señor Léniz, el precio de las mercaderías no puede ser inferior a lo que cuesta producir las. Si esta regla no se aplica, lo que ocurre es que el artículo no se produce o empieza a transarse en la clandestinidad, en el mercado negro, es decir, en el comercio que paga el costo de producción más las utilidades de los intermediarios que compensan con subidas ganancias el riesgo de incurrir en sanciones, lo que significa que el precio pagado por el consumidor es enormemente superior al que

desembolsaría en un mercado normal.

El plan económico está siendo defendido por los señores Ministros, por los técnicos y por los medios de publicidad, pero el Gobierno no ha podido poner en juego todo el enorme apoyo moral con que cuenta para persuadir a la población de que las alzas de precios no son obra del capricho de los funcionarios o de la codicia de los ricos, sino la consecuencia de tres años de indescriptible derroche.

Los gobiernos disponen de hábiles consejeros y de informantes diestros, pero es fácil que entre ellos se deslicen tentativas equivocadas de cerrar el acceso auténtico del pueblo a los gobernantes. Son estos elementos los que cortan la verdadera comunicación social, el contacto espontáneo entre la ciudadanía y el mando supremo.

El asunto es grave porque, en estado de guerra y de sitio, en presencia de enemigos internos y externos, no es concebible prescindir de medidas de seguridad, entre ellas las referentes a comunicaciones. Sin embargo, los buenos contactos entre Gobierno y pueblo son indispensables para la reconstrucción del país. La conciliación de ambas realidades no es fácil. La seguridad interna y externa obliga al sigilo, en tanto que las penurias impuestas por el paso de la anarquía demagógica al orden productivo necesitan de una amplia comprensión popular. Resolver esta contraposición no es tarea sencilla.

La ex "Unidad Popular" se quejó a menudo de que su aparato publicitario era incapaz y que cedía posiciones frente a la ágil ofensiva del periodismo libre. Dicho aparato

publicitario tenía a su favor una política demagógica en que el obrero, el empleado, el estudiante, el consumidor, eran halagados con la exaltación ficticia de su consumo y con la exhibición de un imaginario poder de los trabajadores. Esa política demagógica fracasó por obra de los hechos, pero gracias al dominio de la publicidad logró dejar una imagen mundial atrayente y arriesgar a los chilenos a que vuelvan a la nostalgia, como ha sucedido en su tiempo con los dos Presidentes Alessandri y con el Presidente Ibáñez.

¿Se está preparando al país para comprender por sí mismo lo que ocurre? La madurez política chilena, la organización social y los hábitos de los chilenos exigen que ellos reflexionen por sí mismos y comprendan el momento en que se vive. Para estos efectos, no cabe confundir la información veraz y atractiva con la propaganda. Así como es perjudicial el halago al oficialismo en vez de la crítica respetuosa y positiva.

#### ÉPOCA NUEVA

Los cortocircuitos de la comunicación entre gobernantes y gobernados han impedido hasta ahora que el grueso de la población comprenda que entramos a una nueva época histórica, que se pone fin a cincuenta años de hábitos que culminaron con el desastre de la UP. Se ha exaltado con razón el espíritu portaliano, pero evidentemente eso no significa que pueda retrocederse a la época en que vivió don Diego Portales. Todo lo contrario: hay que imitar al gran Ministro en lo que él hizo, que fue precisamente la creación de una

verdadera república en forma, la construcción de algo nuevo con los materiales que tenía a su disposición. El espíritu portaliano de la Junta es también un espíritu creador y renovador. Sólo ese espíritu y las expectativas de engrandecimiento del país justifican los grandes sacrificios que están imponiéndose a la ciudadanía.

Por décadas se ha hablado tanto entre nosotros de revolución, que esa palabra es hoy un gastado lugar común. Pero la verdadera revolución es la que se está operando en estos días y que las fallas de la comunicación social no permiten que se aprecie por el público.

Es revolucionario, en efecto, que nuestro país esté ensayando la proeza inédita de convertirse realmente en una república de trabajadores, vale decir, en una sociedad en que trabajemos todos y nos ganemos la vida entregando productos o servicios útiles para los demás. Esa auténtica república de trabajadores destierra al burócrata, al agitado, al especulador y al monopolista. En esa sociedad no hay regímenes de privilegio para el empleado respecto del obrero ni del empresario con relación de quienes participan en la empresa. La libertad de precios y la desaparición de proteccionismos indebidos a las empresas obligan a ser trabajadores y eficientes a todos los chilenos. Sólo prosperarán en ese clima los hombres de empresa, los técnicos y los demás trabajadores que sepan ganarse la vida.

Es revolucionario también que los chilenos pasemos de los derechos en el papel y de las proclamaciones demagógicas al disfrute concreto de las cosas. El derecho a

la salud debe traducirse en buenos y numerosos hospitales, en abundancia de medicamentos y en disponibilidad de profesionales de la medicina y paramedicina. El derecho a la vida significa en la práctica la batida contra los asaltantes y bandidos que aún pululan en Chile, así como también en la acción policial honesta y en la justicia rápida, oportuna y barata. El derecho a la libertad consiste en moverse sin temor dentro del territorio y salir y entrar de él sin trabas; en trabajar, comprar y vender en cualquier punto del país y sin persecuciones u hostigamientos; y en expresarse públicamente y optar sin controles en el plano de la conciencia, y también de la política, apenas el estado de guerra y de sitio lo permitan.

Durante los últimos años la libertad irrestricta de que nos enorgullecemos no ha sido obstáculo para que la capital santiaguina oprima a las provincias; para que el burócrata veje o postergue al particular; para que los injuriadores y calumniadores proliferen; para que los demagogos hagan promesas y propongan "40 medidas" que no están dispuestos a cumplir; para que la baratura de los precios esté en los índices oficiales, pero no en la canasta de la dueña de casa; para que los derechos sociales estén en los textos de las leyes, pero no en la dura vida del campesino, del poblador, del obrero industrial, del empleado modesto.

Las urgencias de estos días han puesto el acento en la reconstrucción, pero esa palabra podría dar la idea de que vamos a retroceder, de que vamos a volver a lo de antes. La verdad es que estamos en los comienzos de un verdadero resur-

gimiento o, mejor dicho, de un "renacimiento", pues la hermosa tarea actual es hacer un país, crear una república que ha quedado desvencijada; construir una economía nueva desde las cenizas de la antigua e iniciar una sociedad de los trabajadores y para los trabajadores.

El concepto de trabajador toma su exacto significado y escapa a las distorsiones a que lo sometió el resentimiento. Trabajadores son los que trabajan, es decir, los altos jefes militares, las autoridades todas, los hombres de armas, los funcionarios, civiles, las dueñas de casa, los empresarios, los profesionales, los técnicos, los empleados de oficina y los operarios. La dignificación del trabajador no está en la demagogia o en la sensiblería, sino en conferir la dignidad propia al trabajo y mostrar que en el esfuerzo del blindado, del alto horno, de la computación, de las prensas, de la pala o del tractor está la realización de la dignidad del chileno. De ese esfuerzo común y armónico vendrán el techo decente, la alimentación abundante, producida en nuestra tierra, la igualdad de oportunidades educacionales y de salud, así

como el deporte, las diversiones y todos los demás sanos agrados de la vida.

El programa económico supone pues una ética nueva y un desentumecimiento de nuestro pueblo, sometido por largos años a la toxina de la inflación y de la mentira.

El renacimiento del país supone una vasta obra de educación de las masas y dicha obra sólo está al alcance de medios informativos independientes y libres, capaces de aplicar su especialización profesional a la debida inteligencia de los propósitos de los gobernantes, a traducir verazmente al público tales propósitos y a realizar la crítica constructiva que toda gran obra requiere. El oficialismo en la comunicación —el uso preferente de medios informativos oficiales— es un peligro para el propio Gobierno, salvo en lo que respecta a los operativos militares que pudieran frustrarse por falta de reserva. La preocupación de algunos por "la imagen" se calmaría bastante si los medios informativos independientes tuvieran toda la libertad necesaria para decir la verdad del Gobierno, que es la honesta verdad de Chile.

## Supremo Gobierno

(28 de octubre de 1973)

*Se analiza la campaña en el exterior contra la Junta de Gobierno. Muchos líderes de la Unidad Popular se encuentran asilados en embajadas (Gastón Pascal Allende, Mireya Baltra, Gladys Marín y otros). El Gobierno pide a las embajadas una lista de asilados y anuncia que podrán salir del país (EM, 8 octubre, pág. 16). Se destaca el papel de la Secretaría de Gobierno.*

### *La Semana Política*

#### GOBIERNO INTERIOR

Múltiples y difíciles son los problemas que debe afrontar el Gobierno. En primer término, el país se encuentra en un estado de guerra interno, debido a la resistencia a veces sorda y a veces violentamente sorpresiva del comunismo dentro del territorio, en connivencia con el exterior. El comunismo ha perdido una batalla demasiado grande en el caso de Chile para que se resigne a abandonar el campo sin más. Los principales líderes comunistas han salido de la clandestinidad y se encuentran asilados en Embajadas de países de Europa Occidental, de países del Mercado Común y no del Comecón, de países de la OTAN y no del Pacto de Varsovia. Pero la acción clandestina contra el Gobierno militar continúa y es probable que cuente con apoyos significativos por parte de Cuba, capataz de imperialismo soviético en América, y de otros países.

El comunismo a su vez moviliza la campaña publicitaria, entre inocente y malintencionada, que desarrollan contra Chile muchos órganos de prensa con el auxilio de malos chilenos que han vivido en la opu-

lencia en países extraños, merced a los dólares que recibían como producto del trabajo de sus compatriotas. Este asunto publicitario no tiene más inconveniente que el de hacer más difícil la labor diplomática de un Gobierno que sólo aspira a la paz y a la amistad en el campo internacional.

El ataque interno y externo se suma la quiebra de la economía chilena, saqueada hasta extremos casi inconcebibles por la ex Unidad Popular. La reconstitución de la estructura económica desarticulada, la normalización de las actividades, los violentos reajustes de precios que son necesarios para que los bienes se produzcan, todo eso implica un enorme sacrificio para la población, así como también una heroica renuncia a las tentaciones demagógicas y populistas.

El actual Gobierno es respetado y respetable. Sus actitudes pueden arrancar aplausos de admiración y de gratitud, pero sus medidas no podrán ser "populares", en el sentido que dan los políticos a esa palabra. La guerra trae sacrificios e impopularidad. El estado de sitio envuelve sacrificios e impopularidad. La reconstrucción implica sacrifi-

cio e impopularidad. Sobre esto no caben ilusiones. La creación de una nueva institucionalidad redimida de los vicios que hicieron caer a la anterior no es un asunto de oratoria y de halago popular.

En este cuadro de realidades, lo esencial es que el Gobierno consiga el máximo de eficacia con el mínimo de sacrificio para la población.

En el orden económico se está aplicando un plan que debe dar seguros resultados con tal que el Gobierno tenga la valentía de soportar las presiones de los intereses heridos y la queja de todo un país que ha perdido el hábito del trabajo y que carece de espíritu de previsión. Los sufrimientos de hoy serán el bienestar del mañana, porque así conquistan los pueblos fuertes su destino. Para lograr esto, la Junta y sus Ministros se verán obligados a dominar muchas veces sus sentimientos para seguir la marcha hacia el futuro, oyendo y comprendiendo el malestar que provoca la reconstrucción económica, pero sin ceder en las medidas de saneamiento.

Herramienta principal de una política eficaz es por cierto el uso que se haga de los mecanismos de Gobierno Interior. Están ellos destinados en primer término a asegurar el orden público y la tranquilidad de los ciudadanos, dentro de las circunstancias en que el país se encuentra.

La acción que se realice para desterrar la escalada de delincuencia a que el país estaba entregado y para mover a las autoridades administrativas territoriales a que se dediquen a la limpieza moral y material de la nación, no es por cierto la única tarea política, pero sin lugar a dudas es posible mostrar allí una

rápida eficacia e imprimir un nuevo sello a la vida pública chilena.

Aunque ciertos equivocados expertos de la política no lo crean, el pueblo sencillo de Chile tiene deseos de orden y de paz. Experimentan muchas necesidades materiales. Ha sufrido y se le ha explotado durante gobiernos de derecha, de centro, de izquierda y de extrema izquierda. Todavía tiene paciencia para soportar, siempre que un Gobierno interior eficaz muestre con hechos que está gobernando, que ya no promete, que las realizaciones vendrán de a poco, pero que ya es posible que muchachas humildes no sean violadas a pocos metros de sus casas, o que los asaltos a mansalva no constituyan la rutina de ciertas calles, como ocurría en tiempos de la Unidad Popular.

Hay que apreciar en lo que vale el orden. Quienes no son o no han sido pobres ignoran la incertidumbre y el temor que genera el estado de indefensión y falta de autoridad.

Bien se sabe que el orden y la moralidad pública no forman todo el bien común posible, pero hay otros servicios y otras funciones estatales destinados a satisfacer las numerosas necesidades sociales de Chile. Lo importante es que los encargados del orden comprendan que la verdadera política del Gobierno interior, la del combate al bandidaje y la de la limpieza, tiene un valor auténticamente popular.

#### SUPREMO GOBIERNO

A cargo del Poder Ejecutivo y del Legislativo se encuentra la Junta Militar. De ella depende la conducción de las relaciones internacionales, a través del Ministerio de

Relaciones Exteriores; la política de seguridad nacional, a través de las Fuerzas Armadas y Carabineros; la política financiera y económica, a través del comité económico de Ministros; la política educacional, por el Ministerio de Educación; la política social, a través de los Ministerios del Trabajo, Salud, Vivienda y, en fin, la atención de todos los asuntos que reclama el Gobierno de la nación y la administración del Estado. Además, disuelto el Parlamento, corresponde a la Junta la dictación de Resoluciones sobre materias propias de Ley.

El Supremo Gobierno, que radica en la Junta, necesita de un instrumento de relación con la ciudadanía, y allí está el papel de la Secretaría General de Gobierno, repartición que no es un Ministerio como los otros, sino la voz directa de la Junta frente al país, el secretariado que comunica al Supremo Gobierno con el pueblo.

Hay consenso nacional en que la comunicación a que nos referimos no puede ser una propaganda, es decir, un mensaje unilateral, siempre dirigido desde arriba, sino un intercambio que permita al Gobierno auscultar sin intermediarios e interesados el efectivo sentir del pueblo.

Es conveniente y hasta necesario que los Ministros vayan al terreno y tomen contacto directo con el público, pero su impresión ocular no podrá ser nunca completa, porque es difícil la sinceridad directa para con el gobernante y porque jamás podrá éste conceder todas las entrevistas y recorrer todos los lugares hasta palpar lo que en verdad ocurre.

Es indispensable también que haya medios informativos libres que

reflejen honestamente el juicio de la opinión pública sobre la marcha del Gobierno y sobre las dificultades de la convivencia nacional. Sin embargo, tampoco los periodistas son capaces por sí solos de dar el cuadro completo. No toda la ciudadanía llega a los medios informativos ni éstos pueden reunir la información exhaustiva y atribuirle la justa importancia que cada contenido de ella merece.

Además de la propia información reservada del Gobierno, del contacto personal de los altos personeros con el público, de la auscultación del país que pueden hacer los medios informativos independientes y de los demás elementos de juicio con que cuenta el Estado, la Secretaría General —operando en el nivel de la Junta— puede captar el sentir de lo que podría llamarse el poder social.

Entendemos por poder social el que se exprese en los organismos juveniles, en las instituciones femeninas y en los gremios propiamente tales.

Este poder social ha actuado en Chile, y la ex Unidad Popular experimentó dolorosamente la fuerza moral de las mujeres, de los jóvenes y de los gremios. Esa fuerza moral es el apoyo más sincero de todo buen gobierno y el agente más fiel para captar el sentimiento público.

La relación entre la Junta y el poder social debería ser directa, es decir, efectuarse a través de la Secretaría General de Gobierno y sólo mediante ella. La administración de los asuntos laborales corresponde al Ministerio del Trabajo; los problemas habitacionales y de Urbanización al Ministerio de la Vivienda; la política educacional corres-

ponde al Ministerio del ramo, los temas de higiene ambiental, sanitarios y de atención médica, al Ministerio de Salud, etc. Pero estos problemas sociales son específicos y no miran a la organización del pueblo en sí mismo. Los asuntos juveniles no se agotan con la materia educacional. Los problemas de las madres no están sólo en el tema de la atención materno-infantil ni los gremios tienen sólo conflictos laborales. En todo un inmenso campo comunitario, en que el joven es joven, el trabajador es trabajador —cualquiera que sea el lugar que ocupe en la faena productiva— y en que la mujer es mujer, papel en que representa a la familia, a los niños y al futuro de la nación.

El poder social a que nos referimos existe en Chile. No ha surgido desde arriba. No tiene la Junta que imponerlos. En las provincias y en las regiones, los hombres de trabajo se han unido. En las comunas, las organizaciones femeninas actúan por encima de las divisiones partidistas. Los jóvenes también en mu-

chos casos han logrado superar las barreras partidarias.

Un grave error de muchos regímenes autoritarios ha sido desconocer el poder social. Otro no menos grave ha sido el de crear un aparato oficialista que simula al poder social y con el cual dichos regímenes pretendían reemplazar la expresión política del pueblo.

Fácil es no cometer esos errores en Chile. El poder político está en la Junta de Gobierno y sólo en ella. El poder social nació mucho antes del 11 de septiembre. Ha sido utilizado, maniobrado y engañado por los políticos, pero ahora debe quedarse como poder social. Y los servicios u oficinas de la Secretaría General de Gobierno deberían ser los órganos de contacto entre el poder político y el poder social. Si este último es auténtico y expresa sin disfraces el sentir de la juventud, de la mujer y de los hombres de trabajo, el Gobierno podrá contar en las difíciles horas futuras con la colaboración consciente —y tal vez en algunos casos crítica— de la ciudadanía independiente.

## Mobilización social

(10 de febrero de 1974)

*El 31 de enero, el Presidente de la Junta de Gobierno, general Augusto Pinochet, dio comienzo en Arica a una gira por el norte del país (EM, 1 febrero, pág. 1). El 3 de febrero se dirigió a Iquique para luego continuar a Antofagasta (EM, 4 febrero pág. 17) y terminar con visitas a Calama, Chuquicamata y algunas salitreras (EM, 6 febrero pág. 1).*

### *La Semana Política*

#### MOVILIZACIÓN SOCIAL

La visita del Presidente de la Junta de Gobierno al norte del territorio es un índice de que el pueblo comprende y apoya la política del régimen militar.

Un Gobierno que reemplaza a un sistema de halago metódico a las masas; que está expuesto a los clásicos reparos del poder no generado en las urnas, y que pone en práctica una política antidemagógica, de sana rectificación económica, de disciplina, de grandes sacrificios y de esfuerzo colectivo, no puede esperar aplausos fáciles.

Cualquier observador imparcial bien informado sobre la historia chilena de los últimos años llega a la conclusión de que el costoso y fracasado experimento marxista no podía erradicarse sino por medio de las armas. En consecuencia, el derrocamiento del señor Allende y el desmantelamiento de la capacidad ofensiva comunista eran hechos inevitables, así como esencialmente ligados a la presencia institucional de las Fuerzas Armadas en el poder.

Ese observador bien informado llegaría también a la conclusión de que el estancamiento económico de Chile era insuperable, a menos que

se eliminaran los factores paralizantes de la actividad productiva y que los recursos del país se asignaran del modo más eficiente. Tal liberación supone la economía de mercado y, por tanto, el fin de los privilegios emanados de errores legales o de la tolerancia ante el abuso monopolista de grupos de empresarios o de trabajadores. La disyuntiva en que el país se encontraba era continuar de tumbo en tumbo, prolongando y agravando el estancamiento económico, o instaurar la dura política de realismo que está desplegando el Gobierno militar. Ahora bien, la demagogia y los intereses creados por la politiquería habían llegado a tal punto que una política económica sana era virtualmente imposible, a menos que se realizara por gobernantes que no estuvieran ligados al vaivén de los favores electorales. El régimen militar y la reconstrucción económica son, pues, términos inseparables.

El Presidente de la Junta de Gobierno, general don Augusto Pinochet, no fue evidentemente al norte en busca de aplausos. Ninguno de los integrantes de la Junta los necesita, aunque todos ellos los reciben en forma continua en sus apariciones públicas.

El general Pinochet iba a explicarle al pueblo los fundamentos de la acción militar, y lo que merece subrayarse es que los trabajadores comprenden la seriedad de los propósitos de las instituciones armadas, saben que ellas no son instrumentos de intereses subalternos y tienen esperanzas de que los pesados sacrificios de las alzas de precios y de los impuestos se traduzcan en una recuperación efectiva del país para la libertad, la dignidad y el bienestar de todos.

Es probable que el Presidente de la Junta Militar se haya persuadido de la conveniencia y aun de la necesidad de que personeros del Gobierno visiten las regiones del territorio, palpén las necesidades de las provincias y acudan a resolverlas sin dilaciones. En el orden de materias de su ramo, el Ministro de Economía, don Fernando Léniz, ha desarrollado una vasta labor de difusión y de explicación de ideas. Esa labor ha trascendido las fronteras y se han abierto las puertas de importantes centros financieros convencidos por las razones poderosas que afianzan la causa de Chile. La explicación y la presencia de los hombres de Gobierno resultan necesarias para el cumplimiento de los planes de la reconstrucción nacional.

Cabe preguntarse sin embargo acerca de si permanecerán los términos actuales de relación entre gobernantes y gobernados. En otras palabras, se trata de saber si el gobernante proseguirá actuando y explicando sus actuaciones mientras la ciudadanía asiste a un proceso del que no se sentiría participante, o si se abren posibilidades para la actuación responsable del elemento civil en la vida pública.

Parece innecesario insistir en estos momentos en que cualquiera forma de movilización social o de participación ciudadana en la vida pública habrá de adecuarse a la realidad política actual, adecuación que excluye el regreso al esquema de partidos tal cual se han dado estos en los últimos años. El asambleísmo, la concentración de los afanes en los mecanismos electorales, la preferencia por el legalismo aun en contra de la libertad o de la justicia, la confusión entre el espíritu público y el espíritu de bandería partidista, y varios otros rasgos de la decadencia del partidismo no podrán repetirse mientras el régimen actual actúe de acuerdo a los fundamentos que le dieron origen.

Parece evidente que la participación institucional de las Fuerzas Armadas en el mando supremo no desnaturaliza el papel esencial de dichas fuerzas. Siempre habrá que distinguir entre el poder político del Estado y la fuerza jerárquica organizada que está al servicio de éste. Si bien en los titulares del mando supremo se identifican el poder político y el poder militar, en los demás escalones la diferencia va estableciéndose. Dicha diferencia obliga a reconocer que el poder político (aun ejercido por militares) necesita un tipo de apoyo y de participación ciudadana que no encontrará en las Fuerzas Armadas. Estas últimas participan jerárquicamente y en último término obedecen al poder del Estado. Lo que se requiere es que la ciudadanía no ligada por el deber militar respalde y tome responsabilidades voluntarias en la lucha que la Junta de Gobierno da para la reconstrucción de Chile.

Reconociendo entonces la necesidad no sólo del pronunciamiento militar sino de la permanencia del régimen como supuesto esencial de la reconstrucción, debemos admitir que el propio régimen necesita apoyo y participación de la ciudadanía, sin que ello implique volver al esquema partidista superado y sin que tampoco satisfaga como fórmula estable el solo respaldo militar.

¿Cómo encontrar una movilización de la ciudadanía que signifique el concurso responsable y voluntario de los particulares a la tarea de sacrificio en que están empeñadas las Fuerzas Armadas? ¿Cómo hacer una movilización generosa y positiva de esfuerzo ciudadano, que vaya más allá del acatamiento respetuoso de las normas oficiales o del aplauso ocasional a los méritos de los hombres de Gobierno? ¿Cómo comprometer a largo plazo al ciudadano común en la batalla de la reconstrucción? He aquí el tema que suscita el alentador viaje del general Pinochet al norte del país.

#### DESCENTRALIZACIÓN REGIONAL

Uno de los factores que tal vez podría facilitar la movilización ciudadana se encuentra en el desarrollo descentralizado del país.

Descentralizar significa establecer varios centros de influencia en el territorio y no tan sólo crear provincias o supraprovincias más grandes.

Descentralizar equivale en la práctica a "desantiaguinizar" a Chile y no simplemente facilitar el manejo metropolitano central estableciendo unidades provinciales más extensas.

La "regionalización" debe servir para descentralizar el país, ofreciendo a las personas y a los valores del territorio chileno posibilidades de desenvolvimiento libre que jamás han tenido. Esas posibilidades —en el plano económico— se dan con la política liberadora de las iniciativas que impulsa el Gobierno, pero es fundamental que la estructura administrativa del país no conspira contra la flexibilidad de las decisiones económicas, a través del centralismo burocrático.

Por lo demás, el aspecto económico, con ser decisivo y ocupar en el presente estado de necesidad, el primer plano de las preocupaciones públicas y particulares, no es el único de la nación. Hay toda una riqueza variada de costumbres, tradiciones, peculiaridades idiomáticas, valores literarios y artísticos, que debiera expresarse y expandirse en una vida regional auténtica. Existen además expectativas educacionales concordantes con los atributos y recursos de las regiones. Pero más importante que lo anterior es que en el nivel regional se despiertan vocaciones de liderato, surgen auténticos gobernantes zonales, es posible que los gremios adquieran su servicial significación y que, en definitiva, la formación política sana venga del aprendizaje local y de la prueba de las aptitudes en la lucha práctica con los problemas de cada rincón de Chile.

Las capacidades políticas ideologizantes y extranjerizantes debieran reemplazarse por la aptitud de manejar los asuntos reales que preocupan a los chilenos a lo largo del territorio, aptitud que se adquiere en el trato y confrontación con las dificultades de alguna de las unida-

des geo-económico-culturales en que se divide el país. Y la nacionalización profunda del quehacer político sólo se adquiere —paradójicamente— por la vía de aceptar, respetar y desenvolver las regiones.

Por cierto que la actividad regional intensa no excluye sino que postula con más premiosa exigencia la formación universal. El regionalismo parroquiano y localista es todo lo contrario de la auténtica descentralización. Hay que abrir las regiones a la actividad moderna y exaltar sus valores para elevarlos realmente antes que para convertirlos en objeto de culto localista.

Si resulta necesario el apoyo ciudadano consciente y responsable a las tareas de la reconstrucción nacional, la más adecuada forma de participación civil en la vida pública parece ser el aporte de los vecinos, de las familias, de los organismos locales. De ahí entonces que la regionalización ofrezca virtualida-

des insospechadas, tanto para aumentar la eficiencia administrativa del Estado como para mejorar la distribución del elemento humano en el territorio y, sobre todo, para darle contenido concreto a la acción gremial, a las tareas vecinales y a las iniciativas sociales de centros de madres, clubes sociales, centros deportivos y juveniles.

La descentralización puede no ser el único de los medios de provocar la movilización social activa, pero lo cierto es que en el plano regional aparecen las tendencias más vivas, más realizadoras y de más leal apoyo a una política de resurgimiento nacional.

Los movimientos regionales no cubren todo el aspecto de la participación y movilización sociales. Son, sin embargo, un aporte concreto y disponible para una nueva institucionalidad porque suponen la experiencia y el conocimiento efectivos de Chile.

## Un nacionalismo pragmático

(17 de marzo de 1974)

*El 11 de marzo, al cumplir 6 meses de Gobierno, el Presidente de la Junta hace una exposición al país (EM, 12 de marzo, pág 1), para luego emprender viaje a Brasil con el fin de asistir a la toma del mando del Presidente Ernesto Geisel. En el viaje se reúne, además, con el Presidente de Uruguay (EM, 13 marzo, pág. 1). Asume el mando de la Junta el almirante José Toribio Merino. Se da a conocer la "Declaración de Principios" del Gobierno (EM, 13 marzo, pág. 21), la cual es analizada en el artículo.*

### *La Semana Política*

#### ENUNCIACIÓN DE PRINCIPIOS

Cumplidos seis meses de Gobierno de la Junta Militar tuvo lugar la exposición del Presidente de ella, general don Augusto Pinochet Ugarte, y la opinión pública conoció diversos documentos que definen la línea política del régimen.

El general Pinochet, en la sesión solemne celebrada el 11 de marzo en el edificio Diego Portales, manifestó satisfacción por la tarea realizada y confianza en el futuro. Reiteró en su exposición oficial el carácter autoritario, nacionalista y anticomunista del Gobierno.

Al dirigirse en visita oficial al Brasil, con motivo de la Transmisión del Mando en esa República, oportunidad de encuentro y diálogo con gobernantes sudamericanos afines, el Presidente de la Junta destacó la característica de los últimos años de la historia política del continente en que las Fuerzas Armadas habían asumido institucional y orgánicamente el poder en diversos países, en vista de las insuficiencias del sistema político domi-

nante en ellos. Tanto el viaje al Brasil como el discurso del lunes 11 y el mensaje antes de salir del país constituyen una progresiva definición de propósitos.

A esto se añade la "Declaración de Principios del Gobierno de Chile", documento oficial que ve la luz pública el miércoles 13 con la firma de los cuatro señores miembros de la Junta.

La Declaración es un documento que carece de precedentes en Chile.

Aparte de que llama la atención por la solidez, concisión y riqueza de sus ideas, su singularidad reside en conseguir afirmaciones concretas y pragmáticas después de haberse remontado a las alturas de los principios esenciales.

Hemos tenido documentos políticos de gran elevación que no descienden a planteamientos concretos o estudios acuciosos de materias específicas que dan por supuestos o que simplemente ignoran los altos principios.

La Declaración se apoya en una concepción explícita del hombre y

de la sociedad, conforme al pensamiento político del humanismo cristiano tradicional. Dicho pensamiento es, en realidad, el único que puede sortear con éxito la dictadura totalitaria. Las proposiciones de la Declaración son terminantemente personalistas: el hombre tiene derechos naturales anteriores y superiores al Estado; el Estado debe estar al servicio de la persona y no al revés; el fin del Estado es el bien común general.

Estos principios sirven a la Junta de Gobierno para rechazar tanto el individualismo liberal como el colectivismo totalitario. El rechazo se extiende a las terceras posiciones en cuanto ellas impliquen "diálogos" o entendimientos con el comunismo.

El documento sostiene también que el bien común exige respetar el principio de subsidiariedad, norma según la cual el campo de acción de una sociedad está limitado por las competencias de los entes inferiores a ella. En virtud de este principio, corresponde al Estado asumir sólo aquellas actividades que las sociedades intermedias o los particulares no están en condiciones de desarrollar por sí mismos, ya sea por la naturaleza de dichas actividades, ya sea porque los llamados a desempeñarlas no lo hacen por negligencia, incapacidad u otra causa. El Estado actúa en subsidio y en razón del bien común.

Aplicando el mencionado principio, la Declaración afirma que "cuanto mayor sea el estatismo que afecte a una sociedad, menor será su efectiva libertad, por extendido que sea el ejercicio ciudadano de los derechos políticos".

"El principio de subsidiariedad presupone el derecho a la libre iniciativa en el campo económico", dice la Junta. "La centralización excluyeme de toda la actividad económica por el Estado no sólo conduce a una sociedad estatista, que termina por negar prácticamente la libertad personal, sino que además prescinde de la capacidad creadora de los particulares en el terreno empresarial, cuyo reemplazo por el burócrata perjudica el surgimiento de nuevas fuentes de producción y de trabajo".

Luego de reconocer la misión del Estado en el campo económico, como contralor y garante de la libre competencia contra cualquier abuso o monopolio y como planificador de la actividad general, la Declaración establece que "sería inútil admitir la iniciativa de los particulares en el campo económico si no se reconoce conjuntamente el derecho de propiedad privada tanto sobre bienes de consumo como sobre medios de producción".

Veamos, pues, cómo la Declaración de Principios del Gobierno de Chile avanza mucho en la concepción básica de la nueva institucionalidad: el hombre está antes que el Estado; el Estado se encuentra al servicio de la persona, el fin del Estado es el bien común general; el bien común impone el principio de subsidiariedad; éste a su vez implica el derecho a la libre iniciativa en el campo económico; tal iniciativa sería inútil si no se reconoce el derecho de propiedad privada.

Las ideas expresadas deben recalarse, analizarse y comentarse, pues las prácticas administrativas, económicas y financieras se encuentran todavía lejos de ceñirse

plenamente al contenido de la Declaración de Principios del Gobierno de Chile.

#### UN NACIONALISMO PRAGMÁTICO

Fundado en los principios universales del humanismo clásico, el pensamiento político del Gobierno busca en la realidad chilena los elementos que completen y lleven a su plena aplicación aquellos principios.

La opinión pública ha recibido sucesivas expresiones del general don Augusto Pinochet, del almirante don José Toribio Merino, del general don Gustavo Leigh y del general don César Mendoza, que, en oportunidades distintas, han ido modelando este pensamiento nacionalista amplio y pragmático, que se funda, en primer lugar, en la búsqueda de la unidad espiritual de los chilenos, cuyo arquetipo es la unidad real y profunda de las Fuerzas Armadas y Carabineros.

El patriótico desprendimiento y el alto sentido de responsabilidad han creado visibles lazos solidarios entre los miembros de la Junta, los que se extienden hacia las instituciones bajo su mando. Allí está la base del régimen y la esperanza de la unidad creciente de Chile.

Durante la ausencia del general Pinochet, la Presidencia de la Junta de Gobierno ha pasado al almirante don José Toribio Merino, de acuerdo con el orden de precedencia establecido. La ceremonia correspondiente a la actitud de la Junta, de las instituciones armadas y del país entero demuestran que el criterio unitario ni siquiera se pone en duda.

Partiendo de la unidad nacional, la Declaración se refiere a un Pro-

yecto Nacional que integre los imperativos de la Seguridad y del Desarrollo, sin perjuicio de lo aseverado por la Junta en orden al rol subsidiario del Estado.

El Gobierno autoritario, impersonal y justo, conforme a la tradición portaliana, aparece como el centro de la nueva institucionalidad. Luego vienen las proposiciones de igualdad ante la ley y ante la vida; dignidad del trabajo; estímulo al mérito y al esfuerzo personal; sobriedad y austeridad de quienes mandan; despolitización de la función pública.

El orden jurídico deberá seguir dentro del respeto a los derechos humanos, a la libertad de conciencia y al derecho a discrepar. Sin duda, una de las tareas más interesantes será encontrar la confluencia entre la disciplina y la libertad, entre la unidad y la pluralidad, entre la más amplia tolerancia y la severidad con los que propugnan la destrucción del orden moral y espiritual del país.

Este sentido jurídico rectamente entendido hace que Chile no sea neutral frente al marxismo y que el "actual Gobierno no tema ni vacile en declararse antimarxista".

La Junta concibe un Gobierno autoritario dentro de la órbita de sus atribuciones, lo que no es incompatible con la descentralización del poder, tanto en lo funcional como en lo territorial.

El documento que glosamos distingue entre poder político o facultad de gobernar el Estado y el poder social o facultad de autogobierno de los cuerpos intermedios. Las Fuerzas Armadas y Carabineros han asumido la plenitud del poder político.

La Junta no fija plazo para el cumplimiento de su misión, "porque la tarea de reconstruir moral, institucional y materialmente al país, requiere una acción profunda y prolongada". Sin embargo, aunque no fija plazo, "entregará oportunamente el poder político a quienes el pueblo elija", pero ello no significa que las FF.AA y de Orden se desentiendan de su sucesión gubernativa, pues consideran parte de su misión "el inspirar un nuevo y gran movimiento cívico-militar". "Al integrar ese gran movimiento de unidad nacional que nace, superando antiguas divisiones y banderías partidistas, la Junta de Gobierno llama a todos los chilenos...". He aquí, pues, toda una definición política y un llamamiento a la organización cívica.

En lo que se refiere al poder social de los organismos intermedios, la Junta proclama su independencia y aspira a su despolitización; señala un nuevo sentido de responsabilidad y solidaridad al gremio, e im-

pulsa la descentralización y regionalización territoriales.

La declaración proclama la necesidad del desarrollo económico vinculado al desarrollo social y entiende que este proceso está sometido a "una escala de valores morales y espirituales propios de nuestra tradición chilena y cristiana".

El nacionalismo de la Declaración de Principios es no sólo pragmático y clásico a la vez sino que también posee dirección universal, lo que corresponde a la tradición chilena de comprender y absorber los aportes de la civilización occidental y europea conjugándolos a los imperativos de una situación histórica y geopolítica concreta. Un nacionalismo amplio, abierto, humanista y universalista es el que inspira a las Fuerzas Armadas y Carabineros. El recoge lo mejor del pasado, vigoriza y unifica el presente, para proyectar en el porvenir una nación segura de sí misma y ejecutora responsable de su propio destino.

## Régimen de partidos

(7 de abril de 1974)

*El artículo se basa en una entrevista de El Mercurio al asesor económico del Gobierno, Raúl Sáez (EM, 6 abril, pág. 25), quien critica el sistema de partidos existente en Chile hasta 1973, y, desde allí, se refiere luego a la regionalización como posibilidad de crear una efectiva forma de participación democrática.*

### *La Semana Política*

#### RÉGIMEN DE PARTIDOS

En una entrevista concedida a "El Mercurio" al pasar por Alemania Federal, el asesor económico de la Junta de Gobierno, Raúl Sáez, abrió paso a una distinción entre "régimen de partidos" (el que regía antes del 11 de septiembre) y los regímenes jurídicos presidencial o parlamentario.

Advierte Raúl Sáez que los gobiernos elegidos popularmente en nuestro país se apartaron del pueblo mismo, quedando supeditados a directivas partidistas. En efecto, era frecuente que los candidatos se presentaran con sus propias ideas y su sello personal, para sentir después la fuerza de la presión de su propio partido que les imponía nombramientos o líneas de acción. La lucha, a veces desesperada, por imponer las prerrogativas presidenciales en contra de la prepotencia partidista, y el casi inevitable doblegamiento en algunos casos ante dichas presiones, formaron la historia de los presidentes chilenos a partir de don Pedro Aguirre Cerda.

Según Raúl Sáez, ese "régimen de partidos" no era ni presidencial ni parlamentario.

En el hecho no era otra cosa que la progresiva dominación de las directivas partidistas sobre los destinos del país. Esos grupos a su vez estaban controlados por asambleas, pequeñas en número, pero influyentes, dueñas del éxito parlamentario y de cierta influencia en el presupuesto, capaces en definitiva de sustituir el poder legítimo de los representantes del pueblo por un poder anónimo, invisible e irresponsable que se traducía en un acuerdo de madrugada o en una gestión de pasillo.

Las pugnas entre el Ejecutivo y el Congreso, iniciadas vigorosamente en la Administración Ibáñez, tuvieron en parte su origen en el gradual avance del "régimen de partidos" que encontraba en el Parlamento muchos medios de satisfacer ambiciones.

Los comunistas llevaron al extremo el "régimen de partidos", tratando de destruir las facultades presidenciales y haciendo del Jefe del Estado un ejecutor del programa de la ex Unidad Popular, un mero intérprete de los acuerdos de las comisiones políticas de la combinación marxista. El señor Allende asumió esta calidad de Mandatario de los partidos que lo apoyaban y

sostuvo por eso que no era el Presidente de todos los chilenos. Efectivamente, lo era sólo de la Unidad Popular, y más como gerente que como verdadero Presidente. Con todo, en algunos casos debió apartarse de las pretensiones de sus partidarios y tuvo que afrontar entonces las insolencias y los desbordamientos de quienes hoy se pasean por el mundo fingiéndose camaradas leales del gobernante desaparecido.

El régimen presidencial, que tan positiva influencia tuvo en la formación de la República, fue desvirtuado por la hipertrofia partidista. El gran poder tradicional de los Presidentes de Chile, en el orden político, fue creciendo desmesurada y anárquicamente en el orden administrativo, hasta dejar al Primer Mandatario como cabeza de una enorme máquina de control económico cuyos movimientos ni él mismo podía dirigir. En esa máquina se alojaban los intereses partidistas aliados o enemistados entre sí, pero casi siempre opuestos al verdadero desarrollo nacional.

Los Presidentes soportaron en algunas oportunidades con firmeza o desempeñaron con habilidad el papel contradictorio que las condiciones políticas les imponían; su voluntad era prácticamente omnímoda en teoría, pero los frenos y desviaciones colocados por los comandos partidistas frustraban muchas de sus órdenes o hacían surgir iniciativas que rebasaban el deseo presidencial.

La lucha de los titulares del Poder Ejecutivo tuvo que darse simultáneamente con los opositores y partidarios, lo que ocasionó un gran desgaste de tiempo y de energía y

una notoria merma en la eficiencia del Gobierno.

El régimen de partidos, en la acepción de gobiernos de las directivas partidistas, vino en el hecho a suplantar a los elegidos por el pueblo y a violentar por eso la voluntad de electorado. La ciudadanía elegía a un político, confiada en las condiciones de éste, pero el "régimen de partidos" daba oportunidad de gran influencia a otros políticos, los cuales no siempre habían sido o eran partidarios del gobernante, pues en no pocos casos éste debió aceptar la colaboración de quienes ostentaban concepciones adversas a la Administración que servían.

#### DESCENTRALIZACIÓN Y DEMOCRACIA

El "régimen de partidos" iba conduciendo a pasos agigantados a la dictadura marxista. El país vio con asombro cómo se llevaba a puestos de responsabilidad a individuos que no tenían otro antecedente que su oficio de agitadores. Ministerios, instituciones y empresas cayeron en manos de verdaderas bandas de delincuentes que utilizaban el poder sin contrapeso de la maquinaria gubernativa para armar con ella una guerra de exterminio a quien se opusiera al castrocomunismo.

Las Fuerzas Armadas y Carabineros frustraron por completo la intentona e iniciaron el camino hacia una nueva institucionalidad.

Uno de los pasos importantes del nuevo orden jurídico lo constituye el proyecto de regionalización del país, asunto que se estudia con el aporte ilustrado de los mejores juristas de la nación, entre ellos, del

Presidente de la Corte Suprema, don Enrique Urrutia Manzano.

Hay en la regionalización un valioso germen de democracia real, sobre el que corresponde tomar conciencia. En efecto, el establecimiento de centros regionales de decisión administrativa y económica evita los intermediarios entre las provincias y Santiago para una gran variedad de materias. La decisión inmediata de las autoridades locales no sólo es más rápida sino que está sujeta a vigilancia más directa de la ciudadanía. En una zona jurisdiccional de extensión apropiada, la acción de la autoridad se ve y se juzga con mayor exactitud, sin optimismos ni pesimismo. En las relaciones entre la autoridad regional y la población de esa zona es posible una verdadera democracia, en el sentido de que la ausencia de intermediarios y la proximidad facilitan la colaboración y el diálogo entre gobernantes y gobernados; están más cerca unos y otros; es posible rectificar errores y adoptar iniciativas sin demora; puede escucharse al público con frecuencia y sin obstáculos.

En las regiones puede desarrollarse lo que la Declaración de Principios del Gobierno denomina Poder Social. Dicho poder existe; lo constituyen los gremios y demás agrupaciones formadas en la actividad y defensa de la comunidad. Este poder tiene sentido en el plano regional, pues allí las actividades laborales, vecinales y sociales en general, pueden confluir sin connotación partidista, asociándose o discrepando entre sí, movidas por los intereses de la región.

Ahora bien, una autoridad administrativa flexible y descentralizada

es más eficaz desde el punto de vista del Gobierno Supremo, pues este último sólo se detiene en las decisiones de importancia para el bien común nacional y sus órdenes no se extravían en la selva de los organismos burocráticos.

Si la regionalización permite instaurar naturalmente la democracia sin necesaria hipertrofia partidista, sobre la base de que las organizaciones comunitarias participen o sean escuchadas por las autoridades en los planes de interés local, también debe esperarse que un país descentralizado haga fracasar anticipadamente al profesionalismo político. No tiene sentido volver al régimen que expiró el 11 de septiembre de 1973, si la labor legislativa se ocupa sólo de las leyes de alcance general; si la labor administrativa central resuelve los asuntos más importantes, y si la gran masa de los intereses particulares se satisface en el juego de la libertad o está comprendida en las jurisdicciones regionales. En el caso supuesto, no habría necesidad de abundantes intermediarios oficiosos entre Santiago y provincias; la autoridad del Estado sería eficaz en su esfera propia, y las libertades públicas se desarrollarían no en el disturbio politiquero sino en la participación eficiente en los gobiernos regionales, provinciales y municipales.

Un régimen fuertemente autoritario en la cúspide, pero libre y descentralizado en todos los demás niveles, sería capaz de impedir que el país volviera al "régimen de partidos" o que una minoría audaz se apoderara del timón para llevar a Chile a la dictadura del proletariado. La armonía entre autori-

dad y libertad; entre mando único y delegaciones escalonadas del poder; entre disciplina y organización social, es una meta política sin duda difícil. El plan de regio-

nalización en estudio puede encaminarse en ese sentido, superando las viejas pugnas y los obstáculos para la marcha ágil de la República.

## **Asume el Poder Ejecutivo presidente de la Junta**

(30 de junio de 1974)

*En ceremonia efectuada el 27 de junio asume como Jefe de Estado el Presidente de la Junta de Gobierno, general Augusto Pinochet (EM, 28 junio, pág.1). Previamente se había promulgado el Estatuto de la Junta, donde se especifican las distintas funciones de sus integrantes (EM, 26 junio, pág.1).*

*El general Pinochet concede entrevista a El Mercurio en la que explica el significado de este Estatuto (EM, 21 junio, pág.1).*

### *La Semana Política*

#### ESTATUTO CONSTITUCIONAL

Con un nuevo gesto de patriotismo, la Junta de Gobierno ha dado un paso que el país esperaba. Cuando las Fuerzas Armadas asumieron el Gobierno y la administración del país, el poder político se concentró en la Junta Militar, organismo que ha adoptado simultáneamente decisiones legislativas y medidas administrativas. Era, sin embargo, previsible que la administración del Estado se radicara en una sola persona y naturalmente esa misión le correspondía al Presidente de la Junta.

El Estatuto Jurídico de la Junta de Gobierno, documento que tiene por su naturaleza carácter constitucional, satisface la necesidad de que la Junta de Gobierno defina la amplitud de sus poderes y que al mismo tiempo designe a un Jefe del Estado. Estos dos objetivos son los principales del Estatuto.

La trascendencia de este acto constitucional es innegable. El ha demostrado desprendimiento, el tino político y la visión de los señores miembros de la Junta de Gobierno,

pues la nueva construcción jurídica se ha logrado a través de un debate sereno y razonado. En otros tiempos o lugares la magnitud de las resoluciones adoptadas pudo significar inquietudes o distanciamientos de mucha gravedad. No ha sido el caso del régimen chileno, en que el cambio se ha alcanzado dentro de una completa armonía y solidaridad de las cuatro fuerzas armadas.

El Estatuto determina que la Junta de Gobierno ejerce, mediante decretos leyes, el Poder Constituyente y el Poder Legislativo.

Innecesario parece recalcar la trascendencia de esta declaración. A través de decretos leyes acordados por la unanimidad de sus miembros y firmados por todos ellos, la Junta de Gobierno tiene la facultad de dictar leyes y en consecuencia de modificar o derogar cualquier precepto legal en vigor o crear otros nuevos. Más importante todavía es la facultad de la Junta para ejercer el Poder Constituyente, obrando en la forma ya dicha. Puede la Junta por tanto enmendar la Constitución, derogando o modificando alguno de

sus preceptos o agregando nuevos, así como puede dictar una nueva Carta Fundamental.

Los cuatro miembros de la Junta de Gobierno, actuando unidos, tienen, pues, en sus manos todo el poder necesario para edificar una nueva institucionalidad.

Es muy conveniente que la Junta como tal se haya liberado de algunas tareas gubernativas y administrativas, a fin de consagrarse al enorme trabajo de establecer las líneas simples y armónicas de un Estado y de un orden jurídico verdaderamente justos.

Desde el momento en que la Junta ejercita el Poder Constituyente, sus facultades no se limitan por el decreto ley que consigna el texto del reciente Estatuto. Dichas normas pueden modificarse, si para ello concurre la unanimidad de la Junta. Además, el mencionado órgano constituyente puede seguir dictando decretos leyes complementarios o modificatorios de la legislación vigente.

Aunque no lo dice el estatuto en forma expresa, sus normas modifican sustancialmente la Carta Política de 1925. No sólo está disuelto el Congreso elegido en virtud de dicha Constitución y han cesado en sus cargos los senadores y diputados que formaban esa Corporación, sino que además se ha creado —o mejor dicho, confirmado— un nuevo órgano legislativo, que reemplaza por ahora en sus funciones a las dos Cámaras y al Congreso Pleno. El ejercicio por la Junta de los Poderes Constituyente y Legislativo es un hecho que se produjo el 11 de septiembre de 1973, pero la declaración formal y explícita de ello se ha realizado el miércoles 26 de junio

del año en curso. En virtud de tal declaración, el régimen político chileno cambia no sólo en el hecho, sino en el derecho, y cambia en su sustancia misma, es decir, en la generación y en el ejercicio del poder.

El Estatuto no señala plazo para el desempeño de los titulares de los Poderes Constituyentes, Ejecutivo y Legislativo.

El mecanismo de subrogaciones y reemplazos indica, por su parte, que el régimen establecido se concibe para prolongarse por el tiempo que las Fuerzas Armadas estimen necesario a fin de cumplir los fines del movimiento del 11 de septiembre.

En este texto y en este espíritu queda señalado el Presidente de la Junta de Gobierno como titular del Poder Ejecutivo y como Jefe Supremo de la Nación.

#### ASUME EL PODER EJECUTIVO PRESIDENTE DE LA JUNTA

En solemne ceremonia celebrada el jueves último, el Presidente de la Junta de Gobierno, general don Augusto Pinochet Ugarte, recibió, en forma excepcional, del Presidente de la Corte Suprema, que simboliza la marcha jurídica de la Nación, las insignias del mando supremo.

Se cumplió así el otro objetivo principal del Estatuto Jurídico de la Junta de Gobierno, cual era entregar a un miembro de dicho organismo, concretamente a su Presidente, las atribuciones que la Constitución y las leyes de la República reservan al Presidente de la República, empezando desde luego por aquella disposición según la cual a dicho alto funcionario le está confiada la

administración y gobierno del Estado, en términos que su autoridad se extiende a todo cuanto tiene por objeto la conservación del orden público interno y la seguridad exterior de la República, dentro de las normas constitucionales y legales.

Era necesario que el país siguiera teniendo un solo Jefe Supremo de la Nación no tan sólo porque la autoridad unipersonal se efectúa con mayor expedición que ejercitada por los cuerpos colegiados, sino porque la tradición jurídica del país y los hábitos políticos de la Nación se identifican históricamente con la figura de un Mandatario que, según la creación portaliana, recibe sobre sus hombros la mayor autoridad al tiempo que el peso de la máxima responsabilidad.

Al Jefe del Estado le corresponde el gobierno, es decir la orientación concreta y diaria de la marcha de la Nación. Es además el administrador supremo. De él dependen los Ministros, los Jefes de Servicios y los Agentes Diplomáticos. A él corresponde el mando de las fuerzas; en fin, es la cabeza del Estado.

En otros países, los cargos del Jefe del Estado y de Jefe de Gobierno no se confunden. Así ocurre en los regímenes parlamentarios y en algunas organizaciones políticas especiales, como la francesa y la española. En la concepción presidencial chilena, el titular del Poder Ejecutivo es uno solo, y a él le corresponden tanto la representación del Estado como el gobierno y la administración del mismo.

Desde el mismo día 11 de septiembre de 1973 el general Pinochet asumió el papel de cabeza del régimen y de Presidente de la Junta. Su autoridad ha sido en el he-

cho reconocida y acatada desde entonces.

Con la reciente formulación constitucional, esa autoridad se transforma en una responsabilidad exclusiva para todo lo que se refiere a la administración del Estado. Ciertamente es que los Ministros serán nombrados por el Presidente de la República, con acuerdo de la Junta, disposición que mantiene una cierta coparticipación de órdenes y responsabilidades, pero no es menos cierto que el Estatuto dispone que los Ministros permanecerán en sus cargos mientras cuenten con la confianza del Presidente de la Junta. Este último principio significa en el hecho que la responsabilidad política por la conducción del Estado reposa en el Presidente, con lo que el Gobierno militar se entronca de este modo con la tradición jurídica chilena.

La presencia de un Jefe de Estado, con autoridad suficiente para conducir con eficacia la maquinaria del Gobierno y para desarrollar una política interior y exterior de justicia y de progreso, es lo que permite abrigar esperanzas en el futuro nacional. El país no olvida que los grandes períodos de realizaciones chilenas han coincidido con Ejecutivos fuertes, imparciales y enteramente dedicados al servicio del país.

Atraviesa Chile un período muy difícil, en que la población está pagando con sacrificios enormes las consecuencias de un prolongado derroche de recursos y de distorsión de la realidad económica. Pero los chilenos no pueden contentarse con aceptar el sacrificio y con esperar pasivamente tiempos mejores. Es preciso actuar sin demora y tomar el conjunto de medidas indispensa-

bles para activar la economía, para emplear oportunamente los fondos disponibles para estimular las inversiones y para darle a la ciudadanía un marco de expectativas afirmado en decisiones concretas y actuales.

En el orden político internacional y nacional se espera que el país lleve a la práctica la voluntad de reconquistar y de sobrepasar las metas a que Chile llegó en el pasado. La Junta de Gobierno ha cumplido una extraordinaria labor de reconstrucción moral y de puesta en marcha de la reconstrucción material. Queda todavía un vasto campo de perfeccionamiento legislativo e institucional en que le cabe la intervención conjunta a la Junta de Gobierno, y falta aún mucha acción específica para que los distintos servicios públicos se inspiren en un espíritu nuevo, para que se quiebren las rutinas y para que se abra paso al trabajo creador en todos los planos de la vida nacional.

Las posibilidades de éxito de esta labor gigantesca dependen de que las autoridades dispongan de todo el tiempo necesario para desarrollarla. La continuidad y estabilidad son elementos probados como indispensables para levantar a los países de la postración y la pobreza. Lo conveniente es que el tiempo se aproveche día por día y hora por hora.

La evidencia de que el régimen se constituye por un período largo

aparece del mecanismo de subrogaciones y reemplazo dentro de la Junta. En síntesis, la Presidencia de la Junta y, en consecuencia, el ejercicio del Poder Ejecutivo corresponden por subrogación a los demás miembros de la Junta en el orden de precedencia establecido. Si uno de dichos miembros se imposibilita será reemplazado por el Oficial General de Armas en servicio activo más antiguo de la institución respectiva. Pero el subrogante pasará al cuarto lugar de precedencia, cualquiera que sea la institución a que pertenezca, en caso de muerte o imposibilidad absoluta de un miembro de la Junta, los demás integrantes designarán al Comandante en Jefe o General Director que deba reemplazar al titular desaparecido o impedido. Esta última norma es muy lógica por cuanto el cargo más alto de la jerarquía de cada institución castrense no debe ser materia de ascenso automático sino de nombramiento de la suprema autoridad. Esto es todavía más lógico cuando se trata de un jefe que pasa a integrar el Poder Legislativo y Constitucional con expectativas de asumir el Poder Ejecutivo.

El acto en que el Presidente Pinochet asumió el poder como Jefe Supremo de la Nación es, en resumen, el hecho más importante ocurrido en el país desde la propia constitución de la Junta Militar de Gobierno el 11 de septiembre de 1973.

## Desarrollo social (4 de agosto de 1974)

*El artículo comienza comentando el fallo del Consejo de Guerra de la Fuerza Aérea, que pide la pena de muerte para cuatro personas (EM, 4 agosto, pág. 17). Luego se refiere en detalle a la reunión del general Gustavo Leigh, integrante de la Junta de Gobierno, con 2.500 dirigentes de organizaciones comunitarias en el edificio Diego Portales, en la cual les informó sobre la política de desarrollo social del gobierno (EM, 1 agosto, págs. 1 y 19).*

### *La Semana Política*

#### DESARROLLO SOCIAL

Como era previsible, en el exterior se desató una tempestad de protestas, con motivo del fallo del Consejo de Guerra de la FACH que propone cuatro penas de muerte y otras graves condenas para los militares y civiles procesados ante dicho Consejo.

El fallo será examinado cuidadosamente por juristas y expertos de todo el mundo con el ánimo de establecer si los hechos punibles están probados con arreglo a la ley si la calificación de los delitos es la procedente y, en fin, si las penas propuestas para los procesados se ajustan a derecho, tomadas en consideración todas las circunstancias.

Tal vez el Consejo de guerra no haya encontrado otro camino que el extraordinariamente severo que propuso. Quedará entregado a la prudencia del Juez de Aviación presentar una resolución final que conjugue el vigor de la justicia militar con los atemperamientos que aconsejan la equidad y los principios generales de derecho.

Lo ocurrido en este proceso sirve para apreciar hasta qué punto los

actos de las autoridades chilenas están sometidos a observación por los numerosos núcleos de influencia y organizaciones políticas que siguen directa o indirectamente la línea estratégica comunista.

Los chilenos desearían que las decisiones judiciales y administrativas adoptadas por las autoridades dentro del territorio nacional y en la órbita de su jurisdicción fueran respetadas íntegramente desde que se dictan con entera prescindencia de todo poder extraño. Sin embargo, en el hecho esta clase de decisiones se toman a la luz de la opinión pública mundial y sería ingenuo hacer caso omiso de su repercusión externa.

Por fortuna, la sentencia del Consejo de Guerra no es definitiva y el "cúmplase" puede introducir modificaciones sustanciales a lo resuelto. Se espera que un nuevo análisis jurídico de los hechos salve los posibles errores de interpretación que se hacen notar en el fallo propuesto al Juez de Aviación.

Mientras la mencionada sentencia sirve de pretexto para nuevas acciones contra Chile, provocadas desde el exterior, el país sigue

avanzando hacia la solución de sus problemas económicos y sociales.

El miércoles 31 el Comandante en Jefe de la Fuerza Aérea y miembro de la Junta de Gobierno, general don Gustavo Leigh, celebró una importante reunión con dirigentes de organizaciones comunitarias, a los cuales expuso la política de desarrollo social del Gobierno.

El general Leigh criticó las soluciones dadas en el pasado a los problemas del desarrollo social e hizo presente que se importaban doctrinas extranjeras para el quehacer político nacional.

De las intervenciones escuchadas en la reunión de dirigentes comunitarios con el general Leigh y de otros antecedentes se desprende que el Gobierno va a atacar a fondo y en toda su extensión los problemas del desarrollo social, pues no es el propósito que la reconstrucción se mantenga en el solo campo económico, sino que abarcará necesariamente las órbitas social, cultural y todo el conjunto de las preocupaciones o necesidades de los chilenos.

El desarrollo social, mirado desde el punto de vista de sus metas objetivas, tiende a mejorar la calidad de la vida y a elevar las posibilidades físicas y morales de la población.

Concretamente, hay en el país un gran déficit de nutrición, existen enfermedades crónicas o insuficiencias orgánicas o síquicas que necesitan ser atendidas en forma sistemática, faltan hábitos de higiene y moralidad en los individuos y en las familias y, por último, es indispensable desenvolver las técnicas de capacitación que produzcan ap-

titudes económicas en la gran masa de la población.

El otro gran tema del desarrollo social es todo lo tocante al "habitat" de la población, es decir, la vivienda digna, el equipamiento comunitario mínimo, la urbanización adecuada y todo el conjunto de bienes físicos, sean de propiedad individual, cooperativa o comunal, que las personas y las familias necesitan para llevar una existencia sana y armónica.

Si de las metas objetivas del desarrollo social pasamos al elemento subjetivo, habrá que decir que la sola acción del Gobierno es incapaz de conseguir dichas metas y que resulta indispensable la labor de la comunidad organizada.

#### LA COMUNIDAD

"Terminó la hora en que estábamos sin hacer nada, esperándolo todo del Gobierno", dijo el general Leigh. "Esperamos que todos aporten su talento creador, esfuerzo y voluntad".

Por su parte, el Ministro del Interior, general César Benavides, manifestó que "el desarrollo no será posible sin la participación activa de los dirigentes de las organizaciones comunitarias".

Es claro que el desarrollo social exige la generosa labor de las autoridades y de los funcionarios públicos en la órbita de sus respectivas competencias. La acción de los Intendentes Regionales, de los Gobernadores Provinciales y sobre todo de los Alcaldes resultará decisiva para poner en movimiento las fuerzas y organizaciones comunitarias, pero habrá que contar además con la labor que despliegue el Go-

bierno en todos los niveles, así como la que desarrollen los servicios públicos y empresas del Estado en igual sentido.

El general Leigh pidió hace algún tiempo la colaboración del sector económico privado para el desarrollo social. La Confederación de la Producción y del Comercio está avanzando en el estudio de planes que implican una respuesta decidida a la proposición del Gobierno. Las empresas y los empresarios, a través de sus gremios o individualmente, colaborarán al desarrollo social tanto en el interior de las propias empresas como en el contorno de las mismas.

La búsqueda del progreso físico y moral de la población y el alza de la calidad de la vida ambiental, familiar y personal serán entonces preocupación de las autoridades y personeros del sector público, en sus respectivas competencias, y también de los organismos del sector privado. Es comprensible que la aplicación de la capacidad empresarial al diagnóstico y tratamiento de los problemas sociales se traduzca en soluciones prácticas para numerosos problemas candentes.

Pero el gran factor o agente del desarrollo social mismo será la comunidad misma en sus diversas magnitudes, a través de instrumentos tales como las juntas de vecinos, centros de madres, clubes juveniles y otros.

Hace un año la ciudadanía se movilizaba en contra del gobierno despótico de la Unidad Popular a través de los partidos, pero sobre todo a través de las organizaciones comunitarias. Chile probó estar constituido por una democracia orgánica o de base, que surgía en los

gremios, en los sindicatos, en los barrios, en las comunidades pequeñas o grandes. Fueron los vecinos, los pobladores, los trabajadores libres, las dueñas de casa, los estudiantes, el factor de movilización de masas con que el marxismo no contó y que pudo trascender los marcos partidistas para transformarse en un gran estado de ánimo, en una corriente de comunicación ciudadana estrecha y en un común anhelo de liberar al país del comunismo.

Esa capacidad de movilización es aprovechable para construir una sociedad libre y justa, imbuida en una doctrina nacional tan simple como realista. El desarrollo social requiere líderes en las organizaciones comunitarias, personas de visión y de carácter que comprendan la importancia de las tareas en beneficio de la comunidad, entregando a ellas su entusiasmo y su esfuerzo organizado. El desarrollo social comunitario es un crecimiento de abajo hacia arriba. Empieza pues en los grupos de dimensiones modestas y se propone metas reducidas, pero el movimiento se extiende en ondas cada vez más amplias y permite establecer organismos y agrupaciones que van desde lo local hasta lo nacional.

La comunidad tipo parece limitarse en general al espacio de la comuna o a funciones dentro de ella. De allí el papel vital que habrán de desempeñar los alcaldes en la nueva estructura administrativa. Del dinamismo y capacidad de los jefes comunales dependerá en gran parte el éxito de las iniciativas comunitarias y el desarrollo social efectivo.

Debe destacarse en la política social expuesta por el general Leigh

el enfoque directo hacia el mejoramiento de la comunidad en el campo de la cultura, de la educación, de la justicia, de la defensa nacional, de la salud, de la vivienda, de las obras públicas, del trabajo, del transporte, de la empresa y del deporte. Se trata de un enfoque en que no hay un ápice de demagogia y sí en cambio el propósito firme de realizar una transformación profunda en los hábitos y condiciones de vida de nuestro pueblo, una transformación que exigirá inventiva, capacidades y recursos económicos de importancia. Pero todo ello vendrá porque el país mismo, a través de sus comunidades, encontrará la manera de allegar medios a la solución de sus problemas sociales.

El énfasis en la política social no se pone en desmedro del desarrollo económico, pero es importante que el país aprecie que las miras del

Gobierno están lejos de resignarse a llegar a determinados logros económicos, a determinados niveles de ingreso o de consumo. Aunque tales logros son indispensables para el sólido desarrollo social, el país tendrá que superar las limitaciones de la sociedad de consumo para lo cual tiende a centrar en la persona y en sus altos valores el eje de su progreso. Una moral no materialista e inspirada en un bien entendido humanismo está más en consonancia con el espíritu popular chileno que la moral basada en el lucro. Si se emplea el lucro como acicate de la actividad económica pero se encuentran estímulos vitales, morales, humanos, patrióticos para movilizar el resto de la existencia, nuestro país habrá sembrado los gérmenes de la verdadera libertad, la que se funda precisamente en la dignidad de la persona.

## Participación indispensable

(26 de enero de 1975)

*En los primeros días del mes se da a conocer el proyecto de "Estatuto Social de la Empresa", el que establece formas de participación de los trabajadores en las empresas en que laboran. (Este, promulgado luego en mayo de 1975 [Decreto Ley 1.006], fue dejado en suspenso para entrar en vigencia con posterioridad, lo que en definitiva nunca ocurrió.) El comentario se refiere, además, a la necesaria transparencia en el proceso de elaboración de decretos leyes.*

### *La Semana Política*

#### PARTICIPACIÓN INDISPENSABLE

El Estatuto Social de la Empresa vuelve a colocar en el primer plano el concepto de participación social.

Dicho concepto tiene un campo más vasto que el de la empresa y de las relaciones laborales, ya que puede extenderse a toda la esfera de la comunidad organizada. A este sentido amplio vamos a referirnos, pues la participación del trabajo en la empresa parece un paso hacia otros tipos de colaboración entre sectores sociales.

Desde luego, la participación en una empresa o en una sociedad cualquiera no implica de suyo ni el derecho a elegir a los que conducen el organismo ni la intervención en la administración con carácter decisorio. La participación es sobre todo información razonada de las medidas de gobierno que se adoptan en la empresa u organismo de que se trate. La información, la consulta y el diálogo no significan que la autoridad disminuye sino que es obedecida con responsabilidad y conciencia por los subordinados. Estos últimos necesitan ser tomados en cuenta y conocer los motivos de

las decisiones que les afectan, salvo que la reserva acerca de aquéllos sea estrictamente indispensable.

En el nivel político la participación aparece como indispensable para Chile, en el sentido de que la ciudadanía esté debidamente informada de las resoluciones que le afectan y de sus fundamentos. La participación implica también cierta organización civil, así como la posibilidad de consultas locales o regionales o en los niveles que sean compatibles con el estado de emergencia.

La participación social es una necesidad en Chile, pues este país está habituado a responder en forma consciente a las exigencias de la vida cívica. Una larga tradición democrática ha impuesto su sello en términos de que no pueda prescindirse de la ciudadanía.

Por otra parte, el estado de emergencia durante un período prolongado se justifica porque venimos saliendo del caos que generó la hipertrofia y el abuso de las prácticas democráticas. ¿Cómo encontrar entonces los cauces de la participación, sin que el país retroceda a los prejuicios y métodos que lo lle-

varón al marxismo y casi a la desintegración nacional?

La solución del problema será, sin duda, larga y difícil, pero no habría que olvidar que Chile ha sido en varios aspectos una avanzada política en América latina. Es posible confiar, pues, en que se encuentre el camino para que nuestra democracia evolucione hacia esquemas igualitarios que superen los divisionismos clasistas y los apetitos demagógicos, hacia fórmulas tan alejadas del paternalismo como de los impulsos anárquicos, cuyo devastador efecto apreció el país en los últimos años.

Entretanto, y sin perjuicio del receso de la actividad partidista oficial, la polémica política ha revivido. Aunque no se presentan verdaderas alternativas al régimen militar y a su programa, las posiciones del Gobierno están siendo controvertidas y las objeciones a los planes económicos toman fácilmente la apariencia de críticas políticas.

Por escrito, por radio, por televisión y en privado, la crítica se abre camino. Ella puede tomar el filo negativo y frívolo que simplemente erosiona famas, políticas e iniciativas, sin llevar aparejado un propósito ambicioso. Otros, sintiéndose víctimas oprimidas por el receso y sin estar en condiciones de ofrecer alternativas razonables, embisten mentalmente contra el régimen y sirven de aliados fáciles a quien se proponga alguna aventura subversiva. Finalmente se dan los opositores desde dentro, los que manifiestan marcadamente su adhesión al régimen, pero que sostienen puntos de discordancia profunda con la política en marcha.

¿Qué hacer con esta crítica, cuya sola presencia contradice la versión extranjera de que aquí existe una dictadura mutiladora que enmudece toda réplica? Un método sería convertir en verdadera esa imagen extranjera de nuestro país y reprimir drásticamente las críticas. La otra actitud es precisamente buscar los mecanismos de participación a fin de que las objeciones se canalicen y las críticas se efectúen dentro del régimen en vez de llevarse a cabo fuera de él, fuera del país o subrepticamente o clandestinamente.

Lo que parece incompatible con la situación imperante es la indiferencia frente a este problema —el de las objeciones y las críticas políticas—, problema que se hará más agudo con el progreso de la participación laboral en las empresas. Hemos visto objeciones económicas transformadas de hecho en oposiciones políticas. Lo probable es que surjan oposiciones y descontentos laborales transformados también, y con más capacidad de presión, en fuerzas opositoras.

La participación es inevitable, indispensable y saludable para un régimen político que conoce sus metas y que registra anticipadamente las ventajas y riesgos del trato igualitario con la ciudadanía. En un comentario anterior nos referíamos a la necesidad de que los militares apolíticos hicieran política en el poder. Ahora afirmamos que la implantación de la participación exige un manejo cuidadoso e imaginativo a fin de que se desempeñe como canal entre el Gobierno y la ciudadanía, como medio de entendimiento y de cooperación, como apoyo en último término a la unidad nacional.

## NORMAS OBJETIVAS Y ESTABLES

El paulatino incremento de la colaboración de la ciudadanía en las responsabilidades públicas, aunque más no sea por el hecho de estar mejor informada, exigirá poco a poco que la labor de los Poderes Públicos se normalice en el sentido de que las esferas de competencia de las distintas autoridades y jerarquías queden definidas de manera estable y objetiva.

Los difíciles momentos vividos explican de sobra la adopción de resoluciones legales y aun constitucionales con gran rapidez. La misma situación explica la gran cantidad y variedad de disposiciones que se han dictado. Por último, las urgencias de toda índole fuerzan a veces a las autoridades de alta jerarquía a tomar resoluciones que incumben por su naturaleza a autoridades inferiores, lo que hace perder tiempo a las primeras e inhibe a estas últimas.

Las normas constitucionales vigentes establecen con precisión que el ejercicio del Poder Ejecutivo corresponde al Presidente de la República, quien lo es también de la Junta. Añaden esas disposiciones que el Poder Legislativo y Constituyente corresponde a la Junta. Esos principios deben haber sido objeto de alguna reglamentación interna en virtud de la cual se eliminen en lo posible las confusiones entre las reglas constitucionales, las legales y las reglamentarias o decretos. De igual manera sería conveniente que la tramitación que genera las distintas clases de normas fuera muy precisa, a fin de simplificar la formación de los decretos leyes y de las normas constitucionales.

En los períodos más graves de una emergencia nacional es posible que la prudencia y el patriotismo sean los únicos inspiradores de la acción de muchos ciudadanos. Como este clima moral dista de ser permanente, resulta imperiosa la existencia de leyes escritas y de penas pre-establecidas. Las leyes y las sanciones objetivas suprimen, a veces, la espontaneidad de los grandes momentos, pero en el largo tiempo inculcan la justicia y conforman al derecho la conducta de gobernantes y gobernados.

El régimen militar se ha preocupado desde el primer momento de dar base legal a todas sus decisiones. La mayoría ciudadana tiene conciencia de la legitimidad del pronunciamiento del 11 de septiembre de 1973 y sabe que las Fuerzas Armadas no pudieron obrar de otro modo que como lo han hecho antes, durante y después del pronunciamiento. En esta legitimidad se funda el edificio institucional que construyen las Fuerzas Armadas en el ejercicio del poder.

Ahora bien, una cosa es que las resoluciones sean legítimas por serlo la autoridad que las dicta y por obrar ella en la esfera de su competencia, y otra cosa distinta es que las decisiones se elaboren y adopten en forma expedita y eficaz. Para este segundo aspecto parece necesario que se diseñen con claridad los canales que cada resolución debe recorrer, las instancias a que está sometida, los términos o plazos de cada una de ellas y en fin la magnitud de las deliberaciones necesarias para que las normas queden definitivamente perfeccionadas. La gestación de las reglas constitucionales, legales y administrativas necesita de proce-

dimientos que racionalicen la tramitación, de debates formales de los organismos que intervienen en la formación de dichas reglas y de la información pública necesaria para que la ciudadanía pueda sugerir observaciones a las iniciativas en curso.

Las normas que fijan la competencia y los procedimientos para la generación de las reglas legales tienen la ventaja de señalar concretamente a los responsables de la respectiva decisión y facilitan el conocimiento público de los motivos por los cuales se legisla en tal o cual sentido.

Se evitarían críticas a las disposiciones ya dictadas y se suprimirían las presiones para modificarlas si en el proceso de elaboración participaran los afectados a través de sus sugerencias. Ciertamente es que ello multiplicaría las peticiones de audiencias y los memorándums que solicitan rectificaciones o enmiendas a los proyectos, pero los interesados intervendrían antes de que las iniciativas se conviertan en la ley y no después, evitando así cambios en las decisiones una vez tomadas. Debe añadirse que, si se fijan las

competencias de las autoridades que deben intervenir en estas materias, serán ellas las que reciban a los interesados, dejando a las autoridades superiores en libertad para planificar la labor general del Estado y para resolver los asuntos de alta trascendencia.

Nos hemos extendido en este aspecto aparentemente formal del trabajo del Gobierno, porque la claridad y publicidad en la formación de las reglas legales es un paso importante en el trato franco del régimen con la ciudadanía. Es mejor que haya discusión entre los que hacen las leyes y los afectados con ellas. Resulta más conveniente que las observaciones y las críticas se hagan en el seno de los organismos del propio régimen antes que fuera y contra él, o en el extranjero. En fin, hay una participación sana, constructiva y no demagógica. Es la que se hace con sinceridad y que importa cooperar a la mejor marcha del Estado. Se espera que esas mismas características tenga la participación laboral en la empresa, y que en las áreas municipal, provincial y regional se den formas semejantes de actividad solidaria.

## Baja moral de la prensa en la era marxista

(9 de febrero de 1975)

*A propósito del Día de la Prensa se comenta la reciente información publicada por El Mercurio, acerca de la venta del periódico Clarín a Salvador Allende, por medio de un tercero (EM, 4 febrero, pág. 1).*

### *La Semana Política*

#### EJEMPLO DE LA PRENSA CHILENA EN AMERICA

En las proximidades de la celebración de un nuevo aniversario de la histórica fundación de la prensa chilena se hacen presentes circunstancias que impulsan a reflexionar sobre el espíritu que ella tuvo en el pasado, las graves vicisitudes por que atravesó en años recientes y el papel que se espera para el futuro en la orientación del espíritu público y búsqueda de nuevas formas institucionales.

Es un hecho histórico que el periodismo chileno estuvo desde el comienzo de la pasada centuria en la vanguardia del progreso cultural y técnico. Fue tal vez el primero que lanzó a la luz pública periódicos desvinculados de la servidumbre gubernativa. En América latina, después de la emancipación, se mantuvo largos años el oficialismo de la prensa, en razón de que ella había surgido impulsada y sostenida económicamente por los gobiernos y era muy onerosa y poco remunerativa la industria impresora. Los periódicos de aquel entonces tenían que pasar por las horcas caudinas de la ayuda económica de los poderes públicos, los cuales, a su vez, les imponían ciertos requisitos bastante reñidos con su inde-

pendencia. Fue frecuente en la época que las suscripciones de las oficinas públicas constituyeran el ingreso principal para la subsistencia de los diarios y se recuerda que el día en que el Ministro don Manuel Camilo Vial las canceló como sanción a la publicidad de su nombramiento de Fiscal de la Corte Suprema, que él deseaba mantener en reserva, se reafirmó la independencia en la labor informativa.

Otra característica que enalteció a nuestra primera prensa fue que ella desde el comienzo formó un neto contraste con la falta de autonomía de la mayoría de los diarios del continente americano, y que a ello agregó su amplia acogida a los periodistas divorciados de los gobiernos despóticos e inestables que imperaban en otras naciones. El diarismo chileno del primer tercio del siglo pasado constituyó asilo para muchos escritores exiliados de sus países, que encontraron tribuna en las páginas de hojas pequeñas en su formato pero grandes por el espíritu de quienes les conducían. Aquí llegaron a colaborar en las páginas de "El Mercurio" de Valparaíso con sus brillantes plumas el argentino Sarmiento y el uruguayo Juan Carlos Gómez, y sentó plaza de redactor en "El Progreso" de Santiago el brillante jurista Juan

Bautista Mitre. Y lo que honró más esa comunidad internacional de trabajo fue que los extranjeros abordaban temas y polemizaban con los periodistas nacionales sin restricción alguna. Este internacionalismo hacía aparecer las brillantes plumas de Benjamín Vicuña Mackenna y de Manuel Amunátegui, en la entonces prensa libre de Cuba y el Perú, donde el último de los nombrados fundó el centenario "El Comercio" de Lima.

A pesar de que América latina vivía en un ámbito modesto y apartado y en los albores republicanos llegaba a las páginas de los diarios el bullente movimiento ideológico y técnico de Europa y Norteamérica. Camilo Henríquez inició la publicación de la "Aurora de Chile", parafraseando escritos y conceptos proclamados por la Revolución Francesa, y abrió un surco que pudo mantenerse con dificultades y contrastes, pero que forjó el alma misma del periodismo chileno. El padre de los editores nacionales, Camilo Henríquez González, nacido en Valdivia el 20 de julio de 1769, profesó como fraile de la Orden de la Buena Muerte, en 1790. Camilo Henríquez imprimió la "Aurora de Chile" el 13 de febrero de 1812, siendo aquellas débiles hojas el baluarte de los principios que se forjaban en la mente de los patriotas. Su hermana, doña Melchora Henríquez, fundó una familia que ha ilustrado por largos años el periodismo nacional al contraer matrimonio en Argentina con don Diego Pérez de Arce, de quienes descienden, por lo menos, cuatro generaciones de redactores de las columnas de "El Mercurio".

Camilo Henríquez está en el centro de una constelación histórica de la actividad de la prensa nacional y es acreedor a todos los honores que se rinden desde hace 163 años a la fecha.

#### BAJA MORAL DE LA PRENSA EN LA ERA MARXISTA

Una gran descomposición política con disgregación de fuerzas y partidos, culminó el año 1952, correspondiendo a ella un paralelo descenso moral en diversos sectores periodísticos; se dijera que la República volvía a los tiempos de la anarquía liberando fuerzas que se precipitaban sin cauce y hacían temblar los sólidos cimientos de la nacionalidad. En esos turbios momentos de nuestra historia emergieron de los fondos más corrompidos condotieros de la pluma que con audacia y protección del poder se apoderaron de ciertos medios de comunicación y comenzaron a utilizarlos para los fines más deleznable y el escarnio de la honra de personas o instituciones. Significativamente volvieron a repetirse actuaciones de escándalo que sólo tenían parangón con las que se registraron en América cuando no existían gobiernos en forma y las únicas expresiones que circulaban entre el público eran las de los panfletos más irresponsables. La historia recuerda a uno de ellos, Manuel Aniceto Padilla, que ofreció sus servicios de periodista mercenario a todas las Repúblicas de América del Sur, poseído de un satánico propósito de impedir la constitución de gobiernos libres, de desatar la procaacidad en la prensa escrita y de ejecutar los actos más nefandos a la

sombra de protectores poderosos. Corrían por las venas de Manuel Aniceto Padilla caudales de sangre mestiza que, según los que lo observaron en su tiempo, explicaban la duplicidad de su conducta, los actos desleales contra quienes lo habían beneficiado y su desaprensión para servir y atacar alternativamente a los políticos de su tiempo.

"Los juicios que los gobernantes nos han dejado sobre Padilla son muy duros —expresa Encina—. Lo mismo los de Buenos Aires que los de Bolivia, Perú y Chile lo presentaron como el arquetipo del intrigante y del agitador verboso, del profesional de la calumnia y de la injuria sin riesgos y del sinvergüenza perfecto."

Personaje de tal filiación moral apareció en Chile cien años después, con iguales perfiles, en la persona de Darío Sainte-Marie, alias "Volpone". Este engendro surgió a fines de la década del 40. Había adquirido escuela antes en actividades tortuosas, a través de muchos países americanos ofreciendo su pluma y su capacidad de intriga a los dictadores que arrendaron sus servicios en Venezuela, Lima y Santo Domingo, escribiendo panegíricos de ellos con estipendios en dólares. Regresó aprovechando la reñida campaña de 1952, en la que, después de denigrar al candidato que resultó triunfante, logró, por la intriga y la humillación, ponerse a su servicio con la obligación contractual de destruir la honra de todos aquellos que se opusieran al régimen. Reapareció entonces bajo el escudo del pseudónimo de "Volpone" que habría de darle nauseabunda celebridad. Con acopios

ilícitos de recursos acumulados en la explotación del diario oficial "La Nación", cuya dirección alcanzó por medios sorpresivos y vedados, fundó sucesivamente varios diarios, siendo el principal "Clarín", calificado acertadamente como "cloaca periodística".

El que sufrió las mayores devaluaciones fue el líder del socialismo, Salvador Allende, a quien exhibió en las más denigrantes de las condiciones como aprovechador de caudales públicos y organizador de negocios al amparo de sus investiduras parlamentaria. Bajo el epígrafe "Vida sin Paralelo" acumuló los cargos más odiosos para un político, presentándolo como aprovechador de la buena fe popular. Nada de esto obstó para que después se fuera aproximando e incorporándose al círculo de sus íntimos y le prodigara páginas enteras de elogio y adulo, alentando sus ambiciones presidenciales dentro de la combinación de izquierda que finalmente se transformó en la Unidad Popular.

En la semana recién transcurrida la opinión pública se ha impuesto con asombro de que ese mismo diario "Clarín" con que Volpone zarandeó y halagó a Salvador Allende, según convenía a sus bastardos intereses, había sido comprado en centenares de miles de dólares por el ex Mandatario, que profesó de demócrata, moralista y protector del pueblo chileno. Los documentos auténticos aparecieron reproducidos el martes 4, después de ser ubicados en cajas de seguridad del desaparecido líder del marxismo "a la chilena".

Los valores por un total de US\$ 1.530.000 alimentaron la cuenta cifrada de Darío Sainte-Marie.

Esta inaudita operación permito al siniestro personaje retirar del país caudales mal habidos para ir a residir tranquila y opulentamente a España, donde hoy se encuentra.

Volpone, al huir en 1972, dejó una parte importante de su fortuna en mansiones situadas en balnearios de lujo, donde Salvador Allende concurría a celebrar ocultas reuniones y fiestas ambiguas, acompañado de su guardia de corps fuertemente armada, que él bautizó como Grupo de Amigos Personales (GAP).

De la putrefacción que dejó tras de sí el régimen marxista de la Unidad Popular el capítulo de las asociaciones ilícitas entre Salvador Allende y Sainte-Marie es quizá el más increíble, y parece haber hecho

escuela porque en estos mismos días se ha denunciado al mundo que los organizadores de colectas para reunir dólares y contratar mercenarios que ataquen a Chile en el exterior han defraudado gran parte de las contribuciones reunidas en los países marxistas y en otros que no lo son, pero que desean aparecer como tales para obtener provecho público de sectores de izquierda.

En la fecha que se acerca para celebrar la fundación de la "Aurora de Chile" ha sido afortunado que aparecieran en toda su evidencia la falsía de Allende y de sus más íntimos colaboradores y las páginas negras que el régimen de la Unidad Popular escribió para la historia de la prensa nacional.

## **Comunicación necesaria**

(9 de marzo de 1975)

*El artículo analiza los estilos de la comunicación civil y militar, destacando luego la necesidad de mecanismos regulares de comunicación entre el Gobierno y la ciudadanía.*

### *La Semana Política*

#### COMUNICACIÓN NECESARIA

Las Fuerzas Armadas han mostrado una notable capacidad para tomar el control del país para poner en marcha la actividad nacional en la dirección que el país reclamaba. La operación realizada puede calificarse de ocupación militar rápida, completa y eficiente.

Nadie puede extrañarse, entonces, que el nuevo poder —el de las Fuerzas Armadas— tienda a imprimir su estilo y sus características a sectores normalmente ajenos a la influencia militar directa.

En el plano político y administrativo, la influencia de las Fuerzas Armadas ofrece aspectos muy favorables desde que está traducida en el imperio del orden, de la disciplina y de la moralidad, en tanto que han cesado las graves tensiones políticas que se enseñorearon en el país durante gran parte de los últimos diez años.

Con el predominio castrense se han establecido, además, modalidades de relación humana muy propias del régimen militar. Una característica de éste es, por ejemplo, el respeto del "conducto regular" en las comunicaciones entre los distintos niveles jerárquicos. Según este principio, un individuo no puede dirigirse a un jefe sin haberse comuni-

cado primero con su superior inmediato y con las demás jerarquías que median entre aquel individuo y el jefe al cual desea dirigirse.

La comunicación por conducto regular en la profesión de las armas es, no sólo conveniente, sino indispensable. Surge como una exigencia esencial de la disciplina, la cual forma, a su vez, el ingrediente básico de la eficiencia operativa de los cuerpos armados. Hay que añadir a eso que la materia de las comunicaciones militares, con ser muchas veces complejísima y obligar a serios análisis científicos y técnicos, se refiere siempre al campo de la guerra, a la defensa de objetivos, a la conquista y control de posiciones y a la puesta en marcha de las actividades en posiciones tomadas. Organizaciones largamente pensadas y concebidas para cumplir esos fines; un elemento humano entrenado en la disciplina y demás virtudes militares, y las características y motivaciones de la actividad de la guerra, imponen —como decíamos— el conducto regular, y a través de él se consiguen gran fluidez y precisión en las comunicaciones entre los mandados y el personal de los diversos grados.

También en la actividad civil es conveniente y necesario observar el conducto regular en las comunica-

ciones, pero no siempre habrá que ser muy rígido al respecto. *Los* gobernantes suelen buscar diversos canales para su propia información. Así, es visible el interés del Presidente Pinochet y también de los demás miembros de la Junta de Gobierno, por tomar contacto directo con la ciudadanía, por observar la actividad de los chilenos en los sitios de trabajo y de reunión, y por interrogar a los jefes de familia sobre sus problemas. Si el gobernante no tomara esta iniciativa, debería conformarse con los fríos oficios con que los diversos niveles administrativos registran el estado de la nación, lo que arrojaría una imagen incompleta y a veces distorsionada de la realidad.

Pero la actividad política y administrativa requiere aún más. Comporta, en muchos casos, el imperativo de que las jerarquías más modestas puedan dirigirse a los jefes de servicios, a los Ministros y, en ocasiones importantes, a S. E. el Presidente de la República, con el fin de exponer ideas, así como nada debe impedir que las más altas autoridades se informen a través de funcionarios situados en distintos grados jerárquicos.

Esta intercomunicación dentro de la actividad administrativa no es obstáculo para que impere el más estricto orden y para que las decisiones emanen tan sólo de las autoridades competentes.

La marcha política y administrativa del país es por naturaleza flexible y requiere de los que la encabezan la posesión del mayor número de antecedentes sobre las materias que van resolviendo. El conducto regular será siempre el medio oficial de información, pero las delicadas cuestio-

nes nacionales e internacionales envueltas en la actividad del Gobierno, así como los intereses y pasiones que se forman en torno al poder, hacen aconsejable que la rigidez jerárquica no se transforme en petrificación y en anquilosamiento.

Aunque hay muchos civiles colaborando en la Administración, motivos explicables llevaron a entregar cargos destacados a miembros de las Fuerzas Armadas. Por otra parte, personal en retiro de estas instituciones se ha reincorporado al servicio y se encuentra sometido a las normas y a la disciplina de aquéllas.

En este amplio sector uniformado prima severamente la comunicación por conducto regular. Además, los propios civiles tienden a asimilar el estilo castrense y son entonces escasas las oportunidades en que los jefes obtienen la comunicación espontánea y rápida desde los niveles subalternos.

Algunos titulares de altos cargos suelen esperar órdenes para obrar, o cumplen escrupulosamente sólo las recibidas y se limitan a transmitir hacia arriba las consultas o dudas que tales órdenes merecen, evitando en lo posible una decisión personal. Esto habla muy bien de la disciplina y del espíritu de renunciamiento del soldado; se justifica además plenamente en las circunstancias y motivaciones de la vida militar, pero en la rutina política y administrativa pone obstáculos a la expedición de las comunicaciones.

#### LA INFORMACIÓN REQUERIDA

El país viene convaleciendo de una larga hipertrofia de la crítica, de la polémica y de la publicación excesiva de lo público y lo privado.

Las Fuerzas Armadas han intervenido para rectificar dicho exceso que era síntoma de anarquía moral. Importa mucho, sin embargo, que lleguemos a la normalidad en vez de pasarnos al extremo contrario, al de la ausencia de análisis, al predominio del automatismo.

La existencia contemporánea está tejida de información. Mientras más rica, variada y rápida sea ésta, mientras más asimilable y utilizable, mejores serán las decisiones adoptadas en todos los niveles.

Una amplia y flexible intercomunicación de las distintas jerarquías del sector público es uno de los elementos adecuados para enriquecer la información de los gobernantes y asegurar así la posibilidad de decisiones óptimas en los planos político y administrativo.

Hoy otros elementos que concurren al mismo fin. A este respecto es claro el papel de los medios de comunicación social en cuanto proporcionan a las autoridades y al público un conocimiento de los hechos relevantes internos y externos. El Gobierno que encabeza el Presidente Pinochet ha mostrado comprender en todo su alcance el valor de esos medios y S.E. ha sido enfático a este respecto.

Los medios de comunicación social son verdaderos colaboradores del Gobierno, en la medida que transmiten información fidedigna, aunque esto no significa que deban ahorrarse críticas o contentarse con actuar de meros transmisores de ideas o propósitos oficiales.

Mientras más libre sea el sistema de comunicación social, mejor puede reflejar éste el sentir de la ciudadanía y prestar de este modo el más valioso auxilio al Gobierno. Por otra

parte, la prensa ilustra muchas veces a la opinión pública y a la autoridad suprema sobre hechos que los propios funcionarios desearían quizás mantener ocultos o atenuados, pero que el bien común aconseja divulgar para que los vicios se corrijan y los criterios equivocados se rectifiquen.

Hay otro tipo de información que resulta indispensable para la buena marcha del Estado.

En un régimen político partidista y con actividad parlamentaria las decisiones legislativas se conocen y comentan con mucha amplitud. Las engorrosas y a veces dramáticas tramitaciones de las leyes por el Congreso en Chile presentaban el inconveniente de que la presión de los intereses incluía a menudo normas de privilegio dentro de una ley orientada al bien común, pero a la vez permitían que el legislador recogiera todas las opiniones posibles acerca del proyecto en estudio.

En el régimen actual, el legislador es la propia Junta de Gobierno y los intereses de círculo quedan al margen. No se ha establecido un mecanismo regular a través del cual el estudio y redacción de los proyectos más importantes lleguen a conocimiento de los servicios o áreas del sector público que serán afectados por la legislación o reglamentación en trámite.

Mientras dure el receso político no habrá representación popular en el nivel legislativo, pero nada impediría que un Consejo de Estado o algún otro órgano consultivo llevara a la Junta de Gobierno el sentir y la experiencia de los especialistas en cada materia sobre la que se está legislando. Este Consejo podría a su vez escuchar informes y auscultar la

opinión más autorizada en los asuntos sometidos a su estudio.

Un mecanismo de esta índole, constituido oficialmente y tal vez a través de norma constitucional, permitiría que los proyectos legislativos trasuntaran decisiones adoptadas después del análisis de todos los puntos de vista que deben recogerse dentro del Estado. Procediendo así la tramitación de los asuntos, sería más rápida en su conjunto, desde que las opiniones de los interesados se considerarían dentro de plazos regulares y sin entorpecer el curso del proyecto. Por otra parte, los textos legales preverían las situaciones que actualmente son materia frecuentemente de nuevos textos aclaratorios o rectificatorios.

La información adecuada, oportuna y rápida sobre las normas permitiría a los abogados redactores

contar con todo el acopio de antecedentes para proponer la justa decisión de los conflictos que deben zanjarse mediante las normas legales. A su vez, la Junta de Gobierno tendría a mano las alternativas de la decisión legal que debe adoptar, en la confianza de que se ha hecho lo posible por tomar en cuenta los intereses legítimos en juego.

El poder será más justo, sólido y efectivo en la medida en que las decisiones que adopte cuenten con la mayor información disponible. Los medios de recoger y comunicar la información política son necesariamente flexibles y variados. El cumplimiento de los altos fines que se proponen las Fuerzas Armadas en la conducción de la República se cumplirán eficazmente en la medida de que ellas dispongan de toda la información requerida para decidir.

## Estado y libertad económica

(22 de junio de 1975)

*Dos hechos independientes sirven de base al comentario de esta semana: en primer lugar, la declaración del Presidente Pinochet (EM, 20 de junio, pág. 17) a raíz de la petición que hiciera un sector de la Iglesia Luterana en orden a expulsar del país al Obispo luterano Helmut Frenz por actividades calificadas de políticas (EM, 18 junio, pág. 18, y entrevista a Frenz en EM, 21 de junio, pág. 19).*

*El segundo hecho, de carácter económico, se refiere al límite de 500 mil escudos mensuales que el gobierno ha establecido para el retiro de fondos depositados en Valores Hipotecarios Reajustables (VHR) emitidos por las Asociaciones de Ahorro y Préstamo (EM, 17 de junio, pág. 1). La medida, cuya finalidad es mantener la política antiinflacionaria, afecta a 120 mil ahorrantes.*

### *La Semana Política*

#### LIBERTAD DE CONCIENCIA

Satisfacción general ha producido la declaración del Presidente de la República acerca de que no le corresponde al Gobierno entrometerse en las situaciones internas que viven las comunidades religiosas. La intervención oficial sólo respondería en el caso de que las personas en conflicto hubiesen infringido disposiciones vigentes.

El general Pinochet dijo también que sigue con interés cualquier problema que afecte a las comunidades espirituales, pues la misión del gobernante es escuchar y estar informado, pero "en ningún caso intervenir" en estas materias.

Las declaraciones fueron formuladas a propósito del rumor que había circulado sobre una posible expulsión del país del Obispo luterano señor Helmut Frenz.

Con lo dicho, el Gobierno muestra respeto por la libertad de con-

ciencia, que es uno de los principios básicos de nuestra República. Este respeto no es indiferencia sino más bien interés por las comunidades espirituales, pero en ningún caso puede transformarse en "intervención", salvo que estén comprometidas las normas vigentes, es decir, que se cometa un delito o se incurra en alguna otra acción ilegal.

Por su parte el Obispo Frenz ha expresado que la fe cristiana y la ideología marxista no son compatibles, lo que es obvio y evidente, porque la fe cristiana afirma la existencia de Dios, en tanto que la ideología marxista está precisamente fundada en la inexistencia de Dios, en el ateísmo.

El Obispo señor Frenz no ha dicho pues nada nuevo al sostener la incompatibilidad entre la fe cristiana y la ideología comunista.

La novedad actual no reside en esta incompatibilidad de conceptos sino en que los comunistas ateos y

materialistas permanecen fieles a sus principios, en tanto que ciertos cristianos empiezan a aceptar de hecho el ser instrumentalizados por el comunismo.

Cuando el Papa Pío XI declaró que "el comunismo es intrínsecamente perverso" y condenó la colaboración de los fieles cristianos con dicho movimiento, no hizo más que traducir el significado real que tiene la incompatibilidad entre fe cristiana e ideología comunista. El comunismo es esencialmente ateo porque es esencialmente materialista, y su interpretación materialista del movimiento histórico lo lleva con toda lógica a proclamar la lucha de clases y la dictadura del proletariado. De ahí entonces que la incompatibilidad advertida por el Obispo Frenz es una verdadera y profunda contradicción, no sólo en las palabras o en los gestos formales sino en las actitudes y en las conductas individuales y sociales.

Una de las paradojas de esta época es que los materialistas comunistas muestran más "idealismo", es decir más rigor en el cumplimiento de sus principios, que muchos cristianos, ya se dejen éstos arrastrar por el materialismo de la comodidad, ya se entreguen al materialismo de la lucha de clases y al mito de la revolución proletaria.

El Gobierno afirma y practica la libertad de conciencia. Ello no excluye ni podría excluir su definición anticomunista, porque la acción del comunismo no es ejercicio legítimo de la libertad de conciencia sino que, por el contrario, es la amenaza de supresión de dicha libertad y de todas las demás.

## ESTADO Y LIBERTAD ECONÓMICA

Los expertos del Gobierno están llevando a cabo con éxito una experiencia de libertad económica, pero es importante no perder de vista la naturaleza de esa política para no incurrir en confusiones.

Se ha establecido la libertad de precios, mas la línea oficial está lejos de la economía manchesteriana del siglo pasado. En otras palabras, la política se funda en la eficiencia del mercado como criterio regulador de los precios y, por tanto, como el método más eficiente para la correcta asignación de los recursos de la comunidad, pero eso no significa que el Estado renuncie a su facultad de intervenir en resguardo del interés público, ya sea para eliminar monopolios o para conjurar cualquier peligro financiero o económico que amenace al país.

La soberanía de un Estado es irrenunciable y este poder debe estar siempre al servicio del bien común. El Gobierno ha de intervenir para asegurar el desenvolvimiento del mercado y para reducir lo más rápidamente posible el ritmo de la inflación. Lo que ha ocurrido con los VHR es un ejemplo de esta intervención que, contra todas las críticas, resultó una medida eficaz y no provocó los costos políticos que los augures de turno habían profetizado.

En lo económico, el Gobierno está empeñado en conseguir una moneda sólida y un sistema de precios reales. Para lograr ambos fines, no dejará de intervenir como lo hacen todos los Estados contemporáneos.

Debe tenerse claro, además, que la libertad económica y la búsqueda

da de financiamientos legítimos para el sector público no pueden obligar a todas las instituciones del Estado a transformarse en empresas comerciales. Las que tienen este último carácter podrán seguir las leyes del mercado, pero hay servicios públicos que no pueden ser rentables en el sentido en que las empresas lo son. Más aún, hay empresas de utilidad pública que deben atender a usuarios incurriendo a veces en grandes pérdidas.

Se comprende que en estos momentos de rectificación profunda de las estructuras del Estado y de las modalidades de acción de éste, no sea posible resolver diversos casos particulares que se encuentran gravemente afectados por una política general de reducción del gasto público y de impulso hacia el autofinanciamiento de las empresas estatales.

No obstante, las autoridades debieran velar para que no se paralicen medios de transporte que evitan el aislamiento de ciertas regiones o para que las economías no empiecen por los medicamentos más indispensables para un hospital, o destruyendo las posibilidades de investigaciones universitarias en marcha.

Según el principio de la subsidiariedad, formulado por el Gobierno, corresponde al Estado reali-

zar toda aquella labor de bien común que los particulares no son capaces de emprender. Esa labor específica del Estado debe subsistir en un régimen de libertad económica y llegar a ser todavía más eficaz que en un sistema de frondosa burocracia. Dicha labor específica tiene un costo que el país necesita afrontar como imperativo de su existencia como nación organizada.

Las buenas doctrinas suelen tener discípulos mediocres que las aplican mal por omisión o por exceso. No sería extraño que los criterios para reducir el gasto público o para financiar las instituciones estuvieran guiados a veces por algunos de aquellos discípulos. No faltarán tampoco casos en que la resistencia a la transformación de la economía por parte de ciertos núcleos del sector público se exprese a través de la adopción de medidas absurdas que hagan aparecer al Gobierno en una actitud incomprensiva o antisocial cuando bien podrían cortar gastos con menos daño de sus servicios.

La eliminación de rutinas y abusos a fin de implantar una economía sana no excluye la vigilancia necesaria sobre estos errores de criterio, voluntarios o involuntarios, que pueden perjudicar la buena marcha de la política de libertad económica y estabilización.

## Situación universitaria

(24 de agosto de 1975)

*Por estos días se anuncia la expulsión de 44 docentes y funcionarios de la sede oriente de la Universidad de Chile por actividades políticas (EM, 16 agosto, pág. 21) y la creación de comités regionales para racionalizar la actividad universitaria (EM, 18 agosto, pág. 15).*

*El artículo analiza la situación del trabajo universitario y la necesidad de establecer las bases del futuro quehacer universitario, respetando su labor propia, pero teniendo presente el peligro de su penetración por el comunismo.*

### *La Semana Política*

#### SITUACIÓN UNIVERSITARIA

El programa económico del Gobierno está teniendo éxito, lo que, por cierto, no significa que la situación de la mayoría de los habitantes sea aliviada o que vaya a experimentar un alivio notorio a corto plazo.

Se comprueba este éxito porque ya no hay dudas de que la inflación empieza a detenerse, y el tema de las críticas es ahora el llamado costo social de la política económica, tópico este último que también cede su lugar a otras preocupaciones. Los problemas nacionales van enfocándose progresivamente por el Gobierno, y, como éste trata de darles soluciones verdaderas, ellas tardan en dar sus frutos, lo que hace imaginar que las autoridades son insensibles a las inquietudes del momento. Cuando los críticos ya se cansaban de clamar por las alzas de los precios, la inflación empezó a declinar. Cuando parecía que el hambre, la cesantía y el empleo mínimo estaban desatendidos, ya el Gobierno está organizando y movilizan-

do efectivos para afrontar las consecuencias de la política recesiva, cuyo carácter indispensable e inevitable resulta comprobado a las claras. No hay que alarmarse, pues, con el apareamiento de nuevos problemas y con la tardanza relativa en que se conozcan las soluciones. Generalmente esos problemas no eran nuevos sino que estaban apagados por la evidencia e inminencia de otros. La inflación de la UP era menos sensible que la inseguridad y la escasez que provoca el proceso desintegrador del marxismo. La seguridad, el orden y la limpieza del régimen militar se destacaron sobre las alzas de precios después del 11 de septiembre, y éstas empezaron a golpear la conciencia ciudadana cuando el país se había acostumbrado, en cierto modo, al orden, porque este valor estaba asegurado por los militares. El costo social fue el centro de la inquietud cuando ya era claro que la inflación cedía. En fin, podrían multiplicarse los ejemplos.

Pues bien, ahora preocupa muy especialmente la Universidad. Es un problema complejísimo y que com-

promete zonas vitales de la nación. Es un asunto que debe meditarse y comprenderse en sus verdaderas dimensiones, porque un desconocimiento de su naturaleza o de su trascendencia haría incurrir en un actitud descuidada e indiferente, o en una preocupación solícita pero precipitada.

La Universidad es una parte muy importante del futuro nacional, pues constituye el centro del pensamiento teórico del país, de la ciencia estrictamente desinteresada, de la actividad propiamente académica. Allí está gran parte del futuro, pues si bien las decisiones de los gobernantes marcan la línea del país, ocurre que esas mismas decisiones, los ejecutantes de ellas y quienes sean afectados por las mismas responderán, quieran o no, al molde que les fija un determinado pensamiento nacional. De la Universidad surgen los futuros profesionales, los futuros cuadros civiles, pero más importante que eso es el conjunto de premisas filosóficas, científicas y morales que se difunden en los claustros y que determinan la tarea y el estilo de cada generación.

La situación universitaria es, con frecuencia, delicada, porque compromete sectores sociales naturalmente inquietos, porque afecta actividades cuyo resultado puede ser, a largo plazo, muy decisivo y porque está situada en un complejo de relaciones intelectuales, científicas y políticas de mucha influencia en el país y con resonancia en el extranjero.

#### CRITICA Y AGITACIÓN

El trabajo universitario es, por su propia índole, crítico y libre. Sin

someter a discusión y análisis las proposiciones científicas no hay sino el repetir y copiar mecánicamente los conceptos, es decir, no se da el trabajo intelectual mínimo requerido por el saber superior. Este saber exige libertad para investigar y para expresarse, pues el progreso de la ciencia está en el avance de la razón por los caminos que le pertenecen y no en el acatamiento a un dogmatismo oficial que se impusiera por vía de autoridad.

Los privilegios universitarios encuentran su fundamento en la naturaleza del saber superior y en las condiciones adecuadas para su cultivo.

Es innegable que esos privilegios le han servido al comunismo para enquistarse en las universidades del mundo libre con una facilidad y con una impunidad que contrastan con la persecución que sufre en el oficialismo intelectual soviético cualquiera idea heterodoxa.

Los comunistas piden libertades y autonomía académicas para atrincherarse dentro de la Universidad, pero, una vez en posesión del poder, niegan esos derechos a sus opositores. Esa experiencia es la de los propios universitarios chilenos que conocieron primero la agitación y luego el terror y el silenciamiento en los claustros dominados poco a poco por el comunismo.

Pero el constante peligro comunista en las universidades occidentales no debe hacer perder el profundo aprecio por el valor de la universidad como elemento crítico, como centro de diversos saberes y como núcleo de irradiación intelectual. Tal vez, por el contrario, habría que aprender de los mismos comunistas su comprensión de la impor-

tancia de la cultura, de la ciencia y del arte como factores de poder. Los saberes superiores son —para nosotros— mucho más que meros instrumentos de poder, pero sería imperdonable que un régimen nacional, humanista y cristiano, como el actual, no tuviera en cuenta este aspecto y desconociera que la "conquista" de la Universidad es una operación en que armonizan la disciplina con el respeto a las modalidades inherentes al clima humano especial en que se desarrolla la vida académica.

La autonomía universitaria pasó de hecho a ser un mito del pasado, pero es de toda conveniencia que las medidas del Gobierno en esta área no den a maestros y estudiantes la impresión de que su misión en la sociedad no es apreciada por las autoridades.

La reducción presupuestaria se aplicó con un determinado criterio, a la vez que el costo de la educación superior empezó a elevarse, todo lo cual facilita los descontentos y por consiguiente el trabajo de los agitadores. La misma complejidad de las estructuras y de los asuntos universitarios ha impedido al parecer que las autoridades disciernan entre las posiciones críticas y los quebrantamientos del receso partidista, así como no ha resultado fácil proteger los claustros contra los agitadores manteniendo el respeto a las ideas. En muchos casos los elementos más peligrosos aparecen colaborando mientras que personalidades independientes y francas se exponen a sanciones.

Lo primero que necesitan los verdaderos universitarios es comprensión y respeto por su labor. En esa línea encontrarán siempre, sin

duda, al enérgico pero justiciero Ministro de Educación, almirante don Arturo Troncoso.

La tarea académica no es sólo una preparación profesional sino el cultivo de las ciencias humanas y de la naturaleza, tarea —repetimos— forzosamente crítica y que requiere libertad. Parte de esta última es una cierta tranquilidad, una cierta seguridad para los que se dedican —muy sacrificadamente a veces— al ejercicio del saber superior.

La Universidad es parte del territorio nacional y por tanto está sujeta a las normas del estado de sitio, así como a las medidas de orden que las actuales circunstancias imponen. Lo importante es que tales medidas apunten a los elementos que no son auténticamente universitarios, a los agitadores, y que las comunidades académicas puedan apreciar que las autoridades velan por la libertad y la seguridad del trabajo universitario.

#### ¿QUE HACER CON LA UNIVERSIDAD?

La pregunta no puede obviamente contestarse en pocas líneas. Este comentario aspira sobre todo a invitar al debate sobre tan importante materia.

El inquieto ambiente universitario está influyendo en el futuro nacional. No pueden la ciudadanía y el Gobierno prescindir de esa realidad. Tampoco pueden aparecer temiéndola y como cercándola, o bien intentando vaciarla de su espíritu. Hay que contar con la Universidad como ella es por su naturaleza y de acuerdo a las posibilidades chilenas.

Se necesitaría una concepción precisa de lo que debe y puede ser

nuestra universidad hoy día. Habrá tal vez que separar la actividad universitaria básica y esencial de los agregados accidentales. Por diversas razones, las carreras universitarias han experimentado un enorme incremento, produciendo una confusión entre el saber superior y la enseñanza de oficios o profesiones que podría impartirse en institutos independientes. Si se acepta que la Universidad tiene como objeto esencial el hacer ciencia y el enseñar disciplinas profundamente ligadas con la ciencia, el presupuesto y la administración de las universidades podrían aliviarse de muchas responsabilidades ajenas a la tarea propiamente académica.

Una segunda sugerencia digna de estudio es procurar que el número de alumnos, de disciplinas y de cátedras por cada universidad sea de magnitudes manejables. Es preferible multiplicar el número de universidades o dar más independencia a las sedes, a fin de que cada corporación tenga dimensiones que hagan posible una verdadera convivencia académica y un empleo racional de los recursos y del tiempo.

En las presentes circunstancias las relaciones de las universidades con el Gobierno son necesariamente muy estrechas. Tal vez debiera considerarse una mejor vinculación a través de un subsecretario o de un funcionario con rango ministerial, dedicado específicamente a la atención de los problemas de las universidades. En ese nivel y con la asesoría del Consejo de Rectores podría elaborarse la política universitaria, en términos de conciliar el respeto por el trabajo académico,

el apoyo financiero a las universidades y la colaboración de la enseñanza superior con el sistema nacional de educación.

De todas maneras, las consideraciones anteriores carecen de sentido si la actitud hacia la Universidad es de desconocimiento de la naturaleza de ésta y en consecuencia no se establece el trato justo del problema.

No habrá verdaderamente una transformación profunda de la nación y un movimiento renovador de los motivos espirituales de ésta, a menos que la Universidad reasuma su papel de conductora de la cultura del país. Por eso cuando se habla del desarrollo de la ciencia no basta con pensar en las ciencias físico-matemáticas, sino que hay que atender especialmente a las ciencias humanas: la filosofía, las letras, las lenguas clásicas y los idiomas vivos, la historia y el derecho requieren una especial preocupación. La Declaración de Principios proclama el carácter humanista del régimen. La expresión de ello ha de encontrarse con el tiempo en el lenguaje oficial, en el idioma corriente de los ciudadanos, en la literatura y en la teoría y práctica del derecho. Una cultura verdaderamente humana y verdaderamente libres es lo que hay que esperar de la Universidad. Ello no supone abandono de las ciencias de la naturaleza ni de las conquistas del pensamiento actual, sino que por el contrario es todo el universo de la inteligencia el que puede abrirse a la Universidad, con tal que emplee bien sus modestos medios, se emancipe de los rencores partidistas y disfrute de libertad y seguridad académicas.

## Constitución vigente

(21 de septiembre de 1975)

*Partiendo del anuncio del Presidente Pinochet respecto de la pronta promulgación de Actas Constitucionales en el Mensaje del 11 de septiembre y de la entrevista concedida a El Mercurio por el abogado Enrique Ortúzar, que preside la comisión formada por el gobierno para redactar la nueva Constitución chilena, el artículo analiza los pros y contras de la promulgación de las mencionadas actas, y la necesidad de clarificar la vigencia de las garantías fundamentales que establece la Constitución de 1925 (EM, 12 de septiembre, pág. 26, y EM, 15 septiembre, pág. 17).*

### CONSTITUCIÓN VIGENTE

El anuncio del Presidente de la República sobre la eventual promulgación de Actas Constitucionales, que serían otras tantas etapas de la carta Fundamental, ha hecho pensar a algunos que el país se encuentra en una especie de vacío constitucional que correspondería llenar a la brevedad.

Dicho supuesto vacío no existe, porque rige hasta hoy la Carta de 1925, con sus modificaciones introducidas por el poder constituyente previsto en ella y las aprobadas después por la Junta de Gobierno Militar en ejercicio de sus facultades. Las disposiciones suprimidas de la Constitución de 1925 fueron reemplazadas por otras, en términos tales que el conjunto de normas fundamentales es capaz hoy día de regular tanto el funcionamiento del Poder Público como de establecer los derechos de los ciudadanos.

Es lícito discrepar de algunas de las soluciones jurídicas adoptadas en el curso de este profundo cambio institucional que estamos vi-

viendo, pero resulta evidente que las soluciones están en vigor y que son obligatorias para los órganos del Estado y para los ciudadanos.

Parece conveniente que se defina en términos jurídicos la naturaleza de la nueva institucionalidad, precisando los principios en que se inspira. Pero, con razón, el señor Enrique Ortúzar, presidente de la Comisión Redactora Constitucional, ha llamado la atención sobre las profundas mutaciones en el orden moral, cultural, político, social y económico que necesariamente deberán proyectarse en la futura institucionalidad. Ello ilustra acerca de la magnitud de la tarea emprendida por la Comisión redactora y sobre los riesgos que tiene fijar en un texto legal principios ordenadores de un proceso en marcha.

La idea de que la democracia no debe otorgarles a sus adversarios las armas para que la destruyan, no puede ser más justa. Su propio enunciado lleva a un futuro diálogo político en que por definición no tengan parte aquellos adversarios de la democracia o aquellas asociacio-

nes reñidas con la seguridad o soberanía nacionales. Sin embargo, la realidad actual de Chile es que vivimos en un régimen de emergencia con receso político completo en que no es concebible todavía el juego democrático. Sólo ventajas presenta el anticiparse a trazar las líneas de la futura convivencia democrática, pero, para ser realistas, eso quedará por el momento en una simple anticipación.

Más compleja todavía es la tarea de regular la generación y estructura de los órganos del Poder Político. El país sabe que la quiebra de la juridicidad democrática dejó en pie como instituciones legítimas a las Fuerzas Armadas, y los mandos superiores de éstas, junto con expresar su respeto hacia la existencia y atribuciones privativas del Poder Judicial, asumieron la plenitud del Poder Político y para tal efecto se constituyeron en Junta. La evolución del proceso político llevó a la Junta a designar a su presidente como Presidente de la República, entregándole el ejercicio del Poder Ejecutivo, en tanto que los Poderes Constituyente y Legislativo quedaron en la Junta misma.

El régimen así descrito cuenta con indiscutible apoyo ciudadano y descansa en la decisión firme de las Fuerzas Armadas de asumir el poder por el lapso "que las circunstancias exijan", lapso que se medirá por la consecución de los objetivos y no por el transcurso de un tiempo determinado.

Es innecesario y hasta inconveniente adoptar soluciones jurídicas de carácter duradero en esta materia hasta que no maduren por completo las transformaciones iniciadas el 11 de septiembre de 1973. Así lo

entiende don Enrique Ortúzar en entrevista concedida a nuestro diario, y son atendibles sus reservas.

La exigencia de la buena fe en el ejercicio de la autoridad administrativa y el establecimiento de tribunales contencioso-administrativos, encargados de conocer y juzgar acerca de los posibles abusos que puedan cometer las autoridades políticas y administrativas, son dos importantes progresos de la norma constitucional aconsejados por la experiencia del país.

Igual cosa podría decirse de la extensión del derecho de amparo a la protección de todas las garantías constitucionales y no sólo de la libertad personal, así como de otras interesantes innovaciones anunciadas por el Gobierno como futuras normas constitucionales.

Parece necesario sin embargo insistir en que Chile posee una norma fundamental vigente y que no aparece urgencia alguna en codificar o verter en un nuevo texto más orgánico dicha norma fundamental. Hay democracias que no han estimado necesario formular su Constitución en un solo texto, como es el caso de Gran Bretaña, y hay tiranías que disponen de una elocuente Carta Constitucional, como es el caso de la Unión Soviética.

#### CONSTITUCIÓN Y CONSENSO

¿Qué persiguen las autoridades al dictar Actas Constitucionales parciales, como las anunciadas? El propósito es tal vez exponer en orden sistemático algunas materias ya contenidas en nuestra ley fundamental, explicitando preceptos o mejorando otros, a fin de que se pueda cumplir su sentido y respetar

más cabalmente las intenciones contenidas en la Constitución. Resulta en cambio difícil concebir en Chile una norma constitucional completamente nueva. El propio texto de 1925 emana del de 1833 y éste arranca en parte de otros más antiguos. Pueden siempre efectuarse enmiendas, modificaciones o perfeccionamientos, pero cabe observar con cautela el cambio radical en esta materia.

Con riesgo de simplificar en extremo el asunto, diremos que las Constituciones miran principalmente a dos objetivos: a regular la generación, competencia y funcionamiento del Poder Público, y en resguardar los derechos de los ciudadanos frente a ese Poder Público.

Siendo así es natural que las Constituciones emanen de un cierto consenso cívico, determinado por el debate público y por la propia experiencia histórica. El del 11 de septiembre de 1973 fue un pronunciamiento militar respaldado ampliamente por la ciudadanía y que representaba la única sana reacción institucional ante la quiebra política, jurídica, social y económica en que el país se encontraba. Nada es más lógico entonces que a raíz de este hecho surja una adecuada fórmula constitucional.

El pronunciamiento fue una reacción legítima que va encontrando sus cauces jurídicos, pero cuya forma constitucional parece exigir un consenso más explícito que la propia jornada militar del 11 de septiembre y el fervor ciudadano manifestado tan reiteradamente después en apoyo al Gobierno. La expresión de ese consenso llegará en su oportunidad, en el sentido de que

el país podrá pronunciarse sobre el modo de generar el Poder Político y de fijar sus límites, así como sobre el contenido de las garantías constitucionales.

Entre tanto es discutible la ventaja de dar naturaleza constitucional orgánica a la dictación de normas que virtualmente se encuentran ya en nuestro ordenamiento jurídico y que, para hacerse más claras o específicas, sólo necesitan del sistema de decretos leyes con ejercicio del poder constitucional, tal como se procede actualmente para solucionar las dificultades parciales que surgen con motivo de la organización y funcionamiento del régimen.

En septiembre de 1973 era concebible que se dictara un Acta Constitucional, aunque pensamos que fue sensato omitir aquel formalismo. En todo caso, a fines de 1975 o principios de 1976, no se ve urgencia o el motivo para que los conceptos de la nueva institucionalidad deban tomar la forma de un texto constitucional por partes o en un todo. Ello se explicaría mejor en presencia de un vacío constitucional, pero no en el caso presente, en que están adoptadas todas las medidas para el trabajo normal de los órganos del Estado y en que es posible dictar con expedición toda suerte de normas destinadas a perfeccionar el respeto a los derechos humanos o introducir otros mejoramientos en nuestras leyes.

Hay en cambio riesgo político en el despacho parcial de una Constitución. En efecto, no faltarán voces que pidan el funcionamiento del mecanismo electoral a la brevedad posible para que el pueblo se pronuncie sobre los textos constitucio-

nales. Bien sabemos que, destruidos los registros pertinentes y establecido el receso partidista, no hay medios actuales para provocar una consulta popular. El solo planteamiento de esa posibilidad suscitaría explicables ambiciones y haría todavía más difícil la recuperación moral y económica del país. Una sociedad tan hiperpolitizada como la nuestra se valdrá de cualquier expediente para volver a sus antiguos hábitos, y la discusión constitucional puede ser un buen pretexto para la ruptura del presente esquema, sin que ello traiga ventajas ni para la paz ni para el bienestar de los chilenos.

Estas son las razones por las cuales creemos aconsejable aceptar la evidencia de que el país tiene un régimen constitucional y que éste se encuentra en vigor íntegramente en lo que se refiere a los derechos de la persona humana consagrados en la Constitución de 1925 bajo la forma de garantías constitucionales. Las normas sobre generación y naturaleza del Poder Político sufrie-

ron cambios profundos por causa del pronunciamiento militar y lo mismo ocurrió con las que se refieren al régimen de emergencia. En todo esto, nuevas disposiciones reemplazan a las que existían.

El sano propósito de dar carácter orgánico y sistemático a las normas fundamentales vigentes, así como de introducirles cambios destinados a perfeccionarlas dentro de su mismo espíritu, podría servir para que se inquietaran los ansiosos de inquietarse y se infundiera en el gran público el juicio erróneo de que nuestro país se encuentra menesteroso de una norma constitucional que nunca ha perdido. No son en general esta clase de normas las más necesarias sino la presencia de una imaginación política apta para interpretar y traducir en realidades durables el cambio moral y social que está operando. Una vez consolidado el esquema político será menos difícil que los juristas sometan al país el conjunto de reglas concebidas para que ese esquema sea viable y duradero.

## Nuevas circunstancias favorables

(8 de febrero de 1976)

*El 27 de enero se realiza en el patio de honor de la Escuela Militar una ceremonia en que las cuatro ramas de las Fuerzas Armadas y de Orden proclaman su lealtad al Gobierno Militar. Se presentan los estandartes de todos los regimientos del país y presiden la ceremonia los cuatro integrantes de la Junta (EM, 28 enero, pág. 1).*

*Se anuncia que se ha solicitado al Banco Mundial un crédito de 33 millones de dólares para proyectarlos en la gran minería del cobre (EM, 29 enero, pág. 17).*

*Haciendo uso de las disposiciones del Decreto Ley 1.281, el Jefe de la Zona de Emergencia de Santiago ordenó la clausura de la radio Presidente Balmaceda (del Partido Demócrata Cristiano) por "su campaña de propaganda antipatriótica", el día 20 de enero (EM, 21 enero, pág. 17). Esta clausura fue levantada al comenzar febrero por resolución de la justicia.*

### *La Semana Política*

#### NUEVAS CIRCUNSTANCIAS FAVORABLES

A partir del acto de lealtad al Gobierno ejecutado por las Fuerzas Armadas el martes 27 de enero, se ha producido un cambio favorable de las circunstancias que el régimen militar seguramente aprovechará en beneficio de sus altos fines.

En efecto, la expresión de unidad y solidaridad, así como la fuerza organizada que significó aquella ceremonia, ha impresionado a la opinión pública llevándola a la evidencia de que los militares no han intervenido en la marcha del país por casualidad o para demostraciones transitorias. El régimen castrense tomó forma de marcha y dio orden de avanzar, en aquella imprevista concentración de oficiales generales, jefes, oficiales, clases y soldados.

Mientras en el plano interno de

las filas crece la conciencia de unidad y la confianza, no ceden los obstáculos de la vida política. Se diría que la acción pública se ha hecho ejemplarmente difícil en Chile; que llevar una política exterior honesta es lo mismo que provocar toda clase de resistencia; que luchar a fondo contra la preparación de la guerrilla subversiva se presta para las más graves incomprensiones; que realizar un programa económico congruente concita las oposiciones más enérgicas, a la vez que más disímiles entre sí. Esa constatación no debe impulsar al desaliento sino servir de incentivo para respuestas cada vez más rápidas y certeras ante las dificultades sobrevenientes.

Se presentan ahora nuevas circunstancias favorables. La confianza interna de los sectores castrenses se traspassa invisible pero eficaz-

mente a la ciudadanía civil. El dato de la estabilidad del Gobierno, de una estabilidad que nuestro país no conocía en la época de los vaivenes de asamblea, resulta elemento más importante para la acción de hoy. Es también de signo positivo la aprobación por el Banco Mundial del préstamo solicitado para la gran minería del cobre, porque indica que esa institución no sucumbió a los prejuicios políticos de ciertos gobiernos, porque además abre las puertas a nuevas negociaciones internacionales y finalmente porque refuerza la política financiera de nuestro Gobierno. Favorable resulta asimismo el envío de una misión económica de alto nivel que preside el Ministro de Hacienda, señor Jorge Cauas, a los países árabes, cuyas pautas de trabajo están llamadas a ampliar las relaciones comerciales de Chile con ese importante sector del mundo. En el orden político internacional debe mencionarse como de mucha importancia el avance hacia relaciones amistosas y de integración con el Gobierno de Bolivia, a través de la eventual solución del problema de la mediterraneidad de ésta. En el orden interno hay que destacar la reglamentación que favorece a los detenidos por el Estado de Sitio y el inmediato cumplimiento del fallo judicial que dispuso el término de la suspensión de la radio Balmaceda acreditando el respeto del régimen por las sentencias de los Tribunales.

Aunque la conjura internacional e interior sigue activa, han cesado los rumores sobre supuestos ultimátums y todas las versiones que comprometían la unidad o la estabilidad de la Junta Militar de Gobierno. De igual manera, el co-

mienzo de debate político al estilo partidista que se había insinuado a raíz de la publicación de un ex gobernante, dejó de existir quedando en evidencia la falta de verdadera actualidad que caracterizaba a todo aquello.

Las circunstancias anotadas son favorables, pero sobre todo son aprovechables merced a un despliegue de habilidad y de trabajo políticos.

El régimen fundamentalmente orientado hacia las necesidades básicas del pueblo de Chile y respondiendo a un imperativo de esta nación —acertado por lo tanto en lo esencial—, pierde algunas veces posibilidades por carecer de la rapidez de acción que le imponen sus numerosos adversarios y las difíciles contingencias que le salen al paso. Se necesita, es cierto, una agilidad extraordinaria para adaptarse a las cambiantes complejidades que comporta la trayectoria política elegida para Chile por sus Fuerzas Armadas. Si esta trayectoria consistiera en dejarse llevar, en entregarse a la demagogia, en conseguir a toda costa buena voluntad internacional, etc., el problema no revestiría las magnitudes que tiene. La visión de un gran objetivo nacional comporta mayores exigencias y trae consigo más dificultades.

#### EXIGENCIAS DE LA TAREA

Para aprovechar los elementos favorables y desarrollar cada vez más iniciativa, el régimen necesita con urgencia mejorar en algunos aspectos.

Al Gobierno le falta desde luego un asesoramiento político y jurídico suficiente.

Podrían darse muchos ejemplos ilustrativos a este respecto, pero tal vez baste con señalar los casos de la suspensión indefinida de Radio Balmaceda y el Decreto Ley 1.281 que faculta a los jefes de zona de emergencia para suspender medios informativos transitoriamente por causales muy amplias.

En el caso de Radio Balmaceda, lo que tal vez se propuso el Gobierno era imponer el receso partidista que estima infringido en las transmisiones de aquella, pero la decisión misma de suspender la radio se fundó en la facultad del jefe de zona de emergencia para reprimir la propaganda antipatriótica, que contempla la Ley de Seguridad Interior del Estado. Parecía obvio que el concepto de reprimir un tipo de propaganda no incluye la suspensión indefinida del medio que transmite dicha propaganda, sobre todo cuando la Junta de Gobierno, mediante el Decreto 1.281, ha concedido a los jefes de zona de emergencia facultades específicas para decretar esas suspensiones.

Debe celebrar el pronto acatamiento que dio la autoridad militar a la resolución de la Corte Marcial que dispuso se dejara sin efecto la suspensión de Radio Balmaceda. Ello habla con elocuencia de la rectitud de los propósitos del Gobierno Militar y de su voluntad de someterse a las leyes. Pero política y jurídicamente la medida adoptada no era aconsejable.

Algo similar ocurre con el Decreto Ley 1.281, que ha despertado resistencia unánime en el periodismo nacional fundada en antecedentes constitucionales y legales que no han sido discutidos.

Tal vez la misma presión perio-

dística ha llevado al Ministro Secretario General de Gobierno, general don Hernán Béjares, a proclamar que el decreto ley será mantenido. El régimen militar entiende afirmar así su carácter autoritario y su disposición a oír pero no necesariamente a seguir las opiniones ciudadanas.

Pero ¿era necesaria la dictación de esta norma? ¿Se pensó en las consecuencias que ella tiene actualmente y para el futuro? Cuando se oye decir que no es el ánimo del Gobierno impedir el ejercicio legítimo de la libertad de prensa, menos comprensible resulta que se haya dictado esta norma, que tal vez se dispuso para otros objetivos pero cuyo texto es por desgracia bastante claro. Faltó sin duda en el caso asesoramiento político y legal apropiado.

Cabe preguntarse si la acción del Consejo de Estado podrá cumplir este asesoramiento en todos los detalles y con toda la asiduidad que exige la marcha diaria de los asuntos públicos. En todo caso, parece evidente que los jefes militares han estado alejados durante toda su carrera profesional del juego político y que disponen de asesores jurídicos competentes en el ámbito institucional castrense, lo que lleva a pensar en las conveniencias de un asesoramiento con perspectivas políticas y jurídicas más generales.

El otro elemento indispensable de la acción es la organización administrativa del Estado, que el Gobierno militar heredó de sus antecesores.

En el campo administrativo la voz de orden ha sido la de las economías presupuestarias, línea muy saludable por cierto y apta para ali-

viar al Estado de la burocracia inútil, de las prácticas administrativas anacrónicas e innecesarias y de las funciones y responsabilidades duplicadas o difusas.

Sería injusto negar el progreso de ciertos servicios en la asimilación de los nuevos criterios administrativos, pero es ya oportuno que el régimen militar empiece a forjar una Administración eficiente, racional, impersonal y apolítica, infundiendo un nuevo espíritu a los servicios públicos. No basta para ello con organigramas y reestructuraciones. El proceso debe ser más vital y práctico. Podría empezar por ejemplo por la exigencia de cumplimiento puntual de los horarios de trabajo a partir de los jefes, y por ampliar los tiempos dedicados a la atención del público. Luego cabría estimular las iniciativas para la supresión de trámites inútiles o para la simplificación de las diligencias administrativas. En fin, los servicios públicos deberían mostrar en su organización y en su trabajo que el país se transforma y se moderniza aumentando su eficiencia en todos los niveles.

Un tercer punto que debe merecer renovada preocupación es la lucha contra la cesantía. Las autoridades financieras han declarado repetidamente que no faltan recursos para llevar el número de empleos mínimos hasta el nivel que sea ne-

cesario. Es éste un imperativo de defensa de la vida misma de la población. Nadie debe carecer en Chile de la posibilidad de lograr un empleo mínimo y la renta que éste proporcione debiera ser adecuada para el sustento del trabajador.

El empleo mínimo requiere organizaciones a nivel regional y municipal con posibilidades de recibir a los trabajadores y de encomendarles tareas productivas. Las autoridades se dan generalmente por satisfechas con lo realizado en esta materia, pero los niveles de desempleo continúan altos, lo que indicaría que los empleos mínimos deberían incrementarse. Paralelamente, es posible que funcionen más y mejores estímulos a la contratación privada de mano de obra calificada y no calificada. En fin, lo importante es que existan la conciencia viva y los mandos eficaces, así como los recursos oportunos para enfrentar el desempleo.

No habrá que olvidar sin embargo que la mayor eficiencia política, jurídica y social del régimen chileno sólo le ayudará en la lucha en que está empeñado, pero no hará desaparecer los obstáculos en su camino. Estos son inherentes a ese camino, es decir a la dirección elegida para hacer de Chile una nación verdaderamente independiente, libre y digna.

## Un paso más

(27 de junio de 1976)

*El Banco Central anuncia que se estudiará una rebaja en los impuestos (EM, 27junio, pág. 1), lo que tiene favorable acogida en el sector privado (EM, 10junio, pág. 17).*

*El Servicio de Impuestos Internos informa que desde el 1 de julio el IVA (Impuesto al Valor Agregado) se pagará quincenalmente y no mensualmente (EM, 20junio, pág. 27 y 23junio, pág. 19). Esto provoca gran oposición de comerciantes e industriales (EM, junio, pág. 23, y 24junio, pág. 17).*

*Se da a conocer informe de CONARA (Comisión Nacional de Reforma Administrativa) sobre reformas administrativas y las deficiencias del sistema actual (EM, 20junio, pág. 29).*

*El Mercurio comienza una serie de reportajes a las poblaciones marginales de Santiago para analizar los problemas básicos que ahí se viven (EM, 25 junio, pág. 1, y 26junio, pág. 1).*

## La Semana Política

### UN PASO MAS

A medida que el país avanza por el camino que ha emprendido, le sobrevienen alternadamente días de ánimo y días de desaliento.

Sólo la firme y tranquila perseverancia del Presidente Pinochet es capaz de marchar sin doblegarse en medio de las presiones de los entusiastas que de súbito se transforman en desanimados o que pasan de este último extremo al primero. Es en definitiva la voluntad presidencial la que sostiene el desarrollo de una política destinada a favorecer a largo plazo a todos los chilenos sin excepción alguna, pero que en el corto plazo hiere intereses, impone sacrificios y presenta a la vez todas la ventajas y todos los inconvenientes de una acción drástica y profunda.

Uno de los secretos del débil

desarrollo chileno, que contrasta con el desenvolvimiento de una cultura intelectual y política de bastante complejidad, reside en que el ciudadano se protegió de su propia inferioridad económica buscando un régimen de excepción para sí y para su gremio o su grupo. Un gigantismo estatal y burocrático sometió a los habitantes a distintos mecanismos de protección y control. El sistema provocó desigualdades, monopolios y mal aprovechamiento de los recursos humanos y materiales. Las protecciones, las bonificaciones, las exenciones y las franquicias operaron siempre en favor de algunos —a veces de muy pocos— y en perjuicio de los demás.

La política del régimen militar tiende a establecer la verdadera igualdad de oportunidades y la auténtica libertad del ciudadano para forjar su propio destino. De ahí el

esfuerzo por implantar una economía abierta, es decir con dinamismo exportador e importador; la insistencia en disminuir el tamaño del sector público en lo que tiene de inerte, ineficaz y dispendioso; la lucha por sanear la balanza de pagos y defender el buen crédito internacional de Chile, y en fin todas las medidas tendientes a someter la asignación de los recursos económicos y las leyes del mercado, es decir, a las decisiones de los usuarios y consumidores de dichos recursos.

La seriedad de esta política puede medirse a través del mejoramiento de las disponibilidades del país en moneda extranjera sin que haya aumentado prácticamente el endeudamiento y con un precio para el cobre de alrededor de 70 centavos de dólar la libra. Si se prosigue en esta línea de formación de reservas y el precio del cobre continúa elevándose en los próximos meses, nuestra posición en divisas podría llegar teóricamente al término del año a mil millones o más de dólares.

Pero todo en la economía tiene su costo. Este ahorro en divisas significa restricción del consumo de la población, ya sea porque se han exportado bienes que antes se consumían en el territorio, ya sea porque han disminuido ciertas importaciones. A esto debe añadirse una tasa inflacionaria todavía alta. Y la secuela de todo ello en el nivel medio y popular se refleja en el elevadísimo costo de la vida y en el gran número de cesantes.

Quienes soportan el mayor peso de esta política rectificadora se encuentran en los sectores modestos, empezando por los de extrema pobreza y siguiendo también por

grandes capas de población de ingresos bajos y medios.

No quiere esto decir que las personas de grandes ingresos no estén aportando a su vez una contribución tributaria importante y experimentando restricciones económicas por falta de demanda y por alzas continuas de los costos, pero el caso de los más pobres es muchas veces nada menos que un problema de simple subsistencia.

En todo caso, el sacrificio de la población está representado ahora en la considerable mejoría del crédito internacional del país y en la consiguiente disponibilidad de divisas.

Por lo mismo, parece llegado el momento de dar un paso más, impidiendo que la prolongación del esfuerzo traiga demasiada fatiga y se corra el peligro de detener el progreso o de retroceder a etapas ya recorridas.

Muchas veces en la historia los difíciles logros de un gobierno serio han venido a ser malbaratados para dar lucimiento a un grupo de demagogos que lo sucede, aprovechándose de los fondos acumulados por el período austero y constructor. Gracias a la firmeza del Presidente Pinochet que ha preferido ciertamente orientarse a la reconstrucción profunda del país y no al éxito ligero y momentáneo, el programa económico sigue aplicándose sin atenuaciones, pero dicho programa tendrá éxito en la medida en que tome en cuenta las realidades sociales del país.

A este respecto parece indispensable vigilar la extensión efectiva de la cesantía y adaptar los recursos y la organización del empleo mínimo a la magnitud del fenómeno. De

igual manera parece necesario vigilar y medir el funcionamiento efectivo de la entrega de alimentación a los escolares, tanto en volumen de ayuda como en calidad de la misma. Tal vez proceda multiplicar los auxilios, sobre todo durante el curso del invierno.

La acción social está íntimamente relacionada no sólo con los Ministerios de Salud y Educación, sino también con la ejecución de los programas de Obras Públicas y Vivienda. El presupuesto fiscal dio especial énfasis a las inversiones sociales. Lo importante es que los recursos se canalicen hacia obras físicas que proporcionen trabajo y presten el servicio a que están destinadas.

Las Fuerzas Armadas y diversas reparticiones del Gobierno han realizado una labor social muy importante, que aparece encabezada y animada por el Presidente de la República y por su señora esposa, acompañados por los integrantes de la Junta de Gobierno y sus señoras esposas. Pese a todo ese esfuerzo, se diría que el país no llega aún a concebir una estrategia global y una acción suficientemente intensa sobre los males que aquejan a los sectores más desposeídos.

#### LAS REALIDADES

Los progresos de la balanza de pagos y la previsión de las futuras expectativas en este punto parecen llevar al Gobierno a conceder la primera prioridad nuevamente a la lucha contra la inflación.

Esto supone desburocratizar y simplificar la maquinaria del Estado, llegando hasta la supresión lisa y llana de los servicios que no res-

ponden ya a la finalidad con que fueron creados.

La polémica sobre el IVA y la impresión generalizada de que el país llegó al límite de la carga tributaria indican que el financiamiento del Estado debe buscarse en la reducción del tamaño del sector público antes que en aumentos de los impuestos.

Desde hace años los gobiernos vienen hablando de economías presupuestarias, pero con frecuencia ellas no se dirigen hacia la supresión de servicios y programas, sino hacia la suspensión transitoria de los fondos para el funcionamiento de las oficinas y hacia la baja de la actividad de éstas. La poda verdadera implica eliminar funciones y propósitos que no se justifican, suprimir trámites engorrosos e inútiles, simplificar la estructura del sector público y bajar el número de los empleos. El Gobierno militar ha avanzado mucho en ese sentido y es, desde luego, notoria la labor de CONARA como programación de una reforma administrativa integral. Se advierte, sin embargo, que las urgencias fiscales van a imponer una acción rápida para reducir el tamaño del sector público y desburocratizarlo, pues el aumento de los impuestos ya no es posible y la alternativa que queda es proseguir con la inflación.

Hablando de reducción y eficiencia del sector público, ¿se han hecho en los servicios del propio sector económico del Gobierno —Hacienda y Economía, especialmente— las reformas necesarias para que se conviertan en instrumentos eficaces y oportunos del programa de los señores Ministros y de su equipo técnico de alto nivel?

Por otra parte, el Gobierno sostiene la economía abierta y al efecto promueve intensamente las exportaciones, así como no se asusta por el incremento de las importaciones. El comercio exterior —como el interno— suponen comprar y vender paralelamente. Dentro de esta concepción económica, parece lógico que se advierta con tiempo que a la crisis por carencia de divisas, que teníamos el año pasado, sobrevienen ahora problemas para el empleo inteligente del superávit actual y del previsible.

Las medidas para bajar los costos de producción adquieren especial importancia en estos momentos: desde luego, el dólar, que influye en casi todos los precios, el impuesto de la seguridad social, mediante la reforma de ésta, y los demás factores que inciden en los precios y en la contratación de personal.

El régimen militar no está realizando un mero ordenamiento ni pretende resolver los problemas nacionales con criterio inmediatista. Se empeña por el contrario en la reconstrucción nacional, transformando para ello los hábitos, prejuicios y privilegios tradicionales, aparte de reformar la organización administrativa y política de la nación. El cambio es mucho más hondo y significativo de lo que habitualmente se piensa. Es nada menos que el cambio para el desarrollo pleno, con todo su cortejo de sacrificios, trabajos y tensiones.

El cambio es para la liberación económica de todos los chilenos, con la meta de igualdad de oportunidades. Pero este proceso exige un espíritu pragmático y flexible, para no olvidarse de que hay miles de chilenos en inferioridad actual de condiciones para la competencia en el mercado de bienes y servicios; de que ese mismo mercado tiene obstáculos en un país montañoso, segmentado en valles profundos, con un territorio de extrema longitud y servido por insuficientes medios de comunicaciones y transportes; de que, en fin, el tamaño de nuestra economía y la distancia en que Chile se encuentra de los centros abastecedores mundiales hacen lento y difícil el juego pleno del mercado. Tampoco puede olvidarse obviamente que en el mundo internacional funcionan los proteccionismos y los dumpings hasta de parte de las naciones que más se ufanan con sus economías de mercado.

Lo dicho no significa que el programa económico debiera desvirtuarse o debilitarse. Sólo sugiere que la labor del Gobierno en sus diversos niveles y servicios públicos debe estar coordinada con las decisiones superiores; que la acción social global es indispensable y urgente; y que siempre es dable introducir ajustes en las políticas concretas para tomar en cuenta la realidad del país, sin que ello implique renuncia a los principios del sistema.

## **Autoridad del Estado**

(8 de agosto de 1976)

*Los abogados Jaime Castillo Velasco y Eugenio Velasco Letelier son expulsados del país por el gobierno, acusados de constituir un peligro para la Seguridad Interior del Estado (EM, 7 de agosto, pág. 23).*

### *La Semana Política*

#### MAQUINA DEL ESTADO

El secreto de la obra de Portales, cuyo espíritu se invoca predominantemente en el actual régimen, fue haber diseñado una máquina institucional independiente de las personas que gobernaban. El audaz y resuelto Ministro concibió y echó a andar el Estado de Chile, lo que fue por cierto una obra de arte, una construcción objetiva, tan independiente de su creador como de quienes la manejaban. En los decenios del primer período republicano se sucedieron gobernantes que disponían prácticamente de la totalidad del poder, tanto ejecutivo como legislativo. Ellos eran verdaderos monarcas, sujetos naturalmente a la ley, pero responsables únicos durante su período no sólo de la administración y de la política, sino también de la legislación de aquellos días.

La institución del Presidente de la República —primera y tal vez la más original de las instituciones chilenas— concentra en la persona del Jefe del Estado la totalidad del poder supremo y la suma de las responsabilidades de la República. El régimen de Portales concebía su autoridad impersonal en el sentido de que ninguno de los titulares del poder vinculaba su título a sus condi-

ciones personales o a las circunstancias de su designación. Cada designado gobernaba en su período con plena conciencia de que era el depositario único y exclusivo del poder supremo en la República. Cumplido su término, entregaba el mando con la misma abnegación ciudadana con que lo había asumido.

Otras naciones latinoamericanas han sido más favorecidas por las riquezas naturales de su suelo o por la prodigalidad de los talentos, Chile —a través de Portales— recibió como don en medio de su pobreza el genio de la organización política. Colaboraron a ello la lejanía y la limitada cuota de posibilidades económicas e intelectuales con que podía (y puede) contar nuestro país.

El genio de la organización política consistió en automatizar el funcionamiento del Estado. Hubo en otras naciones personalidades más brillantes y magnéticas que las nuestras. Se dieron caudillos y jefes ilustres, cuyos deseos eran susceptibles de encarnarse en leyes o de edificar naciones. No fue éste el caso de Chile. Nunca en nuestro país el Estado fue emanación de la personalidad del gobernante. Por el contrario, la maquinaria institucional funcionó por sí sola y se impuso a los gobernantes a través de los años. Es cierto que la eficiencia de

la maquinaria dependía en gran parte de la habilidad y conciencia de quien la manejaba. Es también cierto que esta maquinaria política necesitaba una moral pública que la justificara e impulsara. La democracia parlamentaria de los últimos 40 años fue designando personalidades para las cuales era cada vez más difícil responder a la singularidad de la vieja institución presidencial portaliana y, por otra parte, la ética nacional que inspiró las milicias portalianas, que empujó a los civiles a la guerra contra la Confederación y a la Guerra del Pacífico, y que configuró la sobria administración chilena, se había ido desvaneciendo con el tiempo.

El funcionamiento automático —ajeno a las personas y a las influencias— que caracterizó al Estado chileno era eficiente mientras se mantenían los rasgos históricos y sociales del edificio portaliano. A medida del desgaste comenzaron a introducirse toda suerte de parásitos y de elementos destructores. Los últimos y casi vergonzantes restos del Estado portaliano vinieron a naufragar en el régimen marxista de Salvador Allende. En ese período se utilizaron las normas en contra de los principios que las mismas contenían, y se empleó la autoridad en contra de lo que sustentaba y hacía posible aquella autoridad. Eso fue el derrumbe del antiguo y venerable edificio. Quienes han venido a la vida después de ese derrumbe, difícilmente pueden comprender la magnitud del desastre e imaginar lo que era aquel edificio portaliano que ellos conocerán tan sólo por la historia.

La quiebra institucional producida con Allende señala el término

definitivo del régimen portaliano. Por fortuna, las Fuerzas Armadas —formadas en una tradición de obediencia constitucional y de neutralidad profesional— toman conciencia de que son el único elemento de continuidad de la República, de que en ellas reside y se mantiene la legitimidad institucional y de que sólo los institutos armados tienen el título moral para generar una nueva institucionalidad. Pero esta institucionalidad nueva está muy lejos de un régimen de emergencia, provisional y de facto. Las Fuerzas Armadas han comprendido desde hace largo tiempo que ellas están llamadas a forjar una nueva organización jurídica.

Tan importante empresa es sólo dable dentro del marco chileno de principios y tradiciones. En consecuencia, no podría concebirse una nueva institucionalidad que estuviera desconectada con la corriente moral que configura nuestro desenvolvimiento histórico.

Conforme a lo dicho, la institucionalidad propiamente tal supone una cierta automaticidad, una forma de funcionamiento de los organismos públicos según reglas que no pueden ser variadas discrecionalmente por la autoridad superior. Ahí reside, precisamente, toda la diferencia entre los despotismos transitorios y adjetivos y la construcción institucional de larga y profunda perspectiva; en la capacidad de los gobernantes para crear o no máquinas semovientes, que se mueven por sí mismas, esto es, en virtud de reglas jurídicas adecuadas para la acción e intervención de funcionarios medios que no demandan continuamente la venia de la autoridad suprema.

## AUTORIDAD DEL ESTADO

El grave trastorno institucional provocado por el allendismo impuso la intervención de las Fuerzas Armadas y la implantación de un régimen autoritario.

El sistema chileno actual puede despertar adhesiones o resistencias, pero es indiscutiblemente un modelo muy definido de acción política contemporánea. Responde al funcionamiento de los mecanismos defensivos naturales de las Fuerzas Armadas en presencia de un grave deterioro nacional, como fue el régimen marxista. Ahora bien, en el curso de la acción esas Fuerzas Armadas han ido configurando una autoridad única en el nivel supremo, la que recibe la adhesión y leal colaboración de todos los mandos castrenses. Hay entre nosotros, pues, un solo centro de poder y, por tanto, de responsabilidad política y administrativa. Dicho autoritarismo centralizado, con apoyo de la unidad férrea de las instituciones armadas, se ha convertido en el adversario más temible para el comunismo y demás tendencias disolventes.

El régimen militar está próximo a cumplir tres años, en los cuales ha asegurado la paz cívica y sentado las bases del futuro desarrollo.

La reciente adopción de severas medidas respecto de dos personeros políticos, a los que el Gobierno acusa de participar en actividades subversivas, recuerda a la ciudadanía la vigencia del estado de sitio y la actividad de una autoridad militar que no da cuenta a nadie de sus decisiones.

Mientras rijan esta situación de emergencia en que la opinión pública no participa de los hechos po-

líticos ni siquiera por la vía de la información, sólo podrá avanzarse en los estudios de una nueva institucionalidad, pero será difícil que está surja con las características originales que debían serle propias. Una nueva organización constitucional no consiste, obviamente, en legalizar por escrito y en perpetuar así un sistema de emergencia. Es preferible mantener este último sistema tal como funciona y seguir ahondando en las reflexiones sobre la manera de reconstruir la autoridad del Estado con el automatismo en que estribaba su primitiva eficiencia.

Entretanto, hay que decir que son respetables las razones de seguridad que se invocan para la medida de expulsión de los señores Castillo y Velasco, y debe entenderse que la reserva oficial sobre los fundamentos de hecho de su resolución corresponde también a imperativos de seguridad. Con todo, habría sido deseable que el público conociera las acusaciones concretas y circunstanciadas, a fin de que se apreciara la justicia con que el Gobierno ha actuado. A falta de una explicación suficiente, la autoridad del Estado puede apelar a la confianza del país, pero no cuenta con la participación ciudadana en esta materia, ni tampoco la requiere.

Ahora bien, el apoyo último de los gobiernos es la opinión pública y con este factor contaron las Fuerzas Armadas el 11 de septiembre de 1973. El Gobierno sigue recibiendo ese apoyo, pero él constituye un acto de fe en la honestidad de intenciones y en la prudencia de los responsables del Estado. Precisamente porque falta el automatismo de que hablábamos y existe una muy limi-

tada participación ciudadana en el conocimiento de las decisiones y de los motivos de éstas, el país debe hacer renovadamente un acto de confianza y de fe en el mando supremo. La vía de la información (no de la propaganda ni de los comunicados sucintos), de la información honesta y circunstanciada de los hechos políticos más importantes, constituye una manera por la que la ciudadanía participe y apoye a conciencia las decisiones de la autoridad. Hay importantes sectores que no desean otra cosa que vivir tranquilos y que nada les interesa de lo que ocurre en la esfera política. Pero, aparte de que aún éstos se preocupan de los hechos administrativos que les afectan, resulta inconveniente que un gobierno se apoye en la suma de las indiferencias. Necesita, por el contrario, el respaldo vivo y activo de una opinión pública que no está formada por la masa amorfa, sino por los sectores que reflexionan y que influyen en la comunidad. La participación de los grupos más responsa-

bles y dinámicos es la que se encuentra por la vía de la información honesta, aunque ella no tiene por qué ser siempre grata a las autoridades.

Bien sabemos que en el país hay una amplia información económica y administrativa. Las preocupaciones sociales, culturales, deportivas, y sobre todo económicas, encuentran amplia cabida en las noticias y en los debates periodísticos. No ocurre lo mismo en el plano político, donde sin quebranto del receso partidista pudieran las fuentes informativas oficiales ser más abiertas en todos los casos en que la estricta seguridad nacional no esté en juego.

Las Fuerzas Armadas están empeñadas en labrar una nueva institucionalidad. Ello no significa ni volver a la antigua ni recurrir forzosamente a procedimientos electorales conocidos, pero debiera implicar la instauración gradual de una mayor participación ciudadana a través del conocimiento objetivo de los actos jurídicos de la autoridad.

## La inevitable política

(10 de octubre de 1976)

*Entre los acontecimientos recientes está la publicación del detalle de los gastos sociales que está realizando el gobierno (EM, 1 de octubre, pág. 1). En el texto se alude al "Mapa de la Extrema Pobreza" —estudio elaborado por la Oficina de Planificación Nacional y la Universidad Católica—, en el que se señalan, a base de una tabla, los lugares de Chile donde se concentran las familias catalogadas como de extrema pobreza (EM, Informe Económico Mensual N° 14, pág. 5).*

*En discurso pronunciado en Naciones Unidas, el Ministro de Relaciones Exteriores, almirante Patricio Carvajal, expresó que "la URSS es el enemigo número uno de la paz mundial" (EM, 6 de octubre, pág. 21). En la televisión norteamericana, el candidato presidencial Jimmy Carter se refiere a operaciones de la CIA en Chile y a la ayuda prestada por el gobierno republicano a la Junta Militar chilena (EM, 7 de octubre, pág. 1 y EM, 8 de octubre, pág. 1).*

### La Semana Política

#### NO SOLO ECONOMÍA

Cuando las Fuerzas Armadas asumieron la responsabilidad del poder existían dos órdenes de programas de acción claros y congruentes. Uno de ellos era el relativo a la Seguridad Nacional, estudiado por el Ejército y por las demás instituciones de la Defensa, desde niveles teóricos en la Academia de Guerra hasta planificaciones detalladas y concretas en los diversos Estados Mayores. El 11 de septiembre de 1973 fue una decisión de Seguridad Nacional. La forma en que los institutos armados controlaron el país e inmovilizaron las resistencias extremistas es una prueba de que el conjunto de ideas individualizado bajo el concepto de Seguridad Nacional tenía claridad, eficacia y grupo ejecutor organizado. El otro

programa ideado como sistema internamente lógico y con un grupo de ejecutores bien preciso fue el plan económico de Gobierno.

Ambos programas —el de seguridad y el económico— han despertado críticas, oposiciones y clamores de los afectados. Por diversas razones y desde distintos ángulos han sido combatidos, pero los responsables de su ejecución han continuado adelante con una inflexibilidad que parece prenda de la completa fe que ellos tienen en el éxito feliz de su esfuerzo. Han podido ser eficaces e inflexibles porque partían de premisas claras y acudían a métodos probados. No es extraño, entonces, que tales programas se hayan impuesto por su propio dinamismo y que hayan abarcado no sólo su ámbito específico, sino, en el hecho, todo el horizonte público del país.

Cuando se advierten la seriedad del trabajo del actual Gobierno y la honestidad con que desafía a los intereses, a los prejuicios y a las rutinas, no faltan quienes piensan que éste es uno de los mejores gobiernos chilenos, sobre todo en el aspecto financiero administrativo. Pero, obviamente, no es este último aspecto el que realmente le da proyección al régimen ni es el que provoca todas las reacciones que sabemos se generan contra Chile y su Gobierno militar. Hay una gran política enunciada con firmeza por nuestro Gobierno. Contra ella van desde los estudios sesudos hasta las consignas de los carteles murales. También contra ella van, en el fondo, los ataques al programa económico y las dudas sobre la honradez interna del concepto de Seguridad Nacional.

Hay, entonces, una posición política del Gobierno, que en estos momentos resulta original, novedosa, valiente y susceptible de trascendencia. Debe reconocerse, sin embargo, que esa política asume un rostro de mera probidad administrativa, o de medidas de Seguridad Nacional o de porfiada lucha por instaurar una economía de mercado. Los tres elementos que acabamos de citar son capaces de interesar y aun de conmover políticamente, pero este patrimonio de alta política disponible no encuentra herramientas suficientes eficaces por causa de que no hubo en el plano político una meditación tan seria y unos equipos tan integrados como los que se presentaron para la Seguridad Nacional y para el programa económico.

No puede un comentario pretender equipararse a la reflexión

poderada y profunda que precedió a los planes de Seguridad Nacional y Económica. Sólo cabe sugerir que se dé en el plano político una labor de grupo, una búsqueda de claridad y unos realizadores que tengan cierta equivalencia con lo efectuado en aquellos otros órdenes.

La presencia y la acción del equipo económico no tan sólo tienen eficacia realizadora, sino que constituyen una cierta característica del régimen. Ahora bien, lo aconsejable es que el grupo económico no se confunda completamente con el Gobierno. En otras palabras, interesa que, además de las nociones y medidas económicas, se realicen y difundan nociones y medidas políticas.

Nunca será de temer que nuestro país se vea arrastrado a un economicismo, si por tal se entiende una auténtica supeditación de todos los valores al espíritu de lucro. El verdadero peligro no está ahí, sino en la posibilidad de que, por falta de creación en las otras esferas de la vida civil y cultural, los conceptos económicos y las normas mercantiles ocupen todo el espacio que legítimamente corresponde a principios y conductas de más jerarquía real, como es el caso de la verdadera política.

#### LA INEVITABLE POLÍTICA

El régimen militar puede decretar el receso partidista y aun, si se lo propone, disolver los antiguos partidos políticos, pero jamás podrá prescindir de la política. Esto debe tenerse muy especialmente en cuenta en las circunstancias actuales, cuando el país se esmera por trazar y recorrer un camino inde-

pendiente. Tal independencia no puede ser un aislamiento suicida o una aventura irreal. Se trata, ciertamente, de una resolución política, lo que supone apoyos, medios, fuerzas, idoneidad para cumplir el fin propuesto.

No hace mucho hablamos de la necesidad de una acción diplomática y, someramente, de sus elementos más necesarios. Tal vez convenga ahora recordar que una política exterior, por independiente y digna que se la suponga, necesita aliados y hasta seguidores. La política internacional chilena de los últimos decenios había discurrido dentro del marco del poder protector de los Estados Unidos, marco que ni siquiera sobrepasó totalmente la Unidad Popular. ¿Qué ocurre ahora? ¿Se había dado antes el caso de que un candidato vigoroso a la Presidencia de los Estados Unidos —como el señor Carter— hubiera entretenido a sus televidentes con reiterados ataques a Chile? ¿Ha estado en otra oportunidad el país privado de la ayuda militar norteamericana, desde que dicho programa empezó a aplicarse?

Parece indispensable y urgente una reflexión política de carácter internacional. Resulta forzoso volver a pensar sobre el papel que juega Chile en el concierto de las naciones y acerca de sus posibilidades y expectativas más sensatas. La política internacional no resulta ser siempre una exposición de fidelidades doctrinarias, pero tal vez lo más significativo de una línea de acción exterior justificable es la ausencia de contradicciones profundas en las alianzas o en las beligerancias de un país. Esa línea exterior ha de ser pensada a la luz de las exigencias

permanentes de la nación, de lo que constituye propiamente una política de Estado, pero también debe contemplar, como es obvio, los matices de la situación del momento, lo que permite también que aquella política sobreviva.

El problema es más visible en el campo internacional, pero no es menos relevante en lo interno. También en este último la política se edifica sobre alianzas y se define frente a contradicciones. No puede realizarse una labor pública estable sin atender a esta realidad.

Tenemos, por ejemplo, que los economistas han efectuado un análisis profundo para detectar e individualizar los focos de extrema pobreza en el territorio, con lo cual han demostrado que los políticos tradicionales descuidaron el sector más pobre y desvalido de la nación. La deducción es clara a este respecto: surge con meridiana evidencia la convicción de que aquellos políticos, no obstante sus aparentes posturas populares, fueron incapaces de cumplir una auténtica y genuina política popular.

Si el tema de la extremada pobreza queda desposeído de sus connotaciones humanitarias y emocionales para analizar desde la fría luz política la conclusión no es tan desfavorable para los viejos tribunos partidistas. Es cierto que los llamados partidos populares —para no hablar de los demás— no tuvieron preocupación alguna por los sectores realmente más desfavorecidos y abandonados de la sociedad. Sin embargo, lo cierto es que una política se sustenta y alimenta de apoyos sociales efectivos. Aquellos políticos mal llamados populares tal vez no se preocuparon suficiente-

mente del modestísimo agricultor minifundista, del artesano relegado a las áreas rurales, del prestatario de humildes servicios no afiliado a sindicatos o partidos y, en fin, de muchos de los multitudinarios desplazados de la economía moderna chilena. ¿Por qué no se preocuparon de esos sectores? Porque aquellos políticos cuidaban su fuerza social de apoyo y sustentación, que no estaba ciertamente en los medios rurales o urbanos más pobres, sino en los sindicatos, en las industrias, en los medios estudiantiles e intelectuales, en fin, en los sectores sociales que respaldaban a dichos políticos.

El interés profundo por levantar de su postración a los sectores de extrema pobreza es una de las características más nobles de este Gobierno. La convicción de que el mejoramiento de los más pobres no puede hacerse en Chile de otra manera, sino a costa de los sectores medios —los ricos son pocos en el país y no tan ricos como para que sus impuestos y aun su completo despojo influyan significativamente en la distribución del ingreso—, es otra de las verdades no discutidas. Sin embargo, el extremismo en la tesis de defensa de los demás pobres puede llegar al sacrificio demasiado rápido y profundo de los sectores medios, con olvido de que este Gobierno, como cualquier otro, tienen su principal respaldo en la clase media, entendida como una profunda capa social que viene desde los obreros especializados y calificados hasta muchos de los más prósperos empresarios. La atención cuidadosa de la clase media parece un dato elemental de la política chilena, que debía estar en cualquiera consideración de un programa que no de-

pendiera tan sólo del ángulo económico.

Hablando de búsqueda de apoyos y de la influencia de la clase media, surge espontáneamente el tema de la Universidad. Ella es el centro pensante del país, y por mil razones, la flor y nata de los sectores medios de Chile. He ahí una zona digna del máximo cuidado. Sería un error suponer que allí los enemigos sólo radican en el extremismo marxista o en alguna que otra tesis contraria al Gobierno. El peligro en la Universidad se encuentra, principalmente, en el olvido en que pudieran caer las autoridades acerca de la función de aquélla. Por consiguiente, todo el esfuerzo que se haga para devolver a la Universidad su papel de hogar libre del pensamiento debe juzgarse útil para la política en el sentido más elevado de la misma. La Universidad no es un asunto de disciplina aplicable desde el exterior ni un mero problema de financiamiento. Se trata de un ser vivo que obedece a sus propias leyes —las del pensamiento— y cuya respuesta ante exigencias contradictorias con su ser es morir. De ahí, entonces, la extrema peligrosidad del problema universitario.

Resumiendo, diríamos que el tema político no ha tenido la reflexión y profundización que merecieron el de la Seguridad Nacional y el Programa Económico. Debe añadirse que la política es decisiva y que no consiste en el mero diseño de acciones por realizar, sino, también, en la búsqueda de apoyos y fuerzas para llevar a la práctica aquellas acciones. En nuestro caso, la clase media y la Universidad parecen un soporte indispensable, y requieren, por tanto, de cuidados y preferente atención.

## Unidad y solidaridad

(31 de octubre de 1976)

*Se precisa el sentido de la unidad nacional, señalándola como una vinculación de personas y hechos en el tiempo; una vinculación con la tierra patria y una vinculación política. Esta unidad debe traducirse, en definitiva, en solidaridad social.*

### *La Semana Política*

#### UNIDAD NACIONAL

El concepto de unidad nacional es tan básico y obvio que pareciera a veces carecer de contenido político concreto. ¿Qué nación y, aún más, qué organización social cualquiera deja de aspirar a la unidad en cuanto afirma su propia existencia? Insistir, pues en la unidad nacional es como redundar en un elemento que, por pertenecer a todos, se diría que no pertenece a ninguno y que, por tanto, no sirve ni para unir ni para distinguir a unos de otros. Así considerado, sería algo tan amplio y envolvente como la atmósfera; vale decir, una realidad tan necesaria como impalpable, habitual y poco novedosa, una realidad que en consecuencia no sería idónea para apoyar una empresa de carácter político.

La objeción tendría validez si no se dieran algunas circunstancias muy propias de la actual situación chilena, en las que la unidad nacional constituye una meta y, en cierto modo, una novedad.

Desde hace algunos años los chilenos están sintiendo que se encuentra en juego la existencia misma de la nación chilena. Tendencias foráneas impulsaron divisiones profundas entre connacionales que

llevaron a desgarrar y desgajar la unidad de la convivencia. Durante la administración Allende, y aun antes, se advirtieron temblores de intensidad progresiva que amenazaban aquella unidad. Cuando la situación estuvo a punto de tornarse incontrolable, las Fuerzas Armadas asumieron el poder e iniciaron la reconstrucción moral y material del país, poniendo término a la acción pública de las fuerzas disociadoras.

Muchos pudieron pensar que el establecimiento del régimen militar chileno iba a observarse con indiferencia por la opinión mundial, y que no pocos americanos —del norte, centro y sur— iban a sentirse satisfechos de que una cabeza de puente soviética en el Pacífico Sur americano hubiera quedado frustrada por la acción de las Fuerzas Armadas de Chile. El tiempo ha mostrado, sin embargo, que el supuesto socialismo democrático de Allende tenía la mejor imagen internacional, y que los acontecimientos iniciados el 11 de septiembre de 1973 contradecían los prejuicios, los intereses y las tendencias de la política mundial. No sólo no hubo indiferencia, sino hostilidad, y los que pudieron alegrarse de la derrota soviética en Chile han tenido pocas oportunidades de manifestarse a favor de

nuestro Gobierno, a causa de la propia situación mundial y de algunos errores de nuestra parte en el planteamiento de la posición chilena.

Después de tres años de régimen militar, la campaña exterior sigue aumentando en virulencia y en amplitud. Ello señala la imperiosa necesidad de poner el acento en el frente externo y de dedicar las mejores capacidades a la política exterior, pero ya es evidente que la mejor estrategia resultaría débil a menos que lograra un gran respaldo ciudadano en lo interno.

La unidad nacional parece algo vago e intangible mientras no está amenazada la existencia misma de la nación.

Pero cuanto esto ocurre, el llamamiento a la unidad equivale a una apelación al ser nacional.

Frente a los peligros de la disociación y de la subversión, y frente a un emergencia internacional nada fácil, el país no puede responder sino con un robustecimiento de su unidad interna. Esta unidad deja, por tanto, de ser un enunciado vacío, y aparece como la forma espontánea de encarar una amenaza vital. Los riesgos inminentes de aislamiento o las decisiones extranjeras incompatibles con la soberanía o la dignidad nacional han de encontrarse con un país íntimamente unido y solidario.

#### LAS BASES DE LA UNIDAD

La unidad nacional importa desde luego una vinculación de personas y hechos en el tiempo. La nación se une a lo largo de sus hazañas y de la sucesión del modesto acontecer cotidiano. Y se une a través de los vivos y de los muertos. La

veneración a estos últimos, que se palpa tan vivamente el día 2 de noviembre, es una manera en que el pueblo recobra su pasado familiar. El homenaje a los héroes es una forma en que la nación se reencontra a sí misma en los grandes ejemplos.

No hay, pues, unidad nacional sin un sentido dinámico de la tradición, lo que resulta evidente al considerar que la nación misma es un ente histórico, una singularidad que se mantiene como tal a lo largo del tiempo y que se caracteriza por perpetuarse a través de las generaciones.

La unidad nacional importa, en segundo término, una vinculación a la tierra patria, al territorio físico con todas sus posibilidades y características. La defensa del patrimonio natural respecto de los agentes de destrucción, el sentido de la geografía y del paisaje, el contacto con la naturaleza chilena, el conocimiento y cultivo de los recursos renovables, el apego al bosque, al mar, a la cordillera, son algunos de los elementos en que descansa la necesaria unidad. La tierra es la sede de la comunidad nacional. De cómo se cuide esta tierra y dé sus frutos, conservándose y remozándose, dependerá el destino que puedan tener sus habitantes.

Un tercer plano de la unidad nacional es el de la vinculación política. En los últimos años Chile ha sufrido hondas disensiones cívicas que llegaron a quebrantar la convivencia nacional. No ha sido posible hasta ahora reconstruir, por así decirlo, esta convivencia. Al contrario, las difíciles circunstancias en que el país se encuentra han agravado ciertas divisiones, empezando

por las que representan y acentúan ciertos chilenos exiliados. La unidad nacional en el plano político implica superar las mutuas incomprendiones y deponer los rencores personales. No podría envolver un desarme doctrinario en el sentido de que la conciliación nuble la claridad de los principios y haga menos nítidas las contradicciones y las identidades. La unidad nacional no puede reconocer como suyos a quienes son precisamente enemigos de dicha unidad en nombre de la lucha de clases y del internacionalismo socialista, pero sí puede abrir los brazos mucho más ampliamente que lo que han permitido los duros años de lucha anticomunista y de resistencia a la incompreensión exterior.

Hay tareas cívicas de naturaleza genuinamente unitaria, donde pueden atenuarse las disensiones antiguas. El pasado común, la tierra común y las empresas sociales que no tienen más bandera que la chilena podrían servir como factores vinculantes de la unidad nacional. También, y sobre todo, ha de servir la conciencia de que el país debe subsistir como tal, en medio de serias amenazas morales, económicas y políticas. Tratándose de reconstruir objetivamente el país y de defender su sustancia misma, tal vez sea posible que se reúnan voluntades ajenas a todo espíritu de partido o, a lo menos, capaces de relegar los intereses partidistas cuando se trata del bien común mostrado con veracidad y honestidad.

Las tareas cívicas unitarias debieran servir como nuevas formas de desarrollo del espíritu público y como manifestaciones de una actividad política superior, desligada e

independiente de grupos o facciones. La participación de los civiles, no en el régimen sino en el Gobierno, podría encontrar sus cauces orgánicos en la realización de estas tareas unitarias en que puede aplicarse la voluntad de servicio, la capacidad creadora y las aptitudes para conducir hombres y organizaciones.

#### UNIDAD Y SOLIDARIDAD

La unidad nacional necesita traducirse, por último, en solidaridad social. En la actualidad, la cohesión interna de la nación chilena y el respaldo ciudadano para emprender grandes proyectos colectivos o sencillamente para resistir presiones foráneas han de tener por base la existencia de una verdadera comunidad de valores, afectos e intereses.

Los lazos del pasado, de la tierra y de la posible colaboración política, tienden a debilitarse a medida que surgen los desniveles sociales. Las diferencias van más allá de la cuantía de los respectivos ingresos. Las distancias entre los sectores sociales corresponden a raíces culturales diversas, a distintos grados de aislamiento geográfico, al acceso desigual a la ilustración, a la comunicación y a la educación modernas, lo que se refleja, a su vez, en hábitos, aspiraciones y modalidades de vida disímiles. De ahí, entonces, que nuestra unidad nacional, tan sólida en aspectos visibles, encierre debilidades internas que son producto de hondos distanciamientos sociales y culturales, heredados de otros regímenes y nunca atendidos por las políticas que se consideraban avanzadas.

El régimen militar tiene el mérito de haber publicado y enfatizado el diagnóstico de la extrema pobreza, que es una de las formas de este distanciamiento social. Son apreciables, además, los esfuerzos que realiza el Estado, dentro de los exiguos recursos de que dispone, para remediar los males más agudos de la extrema pobreza.

Pero los distanciamientos sociales no afectan sólo a los sectores más pobres. Aun los grupos relativamente más favorecidos mantienen distancias apreciables entre sí. Esos desniveles parecen haberse hecho más evidentes desde el momento en que el Gobierno eliminó muchos subsidios al consumo, dejó en libertad los precios y aplicó medidas de austeridad que tenían que reflejarse en desempleo pronunciado. No es que el programa económico haya aumentado realmente los desniveles. Lo que ha hecho es desnudar el estado de pobreza a que nos redujeron los años de desorden y el impacto de la crisis energética.

La cesantía disfrazada ha pasado en muchos casos a transformarse en cesantía real. El clima de competencia económica exige aptitudes que no siempre posee el chileno

común, enfermo crónico del mal que Encina calificó de "inferioridad económica". El acento en la actividad financiera por sobre la industrial y agrícola ha ocasionado también desplazamiento. Por último, la orientación hacia la economía abierta va colocando a ciertos sectores en situación de familiaridad con el consumo elevado y refinado de productos extranjeros, lo que hace sensible la distancia respecto de otros sectores sociales más atrasados.

Se diría, en fin, que antes del 11 de septiembre de 1973 el país buscó mil artificios para ocultar diferencias sociales y económicas profundas. A contar del pronunciamiento las brechas no se disimulan. Y esto tiene que ser una invitación a resolver los problemas del desarrollo desigual. No sólo el de la extrema pobreza, sino el de la clase trabajadora industrial y la clase media rezagadas, junto al peligro de proletarianizar la clase media.

La unidad nacional ha de reflejarse en una solidaridad social efectiva, no simplemente paternalista, eficaz y dirigida a derribar obstáculos y acortar distancias. Una acción de unidad nacional es, pues, un vastísimo programa cívico.

## El régimen militar

(14 de noviembre de 1976)

*Se analiza aquí la necesidad de permanencia del régimen militar, para enseguida distinguir entre régimen y Gobierno, señalando que este último debe ser de carácter nacional, en el que se integren militares y civiles.*

### *La Semana Política*

#### EL RÉGIMEN MILITAR

La creciente presión externa contra el país no está inspirada en el propósito de restaurar la democracia liberal en Chile, sino en el de provocar el fracaso y el derrumbe del régimen militar.

En el exterior hay elementos que cultivan el odio y el ánimo de desquite propios y ajenos. Nadie podría hacerse ilusiones sobre lo que signifique en la práctica el cumplimiento de los propósitos hostiles al régimen militar. Los casos de Vietnam, de Camboya y de Angola se repetirían en nuestro país. Tal vez el proceso podría insinuarse con modalidades que ocultaran la verdad del cambio. Siempre habrá disfraces democráticos iniciales para esconder la acción comunista y pasar con el mínimo de ruido a un régimen totalitario vengativo y sangriento. En el momento adecuado, se cerraría la cortina hacia el exterior y se silenciarían el dolor y la protesta, con complicidad de muchos expertos en derechos humanos y de muchos apóstoles de la democracia y de la liberación del hombre.

Quienes piensan en Chile que el odio externo tiene por blancos tan sólo al Presidente Pinochet, a los señores miembros de la Junta de Gobierno y a otras altas personali-

dades se equivocan por completo. El desquite comunista no perdonaría a ningún hombre de armas, a ningún jefe, oficial, suboficial, clase o soldado, a ningún funcionario civil que hubiera prestado servicios al régimen militar, y, por último, a nadie de la gran multitud de quienes activa o pasivamente colaboran con la situación establecida.

La subsistencia del régimen militar es un supuesto fundamental de la paz, del orden y de la unidad nacionales, pero también es la base de la seguridad personal de un gran número de chilenos.

Quienes saldrían gravemente afectados en un vuelco de la situación resultan a veces los críticos más exigentes del régimen y los menos colaboradores. Son muchos los que toman distancia y ven como desde un balcón los acontecimientos, como si lo que ocurre no los comprometiera vitalmente a ellos y a sus hogares.

Si en la actualidad pudiera plantearse a la inmensa mayoría de los chilenos la disyuntiva entre el régimen militar y la caída en el comunismo, cuyos primeros síntomas se sintieron en el Gobierno de Allende, ciertamente la respuesta favorecería al régimen militar. Sin embargo, esa disyuntiva no se presenta a las imaginaciones con suficiente claridad,

desde que el marxismo y el filomarxismo exhiben falsas terceras posiciones que oscurecen el cuadro y engañan sobre el significado final de estas últimas.

Es, pues, necesario que la opinión pública no se deje confundir ni desanimar. La alternativa del régimen militar no es por ahora otra que el comunismo, aunque éste empiece utilizando aliados de rostro apacible y de gesto moderado. Todo aconseja, por lo tanto, apoyar al régimen militar y prestarle la colaboración que requiere.

Los chilenos sensatos estiman, sin duda, indispensable al actual régimen, y nadie, rectamente y en su sano juicio, podría desear que los militares se alejaran del poder. El solo enunciado de tal perspectiva la convierte en indeseable, considerando lo que ocurriría en ese caso.

La discusión se orienta más bien hacia los medios que aseguren la vitalidad y eficiencia del régimen militar, sin que lo priven de ninguna de sus características ni debiliten su poder.

En este plano se sitúa la distinción entre régimen y Gobierno, lo que no significa por cierto propiciar directa o indirectamente un régimen militar y un Gobierno civil.

El régimen militar surge de la destrucción de la institucionalidad por obra del marxismo, a resultas de lo cual las Fuerzas Armadas, a través de sus mandos institucionales, constituyen un Gobierno y dan comienzo a una nueva organización nacional. Desde el 11 de septiembre de 1973 las Fuerzas Armadas se convierten en la fuente indiscutida del poder político, y en el respaldo del Gobierno que ellas resolvieron formar.

La cabeza del régimen militar, a la vez que del Gobierno, es el Presidente de la República, quien es también Comandante en Jefe del Ejército.

Ahora bien, ¿por qué y para qué hacer la distinción entre régimen militar y Gobierno? La razón y el objetivo miran a conferir solidez, flexibilidad y eficacia al primero, pero en ningún caso se relacionan con el imposible de un régimen militar expresado en un Gobierno sin militares. Sería equivocado, en consecuencia, ver en la distinción un criterio que opusiera militares a civiles, o que insinuara la marginación de los primeros de las funciones del Estado.

Las Fuerzas Armadas han constituido legítimamente un régimen y están comprometidas en la creación de una nueva institucionalidad. Ellas forman, respaldan e inspiran el Gobierno surgido de su pronunciamiento, pero no pueden identificarse como tales con las políticas y actos administrativos del Gobierno. Las Fuerzas Armadas tienen fines que se confunden con los de la nación misma; trascienden, por tanto, las contingencias de un Gobierno y no podrían comprometerse ni arriesgar sus valores permanentes en el juicio de la opinión pública a que está expuesto todo Gobierno. Las Fuerzas Armadas, como tales, se encuentran fuera del debate político y, por tanto, son independientes del Gobierno. El régimen militar está unido al Gobierno que ha formado, pero es importante que no se confundan los valores que él representa con las alternativas políticas y con los personeros que las llevan a cabo. Un planteamiento económico, una gestión ministerial, una mi-

sión política cualquiera no deberían comprometer al régimen militar sino al Gobierno.

Por otra parte, la distinción a que nos referimos es válida en el sentido de que el Gobierno no está desempeñado directamente por las ramas de las Fuerzas Armadas y Carabineros, aunque sus miembros actúen en puestos de responsabilidad gubernativa. Esos funcionarios no son delegados de la respectiva institución en el Gobierno, pues dependen constitucionalmente del Presidente de la República. El régimen, por tanto, es militar, pero no lo es el Gobierno, en el cual sirven militares y civiles en virtud del nombramiento presidencial y sin atender a su condición de uniformados o de sin uniformes.

Debe añadirse que la distinción entre régimen y Gobierno es aplicable al caso en que la gran mayoría de los altos cargos públicos se desempeñe por uniformados. Ni aún así estaríamos en presencia de un Gobierno militar, a condición de que los nombramientos y relaciones jerárquicas en el servicio civil del Estado se subordinen al jefe del Gobierno.

#### GOBIERNO NACIONAL

La distinción entre régimen militar y Gobierno se hace, pues, con el objeto de respetar la independencia de las Fuerzas Armadas y de no asociarlas, ni indirectamente siquiera, a las contingencias de la política diaria. Se hace, además, la distinción para asegurar la unidad y eficacia de la acción gubernativa, sobre la base de la autoridad del Poder Ejecutivo, al cual se subordinan en el desempeño de sus cargos

todos los funcionarios, vistan o *no* uniforme. Cabe, por último, subrayar que ello da libertad al Jefe del Estado para designar a los individuos más idóneos en los respectivos cargos.

Más que para oponer militares a civiles, las nociones de régimen y Gobierno debieran propender a la integración de unos y otros en el trabajo gubernativo desde el momento en que realizan una misma acción, con idénticos objetivos y bajo la misma obediencia.

El Gobierno del Presidente Pinochet reúne por eso especiales condiciones para llevar adelante una política nacional, como efectivamente ha estado haciéndolo. La búsqueda del bienestar a largo plazo de la mayoría en el campo económico, los programas de erradicación de la extrema pobreza y otros son manifestaciones de este carácter nacional de la política que se sigue.

Esta línea de conducta puede definirse como política de Estado, entendiéndose por tal aquella que está al servicio de los fines permanentes de la nación y que no es instrumentalizada por grupos o sectores de la comunidad.

La presencia de un régimen que se apoya en las Fuerzas Armadas y que participa, por tanto, del carácter nacional permanente e indiscutido de aquéllas, constituye un factor de sustentación de la política de Estado. El Gobierno que la realice podrá sostenerla con más firmeza y persistencia, en la medida en que exprese los objetivos del régimen militar.

Ese Gobierno nacional adquiere vigor en la medida en que el pueblo comprende su verdadero carácter y se siente efectivamente interpreta-

do por su política. La coincidencia del pueblo con el Gobierno se logra difícilmente a través de promesas demagógicas. El camino —ya lo ha probado el Gobierno— es despertar las coincidencias, mostrándose capaz de satisfacer los hondos anhelos de elevación y de dignidad reales que abriga el pueblo. Si el gobernante es depositario de las esperanzas más profundas y nobles de la ciudadanía canalizará también la confianza popular y podrá exigir los trabajos y sacrificios implícitos en toda gran obra política.

Una oportunidad de reafirmar esta línea de conducta se abre ahora a raíz de que se evidencian nuevas y palpables muestras de la profunda incomprensión internacional que nos rodea. Frente a ella es ciertamente necesario contar con dispositivos políticos eficaces, en términos que la magnitud de las adversidades no abrume a los encargados de la conducción del país ni haga vacilar al régimen militar en sí mismo. Pero, aun antes que eso, el Gobierno debe contar con el apoyo ciudadano explícito, es decir, con

la solidaridad renovada de la comunidad nacional en presencia de los peligros de aislamiento externo que se ciernen sobre la patria.

Un Gobierno nacional, no sólo en los principios sino en los hechos, un Gobierno que interprete a la ciudadanía y en el cual ésta participe activamente, tendrá la fuerza suficiente para resistir los embates externos y para superar sus propias dificultades. De ahí el imperativo de que exista una verdadera política nacional, caracterizada por un amplio movimiento envolvente —y no aislante— del Gobierno. Son grandes los valores en juego si el régimen militar no logra completar la formación de los mecanismos políticos de Gobierno o avanzar en acciones que mantengan a la ciudadanía toda cohesionada respaldándolo. De ahí la insistencia en presentar con distintas fases el tema de la política, no para minimizarlo discutiendo el papel de militares y civiles, sino para insinuar una política de Estado que libre al régimen y al Gobierno de los peligros del encastillamiento.

## Otra quimera del oro

(23 de enero de 1977)

*Se analizan los problemas financieros del momento, sus causas y la necesidad de restaurar los valores morales en la actividad económica, a raíz de la designación del Ministro en Visita Sergio Dunlop para investigar la situación de entidades financieras tales como la Cooperativa "La Familia", Financiera "Finregio", Cooperativa "El Sendero", Sociedad de Inversiones por Región, etc. (EM, 16 enero, pág. 11; EM, 23 enero, pág. 9). El Presidente Pinochet realizó un recorrido por la zona austral del país, embarcándose luego en un transporte de la Armada para visitar las bases chilenas en el territorio antártico.*

### *La Semana Política*

#### OTRA QUIMERA DEL ORO

Los recursos de Chile se obtienen mediante una explotación costosa y difícil. Nunca ha sido ésta la tierra de la abundancia. Sólo el trabajo de las generaciones ha conseguido a veces un atesoramiento que casi nunca ha llegado a la opulencia. El país desconoce el enriquecimiento rápido y duradero a la vez. Tiene, en cambio, experiencias en los vaivenes de fortuna y en los imprevistos derrumbes de las ilusiones. Chile, en resumen, es un país pobre en que la sobriedad de vida y el trabajo tesonero abren el único camino sólido del bienestar.

A la caída del régimen de Allende, la descapitalización de las empresas y el empobrecimiento de los ciudadanos corrían a parejas con la penuria fiscal.

El programa económico del Gobierno militar creó las condiciones para salir de aquel empobrecimiento, implantando la sinceridad económica, es decir, estableciendo los precios verdaderos de las cosas y,

por tanto, las magnitudes exactas de las fortunas de individuos y empresas. El mercado ha sido el gran detector de la verdad económica y, en el terreno del dinero y del interés, ha sido el mercado de capitales el agente de la veracidad.

En pleno régimen de libertad económica se produjo el rápido regreso de las empresas CORFO al sector privado, con las solas excepciones conocidas. Esta operación ofreció a los grupos económicos particulares tentadoras expectativas de adquirir negocios de diversos giros y tamaños.

Las circunstancias estaban dadas para superar poco a poco el empobrecimiento, pero el país no había dejado de ser pobre y no habían surgido por algún milagro los requisitos para enriquecerse en la holganza y en el buen vivir. Por el contrario, el régimen de libertad exigía más trabajo, más responsabilidad y más sentido profesional para las actividades económicas. En el mundo financiero, las celebradas cualidades de los "ágiles y dinámi-

cos" debían ceder la primacía a los calculadores fríos y cautelosos. La alegre desaprensión siguió adelante, pero sólo los que se preparaban a las inclemencias del nuevo clima tenían destino.

El nuevo clima implicaba aceptar que Chile había sido rebajado en sus posibilidades económicas y que esa descapitalización era una pesada carga para los salarios y patrimonios del país. Los primeros que sufrieron los efectos sensibles del fenómeno fueron los trabajadores, que vieron alzarse los precios mientras sus salarios los seguían a bastante distancia. Pero el empobrecimiento significaba, además, que muchos tenedores de capital no podían recuperar todo lo perdido y que muchas empresas no iban a sobrevivir en el giro y los volúmenes que registraban antes.

No había que confundir un régimen de libertad con un régimen de licencia. Por el contrario, ahora eran más necesarios que nunca el trabajo, la sobriedad, el buen empleo de los recursos, la prudencia y la imaginación moderada por el realismo.

Sin embargo, la libertad económica y las amplias posibilidades de comerciar el dinero dieron pábulo a la codicia. En vez de comprender cada cual los límites de su propia pobreza, empezaron unos a conservar o adquirir a crédito, en tanto que otros vivían holgadamente de la usura. En resumen, ciertas empresas y personas no supieron ajustar sus miras y sus gastos a los nuevos tiempos. No faltaron enriquecimientos bruscos y vidas ostentosas para el promedio habitual chileno. Tampoco escasearon las compras de empresas CORFO a

precios altísimos si se toma en cuenta la rentabilidad de dichos negocios.

Mientras el grueso de los trabajadores no tuvo más alternativa que adaptarse económicamente a las limitaciones de su poder adquisitivo, un grupo de personas apostó en el hecho contra la política del Gobierno y se empeñó en mantener activos sobre la base de pagar elevadísimos intereses por el financiamiento de esos negocios. Aunque en todos los círculos se oye decir desde hace tiempo que nadie puede pagar intereses tan altos como los que llegaron a estipularse, otro grupo de apostadores jugó contra el riesgo del crédito, obteniendo entradas suculentas de la usura.

Dichas apuestas se cursaron contando con la posibilidad de que el Gobierno cediera en su política intransigente, suponiendo que el Presidente de la República dejara de dar respaldo a la línea de saneamiento económico en marcha; imaginando, en fin, que el Gobierno y las Fuerzas Armadas iban a asustarse por el descalabro de ciertas firmas y hasta por una cadena de cesaciones de pagos. Es posible que alguno haya pensado que su seguridad estaba en el gran volumen de su pasivo y, por tanto, en la enorme magnitud del daño que produciría su insolvencia. Por fortuna para el país, la política económica se ha mantenido con firmeza, colocando a los grandes deudores en la necesidad de disminuir sus activos para hacer frente a sus obligaciones.

Quienes se han dejado arrastrar por una especie de quimera del oro tienen ahora que moderar sus ambiciones.

## VUELTA A LA REALIDAD

Los que han corrido el albur de mantener grandes activos desfinanciados o de pretender intereses de extorsión se han mostrado más audaces mientras menos capacidad profesional tenían para moverse en el mercado financiero. Tal vez no se advirtió oportunamente que este comercio supone una gran dosis de experiencia, de tino y de prudencia. Los últimos acontecimientos demuestran que no está abierto para todos el éxito en el mercado del dinero y que para triunfar en él se requiere mucho más que disponer de créditos, influencia y capitales. La eficiencia profesional se necesita en este campo, como en cualquier otro, con el agravante de que no se manifiesta por un título ni por unos estudios académicos, sino por un conjunto de condiciones y aptitudes que se van desplegando con la experiencia.

Por parte del Gobierno faltó, asimismo, suficiente capacidad profesional. En efecto, el control de las entidades financieras se limitó a las llamadas formales, dejando en peligrosa libertad a los informales. Por otra parte, los obstáculos para constituir entidades financieras formales estimulaban la creación de las informales.

La reacción oficial frente a los pocos casos críticos se produjo aplicando correctivos en general bien orientados, pero las mismas medidas pudieron haber contribuido a normalizar mejor la situación si se hubieran estudiado a la luz de todos los antecedentes en la materia. Como se ha dicho por las autoridades, el mercado formal se encuentra en orden y las dificultades sur-

gen de la legislación reciente que reservó la captación de recursos públicos a las entidades formales. Pero, precisamente aquí está el problema. La decisión legal que prohibió abruptamente una actividad que era lícita el día anterior, es la principal causa de las perturbaciones de aquellas empresas medianas y pequeñas que estaban acudiendo al crédito de particulares en espera de una posibilidad de exportar o de un aumento de la demanda interna o del aporte de capital de terceros, o, en fin, de cualquier otro factor que regularizara su situación financiera. Las dificultades de aquellas firmas no derivan de la libertad económica ni del programa de Gobierno, sino de una medida legal que no dio tiempo suficiente para que el mercado informal se adaptara al reordenamiento.

En cambio, no se ha despachado aún el proyecto de ley sobre oferta pública de valores, que recoge la experiencia de otros países en esta materia y que procura dar seriedad a la intermediación financiera, sin disminuir la libertad ni favorecer posibles monopolios de la captación del dinero.

Las dificultades producidas se traducen a menudo en situaciones dolorosas que envuelven a personas muchas veces ajenas a toda participación en las causas de aquéllas. Sin embargo, esta crisis es una etapa de la regularización del mercado que resulta inevitable al establecer un sistema de libertad que resultaba desconocido tanto para los particulares como para el aparato administrativo del Gobierno.

En este cuadro es forzoso referirse también a la influencia de los manejos dolosos en las operaciones

financieras. Afortunadamente no son muchos los casos delictuosos, pero resulta necesario que la justicia proceda con la mayor energía en todos ellos, con el objeto de que esto sirva de escarmiento. La única manera de salvar la libertad es el castigo riguroso de los que abusan de ella. En cambio, la falta de sanción de los delitos favorece los controles masivos que hostigan por igual a los inocentes que a los presuntos culpables, a la vez que multiplican la burocracia.

Pero las actitudes severas han de dirigirse al dolo propiamente tal o a la negligencia muy grave, sin olvidar que las reacciones poco serenas frente a ciertas dificultades pueden transformar en delitos a simples incumplimientos comerciales.

La experiencia de la crisis en ciertas áreas del mercado de capitales será positiva siempre que signifique una vuelta del país a su propia realidad. En otras palabras, debiera aprovecharse lo sucedido para restaurar los valores morales en la actividad económica, para reafirmar el primado del trabajo sobre la especulación, para regresar al sentido de la responsabilidad en los administradores de bienes ajenos y para reconocer los límites de las ambiciones de dinero. Lo peor sería

equivocarse culpando de lo que sucede a la libertad económica o al programa económico de Gobierno. Hay que reconocer, en cambio, que ha habido ligereza en el manejo de instrumentos de gran efecto potencial y que en la confusión han aparecido individuos de pocos escrúpulos.

El regreso del Presidente de la República de la Antártica, después de un viaje de la más alta significación, se produce en momentos en que el mercado de capitales se normaliza y en que están aprovechándose las experiencias para el avance del programa económico. Se espera que la presencia del Jefe del Estado en la capital sea una reafirmación de dicho programa y, por tanto, de la necesidad de que las medidas del Gobierno confluyan al mantenimiento de la economía de mercado, cuyos frutos positivos están a la vista, pese a las perturbaciones financieras específicas registradas en estos días. El perfeccionamiento del sistema irá saneándolo y habituando a la ciudadanía a que el mercado de capitales es todo lo contrario de una invitación al ocio remunerado, así como la libertad de importación libre no coloca a nadie en la obligación de vivir y consumir más allá de sus medios.

## Reforma constitucional

(6 de febrero de 1977)

*El 31 de enero se publica en el Diario Oficial una reforma al Acta Constitucional Número 4, que se refiere a la procedencia del recurso de protección, establecido en el Acta N° 3, durante la vigencia de regímenes de excepción constitucional. El proyecto de reforma fue tramitado con reserva, sin que se hubiera dado información acerca de su preparación (EM, 1 febrero, pág. 19).*

### La Semana Política

#### REFORMA CONSTITUCIONAL

Estas columnas han sostenido más de una vez que el Gobierno dispone de una idea y un plan claros sobre Seguridad Nacional, así como de un esquema congruente y lógico para el Programa Económico, materias en las cuales se advierten coherencia y objetivos precisos. No ocurre lo mismo, se ha dicho, en lo que se refiere a la línea jurídico-política del régimen, punto sin duda importante, puesto que el Estado se conduce mediante pautas jurídicas e institucionales, sin cuya presencia no hay propiamente doctrina política en el verdadero sentido de la palabra.

La imprecisión de la línea jurídico-política aparece de manifiesto en la reforma constitucional publicada en el *Diario Oficial* el 31 de enero de este año.

La reforma deroga el artículo 14 del Acta Constitucional N° 4, que decía textualmente así: "Los recursos de protección y de amparo establecidos en los artículos 2 y 3 del Acta Constitucional N° 3 sólo serán procedentes en la medida que sean integralmente compatibles con las

disposiciones legales que rijan las referidas situaciones de emergencia".

En sustitución de la norma derogada se ha dictado la siguiente: "El recurso de protección establecido en el artículo 2° del Acta Constitucional N° 3 será improcedente en las situaciones de emergencia sea de las contempladas en el Acta Constitucional N° 4 de 1976 o en otras normas constitucionales o legales".

Un primer examen de la reforma constitucional indica al lector que el precepto derogado permitía entablar los recursos de protección y de amparo, durante los regímenes de emergencia, "en la medida que sean integralmente compatibles con las disposiciones legales que rijan las referidas situaciones de emergencia". El precepto que sustituye al derogado declara, en cambio, "improcedente" el recurso de protección en los regímenes de emergencia y nada dice sobre el recurso de amparo.

De esta modificación constitucional, cuya trascendencia es mucha, nada se supo hasta la aparición del *Diario Oficial* del lunes 31 de enero. No hubo debate público so-

bre el tema ni se dio información acerca de que la Junta de Gobierno estuviera debatiendo una enmienda constitucional. Más aún, no hay constancia de que fuera consultada sobre el punto. Y al parecer no tuvo tampoco intervención el Ministerio de Justicia, al que le corresponde de hecho y de derecho la secretaría en los asuntos relativos al despacho de normas constitucionales o de cuerpos legales de importancia.

¿Hubo motivos que justificaran una acción rápida y la prescindencia de los consultores o canales habituales para una modificación de normas constitucionales que fueron promulgadas el 11 de septiembre último? La pregunta no es fácil de contestar, pues no se divisa la utilidad de este cambio, mientras que resultan evidentes las desventajas del mismo.

Cuando se promulgaron las Actas Constitucionales N<sup>ros.</sup> 3 y 4 el Gobierno encomió la novedad y méritos del recurso de protección, que constituye en efecto un modo original de resguardar los derechos y garantías constitucionales aparte de la libertad personal que se cautela con el recurso de amparo. En otras palabras, el régimen constitucional contempla el amparo en contra del arresto arbitrario. El recurso de protección defiende por su parte a la persona en contra de toda privación, perturbación o amenaza en el legítimo ejercicio de las garantías individuales, por causa de actos u omisiones arbitrarios o ilegales.

Debe añadirse que el recurso de protección provino de la experiencia jurídica recogida en la época de la Unidad Popular, en que los ciudadanos veían desconocidas sus garantías constitucionales por actos

arbitrarios de que resultaba a veces difícil o imposible reclamar con buen resultado.

La amplitud del recurso de protección permite que un individuo acuda a la Corte de Apelaciones respectiva y obtenga las providencias necesarias para restablecer el imperio del derecho, ya sea que el atropello venga de la autoridad o de un simple particular.

El recurso de protección es sin perjuicio de los demás derechos que tenga el afectado, pues lo que persigue es la salvaguardia de los derechos constitucionales. Es éste un modo para lograr que las autoridades y los particulares se atengan al respeto de tales derechos, de modo que en ningún caso el ciudadano quede en la indefensión con respecto a las garantías que las normas constitucionales le aseguran.

Como era natural, los recursos de amparo y de protección no pueden ejercitarse con las mismas características en los regímenes de emergencia que en un período normal. De ahí que el constituyente reconociera la vigencia de los recursos de amparo de protección en las situaciones de emergencia, pero sólo en la medida en que "sean integralmente compatibles con las disposiciones legales que rijan las referidas situaciones de emergencia".

Esta limitación significaba que el recurso de amparo quedaba restringido porque los tribunales deben respetar la competencia propia del Poder Ejecutivo, que es el que adopta las medidas de seguridad y califica soberanamente los motivos de sus órdenes.

En cuanto al recurso de protección, éste quedaba forzosamente li-

mitado por el ejercicio de las facultades que competen al Gobierno en las situaciones de emergencia, cuyos diversos estados comportan sucesivas restricciones de la libertad que, obviamente, no podían verse quebrantadas por este recurso excepcional.

El Acta Constitucional N° 4 fija un plazo dentro del cual debe dictarse la ley complementaria respectiva. Esa era la oportunidad normal para reglamentar los casos en que procede o no procede el recurso de protección, a fin de armonizar específicamente cada uno de los atributos del Poder Ejecutivo en las situaciones de emergencia con las posibilidades concedidas a los particulares para la defensa de sus derechos. Por ejemplo, en el "estado de defensa contra la subversión" el Presidente de la República puede restringir el derecho de reunión sin expresar causa, y, evidentemente, nadie podría invocar el derecho de protección en este caso. Nadie tampoco podría evitar con este recurso restricciones a la libertad de prensa en los casos en que el Presidente de la República tiene potestad para restringir dicha libertad, conforme a las normas constitucionales.

En vez de dictar una ley complementaria del Acta N° 4 como estaba previsto en ella, se ha modificado dicha Acta disponiendo ahora que el recurso de protección es improcedente y omitiendo toda decisión sobre el recurso de amparo.

#### CONSECUENCIAS DE LA REFORMA

Al declarar improcedente el recurso de protección para todas las situaciones de emergencia se cambia en el hecho la doctrina constitu-

cional formulada en septiembre último. La improcedencia significa, en primer lugar, que los abusos o arbitrariedades de un particular en contra de otro particular dejan de tener esta vía de reparación especial, lo que no tiene ventaja alguna. La modificación de una norma fundamental a menos de cinco meses de dictada no constituye una buena práctica porque siembra dudas sobre la estabilidad de la legislación. El peligro de que la norma constitucional se prestara para que se parasetasen tras ella situaciones abusivas o contrarias a la Seguridad Nacional se habría conjurado con la ley complementaria que contempla el propio texto del Acta N° 4. Si hubiera hecho falta, pudieron dictarse otras leyes que regularan el receso político o que, en fin, cumplieran los objetivos de Seguridad Nacional que se han tenido en vista.

Es, sobre todo, digno de registrarse el hecho de que en esta etapa de nuestra evolución política se restrinja un recurso constitucional de protección, sin que ello traiga aparejado un beneficio para el orden público o la Seguridad Nacional, pues todo lo que pudiera temerse del abuso de este recurso pudo evitarse con decretos leyes que no hubieran alterado la naciente institucionalidad constitucional.

Lo ocurrido es una experiencia para el Gobierno y para el país. Sería erróneo suponer que la reforma constitucional significaba un cambio de orientación o que tiene alcances políticos apreciables. Más justo es interpretar el hecho como insuficiencia de asesoría o, mejor dicho, como la falta de un esquema institucional y político tan claro y coherente como los de Seguridad

Nacional y el Programa Económico. Mientras la línea política, que se refleja obviamente en las decisiones constitucionales no se estructure como un todo continuo y armónico pueden presentarse situaciones como ésta, difíciles de explicar y que no han merecido un esclarecimiento de las autoridades.

Un buen esquema político y jurídico supone una concepción tal que permita el juego automático de las disposiciones, sin que haya ne-

cesidad de meter mano en ellas para enmendarlas cada vez que ocurre un caso supuestamente imprevisible. La gran obra política tiene algo de maquinal y en buena parte está guiada por su propio peso. En lo político se ha avanzado en principios teóricos, pero faltan el plano y la construcción misma de la máquina. Por lo mismo, hay que mirar con calma estas experiencias, si bien no cabe guardar silencio frente a ellas.

## Libertad de información

13 de febrero de 1977

*Con motivo de celebrarse el "Día de la Prensa", se analiza el decreto del Jefe de Zona en Estado de Emergencia de Santiago que ordenó la suspensión indefinida de las transmisiones de la Radio Presidente Balmaceda, por el hecho de pertenecer a un partido político declarado en receso (Democracia Cristiana) (EM, 1 febrero, pág. 3). La Corte de Apelaciones de Santiago rechaza recurso de protección en favor de la Radio (Texto del fallo: EM, 12 febrero, pág. 19). El director de El Mercurio, Arturo Fontaine Aldunate, da una conferencia sobre "Función de la Prensa en la Vida Nacional" (EM, 13 febrero, separata).*

### La Semana Política

#### EL CASO DE RADIO BALMACEDA

En el plano jurídico, el problema central que plantea la suspensión de Radio Balmaceda consiste en establecer si en este régimen de emergencia puede el Gobierno o la autoridad militar respectiva suspender indefinidamente un medio de difusión, en virtud de razones de seguridad o por quebrantamiento del receso político.

Los términos en que se formule este amplísimo poder del Ejecutivo pueden ser diversos, pero es importante que en los Tribunales se haya mencionado el carácter virtualmente absoluto de esta potestad.

Corresponde a los jueces y juristas definir la cuestión, en tanto que a la ciudadanía le asiste el derecho de examinar el caso concreto de la suspensión de Radio Balmaceda desde un punto de vista político general.

Desde luego, es evidente la enorme popularidad del Presidente Pinochet en todo el país. La persona de S. E. cuenta con el firme apoyo de las mayorías nacionales,

pese a las críticas o descontentos de círculos aislados. Aunque el Presidente no silencia su compromiso personal con la labor administrativa del Gobierno y su respaldo a ella —singularmente al programa económico—, las objeciones u oposiciones que despiertan determinadas medidas o algunos efectos de la política gubernativa no alcanzan a tocar al Presidente.

El Jefe del Estado queda, pues, al margen de la crítica pública, por corrosiva, injusta o apasionada que ella sea.

El régimen militar, en segundo término, dispone del amplio respaldo ciudadano. Cuenta con una masa de partidarios efectivos; se apoya, además, en el respeto tradicional del pueblo por sus Fuerzas Armadas y finalmente aparece, aun para los descontentos, como la sola alternativa posible de poder.

Sabe la ciudadanía que su opción única es el apoyo al régimen y que lo contrario es el regreso al caos, a la anarquía y, en último término, a la dictadura comunista.

El Gobierno mismo, por último, comete errores y está expuesto naturalmente a los reparos que justa o injustamente le prodigan en público o en privado los ciudadanos. Sin embargo, hay sobre este particular un hecho nuevo. Existe la confianza de que la misma autoridad que comete el error lo advierta y lo corrija. Existe la evidencia de que la continuidad de la Administración es un principio de solución de los problemas nacionales y que el antiguo sistema pendular en que se alternaban autoritarios con demagogos, independientes con políticos, liberales con socialistas, estabilizadores de la economía con inflacionistas, es ya un sistema superado. La línea continúa admitiendo los ajustes y rectificaciones prudentes, aplaca las expectativas malsanas, las tentaciones demagógicas y las ambiciones desmedidas. El país espera frutos lentos pero seguros, logrados por la paz cívica y por la concepción y ejecución de programas a largo plazo.

En este cuadro hay que situar la propaganda negativa de ciertos políticos virtualmente ya sin eco, y la publicidad tendenciosa de algunos contados medios de expresión. ¿Es conveniente para el Jefe del Estado, para el régimen militar, para el Gobierno, la aplicación de mano dura contra ciertos medios informativos? Sin duda este punto es de la competencia y decisión privativas del Jefe del Estado, pero hay un deber ciudadano en representar lealmente el pro y el contra de esta situación.

Nadie ignora que hay sectores políticos desplazados y ofendidos. ¿Dejarán ellos de existir porque se les silencia una radioemisora? De

ninguna manera. ¿Avanzan políticamente mucho con la propaganda radial? Es difícil saberlo, pero la solidez del Gobierno y el visible mejoramiento que se advierte en el país colocan a los opositores políticos en una actitud virtualmente contraria a la realidad. Parece más sensato que el Gobierno autoritario, fuerte, partidista, independiente de ideologías y empeñado en las realizaciones, deje abiertas las posibilidades de disentir, sin perjuicio de que recabe el castigo más severo a los delitos que se cometan contra el orden público.

La Radio Balmaceda iba subiendo el tono de las críticas e insinuaciones contra el Gobierno. Este último no encontró un expediente mejor que el adoptado. Con ello, sin embargo, las autoridades atraen la atención sobre la radio suspendida, en tanto que los periodistas de todos los sectores manifiestan su solidaridad a los afectados. El costo político de la medida es, pues, muy alto. Debe recordarse que en el régimen de la Unidad Popular la oposición política virtualmente provocaba la clausura de las radios y que la detención de periodistas era motivo para nuevas provocaciones, con todo lo cual el ambiente se tornaba más desfavorable para el Gobierno de la época. Aunque la situación actual es completamente diversa en virtud de la adhesión y la confianza ciudadanas frente al régimen, no parece aconsejable favorecer esta clase de inquietudes.

#### LIBERTAD DE INFORMACIÓN

Hoy es el aniversario de la aparición del primer ejemplar de la "Aurora de Chile". Ayer el perio-

dismo celebró el Día de la Prensa. Siempre en estas ocasiones se renueva la fe en la libertad de prensa y se formulan análisis y comentarios sobre el alcance de la libertad de información como base y protectora de todas las libertades públicas.

En esta oportunidad es conveniente insistir en que la libertad de prensa es una conquista ciudadana que nace con la independencia nacional y que forma parte del más apreciado patrimonio de los chilenos. Esta libertad no es, por cierto, absoluta. Admite las limitaciones constitucionales pertinentes y no ampara ni el abuso ni el delito. Pero la vulneración de esta libertad es mirada con preocupación por la ciudadanía y despierta la resistencia moral de los periodistas.

El régimen militar ha contado con una colaboración notable de la prensa, que no se debe, como algunos podrían suponer, a tendencias oportunistas o al temor. Pruebas han dado los periodistas chilenos de su espíritu de independencia y decisión en otros momentos. El apoyo del periodismo al régimen actual nace de la confianza en la honestidad de las Fuerzas Armadas, en las duras experiencias vividas durante la Unidad Popular y en la esperanza de que este Gobierno estable, firme y pragmático resuelva los problemas crónicos del país. No podemos decir que el respaldo de la prensa es esencial para un gobierno militar, pero nadie ignora que no hay política que pueda llevarse adelante sin opinión pública, sobre todo en un país como Chile.

Es una coincidencia lamentable que el caso de Radio Balmaceda se produzca en los días en que el pensamiento de los periodistas y el co-

mentario de los medios informativos evocan a fray Camilo Henríquez junto a los principios de libertad que han dado validez a nuestra vida cívica.

Pueden las autoridades dar muy buenas razones para la medida y sus defensores legales probar que el Ejecutivo está facultado para ello y para mucho más. El problema, por desgracia, trasciende al ámbito legal. Se ha dicho más arriba que el Presidente, el régimen militar y el Gobierno poseen un amplio respaldo ciudadano. Pero dicho apoyo es básicamente un fenómeno de confianza que, en muchas medidas, tiene su base en las expresiones públicas de adhesión que dan muchos medios informativos al comprobar los hechos morales y materiales favorables que ya hemos señalado. Por el bien del país es de desear fervientemente que este respaldo público de la prensa no se debilite.

Pese a las amplísimas y discretivas atribuciones que posee el Gobierno en virtud del Estado de Emergencia, parece aconsejable que los medios informativos como tales actúen dentro de un marco legal claro y firme. No hay inconveniente en que disposiciones objetivas previas señalen el campo de lo ilícito, pero no es positivo que la acción de los periodistas y de los medios esté sujeta a una eventual medida administrativa que se adopta según el criterio de la autoridad pertinente y que nadie puede, en el hecho, revisar.

La grave cuestión planteada es precisamente la de la libertad de expresión, entendida como la seguridad de los medios informativos para actuar sin otros límites que los

fijados de manera determinada por la ley que reprime abusos o delitos.

No está de más recordar que el amplio y mayoritario respaldo del periodismo al régimen militar y al Gobierno tiene su mérito en el hecho de que se da libremente, sin temor y sin interés. No se ve la razón de que las autoridades se priven por propia iniciativa de esta fuerza que milita en su favor y que, en lugar de la adhesión de una prensa libre, logren el silencio o el aplauso, obligados o remunerados.

No hay sino ventajas en el ejercicio de la libertad de información, porque la noticia falsa se desmiente con pruebas sólidas; el comentario malévolo se contrarresta con análisis positivos y bien fundados; la objeción crítica fundamentada encuentra su réplica en otros argumentos. Pero la ciudadanía conoce los hechos fundamentales, puede de este modo desoír rumores y se impone también de los diversos planteamientos que surgen normalmente en las cuestiones públicas en todo régimen de convivencia sano.

Es cierto que el país vive una emergencia, que tiene poderosos enemigos externos y que hay grupos que se suman a tales amenazas desde el interior. Conviene desmascarar públicamente esos hechos y hacer luz sobre toda amenaza de este género. Pero también conviene que las críticas no se silencien, pues el Gobierno y el país deben admitir el debate y el análisis de lo que ocurre, sin que esto signifique de suyo quebrantar el receso político. Las autoridades saben que la obra administrativa y de rectificación económica que está en marcha es demasiado importante como para no someterla con amplitud a la discusión y hasta a la objeción de mala fe. Esta última no dura mucho en la opinión pública.

Es cierto que el país pide y necesita un régimen autoritario, pero dicha autoridad institucional es compatible con las libertades esenciales y se prestigia más y más en la medida en que las restringe sólo en lo que es legal y estrictamente indispensable para el mantenimiento del orden público.

## Normas éticas y desarrollo económico

(20 de febrero de 1977)

*La Superintendencia de Bancos dicta nuevas normas sobre intermediación financiera, estableciendo más obligaciones y responsabilidades para las entidades que participan en ella (EM, 19 febrero, pág. 19).*

### *La Semana Política*

#### NORMAS ETICAS Y DESARROLLO ECONÓMICO

Si bien es cierto que desde que se dieron a conocer las bases de la política económica gubernativa comenzó a hablarse de la necesidad de organizar el mercado de capitales, no es menos efectivo que no se concibió esto último como elemento básico de las medidas que se comenzaban a aplicar.

En la opinión pública el mercado de capitales apareció como una nueva modalidad para activar las inversiones y los negocios, pero no existía al ponérselo en movimiento una reglamentación probada sobre la forma en que debían operar las organizaciones financieras y bancarias y las personas individualmente consideradas para un normal juego de los intereses comprometidos en la intermediación de dineros.

Al evidenciarse la crisis de un sistema que no funcionaba con uniformidad, desde que se reconocía que algunas financieras se consideraban normales y otras anormales, se hizo indispensable estudiar la reglamentación que faltaba y las medidas de intervención en determinadas organizaciones, para poner a resguardo las colocaciones de numerosos ahorrantes que se veían

perjudicados por la falta de cumplimiento de las entidades que habían captado depósitos y no estaban en condiciones de responder de su reintegro.

En una primera etapa se consiguió crear un ambiente de regulación, llegándose a otorgar la garantía del Estado a los depósitos de los ahorrantes hasta por sumas individuales de 50 mil pesos.

El esfuerzo del Banco Central y de la Superintendencia de Bancos no logró conjurar enteramente las situaciones anormales que se habían producido y seguían produciéndose.

Así se comprende que haya sido necesario poner en vigencia nuevas disposiciones a fines de esta semana para conseguir una regularización más satisfactoria que la alcanzada anteriormente.

Las nuevas normas de intermediación financiera juegan dentro del DL. 1.638, del 30 de diciembre del año último, y de los acuerdos adoptados el 19 de enero de este año en el Consejo Monetario.

La circular señala que "los únicos efectos de comercio que pueden intermediar las instituciones financieras autorizadas, sin que éstas se obliguen directa o indirectamente a su pago, son los pagarés y letras de cambio emitidos por empresas del Estado o sociedades anónimas y

cuya emisión se encuentre previamente registrada en la Superintendencia de Compañías de Seguros, Sociedades Anónimas y Bolsas de Comercio, hecho que deberá establecer la institución financiera con el correspondiente certificado emanado de dicha Superintendencia".

"En consecuencia, agrega la declaración, cualquier otro efecto de comercio que una institución financiera autorizada coloque o negocie con el público deberá necesariamente llevar incorporada la obligación o responsabilidad en el pago de la institución financiera, ya sea en forma indirecta, como suscriptor de un pagaré o aceptante de una letra de cambio, o en forma directa como aval o fiador o endosante".

Las disposiciones citadas abarcan a 49 financieras, y los términos en que se individualizan tanto las instituciones financieras autorizadas como la forma de garantizar las operaciones son suficientemente rigurosos para considerar que se ha hecho un serio avance para sanear el mercado de capitales.

#### MORALIZACIÓN DE LOS NEGOCIOS

Las progresivas precauciones que se han venido adoptando eran esperadas para evitar que continuara subsistiendo una falta de confianza moral en los negocios.

También por este camino se notifica al país que las operaciones del mercado de capitales no son en absoluto una amenaza para la estabilidad de la política económica y que el Gobierno no sólo procedió a cautelar los intereses de los pequeños ahorrantes afectados por las actuaciones de las financieras, sino que se propone que el conjunto de

operaciones que se refieren a ese sector se desenvuelva bajo normas serias y que contribuyan a estimular la inversión y a reprimir los negocios simplemente especulativos.

Otro aspecto al que hay que referirse en esta oportunidad es a la confusión producida entre el negocio bancario y la obtención de recursos exclusivamente para el desarrollo de industrias dependientes de los que asumen dichos negocios bancarios.

Nadie discute ni se podría oponer a que los poseedores de empresas pudiesen utilizar créditos bancarios para movilizarlas, pero muy distinto es el caso de los que han recurrido a operar instituciones bancarias exclusivamente con propósitos de expansión para negocios propios, con los lamentables resultados que han quedado a la vista en bancos que se consideraban bien cimentados y dirigidos.

Es necesario asegurar las bases para un funcionamiento permanentemente sano de la actividad bancaria, aunque para ello fuera necesario modificar la legislación vigente.

La función bancaria debe estar claramente deslindada de afanes especulativos actuales o potenciales. Y, por sobre todo, hay que evitar que a pretexto de un funcionamiento normal de la tasa de interés se excedan las operaciones en favor de sectores, empresas o personas determinados, porque es bien sabido que la tasa de interés está regulada por una normal emisión de dinero y que al violentar esta última a lo único que se llega es al estímulo de la inflación y, en muchos casos, sólo para beneficio de sectores limitados.

Las consideraciones antes estampadas tienen el propósito de contribuir a un restablecimiento de la ética en los negocios, lo que es perfectamente factible dentro de una economía en que no desaparezca una saludable libertad unida a la necesaria vigilancia de los hábitos comerciales y bancarios.

Hay que tener en cuenta que en la medida en que se logre moralizar la vida económica se hará la mejor defensa del plan que el Gobierno viene poniendo en práctica con una amplia cooperación de la ciudadanía y no pocos sacrificios de los que trabajan y producen.

Se comprende perfectamente que las difíciles obligaciones que recaen sobre el equipo económico no hayan permitido ir eliminando algunos hábitos inveterados en nuestra organización económica. Pero ello no significa que falte ánimo para emprender una labor que depure el ambiente nacional y que haga concebir con seriedad a toda la ciudadanía, y muy especialmente a quienes pueden orientarla, como son los medios de comunicación, que el asentamiento de una labor de Gobierno que tantos logros ha alcanzado requiere una acción más ejemplarizada.

## Contra el extremismo

(13 de marzo de 1977)

*En los primeros días de marzo se suceden acontecimientos políticos que son analizados en el comentario: el día 10 renuncia el gabinete ministerial, procediéndose al reemplazo de dos ministros (EM, 12 marzo, pág. 1). El viernes 11 el Ministro Secretario General de Gobierno denuncia la violación del receso político por parte de los dirigentes demócratacristianos Andrés Zaldívar y Tomás Reyes, quienes hicieron circular documentos con sus opiniones políticas entre los militantes del partido (EM, 12 marzo, pág. 30).*

*Se dicta un Bando que restringe la circulación de nuevos impresos (Bando 107) (EM, 13 marzo, pág. 1).*

### *La Semana Política*

#### CAMBIOS SORPRESIVOS

Al cumplirse tres años y medio del régimen militar y tres de la publicación de la Declaración de Principios, el Gobierno ha procedido a tomar diversas iniciativas.

En la semana antepasada se anunciaron medidas destinadas a expandir la actividad económica. En esta semana se produjo la renuncia colectiva del Gabinete y la petición general de renuncias a los jefes de servicios y funcionarios de la confianza del Presidente. La breve crisis de Gabinete se solucionó con el alejamiento del Ministro de Justicia, don Miguel Schweitzer, quien experimentaba natural cansancio después de la gran labor cumplida, y del Ministro de la Vivienda, don Carlos Granifo, que no podía prolongar más el sacrificio de sus intereses personales envuelto en las tareas de su cargo. Los sucesores, señores Renato Damilano y Edmundo Ruiz, son profesionales de prestigio que se han desempeñado con

éxito en otras funciones públicas y de quienes mucho se espera.

El viernes en la tarde, el Ministro Secretario General de Gobierno, general don Hernán Béjares, reunió a representantes de los medios informativos, a fin de darles a conocer documentos de origen demócratacristiano que revelan en sus autores y propiciadores —cualesquiera que sean— una evidente violación del receso político partidista, lo que se demostraría, hasta el grado de conjura y conspiración, en otros documentos provenientes del extranjero.

La reacción del Gobierno frente a estos hechos ha sido severa. En adelante, la fundación, edición, publicación, circulación, distribución y comercialización en cualquier forma de nuevos diarios, revistas, periódicos e impresos en general deberán contar con la autorización previa de la Jefatura de Zona en Estado de Emergencia. A la misma autorización quedan sujetas la importación y comercialización de

toda clase de libros, diarios, revistas e impresos en general. A ello se añade el decreto-ley dictado por la Junta de Gobierno, en ejercicio de su Poder Constituyente, en virtud del cual se suspende la norma constitucional que garantiza a los ciudadanos el ejercicio de sus derechos políticos y disuelve los partidos.

Los fundamentos de este decreto-ley expresan que determinados partidos han proseguido en acción no obstante el receso, lo que fomenta la confrontación ideológico-partidista, y que dicha medida es indispensable para propender a la integración armónica de todos los sectores de la nación.

El decreto-ley declara disueltos "todos los partidos políticos y entidades, agrupaciones, facciones o movimientos de carácter político no comprendidos en el decreto-ley N° 77 de 1973", esto es, el que disolvió los partidos marxistas.

Prohíbe, además, la "existencia, organización, actuación y propaganda, por cualquier medio, de todos los partidos políticos, entidades y demás organizaciones señaladas en el presente decreto-ley".

Los infractores a estas normas serán penados con presidio, relegación o extrañamiento, hasta por cinco años, más la inhabilitación absoluta perpetua para ocupar cualquier cargo público o en servicios o entidades en que el Fisco tenga participación mayoritaria.

En consonancia con estas disposiciones, el decreto-ley suspende la vigencia del artículo de la Constitución que garantiza los derechos políticos y ampara a los partidos, norma introducida en su forma actual por una enmienda de 1971.

La opinión pública no esperaba estas medidas ni estaba impuesta de las actividades clandestinas que ha denunciado el Gobierno. Constituye, por cierto, una sorpresa el que se haya estimado necesario reforzar aún más el control en materia de expresión pública y de institucionalidad política.

Sólo una minoría desea el fracaso del régimen militar o propugna un régimen partidista despojado de autoridad, que sería la antesala de un sangriento desquite marxista. En cambio, muchos partidarios responsables del régimen verán con inquietud el curso de los acontecimientos.

Se diría que a los tres años de la Declaración de Principios, los planteamientos de ésta empiezan a ser objeto de cierta revisión interna. El cambio puede apreciarse de la sola lectura de algunos párrafos de la Declaración que dicen así: "Chile ha vivido siempre dentro de un orden jurídico. La majestad de la ley ha estado invariablemente presente en nuestra evolución social. Pero además ese orden jurídico ha sido siempre reflejo del aprecio profundo que el chileno siente por la dignidad espiritual de la persona humana y, consiguientemente, de sus derechos fundamentales. Es en ese respeto por los derechos humanos, más que en su tradición de generación popular y sucesión constitucional de los Gobiernos, donde debe encontrarse la savia y la médula de la democracia chilena". Y añade la Declaración: "Otra importante característica de nuestra tradición jurídica ha sido el respeto por la libertad de conciencia y el derecho a discrepar. Ambos aspectos deberán ser preservados por el

Estado de Derecho que el movimiento del 11 de septiembre se propone recrear, pero cuya vigencia fundamental ha sido mantenida dentro de las medidas de emergencia que él mismo contempla. Los derechos humanos deberán reforzarse para que su ejercicio pueda ser efectivamente disfrutado por todos y ampliarse a sus manifestaciones sociales más modernas. El derecho a discrepar deberá ser mantenido, pero la experiencia de los últimos años indica la necesidad de fijar los límites admisibles de esa discrepancia. No puede permitirse nunca que, en nombre de un pluralismo mal entendido, una democracia ingenua permita que actúen libremente en su seno grupos organizados que auspician la violencia guerrillera para alcanzar el poder o que, fingiendo aceptar las reglas de la democracia, sustentan una doctrina y una moral cuyo objetivo es el de construir un Estado totalitario. En consecuencia, los partidos y movimientos marxistas no serán nuevamente admitidos en la vida cívica".

Orden jurídico, libertad de conciencia, derecho a discrepar y exclusión de los partidos y movimientos marxistas es la fórmula de la Declaración de Principios.

#### CONTRA EL EXTREMISMO

En virtud de los cambios anunciados, el derecho a discrepar públicamente aparece reducido y se convierte en delictiva cualquiera actividad político-partidista, lo que podría regir aun respecto de organizaciones que no eran partidos políticos el 11 de septiembre de 1973.

Pudo configurarse el delito de violación del receso partidista y penársele severamente, con lo cual se habrían desanimado las intenciones más visibles de reconstrucción de la antigua actividad partidista.

En esas mismas normas pudo haberse diseñado lo que es atropello del receso y lo que es ejercicio legítimo del derecho de discrepar, así como lo que es organización lícita de la ciudadanía con fines públicos.

En virtud de una regla constitucional, la actividad política aparece rechazada por completo y esto afecta o puede afectar inclusive a las organizaciones sociales de apoyo al Gobierno, desde que podrían estimarse "entidades, agrupaciones, facciones o movimientos de carácter político".

Por otra parte, la libertad de expresión recibe un cercenamiento al someter a las autoridades militares la circulación de nuevos impresos.

El cerco internacional contra Chile no se aliviará con estas medidas. Las mismas pruebas de ligereza y de falta de autoridad moral en que han incurrido nuestros detractores, al injuriar y repudiar traicioneramente a nuestro país mientras absuelven al Presidente Amin, no podrán aprovecharse con tanta eficacia si damos nuevos argumentos en contra nuestra.

El azaroso y continuo debate en las Naciones Unidas, así como la acción diplomática normal de Chile frente a los países amigos deben verosímelmente contar con más tropiezos, en vista de los cambios políticos recientes.

La interpretación extranjera tenderá por cierto a ligar estas nuevas medidas con la renuncia general de

funcionarios y con los accidentes ocurridos en el mercado de capitales, dando así una falsa imagen de inestabilidad que sería muy negativa para todos los objetivos que el país persigue.

En el plano interno, lo ocurrido no facilita la apertura de canales de expresión y comunicación de la ciudadanía con el Gobierno, pues el carácter general de las normas comprende no sólo a los infractores del receso político sino que podría desanimar cualquier intento de participación civil en la actividad pública que no sea la de servir cargos funcionarios.

En cuanto a la eficacia de la disolución de los partidos, es de temer que la medida agudice y refuerce la actividad clandestina del Partido Comunista, entrenado largamente para estas emergencias. Probablemente otros sectores sean arrastrados a la clandestinidad, situación que nunca es propicia a la moderación y en que triunfan y dirigen los más exaltados. Por último, los grupos que podrían organizarse como intérpretes de algún pensamiento coincidente con el régimen tampoco verán caminos expeditos.

Una pregunta surge en el examen de estos hechos: ¿no están acaso algunos dirigentes de la estrategia del Gobierno llevando a éste a dar la batalla en el terreno deseado por sus enemigos? A estos últimos les

conviene extremar las cosas y presentar al régimen militar como opuesto a las tradiciones jurídicas y políticas chilenas. Les conviene, además, que el bloqueo internacional aumente y que se multipliquen los enemigos internos y externos del régimen imperante. Ocurre a veces que las ayudas y los auxilios más generosos, por excesivos o inoportunos, no constituyen un verdadero socorro.

Por fortuna, los hechos políticos no son irreversibles y no hay tendencias de los acontecimientos que no admitan alguna rectificación. Tal vez los casos que comentamos sirvan para ilustrar al Gobierno acerca de la dirección que sigue y darle confianza de que su compleja tarea va teniendo éxitos en muchos campos, lo cual concurre a facilitar la integración armónica de los chilenos sin necesidad de medidas que aumenten las incomprendiones.

Si es difícil conciliar el orden con la libertad, esa tarea es todavía más ardua en las situaciones de emergencia que vive Chile. De ahí la conveniencia de no abandonarse a los extremismos y de no confundir, ni siquiera respecto de un problema parcial, lo que son los requerimientos de la emergencia con las normas que dan estructura y estabilidad al edificio institucional que construye el régimen.

## Encogimiento cultural

(10 de abril de 1977)

*Se estudian con mayor detenimiento las consecuencias de las restricciones a la fundación de periódicos, edición de libros e importación de libros e impresos que han sido implantadas desde el mes de marzo.*

### *La Semana Política*

#### ENCOGIMIENTO CULTURAL

No han sido el salitre ni el cobre ni sus otras riquezas las que han permitido que nuestro país alcanzara tempranamente los niveles de organización institucional y de convivencia cívica que son características de su historia. Tampoco ha sido la abundancia material o alguna situación geográfica privilegiada lo que atrajo a nuestras universidades múltiples alumnos de toda América y que desplegó nuestra influencia y nuestro prestigio en diversas latitudes. En verdad Chile es lo que es por su cultura, por el talento de su gente, por la apertura de sus fronteras a todas las ideas y por la capacidad de sus maestros.

Hay desarrollos económicos muy superiores al nuestro. No ha habido, en cambio, en los países de habla española, desarrollos políticos, experiencias sociales y realizaciones institucionales que tengan parangón con los de Chile en los últimos 150 años. Orientaciones equivocadas han frustrado no pocas de las posibilidades culturales y científicas chilenas, pero, con todas sus limitaciones, el cultivo de las capacidades intelectuales ha sido una meta y un logro parcial siempre llenos de promesas. Las universidades han conseguido una tradición de estu-

dio e investigación. Los escritores y artistas chilenos han podido desenvolverse dentro de la pobreza de nuestro medio. Los profesionales y especialistas chilenos han figurado con decoro en los torneos del mundo. En fin, el horizonte intelectual de nuestro país, limitado por las distancias y obstáculos de la geografía, logró ensancharse y ofrecer renovadas esperanzas a la juventud.

El colapso institucional de la Unidad Popular trajo a tierra muchas ilusiones y evidenció errores gravísimos en la conducción de nuestra política y en la visión de nuestra cultura. Pero la reacción contra dicho colapso y el esfuerzo de la reconstrucción nacional no significan que el país pueda partir de cero y hacer tabla rasa de su herencia cultural e intelectual. Es preciso rectificar errores, pero no es lícito destruir o desconocer lo que es nuestra cultura y el derecho que a ella tienen el pueblo, los jóvenes, los ciudadanos todos.

El Bando N° 107 de la Jefatura de Zona en Estado de Emergencia del Área Metropolitana (repetido en las otras zonas del país) obliga a solicitar la autorización previa de la autoridad militar para "la importación y comercialización de toda clase de libros, diarios, revistas e impresos en general", además de

exigir igual requisito para la edición, publicación y circulación de nuevos impresos producidos en Chile.

Pudo creerse que esta norma, que limita enérgicamente la libertad de expresión, iba a tardar en aplicarse o constituía una medida de advertencia, pese a lo cual estas columnas estamparon en su tiempo las observaciones críticas que ella merecía en principio.

Se ha sabido ahora que en Chile no hay libertad de importación de libros e impresos, por establecerlo así disposiciones reservadas que aplica la Dirección Nacional de Comunicación Social.

No interesa que la prohibición recaiga sobre el literato snobista izquierdista Cortázar o sobre el economista derechista Pijou. Lo que realmente debe llamar la atención es que entre nosotros haya trabas para la importación de libros y otros impresos. ¡Se puede importar whisky, cigarrillos y foie gras, pero no se pueden traer libros! Esto es lo que llama la atención, sin que ello implique olvidar por un momento que el país se encuentra en régimen de emergencia.

La Iglesia Católica eliminó el índice de Libros Prohibidos cuando advirtió que las ideas contenidas en aquellos se divulgaban en formas todavía más distorsionadas y perversas a través de plagios y adaptaciones, y cuando percibió, sobre todo, que la permanencia de muchos fieles en una especie de asepsia intelectual los hacía más vulnerables a los viejos errores humanos, aparentemente nuevos bajo el esplendor de lo prohibido.

No es posible que un régimen institucional chileno, que nuestro

régimen militar, establecido para salvar la libertad, resucite el mecanismo del "Index", respecto de los libros extranjeros o de las nuevas publicaciones que puedan efectuarse en Chile.

Esto no es un problema político. Es un asunto cultural. Nadie, absolutamente nadie, por buena intención que tenga y por elevada que sea su ciencia, tiene la posibilidad de decidir con justicia qué es lo que puede o no puede leer la gente adulta. Más aún, el solo hecho de que haya instancias calificadoras de las lecturas lícitas o ilícitas comporta un angostamiento cultural, un encogimiento de las posibilidades de reflexión, de investigación y de crítica a que tienen derecho los chilenos.

No debe olvidarse que el marxismo perdió la opinión pública del país, perdió en buena lid las mentes y las conciencias, fue repudiado por los amplios sectores sociales cuando se le conoció de cerca. Mientras era un promesa aureoleada y lejana, tenía atractivos. Cuando estuvo aquí y empezó a dar frutos, vino el rechazo profundo, desde dentro de la mentalidad nacional. Ahora bien, el marxismo perdió la batalla de las mentes cuando en los puestos de diarios se vendía literatura marxista a bajo precio y cuando las calles y caminos estaban abarrotados de propaganda comunista. El contacto con el pensamiento y la oratoria de los prohombres del materialismo dialéctico produjo la fatiga y sirvió de vacuna para la reacción generalizada del organismo nacional.

Es este un país maduro, que necesita estar informado y asomarse a todos los horizontes del mundo. Ni el marxismo ni ningún otro pensa-

miento, ninguna creación literaria, artística o científica deben serle negados. Gracias a esa madurez, el 11 de septiembre logró el consenso cívico. Sería un error imperdonable que el país se encerrara en una especie de asepsia ortodoxa al estilo franquista, pues corre el riesgo de que aquí sobrevenga lo que en el postfranquismo; el afán de "destape" y la búsqueda infantil de novedades. Chile ha de seguir siendo lo que es: un país sensato que ha triunfado del comunismo, antes que nada en el terreno de las convenciones y que por eso no les teme a las ideas, sino que, al contrario, busca en la confrontación intelectual una de las maneras de vigorizar su cultura. Volver a la menor edad en estos asuntos, aceptar padrinos o inquisidores de las ideas y teorías, someterse a dieta restrictiva de lectura, constituye un peligroso retroceso, incompatible con la gran victoria de la libertad obtenida el 11 de septiembre de 1973.

#### SEGURIDAD NACIONAL Y CULTURA

El análisis de cualquier medida de Gobierno debe partir de la premisa de que estamos en régimen de emergencia y de que la seguridad nacional no puede ser descuidada.

A nuestro juicio, las restricciones a la importación, producción interna o circulación de libros no contribuyen al resguardo del orden público o de la seguridad nacional.

En efecto, ya hemos dicho que Chile venció al marxismo en plena difusión y discusión de todas las ideas, escritas o habladas. El nivel intelectual del país aconseja que el público tenga amplio acceso a las ideas. El Gobierno y las Fuerzas

Armadas han de tener confianza en que su posición no se defiende rehuendo las críticas sino afrontándolas y que no hay motivo para que algún libro pueda ser objetivamente peligroso si hay otro y muchos otros que lo rebaten. La amplia apertura intelectual del país es, pues, la mejor salvaguardia del régimen, desde que uno de los privilegios de éste es haber llegado al poder con el aplauso de una mayoría nacional hastiada y desengañada del marxismo. Las nuevas generaciones deben ser también vacunadas en el debate intelectual libre, en que se comparen experiencias, tendencias y teorías, en que se conozca la realidad espiritual y cultural del mundo contemporáneo. Chile forma parte de este mundo y su propia gesta nacional es un buen aporte a nuestra época, por lo que el país no debe ausentarse de ella ni asustarse de los vientos exteriores.

La seguridad nacional no consiste sólo en factores negativos sino muy especialmente en los positivos. Ella exige, por ejemplo, motivar y fundamentar los objetivos nacionales. Ella exige, en nuestro caso concreto, que el desengaño popular acerca del marxismo vaya transformándose en un cuerpo de ideas capaces de inspirar adhesión y que interpreten el Chile de hoy y al chileno de hoy con arreglo a sanos principios racionales. Todo este complejo trabajo requiere lecturas y reflexiones. No hay quien pueda medir la calidad y magnitud de los materiales que se necesitan para producir una nueva mentalidad que corresponda a la tradición y que sea, a la vez, fiel a su tiempo. Sólo la completa apertura de las fronteras a todo lo que signifique literatura,

poesía, filosofía, ciencias políticas y sociales, ciencias naturales y cualquiera otra forma de expresión del pensamiento o de la aptitud creadora del hombre, puede alimentar intelectualmente a los que deben seguir superando al marxismo. Sólo así será factible evitar el antimarxismo repetidor para avanzar en el desarrollo de una auténtica y rica cultura chilena insertada en la corriente de la cultura universal.

La seguridad nacional ha de ser inseparable de una cultura nacional. Esta será sobre todo obra de los jóvenes, de los que inician su magisterio intelectual y de los que se encuentran en pleno aprendizaje. A los jóvenes no puede cerrárseles el

horizonte y acostumbrárseles a que se deslicen a hurtadillas en busca de lo prohibido, que por este solo hecho resulta magnificado y se convierte en invenciblemente atractivo. A los jóvenes hay que habituarlos a la lucha intelectual honesta, al conocimiento y a la investigación francos, a la crítica valiente. Con todo ello gana el país, gana la cultura nacional, gana la seguridad nacional y gana el régimen militar.

La restricción de cualquiera clase de libros es, pues, contraria a la seguridad nacional y contraria a una larga y no interrumpida tradición de libertad intelectual a la que Chile debe gran parte de lo que es.

## Gestación institucional

(17 de julio de 1977)

*En la celebración del Día de la Juventud, en la cumbre del Cerro Chacarillas en Santiago, el Primer Mandatario anuncia el comienzo de la etapa de "transición para 1981". En ella el Poder Constituyente lo ejercerá la Junta con consulta al Consejo de Estado; se instalará una Cámara Legislativa designada por la Junta. A partir de 1985, esta Cámara se elegirá por sufragio universal (2/3 de sus miembros) y designará al Presidente de la República. Junto con ello se dictará la Nueva Constitución. (EM, 10 junio, pág. 33). También señala como características de la nueva democracia el que será autoritaria, protegida, integradora, tecnificada y de auténtica participación.*

### *La Semana Política*

#### ESTABILIDAD DEL RÉGIMEN

Los anuncios presidenciales de Chacarillas pueden considerarse, desde un punto de vista formal, como proposiciones o delineamientos que se traducirán en definitiva en normas dictadas por la Junta de Gobierno, en el ejercicio de su potestad constituyente. Sin embargo, hay aspectos políticos de fondo que corresponden a la inspiración central del régimen y que aparecen esclarecidos en el discurso del sábado pasado.

En primer término, no habrá cambios institucionales hasta 1980. El país vive una etapa de recuperación en que el poder corresponde íntegramente a las Fuerzas Armadas y que debiera ser aprovechado para gestar la nueva institucionalidad, a la vez que para situar a la sociedad chilena en el camino del desarrollo acelerado. Este desarrollo habrá de ser el genuino suyo para que perdure y verdaderamente florezca, así como la institucionalidad

habrá de continuar las líneas marcadas por el estilo nacional que fija nuestra historia.

Las expresiones del Presidente de la República hacen presumir que calcula en unos tres años más el tiempo necesario para el logro de la plena pacificación del país y para la construcción de las bases económicas y sociales del Chile futuro. En efecto, es prudente pensar que el programa económico proporcione frutos cada vez más abundantes en los próximos años, siempre que las medidas sigan aplicándose de manera inflexible y a condición de que los recursos se administren con la rigurosa prudencia hasta ahora imperante. También puede suponerse que el nivel de empleo y el término medio de los ingresos de la población hayan experimentado aumentos notorios. Finalmente, es dable confiar en que la amenaza extremista externa e interna haya aflojado lo suficiente como para que la paz social y la seguridad nacional se consoliden.

Sólo en 1980 habrá llegado para el régimen el momento de dar un paso hacia la entrega del poder a la civilidad. Las modalidades de este período de transición, apenas insinuadas por S. E., pueden ser muchas y admiten un amplio y sereno análisis. En ningún caso ha llegado todavía el fin del receso político ni está a la vista un cuadro definitivo de futuro institucional.

Las conclusiones políticas claras que resultan del discurso de Chacarrillas son que el régimen se mantiene inalterable hasta 1980 y que dentro de una evolución que puede no ser corta, éste busca llegar a la plena participación ciudadana. Además, el Presidente proclama el deber de que gobernantes y gobernados se sometan a una norma jurídica, objetiva e impersonal. Con no menos énfasis reconoce a las Fuerzas Armadas un papel tutelar de las instituciones.

Estas conclusiones políticas simples han producido tranquilidad en la opinión pública, pues llevan al convencimiento de que el régimen no busca la inmovilidad, pero que a la vez las Fuerzas Armadas se empeñan responsablemente en crear un estado de cosas que haga imposible la vuelta al desastre conjurado el 11 de septiembre de 1973.

Es una ventaja que se hayan registrado favorables reacciones externas hacia los anuncios del Presidente Pinochet, pero el Gobierno se encargó de hacer público que las decisiones constitucionales que se adopten a raíz de las ideas expuestas corresponden al ejercicio de la soberanía interna. Resulta oportuna la aclaración porque las complacencias demasiado explícitas e in-

sistentes son la otra cara de la intervención extranjera. Lo que aquí se resuelva debiera ser respetado por nuestros amigos, sin que les corresponda a ellos ni condenarnos ni absolvernos.

Los anuncios a que nos referimos están lejos de implicar una oportunidad para que las figuras políticas con claras posiciones partidistas reiteren sus planteamientos. No hay por ahora lugar a reestrenos, reediciones o reapariciones, sobre todo cuando las personas y los temas no han cambiado mientras el país cambia velozmente, dejando atrás a quienes no han advertido el profundo viraje que las Fuerzas Armadas han impreso a la vida pública y a la conducción económica.

El afán de situar la pugna política en primer plano impulsa a algunos a deducir desacuerdos fundamentales en la Junta de Gobierno basados en declaraciones ocasionales de dos de los miembros de ésta. En lo esencial del régimen, de sus motivaciones y de su justificación profunda, no hay ciertamente ni la más leve desavenencia entre los señores integrantes de la Junta de Gobierno. Pueden, en cambio, existir, y hasta es sano que existan, puntos de vista diferentes sobre determinadas materias. La expresión de estos últimos debe mirarse, sobre todo, como aportes válidos a la maduración del proceso y en nada afectan a la probada estabilidad del régimen. Se diría que, por el contrario, son signos de dicha estabilidad y motivo para que los particulares, las empresas y las colectividades de todo género formulen planes a largo plazo, contando con aquella solidez.

## GESTACIÓN INSTITUCIONAL

En los próximos tres años se abren dos alternativas posibles en el terreno político. Una de ellas es el abandono liso y llano de la preocupación por los problemas públicos; la caída en la indolencia cívica y la falta de nuevas vocaciones e ideas políticas, en tanto que un grupo de juristas bosqueja la nueva institucionalidad, muy especialmente sobre la base de la de las Fuerzas Armadas y de la restringida manifestación de la ciudadanía. El otro camino es aprovechar estos años para desarrollar un sistema de vida pública en que florezca la verdadera libertad, en que surjan ideas políticas y en que, sin embargo, el poder no pueda usarse para sofocar la libertad.

La primera alternativa aplaca toda expresión de los problemas públicos, pero no impide que el extremismo y el totalitarismo sobrevivan, se organicen y esperen su hora. Cuando las Fuerzas Armadas se retiren, no habrá poder organizado en el bando de la libertad y del orden mientras los totalitarios esgrimirán las banderas de la democracia y de la libertad.

De ahí la importancia de que el período propiamente militar del régimen establecido el 11 de septiembre de 1973 permita la germinación y gestación institucionales, creando el sistema en que la libertad sea compatible con el orden y en que las instituciones no requieran el apoyo indefinidamente prolongado de las Fuerzas Armadas. Todo esto exige la discusión y propagación de ideas políticas que permitan establecer poco a poco el funcionamiento de las instituciones li-

bres en virtud del dinamismo propio de éstas.

La propiedad privada es el fundamento material de la sociedad libre. La prohibición constitucional de que un ciudadano sea despojado de lo suyo, salvo indemnización al contado de la expropiación, es la única garantía efectiva de la propiedad. El Estado tiene derecho a expropiar, pero no tiene derecho a exigirles crédito forzoso a los expropiados ni a fijar indemnizaciones arbitrarias a las expropiaciones. El derecho de propiedad no está garantido tan estrictamente en las Actas Constitucionales. Es deseable que se discuta la conveniencia de impedir el pago a plazo de las expropiaciones. Para pagarlas, el Estado debiera acudir a su propio crédito, pero no imponer plazos de pago que constituyen el camino del despojo.

El poder coercitivo debe reservarse exclusivamente al Estado. Ningún particular o ningún grupo de particulares, llámese gremio, asociación, cartel de empresarios, grupo financiero, federación sindical, colegio profesional, etc., puede imponer obligatoriamente tarifas, precios, condiciones de trabajo o limitaciones a la libertad del mismo, sobre la base de una coacción fundada en la fuerza del grupo y no en la autoridad de la ley. Tan sólo la autoridad legal puede obligar por la fuerza.

A ningún gobernante, a ninguna Cámara Legislativa, a ninguna autoridad puede permitírsele el abuso del poder monetario. En este sentido, el financiamiento riguroso de los presupuestos, la aprobación de proyectos de acuerdo con su rentabilidad económica y social, la am-

plia publicidad del costo real e individual de los programas de gastos públicos y la independencia del instituto emisor son algunas de las normas decisivas para proteger la libertad. Es preciso estudiar disposiciones constitucionales que hagan imposible el cohecho de los ciudadanos a través de ofertas demagógicas que van a financiarse en último término con el impuesto regresivo de la inflación. La mejor defensa de la libertad se identifica con la defensa del signo monetario, el cual es señal de poderío de la nación, de libertad de los ciudadanos y de patriótica moderación de sus autoridades.

La prohibición constitucional de que las leyes tengan efecto retroactivo, es decir, que se apliquen a situaciones regidas normalmente por la ley anterior, afectando derechos adquiridos bajo ésta, es otra garantía esencial de la propiedad y de la libertad. En un período de reconstrucción y recuperación excepcionalísimo, como el presente, han debido admitirse decisiones legales con efecto retroactivo, pero, a medida que la situación tienda a normalizarse, es deseable que esto no ocurra y que, para el futuro, logre consagración constitucional la no retroactividad de las leyes.

Si la función tutelar de las Fuerzas Armadas sobre las instituciones se identifica con la defensa de la

propiedad privada, de la moneda nacional, del poder del Estado como titular único de la coacción y de la estabilidad del sistema legal, puede decirse que los institutos armados serán garantes de la libertad y que preservarán a la República de todo despotismo.

En la actualidad el Gobierno está cumpliendo de hecho con tales principios y por ello no se deja ver la importancia que tiene la estructuración orgánica y sistemática de los mismos. Sin embargo, parece conveniente aprovechar el período de recuperación con tal objeto. Dentro del mencionado sistema, la intermediación abusiva de los partidos no sería ya posible y la política alcanzaría otro nivel. Supuesto el funcionamiento de una organización jurídica en que se incluyan, entre otros, principios como los señalados, será difícil que la democracia vaya a ser destruida por la demagogia. En el mismo supuesto, el análisis de las alternativas para el tránsito del poder militar al poder civil reviste otro carácter, porque la libertad fundamental queda asegurada a lo largo de todo el proceso. Careciendo la demagogia de recursos económicos y de arbitrios legales, puede discutirse con serenidad acerca de las modalidades en que habrá de expresarse auténticamente la ciudadanía en las instituciones democráticas.

## Solución propia a problemas universales

(6 de noviembre de 1977)

*El artículo se refiere a la descomposición moral que se advierte en Occidente, a la sociedad de consumo, y en general al materialismo que corroe a la sociedad, confrontándolo con las soluciones que se pueden dar en Chile a este problema a partir del pronunciamiento militar, el cual debe continuar el proceso iniciado para impulsar la reconstrucción moral y jurídica del país.*

### *La Semana Política*

#### SOLUCIÓN PROPIA A PROBLEMAS UNIVERSALES

La plaga del terrorismo es uno de los signos de la profunda descomposición de los valores y principios de la civilización occidental. Los terroristas no surgen por generación espontánea: hay toda una línea de pensamiento que tolera, provoca e incita esos crímenes, y hay un marco espiritual, social y económico que los hace posibles. Los desequilibrios graves en el campo de las ideas trastornan la sociedad, en tanto que los serios conflictos sociales atentan a la estabilidad psíquica de los individuos o, a la inversa, la hora del desorden social y político es una cita para los inestables y desequilibrados.

El comunismo, como ideología totalitaria, como interpretación dogmática de la estructura y de la marcha de la sociedad, y como instrumento de propagación del imperialismo con sede en Moscú, constituye una gravísima amenaza. Pero no sería tal, si Occidente no estuviera íntimamente debilitado y desquiciado, como lo ha visto con tanta claridad el escritor Solzhenitsyn.

El fenómeno generalizado de la inflación combinada con el estagnamiento o, por lo menos, con el crecimiento débil de las economías; la dictadura de las centrales sindicales sobre los políticos, partidos y gobiernos; el auge del crimen, de la droga y de la pornografía; el desorden y suciedad entronizados en las calles y que avanzan hasta la polución de los mares, son algunos de los síntomas de una descomposición que acusa orígenes espirituales remotos y vastos. La llamada economía de consumo —que no puede confundirse con un régimen económico atento a las señales del mercado y estimulador de la sana competencia—, la exacerbación artificial de los apetitos y la afirmación del individualismo ciego de los instintos, despertaron aspiraciones a un nivel de vida general susceptible de descarrilar la sociedad. La búsqueda de las dos casas y de los dos autos por familia, más todo el equipamiento doméstico a la última moda, debían terminar en la disyuntiva de la inflación o del desempleo, en la crisis energética y en graves tensiones sociales. El desorden íntimo del individuo engendró

la indisciplina social y esta última ha empezado a estorbar la antigua eficiencia de las sociedades industriales y a introducir la locura y la irracionalidad (como es el caso del terrorismo) en pueblos históricamente ordenados, metódicos y cerebrales.

El antiguo orden público y social, que llegó a parecer un valor despreciable frente a las ambiciosas tareas del desarrollo y a las proezas de la tecnología, ha mostrado su carácter necesario desde el momento en que las violaciones de dicho orden se hacen habituales y la indisciplina se transforma en hábito colectivo.

Los conflictos políticos internos y externos complican todavía más esta situación de desorden.

El pronunciamiento militar del 11 de septiembre de 1973 es la respuesta de un país en desarrollo frente a los gérmenes destructivos de la disciplina social. En Chile se dieron los aspectos políticos del desorden contemporáneo y también apareció el desequilibrio psíquico y moral, acompañado de diversos factores que parecen anticipos de lo que ahora viven sociedades mucho más maduras que la nuestra.

La solución chilena puede ser criticada y en algunos aspectos criticable, pero constituye una manera de afrontar al materialismo inhumano que lleva a la descomposición social; implica en realidad un reconocimiento de que los antiguos moldes políticos y de convivencia no sirven para superar el caos circundante; y, sobre todo, traduce la reacción frente a un conjunto de problemas que no son meramente chilenos, que son la carga del hombre contemporáneo y que no pue-

den ya abordarse con el instrumental político o ideológico del pasado reciente.

¿Quién no desea entre nosotros el pleno e irrestricto imperio de las libertades públicas? ¿Quién puede despreocuparse de las causas y consecuencias de la desocupación? ¿Quién no quiere paz, abundancia y bienestar para todos?

No pocas de las críticas al Gobierno representan el afán nostálgico de situaciones que ya no existen. Aquellos valores y bienes que se anhelan están imaginados como si no hubiera existido en Chile la Unidad Popular; como si las fuerzas disociadoras se hubieran desintegrado y desaparecido; como si la situación mundial fuera la de los "milagros" económicos que hacían subir el precio de nuestro cobre sin que el país pudiera aprovecharlo debidamente a causa de su prostración política.

Es justo buscar formas de participación cívica y canales adecuados de comunicación entre el Gobierno y la ciudadanía; es indispensable seguir caminando hacia la nueva institucionalidad y el afianzamiento del régimen de derecho; pero resultaría imperdonable la actitud suicida de olvidar nuestra propia experiencia y, sobre todo, de ignorar que Chile afronta problemas de carácter universal, casi siempre mal resueltos en el exterior, y que tienden a agravarse en los países más civilizados y adelantados del planeta.

No parece del caso envanecernos con la solución chilena, tan difícil, sacrificada e internacionalmente incomprendida. Pero lo cierto es que ya no podemos encontrar modelos en el exterior, porque sencillamente no existen.

FINALIDAD HUMANA  
DE LA SOCIEDAD

El régimen militar chileno parte de la convicción de que la sociedad y la economía tienen por finalidad al hombre como persona. Esto lo afirma la Declaración de Principios del Gobierno. De allí surgen las tesis de que los derechos esenciales de la persona son anteriores y superiores al Estado; que el objetivo de éste es el bien común; que la sociedad política ha de organizarse en un régimen de derecho; que el principio de subsidiariedad señala los límites de la acción del Estado, de los organismos intermedios y del individuo, etc.

Pero este conjunto de premisas se apoya en un mínimo de disciplina social y de seguridad nacional. El individuo no se debe a sí mismo y a sus instintos. La nación no puede entregarse a la anarquía y a la disociación. El Estado debe mantenerse unido y conservar su perfil histórico y cultural.

En un período de emergencia, la fuerza puede reemplazar con éxito a muchas convicciones y establecer un clima de orden, consagración al trabajo y unidad externa en la ciudadanía. Dicho clima no es de suyo durable, si bien su prolongación puede ser propicia al arraigo de virtudes y hábitos capaces de sobreponerse en el futuro a la anarquía. En sí mismo el régimen de emergencia no suprime los conflictos sociales ni elimina tendencias, banderas e ideologías. Tal vez, al contrario, la falta de ejercicio de la actividad pública y la ausencia de confrontación de las posiciones políticas colocan a los partidos e idearios en una cierta hibernación que les per-

mite revivir intactos y hacer tabla rasa de los principios del orden autoritario.

Uno de los problemas que afronta nuestro régimen chileno es cómo asegurar que su inspiración genuina de repulsa al materialismo y a la disociación moral se mantenga, de modo que no vuelva a repetirse la amarga experiencia del período 1970-1973.

Ciertamente pueden buscarse fórmulas constitucionales y legales, pero los textos más sabios serían incapaces de producir un orden social y político duradero, si al mismo tiempo no se restablece el equilibrio interno del hombre y se buscan estructuras sociales más naturales y armónicas.

El actual período de emergencia no debiera ser desfavorable al desarrollo de una obra de formación espiritual, intelectual y física de la juventud, tendiente a reconocer y perseguir la plena realización humana de los individuos, su orden y conformación jerárquica interiores.

Por otra parte, una política económica que pone el acento en el desarrollo de los recursos naturales y que tiende a provocar empleos en la agricultura, la agroindustria, la pesca y la minería, tratando de interrumpir el proceso de congestión urbano y de hacinamiento poblacional, tendría que llevar a una cierta humanización en la vida del trabajo, en la vivienda y en la convivencia de los chilenos. El desarrollo económico fundado en las posibilidades naturales del territorio debiera coincidir, pues, con una salida de la población desde las grandes ciudades hacia campos abiertos y hacia condiciones éticas y físicas más sanas.

Esta tendencia humanizante debería reforzarse con la regionalización, en la medida en que este programa entregue a las regiones y provincias la conveniente libertad y simplicidad en su gobierno local. La regionalización ha de considerarse, además, como un terreno favorable para experiencias de participación ciudadana que van desde la asesoría o el consejo hasta la adopción de iniciativas de adelanto zonal.

Por último, la progresiva desconcentración del poder que significan el desenvolvimiento administrativo y económico de las regiones a la vez que el retiro del Estado de la actividad productora directa, tiende a consolidar la autoridad y la fuerza del Gobierno en su papel esencialmente político y militar, pero impide que un leve golpe de timón gubernativo central influya

sobre la sociedad entera. En 1970 una minoría se entronizó en el gobierno central y ejerció su influencia nefasta sobre el país mismo. Ello no habría ocurrido en un sistema de vigoroso desarrollo regional y de amplia diseminación del poder económico a lo largo del territorio y a través de la ciudadanía. El centralismo hizo posible el absolutismo del poder y de la influencia en el campo social y político.

Corresponde a las Fuerzas Armadas continuar el proceso liberador que iniciaron el 11 de septiembre de 1973. Este no termina con la derrota del poder político y armado de la izquierda marxista sino que continúa con la reconstrucción moral y jurídica del país, en términos de que la victoria sobre el materialismo y la descomposición moral conduzca al mayor desarrollo posible de los valores humanos.

## Repartición de la carga

(13 de noviembre de 1977)

*El día 2 de noviembre, parte de los trabajadores de la mina en el mineral de "El Teniente", en Rancagua, no se presentaron a sus faenas (EM, 3 noviembre, pág. 27).*

*Los dirigentes sindicales señalan que no se trata de un movimiento huelguístico organizado, pero que sí existe inquietud de los trabajadores por no encontrar respuesta a algunas peticiones (EM, 4 noviembre pág. 1). Luego de conversaciones entre los dirigentes y Codelco se acuerda un anticipo general para los trabajadores, y el estudio de una solución más global a sus problemas (EM, 8 noviembre, pág. 1).*

### *La Semana Política*

#### EL TEMA DE LOS TRABAJADORES

Las dificultades producidas en El Teniente a propósito de las remuneraciones de los trabajadores de ese mineral, colocan al país en una situación nueva, que no debe quedar sin análisis.

Desde luego, el Presidente de la República ha dispuesto que se acojan las peticiones principales de los trabajadores y que se practique un estudio a fondo de la situación económica de éstos.

Las solas instrucciones presidenciales indican que la inquietud laboral no tiene origen o propósitos meramente políticos, sino que responde a una realidad. Por tanto, no hay lugar en este caso para que se atribuya a comunistas o demócratas cristianos un conflicto que las autoridades procuran solucionar con la mayor comprensión. Apartar la mirada del contenido de esos conflictos e interpretarlos como maniobras de los adversarios del régimen les otorga a éstos simplemente el beneficio de suponerlos defen-

diendo una causa justa. Se les regala así una posición meritoria que debe pertenecer al Gobierno.

Prueba de ello es que éste se preocupa de atender rápidamente el sentir de los trabajadores.

Es de lamentar, sin embargo, que las fórmulas de arreglo surjan después de un paro parcial en ciertas faenas, lo que podría alimentar otras ambiciones sobre la base de la infundada hipótesis de que lo ocurrido indicaría una debilidad del Gobierno. Tan errónea conclusión sólo aparece como imaginable porque las raíces y dimensiones del conflicto se mantuvieron en reserva hasta que la prensa informó sobre el ausentismo al trabajo de los mineros.

Si los antecedentes se hubieran conocido con oportunidad, el paro parcial se habría evitado y las soluciones habrían prevenido la crisis.

La equivocada interpretación acerca de la debilidad se apoya también en el hecho mismo del paro. Resulta difícil concebir, en efecto, que se haya concertado y efectuado

una suspensión del trabajo de cierta importancia en pleno régimen de emergencia.

En todo caso, es satisfactorio que el Presidente de la República haya dispuesto las medidas para resolver el problema.

La solución incide en el propio manejo administrativo de Codelco, pues la actual política económica tiende a que las empresas públicas no recurran a ayudas presupuestarias adicionales para el pago de las planillas. En otras épocas, el conflicto laboral dentro de las empresas públicas se solucionaba poniendo en marcha la emisión de billetes nuevos y dejaba, por tanto, inalterable el funcionamiento habitual de aquellas empresas, con sus ventajas y deficiencias, con sus buenos hábitos y sus rutinas antieconómicas. En la actualidad, los trabajadores de las empresas públicas deben ganar sus remuneraciones con cargo a las entradas de aquéllas. Los arreglos laborales implican, por consiguiente, un acondicionamiento interno de las empresas o una expansión de los negocios de éstas, susceptible de financiar las aspiraciones de los trabajadores.

Suele creerse que la situación deprimida de algunos sectores laborales se debe a la política económica del Gobierno, pero esto no es así. Dicha política restringe los medios de pago y las asignaciones presupuestarias, pero la forma en que se distribuyan los recursos dentro de las empresas no tiene por qué ser necesariamente desfavorable a los trabajadores más postergados. Los programas de inversiones y los gastos corrientes no destinados a los trabajadores tendrán que tomar en

cuenta los derechos de éstos, las conquistas sociales y la defensa de la capacidad adquisitiva de las remuneraciones.

Es posible, sin embargo, que, aun manteniendo las más severa estrictez en los gastos de inversión y operación de las empresas no haya margen para satisfacer las peticiones económicas de los trabajadores. En este caso, los últimos comprenderán la situación con tal que se la expliquen. Los trabajadores han dado muestras de su capacidad para soportar los malos tiempos y de aceptar con lealtad los sacrificios que impone la consecución del bien común. Pero no puede pedírseles que acepten en forma indefinida una distribución desigual del sacrificio que no aparezca justificada.

Lo dicho viene a subrayar la imperativa necesidad de la información. Información interna en las empresas. Información pública al país. Nadie de buena fe dejará de aceptar las limitaciones, insalvables por ahora, que son efecto del derroche de la Unidad Popular, de la caída del precio del cobre, del alto costo de la energía y del corte de las relaciones económicas entre nuestro país y los centros exportadores de capitales. Pero no es tan fácil evitar comparaciones entre las duras faenas en la montaña con recompensa insuficiente, frente a niveles envidiables de remuneraciones y de comodidad en el trabajo. Si tal diferencia se conoce y se explica —pues sin duda debe ser explicable y justificada—, los trabajadores y el país aceptarán el hecho, y se evitarán posibles conflictos.

Lo importante es que no vuelva a repetirse una situación sorpresiva como la ocurrida en El Teniente. A

evitarla contribuirán el espíritu de justicia en la distribución de los recursos de las empresas, la buena administración de las relaciones industriales y la existencia de canales informativos internos y externos que favorezcan la confianza de los trabajadores y de la ciudadanía.

#### REPARTICIÓN DE LA CARGA

El país sale con dificultades de un régimen socialista paternalista para ingresar a un sistema de libertad. Al parecer, no había método más eficaz para producir la transición que dejar libres los precios, inclusive el precio del dinero que son los intereses, y presionar para el equilibrio del presupuesto introduciendo severos cortes al gasto público.

Esta política, dirigida a largo plazo hacia el desarrollo, y defensora, en último término, de los intereses de los más modestos, pasa forzosamente por un período en que el desempleo castiga a muchos hogares y en que se restringe la capacidad de compra de grandes sectores. El fenómeno va acompañado por la presencia de grandes utilidades en algunas áreas económicas y por el gasto y hasta el derroche en consumos suntuarios o semisuntuarios de parte de ciertos grupos. La libertad de importación, indispensable para exportar y para el juego libre de los precios internos, se presta a algunos desbordes que no pocos encuentran desafiantes.

En pleno proceso de adaptación a patrones enteramente nuevos, pueden echarse de menos ciertos afinamientos y, aun, advertirse fallas. Es virtualmente imposible manejar al mismo tiempo, y sin erro-

res ni vacilaciones, la multiplicidad de variables que influyen en una transmutación económica de la naturaleza de la emprendida por el país. Al poner el acento en una variable, puede no cuidarse lo bastante otra o desentenderse por completo una tercera; luego se invierte el orden de prioridades, y así ocurre hasta el momento en que todo marcha por los nuevos cauces, nunca por cierto sin sobresaltos e injusticias pero, a lo menos, con relativa normalidad.

Las condiciones económicas actuales son bastante más auspiciosas que hace un par de años. Pero la tendencia a la recuperación no es sinónimo de tranquilidad. A medida que las condiciones mejoran, cada cual desea progresar más rápidamente, surgen nuevas necesidades y se aprecian con más agudeza las diferencias sociales y de rentas.

El terreno se presenta propicio al incremento de las críticas a la gestión del Gobierno y para culpar a su política económica de una inquietud que no es más que el fruto de un mejoramiento conseguido con dicha política. Superado el colapso nacional que trajo el marxismo, levantada la economía de la postración de 1975 y puestas las bases para un resurgimiento acelerado, se multiplican los anatemas contra los grupos económicos, viene el clamor por la insuficiencia de los salarios, brotan las peticiones de anticipos y se condena el lujo de las minorías.

El problema planteado en el cobre puede servir a la vez de síntoma y de lección en este cambio de circunstancias, favorable de suyo, pero susceptible de ser mal interpretado y políticamente mal administrado.

Las fallas que se advierten no son consecuencia de la política económica. Los objetivos que esta persigue son justos y van lográndose, por desgracia, con inevitable lentitud. El descontento actual y del próximo futuro es el resultado paradójico de que la situación mejora pero no lo suficiente para que sea visible y despierte el optimismo. Por último, la falta de adecuada información a los trabajadores no protege el orden sino que lo perjudica.

Hay, sin embargo, hechos anormales que no son consecuencia de la política del Gobierno pero que deben ser corregidos. Así, por ejemplo, una cosa es la apertura al comercio exterior y otra distinta es la exacerbación de los consumos suntuarios; una cosa es la libertad de iniciativa en el campo económico y otra muy distinta es la ostentación arrogante de un bienestar desproporcionado para las fuerzas del país y, en todo caso, que no guarda relación alguna con las penurias de gran parte de la población. Estas fallas no son conse-

cuencia de la política económica ni se remedian con el alza de los aranceles a los artículos importados de consumo selecto. No es por la vía de los aranceles sino del impuesto interno como hay que detener el consumo suntuario excesivo.

El impuesto interno al gasto francamente suntuario, a través del IVA u otros mecanismos, sería una de las maneras de que se eviten diferencias irritantes entre las clases o grupos sociales. El perfeccionamiento de la fiscalización tributaria general es un paso en el mismo sentido. Debe haber otros. Lo importante es que el acento en la libertad no deje atrás la preocupación por evitar desproporciones injustificadas en el sacrificio económico. Dentro de su misma política, el Gobierno posee herramientas para contener los derroches sin desalentar las iniciativas ni cortar el vuelo de la libertad económica. Salvar lo esencial y lo positivo de esta política, sancionando al mismo tiempo los abusos y adelantándose a salvar las fallas, es lo que se impone hoy.

## **Papel de la información pública**

(12 de febrero de 1978)

*Al celebrarse nuevamente el Día de la Prensa se pasa revista a la importancia de la información relativa a las actividades, proyectos, iniciativas o decisiones que toma el Gobierno a través de sus distintos niveles e instituciones, y a la necesidad de que dicha información se canalice en forma expedita hacia la prensa.*

*Se hace referencia además a la Consulta Nacional, realizada el 4 de enero. En ella se pidió votar "Sí" o "No" al siguiente punto: "Frente a la agresión internacional desatada en contra del Gobierno de nuestra patria, respaldo al Presidente Pinochet en su defensa de la dignidad de Chile y reafirmo la legitimidad del Gobierno de la República para encabezar soberanamente el proceso de institucionalización del país".*

*El resultado de la consulta fue el siguiente:*

*Por el SÍ: 4.012.023 votos (75%)*

*Por el NO: 1.092.226 votos (20,4%)*

*Blancos y nulos: 244.923 votos (4,6%)*

### *La Semana Política*

#### PAPEL DE LA INFORMACIÓN PÚBLICA

En diversos aspectos el Gobierno militar demuestra una eficacia y una capacidad realizadora pocas veces vistas. No hay duda alguna de que el país, gracias a esta acción, experimenta un cambio profundo de sus estructuras y de sus hábitos. Sin embargo, la misma velocidad del proceso genera nuevos problemas y exige más realizaciones. Entre tanto, la acción contraria al Gobierno, dentro y fuera del país, aprovecha cualquier falta o deficiencia administrativa para desprestigiar el conjunto de la obra.

Una manera concreta de defender el trabajo gubernativo y de darle a su vez agilidad y expedición es ampliar la información pública acerca de aquél.

Como resultado del quiebre de la organización jurídica vigente hasta el 11 de septiembre de 1973 y del control de los militares sobre la maquinaria administrativa del Estado, las modalidades de la función de legislar y de administrar han cambiado. En la actualidad, los proyectos de decreto ley proceden de diversas fuentes y son objeto de estudio por muchos organismos. Igual ocurre con las decisiones administrativas. En algunas oportunidades, una decisión de gran trascendencia se adopta con extrema rapidez y saltando los trámites establecidos. En otros casos, las normas y resoluciones sufren retardos o toman sendas extraviadas, lo que dilata la solución de los problemas.

Un sinnúmero de comisiones y otros organismos estudian, redac-

tan, o evalúan proyectos y programas. Con frecuencia es difícil seguir la pista de un proyecto, así como se ignora a veces quién es el autor de ésta u otra modificación o no se sabe por qué motivo la fórmula legal que ya parecía resuelta y a punto de entrar en vigencia queda paralizada. Sin perjuicio de lo anterior, las grandes decisiones que interesan al Gobierno, ya sea en el orden institucional como en el administrativo o financiero, van aprobándose de acuerdo a las necesidades. No ocurre lo mismo con decisiones como la reforma de la seguridad social y otras, detenidas por obstáculos que a veces surgen en el propio seno del Gobierno.

Las condiciones por completo excepcionales que vive el país en los planos jurídico y administrativo determinan regímenes también excepcionales de legislación y administración.

Lo dicho puede llevar al desencanto a los puristas jurídicos, que con toda razón claman por cauces ordenados, metódicos y objetivos para el debido curso de los asuntos públicos. Muy deseable es llegar a este punto óptimo, pero, por ahora, la realidad del Estado es la que describimos: no existe, en efecto, un sistema, sino varios que funcionan simultáneamente para preparar las decisiones. Por cierto que en la cúspide se impone la unidad, pero no todos los asuntos llegan al nivel supremo en el orden de su importancia, pues avanzan, se modifican o se detienen en los períodos preparatorios de las resoluciones finales.

Sin pretender, por el momento, que esta situación se modifique de manera sustancial, porque ello se-

ría quimérico, vale la pena examinar si no hay algún medio de impedir atascamientos innecesarios o de que se tomen iniciativas que obliguen a desandar caminos en el trabajo de administración y legislación, antes de que los asuntos lleguen a considerarse por el Presidente de la República o por la Junta de Gobierno.

El medio de ir introduciendo cierto orden en los sistemas que preparan las decisiones no parece ser otro que el de la amplia y completa información pública en estas materias.

El país cuenta con medios informativos que no buscan el sensacionalismo ni cultivan la oposición política. Es posible, entonces, que las noticias acerca de proyectos legislativos o administrativos lleguen al público en términos objetivos, dando lugar a que los interesados y los especialistas formulen observaciones. En todos los casos en que la información no vaya a ser mal utilizada o pueda frustrar el éxito de las medidas, resulta ventajoso dar a conocer el pensamiento del Gobierno y brindar oportunidad a que los particulares expongan el suyo. La reserva respecto de asuntos como la legislación cultural, laboral, de seguridad social u otros, conduce a veces a que las autoridades se vean privadas de útiles sugerencias o, por el contrario, de la oportunidad para refutar errores o prejuicios sobre sus proyectos.

También es útil que exista información pública acerca del curso interno de las iniciativas. No son el Gobierno ni el Presidente Pinochet quienes retardan tal o cual medida de beneficio de un sector determinado. El público debiera saber que

el asunto se encuentra en éste o aquel organismo o servicio y que está pendiente del informe de tal o cual perito. Nada es más saludable que la luz plena sobre estas materias, y no hay mejor animador que la opinión pública para los funcionarios remolones o indecisos.

No menos conveniente es conferir a los expertos y funcionarios la responsabilidad personal por sus iniciativas o decisiones. La legislación que se está despachando y las resoluciones administrativas que se adoptan surgen de proposiciones de asesores o expertos. Lo que interesa conocer públicamente es la autoría de tales proposiciones, o, a lo menos, la identidad de los organismos o servicios que las formulan.

La información sobre el contenido de los proyectos de importancia, sobre el itinerario que siguen las tramitaciones y sobre la individualidad de quienes proponen iniciativas, modificaciones, aceleraciones o paralizaciones en estas materias sería de indudable beneficio para el Gobierno. En efecto, todas o casi todas las ineficiencias del sistema podrían advertirse a tiempo, precisamente en el período preparatorio de las normas. En segundo término, la plena luz sobre el desarrollo de los trabajos legislativo y administrativo aumentaría el sentido de responsabilidad de quienes intervienen en aquéllos, evitando dilaciones innecesarias y obligando a estudiar y resolver con la máxima dedicación y sentido del bien común. En tercer lugar, la información pública sobre la labor del Gobierno aliviaría al propio Presidente de la República de las consecuencias de errores o tardanzas que escapan por completo a su control. Muchas ve-

ces se atribuye al Gobierno o a las Fuerzas Armadas lo que con frecuencia es iniciativa y responsabilidad de un funcionario o de algún organismo intermedio. El papel de la información pública es establecer la verdad a este respecto.

#### FUENTES DE INFORMACIÓN

A fin de que la información pública desempeñe su papel y preste a las autoridades los servicios insustituibles que debe brindarles, es necesaria una actividad periodística de gran eficiencia profesional, pero se requiere igualmente de la disposición de fuentes informativas para suministrar los datos necesarios.

Dichas fuentes informativas son, en este caso, los servicios públicos y las comisiones u organismos asesores que constituyen los canales por donde discurre la labor legislativa y administrativa del país.

Después de un largo tiempo en que la exacerbación del partidismo político y del espíritu polémico hizo pensar que la divulgación excesiva obstaculiza la solución correcta de muchos problemas, puede haberse caído en el extremo contrario, en la excesiva e innecesaria reserva en torno a asuntos que debieran ventilarse en público con más ventajas que inconvenientes.

Esta desmesurada reserva contribuye a dar espectacularidad y sensacionalismo a hechos que pasarían inadvertidos en otro momento; o el carácter de sorpresa a situaciones rutinarias e intrascendentes.

Si los organismos públicos y comisiones legislativas o asesoras entregaran normal y fluidamente noticias acerca de sus trabajos y pro-

yectos sin esperar a que éstos adquieran su perfil definitivo, se conseguiría todo el apoyo que la información pública oportuna podría dar al Gobierno. No importa que los proyectos o trabajos sean susceptibles de modificaciones o afronten críticas. El conocimiento del público acerca de los principales hechos que van a afectarlo en lo sucesivo y el ordenado debate ciudadano sobre esos asuntos de interés público no pueden dejar de beneficiar al país, pero el proceso no se desarrolla en todas sus posibilidades si no hay conciencia en el Gobierno de las ventajas de una participación cívica a través de la información completa y honesta de los acontecimientos y problemas.

De más está decir que hay asuntos concernientes a la seguridad nacional y otros sobre los cuales la información y el debate serán siempre necesariamente restringidos. La institución de la sesión parlamentaria secreta no es sino el reconocimiento de que, aun en el recinto que más miraba al público por su naturaleza y funciones, era imprescindible la reserva en ciertas cuestiones graves.

El error está en exagerar la reserva y en convertir las pequeñas cosas en secretos de Estado. Se equivocan los que confunden la información pública, esto es, la transmisión a la ciudadanía de la verdad de lo que acontece en cuanto tenga interés general con la publicidad o la propaganda de ciertos mensajes. Estas últimas son instrumentos también valiosos de divulgación de

valores, y ciertamente no podrán nunca ser descuidados. Pero la información pública a que nos referimos mira a describir la acción del Estado y de sus servidores tal como es y no como ellos quisieran que fuera conocida y apreciada. Este género de información es el propiamente periodístico y se desarrolla normalmente entre nosotros, de acuerdo a una vieja tradición de libertad de prensa. Sólo que las condiciones del régimen impulsan a ciertos sectores del Gobierno a extremar el celo en cuanto a reducir en lo posible la entrega de noticias que aún no corresponden a realizaciones completas o a decisiones definitivas. La elaboración misma de la acción y lo que ocurre en el período preparatorio a ella suelen descartarse como noticia por los funcionarios. Sin embargo, la luz sobre este período ayuda a la Administración a conocerse a sí misma y ayuda al país a apreciar lo que están haciendo el Gobierno y el pueblo.

Hechos como la Consulta Nacional del 4 de enero evidenciaron el buen juicio del país y, por tanto, el derecho de la ciudadanía a disponer de una excelente información básica. Se ha avanzado en esta última materia, pero se progresaría mucho más en el ordenamiento administrativo e institucional si la luz tranquila del trabajo informativo serio y de la crítica reflexiva cooperara plenamente al positivo esfuerzo de bien público en que se empeñan el Gobierno y las Fuerzas Armadas.

## El marco de la discusión

(7 de mayo de 1978)

*Se comenta el nombramiento de nuevos civiles en el gabinete, encabezados por el Ministro del Interior, Sergio Fernández, al que se agregan el Ministro de Relaciones Exteriores, Hernán Cubillos, y de Agricultura, Alfonso Márquez de la Plata.*

*El 18 de abril se publica en el Diario Oficial un decreto ley mediante el cual se establece una amnistía general, que favorece a quienes han cometido determinados delitos entre el 11 de septiembre de 1973 y el 10 de marzo de 1978.*

### *La Semana Política*

#### EL MARCO DE LA DISCUSIÓN

El nombramiento de ministros civiles en las carteras de Interior, Relaciones, Agricultura y Transportes, más el decreto de amnistía general, están lejos de corresponder a la entronización de pretendidas líneas blandas o de trasuntar debilidad por parte del Gobierno. Se diría que, al contrario, el manejo más suelto es índice de una creciente seguridad de las autoridades en la consolidación del régimen.

Como es natural, el rostro civil del Gobierno deja sorprendidos a quienes quisieran perpetuar para siempre la presencia tranquilizadora de los militares en el poder. Los que desean esta paz bajo las armas no comprenden que el ejercicio directo del Gobierno por los militares es necesariamente producto de una emergencia y que tiene, por tanto, carácter transitorio. Si durante el período de la paz armada los civiles no logran crear hábitos e instituciones que funcionen con independencia del respaldo militar, el enorme esfuerzo y el sacrificio de las Fuer-

zas Armadas en la emergencia se frustrarían. De ahí la conveniencia de la progresiva participación civil en el Gobierno, e inclusive, de la formación de corrientes de opinión sustentadoras de una línea que interprete en el campo civil los objetivos patrióticos que movilizaron a las Fuerzas Armadas a intervenir en la conducción del país.

No siempre se comprende que la participación civil es una exigencia de contribución a la responsabilidad, al riesgo y al peso de los asuntos públicos. El propósito dista mucho de ser el desplazamiento de los militares en beneficio de los civiles. Se trata, por el contrario, de un relevo que vaya poco a poco reintegrando a los militares a sus labores específicas y reeducando a los civiles para el ejercicio de la plenitud de las funciones públicas con un sentido nacional superador de antiguos divisionismos, mezquindades y apetitos.

El reemplazo de militares por civiles idóneos en algunos altos cargos no tiene por qué debilitar al Gobierno o significar ablanda-

miento de principios o desvío en la persecución de objetivos. Muy por el contrario, la participación civil tendrá justificación y valor en la misma medida en que aplique criterio flexible y tácticas apropiadas a la gestión política, para la realización de los mismos objetivos planteados en el pronunciamiento militar del 11 de septiembre de 1973.

La ciudadanía tiene que volver a convivir en paz, en orden y en justicia, mediante instituciones que garanticen tales valores y, sobre todo, mediante el imperio de una moral pública que anteponga el interés supremo del país a los fines individuales. El período preparatorio puede no ser breve y será menester una amplia cooperación cívico-militar como ya se la está viendo en magnitudes que no tienen precedentes en nuestra historia. La participación civil irá coincidiendo con el diseño y la marcha de la institucionalidad, en un proceso que requiere valentía y a la vez prudencia, pues ha de conservarse todo lo positivo de este gran momento del país, y, sin embargo, ir más allá de él para edificar un régimen verdaderamente libre y democrático.

Sería un error y una grave injusticia desconocer la enorme capacidad desplegada por el Ejército y por las demás ramas de la Defensa al servicio de la reconstrucción nacional. Sin la firmeza y tenacidad del Presidente Pinochet y sin el despliegue de las grandes virtudes militares de las instituciones castrenses y de orden el país no habría logrado salir del caos y avanzar rápidamente por el camino del progreso, a pesar de las dificultades acumula-

das a su paso. Corresponde ahora a los elementos civiles proseguir, en el campo en que actúan, las líneas trazadas desde el 11 de septiembre de 1973.

Si en algunos ha habido inquietudes porque interpretaron que la participación civil era un debilitamiento y un peligro, otros sectores han creído que la mayor presencia de civiles en el Gobierno era una oportunidad para multiplicar la guerrilla ideológica contra el régimen y para ejercer toda suerte de presiones políticas dirigidas a derribar las medidas que impiden el simple regreso a la situación anterior al pronunciamiento militar.

La oposición al Gobierno militar no parece numerosa, pero tiene voz potente y multiplica con habilidad los ataques. Sus estrategos suelen estar convencidos de que el régimen dispone de menor apoyo que en enero de este año y que hay que dar ahora la batalla para impedir que coseche los frutos de sus éxitos económicos, los que a mediano plazo habrán de transformarse en sociales y políticos.

Derrotados por la Consulta del 4 de enero, perplejos con la amnistía general y las otras medidas liberadoras, han creído rehabilitarse utilizando las iniciativas del Gobierno para exigir más y más apertura política en un intento por acelerar el ansiado advenimiento de los mecanismos electorales. En el orden institucional, los opositores no aceptan otro esquema que el de la democracia según el modelo norteamericano, negando implícitamente que la democracia chilena tiene orígenes muy anteriores a la de Jefferson. En el orden universitario

esgrimen la resurrección de la Fech como un campo de entrenamiento para el juego político. En el orden social atacan el desempleo, pero no admiten medida alguna tendiente a quebrar las rigideces económicas que obstaculizan el crecimiento de las ocupaciones. En el orden internacional, se advierten las coincidencias entre las presiones foráneas para imponernos fórmulas y conductas políticas con análogos movimientos internos.

Parecería que algunos sectores quieren aprovecharse de la voluntad de concordia y pacificación del Gobierno para conseguir mejores posiciones de poder, y que las rectificaciones serias promovidas por el régimen tienen apenas una buena acogida formal pero luego son utilizadas para abrir nuevos puntos de conflicto y para dar paso a nuevas exigencias.

Es interesante, pues, que se precise el marco de la discusión institucional y política. Ni hay lugar para que los numerosos partidarios del Gobierno presuman vacilaciones o debilidades en lo que es el empleo político flexible del propio vigor del régimen; tampoco hay cabida para que se dé por eliminado el período de emergencia y cada cual pueda campear en la actividad partidista como mejor le pareciere, aun perjudicando la unidad y seguridad del país. Algunas decisiones severas del Ministro del Interior, relativas a impedir reingresos inconvenientes al territorio y a la expulsión de extranjeros no merecedores de la hospitalidad del país, son indicios de que la presencia civil en el Gobierno es compatible con una afirmación clara de la autoridad.

## EL RÉGIMEN

La incorporación de civiles se ha efectuado en el plano del Gobierno mientras que el régimen militar permanece inalterable. Las Fuerzas Armadas asumieron un compromiso el 11 de septiembre de 1973 y lo mantienen. El régimen como tal no ha retrocedido ni cambiado. La circunstancia de que vayan ahora civiles a otros puestos de responsabilidad política evidencia que nuevos hombres llegan a los frentes de lucha y desgaste, cuyas contingencias afectarán a esos hombres y al Gobierno pero no al régimen.

La evolución política necesaria hacia el régimen civil se ve todavía remota. Se diría que estamos en una etapa de gobierno civil y régimen militar. El otro paso implica tiempo y requerirá de los acondicionamientos indispensables para que la demagogia y la irresponsabilidad no dilapiden lo ganado en estos años.

Por otra parte, el gobierno sigue y seguirá siendo presidencial. El Presidente es a la vez Jefe de Estado y del Gobierno, como corresponde a nuestras tradiciones republicanas. S.E. es cabeza del régimen militar y cabeza del Estado y del Gobierno. Tal situación no se ha alterado en lo más mínimo con la designación de nuevos Ministros civiles.

El Ministro del Interior, señor Sergio Fernández, no es "Premier" ni Primer Ministro como algunos habían supuesto. El encabeza el Gabinete —no el Gobierno—, recibió el encargo especial de proponer a S.E. la nómina de Ministros y tiene también la misión específica de

ejecutar las acciones encaminadas a la nueva institucionalidad.

Como ya se ha dicho, las características que rodearon su nombramiento tienen más que todo un fin práctico. Primeramente, se trataba de conferir unidad de acción interna y externa al Gobierno, para lo cual S.E. concibió la idea de hacer responsable a un equipo civil de dicha labor, tal como existe un equipo militar a cargo de la seguridad y un equipo técnico a cargo de la gestión económica. Razones de coyuntura dan singular prioridad actual a la acción política. De ahí que el nombramiento y las primeras iniciativas del Ministro Fernández hayan tenido relieve. Un segundo motivo llevó al Presidente Pinochet a proceder en la forma en que lo hizo: parecía necesario nombrar a un ejecutor responsable de encauzar y ordenar el proceso de la nueva institucionalidad. Esta última no depende sólo de la formulación de buenas normas a cargo de expertos juristas, sino que implica un conjunto concertado de decisiones que han de adoptarse por quien disponga de autoridad suficiente para exigir a las autoridades y organismos la tarea que conduzca a la institucionalización. Ningún Ministerio está en mejores condiciones que el de Interior para cumplir con eficacia esta misión orientadora y coordinadora.

Las primeras resoluciones ministeriales han demostrado que el Gobierno se mantiene en la línea fijada en Chacarillas y, sobre todo, en el espíritu de aquella declaración presidencial. Dicho espíritu está íntimamente relacionado con el propósito de establecer y mantener un ordenamiento jurídico objetivo en que sea la ley la que mande y no sea ésta impuesta por las voluntades pasajeras. Esta juridicidad del Estado y del Gobierno, manifestada en que los organismos de poder se sujeten a la norma preestablecida, tiene más importancia para la vigencia de los derechos humanos y para el bien público en general que el regreso a los partidos y a las elecciones. Sin querer desvalorizar ni los unos ni las otras, se diría que el actual marco de la discusión transcurre dentro del régimen militar y por el período suficiente para que se cumplan los objetivos económicos y sociales que miran al desarrollo ordenado y, consiguientemente, a la victoria sobre la pobreza y la cesantía. Pero ese mismo desarrollo exige un régimen de derecho, un acatamiento constante de las autoridades a la ley. Ello no es debilidad de un Gobierno sino mando con fuerza moral, pues pasando una tras otra las circunstancias extraordinarias se hacen injustificadas las facultades de excepción.

## Comunistas y creyentes

(11 de junio de 1978)

*Tanto en el país como en el extranjero tiene lugar una serie de manifestaciones de protesta por los desaparecidos, en la que participan tanto marxistas como sectores cristianos: 20 sacerdotes y jóvenes laicos efectúan actividades de protesta en la Parroquia San Antonio María Claret (EM, 2 de junio, pág. 33); se realizan cerca de 60 huelgas en el exterior (EM, 3 de junio, pág. 37; EM, 4 de junio pág. 37), así como jornadas de ayuno en sedes internacionales, parroquias y sindicatos (EM, 6 de junio, pág. 25). A raíz de lo anterior, se dan a conocer los actuales planteamientos del comunismo cubano sobre la religión.*

### *La Semana Política*

#### DESENMASCARAMIENTO

La protesta por los desaparecidos, realizada a través de huelgas de hambre y algunas modestas manifestaciones callejeras, no ha impedido que el Gobierno continúe investigando los casos respectivos y estudiando la manera de solucionar los aspectos humanos subsanales de aquel problema.

Paralelamente a la realidad moral y social de los desaparecidos se ha evidenciado públicamente la presencia activa de los comunistas que, por primera vez durante el régimen militar, se quitan la careta y aparecen explotando políticamente el dolor de los inocentes, en lo que siguen una vieja táctica demostrativa de la frialdad con que operan.

A eso hay que añadir que, una vez más, los comunistas empiezan a echar por delante a sectores cristianos de izquierda, los que suelen ofenderse cuando se les acusa de servir de instrumentos a la antigua secta totalitaria. Sin embargo, su obsecuencia ideológica y política

con el comunismo justifica las prevenciones más categóricas respecto a esas actitudes revestidas de humanidad, paz, y libertad, que en el hecho están encuadradas en una estrategia amplia de carácter mundial que pretende hacer de Chile una cabeza de puente del comunismo.

La acción comunista se ha revelado además tan vigorosa que, nuevamente, los sectores medios o moderados se encontraron con que el control de la protesta pasaba a manos de los marxistas. Ni siquiera la realización de huelgas de hambre en las iglesias o la participación de sacerdotes en el movimiento hizo perder de vista a la opinión pública el verdadero carácter del fenómeno. Pareciera que una dinámica incontrastable llevara la rebeldía moderada contra el régimen actual hacia el comunismo, pasando por ciertos cristianos alborotados, así como la Democracia Cristiana moderada no pudo evitar el MAPU y el régimen mismo desembocó en Allende.

Los factores indicados llevan a pensar que el camino de la verdade-

ra democracia chilena no se encuentra en la alianza de los enemigos internos y externos del régimen militar sino en la evolución inteligente de éste hacia un sistema institucional objetivo que asegure la libertad y la justicia. Perder, en cambio, la cabeza en protestas donde se confunden valores humanos legítimos con la presión de una campaña internacional comunista es hacer el juego a ésta. No por casualidad se realizan simultáneamente en 17 países y 79 ciudades diversas huelgas de hambre que comprenden a 579 personas. La participación de figuras comunistas mundiales en el movimiento no permite desconocer el verdadero espíritu y la finalidad directamente política de las protestas. Los desaparecidos y el dolor de los familiares han sido apenas un pretexto para dar consistencia a una oposición marxista por primera vez visible dentro del país desde el 11 de septiembre de 1973.

El desenmascaramiento del comunismo operante en Chile es algo positivo dentro del triste ciclo de protestas que no sólo pretende urgir al Gobierno, sino alimentar la esperanza de los familiares afligidos a través de versiones acerca de que las personas buscadas se encontrarían presas en tal o cual lugar. El desenmascaramiento es positivo porque obliga a la ciudadanía a reaccionar e implica una advertencia de que los agitadores intentarán a toda costa mantener viva la interrogante dolorosa a fin de que no se produzcan la reconciliación y la paz.

#### COMUNISTAS Y CREYENTES

En diciembre de 1975 se celebró en La Habana el Primer Congreso

del Partido Comunista de Cuba. Una de las tesis de dicha conferencia se refiere a "la religión, la Iglesia y los creyentes". Ese documento repite los principios clásicos marxistas sobre religión e indica la estrategia de los comunistas con los cristianos.

Como es obvio, la tesis cubana muestra que el totalitarismo ateo no ha cambiado: "La religión es una de las formas de la conciencia social y, como tal, un reflejo de la conciencia del hombre de la realidad exterior. Su origen es terrenal y no celestial. Su particularidad respecto de las demás formas de la conciencia radica en que por su esencia constituye un reflejo fantástico, tergiversado y falso de dicha realidad que está determinado fundamentalmente por las condiciones de vida de los hombres". (Cap. 1, N° 7).

En otro lugar el documento establece que "para el partido (comunista), cuyo fundamento filosófico es el materialismo dialéctico y el materialismo histórico, la religión no es un asunto privado, pues entre sus deberes está el actuar de modo que las masas gradualmente, en el curso de la lucha activa por la nueva sociedad, se liberen de las creencias religiosas". (1, 14).

"El partido considera indispensable que la enseñanza que se imparta sea estrictamente científica y laica, basada en la concepción marxista-leninista sobre la educación comunista de las nuevas generaciones" (III, 40), enseñanza que ha de estar "enteramente libre de concepciones o puntos de vista extraños a la ciencia, tanto en la exposición como en la explicación de los hechos y fenómenos naturales y sociales". (III, 42).

La "tesis" cubana analiza "las responsabilidades de nuestra revolución con el resto del movimiento revolucionario y su especial significación para América latina, que aporta más de la tercera parte de la membresía católica mundial, y donde el catolicismo cuenta con una gran penetración e influye en las capas sociales más humildes". (VI, 67). Sigue más adelante el documento aseverando que "es notoria y frecuente la aparición de grupos cristianos y de clérigos de diversos países de nuestra América que se incorporan a las luchas revolucionarias o que las favorecen desde posiciones que estiman compatibles con su fe religiosa. Grupos como los denominados "cristianos por el socialismo", "sacerdotes tercermundistas", "sacerdotes por el pueblo" y otros constituyen fuerzas que, no obstante las confusiones que pueden expresarse en sus plataformas programáticas y tácticas, no pueden subestimarse en la lucha contra el imperialismo, por la liberación nacional y social. Lo mismo puede decirse de las agrupaciones políticas de izquierda cristiana que se conciertan con los partidos comunista y obreros y movimientos revolucionarios y progresistas de América latina" (VI, 68).

"El Partido de la clase obrera, por principio, no puede dejar de ofrecer su apoyo a la lucha de los sectores cristianos avanzados y renovadores" (VI, 71). Ese apoyo conducirá a la participación de "comunistas y cristianos revolucionarios" en la "edificación socialista", la que a su vez "ayudará a dichos creyentes a librarse de cualquier superstición que les estorbe la realización de los fines verdadera-

mente humanos de la sociedad que construimos" (XI, 96).

La estrategia está cínicamente expresada: "ciencia y religión se oponen inconciliablemente" (III, 28); "es poco menos que ilusorio superar la religión sin arrancar sus raíces sociales" (1, 11); la búsqueda de cooperación con los creyentes revolucionarios, que "no sólo exponen y propagan los éxitos de la edificación socialista en nuestro país, sino que proponen y logran a menudo la adopción de resoluciones en favor de los pueblos que luchan por su liberación, de condena de los regímenes racistas, neofascistas y tiránicos, contra el colonialismo, etc." (VII, 80); a este respecto, el "Partido aprecia como positiva la acción de estos dirigentes eclesiásticos, algunos de ellos con personalidad continental" (VII, 81), y, en fin, el triunfo de la "edificación socialista", gracias al valioso aporte de los cristianos.

#### UNA RESPUESTA

La estrategia internacional comunista respecto de los cristianos en América latina es algo que Chile había venido sufriendo varios años antes del régimen marxista de Allende. La situación es ahora más clara y el compromiso político de izquierda por parte de sacerdotes, monjes y laicos cristianos empieza a ser un hecho conocido y no objetado oficialmente por las autoridades eclesiásticas, tal vez sobrepasadas por el fenómeno revolucionario y por las condiciones sociales difíciles de que éste se alimenta.

Se diría que, en ausencia de expresiones políticas públicas, sectores democráticos cristianos y ag-

nósticos, así como elementos de la izquierda marxista, encuentran su refugio en las iglesias y están haciendo de la religión un agitado campo de batalla, tan perjudicial para el país y el régimen como para las propias finalidades de las iglesias.

Hace falta, cada vez con más urgencia, que la inmensa mayoría ciudadana, que opta por la libertad dentro del orden y que busca la justicia efectiva por sobre la demagogia inoperante, encuentre también formas de pensamiento y expresión así como de adecuada organización.

Es ya un hecho que el comunismo se moviliza con eficacia y que penetra a profundidades desconocidas en los sectores religiosos. El apoyo ciudadano al régimen de orden y de engrandecimiento económico no puede ser pasivo ni contentarse ideológicamente con un ideario materialista de sociedad de consumo. La libertad económica ha de ser una de las expresiones del valor de la persona humana y no un pretexto para el desenfreno de los egoísmos. La acción para el desarrollo social, iniciada con tanto entusiasmo por algunos sectores de empresarios al empezar el régimen militar, debiera continuarse y ampliarse con el concurso creciente de los organismos gremiales y de la ciudadanía toda. La actividad intelectual universitaria ha de enrique-

cerse en la búsqueda de los valores propios de nuestra nacionalidad acreditando al mismo tiempo el carácter libre y crítico de la vida académica. En fin, son muchos los recursos de que dispone una nación para afirmarse a sí misma y enfrentar a sus enemigos. Lo importante es que tales recursos se empleen y que el régimen militar logre más y más colaboración activa para que el país siga avanzando en la línea de independencia que se ha trazado.

Si se han equivocado los que pensaban que Chile aceptaría un régimen fascista de corte totalitario o una dictadura personalista según el modelo histórico latinoamericano, también se equivocan los que creen que el régimen militar es un sistema de administración destinado a dar tregua a las tendencias que antes del 11 de septiembre de 1973 condujeron el país a la anarquía.

La propaganda internacional obsesionante a propósito de los derechos humanos y las presiones de las minorías políticas internas no pueden hacer perder de vista al país que, pese a sus actuales dificultades, tiene en sus manos la oportunidad quizás única de resolver los problemas básicos de su estructura social y económica, así como de reconstruir una ética nacional que desafíe los morbos de la sociedad contemporánea permaneciendo fiel a la esencia de la historia chilena.

## ÍNDICE DE ARTÍCULOS

Carácter fundacional de la intervención (16 de septiembre de 1973).....	387
Comunicación social (21 de octubre de 1973) .....	392
Supremo Gobierno (28 de octubre de 1973).....	396
Movilización social (10 de febrero de 1974).....	400
Un nacionalismo pragmático (17 de marzo de 1974).....	404
Régimen de partidos (7 de abril de 1974) .....	408
Asume el Poder Ejecutivo presidente de la Junta (30 de junio de 1974) .....	412
Desarrollo social (4 de agosto de 1974) .....	416
Participación indispensable (26 de enero de 1975) .....	420
Baja moral de la prensa en la era marxista (9 de febrero de 1975) .....	424
Comunicación necesaria (9 de marzo de 1975) .....	428
Estado y libertad económica (22 de junio de 1975).....	432
Situación universitaria (24 de agosto de 1975).....	435
Constitución vigente (21 de septiembre de 1975) .....	439
Nuevas circunstancias favorables (8 de febrero de 1976) .....	443
Un paso más (27 de junio de 1976).....	447
Autoridad del Estado (8 de agosto de 1976) .....	451
La inevitable política (10 de octubre de 1976).....	455
Unidad y solidaridad (31 de octubre de 1976) .....	459
El régimen militar (14 de noviembre de 1976) .....	463
Otra quimera del oro (23 de enero de 1977) .....	467
Reforma constitucional (6 de febrero de 1977) .....	471
Libertad de información (13 de febrero de 1977) .....	475
Normas éticas y desarrollo económico (20 de febrero de 1977) .....	479
Contra el extremismo (13 de marzo de 1977) .....	482
Encogimiento cultural (10 de abril de 1977) .....	486
Gestión institucional (17 de julio de 1977) .....	490
Solución propia a problemas universales (6 de noviembre de 1977) .....	494
Repartición de la carga (13 de noviembre de 1977) .....	498
Papel de la información pública (12 de febrero de 1978).....	502
El marco de la discusión (7 de mayo de 1978) .....	506
Comunistas y creyentes (11 de junio de 1978) .....	510 □